



Martina con vistas al mar

De la autora de *En los zapatos de Valeria*

ELÍSA BET BENAVENT

@BetaCoqueta

Lectulandia

Primera parte de la bilogía *Horizonte Martina*, una mezcla de cocina, pasión, sexo y carcajadas, una novela llena de sorpresas que te hará vivir momentos únicos y que te conquistará para siempre.

Placer para los sentidos. Original, arriesgada, arrebatadora, desternillante, hípster, macarra, sexy, 100% @BetaCoqueta, Martina con vistas al mar te enloquecerá.

Martina ama a Fer, su antiguo profesor de cocina, desde hace ya diez años, o eso cree. Martina recibe una sorpresa el día de su aniversario: Fer la invita a cenar a *El Mar*. Martina tiembla cuando Pablo Ruiz, excéntrico chef del restaurante, se acerca a saludar. Martina fantasea, teme, camina... Sabe que nada será igual a partir de ese encuentro.

Lectulandia

Elísabet Benavent

Martina con vistas al mar

Horizonte Martina - 1

ePub r1.0

Titivillus 28.02.16

Título original: *Martina con vistas al mar*
Elisabet Benavent, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A quienes vuelan, porque me dan esperanza

PRÓLOGO

2012

ERA nuestro noveno aniversario. Fernando me había mandado un ramo de flores al trabajo con una nota en la que me pedía que reservara aquella noche para nosotros y nuestro regalo. Me imaginaba que se refería a una sesión pragmática de sexo o a algún conjunto de ropa interior envuelto en papel de seda como aperitivo, así que..., bueno, tampoco me emocioné demasiado. Sí, lo sé, soy una persona poco romántica. A decir verdad, tengo muchos más problemas de actitud aparte de ese.

Llegué a casa, puse el ramo en agua y me quedé mirándolo casi a oscuras en la cocina del piso que compartía con él. Me parecía una estupidez que se hubiera gastado cincuenta euros en un ramo de flores que a los dos días empezaría a morir y a dejar olor a funeral en toda la casa, pero él era de otra generación. Bueno, a lo mejor no tiene nada que ver con el año en que nació pero yo achacaba todas nuestras diferencias al hecho de que Fernando fuera doce años mayor que yo.

Sobre la cama de nuestro dormitorio Fernando había extendido un vestido que compré años antes para mi graduación en la escuela de cocina. Una de las buenas, decía mi madre a todo el que quisiera escucharla, como si en el fondo estuviera un poco decepcionada con mi elección profesional y quisiera demostrarle a todo el mundo, comenzando por ella misma, que era un trabajo rodeado de *glamour*. No sé cómo será en otros países, pero siempre he considerado que mi trabajo es un trabajo sin más; me gusta, sí, pero con el añadido de que salgo oliendo a comida. Ya lo he dicho, soy muy pragmática y algo cuadrículada, así que era normal que fuera mi pareja quien eligiera lo que iba a ponerme aquella noche. Para mí era casi como parte del regalo para que yo no tuviera que devanarme los sesos; entiendo de moda lo mismo que de biología: lo básico. El vestido era negro, con escote *bardott* y falda midi con vuelo. Todos estos términos los conozco porque Sandra, una de mis dos mejores amigas, me los dijo maravillada cuando les enseñé la prenda. Allí estaban ellas, emocionadas porque mi vestido de graduación era precioso, y yo aliviada por no tener que salir a buscar otro. No me gusta mucho ir de compras porque nunca sé si lo estoy haciendo bien o no. Amaia, mi otra mejor amiga, se ríe de mí mientras intenta convencerme de que ir de compras no es una asignatura que alguien vaya a aprobar o a suspender, que no hay examinadores escondidos entre los percheros de Zara, pero yo no lo tengo tan claro. Por eso cuando define mi estilo como «*look* aprobado» yo le digo que es una «zorra cruel».

Al asomarme al cuarto de baño atisé a ver un *post-it* en el espejo. Sonreí al

leerlo: «Hoy es un día especial y lo celebraremos en un lugar especial, donde confluyen todas tus grandes pasiones. Te espero abajo a las 20.45». No hizo falta ninguna pista más. Yo ya sabía adónde íbamos porque solo había un lugar en el mundo donde confluyeran todas mis grandes pasiones y ese sitio era El Mar. El Mar era el restaurante en el que todo buen cocinero quería trabajar; un proyecto imponente de cocina joven, creativa y sin ataduras que fue recibido por la crítica con entusiasmo. Había sido abierto en 2010 por Pablo Ruiz, su chef principal, y por su socio capitalista, un hombre con sobrada experiencia en el negocio de la hostelería. En sus dos años de andadura ya había sido merecedor de algunos de los premios gastronómicos más importantes de España, además de una mención especial en diversas publicaciones internacionales especializadas. Por aquel entonces yo aún estaba terminando mis estudios de repostería, que compaginaba con mi trabajo en la cocina de un hotel; cenar allí era el mejor regalo del mundo. Era como acudir a una *masterclass* para el paladar. Pero es que además era un detalle bastante caro y con lista de espera.

Sabía que Fernando había coincidido con Pablo Ruiz en algunas ocasiones y siempre hablaba maravillas de él, a pesar de que tenía fama de poseer un carácter bastante explosivo. Siempre pensé que los genios tenían personalidades complicadas. El Mozart de la cocina, me decía a mí misma cada vez que pensaba en él. Y pensaba en él con ADMIRACIÓN TOTAL porque era joven, talentoso, brillante y todo lo que yo quería ser algún día. Nunca fui demasiado fan de nada, excepto del trabajo de Pablo Ruiz. Y es curioso, me entusiasmaba su cocina, me sabía muchas de sus recetas de memoria, pero no le había visto más que en la foto de la contraportada de su primer libro. Una foto a la que no presté mucha atención.

Fernando esperaba en la puerta de casa con el coche en marcha y la radio puesta; sabía que no soy de las que llega tarde a los sitios. Cuando me senté a su lado y le sonreí, pareció que los meses raros en nuestra relación se esfumaban. Él también sonrió.

—Ya sabes dónde vamos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y?

—No podrías haber elegido un regalo mejor.

Me incliné para besarle. En realidad, la acumulación de meses extraños nos sorprendía a los dos. Éramos una pareja muy bien avenida; nos entendíamos a la perfección. Habíamos tenido que pelear mucho para que la gente no nos mirara y juzgara, porque lo cierto es que Fernando y yo nos conocimos en el peor contexto posible para el comienzo de una relación: él fue mi profesor de Técnicas Culinarias I. Mi primer contacto con los estudios superiores fue con él explicándonos, sentado sobre la mesa del profesor, que la cocina no podía enseñarse si uno no la llevaba ya dentro. Y me enamoré de la pasión que él exteriorizaba y que yo, por mucho que también sintiera, no lograba mostrar. Nueve años después, allí estábamos. A veces

nos daba la sensación de que nuestra relación había pasado a ser más de amistad que de pareja, pero luego nos metíamos en la cama y ardía Troya. Nos costó un tiempo darnos cuenta de que tampoco podíamos fiarnos de la calidad del sexo para medir la temperatura de nuestra relación.

Un aparcacoches se hizo cargo del Seat Ibiza de Fer al llegar al local y nos morimos de risa pensando en la cara que pondría el pobre chico cuando se le encendiera la radio y sonara el cedé de Peret con el que me martirizaba Fernando. Él me ofreció su mano y con un guiño me preguntó si estaba preparada. ¡Y tanto! Había nacido preparada para aprender de una experiencia como aquella. Y entramos. Entramos a lo que la mente y el alma de Pablo Ruiz entendía que era el mar.

Cuando a uno le hablan sobre un restaurante que se llama El Mar espera encontrar una ambientación marinera más o menos determinada (y manida): blanco y azul, barquitos, útiles de navegación... pero nada más lejos de la realidad en este caso. Nuestros pies caminaron sobre un suelo de amplios tablones de madera pulida, preciosa y clara. Una de las paredes era una suerte de mosaico realizado con enormes placas cerámicas de un precioso color verde mar delimitadas, unas con otras, por finas líneas metalizadas. Unos cortinajes blancos compuestos de pequeñas piezas de metal demarcaban la estancia y la podían dividir en salas independientes. El techo estaba cubierto a tramos por espejos en los que las imágenes ondeaban sobre su superficie sinuosa e irregular, como si flotaras en un mar imaginario, por encima de tu cabeza. La iluminación era cálida y suave y las mesas de madera clara, redondas, cubiertas con una vajilla del mismo color que el mosaico de la pared y las sillas. Había visto alguna fotografía, pero la impresión que producía no se parecía en absoluto a la que te embargaba cuando estabas en el centro de la estancia. Me quedé tan impresionada por lo que se respiraba allí dentro que Fer tuvo que tirar de mi brazo para recordarme que lo normal era sentarse, no esperar los platos de pie.

Cogí la servilleta de tela y la extendí sobre mi regazo; allí, bordado en color turquesa, una frase de *El viejo y el mar*, de Ernest Hemingway: «Se mecía como si el océano estuviera haciendo el amor con alguna cosa». En la de Fernando había una diferente: «Y se dio cuenta de que nadie jamás está solo en el mar». ¿Puede una morir de amor platónico?

La única posibilidad de disfrutar la experiencia culinaria que ofrecía El Mar tenía lugar durante la cena. Tras su inauguración el restaurante abría sus puertas también a mediodía, pero, según las malas lenguas, la falta de clientela les llevó a reformular el concepto. No les fue nada mal. Contra todo pronóstico, colgaban desde hacía tiempo el cartel de lleno durante los once meses que estaba en funcionamiento al año. Había también una sola opción: su menú degustación, compuesto de veintidós platos y tres postres. Evidentemente las raciones eran escasas pero, decían, los sabores plenos. Yo estaba impaciente por analizar cada pase, cada presentación, por intentar reconocer todos los ingredientes... Igual que una niña con zapatos nuevos.

Pedimos vino blanco y Fernando decidió gastar una pequeña fortuna en una

botella en concreto que haría más especial los sabores, según me dijo. Nos sirvieron agua fría. El salón estaba completamente lleno y todos esperábamos que empezara el baile.

El Mar era una maquinaria precisa. Los platos salían a la vez para todas las mesas. Conté cincuenta comensales aquella noche, en veinte mesas diferentes, atendidos por cuatro jefes de sala y una horda bien organizada y silenciosa de lo que nosotros llamamos *runners*: los chicos que trasladan los platos desde la mesa bajo las lámparas de pase a la sala, donde los camareros se encargan de servirlos. Nadie debía esperar. Nadie devolvía nada a la cocina. El punto de cocción era perfecto. Los sabores. Las texturas. Los colores. El punto de sal. El emplatado. La espera entre plato y plato. No había absolutamente nada que pudiera ser juzgado con un adjetivo por debajo de «perfecto». Pablo Ruiz hacía pura magia.

—Te estás enamorando —se mofó Fer al verme suspirar con un ravioli invertido en la boca.

—Es un genio. —Respondí convencida.

—Y guapo.

—Eso dicen.

—¿Eso dicen? —se burló—. ¿Es que nunca te has quedado embobada mirando la foto de su libro?

—No le he prestado la suficiente atención. —Sonreí.

Y si no se la presté fue porque mi admiración profesional me cegaba y, además, la fotografía que había en el libro de Pablo Ruiz no hacía justicia a la realidad, hecho que adiviné cuando, después de que los camareros retiraran los platos de postre vacíos y tomaran nota de los cafés, el chef salió a saludar. Y aquello sí que no me lo esperaba. Las puertas de doble hoja se abrieron y Pablo apareció andando a grandes zancadas pero despacio; tenía las piernas muy largas, no podía ser de otra manera. Lo primero que me llamó la atención fue su pelo, rebelde, ondulado y desordenado, más largo de lo que yo imaginaba, que se movía con libertad entre sus dedos cuando lo apartaba de su cara, como si fuese un jovencito *grunge*. Lo segundo, la manera en la que la chaquetilla de chef se ajustaba a su cuerpo, combinada con unos vaqueros estrechos y rotos en una rodilla. Joder. Pablo Ruiz no solo era un genio: ¡estaba bueno! Hasta me ruboricé y farfullé un exabrupto de admiración cuando esquivó con gracia una silla y bromeó con la señorita que había estado a punto de arrollarlo. Era una criatura extraña. Era... casi felino en sus movimientos. Elegancia, rebeldía, juventud y sexualidad juntas, agitadas pero no revueltas. Mmm... era muy sexi.

Fer estaba hablándome, pero me percaté de que lo estaba haciendo cuando él ya se había dado cuenta de que no le prestaba ninguna atención.

—Lo siento —le dije.

—No pasa nada. —Sonrió—. Os pasa a todas. Tiene un magnetismo especial.

Joder, sí. Era verdad. Tan masculino, joven, grácil, firme, con tanta luz propia... Pablo se enderezó cuando se despidió de una mesa y al levantar la mirada chocó con

la mía. No sé explicar la inquietante sensación de ser observada, entre tanta gente, por sus ojos. Como agua muy fría recorriéndome la espalda bajo la ropa. Una bofetada de hielo. Un puño estrujándome el estómago. Por primera vez en mucho tiempo me puse nerviosa.

Pablo localizó a Fer y le saludó con un gesto. «Ahora te veo», vocalizó, dando a entender que dejaría nuestra mesa para el final para no andar con prisas. Siguió su baile, mesa por mesa, saludando, dando las gracias por compartir con él y con sus platos aquella noche, preguntando si todo había estado bien, contando a quien le preguntaba el porqué de ciertas técnicas o la elección del nombre de sus creaciones. Y hasta la sesentona que estaba sentada con su marido en la mesa de al lado lo siguió con la mirada y la boca abierta cuando se despidió de ellos y se dirigió hacia nosotros.

—Vaya noche —suspiró dejándose caer sin ceremonia en una silla junto a nuestra mesa—. ¿Qué tal va, viejo?

Perdón. ¿Esos ojos eran legales? Nunca había visto un iris como el suyo, de un verde más claro que el mar en pleno verano. No sé cómo la barbilla no me tocó el suelo. Me quedé sin palabras..., solo pude musitar un «hola» y bajar los ojos hacia la mesa, sin importarme si parecía una maleducada. Me sentí impresionada por muchos motivos: el primero, que era ofensivamente joven para ser quien era, pero es que, además, aparentaba su edad. En aquel momento creo que tendría unos veintiocho años y ya se adivinaba que aún no había alcanzado toda su plenitud. En unos años nos tendríamos que poner gafas de sol para poder mirarlo pero no por ser poseedor de una belleza apabullante, que conste. Fer tenía razón, Pablo Ruiz era increíblemente magnético, y diré más: cuando hablaba, tus ojos solo podían mirar sus labios. Tenía algo. Algo... desbordante.

Nos preguntó si habíamos disfrutado de la experiencia y después Fernando y él se pusieron al día brevemente. Fue una charla cortés, educada y distendida en la que no participé por miedo a tartamudear o a que se me cayera la baba por la comisura de los labios. Seguía sus preguntas y contestaciones como lo haría una fanática que se queda paralizada delante de su ídolo. Cuando entendí que no tenía sentido desviar la mirada y perder la oportunidad de estudiar la pasión con la que Pablo hablaba, lo descubrí mirándome con su labio inferior atrapado entre sus dientes.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Muy bien. —Quise sonreír, pero no sé si lo conseguí.

—Ya veo —respondió. Una voz áspera, algo rota y masculina, que sonaba sensual y a la vez dulce le acompañaba. Narcótico. Genial. Una jodida fuerza de la naturaleza..., eso me pareció Pablo Ruiz. Fue como conocer la pasión por la cocina en sí misma, hecha carne. Pablo cogió aire, se irguió y palmeando el hombro de Fer se levantó—. Siento no poder quedarme a tomar café con vosotros, aunque de todas maneras imagino que os apetecerá disfrutar de esta noche solos. La cena corre a cuenta de la casa. No todos los días se cumplen nueve años juntos. Felicidades.

No perdí detalle hasta que traspasó el umbral del salón y se marchó de nuevo hacia su cocina. Su andar, ese gesto con el que se apartaba el pelo de la cara, lo ceñidos que eran los vaqueros que lucía y la mirada que me lanzó justo antes de desaparecer de mi vista. Si hubiera tenido quince años me hubiera enamorado irremediablemente de él, pero no los tenía y estaba allí sentada con mi pareja. Que nadie crea que se convirtió en mi amor platónico, pero de alguna manera fue como una experiencia extrasensorial. Pensé que jamás volvería a cruzar una palabra con él y me sentía afortunada por haberlo conocido. Pablo se convirtió para mí en un jodido mito con el que, sí, fantaseé a menudo, pero no como creo que estáis pensando.

De vuelta a casa, Fernando estuvo burlándose de mí porque decía que me había faltado desmayarme como una fan histérica, pero estaba muy concentrada en el verdadero sentimiento que me despertaba Pablo Ruiz: una mezcla de admiración y envidia. Una oleada de calor, de pasión concentrada en el estómago, pero no carnal, sino visceral: eso me llevaba a casa. Quería ser como él, quería aprender con él. Quería..., QUERÍA.

—Es un genio —musité.

—Sí, lo es. En todos los sentidos, además. Si tienes suerte y te esfuerzas, un día podrías trabajar con él.

Claro. Y desfilar en Cibeles. No me lo tomé en serio. Ni siquiera me lo planteé, porque lo que pasa cuando nos hacemos mayores es que ese ímpetu que guía nuestros pasos se hace más débil y nos dejamos convencer por la vida de que es demasiado difícil como para intentarlo. Ya era demasiado mayor, me dije. Querría gente mucho más joven, que naciera en la cocina a su lado. No, no fue mi meta porque no la creí posible, aunque me esforcé. Por mí. Por no decepcionarme.

Cuando al día siguiente volví a enfundarme el uniforme de la cocina del hotel en el que trabajaba sentí una profunda decepción. Rancio abolengo. Tarta tatín y el té de las cinco. La creatividad quedaba fuera de mi trabajo, aunque allí me sentía cómoda. El protocolo y la rutina me parecían tranquilizadores; las cosas se hacían como se hacían y no había más vuelta de hoja. Pero tenía la impresión de ser demasiado joven como para acomodarme y cuando soñaba despierta siempre terminaba en la cocina de Pablo Ruiz, aprendiendo del que muchos decían que creaba magia en sus platos. Para mí, él era la personificación de lo que se podía hacer con nuestra profesión, sin plantearme nada más. Pablo Ruiz era... la pasión.

LA VIDA

SIEMPRE fui una niña maniática. Nunca comí con las manos, nunca me ensucié la cara, nunca me dormí sobre un plato, me pinté la cara o hice algún desastre similar. Siempre fui... pulcra. Tuve una infancia feliz, una adolescencia nada problemática y una juventud muy plena. Pero es cierto que siempre fui... seria. Muy contenida, a decir verdad. En mi casa todos lo somos. Se respira cariño y respeto, pero no nos volvemos locos dando besos y abrazos cuando nos vemos. Ni siquiera nos vemos mucho. Mis padres son de los que entienden que, llegada una edad, es normal que los polluelos vuelen lejos del nido. No nos van los mimos.

Puedo parecer una persona fría. Sé que a la gente le cuesta sentir simpatía por mí, porque suelo dar una imagen errónea de impermeabilidad, como si todo me resbalara, como si no necesitara a nadie y las emociones humanas me resultaran excesivas. Eso es porque he sido criada en la contención. Soy una chica contenida, lo que no significa que no sienta. Pero es cierto, me cuesta horrores expresar mis emociones profundas; no llevo bien la sorpresa y el coqueteo para mí es un tormento. Es como si mi piel fuera más gruesa que la de los demás y a veces me sorprende imitando las reacciones de los de mi alrededor para obligarme a salir del cascarón. Suelo sentirme a menudo como un pez fuera del agua, pero tengo la suerte de tener cerca de mí a personas que son mi zona de confort. No me recluyo en mi habitación con la música alta para aislarme..., muy al contrario, busco abrigo en mi gente. Mis padres son amigables a su manera y mis hermanos independientes hasta el extremo, como yo, pero mis dos mejores amigas suplen con creces estas carencias.

Pero nada de lo anterior tiene que ver con mi pasión por la cocina. Sí, pasión, una palabra caliente que arde en mi lengua, en mis venas, cuando me encierro en una cocina. No es un *hobby*; para mí es una forma de vida. Mi forma de vida y de expresión. He llegado a pensar que sufro asperger y que esta es la única manera en la que me siento libre.

Es algo totalmente vocacional. Era una chica aplicada, que sacaba buenas notas, devoraba libros y a la que todos imaginaban con un brillante futuro como abogada o médico, quizá, pero yo siempre decía que quería ser chef. He tenido que luchar durante muchos años contra los prejuicios de los demás acerca de mi pasión. Muchos me hablaron con una nota de condescendencia para tratar de poner luz sobre el asunto y aclararme que podía hacer cuantos dulces quisiera en mi tiempo libre, pero que debía estudiar una carrera. Nunca los escuché, porque todo ese fuego y esa espontaneidad que me falta en las relaciones sociales habituales me sobra cuando me

pongo a cocinar. Siempre quise ser chef. Y no cualquier chef. Siempre quise ser de las mejores. O la mejor.

A los dieciocho años me inscribí en la escuela de cocina a pesar de las quejas de mis padres. Y trabajé durísimo para aprender todo cuanto pude; lo hice con ganas y ahínco, a veces turbada por no saber si lo que me hacía avanzar era el talento o el empeño. Fue en aquel momento cuando conocí a Fernando. Tenía una sonrisa preciosa y los ojos brillantes. Nos miramos nada más entrar en el aula y la sensación fue electrificante. Lo malo es que no era un compañero con el que pasear cogida de la mano por el campus; Fernando tenía treinta años y era mi profesor. Él me enseñó en el aula la base de todo lo que sé ahora. Era apasionado, dedicado, un buen docente y el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Moreno, alto, con mucha vida a sus espaldas, manos grandes y suaves. El sueño de cualquier posadolescente impresionable. Me enamoré como una colegiala. Un día me preguntó si, siendo su alumna más aventajada, me apetecía acompañarle a una sesión de maridaje de vinos, como experiencia complementaria.

—Por probar si también tienes dotes de sumiller —dijo sin mirarme mientras ordenaba unos folios.

No, no las tenía, pero después de tanto vino, que los profesionales escupieron pero nosotros nos lo bebimos de mil amores, me llevó a mi casa y en el portal me confesó que algo le empujaba a pasar más tiempo conmigo y que nunca se había sentido más fascinado por alguien. Decía que era tremendamente madura, pero nunca consideré que lo fuera. Creo que solo parecía menos pizpireta que el resto de chicas de mi edad; en realidad aún estaba a medio cocer, como mis compañeras, pero tenía un aire taciturno que me ayudaba a disimularlo.

Ya en nuestro primer beso supe que iba a ser uno de los hombres más importantes de mi vida. Nos fuimos a vivir juntos tres años después y gracias a él me hice adulta de verdad. Lo nuestro duró una década. Durante esos diez años, yo seguí formándome y trabajando para cumplir el sueño de ser una de las mejores chefs de España y él siguió con sus clases; la vida era apacible y tranquila. Terminé mis estudios y seguí con otros en la prestigiosa escuela Cordon Bleu, de la que salí, tras varios años y varios cursos, con mención de honor. Nunca podré agradecerle lo suficiente el apoyo que me brindó siempre, no solo económico. Fer era mi compañero en la vida. Era el alma de muchas de mis pasiones. Fer me enseñó muchas cosas además de cocina. Él fue haciéndome consciente de las dimensiones de mi cuerpo y de todas las terminaciones nerviosas de mi piel. El placer. Fue el primer hombre con el que me metí en la cama de verdad a los dieciocho y... él tenía doce años de rodaje más que yo. Mientras mis amigas se acostaban con críos inexpertos que no sabían más que empujar, Fernando me hacía gritar, empapada en sudor entre las sábanas. Tuve una tremenda suerte, pero la verdad es que dejó el listón demasiado alto. Nuestra relación fue siempre muy apasionada, muy sexual y satisfactoria. Esa faceta nunca empeoró.

Pero una noche de 2014, después de ochocientas discusiones sobre nuestro futuro, nos dimos cuenta de que él quería una cosa y yo otra completamente distinta. Y vaya sorpresa descubrir que, a pesar de seguir excitándonos, ya no estábamos enamorados. Fue un batacazo, una bofetada de realidad; nunca me planteé que pudiera querer tanto a una persona a la que no amaba pero que sí me excitaba. Los sentimientos son a veces demasiado complejos para alguien como yo. Éramos dos amigos muy bien avenidos en la cama que se habían habituado a tenerse. Pero él quería hijos, asentarse, dar un paso... y yo estudiar, crecer en mi profesión, viajar... y olvidé por completo que a sus ojos ya tenía edad de hacerle padre. ¿Hacerle padre? ¿¿Es que estábamos locos?? Se sumaba la dificultad de que yo tenía un problema de salud, una malformación del útero, que hacía de la posibilidad de quedarme embarazada algo difícil y lejano. Fernando quería ponerse a ello ya, por si acaso, y a mí la idea sencillamente me horrorizaba. Aquella era una diferencia irreconciliable, por lo que decidimos romper esa misma noche, aunque aún compartimos piso durante más de siete meses. Y dormimos juntos. Y follamos mucho y muy bien, porque Fernando es un auténtico maestro en muchas cosas. Pero los dos sabíamos que ya no éramos nada y que aquello solo era un parche que terminaría por ser un problema. Comprendimos que era el final.

Con todo el dolor de mi corazón fui diciendo adiós a toda esa calma, a la vida apacible y tranquila a la que me había acostumbrado. Fer siempre lo dijo: el aburrimiento es la enfermedad que pudre las relaciones. Creo que nosotros no nos aburrimos jamás juntos como amigos, pero como pareja... es complicado.

Me busqué un piso y cuando ya estaba decidida a mudarme, Amaia, una de mis mejores amigas, me llamó y me dijo que se venía a vivir conmigo. Lo que me faltaba.

—Ya verás qué bien. ¡Montaremos orgías en la cocina! ¡Yo me lo monto con muchos tíos y tú con un par de pepinos!

Me lo pensé durante unos dos segundos antes de decirle que no. Un NO rotundo, además. Discutimos, claro. Amaia llegó a tirarme un montón de plátanos a la cabeza cuando una tarde, tratando de disuadirme, me acompañó al supermercado. Después Sandra, que con eso de ser opositora estaba muy concentrada en esquemas, normativas y apuntes, nos redactó la declaración de convivencia en una cartulina de color hueso que colgamos enmarcada en el salón, porque si algo no se le puede decir a Amaia es que no.

Escogimos un piso viejo pero bonito en un edificio antiguo y señorial con tres habitaciones y dos cuartos de baño. La habitación grande en *suite* fue para mí, por haber sido la encargada de todo el papeleo y los marrones de mudarnos. Amaia solo tuvo que venir con su maleta, ayudar a vaciar la nevera y encender la tele. Bueno, no le quitaré mérito, porque fue también ella quien me ayudó con el traslado de todas mis cosas desde el piso que compartí con Fer. Lo guardé muy dentro, pero estaba triste y decepcionada porque lo que habíamos creído que duraría de por vida se había acabado tras diez años. Y... me sentía confusa, porque no sabía qué debía apetecerme

en ese momento.

Y allí estábamos, en casa de Fernando, que ya no era mi casa, recogiendo lo que quedaba de mi vida. Amaia, mucho más seria de lo habitual, me palmeó una rodilla y yo la miré con una sonrisa resignada. El salón estaba lleno de cajas y yo las observaba con melancolía.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, sí. Ya sabes que todo esto es necesario. Antes de que acabe mal de verdad. —Me encogí de hombros—. Pero son diez años. No deja de dar pena.

—¿Vas a llorar? —preguntó sorprendida.

—No. —Suspiré—. Pero me siento..., estoy confusa, ¿sabes? Demasiado tiempo pensando que había sido el destino y que...

—Fue el destino —me dijo muy segura—. Pero ahora necesitáis otra cosa. Es un lujo que podáis seguir siendo amigos.

—Ya. Eso ya lo sé. Pero... es como...

—El paso final. Lo que lo va a materializar de verdad, ¿no?

—Sí. —Me apoyé en su hombro con los ojos perdidos en el bonito suelo de parqué—. Y ahora... ¿qué narices sé yo de ligar?

—Si te sirve de consuelo, creo que nunca has sabido nada de ligar.

Me reí entre dientes y lo mezclé con un insulto que ella aceptó con una sonrisa.

—Zorra cruel.

Se escucharon las llaves de casa. Miré a Amaia y en un susurro le pedí que se comportara con naturalidad. Fer entró en el salón y nos dedicó una sonrisa.

—Hola, ratón —me dijo—. Hola, Amaia, qué guapa estás.

—Lo sé —contestó ella con un golpe de melena.

—¿Os ayudo con las cajas?

—No hace falta, Fer —dije levantándome.

—Oye —contestó en voz muy baja acercándose—, esta decisión la has tomado tú. Yo no tengo prisa por que te vayas. Ya lo sabes. No quiero hacer de esto un drama.

—No lo es. —Sonreí—. Pero... —Bajé más aún el tono convirtiendo las palabras en un susurro—. Si no me voy, vamos a seguir bajo el mismo techo y bajo...

—Las mismas sábanas. —Los dos sonreímos y él me palmeó el trasero—. Dime, ¿qué cajas pesan más? Por dejárselas a Amaia, que se la ve muy en forma.

Amaia le lanzó un cojín a la cabeza, que él atrapó y volvió a dejar en el sofá. Le señalé un par de bultos y él se arremangó para cargarlos. Nosotras nos miramos y mi mejor amiga levantó el pulgar con gesto interrogante, como preguntándome otra vez si estaba bien. Asentí. Cogí una caja y seguí con mi mudanza.

Daba igual la decepción de decir adiós a una relación larga en la que aún quedaba cariño porque sabía que estaba tomando la decisión adecuada; en el fondo sabía qué quería de la vida, pero era un término vago al que no era posible aferrarse con uñas y dientes. Yo quería... pasión.

AMAIA, EL CALOR DE MI VIDA

CUANDO Amaia se matriculó en enfermería creímos que estaba borracha. O colocada. Lo de ir borracha era bastante común en ella en aquella época. No conozco a nadie más desmedido. Está completamente desquiciada y entre el maremágnum de virtudes que tiene entremezcladas, hechas un nudo en su interior, no está ni la delicadeza ni la paciencia, dos de las cosas que una enfermera necesita tener.

Pero Amaia se transforma en su trabajo. Nada que ver con la brutalidad con la que me toma a mí la tensión. Me ha llegado a dejar moratones en el brazo, no estoy de coña. Está loca. En confianza es una *hooligan*, pero sus pacientes se van a casa enamorados de ella; recibe felicitaciones de Navidad de muchísimos de ellos e incluso un par de abuelitas la van a visitar con bizcochos. Bizcochos. Le pirran. Se vuelve más loca aún cuando los come. Farfulla con la boca llena de migas y se ríe a carcajadas. Es lo más cercano que conozco al monstruo de las galletas en versión humana. De ese amor por los dulces Amaia no ha sacado un alma dulce, pero sí un físico esponjoso. Mide poco más de un metro sesenta, es pechugona y de muslitos redondos; pequeña, carnosa pero proporcionada, y con una cintura marcada que le da una apariencia tan femenina que cuesta no envidiarla. No, no está dentro de los cánones actuales de belleza, pero nunca he conocido a nadie tan deseable, porque a pesar de estar loca, no tener modales y ser una bestia parda, es preciosa, simpática, inteligente, ocurrente, creativa y muy buena persona. No hay hombre que la conozca de verdad que sea completamente inmune a sus encantos. Incluso Fernando me decía que a veces daban ganas de callarla de un pollazo.

El caso es que unos años atrás, en una carambola del destino, Amaia había conseguido plaza en uno de los hospitales de nueva construcción de Madrid, en la planta de alergología, con el doctor Mario Nieto. Y el doctor Mario Nieto solo tuvo que atusarse su espesa melena rubia cortada a lo príncipe Disney para que la ropa interior de Amaia cayera al suelo e hiciera ruido. Mario la prefería por encima del resto de sus compañeras. Le hacía regalos por su cumpleaños y por Navidad, incluso la invitaba a comer de vez en cuando. Nuestra amiga nos contaba que apoyaba la barbilla sobre su puño cerrado y, mientras aleteaba las pestañas de sus enormes ojos negros, le pedía que le contara cosas. Y siempre terminaba diciéndole:

—Amaia, ¿qué haría yo sin ti? No te vayas nunca. ¿Quién iba a quererte más que yo?

Y a pesar de que tenía una novia guapísima y muy elegante, una tal María José, Amaia siempre creyó que él estaba secretamente enamorado de ella.

—A lo mejor aún no lo sabe, pero ese me quiere a mí con todas mis carnes morenas.

Y lo de sus carnes morenas es una expresión, porque no he visto jamás una piel más blanca que la de ella. Eso sí, preciosa, perfecta, de porcelana pura, cosa que encaja perfectamente con su pelo rubio caramelo, liso y largo, y con sus juguetones ojitos azules.

Un día, un par de meses antes, Amaia había entrado en su consulta para recogerlo e ir a comer, pero lo encontró sentado en la camilla, con la cabeza entre las manos.

—¿¡Estás bien!?! —gritó ella alarmada.

María José quería niños, le contó, pero él no estaba preparado para ello. Y por eso lo habían dejado.

—¡¡Claro que no estás preparado!! ¡Porque ella no es la madre de tus hijos! —Lo que se calló es que ELLA era realmente la futura madre de sus hijos.

Mario se volcó desde aquel momento en su amistad. Se veían incluso algún fin de semana. Le presentó a algunos amigos suyos, la llevaba al cine, le presentó a su madre y le decía que, aunque no creía en Dios, el cielo la había mandado para que su vida fuese mejor.

—Eres mi mejor amiga, Amaia —le dijo una noche hasta arriba de ron con cola—. Y eres preciosa.

Evidentemente, ella creyó que detrás de aquellas palabras había una declaración de amor. Sandra y yo tuvimos que disuadirla de presentarse en el piso de él vestida solo con una gabardina, por aquello de darle un empujoncito y que se decidiera a pedirle ya salir. Gracias a Dios que la convencimos.

Y así estaban los ánimos. Amaia contaba con los deditos los días que le quedaban hasta que encontrara una situación propicia para confesarle su amor. Así se lo decía día tras día a Javi, su otro mejor amigo, compañero y enfermero también, que sufría el empalago con el que Amaia hablaba de Mario.

—¿Te has fijado en esos ojos tan negros? Me mira y me come, lo sé.

Y Javi ponía los ojos en blanco porque estaba ya cansado de pedirle que relativizara todos esos detalles que Amaia entendía como la prueba definitiva del amor que el doctor le profesaba. Javi es una persona magnífica con más paciencia que el santo Job.

Nos gustara o no..., se lo quisiéramos ahorrar o no..., estaba muy cerca el día en el que vería por ella misma que el doctor Mario Nieto la adoraba pero no como ella se imaginaba.

SANDRA Y EL COSMOS

NI siquiera recuerdo el momento en el que Sandra decidió opositar, pero sé que fue poco después de licenciarse. Un día apareció en la cervecería donde habíamos quedado y nos dijo que se había dado cuenta de que tenía aptitudes para ser notaria. Llevaba, a esas alturas de la vida, siete años en ello.

La primera convocatoria la pilló casi con la decisión recién tomada. Nadie esperaba que la aprobara en aquella ocasión, así que cuando recibió las consecuentes palmaditas en la espalda Sandra se relajó. Y la siguiente... se relajó más. Y la siguiente más aún.

Como resultado, Sandra era opositora como forma de vida. Su profesión era esa y no le hacía falta buscarse un trabajo de media jornada que le permitiera tener su propia fuente de ingresos porque sus padres financiaban sus gastos. No creo que lo hicieran con intención de malcriarla, sino quizá con la esperanza de que, de esa manera, se sintiera con la obligación moral de aprobar pronto.

Pero no aprobaba. Amaia incluso decía que cada vez que se presentaba, sacaba peores notas. No sé si es una exageración o la realidad, porque cuando empezó a evidenciarse que Sandra se había acomodado y no quería ni escuchar hablar de lo que los demás pensábamos del asunto, me distancié de ese problema. En realidad nos distanciamos de ese problema el día que, en una cafetería, se puso a gritarnos como una loca que éramos unas jodidas hijas de perra que solo queríamos presionarla. Sandra tiene unas explosiones bastante espeluznantes que chocan con la mala gaita que se gasta Amaia. Ese día quedaron en verse a la salida, como si fueran dos macarras en el instituto, y se dieron de tortas en la puerta hasta que Sandra se puso a llorar porque se le había roto su pulsera preferida.

Sandra tenía un novio, Íñigo, desde los dieciséis. Pobre Íñigo, era un jodido santo. La adoraba. La miraba como se debe mirar una aparición mariana: con devoción pura. Y le dejaba pasar muchas cosas, entre otras sus estallidos de mal humor, su forma de vida «opositante» y el no querer ni oír hablar de la posibilidad de salir de casa de sus padres para irse a vivir con él.

—Sandra, reina, estoy harto de hacerlo en el coche —le dijo un día—. Yo me alquilo un piso, quieras o no.

Y se lo alquiló, pero ella no se movió de su nidito, donde tenía la comida hecha, la ropa lavada y planchada y el baño limpio como por arte de magia. Amaia y yo nos dábamos cuenta de que Sandra tenía bastantes problemas que acabarían estallando. Uno era el de sus padres, que empezaban a estar hartos.

—Yo no sé..., Martina... —me decía su madre cuando iba a verla—, pero este pichón no quiere abandonar el nido.

—Igual tenéis que empujarlo. —Me reía yo.

Cuando nos independizamos juntas, Amaia y yo le propusimos que ocupara el tercer dormitorio de la casa, pero ella nos dijo que no le llegaba la paga que le daban sus padres. Dejamos caer la posibilidad de que eso se solucionaría buscando un trabajo a media jornada, pero ella encontró la excusa de que la economía estaba muy mal y que ya nadie contrataba. Desde luego, nadie iba a ir a su casa a contratarla.

Su otro problema era que la paciencia de Íñigo tenía un límite, y Sandra lo estaba poniendo a prueba con su egoísta sentido de la comodidad. Le había dicho un par de veces que necesitaba más por su parte, que estaba cansado de tirar de ella, que lo suyo no era una relación adulta y sana, pero Sandra se reía de él.

—Deja de leer la *Super Pop* —le decía—. Los tiempos han cambiado y esto es lo que nos toca vivir hasta que me saque la oposición.

—Mi padre sigue ofreciéndote un puesto en la gestoría —le insistía él, desesperado.

—No he estudiado durante tanto tiempo para terminar en la microgestoría de tu padre...

Y él empezaba a no poder más. Había estudiado un módulo de electricidad, había ganado mucho dinero en los años de bonanza y había sabido capear el temporal con la llegada de la crisis. Quería poder vivir. Pero Sandra no vivía..., Sandra hibernaba. Quizá había llegado el momento de salir de la cueva.

CONOCER A PABLO RUIZ...

FERNANDO me llamó un miércoles. Yo estaba comiéndome una manzana de pie en la cocina de mi piso, a punto de irme a trabajar, mientras trataba de convencerme de que la fruta estaba igual de rica que ese bizcocho de té matcha que había hecho la tarde anterior y del que aún quedaba un pedazo. Me ayudaba a convencerme el notar lo mucho que me violaban los vaqueros.

—¿Qué pasa? —pregunté con una sonrisa, contenta de que alguien me quitara el bizcocho de la cabeza—. ¿Qué bicho te ha picado para que quieras confesarte a estas horas?

—Ay, Martina, Martina..., qué suspicaz es usted. ¿No puedo llamarte para ver qué tal te va la vida?

—No sé. ¿Puedes?

—¿No quedamos en que éramos amigos? Pues mira: hola, amiga, ¿qué tal te va?

—Bien. —Me reí—. Por ahora la experiencia de vivir con Amaia no nos ha mandado a ninguna al hospital y tampoco han tenido que venir los bomberos a casa, y ya son bastantes meses, así que me siento complacida.

—Complacida..., qué bonita palabra. Y ¿qué me dirías si te dijera que te llamo para complacerte?

—Te diría que para eso hay unos números 906 y que metas la chorra de vuelta en los pantalones.

—No me refería a ese tipo de complacencia, ratón.

Lo cierto es que, bien mirado, tampoco me vendría mal, que ya era demasiado tiempo de sequía.

—¿Entonces? —Cambié de tema. Ahí estaba el motivo por el que no quería pensar en bizcochos o la razón por la que me quería comer todos los que estuvieran en mi camino: falta de sexo.

—¿Qué haces el viernes?

—¿De qué va esto? Ve al grano, tengo que irme a trabajar.

—¿A qué hora sales el viernes?

—Salgo a la una. Pero de la noche, no del mediodía.

—Perfecto, porque tienes una entrevista en El Mar por la mañana.

—Sí, y tú una modelo desnuda esperándote en la cama.

—No estaría mal, pero me parece que no me has entendido. Tienes una entrevista en El Mar. Hace veinte minutos me ha llamado Pablo Ruiz para preguntarme si conocía a alguien para ocupar un puesto de jefe de partida en su restaurante.

Me agarré a la encimera de la cocina. Agua fría recorriéndome la espalda. Una bofetada de hielo. Un puño que me estrangulaba el estómago.

—Si estás de coña y esto es una de tus bromas pesadas te mataré. No. Mandaré a Amaia de noche a tu casa para que lo haga ella. Puede inyectarte una burbuja de aire en las venas cuando duermes. Amenaza con hacérmelo a mí constantemente y los dos sabemos que sería capaz.

—No es broma. Él preguntó y yo dije tu nombre.

Me miré la mano que no sujetaba el teléfono móvil: temblaba. Pablo Ruiz. El Mar. El trabajo de mi vida. La creatividad.

—¿Y qué dijo él?

—¿Qué va a decir? No te conoce.

—Pero ¿sabe que tú y yo... éramos pareja? Quiero decir... si se acuerda.

—Es probable que Pablo no se acuerde ni de su segundo apellido. Se lo he recordado yo; no quiero sorpresas después. Me ha dado un discurso sobre todas las cosas horribles que pueden pasarme como por accidente si le mando a mi ex para salir de un compromiso y resultas ser un paquete.

—Qué tranquilizador.

—¿Estás nerviosa? Te lo pregunto porque doña Contención no es que sea muy expresiva.

—Estoy al borde del infarto, joder. Dime por favor que no es coña.

—No es coña, pero no te hagas ilusiones, ¿vale? Es una entrevista —insistió.

—Es más que nada.

—Ya lo sé, pero Pablo... tiene un carácter raro. Es un tipo muy..., no sé cómo decírtelo. Original, digamos.

—No me pareció un tarado.

—No digo que sea un tarado, pero déjame decirte que dos minutos hablando con él en su restaurante no dan mucha información. Y de eso han pasado casi tres años.

—¿Es un tirano?

—No. No es eso. Si todo el mundo quiere trabajar allí no es solo porque tenga dos estrellas Michelin. Pero es un tío bastante poco convencional.

—Bueno...

—Intenta ser menos estirada que de costumbre, ¿vale?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que seas menos estirada que de costumbre. —Cogí aire para contestarle, pero él siguió hablando—. No estoy diciendo que seas una repipi, pero si te ve muy cuadrículada te va a mandar a mamarla a Parla. Quiere gente superactiva. Me da que está pasando una crisis creativa y quiere a alguien que le eche una mano. Valor añadido, me dijo.

—Vale. Vale. Vale —farfullé secándome las palmas de las manos en los vaqueros mientras sostenía el móvil con el hombro—. Y... ¿qué me pongo?

—No te pongas traje, que te veo venir.

—Joder, Fernando..., esto es..., muchísimas gracias.

—No lo hago por ti. Lo hago por él. Quería a la mejor y yo se la he ofrecido en bandeja. No me dejes mal.

—No lo haré.

Escuché las llaves en la cerradura en el mismo momento en el que dejaba el teléfono móvil sobre la encimera de la cocina. Amaia entró muy pizpireta, mientras su coleta se movía de un lado a otro como con vida propia.

—¿Qué pasa, miss Tetitas?

—No te lo puedes imaginar... —musité siguiéndola con la mirada hasta la nevera.

Sacó un refresco y un trozo de queso y lo mordió sin cortar una porción, directamente de la cuña. Puse los ojos en blanco. Joder..., qué ejercicio de paciencia.

—Cuenta, cuenta —me dijo.

—¿No puedes coger un cuchillo en lugar de ir dejando tus dientes marcados en todo lo que hay en la nevera?

—Es un rito. Marco territorio. Venga, ¿qué te ha pasado?

—Me ha llamado Fernando para decirme que el viernes tengo una entrevista en El Mar.

—¿En el mar? ¿Mediterráneo? ¿De buzo?

—¡¡Por el amor de Dios, Amaia!! El restaurante de Pablo Ruiz.

—¿El bomboncito de la gastronomía?

—Sí —asentí con orgullo—. El mejor.

—Chachi —asintió mientras masticaba.

—¿Chachi? ¡Es lo mejor que me ha pasado en la vida!

—Ah, perdón.

Dejó el refresco y el trozo de queso en la encimera y salió corriendo y gritando en círculos por toda la cocina.

—¡¡El Mar!! ¡¡¡El Mar!!!!

Cuando me marché a trabajar, ella seguía fingiendo que era fiesta nacional.

No se lo conté ni a mis padres por miedo a gafarlo. Me arrepentí incluso de habérselo dicho a Amaia, aunque lo cierto es que, para lo desmedida y bruta que es, fue muy buena y cambió el turno para poder desayunar conmigo antes de mi entrevista. Juntas elegimos qué ropa ponerme y, siguiendo los consejos de Fernando, fueron finalmente unos vaqueros sencillos, una camiseta blanca y un cárdigan grueso y esponjoso de color gris humo. Aún hacía fresquito, pero se adivinaban ya los primeros calores de la primavera.

Creo que nunca, en toda mi vida, he estado más nerviosa que en aquel momento. Me repetí cien veces que desayunar un rollito de canela no había sido buena idea porque no paraba de sentir su peso en el estómago. Me imaginaba dándole la mano a

Pablo Ruiz, doblándome en dos y vomitándole en los zapatos. Si el trayecto fue un calvario, con las manos sudadas agarrando con fuerza la carpeta que contenía mi recetario personal en un autobús plagado de gente que olía regulín, el tiempo que tardaron en abrirme la puerta de servicio del restaurante por poco no me mató. Se me hizo eterno. Me obligué a respirar hondo y a fijarme en todos los detalles del bonito palacete en el que se encontraba el local. Daba a tres calles: una en la que se encontraba la entrada principal, otra en la que montaban una pequeña terraza con jardín donde servir las cenas cuando venía el buen tiempo y otra donde ahora estaba yo esperando.

Se escucharon pasos al otro lado de la puerta y me abrió un hombre de unos cuarenta y muchos, con una sonrisa espléndida y poco pelo (por no decir ni uno), que me dio la mano y dos besos. Llevaba un pendiente en una oreja y vestía con pesadas botas de motero, unos vaqueros negros hechos polvo y un jersey oscuro.

—Martina, ¿verdad?

—Sí —asentí con una sonrisa comedida.

—Bienvenida a El Mar. Soy Alfonso, uno de los jefes de cocina.

—Encantada, Alfonso.

—Igualmente. Si me acompañas, Pablo te espera en su despacho.

Asentí y miré de reojo el reloj; era la hora en punto. Bien. Ni me había adelantado ni había llegado tarde.

Para dirigirnos al despacho de Pablo cruzamos la enorme cocina donde, en aquel momento, aún no había nadie. Había trabajado ya en varios restaurantes, pero nunca me había encontrado con un espacio como aquel. Era sencillamente gigantesco. Amplio, bien organizado, bastante nuevo y luminoso. Entraba muchísima luz por los ventanales altos y todo se veía radiante e impoluto. El piar de un par de pajaritos en un árbol cercano llenó la estancia y la vació de silencio. ¡¡Dios!! ¡Necesitaba trabajar allí!

El despacho de Pablo era un cuartito contiguo pintado de blanco en el que prácticamente no se veían las paredes, pues estaban cubiertas de estanterías con libros y cientos de marcos con fotos y recuerdos de viajes. Los muebles eran funcionales y discretos; solo una mesa, dos sillas cómodas y varios armarios archivadores. Todo muy bonito, sí, pero Pablo no estaba por allí.

—Ah... —dijo Alfonso al encontrar la habitación vacía—. Voy a buscarlo; debe de estar revisando la nueva vajilla. Siéntate, ponte cómoda.

Pasé cinco largos minutos sentada, con las piernas cruzadas, las manos sobre la rodilla derecha y los ojos repasando centímetro a centímetro la superficie de las paredes. Había fotos preciosas de paisajes, mercados, *skylines*, artesanía, monumentos, vegetación... La India, Tailandia, China, Japón, México, algunas ciudades icónicas de Estados Unidos...

La puerta se abrió de golpe, alguien entró como una exhalación y cerró con un portazo.

—Hostias, perdón —musitó mientras volvía a abrir la puerta, sin apenas mirarme.

Llevaba una camisa a cuadros rojos y negros, unos pantalones vaqueros más estrechos que los míos con las rodillas deshilachadas, que le daban un aire de estrella de *rock*, y unos botines modernos y envejecidos de color oscuro. Jamás me vestiría así para hacerle una entrevista de trabajo a alguien, pero bueno, era el jodido Pablo Ruiz. Podía permitirse ir vestido de valenciana, peinetas incluidas, si le daba la gana. Me levanté y le tendí la mano, que él miró con una sonrisa bastante burlona.

—Uhm... —murmuró cuando la estrechó—. Encantado..., Martina, ¿verdad?

—Verdad.

Me arrepentí de haberle dado la mano. Debía haberle dado dos besos. O un abrazo. O tirarme al suelo a adorarlo. Quizá comérsela. No es que no fuera tentadora la última idea...

—¿Te parece si hablamos en la terraza? Hace un día precioso.

—Claro —contesté. «Tú sí que estarías precioso con otras pintas».

Me mordí con fuerza el labio para dejar de pensar estupideces. Extendió la mano para indicarme que saliera yo primero y él cerró la puerta con mucha más suavidad que tras su aparición estelar. Colocó su mano sobre mi espalda para dirigirme a la salida en un gesto cercano y cálido que me puso muy nerviosa. No sé cómo no vomité el rollito de canela, la taza de café con cuchara incluida y a Amaia si me apuras.

—Me dijo Fernando que estás trabajando en el restaurante del Carlton.

—Sí.

Me abrió la puerta y me dejó pasar de nuevo. Afuera se respiraba un agradable olor a hierba y a primavera; estábamos a finales de marzo y la terraza aún no estaba montada, de modo que nos dirigimos a un muro bajo que separaba el espacio del resto del jardín y Pablo se apoyó allí con los brazos cruzados sobre el pecho. No dijo nada y yo me quedé como una gilipollas mirándole. Le daba el sol en la cara y sus ojos parecían casi transparentes. Joder..., menudos ojos. Llevaba el pelo más largo de lo que recordaba y lo apartaba de su cara constantemente con la mano derecha, echándolo hacia un lado en un gesto tan inconsciente como sexi. Me resultaba atractivo hasta niveles odiosos..., como odioso estaba siendo aquel silencio.

—Muchas gracias por brindarme la oportunidad de hacer esta entrevista. Estoy encantada de poder conocerle. Admiro muchísimo su trabajo.

—Ven, acércate. Pero... —Carraspeó. No me hables de usted, me jode bastante.

Levanté las cejas, sorprendida, y encontré una sonrisa en su boca. Una sonrisa preciosa. «Martina, céntrate. Estás aquí por el trabajo, no por lo increíble y asquerosamente bueno que está este horterero».

—Supongo que no te sorprenderá que haya hecho un par de llamadas. No es que no me fíe de Fernando pero, bueno..., fuiste su mejor alumna y tenéis una relación personal.

—Teníamos —contesté sin darme tiempo a decidir si quería hacerlo en voz alta.

Pablo levantó las cejas y sonrió desviando su mirada hacia el suelo.

—Teníais. Está bien. La cuestión es que quería una opinión un poco más objetiva. Pero vamos..., que tu jefe actual también cuenta maravillas de ti.

—Gracias —contesté estúpidamente.

—No me las des a mí. —Su boca dibujó una mueca simpática y me palmeó la espalda como para infundirme tranquilidad; un gesto natural que hubiera hecho de igual forma si el entrevistado hubiera sido un hombre—. Dime una cosa..., ¿por qué quieres trabajar en El Mar?

—¿Cómo podría no querer? —Fui consciente de que había sonado demasiado brusco—. Bueno, quiero decir que..., que todo el mundo quiere trabajar aquí.

—Bien, pero no le estoy preguntando a todo el mundo. ¿Cuáles son tus razones?

—Yo... le admiro mucho.

Pablo me estudió con la mirada, como si esos ojos pudieran ver a través de mí y encontrar todas las cosas que el nudo de nervios de mi garganta me impedía decirle. Cosas como que necesitaba ver trabajar día a día a alguien de su talento, que quería formar parte de lo que todos definían como una maquinaria precisa y bien engrasada, que quería demostrarme a mí misma que tenía algo que dar, algo nuevo que contar a pesar de estar casi programada para realizar tareas mecánicas que ya no me motivaban en los fogones. Tras unos segundos respiró hondo y volvió a hablar.

—Aquí funcionamos de una manera distinta a otros restaurantes; somos un poco marcianos. Consideramos la cocina como una familia en la que todos tienen algo que decir. No me gustan los convencionalismos y no soy un jefe; ni siquiera un compañero al uso. Soy el chef, pero sin más. No quiero pleitesías y me molesta que no me traten como a un igual. Tendrás que olvidar un poco el protocolo de otros sitios. Las cosas se hacen aquí como se hacen en El Mar. ¿Qué traes en esa carpeta?

—Mi recetario.

—¿Me lo dejas?

—Claro, tome.

—Tutéame, por favor. Creo que incluso soy más joven que tú.

Menuda patada en el estómago. Pablo Ruiz tenía un año más que yo pero era evidente que yo aparentaba unos cuantos más. Mientras él hojeaba mi carpeta, agaché la cabeza y me atreví a decir:

—En realidad tengo un año menos que tú.

Levantó la mirada de las hojas, con el ceño fruncido. Por un momento creí que iba a decirme que no le interesaba lo más mínimo, pero su expresión fue cambiando hasta dibujar un gesto de total vergüenza.

—Oh, joder. Perdona. Qué cagada. Pensé que..., no es que los aparentes, pero como Fernando me saca unos años...

—Bueno, a mí también.

—Lo siento. No quise ser..., no lo pensé.

—No te preocupes.

—Dios..., soy un jodido gilipollas —musitó antes de concentrarse de nuevo en las hojas, con la mano inmersa en su pelo.

«Necesitas un corte de pelo», pensé. «Y una camisa decente». «Unos pantalones menos estrechos tampoco te irían mal». Mi charla interior amenizó un poco los dos minutazos que Pablo estuvo sin decir absolutamente nada. Mucho tiempo en silencio. Iba pasando las hojas del recetario con cara de concentración y yo rezaba por que se terminara pronto aquel suplicio. Estaba sudando como una perra y seguro que ya tenía dos tortillazas marcadas debajo de cada brazo en el cárdigan. Y él allí, como recién sacado de la portada de un disco, con su cara de «ser más joven que yo» y con un negocio que iba viento en popa. Tendría un año menos que él, pero llegaba tarde para seguirle los pasos. Qué puto asco. Cerró la carpeta y se la colocó debajo del brazo.

—Muy interesante. ¿Me la puedo quedar?

—Por supuesto.

—Vale. Genial. Te cuento entonces. Aquí lo que solemos hacer es lo siguiente: te quedas una semana de prueba. Si no funcionas dentro del equipo, te decimos adiós con un abrazo y todos tan amigos. Si nos gustas, te quedas. No hay garantía, aunque te diré que lo normal es que todo marche bien. Te sugiero que pidas unos días de vacaciones en tu trabajo para esta semana de tanteo. Sé que eres muy buena, no lo dudo, pero lo que importa es que funciones con el resto de los compañeros. ¿Entiendes?

—Claro.

—Es como una inversión de tiempo..., un riesgo que es necesario asumir si quieres formar parte de esto.

—Lo entiendo.

—Los horarios no son leoninos, pero son intensos y algo duros. Entrás a las cuatro, sales entre la una y media y las dos con un breve descanso para dar un bocado y fumar si fumas. Nada más.

—Me parece bien.

—Necesito un jefe de partida que sea resolutivo y rápido. Todo el mundo al que le he preguntado coincide en que tú lo eres, además de tener unos nervios de acero. Eso me gusta. También me interesa mucho tu experiencia en repostería. Es posible que necesite que eches una mano en la partida de postres también. ¿Qué te parece?

—Estupendo.

—¿Preparo los papeles?

Asentí nerviosa y él dejó la carpeta sobre el muro para darme la mano de nuevo. No pude ni limpiarme el sudor de la palma antes de que él agarrara la mía con las dos manos. Las suyas estaban secas y calientes, algo rasposas. Me di cuenta entonces de que llevaba un anillo de plata en el dedo índice de cada mano y uno más en el corazón de la derecha. Me horrorizaban los hombres con cualquier joya que no fuera una sencilla alianza, pero debo admitir que todo en él era como... coherente. Hubiera

podido presentarse con un sombrero de ala ancha y no me hubiera extrañado. A decir verdad, hubiera estado increíble.

Pablo se agachó un poco para mirarme a la cara y con una sonrisa burlona me obligó a despegar los ojos de sus manos.

—Empiezas el martes. Bienvenida a El Mar.

Bienvenida al giro que cambiará tu vida, Martina.

MARTINA, UNA CAJA DE BOMBONES

MI madre siempre dice que la vida es como una caja de bombones. No, perdón. Estoy vacilando. Lo que quería decir es que mi madre siempre dice que el primer encuentro entre dos personas marcará para siempre la relación que les una después. Nunca lo creí. Soy de los que piensan que no hay nada predeterminado en nosotros y que por algo nos regimos por el libre albedrío. No creo en el destino ni en ninguna divinidad superior que programe nuestras vidas. Sin embargo... algo hubo en Martina. Desde el principio.

Martina era morena y mona, pero me pareció sosa. Quizá no sosa, pero sí aburrida. Ella estaba aburrida, aburrida de la vida; lo vi en el mismo momento en el que crucé la primera mirada con ella, hace unos años. Era una chica atrapada en una vida demasiado adulta. Me daba tanto miedo meterla en mi cocina... Yo no quería gente en mi equipo que dominase la técnica y que no entendiera de emoción. Mi restaurante, que a pesar de no ser de mi propiedad al cien por cien era lo más mío que tenía en el mundo, era mi casa. Cada día es un reto en un negocio como este y cada persona es como la sal que se añade a un plato; es tan importante que no falte como no pecar de exceso. ¿Qué era Martina? Porque se parecía sospechosamente a una barra de pan precocido sin sal y yo me encontraba en un momento profesional sensible. Había perdido un poco de fuelle, siendo sincero conmigo mismo; necesitaba apoyarme en un equipo multidisciplinar que me inspirara y que pudiera funcionar solo, a poder ser un par de pasos por delante de mí. Gente que me hiciera preguntarme qué nos quedaba por contarle al público.

Yo sé la pinta que tengo. Me miro en el espejo todos los días. Sé qué parezco y qué no parezco. No, no soy un tipo serio de los que imponen mucho respeto, pero sé quién soy y las opiniones de la gente sobre mi aspecto suelen sudármela bastante. Las opiniones de los demás sobre mi cocina ya no me la sudan tanto. Lo que quiero decir es que no soy nadie para juzgar a Martina por su aspecto, pero me pareció tan... políticamente correcta. No había nada que se saliera de lo común en ella, excepto dos tetas altas, redondas y bastante apetecibles. Miento. Martina era una belleza extraña pero atrayente. La recordaba de cuando vino al restaurante con Fernando. Volví a la cocina pensando que ese jodido cabrón (al que aprecio mucho, que nadie crea lo contrario por mi costumbre de hablar como un camionero) tenía mucha suerte. Martina tenía curvas, era morena y en su cara relucían como un puto faro dos ojos oscuros salpicados de malditas estrellas. Si hubiera llevado un tatuaje en el brazo, un *piercing* en el labio o el pelo de color verde me la hubiera pelado como un asqueroso

al llegar a casa. Me gustaban ese tipo de chicas. Me la ponían dura el descaro y la actitud de una mujer que está de vuelta de todo. Sin embargo, un rato después de nuestra entrevista seguía pensando en ella. ¿Por qué? No tengo ni idea. Quise pensar que me preocupaba el hecho de que mi relación con Fernando se viera afectada por lo que sucediera de allí en adelante. Lo que no sabía era que sería todo mi mundo el que se vería afectado. Martina fue un ciclón en mi vida. Y yo en la suya. Pero... paso a paso. Quedan muchas páginas para desvelarlo.

MIENTRAS TANTO EN POZUELO...

LA casa de los padres de Sandra («mi casa, mi tesoro», como se empeñaba en llamarla ella siempre que hacíamos mención a que los propietarios eran sus progenitores) era muy bonita. Era un pareado grande, con parcela independiente y piscina pequeña pero cuca, a las afueras de Pozuelo. Sus padres eran funcionarios y se habían permitido comprar esa casa después de mucho ahorrar. Tanto Amaia como Sandra vivieron en el barrio de Chamberí, como yo, durante buena parte de su adolescencia.

Ella tenía una de las habitaciones más grandes de toda la casa. Casi era más grande que el dormitorio de sus padres y estuvo a punto de quedarse con la que ocupaban ellos porque «quería tener el baño cerca de la habitación para no perder tiempo en desplazamientos cuando estuviera estudiando». Las he visto con cara, pero lo de Sandra es maestría. Estuvo a punto de convencerles con sus depuradas tácticas de control mental y manipulación. Demos gracias a lo que rige el cosmos de que no se le ocurriera dedicarse a la política porque de ser así iríamos apañados...

Sus padres seguían por aquel entonces pasándole un dinero mensual para que ella pudiera administrárselo y ser «mínimamente independiente». Independiente con el dinero de sus padres, pero independiente. Amaia le decía que era su «paguita» como si en realidad se estuviera refiriendo a alguna ayuda del Estado por minusvalía mental. Yo siempre la reprendía pero ¿qué le vamos a hacer? Amaia, además de políticamente incorrecta, es un poco maleducada y cruel a más no poder.

El caso es que sus padres se acababan de jubilar y ella albergaba el oscuro deseo de que se fueran a vivir al apartamentito de la playa que habían heredado de una abuela y la dejaran a ella como dueña y señora del castillo, eso sí, sin dar de baja el ADSL o la tele de pago, que a ver qué hacía ella ahora sin poder ver Cosmopolitan TV.

Mientras esperaba a que sus padres salieran del nido, ella estudiaba. Estudiaba... a su manera, eso sí. Sandra defendía que tenía tan sabido y consabido el temario que si empollaba más, lo desaprendería. Decía, además, que se crearía una supernova en su habitación y desaparecerían del mapa Pozuelo, Aravaca y la Ciudad de la Imagen. Un choriceo que *pa'* qué. Mi madre ya le habría roto una escoba en el lomo, pero es que creo que mi madre nació con un gen mutante y es totalmente inmune a manipulaciones y chantajes emocionales (igual es la capa de laca que se echa todas las mañanas, que la ha hecho indestructible con los años. O a lo mejor es que es un puto témpano de hielo).

Así que allí estaba ella, en la postura del loto, haciendo sus ejercicios diarios de relajación y respiración cuando alguien llamó con los nudillos a su puerta. Ella gruñó:

—¿Queeeeeé?

La cabecita de Íñigo, su novio, se asomó y le sonrió.

—Hola, Winnie.

Lo de Winnie le venía de un apodo que le había puesto Amaia durante nuestros años de instituto y que hacía mención a un insulto. Amaia la llamaba «Winnie de Puta», pero Íñigo, que es muy buen chico, siempre pensó que era porque su novia era más dulce que la miel y achuchable como un osito. El amor...

Íñigo, por cierto, era lo que comúnmente se conoce como «diamante en bruto». Le había llegado a Sandra a los dieciséis, sin saber afeitarse demasiado bien, sin tener ni remota idea de cómo vestir pero con una buena materia prima. A los treinta seguía siendo el niño atento que la había encandilado en el papel del bueno que no la haría sufrir, pero además había crecido hasta pasar el metro ochenta, tenía un precioso pelo cobrizo, los ojos muy bonitos y, buena planta, y había solucionado lo del mal afeitado. Siempre iba de punta en blanco, olía a Loewe y tenía más paciencia que yo con Amaia, que ya es decir.

Sandra se sorprendió al verlo allí y se levantó a darle un beso en los labios sin pasión ninguna. Íñigo trató de retenerla entre sus labios, pero ella interrumpió el beso sin delicadeza.

—Quita, pesado. Ya pensaba yo que era mi madre, que me subía el té de media tarde.

Íñigo frunció el ceño.

—Ya podías bajar tú a por el té, hija mía, que tu madre sufre con la ciática.

—A ella le va bien hacer ejercicio —respondió Sandra—. ¿Qué haces aquí?

—Darte una sorpresa. Y además, mira por dónde..., me acabo de cruzar con tus padres que se iban al Leroy Merlin a por unas macetas. —Levantó las cejas un par de veces seguidas—. Y parece que tenemos la casa para nosotros solos.

Sandra arqueó una ceja, confusa.

—¿Y para qué queremos nosotros la casa?

—Pues... para hacer gorrinaditas —le dijo él con un guiñito de sus ojos vivarachos—. Está la caidita de Roma; el aquí te pillo, aquí te mato; el salto del tigre..., depuradas técnicas amatorias en las que soy un verdadero *crack*.

Sandra volvió a poner los ojos en blanco y rebufó.

—Estoy en medio de mis ejercicios de respiración, Íñigo. ¿Cómo crees que aguanto si no mis duras jornadas de estudio?

—Ay, Winnie..., ten piedad. ¿Cómo crees que aguanto yo con todo el amor que albergan mis...?

—¡No termines esa frase, marrano!

—Venga... —dijo Íñigo enroscándosele—. Venga, mi vida. Tengo ganas de tocarte y de olerte...

La nariz de Íñigo se paseó por el cuello de Sandra y aunque ella intentó controlar un pequeño ronroneo que nació de su garganta, la vibración llegó hasta su chico, animándolo. La llevó hasta la cama, se sentó y la sentó a horcajadas sobre él. Se inclinó con la intención de besarla, pero ella le rehuyó.

—Vale —dijo Sandra irguiendo su dedo índice frente a la cara de Íñigo—. Pero uno rapidito. Sin besos, ni mamadas, ni nada.

Íñigo tenía toda la razón del mundo para indignarse, pero decidió dejarlo pasar cuando vio que empezaba a bajarse la cinturilla de su pantalón.

—Pero tú encima. —Le gruñó ella—. Que haciendo Pilates ayer me dio un tirón en una nalga.

Íñigo empezó a desnudarse rápidamente, como si le fuera la vida en ello o temiera darle tiempo para pensárselo mejor. Se acostó encima de Sandra y se sorprendió al comprobar que solo se había quitado una de las perneras del pantalón y las braguitas colgaban aún de la pierna que tenía vestida.

—¿Pero...?

—Uno rapidito, Íñigo —se quejó Sandra.

Íñigo la miró con sus dos enormes ojos bien abiertos.

—¿No te vas a quitar ni la ropa, Sandra?

—No, que me da pereza. ¡Venga! ¿Quieres o no?

De pronto a Íñigo la compuerta de la indignación se le abrió de par en par y, aunque llevaba años soportando situaciones bastante peores que aquella, se desbordó. Se levantó de la cama ignorándola y empezó a vestirse.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Sandra a voz en grito.

—Me voy. Y no sé si voy a volver.

Ella sonrió. Vaya novio llorica que le había tocado. Era como el mundo al revés. El chico que pide compromiso y la chica que prefiere la comodidad. Habían discutido muchas veces sobre el tema, pero Íñigo siempre terminaba cediendo. Ella no entendía por qué no se cansaba ya de sacar el tema, si nunca avanzaba ni se salía con la suya.

Cuando él se giró hacia Sandra, ya vestido con sus pantalones vaqueros y su camiseta negra y lisa, se dio cuenta de que nunca había visto una expresión así en su cara.

—Sandra, te has convertido en una persona horriblemente egoísta, perezosa y tirana. Nunca piensas en nadie que no seas tú. Y creo que, si en algún momento alguien se te cruza por la cabeza, no soy yo ni de lejos. Yo, que llevo catorce años saliendo contigo, cuidándote, preocupándome por ti y por tus necesidades. Todo te da igual. ¿Sabes, Sandra? A partir de hoy a mí también me lo va a dar, porque me he cansado. Se acabó.

—Pero, Íñigo, ¿todo esto por no querer quitarme la ropa para un polvo?

—Hace cosa de dos años que tú y yo no follamos en condiciones. Yo empujo y me corro y supongo que tú también te corres, porque como no emites sonido alguno, me lo tengo que imaginar. Además me tratas como un puto trapo y ya me he cansado

de tus aires de princesa. ¡Esto no es una relación, es la jodida Corea del Norte!

—Estás exagerando —dijo ella muy digna mientras se recolocaba las bragas.

—No, no estoy exagerando. He tenido tanta paciencia que soy la comidilla de todos nuestros amigos. Gente a la que no ves desde hace lustros porque solo te interesa tu puto ombligo, que debe de ser muy hondo para que te lo mires con tanta asiduidad. ¿Y quieres que te diga más? No vas a sacarte las oposiciones en la vida, porque en realidad no tienes ningún interés en hacerlo. Lo único que quieres es vivir de puta madre en casa de tus padres, chupar del bote todo lo que puedas y después ya se verá, ¿no? Pues una cosita..., ¡tienes treinta años y no has trabajado en tu puta vida! Eso debería darte una vergüenza horrible. ¡Me la da hasta a mí!

—Te estás pasando.

—Te estoy dejando, Sandra. Hasta aquí hemos llegado. Aquí y ahora. Yo quiero ser feliz y contigo no puedo porque tú no me quieres una puta mierda.

Íñigo se fue dando un portazo y ella, petulante, volvió muy digna a la posición del loto.

—No te jode —murmuró para sí, cerrando los ojos—. No va y me dice que me deja. A ver cuánto tarda en volver reptando con los labios esos que tiene. Baboso besucón.

EL LUNES MÁS EXTRAÑO DE LA HISTORIA DE LOS LUNES

AMAIA llegó al hospital, dejó sus trastos en taquilla y se cambió. Se puso el pijama azul de enfermera y se fue corriendo en busca del doctor Mario Nieto. Su Mario, como decía siempre ella. Se lo encontró sentado en su consulta revisando las historias médicas de los pacientes que tenía a continuación y le sonrió de oreja a oreja.

—Buenos días, Amaia. Qué guapa estás hoy. ¿Te has hecho algo en el pelo?

Amaia se lo atusó con su salero habitual.

—Me lo he ondulado. Cómo te fijas...

—Soy muy observador. —Dejó a un lado los papeles y sonrió—. ¿Comemos juntos hoy?

—¡Claro! Paso a buscarte a las dos.

—Oye, Amaia..., ¿te importa que sea fuera del hospital?

—Eh... —A Amaia se le aceleró el corazón, ¡sonaba a cita!—. No, claro que no.

—Es que quiero contarte algo. —Y él le guiñó un ojo—. No quiero que nos interrumpa nadie. Y como siempre llevas a Javi pegado a tu falda.

—Es mi gay, ¿qué le vamos a hacer?

—¿Cómo que tu gay?

—Ah, sí. Pues que todas las chicas tenemos un amigo gay, como nuestro mejor amigo/archienemigo a la vez. Las relaciones chica-gay son muy intensas, ¿sabes? —contestó dándose importancia.

—No sabía que Javi fuera gay.

—Bueno, tampoco estoy segura al cien por cien, pero me lo imagino. Tiene buen gusto, es meloso y siempre va conmigo. ¿Para qué pedir más datos?

—Bueno, bueno. —Sonrió él—. Yo también voy mucho contigo y no soy gay.

—Eso espero.

Mario arqueó una ceja y Amaia tragó saliva. Se le estaba acabando la paciencia y parecía que había que darle un empujoncito. Estaba claro (ahora la cito a ella) que él estaba perdidamente enamorado de ella, es posible que por algún eco edipiano, pero aún no había hecho las paces con esa parte de sí mismo porque tenía miedo de no ser correspondido y perderla. La madre que la parió.

—Bueno, paso a las dos a por ti. Podemos ir a La Nicoletta. Hacen esa pasta con salmón que tanto te gusta.

¡¡AY!! ¡¡Si hasta se acordaba de que le pirraban los tallarines con salmón!! Si eso

no era una señal del cosmos... Amaia salió de su consulta contoneando su pequeño y carnoso cuerpo; se encontró a Javi de cara y le sonrió. Javi le devolvió la sonrisa, afable y dulce, como siempre, con esos dos ojos grandes, bonitos y expresivos y su pelo liso, negro y brillante.

—¿Qué tal el finde? ¿Comiste muchos rabos? —le preguntó Amaia.

Javi abrió los ojos de par en par. La sonrisa se le perdió en un bufido para responder en un tono bastante seco que no. Un no tajante.

—Eres una desagradable —contestó, y pasó de largo.

—Pero ¡no te enfurruñes! ¡Ven! —Le tiró del brazo—. ¡Ven, te he dicho! Coño, qué fuerza tienes para ser más tierno que una flor.

—¿Qué quieres? —Se paró en mitad del pasillo y metió las manos en los bolsillos de su pijama de enfermero.

—Peeerdónnnn —le dijo en tono cansino—. Ven, que te quiero contar una cosa.

—¿A que adivino sobre quién?

—Exacto. El doctor Amor. Mi Mario me ha invitado a comer hoy.

—Menuda novedad. —Y Javi puso los ojos en blanco.

—Que sí, que sí. Escúchame, que quiere que comamos los dos solos, fuera del hospital, porque quiere contarme algo sin que nadie nos interrumpa. ¡Hoy es el día!

—¿El día? ¿Qué día?

—¡El día que se me declara! —Amaia dio un par de saltitos y aplaudió.

—Amaia... —Javi la apartó en el pasillo, pegándola a la pared—. Te lo digo porque sabes cuánto te quiero y te aprecio. Y no me pegues, pero... ¿has contemplado la posibilidad de que el doctor Nieto no sienta hacia ti nada más que amistad?

—¡Por Dios! Pero ¿jes que estás ciego!?! ¿Tú has visto cómo me mira? —Y para terminar la frase le atizó un golpe en el brazo.

—Sí, Amaia. Y ¡no me pegues, leche! Lo he visto y estoy seguro de que te quiere mucho, pero no estoy seguro de que sienta nada más.

—Cómo sois de malas, perra envidiosa... —dijo entornando los ojos—. ¿¡Qué iba a querer decirme si no!?

—Pues... no sé. A lo mejor..., a lo mejor resulta que quiere contarte algo de su vida sentimental. Sois muy amigos. A lo mejor quiere contarte que ha conocido a alguien.

—Claro que sí: a mí. Pero mira, no busques más excusas malignas y piensa con la cabeza. ¡Tú eres mi amigo y nunca me cuentas nada de tus conquistas!

—Porque yo no hablo de esas cosas —refunfuñó.

—No entiendo por qué. Si ya doy por sentado que pasas los fines de semana fornicando cual animal. Lo que no sé aún es si das o te dan.

—Lo que te voy a dar es una patada en el culo que te envió a Fuenlabrada. ¡Vale ya! —le contestó revolviéndose su brillante pelo desgreñado—. Pero bueno, yo ya te he avisado.

—Ya verás, perra, más que perra —le contestó mirando hacia arriba con rabia.

A las dos Amaia se cambió de nuevo y fue a buscar a Mario a la consulta. Él aún estaba atendiendo a un paciente, pero la hizo pasar y trató de acabar con él cuanto antes. Cuando este se hubo ido y Amaia pudo dejar de disimular trasteando con los paquetes de algodón y las botellas de agua oxigenada, Mario se metió tras el biombo y empezó a cambiarse.

—Se me ha alargado la cosa, perdona, Amaia, preciosa. ¿Puedes pasarme la camisa que tengo ahí colgada?

—¿Salgo? —preguntó sin ninguna gana de abandonar una habitación en la que Mario Nieto se estuviera desvistiendo.

—No hace falta, hay confianza.

Salió abrochándose unos vaqueros a la vez que bajaba por su abdomen una camiseta blanca. Amaia bizqueó cuando atisbó pelo.

—Coño, qué bueno estás... —siseó entre dientes.

—¿Qué decías?

—Nada, que qué camisa tan requetebonita llevas.

—Ah, gracias. Me la regaló mi madre.

Una vez que terminó de vestirse salieron de la consulta. Cuando se encontraban con algún compañero saludaban los dos alegremente. Amaia estaba muy orgullosa; había un bulo sobre ellos dos que recorría aquellos mismos pasillos. Algunos decían que ella estaba enfermizamente enamorada de él, pero otros apuntaban que tenían una historia. Y a ella le encantaba que los vieran juntos y que la gente siguiera hablando. Cuando el río suena, decía...

Se sentaron en una discreta mesita para dos y Mario le preguntó si quería una copita de vino. Ella aceptó y siguió parlotando, nerviosa, sobre los problemas que estaban teniendo las enfermeras.

Pidieron, él una lasaña de verduras y ella unos tallarines con salmón, y siguieron hablando del hospital un rato más. Bueno, como diría Amaia, estuvieron hablando de «cosas médicas de las que no tenemos ni idea porque somos unas lerdas». Pero más pronto que tarde Amaia se cansó de monsergas y quiso entrar en materia. Carraspeó y, haciéndole una caidita de pestañas, le dio pie para que empezara a confesar su amor por ella.

—Bueno, Mario, cariño, ¿qué querías contarme?

—Ah... —Mario sonrió a la vez que miraba sus cubiertos y a Amaia le pareció que se sonrojaba. Qué mono. Contaría ese detalle a todo el mundo cuando lo suyo fuera oficial—. Pues el caso es que... no sé por qué no te lo he contado antes. Me sentía un poco... cohibido. Quizá tuviera miedo a que saliera mal. No lo sé. Después de lo de María José me quedé un poco tocado...

Y Amaia por dentro ronroneaba más fuerte tras cada palabra. Seguro que ahora

era cuando Mario se sentaba a su lado en la mesa y la abrazaba, incapaz de decir con palabras todo lo que sentía por ella o..., o le cogía la mano y trenzaban los dedos mientras juraba que nunca querría a ninguna mujer que no fuera ella y que por eso quería pasar el resto de su existencia a su lado. O quizá salía el lado más salvaje de Mario y le pedía con voz grave y morbosa que fueran a un hotelito a pasar la tarde follando como animales.

—El tema es que pasó como hace..., no sé, bastantes meses. A finales de verano.

Amaia se sintió de pronto desubicada. ¿Qué había pasado a finales de verano? Ella había tenido vacaciones en agosto y Mario en septiembre..., volvió morenito y delicioso y tan contento y relajado... ¡Espera! ¡Contento y relajado! ¿No sería el equivalente de bien follado?

—Fue como electrizante, ¿sabes? —Sonrió mientras se mesaba su sedoso pelo—. La miré, me miró y... los dos supimos que teníamos que estar juntos.

—¿Cómo?

—He conocido a la mujer de mi vida, Amaia. Estoy enamorado como un auténtico gilipollas.

A pesar de que tenía todas las alarmas disparadas, Amaia quiso autoconvencerse de que ese momento era el de la declaración de amor.

—Y... ¿quién es ella? —preguntó.

—Pues es curioso, Amaia, porque la he visto muchísimas veces y nunca sentí absolutamente nada. Solo, no sé, solo estaba allí siempre. —Amaia se preguntó si era posible sufrir un infarto con su edad y su inclinación por los bizcochos—. Se llama Ariadna. Es amiga de mi hermana pequeña.

Amaia sintió un nudo presionándole la boca del estómago y una sensación de sordera similar a la que notaría si le hubieran llenado de algodón los oídos. Mientras, Mario sonreía, mirándola y explicándole lo bonito que tenía Ariadna el pelo, lo increíbles que eran sus piernas bronceadas o el estilo que tenía, siempre perfecta en cada situación.

—No creía que fuera mi tipo. Ella, no sé, me parecía tan pijita, tan lejos de las cosas que me interesaban de la vida... Nunca me imaginé con ella, pero la verdad es que lo que ahora no puedo imaginar es estar con nadie más. Creo que..., creo que me voy a declarar. Creo que le voy a pedir que se case conmigo.

—Orhg... —gorjeó ella con los ojos anegados en lágrimas.

—Pero antes me gustaría que la conocieras. Le he hablado mucho de ti.

—Eh... —balbuceó.

—Amaia, ¿qué te pasa? ¿Estás llorando?

Amaia respiró hondo. Era hora de confesárselo, de quemar el último cartucho.

—Yo..., Mario..., esto es..., me siento tan... —Le miró a los ojos, se secó las lágrimas y lo vio tan angustiado que...—. Es solo que me he emocionado. Es todo muy bonito.

—¿Querrás conocerla?

—Claro que sí, Mario. Haría cualquier cosa por ti.

Javi necesitó veinticinco minutos de friegas en la espalda para poder calmarla. Veinticinco minutos en los que Amaia lloró como una ceporra, agarrada al muslo de su amigo, manchándole con lágrimas la tela del pijama.

—Amaia... —decía Javi mientras la acariciaba con suavidad—. Lo superarás. Es solo un hombre. Hay millones.

—No es un hombre. Es Mario Nieto, el amor de mi vida.

—El amor de tu vida está por llegar. Y te van a querer tanto que harás aburridos los cuentos de Disney.

Ella siguió llorando; no había nada que pudiéramos decirle que la tranquilizara. Los desengaños amorosos son así. Y al final, lo único que pudo animarla fueron los dos donuts glaseados que Javi le pagó en un Starbucks.

EL MARTES MÁS EXTRAÑO DE LA HISTORIA DE LOS MARTES

EL primer día de la gran oportunidad de mi vida. El gran día. Había pedido una semana de vacaciones en el restaurante del hotel para poder dedicar todas mis fuerzas a demostrar que merecía estar en El Mar. Me la dieron a regañadientes, pero allí estaba, cagada de miedo, sin atreverme ni a llamar a la puerta. A la gran Martina, a la que los compañeros de la escuela siempre trataron como si fuera un *cyborg*, a la que sus padres habían criado en la creencia de que no debía mostrar el miedo ni la debilidad..., le temblaban las rodillas. Y, para ser sincera, el motivo no era entrar como postulante a un puesto en El Mar..., eran demasiadas cosas, entre las que reinaba la sensación extraña de que me ahogaba delante de Pablo.

Había pasado el fin de semana sin poder quitármelo de la cabeza. No me pegaba nada. Pero fuera o no típico de mí obsesionarme con algo o alguien, vi unas treinta entrevistas suyas que estaban colgadas en YouTube. Hablaba con una seguridad aplastante, sonriente, contestando lo que le salía de los cojones si la pregunta no le gustaba. Era un animal mediático además de uno de los cocineros más jóvenes galardonados con estrellas Michelin. Y además era sexi... muy sexi. O me lo parecía porque estaba salida, no lo sé.

La presencia de alguien detrás de mí me asustó y al dejarle paso descubrí a una chica con el pelo verde sirena y una sonrisa radiante. Exótica, preciosa, de esas chicas que hacen que un hombre vuelva al cabeza al verla pasar. Y yo allí con mi moño de bailarina y un cartel de «cerrado por sosez» en la entrepierna.

—Hola —saludó muy simpática.

—Hola.

—Está abierto. Si empujas la puerta...

—Ah...

Bien. Quedando como una imbécil delante de los nuevos compañeros en 3, 2, 1... Fue ella quien empujó la puerta finalmente, pero me dejó entrar primero. Había gente moviéndose de un lado para otro y todos tenían pinta de salir de un anuncio de Levi's o Diesel o vete tú a saber qué marca de vaqueros estaría de moda en aquel momento.

—Soy Carol —se presentó la chica del pelo verde.

—Encantada, soy Martina.

—¡Qué nombre tan bonito! —exclamó.

Sí, a menudo me daba la sensación de que lo más expresivo y original de mí era

mi nombre.

Pablo salió de su despacho frotándose los ojos. Pantalones vaqueros negros, camiseta de manga larga negra, sus anillos y el cabello como siempre, alborotado, ondulado. En mi opinión necesitaba un corte de pelo, pero estaba increíble, ¿para qué negárselo? Me pregunté cómo podía parecerme atractivo si para mi gusto debería cambiar el cien por cien de su atuendo. Al verme, sonrió y me pidió que esperase un segundo donde estaba. Desapareció tras una puerta y cuando volvió llevaba en la mano una prenda blanca: mi chaquetilla de El Mar. Emoción.

—Hola, Martina. Toma. Bienvenida.

—Gracias.

—Pruébatela. Soy malo con las tallas. Y... con las edades. El vestuario está allí, es aquella puerta.

Me guiñó un ojo y yo me sonrojé. Vaya por Dios. ¿Conoces esa sensación de estar nerviosa delante de alguien que sabes que domina la situación? Alguien al que no le interesa lo suficiente su interlocutor como para mostrarse inquieto. Esos éramos Pablo y yo. Y no venía siendo normal que un tío me impusiera tanto. Jodida admiración profesional.

Me indicó de nuevo con un gesto una puerta y al entrar me encontré con el típico cuarto de personal con unas taquillas, perchas, un baño, dos duchas y demás. Dejé el bolso en una balda vacía, me quité la chaqueta y el jersey y me coloqué la chaquetilla que abrochaba a duras penas en la zona del pecho. Bueno..., quedaba un poco insinuante, pero es que soy una tía y tengo tetas. Pablo no me había dado pantalones de uniforme, deduje que porque debía comprármelos yo. Menos mal que, por si acaso, había cogido unos míos, junto al calzado especial. Al salir ya cambiada me encontré a Pablo bromeando a voz en grito con los demás sobre hacer potaje de garbanzos esa noche.

—Plato único y de cucharón —voceaba.

—Oído, chef —respondieron varias voces en tono jocoso.

—Y de postre arroz con leche —le contestó alguien al fondo.

Pablo se echó a reír a carcajadas. Dios..., era guapo. ¿Era guapo? Muy guapo. «Martina, concéntrate, que si respiras hondo petas la chaquetilla».

—¿Estamos? —me preguntó al percatarse de mi presencia. Sus ojos fueron hacia los botones tirantes y escondió una sonrisa tras un carraspeo—. Te presento al equipo y empezamos, ¿te parece?

Asentí y él me cogió por encima del hombro. Me puse tensa como una escoba. Me estaba tocando. Pablo Ruiz me estaba tocando. ¿Me molestaba, me halagaba o me excitaba? Una mezcla. ¿De dónde salía aquella confianza? Soy muy mía con mi espacio vital y no lo comparto con cualquier desconocido pero... era Pablo Ruiz, el jodido Pablo Ruiz, que es algo así como si uno de los Backstreet Boys hubiera decidido escupirle en la cara a Amaia cuando tenía quince años. No habría habido quejas.

—Grumetes —llamó con su voz rasgada y masculina—. Os presento a Martina, que formará parte de la tripulación de este barco al menos durante esta semana. Vamos a hacer que esta experiencia sea no solo buena, sino espectacular para ella.

Todos saludaron con una sonrisa y yo quise hacer lo mismo, pero estaba tan asustada y acongojada que no sé si me salió una mueca a lo Joker.

—A Alfonso ya lo conoces. Es uno de mis jefes de cocina. Él es Marcos, el otro jefe de cocina. Sois seis jefes de partida en total. Mira, ellas son Carolina y Rose. Y ellos Carlos, Aitor, Iñaki...

Yo asentía mientras él señalaba uno a uno a los presentes y decía su nombre. No memoricé ni uno. Solo el de Carolina, que era guapa y llevaba el pelo verde..., como para no acordarse. Pero no era la única con un aspecto... original. Otra de las chicas llevaba el pelo blanco y rapado en uno de los lados, además de tatuajes en los brazos que se adivinaban bajo su camiseta arremangada. Muchos *piercings*, ropa oscura, botas, calados... Y yo me había presentado con un jersey rosa palo y unos vaqueros rectos. Además del personal en plantilla, por allí había muchas caras jóvenes e ilusionadas de chicos en prácticas. Y hasta ellos eran más pintones que yo. Nunca me había sentido tan fuera de lugar.

Hechas las presentaciones, Pablo me giró hacia él, pues no me había soltado el hombro. Los demás seguían con sus cosas, desempeñando el papel que tenían ya memorizado en aquella cocina. Pablo sonrió:

—Hoy va a ser un día un poco especial, ¿vale? Estás un rato conmigo y luego te pegas a Carolina hasta el final. Cuando terminéis, vuelves conmigo y nos pasamos por la partida de los postres.

—Vale.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No lo parece. Parece que vas a desmayarte o a vomitar, o las dos cosas. —Puse cara de pánico y él se esforzó por no reírse de mí—. Relájate. Lo más importante es pasárselo bien. Esto es como el sexo, ¿sabes? Lo importante es disfrutarlo, no cumplir una marca.

Asentí horrorizada por el símil y él me dio una palmadita en la espalda. Después se alejó hacia un mueble en el que reinaba un equipo de música.

—Dame un segundo —me dijo—. ¿A quién le tocaba hoy?

—¡A mí! —gritó una chica, que acudió corriendo con un iPhone en la mano.

—¿Qué nos tienes preparado, Rose?

Un estruendo rompió la cocina en dos y todos se pusieron a aplaudir.

—Pero ¿¡¡qué es esta mierda!!!? —Se descojonó Pablo mientras se alejaba hacia su despacho.

—¡¡De mierda nada!! ¡¡Esto es Thirty Seconds to Mars!! Un respeto, capitán.

Todos se echaron a reír. La música rebotaba por las paredes llenándolo todo y cada uno se dispuso a ocupar su posición. Y yo con cara de «¿qué está pasando

aquí?», igual que una señorita victoriana en medio de Woodstock. Alguien se me acercó:

—Es una costumbre. Cada día le toca a alguien traer una lista de canciones y la ponemos mientras trabajamos. Hace que el ambiente sea más distendido —dijo.

Miré agradecida a Carol, que me dio un par de palmaditas en la espalda. Menuda cocina de tocones.

—Trabajaremos codo con codo. Es un buen lugar, no te preocupes. Si necesitas algo, estaremos aquí...

—Gracias.

Pablo salió de su despacho arremangándose la camiseta de algodón negra y fue a una de las neveras, de donde salió cargando con seis (putos) faisanes muertos. Las aves no son mi fuerte, he de confesarlo. Quiero decir que las despiezo sin problemas y sé cocinarlas, pero no me resultan agradables de manipular, sobre todo cuando vienen con todo su plumaje de fábrica. Vamos, que me dan un asco que no puedo soportarlo. Pero no hay dolor...

Pablo me llamó con un gesto y apoyó los faisanes sobre una mesa de trabajo que se mantenía vacía. El resto de los integrantes de la cocina había tomado posiciones. Me acerqué tímida y él me sonrió.

—Vamos a charlar un ratito. Pero mientras... necesito que los desplumes y los dejes como el culo de un bebé.

Tragué saliva y recordé la primera vez que despellejé a un pollo. Fue en el primer curso de mis estudios y terminé vomitando en el cuarto de baño, ganándome bastantes burlas. Hasta que tocó la casquería, casi todos tuvieron arcadas y yo les miré desafiante, proponiendo revuelto de sesos con neग्रillas como plato para experimentar.

—¿Me enseñas dónde tenéis los utensilios? —le pedí.

—Aquel armario. Sírvete tú misma.

Que estaba probándome lo tenía claro, pero tampoco entendí que lo hiciera con seis (malditos) faisanes. La gente que llega a una cocina como la suya tiene ya el culo pelado de hacer ese tipo de trabajos. Sabía perfectamente que tenía que llenar un cuenco con agua fría para ir humedeciéndome las manos conforme avanzaba en la tarea de desplumar. Llené un recipiente en el grifo, pregunté por el congelador y me hice con unos cubitos de hielo. Después volví a su lado preparada.

—Toma. —Me pasó unas tijeras.

Y yo ya sabía para qué eran. Un escalofrío me recorrió la espalda. Joder. ¿No podía haberme pedido que le despiezara una cabeza de cerdo? Lo hubiera preferido.

—¿Me podrías decir dónde encontrar una bolsa grande? Así será más limpio.

—Claro.

Él mismo me facilitó una y la abrió para que yo pudiera meter los faisanes y trabajar con ellos dentro. Cogí las tijeras con decisión y corté los hilos con los que estaba atada la primera ave. Después, sin pensármelo, le rebané la cabeza y le corté

las alas. El crujido fue bastante asqueroso, pero me dije a mí misma que estaba cansada de hacer labores desagradables en cocina y que un faisán no podría conmigo, a lo que una vocecita tímida dentro de mi cabeza contestó que en el hotel todo el mundo conocía mi animadversión por las plumas y me ahorran el mal trago. «Quizá no deberías haber salido de allí», sugirió. «Pero esto es El Mar», le respondí. Y no hay más preguntas, señorita.

—Dime. —Pablo se apoyó en la encimera mientras me veía trabajar—. ¿Cuál fue tu primer trabajo en cocina?

—Uhm..., ayudé durante el verano del primer curso en un parador. Me pusieron en los desayunos y colaborando con la limpieza de los cacharros en las comidas.

—¿Y te gustó?

—Siendo franca..., no. Yo quería cocinar, no fregar.

Le miré de reojo arrepentida de la franqueza; el puto filtro de la charla social se me solía desconectar a menudo. Pero allí estaba él, sonriendo con un punto de condescendencia de lo más sexi. Tiré con fuerza de un puñado de plumas y las arranqué. Las dejé a un lado, en la bolsa, junto a las alas y la cabeza, me humedecí las manos de nuevo y seguí, olvidando que todo mi interior gritaba despavorido. La manga larga de la chaquetilla ocultaba mi piel de gallina.

—Te entiendo. Yo también empecé fregando platos y no me hacía demasiada gracia —dijo—. ¿Y cuál fue tu primer plato?

—¿El primero que... cociné?

—No. El primero que creaste. No vale decirme que un pastel de barro; he escuchado demasiadas veces la misma broma como para volver a reírme.

Tragué saliva y me quité un par de plumillas mojadas de entre los dedos. Dios, qué asco más tremendo. Mi talón de Aquiles materializado en el puto faisán que estaba desplumando.

—Unos bombones. No me siento demasiado orgullosa.

—¿Por qué?

Retiró una de sus manos de la encimera para meterla entre su pelo de manera deliciosa, deslizando los dedos entre los mechones a la vez que los echaba hacia un lado y los apartaba de su cara. Me quedé callada mirándolo y cuando se dio cuenta de que no le contestaba, me instó a hablar con un gesto. Carraspeé. Nota mental: no mirarle a los ojos; era como la maldita Medusa de la mitología griega.

—Digamos que no he hecho ninguna aportación a la cocina.

—Tu recetario es interesante.

—Gracias.

—Apunta maneras. ¿Sabes que puedes venir con vaqueros si quieres? He visto que llevas pantalones de uniforme y..., bueno, si te sientes más cómoda con unos tejanos, no hay problema.

—Uhm..., vale.

—Dime..., ¿cuál es tu plato preferido?

—¿Para cocinar?

—Para comer. ¿Qué prepara tu madre el día de tu cumpleaños?

—¿Mi madre? —Le miré extrañada, limpiándome de plumas las manos—. No cocina nada especial en el cumpleaños de nadie.

—Oh, mi... —susurró a la vez que hacía una mueca.

Vale, le estaba pareciendo una friki. «Faisán: te odio. A ti y a toda tu familia de seres voladores».

—Pasta fresca a la marinera. Es mi plato preferido. O ñoquis.

—¿Sí? Uhm. ¿Y qué es lo que más te gusta cocinar?

—Nada en concreto y todo. —Me encogí de hombros.

—Explícame eso.

Joder. Qué mal rato. Sus dedos llenos de anillos tamborilearon sobre la mesa de trabajo. Arranqué un puñado más de plumas y un pedazo de la piel del animal se desprendió con ellas. Miré al techo cogiendo aire, tratando de fingir que buscaba las palabras perfectas. Maldito bicho. ¿No podrían ser calvos?

—Siempre he pensado que el mejor plato para cocinar es el que está por cocinar. Todo lo demás lo tenemos demasiado aprehendido, interiorizado. Cuando tanteas en casa sin saber muy bien lo que estás haciendo..., eso es lo que más me gusta.

—¿Aunque al final la receta no funcione?

—Claro —asentí—. Ya sabes que no funciona. Estás un paso más cerca.

Pablo me miró desplumar con fuerza de nuevo y volver a limpiarme las manos. «El asco es una sensación subjetiva, Martina. No existe. No e-xis-te».

—¿Cuánto crees que tardarás en tener ese faisán limpio?

—Diez minutos. —Respondí con rotundidad.

—¿Totalmente limpio?

Asentí mientras repasaba una zona totalmente despejada de plumas. Puaj.

—Está bien. Esto..., ¿cenaste aquí una vez, verdad?

—Sí. Hace cosa de tres años.

—¿Y qué te gustó más?

—El huevo cocinado a baja temperatura.

—¿Por qué?

—Porque era coherente. —Pablo frunció el ceño y yo me apresuré a aclararlo—. No quiero decir que el resto no lo fuera. Solo que este era... significativo. Hasta el nombre del plato lo era. *Impresión*.

Pablo levantó las cejas sorprendido.

—¿Sabes por qué se llamaba *Impresión*?

—Sí. Por el cuadro de Monet que daría nombre al impresionismo: *Impresión. Sol naciente*. Cuando rompías la yema del huevo los colores que invadían el plato eran como un amanecer impresionista.

Le miré esperando comprobar si había aprobado el examen. Pablo me observaba fijamente, como si pudiera traspasarme. Era una mirada que inquietaba porque

parecía que podría dejarte desnuda por dentro y por fuera. Darte la vuelta y dejar lo de dentro a la vista. Demasiado a la vista.

—Detrás de ese plato había un recuerdo personal —me dijo—. Me alegra que lo apreciaras.

Cogí aire, lo aguanté un segundo dentro y después lo solté despacio por la nariz. Pablo era muy intenso. Me humedecí las manos y limpié el cuenco de plumas antes de repasar el faisán y pasarle una mano limpia y humedecida por encima.

—¿Lo dejo aquí?

—Estefanía —llamó. Una chiquilla que tenía escrito en la cara «en prácticas y enamorada del chef» acudió corriendo—. ¿Ves cómo está este? Pues quiero el resto igual.

—Oído, chef —le respondió ella.

—Ya está, Martina. Puedes ir a tu sitio junto a Carolina y empezar a familiarizarte con todo. Escucha bien, es lo más importante.

—Vale.

Me encaminé hacia donde se encontraba la chica del pelo verde pero, antes de que diera tres pasos, Pablo me llamó y me volví hacia él.

—Para ser lo que más asco te da en el mundo, lo has hecho muy bien —musitó.

—Voy a matar a Fer.

Lanzó un par de carcajadas y se giró para dedicar su tiempo a otra cosa. Y la carcajada resonó dentro de mi cabeza durante un buen rato.

Todo siguió bien. Yo me pegué a Carolina, mi compañera de partida y también jefa de la misma, que me indicó dónde se encontraba cada cosa, cuáles eran los platos que pertenecían a nuestra partida y cómo se ejecutaban. Fue tan amable que por poco no me enamoré de ella. Pablo, mientras tanto, fue grupo por grupo para hablar con todos los componentes de la cocina con calma y sosiego. Nada de gritos ni de meter presión dando órdenes. Aunque aún era pronto, también es cierto, pero no entendía muy bien de dónde le venía esa fama de tener un carácter explosivo y complicado. Allí todo el mundo sonreía y parecía cómodo..., todo el mundo menos yo que, para variar, era una merluza fuera del agua.

Me concentré en lo mío, porque todos podían ser muy originales y muy *cool*, pero allí se iba a trabajar y no creo que el índice de popularidad tuviera que ver con el hecho de que pasada aquella semana me quedara o no. Tenía muchas esperanzas puestas en ese trabajo. Muchas. Como para desplumar un faisán sin dar muestras de flaqueza. Demasiadas, creo. Era mi trampolín..., la puerta celestial a la grandeza gastronómica. Yo qué sé.

Dentro de aquella cocina éramos seis jefes de partida en total, doce ayudantes y dos jefes de cocina. Sumemos además la gente en prácticas. Si no había control y organización, el pase podía convertirse en un chocho impresionante. Pero cuando

empezó el rodaje del restaurante, cada uno ocupó su lugar sin que Pablo tuviera que mediar. Se repasaba todo el género recibido, se preparaba, se procedía a cortes, limpiados y demás y pronto empezaban con caldos base, gelatinas y todas aquellas cosas que podían adelantarse y que demandaban más tiempo de cocción. En el fondo, todo resultaba familiar, menos el ambiente en el que se ejecutaba.

Pensé que partía con ventaja porque además de saber de memoria todas las recetas publicadas de ese hombre, yo había cenado en El Mar y había podido probar el menú degustación que había hecho famoso a Pablo Ruiz. Recordaba aquella noche con todo lujo de detalles: cada plato, los aromas, las texturas, el sabor de cada ingrediente. Y Pablo seguía siendo fiel a la filosofía de aquel menú degustación: tradición y vanguardia, estética y sabor. Productos potentes, de los que hablan solos, dirigidos con mano firme para sacar lo mejor de ellos en preparaciones geniales y sorprendentes. Sin embargo, nada de eso me ofreció ayuda porque una cosa es el resultado y otra muy distinta trabajar para conseguirlo, sobre todo si la presencia de Pablo lo llenaba todo... y créeme, no sé cómo, pero lo llenaba.

La música seguía sonando a todo volumen y de vez en cuando escuchabas a alguien cantar en voz alta. Pablo se movía entre las mesas supervisando el trabajo de todos tarareando e incluso bailando. Era divertido..., supongo. Divertido si no tenías el sentido del ridículo hiperdesarrollado como yo. Y es que yo era una de esas personas que envidiaba a quienes podían disfrutar sin barreras.

—¿Todo bien? —preguntó Pablo cuando Carol y yo hablábamos sobre si a uno de los caldos base le haría falta o no un poco más de sal.

—Más que bien —contestó ella—. Todo sobre ruedas.

—¿Y tú? —insistió mirando a Carol.

—Bien.

—¿Seguro?

Ella se giró con gracia hacia él y su pelo la acompañó dibujando una parábola en el aire.

—Seguro, papá.

—Seguro, papá. —La imitó él haciéndole burla.

Pablo se fue sonriendo. Uy, uy, uy. La miré con disimulo.

—Le gusta tener una relación muy personal con todas las personas de su equipo. Y si sabe que estás regular se comporta como si fuese tu hermano mayor. Me da miedo pelearme con mi casero por si Pablo se planta en su casa para defender mi honor.

—¿Y es así con todo el mundo?

—Sí —asintió sin mirarme.

Yo desvié la mirada hacia el fondo de la cocina, donde él estaba poniéndole caras extrañas a uno de los chicos del equipo que no dejaba de reírse. ¿Sería alguna vez así conmigo? No me imaginaba teniendo una charla amistosa con Pablo Ruiz, contándole cosas como que me preocupaba que Amaia cumpliera la amenaza de inyectarme aire

en las venas. Se tocó el pelo. Dios..., tenía pinta de ser tan sedoso..., mucho mejor que un puñado de plumas mojadas. Joder..., qué tirria.

El ambiente de trabajo era agradable y distendido, pero una hora antes de que los clientes fueran llegando la música se apagó y Pablo nos reunió para arengar a los tripulantes de aquella cocina. Seguro que ahora venía un discurso inspirador que me enamoraría más de aquel lugar. Contuve hasta el aliento mientras él se apoyaba en uno de los bancos de trabajo y se preparaba para hablar. Todo el mundo estaba atento a sus palabras.

—Como cada noche, el barco sale de nuevo a la mar, grumetes. Atendamos las indicaciones de los comandantes de sala, ¿vale? Hagamos fácil su trabajo y que ellos faciliten el nuestro. Vamos a disfrutar de este viaje con nuestros cojones y vamos a corrernos de gusto en sus bocas. Que salgan de aquí sintiendo que los sabores se los han follado. Sigamos siendo los mejores, compañeros.

Un par de palmadas y todos volvieron a su puesto. Y yo, horrorizada, miré al suelo para no cruzar la mirada con él después de haber dicho aquello. Por el amor de Dios..., ¿había dicho que íbamos a corrernos en la boca de los clientes? Era lo más antihigiénico que había escuchado decir en una cocina. Claro que las palabras no podían ser antihigiénicas pero... qué horror, ¿no? Y ¿por qué cojones me lo estaba imaginando yo gimiendo agarrado a unas sábanas?

Cuando el turno de cenas comenzó, todo parecía extrañamente calmado. Se acabaron las canciones, las carcajadas y el colegeo, pero no había gritos dentro de aquella cocina. Solo se cantaban comandas especiales. Y las únicas voces que se escuchaban eran educados murmullos de los jefes de partida llamando a sus ayudantes y la respuesta de todos a una a Pablo con el clásico «oído, chef» cuando llamaba la atención sobre algo. Todos con los mandiles de El Mar atados a nuestra cintura y los gorros colocados. Se respiraba la tensión propia de un trabajo que exige precisión. No, no éramos cirujanos y Pablo parecía un tío simpático y racional, pero era alguien exigente. Sin embargo... calma. Aquello era El Mar.

Los entrantes salieron con puntualidad inglesa, impolutos, en sus platos de loza blanca y verde mar, dibujando olas sobre el fondo unos, evocando sonidos otros, recordando paisajes algunos más. Pablo daba el visto bueno uno por uno y yo... lo admiraba, porque todo lo que hacían sus manos era totalmente maravilloso. Y creo que a la mayor parte de las personas que trabajaban allí les pasaba lo mismo. Puede que no se trabajara como en otras cocinas y que ninguno tuviera un aspecto demasiado convencional, pero eran buenos y a Pablo Ruiz su cocina le apasionaba de una manera visceral, y eso para un chef... es esencial.

Nos secuestraron las tareas de emplatado, la composición de cada elemento, el aire de las brasas que se encerraba bajo campanas de cristal en un primero o la humeante silueta del vapor que emanaba de una reinterpretación de la sopa miso con algas. Cada recipiente era perfecto y todo estaba en sintonía. Carol me indicaba y yo ejecutaba, y mientras lo hacía, ella, con un soniquete tranquilizador y susurrante que

no nos desconcentraba de lo que teníamos entre manos, me explicaba el porqué del orden de cada producto en el plato, la historia que había detrás. Tensión, sí, pero de la que te hace sentir más viva. Cuando salieron todos los platos de nuestra partida, Pablo chasqueó los dedos en mi dirección y señaló en dirección a la partida de los postres.

—Ve, mira y ayuda en lo que puedas.

Y aunque pensé que me mirarían como a una invasora de su espacio, todos me sonrieron y la jefa de partida me indicó que colocara unas planchas de chocolate blanco aromatizado con jengibre en cada plato. Qué absoluta maravilla.

Cuando se terminaron los servicios, Pablo desapareció dentro del despacho para salir abrochándose una chaquetilla de chef con su nombre bordado en el pecho en color turquesa junto al logo del restaurante. Joder. La chaquetilla. Por poco no me quedé bizca de por vida y, por si no fuera lo suficientemente ridículo ponerse a babear como una gilipollas con la boca abierta, me pilló mirándole.

—¿Qué tal, Martina? —preguntó viéndome limpiar la superficie de trabajo.

—Muy bien.

—Sí, ya veo. Vas cogiendo el ritmo, ¿no? —Y se concentró durante unos segundos en abrochar los últimos botones del cuello.

Glups.

—Sí, creo que sí. Pero si hay algo que no he hecho bien, por favor, dímelo.

—Vale, pues... suéltate un poco. Parece que estás pasando un mal rato.

Y a pesar de estar disfrutando, en el fondo tenía razón, lo estaba pasando.

—Recoge con el resto. Que te enseñen cómo va todo en el después. Luego hablamos.

—¿Dónde vas? —pregunté impertinente.

Pablo se paró en seco y se giró hacia mí de nuevo, esta vez con el ceño fruncido.

—¿Te preocupa estar sola en esta cocina?

—No, es que..., perdona, yo... no pretendía...

—Respira. Voy a charlar con los clientes. Ya sabes. Labor comercial. Y relájate; te va a dar algo. —Me guiñó un ojo.

Un ictus le daría a Amaia si me viera siendo tan gilipollas, pero de la risa. Pablo tardó cerca de veinticinco minutos en volver a la cocina y me sorprendí cronometrando su ausencia. Durante ese tiempo todos nos centramos en limpiar. Utensilios, superficies, suelos... y se guardó lo que había sobrado, que, tal y como se trabajaba allí dentro, fue poco. Todo catalogado, con la fecha, ordenado. Por Dios, aquello era pulcritud y buen trabajo. Daba gusto. Después anotamos lo que haría falta para el día siguiente. Cuando Pablo volvió a entrar en la cocina, estábamos a punto de marcharnos.

—Grumetes, una noche más, los clientes se van satisfechos y hablarán maravillas de nosotros cuando salgan por la puerta. Gracias por vuestro trabajo. Buenas noches.

Todos aplaudieron y él, sonriendo, se acercó a Carol, a la que rodeó la espalda con el brazo.

—Quédate un momento. —Escuché que le decía a Carol con voz queda.

¿Para qué debía quedarse? ¿Debía decirle algo sobre mí? Que me vigilara de cerca, que le contara cada uno de mis errores. ¿Algo así? ¿O es que estaban liados? En realidad harían buena pareja. Ella tan bonita y tan colorida y él tan... oscuro y sexi. Verlos follar tenía que ser... ¿Verlos follar? Pero por el amor del cosmos, ¿qué carajo me pasaba?

Cuando llegué al mediodía no me di cuenta de que, al contrario de todos los sitios en los que había trabajado antes, El Mar tenía un vestuario mixto. Alguien debió decidir que la distinción de géneros sobraba y que todos éramos mayorcitos, pero... no me moló demasiado. Nota mental: no llevar nunca tanga. Una cosa es que me vieran las bragas y otra muy distinta que les dejara la panorámica de mi culo, con todos sus más y sus numerosos menos. Miré a mi alrededor. Al parecer yo era la única a la que le daba pudor, así que me cambié junto a los demás lo más rápido que pude y salí a la calle con todos. Varios compañeros se ofrecieron a llevarme, pero preferí coger el autobús nocturno que me dejaba a cien metros de casa; si la rutina iba a ser así, era mejor acostumbrarse desde el principio. Pero al meter la mano en el bolsillo de la chaqueta en busca del abono mensual de transporte público, lo encontré totalmente vacío.

—Mierda —murmuré—. Tengo que volver. Se me ha debido de caer una cosa en el vestuario.

—¿Quieres que te esperemos? —me preguntaron.

—No, no hace falta. Nos vemos mañana.

Regresé al restaurante y pensé que quizá tendría que haberles dicho que me esperaran..., aquello hubiera sido cortés, ¿no? ¿O todo lo contrario? Al menos me hubiera hecho parecer más sociable. Yo quería caerles bien pero no sabía cómo hacerlo. Me imponía bastante ver que todos fueran tan *cool* y que se llevaran tan bien. No sabía si sería capaz de sentirme cómoda entre ellos.

La puerta de servicio estaba abierta y entré directamente a la cocina, encontrándome de morros a Pablo y Carolina abrazados. Muy apretados. Él decía algo en voz suave, como arrullándola, mientras dejaba algún beso sobre su pelo con cariño. Era una imagen íntima que me dejó clavada en el suelo, sin poder dar un paso ni en dirección a la puerta, para volver por donde había venido, ni hacia el vestuario. Pablo levantó los ojos y se encontró con los míos clavados sobre ellos dos.

—Perdón —musité—. Me dejé algo en el vestuario.

—No importa.

Carol se separó de él, de espaldas a mí, y se alejó hacia la zona de los bancos. Yo entré a toda prisa en el vestuario, recogí el abono transporte que, efectivamente, estaba en el suelo y me marché corriendo. Los dejé sentados sobre uno de los bancos de trabajo, con los pies colgando, muy juntos. Sonaba una canción suave en la minicadena.

Cuando llegué a casa me sentía más fuera de lugar que nunca. Y molesta. ¿Por

qué?

SI ALGO PUEDE IR A PEOR, VA A PEOR

EL día siguiente a mi primera jornada laboral en El Mar, Sandra seguía sin tener noticias de Íñigo y empezaba a cabrearse. La bromita estuvo muy bien, no sé, durante dos o tres horas, pero se estaba pasando de castaño oscuro. Como todos los días, el despertador le sonó a las nueve. Se levantó, se metió en la ducha y estuvo cerca de veinte minutos allí dentro, relajándose bajo el agua caliente.

Una vez fuera se embadurnó con aceite de argán (del de Kiehl's, que ella es de morrete fino) y se secó el pelo. Después se puso unos leggins negros y un jersey *oversize* y bajó las escaleras en busca de su desayuno. Ya eran las diez menos cuarto de la mañana.

Su madre estaba en la cocina poniendo a remojo unas lentejas. Sandra arrugó la nariz. No le gustaban nada.

—Mamá, qué asco, ¿lentejas otra vez? Me da la sensación de que me castigas continuamente con este plato infame.

—Hace dos semanas que no cocino legumbres. A tu padre y a mí nos gustan. —Y por el tono Sandra notó que su madre estaba tensa.

—¿No puedo comer otra cosa?

La madre de Sandra se giró indignada y la fusiló con la mirada.

—¿Cuántas comidas quieres que haga al día? ¿Te crees que soy tu cocinera personal?

Sandra rebufó y entre dientes le deseó un feliz día a su madre en tono irónico.

—¿Hay café?

—Hay café.

Se sirvió una taza y su madre le dejó una manzana encima de la mesa.

—Oye, mamá, ¿hoy puedes subirme las tostadas solo con tomate y un poco de sal?

—Espérate a que venga tu padre, Sandra. No subas aún.

—¿Y eso?

—Queremos hablar contigo.

Sandra no se planteó nada fuera de lo común. Se tomó su café solo, se comió su manzana y se fumó un cigarrillo, con las piernas cruzadas y moviendo el piecicito en el aire. Llegó su padre y Sandra los escuchó cuchichear a sus espaldas. Empezó a preocuparse. Estaban muy raros. Entonces se sentaron frente a ella.

—Vale, Sandra, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De tu situación.

Ella arqueó las cejas y apagó el cigarrillo.

—A ver... —dijo con desdén, invitándolos a hablar.

—Tienes treinta años. Llevas casi ocho viviendo exclusivamente de lo que nosotros te damos.

—Estoy opositando —contestó.

—Estás haciendo el vago, y lo peor es que estás tan acostumbrada a mentir que ya hasta te lo crees. No estudias. No trabajas. No haces nada más que vegetar en tu habitación. Si fueras un hombre, pensaríamos que estás enganchada al porno —refunfuñó su madre.

—Siendo una mujer también puedo engancharme al porno. —Gruñó malhumorada.

—¿Lo estás?

—No —rugió.

—No es la primera vez que tenemos esta conversación contigo, Sandra, pero esta vez es la definitiva —empezó a decir su padre—. Hemos llegado a una conclusión sobre nuestras propias vidas que te afecta directamente, ya no consideramos adecuado seguir alargando esta situación.

—Que me busque un trabajo de media jornada, ¿no?

—No. No exactamente. Tu madre y yo hemos decidido irnos a vivir al apartamento en la playa. —Sandra pestañeó ilusionada. ¡Su casa solo para ella por fin!—. Y las cosas no van tan bien como piensas. Te pasamos un dinero mensual y te mantenemos aquí, pero ahora que nos marchamos, no vamos a poder hacerlo.

Sandra frunció el ceño.

—Lo que tu padre quiere decir es que vamos a alquilar la casa. Ya han venido a verla. Y tú, evidentemente, tienes que volar del nido.

Las lágrimas empezaron a agolparse en sus ojos. Espera, espera, espera..., ¿qué estaba pasando?

—Martina y Amaia están viviendo juntas. ¿Por qué no te vas con ellas? Compartir piso con tus amigas será una experiencia muy buena. Hay confianza y...

—Es que no quiero... —balbuceó.

—Pues con Íñigo, Sandra. Ya es hora de que te des cuenta de que eres adulta. A tu edad yo ya te tenía a ti y...

—Era otra época. —Lloriqueó—. No me puedo creer que me estéis echando a la calle.

—Te estamos haciendo un favor.

—No me estáis haciendo ningún favor. Me estáis abandonando.

—Se abandona a un niño, por el amor de Dios, no a una mujer de treinta años sana y lozana como tú. —Gruñó su madre.

—Te ayudaremos a empezar —dijo su padre visiblemente afectado—. Pero es que esto no puede ser, Sandra, cariño. Si sigues así, no vas a hacer nada con tu vida.

Tienes edad de trabajar, de casarte e incluso de plantearte si Íñigo y tú queréis hijos.

Dios mío. Trabajo. Boda. Hijos. Pero ¿qué era todo aquello?

—¿Cuándo me tengo que ir?

—Como mucho en diez días.

—¿¿Diez días?? ¡Pero... ¿esto qué tipo de confabulación es?! ¿Cuánto me vais a dar para empezar?

Sus padres se miraron y suspiraron.

—¿Qué hemos hecho mal? —se dijeron entre ellos, con voces apesadumbradas.

—¿Que qué habéis hecho mal? ¡¡Abandonarme a mi suerte!!

—¿Por qué no miras un momento a tu alrededor y eres sincera contigo misma? ¡¡Mira a tus amigas, leñe!! ¿Cuántos años lleva Martina fuera de su casa? ¡¡Se fue con veintiuno!! Y Amaia lleva trabajando desde que terminó la carrera. ¡¡Están compartiendo piso, te ofrecieron una habitación y tú dijiste que no porque estás aquí de puta madre, en tu hotel particular, en el que no solo nada te cuesta dinero sino que encima te pagan!! —gritó su madre.

Sandra abrió los ojos como platos.

—Tendrás ahorros, ¿no? —respondió su padre.

—Pues...

La verdad es que no, no tenía ahorros porque la aplicada opositora tenía gustos caros. Así que de los ciento cincuenta euros a la semana que le pasaban sus padres quedaban restos moribundos en su cuenta bancaria. A las tardes de copas con nosotras (porque tenía que despejarse), los bolsos de marca (porque no podía parecer una muerta de hambre si quería ser notaria), los tratamientos en la peluquería (porque de estudiar se le caía mucho el pelo y tenía las puntas abiertas), las manicuras (porque sí, porque le gustaba llevar las manos impecables) y los masajes (porque necesitaba destensar los músculos después de tanto estudiar) se le sumaba el hecho de que fumaba bastante.

Su madre se levantó de la mesa abruptamente. Era evidente que, de sus dos progenitores, ella era la que estaba más cabreada. Igual así, quedándose sola con su padre, podría manipular un poco la situación. Así que con ojos llorosos de gacela se volvió hacia él:

—Papá..., no podéis hacerme esto. Necesito tiempo. Las cosas están muy mal ahí fuera. No voy a conseguir trabajo de nada. No sé qué hacer...

Su padre se tapó la cara y rebufó, disgustado.

—¿No podéis aplazarlo? Un año. Si me dais un año apruebo la oposición y ya no tenemos que preocuparnos más de este asunto —pidió con voz zalamera.

—Eres una egoísta. Tu egoísmo no tiene límite, Sandra. No vamos a aplazarlo. No pienso pasar un año más de mi vida retrasando lo que siempre hemos querido, por lo que siempre he trabajado, porque a mi hija no le apetezca dar palo al agua. Eres una vaga y eso me da tanta vergüenza que..., mira...

Se levantó de la mesa y la dejó allí sola. Sola. Pensando. En crisis. Se encendió

otro cigarrillo. ¿Tendría que empezar a fumar tabaco de liar que es más barato? Un escalofrío. Y ahora ¿qué iba a hacer?

Subió a su dormitorio. Cuando pasó por delante del de sus padres, los vio sentados en la cama. Su madre lloraba y su padre le frotaba la espalda para tranquilizarla. Los muy mamones. Abandonándola a su suerte. «Llora, llora, eso son los remordimientos de conciencia que tienes». Cerró la puerta de su cuarto y llamó a Íñigo. La señal sonó diez veces y se cortó. Volvió a intentarlo y otra vez el mismo resultado. No cesó. A la tercera, contestó:

—¿Qué quieres, Sandra?

—Hace días que no sé nada de ti —dijo en tono firme—. Y mis padres me acaban de decir que se van a vivir a la playa, que alquilan la casa y que yo tengo que irme de aquí.

—Siento que tus padres se hayan visto en la obligación de tener que decírtelo. Hace al menos tres años que deberías haber tomado esa decisión por tu cuenta. —Y el tono fue ostensiblemente tirante.

—¡¡¿Y de qué vivo?!! ¡¡Estoy opositando!!

—En su momento yo te di una solución. Tú no quisiste. Ahora ya no puedo hacer nada por ti.

—¿Cómo puedes estar lavándote las manos? ¡¡Eres mi novio!!

—No, Sandra, desde el viernes no lo soy.

—¡¡Deja ya ese postureo!!

—No es ningún postureo. No soy tu pareja porque tú has creído que tus cosas valían más la pena que mis planes, así que atente a las consecuencias.

—Pero... —balbuceó y a continuación miró hacia todas partes.

—No vuelvas a llamarme, Sandra. Necesito superar nuestra ruptura y empezar de nuevo. Te aconsejo que hagas lo mismo. Busca un trabajo. Hazte cargo de tus cosas. Aprende lo que es la vida. Y deja ya esa mierda de oposición que no tienes intención de sacarte.

—¿Qué...?

—Adiós.

Cuando escuchó los pitidos en la otra parte de la línea, se apartó el teléfono de la oreja y se quedó mirándolo, anonadada. Entonces y solo entonces se echó a llorar. Sola ante el peligro.

LAS TRES DESGRACIADAS

ERA miércoles. Yo tenía que trabajar aquella tarde y tenía una mezcla de ganas, miedo y vergüenza que me impedía enfrentarme al hecho de ir a la cocina de El Mar como lo hubiera hecho en condiciones normales. El día anterior había ido bien y mal. Estaba haciéndome al trabajo, preparándome para ocupar el puesto para el que postulaba como jefe de partida, pero me sentía insegura y fuera de lugar. Pablo parecía contento pero lo cierto es que hasta un ciego sabía ver que yo allí era como un pollo de dos cabezas: rara. Y además estaba esa cuestión..., ese abrazo, Pablo y Carolina solos..., ¿qué narices me importaba a mí?

Amaia tenía el día libre después de un turno de noche rotando en urgencias, y al parecer no estaba de humor. Había llegado a las nueve de la mañana, se había comido una magdalena y como una zombi había desaparecido en su habitación farfullando no sé qué sobre ganas de matar.

Un par de horas más tarde yo estaba leyendo por enésima vez el libro de recetas de Pablo cuando Sandra llamó por teléfono, histérica y fuera de sí. Me costó diez minutos entender qué estaba contándome. A decir verdad, me costó diez minutos darme cuenta de que no había enloquecido y no estaba hablando en esperanto. Cuando logré tranquilizarla un poco, le pedí que viniera a casa.

Me metí sigilosamente en la habitación a oscuras de Amaia y subí un poco la persiana. Ella gimió. Pobrecita. Me daba una pena brutal despertarla, pero es que la necesitaba. Yo sola no iba a poder hacer frente a lo de Sandra, sobre todo porque era el momento propicio para, convirtiéndome en poli bueno, meterle en la sesera que era una egoísta y que tenía que empezar a hacer su vida. Y explicarle que nuestra casa no era un asilo gratuito, por si se le había pasado por la cabeza. Me senté en la cama y Amaia hizo pastitas con la boca. Ay, la jodida, qué mona era. Me acosté a su lado y le pedí en un susurro que se despertara. Tiene un despertar horrendo, así que es mejor hacerlo así, despacito y con cariño.

—Mario... —balbuceó—. Yo te quiero.

Me reí con sordina. Era como una niña enamorada. Iba a costarle superar lo de la novia del doctor Nieto.

—Amaia, soy yo, Martina. Despierta, por favor. Tenemos una crisis.

—Crisis. Mario, bájame las bragas, no me las rompas.

Apreté los labios para no reírme y seguí:

—Amaia, cariño...

—Tómame. Así, fuerte.

Me levanté de la cama y abrí la persiana del todo. Mejor sus despertares furibundos que ser testigo de sus sueños húmedos. Salí de la habitación, saqué del congelador unos cruasanes que había preparado la semana anterior y los metí en el horno. Puse la cafetera en marcha y volví al dormitorio. Amaia se había dado la vuelta y estaba abrazada a la almohada.

—Huele bien... —farfulló.

—Sí, he hecho café y estoy cocinando cruasanes. ¿Te levantas, por fi? —pedí con voz melosa.

—¿Eres consciente de que estaba teniendo uno de los mejores sueños eróticos de mi vida?

—Ajá... —asentí.

—Mario estaba haciéndome un cunnilingus.

—No necesito tantos datos. Por favor, levántate. Tenemos una crisis con Sandra.

—Sandra me da igual. Sandra me come el coño y no en el buen sentido de la frase.

—Haz el favor. La han echado de casa.

—Ya tardaban. —Gruñó—. He dormido..., ¿cuántas? ¿Dos horas? ¡Y a saltos! ¿De verdad crees que es justo?

—No, pero luego te echas una siesta. Nos necesita.

—Lo que necesita es una buena hostia.

—Íñigo la ha dejado.

Amaia se levantó como si fuera Drácula volviendo de entre los muertos.

—No me jodas. ¡Eso sí que es interesante! ¡¡¡Voy a darme una ducha!!!

Salió del cuarto de baño en el mismo momento en el que entraba Sandra en casa, hecha un mar de lágrimas pero envuelta en una estupenda chaqueta de cachemir, suave y esponjosa. La sentamos en el sofá y mientras Amaia le frotaba la espalda, ya más espabilada y menos cruel, yo llevé al comedor una bandeja de bollería recién horneada, café, leche, miel y compota de fresa casera. Amaia no se lo pensó dos veces y, abandonando a Sandra, se puso a rellenarse un cruasán.

—Sandri, ¿quieres?

—¡Quiero morirme! —Sollozó.

—Venga... —Le pasé un brazo por detrás y la acuné—. Todas las cosas pasan por algo. Tranquilízate. Cómete un bollo y entonces hablaremos.

—¡¡Me voy a morir siendo una indigente!!

—No sabes la de abogados que hay en la calle... —farfulló Amaia.

La miré con frustración y ella se encogió de hombros, como diciendo que no podía mentir. Conseguí que Sandra se bebiera un café con leche (descafeinado, claro está) y le unté un bollo con miel. Cuando lo hubo deglutido (a lo que hizo no se le puede llamar comer), se hizo un ovillo en el sofá y lloriqueó en mi regazo un rato más.

Amaia le quitó las botas y después se las probó. No le cerraba la cremallera en las

pantorrillas, pero ella siguió intentándolo, tirando hacia arriba como una bestia. Dejé de prestarle atención y me centré en Sandra.

—Ahora que estás más tranquila, cuéntanoslo.

—Vale, pero dile que deje mis botas. Son de El Caballo y cuestan una pasta.

—Deja las botas, Amaia.

—Casi me cierran —contestó roja como un tomate del esfuerzo.

—Que las deje, Marti... —sollozó Sandra.

Me levanté, le metí una colleja a Amaia, ella me la devolvió. Yo me protegí la cabeza con las manos y ella me atacó con una de las botas dándome puntapiés con ella. Conseguí cogerle un bracito y retorciéndoselo la senté en el sillón. Toda esta lucha encarnizada duró segundos y Sandra no se dio ni cuenta.

Sandra nos lo contó todo. Desde la visita de Íñigo hasta la conversación con sus padres. Todo amenizado con lloriqueos, hipos y sollozos. Me manchó todos los cojines del sofá con mocos. Quise matarla. Cuando se hubo desahogado y pidiéndole a Amaia que me dejara hablar primero a mí, empecé con mi narración.

—Sandri, tienes que hacer un ejercicio de reflexión y darte cuenta de que el momento de opositar ha pasado. Ya no estamos en las mismas circunstancias que cuando empezaste. Ahora no van a salir plazas, y si salen, serán pocas y prácticamente no tienes puntos con los que competir. Tienes treinta años. Es el momento de dar un paso al frente.

—Y ahora ¿qué hago? —Lloriqueó—. No sé hacer nada más que estudiar.

—Si al menos supieras estudiar tendrías una plaza. —Miré a Amaia estupefacta y ella me dijo en un susurro—: Poli bueno y poli malo.

Luego me hizo su guiño, para el cual siempre tiene que sacar la lengua por una de las comisuras de sus labios.

—El caso, Sandra, es que tienes que empezar a tomar decisiones importantes. ¿Dónde vas a vivir? ¿Qué quieres hacer en la vida? ¿Qué vas a hacer para ganártela hasta que lo consigas? Y tienes que plantearte los objetivos como ideas concisas y concretas, que además sean realistas. ¿Vale? ¿Lo hacemos?

—Sí —dijo sorbiéndose los mocos—. Pero ¿puedo vivir aquí con vosotras? Tenéis una habitación libre.

—Sí, pero nosotras necesitamos que pagues tu parte del alquiler y la parte proporcional de los gastos. Así será mucho más fácil.

—Pero no lo entiendo... —contestó indignada—, pero ¡si vosotras lo tenéis que pagar sí o sí! ¡¡No os aprovechéis de la situación para que el piso os cueste menos!!

Amaia puso los dedos en garra delante de ella, en una especie de amenaza ritual ninja, y yo, apartándola, seguí tratando de razonar.

—Sandra, tienes que ser responsable y serlo pasa por hacerte cargo de estas cosas. Vivir cuesta dinero. Si vienes, a ver... —Hice cálculos mentales—. Son trescientos cincuenta euros al mes, más gastos.

—¿Cuánto cuesta este piso?

—Mil euros. Nosotras ingresamos todos los meses un poquito más de lo que nos toca, unos eurillos, y con lo que sobra de cada mes vamos creando un bote para imprevistos. Gas, agua, luz y teléfono van por separado. Resumiendo, te saldrá como a unos sesenta euros más al mes. Y tienes que sumarle la comida.

—¿De eso no te encargas tú? —me preguntó.

—Yo hago la compra, elaboro los menús semanales y cocino. Congelo muchas cosas también para que siempre haya algo a mano. Pero cada una pone cincuenta euros a la semana para hacer la compra.

—Por eso se come tan bien aquí —dijo Amaia—. Porque nos lo gastamos. No nos cae del maná.

—Por eso estás tan gorda —le contestó la otra.

Se enzarzaron en una pelea de brazos voladores. Puse en medio un cojín y, como las aspas de un ventilador, les atasqué las manitas. Ambas lloriquearon, acariciándose las magulladuras. Lo que me esperaba...

—Vais a convertir mi vida en un infierno —murmuré—. Sandra, tienes que tener cuatrocientos sesenta euros al mes para vivir aquí. Trescientos cincuenta del piso, sesenta de los gastos y ahora que vamos a ser tres, cuarenta de la compra semanal. No podemos costearte la vida. A nosotras no nos sobra. Yo me quedé casi sin ahorros con el último curso de Le Cordon Bleu.

—¿Y de dónde lo voy a sacar?

—¡Búscate un trabajo! —espetó Amaia.

—¿Y de qué coño me van a contratar a mí?

—Pues de camarera, de dependienta o de..., no sé. Tienes el CAP. Puedes dar clases particulares o cuidar niños. Amaia, nosotras podemos hacer unas llamadas a ver si conseguimos algo.

—No sé si esta perra flaca tetuda se lo merece. —Gruñó Amaia.

—Os pago ya el mes que viene, ¿no?

—Estamos a día uno... —contesté—. Necesitaríamos que nos dieras al menos para tu parte de la comida.

—Joder, tía, sois unas peseteras de cuidado. Usureras.

Amaia volvió a poner las manos en posición de «ataque del tigre vengador» y yo le pedí tranquilidad.

—Es lo que hay. Y te estamos haciendo un favor. Normalmente tendrías que poner depósito, aval y firmar un contrato como que nos das a tu primogénito —dijo Amaia conservando la calma.

—Venga, Sandra. Anímate. —Le di unas palmaditas en la espalda.

Sandra asintió, me pidió que le rellenara otro bollo y yo, mientras lo hacía, me dije a mí misma que aquel año no pintaba lo que se dice bien...

APRENDER A SENTIR A TRAVÉS DE LA PIEL

ME esforcé tanto por no parecer una estirada que me sentí gilipollas. Encontré en mi armario unos vaqueros más ceñidos y una camiseta básica blanca. Me puse unas botas biker y una cazadora verde militar. Pero hasta allí llegué, porque cuando me planteé dejar mi melena suelta, me horroricé pensando en poder servir un plato con un pelo entre sus ingredientes, así que me peiné con una coleta tirante.

Al llegar empujé la puerta de servicio y entré. Pablo salió a mi encuentro con un jersey muy fino de color granate y unos pantalones pitillo negros, esta vez sin rotos pero pegados hasta decir basta. Joder..., tenía unas piernas bonitas el muy puto.

—¿Qué tal? —Y cuando sonrió se me puso un nudo en la garganta.

—Bien. ¿Y tú? —me atreví a contestar.

—También bien. Oye..., aprovechando que no ha llegado nadie aún..., ¿podemos hablar un segundo?

—Claro.

—Ven. Deja el bolso.

Me acompañó al vestuario y se apoyó sobre la puerta cerrada con aire adolescente. Yo quería parecer tan despreocupada y tan joven como él.

—Martina, sobre lo de anoche...

—¿Qué de anoche? —Me hice la tonta.

—Entraste y viste que Carol y yo estábamos...

—Ah. No es nada. Yo... no soy una entrometida. Vengo a trabajar. No quiero cotillear. Puedes contar con mi discreción.

Pablo se quedó mirándome en silencio unos segundos y después sonrió.

—Ya. Pero es que en este caso no tienes por qué ser discreta. Te lo aclaro a ti porque acabas de entrar y me dio la sensación de que te sentiste violenta.

—No tienes que aclarar nada. De verdad. No me importa.

—Tengo que darte un par de chaquetillas más —dijo cambiando de tema.

—Vale. Lavé la de anoche. —Le enseñé la chaquetilla que llevaba doblada en el bolso y después me quité la cazadora.

Durante unos segundos largos ninguno dijimos nada. Yo colgué la cazadora y me coloqué la chaquetilla encima de la camiseta. Me di cuenta entonces de que a través del algodón blanco se intuía mi sujetador. Seguí la mirada de Pablo hasta allí y... estaba claro que no era la única que se había dado cuenta. Luché contra los botones para abrochar la chaquetilla de cocinera y las tetas se me arrejuntaron dentro.

—¿Siempre eres tan impoluta, Martina? —preguntó de pronto frunciendo el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Si vas siempre tan preparada, si siempre haces lo correcto...

—Me equivoco, como todo el mundo.

—¿Y te equivocas alguna vez a propósito? Quiero decir..., ya sabes. Esas veces que te das cuenta de que no deberías hacer algo pero aun así lo haces, por el placer de hacerlo.

Me apoyé en la pared y le miré tratando de averiguar adónde quería llegar.

—Pues supongo que trato de evitarlo.

—Yo probaría a hacerlo. Por diversión.

—¿Quieres que me equivoque? —Sonreí.

—No. No es eso. —Sonrió enigmáticamente—. Es solo que... eres muy mecánica. Como si estuvieses programada para hacer tu trabajo de manera exquisita pero no sintieras lo que haces.

—Bueno, no soy un *cyborg*. —Me reí.

—Estaría bien verte con el pelo suelto..., escuchar cómo te ríes a carcajadas... Esto es una cocina y es tu trabajo, lo entiendo, pero no estaría de más sentir que estás cómoda, que te encuentras a gusto.

—Soy tímida.

—¿Y puedo hacer yo algo para ayudarte? —Tragué saliva. Supongo que fueron imaginaciones mías pero aquella pregunta sonaba tremendamente seductora. Me puse nerviosa. Tiré sin querer mi bolso al suelo. Maldije—. Te veo fuera —susurró antes de desaparecer.

Joder. Pero ¿qué me pasaba con aquel tío? Bueno..., había que admitir, aunque yo no fuese la típica chica que se fijaba en aquellos detalles, que se marcaba demasiado bien su pecho debajo del fino tejido de su jersey granate. Ese estilo tan..., tan «soy el último novio *fashion* de Sienna Miller»... me ponía nerviosa y... me atraía. Me hacía sentir desgarrada e insegura de mi ropa, de mi cuerpo..., no sé. Él estaba tan seguro dentro del suyo, se movía con tanta gracia que yo me sentía un *hobbit* en la tierra de los elfos. Cuando llegaron los demás compañeros, Pablo se acercó al equipo de música.

—Bueno, hoy le tocaba a Lorena pero, puesto que ahora mismo debe de estar en Singapur, cojo el relevo. Martina, mañana te toca a ti —dijo sin mirarme, y sin esperar respuesta siguió hablando—: Ya sabéis que considero esto una gran familia, así que me gustaría que todos felicitáramos a Carol por su decisión de dejar, por fin, al imbécil de su novio.

—Exnovio —dijo esta con cara de felicidad.

—Por Dios, qué corte —musité yo sin que nadie me escuchara.

—Así que, para celebrar esta buena decisión..., ahí va la selección musical de hoy.

Pulsó el *play* y empezaron a sonar los primeros acordes de «It's raining men». Todos aplaudieron entre carcajadas y él se inclinó burlón. Así que... ¿por eso la

abrazaba? ¿Iba a tener que compartir yo también mi vida sentimental con mis compañeros? «Tu nula vida sentimental», apuntó una vocecita impertinente en mi interior.

—Vaya..., lo siento —le dije a Carol cuando la pillé mirándome.

—No te preocupes. Pablo tiene razón, era un gilipollas.

Fuimos juntas hacia una de las cámaras frigoríficas.

—¡Venga, chicas! ¡Más garbo! ¡Que esta noche van a llover pollas! —gritó Pablo a nuestras espaldas.

—Pero que sean bien grandes —respondió una voz femenina.

—Yo ya voy servida, gracias —contestó otra.

—Pues dos para mí, Pablo. ¿Tú quieres una?

—Oh, sí, por favor —respondió con voz de falsete.

Y yo, mientras tanto, horrorizada.

—Martina, a por todas hoy, quiero ver una jefa de partida bien curtida.

—¿Ya?

—¿No te ves preparada? —se burló Pablo.

—Sí. Claro.

—Pues a por ello, pequeña. —Me guiñó un ojo y me indicó un rincón donde «mi equipo» me esperaba para comenzar.

Respiré hondo. Reventé un botón. Nadie se dio cuenta. Empezó mi martirio.

A pesar de lo que pude pensar en un primer momento, mi reducido equipo aceptó las indicaciones de la nueva con muy buen talante y que conste que la nueva, que era yo, cada vez que decía algo miraba a Carolina esperando confirmación. Pero trabajamos a gusto. Pablo sobrevolaba cada grupo paseando entre las hileras de bancos, llamando la atención como un punto granate en movimiento entre tanto blanco estático. Sus manos revolvían su pelo ondulado una y otra vez, apartándolo de la cara cada vez que un mechón rebelde con un rizo grande y elegante en la punta mediaba en su visión. Me costaba explicarme por qué mis ojos le seguían por la estancia. A ver..., estaba claro que Pablo me atraía, pero ¿por qué? ¿Qué tenía? Siempre me habían gustado los tíos... impolutos. El clásico *gentleman* que se alejaba muy mucho de la apariencia de Pablo. Pero era algo así como una fuerza gravitatoria que atraía mi mirada una y otra vez. Y en todas las ocasiones me horrorizaba su indumentaria y me flagelaba pensando que sería muy hortera pero que yo no podía dejar de mirarlo. Fer tenía razón cuando decía que Pablo era magnético.

A la hora de emplatar, Pablo se acercó a mi mesa al grito de «¡atrás!». Es una cosa que me hacía mucha gracia cuando empecé en el mundo de la cocina, hasta que vi lo que ocurre cuando pasas por detrás de alguien armado con unas tijeras, un punzón o un cuchillo bien afilado sin avisar. Su voz rasgada, grave y supervaronil, partió la estancia sin necesidad de sonar autoritaria; todos nos erguimos con cuidado y él se apoyó con los codos encima del banco, muy cerca de lo que yo estaba haciendo. En lugar de dedicar un segundo a lo narcótico de su perfume o al bonito

color de sus ojos, mi mente repetía una y otra vez: «Pablo Ruiz, córtate el pelo. Si cae uno dentro del plato te ahogo en la olla del *risotto* de langosta que están preparando detrás». Creo que todos nos podemos hacer ya a la idea de que yo no era una tía muy normal. O quizá es que estaba en modo trabajo. Pablo alcanzó una cuchara y probó un poco de la vinagreta que acompañaba el plato. Me miró fijamente mientras paladeaba.

—¿Bien?

—Bien. ¿Qué llevas en las manos? —preguntó sin mirarlas, con los ojos color esmeralda clavados en los míos.

—Guantes.

—¿Para qué?

—Para emplatar.

—¿Para emplatar esto? —Frunció el ceño y señaló lo que tenía entre las manos.

—Sí.

—Quédate cuando termines.

Y no dijo más. Y no..., no hubo sonrisa mediando en esa conversación. Me cagüenlasotadeoros... ¿y ahora qué? No solo tenía que preocuparme de encajar en una cocina llena de *hipsters* modernos y llenos de tachuelas, sino que, encima, lo que yo siempre había considerado como una técnica impoluta no estaba dentro de los márgenes de cómo se funcionaba en El Mar. Me sentía como la niña a la que el profesor deja castigada después de clase o la hija que escucha decir a su padre el clásico: «Luego hablamos en casa».

Pasé el resto de la noche con el culo apretado terminando con mi partida y siguiendo con la de los postres, y Pablo no sé si me ignoraba o simplemente hacía su trabajo con normalidad. Cuando él desapareció en el salón con la chaquetilla de chef puesta para su «baile de cortesía» con los clientes, yo estaba al borde de un ataque al corazón. ¿Iba a decirme que definitivamente yo no encajaba allí? Ya lo imaginaba mientras me decía, con esos labios carnosos pero masculinos: «Martina, no hace falta que vuelvas mañana». Y Fernando me acusaría de ser tan estirada como para echar a perder la oportunidad de mi vida, y Amaia se reiría de mí y Sandra colonizaría mi habitación con baño propio. El apocalipsis y sus cuatro jinetes entraron en mi cabeza sin hacer rehenes. Muerte cerebral a la hora de la salida.

Cuando lo vi entrar desabrochándose la chaquetilla a tirones, tuve ganas de correr hacia él, zarandearlo, darle un bofetón y pedirle explicaciones del tipo: «¡¡¡Dime ya qué cojones he hecho mal!!! ¡¡¡Y deja de ser tan jodidamente mono a pesar de esas greñas que me llevas!!!». Bueno..., eso y violarlo encima de una mesa de trabajo, pero estaba tan fuera de lugar que aparté la imagen y me limité a la idea del zarandeo y los gritos. Imaginarlo me dibujó una sonrisa en la cara que llamó su atención.

—No sé si quiero saber de qué te estás riendo —dijo acercándose.

—No quieres —murmuré sin poder evitar que la sonrisa se ensanchara.

—Vamos a salir a tomarnos una copa, ¿te apuntas? —me preguntó Carol como

salida de la nada.

—Eh..., yo creo que...

—Sí. Yo os llamo en cuanto terminemos —contestó él por mí.

Mierda. Vimos desaparecer a todos los del equipo y me pidió que me cambiara mientras él hacía lo mismo. Cuando salí de nuevo, no quedaba nadie más que nosotros dos en la cocina. Se escuchaba el entrecocar de la loza de los platos y el cristal de las copas donde el personal de sala recogía y... él me esperaba apoyado despreocupadamente sobre una de las mesas de trabajo.

—Vale. ¿Qué he hecho? —pregunté, y traté de parecer simpática y menos nerviosa.

—Nada. Bueno..., ha habido una cosa que no me ha gustado y quería que lo habláramos.

—Los guantes —le dije a la vez que dejaba el bolso pesadamente entre nosotros.

—Exacto. Los guantes. —Sonrió—. ¿Los tienes por ahí?

—Son desechables. Pero tengo otros.

—Ponte uno.

Cogí el bolso, rebusqué y saqué de una funda el otro par que llevaba conmigo. Me coloqué uno y después me quedé mirándole, esperando que me hablara de la posibilidad de que el material impregnase la comida con un sabor artificial y lo estropease, a lo que yo contestaría que con esos guantes en concreto no podía pasar..., pero no. Pablo se enderezó y cogió mi mano enguantada con una de las suyas. Trenzó los dedos entre los míos. Vomité mi corazón y me lo volví a tragar. Me miró a los ojos sin mediar palabra y cogió la otra mano desnuda para hacer lo mismo. El tacto de su piel algo áspera entre mis dedos calentó la mía, que estaba un poco fría. Sentí cómo se deslizaba..., cogí aire.

—No sientes lo mismo, ¿verdad?

Sin dejar que contestase, llevó la mano con el guante hacia su pecho y la colocó sobre su corazón. Sentí el calor y el bombeo rítmico bajo la piel y el músculo. Después, con la mano desnuda, la sensación se multiplicó, porque no solo era la calidez de su cuerpo, era el suave tejido de su jersey granate, cómo se intuían las formas de su pecho debajo y la dureza del pezón, que se apretaba contra mi mano. Contuve la respiración.

—Es parecido... pero no es igual. Es como el sexo con condón y follar a pelo.

Casi no podía ni tragar. ¿Follar a pelo, decía? Cerré los ojos pero los volví a abrir para mirarlo con desconfianza cuando cogió la mano en la que llevaba puesto el guante y la llevó hasta su cara. La posó en su mejilla sin dejar de mirarme y después besó la palma. Cuando quiso repetir el movimiento con la otra, la aparté instintivamente. Si lo hacía y notaba sus labios sobre la piel de mi palma era muy posible que los ojos se me pusieran en blanco, me temblaran las piernas y lanzara un gemido. Era el jodido Pablo Ruiz, mi héroe, mi ídolo, el titán de la cocina, quien había sido mi ejemplo a seguir. Y... así, entre nosotras, un hombre atractivo, que

seguía oliendo bien después de pasar todo el día entre fogones y con un aura que te pedía acercarte más, siempre un pasito más.

—Tranquila... —susurró.

—No puedo —me disculpé.

—Es un ejercicio.

—Es que me pones nerviosa.

—Eso ya lo había notado, pequeña. —Sonrió—. ¿Cuál es el problema?

—No lo sé. No te conozco.

—¿No te gusta tocar a gente que no conoces?

—No mucho.

Me soltó y esbozó una sonrisa.

—Piensa que los alimentos son viejos amigos —bromeó—. Una cosa es que metas las manos en una ensalada y la remuevas con los dedos y otra es que sientas la necesidad de usar guantes para emplatar algo tan sencillo como unas gyozas cuando todos sabemos las veces que te lavas las manos metida en faena. Es como si quisieras mantener la distancia con todo.

—No es eso.

—Martina, sé que te estás esforzando, pero no puedes fotocopiar platos. Necesito que los sientas. Cocinar no tiene nada que ver con la mecánica. Es pasional. Yo quiero que disfrutes.

—Y lo hago. Me estoy esforzando mucho pero...

La mezcla de los nervios, la tensión, Amaia comiéndose todo lo de la cocina sin preguntar antes, Sandra a punto de instalarse en el piso llevándose el equilibrio al garete, mi ruptura, querer desesperadamente algo que mi lógica y mi tesón no estaban consiguiendo..., contuve la respiración y me aparté.

—Te juro que ya no sé qué más hacer. Yo no soy así. Yo soy cuadrículada y me gusta la rutina. Y os veo y me digo: serías más feliz de esta manera, pero no puedo. Lo único que consigo es sentirme torpe y gilipollas.

Me giré y vi a Pablo sonriendo.

—Paso a paso.

—No es que tenga mucho tiempo.

—Pero yo tengo mucha paciencia.

Me tendió la mano y yo la miré con recelo, movió sus dedos llenos de anillos y acerqué mis dedos a él. Cuando sus yemas y las mías se rozaron, sentí una descarga en la parte baja de mi espalda que ascendió hasta mi cerebro. Él sonrió, sin decir nada. Tiró de mis dedos hacia la puerta que daba a la parte de atrás. La abrió y me empujó fuera con suavidad.

—Ahora salgo. Dame un segundo.

Mis botas pisaron el césped hasta quedar apoyada en el muro de piedra en el que hablamos el día de mi entrevista. Hacía fresco y olía a primavera; respiré hondo tratando de quitarme de encima la sensación de frustración y miré hacia la puerta

cuando escuché sus pasos acercarse. Pablo salió con una botella en la mano y me la enseñó.

—Vamos a jugar a una cosa.

—Debes de estar de coña. —Me reí tapándome la cara con las manos.

—Oh, no. Bromeo mucho menos de lo que parece. —Dejó la botella en mis manos y me cogió de la cintura. Contuve la respiración cuando de un impulso me subió en el muro y se quedó entre mis piernas, que colgaban—. Un trago por cada respuesta que no me satisfaga.

Unos segundos de silencio por mi libido recién despertado por su gesto, por favor.

—¿Y qué vas a preguntar?

Se sacó un paquete de tabaco arrugado del bolsillo de sus pantalones pitillo y se encendió un cigarrillo. Echó el humo hacia un lado.

—¿Fumas? —preguntó con el pitillo en la comisura de sus labios.

—No. Mata los sabores.

—Eso dicen. Empecemos con algo fácil..., ¿por qué quieres ser chef? —Y dio una honda calada antes de agarrarse con la mano libre el codo contrario.

—No sé.

—Bebe.

Cerré los ojos y me froté con la mano que tenía libre.

—No vale. —Lloriquéé.

—Sí vale. Bebe. Es solo un juego.

Quitó el tapón y olí el líquido del interior. Él se rio mientras le daba otra calada al cigarrillo.

—Te prometo que no es aguarrás.

«Dios..., qué guapo. No, no pienses eso. Bebe». Di un trago y este bajó caliente por mi garganta. Estaba más fuerte que el vinagre; era como fuego líquido. Tosí.

—Pero qué es esto, ¿el infierno?

—Probemos otra vez. ¿Por qué quieres ser chef?

—¿Por qué quisiste serlo tú?

—Porque para mí cocinar tiene un componente sentimental. Me recuerda a mi abuela y a los ratos en la cocina con ella. Cuando cocino me olvido de lo demás como solo pasa cuando algo te sale de dentro.

—Partes con ventaja. Te lo han debido de preguntar doscientas mil veces.

—Sí. —Sonrió con suficiencia—. Pero nadie dijo que la vida sea justa. ¿Por qué quieres ser chef, Martina?

—Porque...

—Muy lenta. Bebe otro trago.

—Oh, joder. Voy a terminar vomitándote en los zapatos.

—No serías la primera, pero intenta no hacerlo. Les tengo aprecio. Venga.

Di otro trago sin poder evitar echar un vistazo a sus zapatos..., uhm..., unos botines Chelsea bonitos, modernos y bastante masculinos... Después miré la etiqueta

de la botella. Tequila mexicano. Pablo, que seguía demasiado cerca de mí para dejarme pensar con claridad, dio otra calada a su pitillo. El ascua de la punta se encendió iluminándonos. Echó el humo hacia un lado.

—¿Por qué quieres ser chef? —repitió.

—Porque me hace sentir libre.

—Vale, entonces..., ¿por qué te impones tantas normas?

—Todo se rige por unas normas. No podemos pretender hacerlo todo a lo loco.

—Bebe.

—Pero...

—¡Bebe! —Se rio.

—Tienes una manera un poco inusual de tratar los temas concernientes a tu cocina, ¿no?

—Puede que no sea un chef al uso. Pero estás hablando. Bebe.

El tequila bajó por mi garganta templándome el estómago.

—Creo que nada de lo que te conteste va a satisfacerte —me burlé después de un gesto de asco.

—Probemos. Cuéntame un secreto.

Le miré como si estuviera loco.

—De eso nada.

—Claro que sí —respondió el muy canalla.

—Cuéntame tú uno.

—Las cosas no van así. Soy yo el que hace las preguntas.

—¿Por qué?

—¡Porque yo ya estoy muy suelto!

—Explícame otra vez por qué estoy bebiendo tequila a morro...

—Porque el alcohol desinhibe y tú necesitas un empujón. Cuéntame un secreto.

—¿Turbio?

—Todo lo turbio que quieras.

—Una vez robé en una tienda. A los catorce —mentí.

—Más turbio. —Sonrió—. Eso lo hemos hecho todos. Y bebe.

Bebí sin replicar y pensé en otra cosa que decir.

—Arg. Esto está asqueroso. —Saqué la lengua—. Uhhh..., no me gustan tus anillos.

Se miró las manos y después se echó a reír.

—A mí no me gustan esas bolas que llevas en las orejas.

Me toqué los pendientes, unas perlititas que siempre llevaba puestas.

—Mala suerte.

—Lo mismo digo —contestó apagando el cigarrillo contra el muro de piedra—. Ahora... cuéntame por qué te pongo nerviosa.

—Porque soy muy fan.

Después de decirlo sonreí. ¡Uyyyy! Pero ¡qué poquito hacía falta para

emborracharme!

—¿Tienes una carpeta forrada con mis recetas?

—No, pero me las sé de memoria.

—Vaya, vaya... —Dibujó un mohín.

—Pareces decepcionado.

—Lo estoy. —Frunció el ceño en una mueca simpática—. Pensé que ibas a decirme algo más comprometido.

—¿Como qué?

—No sé. Dímelo tú.

Pablo se apoyó en el muro, con las manos a cada uno de los lados de mis muslos, y sonrió mientras estudiaba mi expresión. Pero qué ojos tan bonitos tenía. Eran brillantes, vivos, masculinos, sexis... y luego estaban esos hoyuelos tan monos que se le formaban en las mejillas al dibujar una sonrisa.

—Tienes los ojos más claros de lo que recordaba —musité como en medio de un trance.

—¿Eso es malo?

—No. Solo es que... inquietan.

—Bebe.

—No voy a beber porque quieras escuchar otra cosa.

—¿Cómo que no? —Sonrió—. De eso va.

Me abrí la chaqueta. Empezaba a tener calor.

—Estás muy cerca, ¿no?

—Según. —Hizo morritos hacia un lado.

—Según ¿qué?

—Según cuál sea el punto de partida. Bebe un trago más.

Lo hice. Ya no sabía tan fuerte. Muy al fondo tenía un sabor... interesante. Después del fuego, claro. Le tendí la botella y él bebió otro trago.

—No eres como imaginé —dije casi sin pensar.

—¿Y cómo imaginabas que era?

—Decían que tenías un carácter explosivo. Te imaginaba dando voces por la cocina, amedrentando a tu equipo..., dando miedo.

—Un poco de miedo sí que te doy.

—Pero porque todo es tan... *hippy*, tú tan colega de todo el equipo... Creo que me vas a echar por repipi.

Se apoyó en el muro y subió a mi lado. Palmeó mi pierna.

—No voy a echarte. En todo caso no te contrataré.

—¡Oh! —Levanté los brazos como si estuviera alabándolo—. Eso me tranquiliza mucho.

—¿Dónde te ves dentro de cinco años?

—Pues... —Le miré de reojo. Sus ojos claros miraban hacia el cielo de Madrid, que casi no devolvía la luz de ninguna estrella—. Trabajando contigo.

Frunció el ceño sin abandonar esa enigmática sonrisa de medio lado.

—¿Qué? —le pregunté.

—Has dicho conmigo..., no para mí.

—De eso va.

—¿Quieres ser mi socia? ¿Quieres participación en el negocio? —Y me pareció que aquello le resultaba muy gracioso.

—No lo sé. Albergo la esperanza de ser capaz de impresionarte.

—¿Y si ya lo has hecho?

—¿Lo he hecho?

Sonrió y se apartó el pelo de la cara sin intención de responder. Sepultada por un montón de nervios adolescentes y el miedo a no encajar, yo estaba satisfecha con el trabajo que estaba llevando a cabo. Dos días y ya me veía más suelta; en dos semanas podría sentirme como en casa. El único problema era... ¿tendría esas dos semanas?

—Necesitas un corte de pelo. —Solté a bote pronto.

—Te estás sincerando demasiado —se quejó en tono jocoso.

Me pregunté qué pasaría si le tocase el pelo. Tenía pinta de ser sedoso a pesar de estar tan desordenado. Se giró, pillándome mientras le miraba como una boba.

—Me observas como si me estudiaras —musitó sin abandonar su sonrisa carismática—. Como si fuese de una especie que no hubieras visto nunca.

—Es lo más cerca que he tenido nunca a un *hippy* —bromeé—. Todavía no sé si mordéis.

—A veces. Según la situación. Pero no, no es eso. —Me presionó la rodilla haciéndome cosquillas y yo me aparté con una carcajada—. Aún estás decidiendo si te fías de mí o no, ¿es eso? Si te doy miedo o no.

—Bueno, tengo derecho a un periodo de adaptación mínimo.

—Totalmente de acuerdo.

—Aunque te aviso de que no sé si conseguiré sentirme integrada ahí dentro. Soy como un perro verde.

—Bebe. —No tuvo que insistir. Le di un trago al tequila y se lo volví a pasar. Arg. Qué caliente bajaba—. Martina, que no te asuste la aparente anarquía de ahí dentro. Ya has visto que soy muy laxo en algunas cuestiones pero en otras sé muy bien lo que quiero y cómo lo quiero. Tenemos nuestra propia rutina, aunque no lo parezca. Encajarás bien en cuanto la adoptes.

Suspiré bien alto y dije mirando al frente:

—Me gusta la rutina.

—Tienes pinta.

—No sé si eso es bueno o malo.

—Tu moño de bailarina, tus guantes, tu distancia...

—Así soy. —Me encogí de hombros con una sonrisa.

—Suéltate el pelo —me pidió.

—No quiero. —Respondí impertinente, pero con una sonrisa.

—Quiero ver tu pelo suelto.

—Quizá algún día.

—¿No te lo sueltas nunca?

—Para meterme en la cama. Y en la ducha.

—¿Tendré que colarme en tu cama o en tu ducha para verlo?

—¿Quieres?

Levantó las cejas sorprendido y abrió la boca para dejar escapar una risa sorda. Me tapé la boca y me eché a reír. Puto tequila.

—Dios, perdona..., creo que estoy borracha.

Pablo saltó del muro y, cogiéndome de la mano, tiró de mí hasta bajarme.

—Vamos a tomar esa copa con los demás.

—Yo ya he tomado muchas.

—Prueba a decir: «oído, chef». —Sus dedos con anillos jugaron con los míos un segundo.

—Es que... no sé si...

—Solo sé tú misma. No te prometo que todos te caigan bien, pero es un buen comienzo.

Dimos un par de pasos.

—Pero... —Me paré—. No me dejes sola.

—No te dejaré sola.

—¿Me lo prometes? —pregunté sonando demasiado infantil para mi gusto. Me resistía a pensar en nosotros dos metiéndonos en un local y él alejándose de mí. Me gustaba su compañía.

—Te lo prometo. —Sonrió.

Pablo se asomó a la sala para ver cómo los camareros terminaban de recoger. Les deseó buenas noches y después nos marchamos. Cuando estaba cerrando la puerta de la salida de personal murmuró algo.

—¿Qué? —pregunté.

—Que sí.

—Que sí, ¿qué?

—Une los puntos.

Se volvió hacia mí y después de un guiño me cogió la muñeca y tiró de mí. Le seguí con un vacío enorme en el pecho. Mierda. Estaba achispada y Pablo Ruiz me encantaba.

SOLTARSE DEMASIADO

ME desperté porque la luz entraba cruel en la habitación. Gemí y me tapé la cabeza con el edredón de plumas. Plumas de faisán mojadas entre mis dedos..., qué horror de recuerdo. Putos bichos con alas. Putos chupitos. La noche anterior había descubierto muchas cosas..., entre ellas una bebida que se hacía llamar Jägermeister y que al parecer usaban los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial para aturdir a los heridos antes de una operación. Eso o yo soy muy crédula. Pero... ¿cómo coño había llegado a casa? Saqué la mano de debajo del cubre y palmeé en busca de mi móvil, que solía dejar sobre mi mesita de noche pero... no encontré nada. Qué torpeza. Me acurruqué en la cama. Daba igual la hora que fuera. Seguro que aún quedaban bastantes horas para ir a trabajar. Joder. Qué resaca. Hundí la cara en la almohada. Dios..., qué bien olía. Pero... ¿a qué olía? ¿Habíamos cambiado de suavizante? Froté la mejilla sobre ella. Mmm. Suave..., me desperecé y noté mis piernas libres acariciando las sábanas. ¿No me había puesto pijama? Traté de hacer memoria. No recordaba cómo había llegado a casa. Eso debería preocuparme; mi último recuerdo era el eco vago del interior de un taxi. Pero la casa olía a café, así que no me pregunté nada más.

Aparté el edredón y parpadeé cegada por la luz. Pero... ¿por qué carajo entraba del lado contrario de donde debía estar la ventana? Me froté los ojos y maldije..., seguía maquillada y seguramente ahora parecía un koala con problemas de adicción. Me puse en pie, trastabillé y me choqué contra una cómoda... desconocida. La miré con mucho interés científico. Confirmado: ORIGEN DESCONOCIDO. Me apoyé en ella y respiré hondo. Abrí un cajón y fruncí el ceño al encontrar ropa interior. De tío. Miré a mi alrededor. Ese no era mi dormitorio. Cabía la posibilidad de que me hubiera equivocado de habitación por culpa de la melopea, pero es que ni siquiera era mi casa. De eso estaba completamente segura.

Mi ropa estaba doblada sobre el mueble en el que estaba apoyada. A ver, recopilemos información: no estaba en mi casa, sino en una de dueño/a sin identificar; yo no llevaba mi pijama (¿cómo iba a venir volando desde mi casa?) y mi ropa estaba doblada encima de una cómoda. Entonces, ¿qué coño llevaba yo puesto? Bajé los ojos y atisé el color granate del jersey de algodón que me cubría. MIERDA. MIERDA GORDA. ¿No había llevado Pablo uno igualito el día anterior? Me cagué en medio santoral a media voz. Podía ser una coincidencia. Quizá alguna de las chicas me había acogido en su casa después de la juerga. Con miedo agarré el jersey y me lo

acerqué a la nariz. Vale. MIERDA. MIERDA GORDA. No había ninguna duda de a quién pertenecía aquella prenda. PABLO RUIZ.

Me puse los pantalones lo más rápido que pude. Me temblaban las manos, no sé si por los nervios o por la puta resaca que tenía. Un pájaro carpintero picoteaba en el centro mismo de mi cerebelo, volviéndome loca. Llevaba el jersey de Pablo..., el que había llevado durante todo el día anterior. En un acto reflejo me llevé la mano a la entrepierna y tanteé. No..., aquello no parecía haber sido visitado.

Tenía la boca seca y me escocían los ojos. La coleta tirante del día anterior se había convertido en una especie de palmera pochada colocada en un ángulo ridículo de mi cabeza. Me quité la camiseta, la dejé sobre la cómoda y me puse la mía, satisfecha de comprobar que seguía llevando el sujetador. ¿Dónde estaban mis calcetines? ¿Me los había quitado él también? Diosssss. ¡¡Quería morirme!! Al final los encontré arrugados bajo la colcha. Me los puse, localicé las botas y salí de puntillas recogíendome el pelo sobre la marcha como podía. Se escuchaba música suave en la otra parte del pasillo. ¿Y si me iba sin decir nada? ¿Daría peor impresión de mí misma? ¿Era posible dar peor impresión? Me encaminé hacia la fuente del sonido y recé por estar equivocada y por que, al girar la esquina, fuera cualquiera de mis compañeras la que estuviera allí tomándose una taza de café. *Fail*. No era mi día de suerte.

Sentado en una banqueta, con unos pantalones de pijama negros y una camiseta de manga corta del mismo color, estaba despeinado y horriblemente apetecible Pablo. Sostenía entre las manos una taza de café de color verde botella y hojeaba unos folios manuscritos. Se volvió hacia mí y sonrió.

—¡¡Oh, Dios!! —Lloriqué.

—Es menos malo de lo que imaginas, seguro.

—No creo. —Me puse de cara a la pared y me di un cabezazo.

Unas manos me cogieron de los hombros y me arrastraron hasta la barra, donde me depositaron sobre una banqueta.

—Siéntate. ¿Cómo tomas el café?

—No. Por favor..., deja que me vaya con lo que me queda de dignidad. —Me incliné sobre la madera de la barra y me llamé de todo.

—¿Dónde pierdes la pista de anoche? —Puso una taza delante de mí y vertió un poco de café—. ¿Leche?

—No. Lo tomo solo. Me acuerdo de aquel local...

—¿El que parecía un prostíbulo de los setenta?

—¿Estuve en más de uno?

—Creo que no. Era por asegurarme —se burló.

—¿Qué hago aquí? Y no me digas por favor que...

Puso un azucarero con azúcar moreno sin procesar delante de mí y se sentó a mi lado. Me encanta el azúcar moreno. «¿Me puedo enamorar de ti?».

—Vaya..., no es muy halagador que me preguntes qué haces aquí. Supuse que lo

recordarías, ejem, todo. —Le miré con pánico. Si habíamos follado y ahora resultaba que yo no me acordaba, tenía claro que me iría directa a comprar una botella de lejía con la que suicidarme—. ¿Te acuerdas de cuando bailaste encima de la barra?

—¿¿Qué?? —grité alarmada.

—¡Estoy de coña! —Sonrió—. Te saqué antes de que te pareciera buena idea.

—Joder. Joder. —Lloriqueé—. ¿Por qué estoy en tu casa?

—Porque no sé dónde vives y al parecer tú anoche tampoco.

—Por el amor de Dios. Me quiero morir. —Apoyé la frente en la barra de nuevo.

—Tómame el café. ¿Quieres algo de comer? Te iría bien.

—¿Qué hora es?

—Las diez.

—Tengo que irme a mi casa. —Me puse de pie y trastabillé.

—¿No vas a darme un beso antes de irte? —Le miré totalmente horrorizada y él se echó a reír sonoramente—. Estoy de coña, Martina. Anoche no pasó nada. Estabas pedo. Decías que no encontrabas las llaves. A decir verdad, cuando te preguntaba dónde vivías, no dejabas de decir que el taxista estaba en tu bolso. Así que te traje a casa, te di mi jersey y te dejé durmiendo en mi cama.

—¿No me quitaste la ropa?

—No. La doblé después. Tú ya estabas durmiendo cuando entré a por mi pijama.

—No sabes cuánto lo siento. —Me agarré al frigorífico porque el suelo se inclinaba peligrosamente bajo mis pies.

—¿Por qué? No pasa nada. Estabas simpatiquísima, a pesar de que opines que me urge un corte de pelo y que mis anillos son..., ¿cómo dijiste?, como de novio de no sé quién...

—Cállate, por favor...

—Tómame el café. Si me das un segundo me doy una ducha y te acompaño a casa.

—Ay. No. No. No sé dónde estamos pero seguro que puedo ir en metro.

—No importa. De verdad. Tengo que salir de todas formas. Dame solo unos minutos.

Fue hacia el pasillo, pero volviendo sobre sus pasos con los pies descalzos se asomó de nuevo.

—No te escapes.

—Si lo hago, no me odies.

—En serio, Martina. —Sonrió—. Lo de anoche estuvo genial; fue muy divertido. Pero la próxima vez hazme caso..., el tercer chupito de Jäger no es buena idea.

—No habrá próxima vez, te lo prometo.

—Pues será una pena.

Cuando escuché que cerraba la puerta del cuarto de baño me dejé caer encima de una banqueta. ¿Dónde cojones estaría mi bolso? Me volví a dar un cabezazo sobre la barra y después me apoyé allí. A mi lado Pablo había dejado un vaso de agua y una aspirina.

Pensaba irme antes de que saliera de la ducha, pero se me fue el santo al cielo pensando que me encontraba en la misma casa en la que él se estaba duchando. Ducha. Agua. Desnudo. Temario al aire. Me bebí el café, tragué la aspirina y terminé con el agua. Después, tratando de quitarme la imagen de un cuerpo muy sexi (que mi imaginación debió de tomar prestado de algún anuncio de perfume) al que había adosado la cabeza de Pablo Ruiz, me entretuve hojeando los apuntes que tenía sobre la barra de desayuno. Vale. Sustituyamos «hojeando» por «cotilleando». No es mi culpa, que conste. Entendí que si las dejaba allí tan a la vista, esas notas no serían confidenciales. Se trataba de ideas para posibles recetas a las que les faltaba un no sé qué que sé yo. No pude evitarlo: cogí el lápiz que había sobre la barra y apunté en una esquina «sustituye el cardamomo por comino; sigue dándole un sabor con reminiscencias indias y empasta más con el resto de ingredientes». Ale. Me llamaría a partir de aquel momento Martina la Audaz. Cardamomo..., ¿a quién se le ocurre?

Aunque busqué por todas partes no pude encontrar mi bolso. Lo que sí me llamó la atención fue la cantidad de vinilos y de libros que había en cada rincón del salón. Amaia siempre decía: «Si vas a casa de un tío y no tiene libros, no te lo tires». Sonreí momentáneamente. Ay, la pequeña Amaia, siempre colgada de algún personaje de libro, rebuscando en la librería de sus padres algo que la hiciera soñar. Luego me acordé de que yo era una loca que había hecho el peor ridículo de mi vida y la sonrisita se esfumó. En su dormitorio tampoco encontré mis cosas, pero hice la cama porque seguramente él no era tan tiquismiquis como yo y no se vería en la obligación de cambiar las sábanas por haberme tenido durmiendo entre ellas. Cuando estaba a punto de salir, él entró poniéndose una camiseta negra. Llegué a ver un palmo de abdomen plano surcado por una línea fina de vello castaño. Resacosa y mirona.

—Perdón..., estaba buscando mi bolso.

—Está en el baño. —Sonrió—. Si querías irte sin esperarme, tendrías que haberte colado en la ducha. A lo mejor así te habría visto con el pelo suelto.

Sonreí con tirantez, demasiado preocupada por lo fuera de lugar que estaba todo aquello. ¿Qué iba a pensar de mí? Yo solo había querido salir a tomarme una copa con los demás, hacerle caso y socializar. Conocer un poco más a mis compañeros sin necesidad de ponerme como una jodida cuba, a lo adolescente que bebe por primera vez.

—¿Vomitó? —le pregunté de pronto alarmada.

—No. —Se mesó el pelo mojado—. Bueno..., tuviste un momento de vomitona verbal de lo más cómico, pero no creo que te refieras a eso.

—Dios mío. —Me tapé la boca—. ¿Qué dije? ¡¡¿Qué dije?!!

—Pues... —Cogió aire y se sentó a los pies de la cama para ponerse los botines. Dios..., qué bonitos eran. Me gustaban hasta para mí—. Contaste cosas de Amaia. ¿Se llama Amaia, no?

—Ah, sí. Qué susto.

—Y dijiste que tienes las mismas tetas desde los quince. —Asintió y sonrió—.

Eso traje consigo quince minutos de bromas absurdas por mi parte. Y no sabes cuánto agradezco que no te acuerdes de eso. Yo iba un poco achispado también. Creo que intenté medírtelas.

—¿Cómo? ¿Me tocaste las tetas? —Y en una reacción totalmente estúpida me las agarré.

—No..., no. A decir verdad creo que te pregunté si me cabría una en la boca.

Ahugué un grito de horror y salí hacia el pasillo. Él me siguió a la vez que se ponía una chaqueta de cuero negra. Combustión instantánea. Cortocircuito cerebral. «Parpadea, Martina, sé humana».

—No encuentro las llaves —musitó—. ¿Dónde mierdas las habré dejado?

De pronto me recordé a mí misma apoyada en la banqueta en la que él estaba sentado, entre sus largas piernas, revolviéndole el pelo, echándoselo hacia un lado y hacia el otro, diciéndole que tenía cara de niña.

—¿Estás lista? —preguntó lanzándome el bolso.

—Pablo...

—Dime.

—Por favor..., por favor..., en una escala del uno al diez..., ¿cuánto ridículo hice anoche?

Una sonrisa prendió en la comisura de su boca y carraspeó.

—Martina, no hiciste ningún ridículo. Nos tomamos unas copas. Nos reímos y cuando descanses un poco y te acuerdes, te darás cuenta de que nos lo pasamos bien y que, en realidad, ya tienes ganas de repetir.

—No voy a volver a emborracharme con gente del trabajo.

—Me refería a mí.

—¿Cómo?

—Me refería a repetir... conmigo. —Me enseñó unas llaves y abrió la puerta de su casa—. ¿Lo llevas todo?

Sí. Lo llevaba todo excepto la dignidad.

DIGNIDAD

A Martina le gustó mi coche, pero quiso disimular. Tengo un Mini Cooper de color verde inglés con el techo blanco. Creo que le pareció lo suficientemente original como para agradarle, pero convencional y clásico como ella. Todo eso lo deduje de su tímido levantamiento de cejas en cuanto abrí la puerta y la invité a subir; no es que Martina fuera muy expresiva cuando estaba sobria. Pero..., joder, qué bien me lo había pasado con la Martina beoda. No sería yo el que se lo dijese, pero no creía poder olvidar nunca cómo se quitó la camiseta delante de mí, nada más entrar en mi habitación. Llevaba, además de un tremendo melocotón, un jodido sujetador negro que se le transparentaba de todas, todas, bajo la camiseta de algodón. Siendo sincero: se me ponía dura cada vez que la recordaba tumbada en la cama, tratando de deshacerse de sus vaqueros. Precioso recuerdo el de mis manos rozando sus braguitas al ayudarla a desvestirse. Pero un caballero olvida esas cosas en cuanto suceden.

Martina vivía justo frente a La Riviera; recordaba haber estado en bastantes conciertos allí años atrás. Antes de que todo cambiara, cuando era un tipo sin problemas, sin preocupaciones y sin sentir sus propias cargas sobre los hombros. Creo que Malena y yo vimos allí a Love of Lesbian un par de años antes. Puta vida. Lo peor es darte cuenta de que los errores que cometes son los que te llevan a puntos de no retorno de los que no sabes salir. Pero esa era otra cuestión.

Llevaba la coleta relamida que siempre solía hacerse, pero después de una noche metida (sola) en mi cama volaban mil cabellos sueltos alrededor y un par de mechones se habían escapado, demostrando que cuanto más se relajaba más bonita estaba. Me entró dolor de cabeza y no quiero echarle la culpa al tequila ni a los chupitos infernales. Estaba frustrado... de cintura para abajo y de cuello para arriba, para más señas. Y Martina se movía nerviosa en el interior de mi coche, sin mirarme, probablemente reprochándose el comportamiento de la noche anterior. Pero fue genial. El alcohol abrió lo bastante su puerta como para que atisbéramos que dentro de aquel búnker cerrado a cal y canto había alguien... especial. Con ganas de vivir. Sus dedos revolviendo mi pelo mientras me decía: «Pablo, tienes cara de niña. Si tuviera un hijo como tú le pondría vestidos». Qué divertida había estado, contándonos a carcajadas lo feo que era el chef del hotel en el que trabajaba..., y por el énfasis que le ponía, parecía que su actual chef, el que le había dado una semana de prueba, le parecía todo lo contrario. Punto para Pablo. Una lástima que hubiera vuelto a cerrarse como una ostra. Tendría que hacer más esfuerzos..., ¿por qué? No lo sé. Me apetecía ver qué había dentro. Y me gustaba lo que se adivinaba desde fuera.

Cuando bajó del coche planchándose la ropa con las manos me dio las gracias casi sin mirarme y se marchó hacia el portal con paso rápido, como un robot programado para hacer justamente eso, sin ninguna variación en el plan.

—Te veo en un rato —le dije a través de la ventanilla bajada.

—Sí, sí... —Y movió la mano sin darse la vuelta.

Su culo apretadito en un vaquero me dijo adiós con un contoneo probablemente involuntario y mi polla devolvió el gesto poniéndose tiesa. Uno no se acostumbra a la vida monacal tan fácilmente y menos teniendo que acostar a una chica como Martina en su cama para marcharse después al sofá. Maldito *loser*. Malditos melones que se gastaba la nueva.

Enfilé el Paseo de Extremadura y me fui hacia el norte escuchando La Roux lo suficientemente alto como para que ensordeciera mis pensamientos, que de una mujer habían pasado a otra y me recordaban constantemente que yo, cuando quería, era un comemierda bastante grande. Un metro ochenta y tres centímetros de imbécil.

Aparqué delante de la casita de mis padres, cubierta como siempre con hiedra y dos mil plantas. La puerta que daba a la calle estaba abierta, así que crucé el jardín y llamé, pero como de costumbre, nadie me abrió. Di la vuelta y probé suerte con la de la cocina, que también estaba abierta. Mi padre, apoyado en la encimera, leía el periódico.

—Hola, papá.

—Hola, hijo.

Conversación habitual entre él y yo. Le di una palmada en la espalda y me sonrió con las gafas escurriéndose por su nariz. Pasé hacia la salita de estar, donde una humareda indicaba dónde estaba mi madre, en el sofá. Era tan pequeña que no se la veía desde detrás.

—¿Qué coño es ese humo?

—¿Por qué tienes esa boca de camionero, joder?

—No sé de quién la habré heredado —bromeé.

Me incliné y le di un beso. Llevaba el pelo canoso apartado de la cara con un pañuelo de color berenjena. Ella sonrió y me miró de arriba abajo.

—Vistes como una chica moderna —me dijo.

—¿Y tú sabes cómo van vestidas las chicas modernas?

—Claro. Estoy en la onda.

—Oh, Dios. —Dramaticé dejándome caer en el sillón orejero que había enfrente. Miré sus manos. Sostenía un cigarrillo liado por ella misma que olía a los geranios del jardín—. Mamá..., ¿eso es un porro?

—Sí —asintió.

Dios..., ¿por qué yo?

—Estás chalada, lo sabes, ¿verdad? Porque si no, es hora de que te vea alguien.

—Es marihuana con fines terapéuticos.

—¿Qué fines terapéuticos ni qué coño? ¡Si tú estás sana como una puta manzana!

—Es para descansar la cabeza.

—Entonces deberías compartirla. —Sonreí—. Para que los demás descansemos la cabeza de tus salidas de tiesto.

—¿Por quién me tomas? No soy de esas madres que fuman marihuana con sus hijos —me reprochó muy indignada.

—Pero sí de las que la fuman delante de ellos.

—Tengo setenta años. ¡Déjame en paz!

—Tienes sesenta y dos.

—Técnicismos.

Miré hacia el techo. Era la demente más jodidamente divertida que había conocido en mi vida.

—¿Qué tal el restaurante?

—Bien. —Me balanceé a la vez que apoyaba la bota en la mesa de centro.

—Estás guapa con ese pelo —me dijo.

—¿Has dicho guapa?

—Es lo que estás. A ver si un día de estos te sale ya la barba.

—¿Comes conmigo? —Ignoré sus pullitas.

—Me apetece un gofre —respondió.

No pude más y me eché a reír a carcajadas.

—Ay, mamá..., ¿puedes ser una madre al uso un ratito?

—¿Vienes buscando mimitos? —dijo antes de darle una calada a su porro.

Me levanté y me acurruqué a su lado, con la cabeza en su regazo.

—Mamá..., mi vida es un desastre.

—No lo es. Solo tienes que solucionarlo.

—No sé si sabré.

—Claro que sabrás. Pero no lo alargues. —Me acarició el pelo—. ¿Hay alguna chica por ahí?

Me incorporé, saqué un cigarrillo, me lo encendí y negué con la cabeza.

—No. Ya te dije que llevo un tiempo tomándome la vida de otra manera.

—Puedes divertirte. Eres joven. Solo..., toma conciencia de las cosas.

Volví a dejarme caer con el cigarrillo entre mis dedos y cerré los ojos. Martina. ¿Qué hacía ahí ese pensamiento? Quizá el verbo «divertirse» la había traído a mi memoria..., a ella y a sus melones. ¿Me cabría uno en la boca?

—¿Pedimos comida china a domicilio? —preguntó mi madre emocionada.

A las cuatro todos empezaron a llegar a El Mar; yo ya estaba allí, había dejado a mi madre dormida encima de la barra de la cocina después de comerse una cantidad demoniaca de tallarines tres delicias y una tableta de chocolate. En fin. Pero lo curioso es que estuve extrañamente pendiente de la puerta hasta que apareció Martina; tenía curiosidad por ver cómo se enfrentaba a lo de la noche anterior. Volvía

a llevar el pelo perfectamente recogido en una coleta repeinada y se había maquillado un poco más que de costumbre, seguramente para evitar que las ojeras y la cara de resaca se asomaran demasiado al exterior.

—¿Qué tal, Martina? —preguntaron un par de compañeros divertidos por el recuerdo de la noche anterior.

—Fenomenal. ¿No me veis? —respondió con tono de voz plano—. Voy a cambiarme.

Unos minutos después salió frotándose las manos sobre los vaqueros. Bien, había conseguido que dejara de llevar esos horribles pantalones de cocinero.

—Te toca poner la música —le dije mucho más serio de lo habitual—. ¿Qué has traído?

—¡Se me olvidó! —Y se llevó la mano a la frente como el niño del anuncio de los donuts de los años noventa.

—Buuuuuuuu. —La abucheó el resto.

Cogí el bote de las faltas y se lo enseñé.

—Diez euros aquí dentro, morosa.

—Luego te los doy.

—Me acordaré.

—Lo sé —farfulló—. ¿Y para qué es ese bote?

—Se sortea antes de vacaciones.

—Espera..., creo que aún puedo solucionar lo de la música.

Se marchó corriendo al vestuario y volvió con un iPhone que me tendió. Su ceño se frunció al ver que no hice amago de cogerlo, con una expresión lo más neutral posible solo por el placer de ponerla un poco nerviosa. Chasqueó la lengua contra el paladar, lo conectó ella misma en la peana y abrió la carpeta de música entre la que rebuscó. Empezó a sonar «In for the kill», de La Roux..., casi me dio un infarto.

—¿Escuchas La Roux?

—Lo dices como si fuera una marciana —contestó con una sonrisa.

—Un poco marciana sí que eres —bromeé—. Es solo que... me gusta. No creí que compartiéramos gusto musical.

—Supongo que es lo único que compartimos.

Se alejó hacia su mesa de trabajo y yo morí un poco por dentro cuando su culito me volvió a saludar. Uno de sus compañeros se acercó a ella con dos huevos, un batidor manual y un bol. Ella lo miró arqueando una ceja.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Cumplir con tu apuesta de anoche.

—¿Qué?

—Dijiste que eras capaz de montar la clara a punto de nieve en menos de un minuto.

Miró alrededor y observó cómo todos la miraban interesados.

—Joder..., no voy a volver a salir con vosotros ni a la puerta del restaurante.

Todos estallaron en carcajadas y ella frunció el ceño, como si no entendiera cuál era el chiste. Me apoyé en el banco de trabajo en el que estaba, alejado y en silencio. Ella se arremangó pulcramente la chaquetilla y suspiró dándose por vencida.

—¿Y si no lo consigo?

—Pues cuando le des la vuelta al cuenco te caerá una lluvia de moco de huevo encima —contestó Alfonso muy divertido.

—Oh, mierda.

Cascó los huevos, vertió la clara en el recipiente y dejó la yema en un cuenquito pequeño. Después miró de nuevo a su alrededor, donde se había congregado todo el personal.

—¿De verdad que me aposté eso?

—¡Claro!

Agaché la cara para que mi risa pasara desapercibida. Me parecía tan horriblemente tierna. Tan *cyborg*, la pobre. ¿Tendría pasiones humanas? ¿Necesitaría sexo? ¿Buscaría a alguien con quien desfogarse de vez en cuando? ¿Se lo haría aún con Fer por los viejos tiempos? Pablo..., ¿por qué cojones piensas en eso ahora? Por sus melones. Por su monte de venus marcado en las braguitas cuando se retorció, totalmente borracha, para quitarse los pantalones. Por esos dos jodidos jamones tersos y carnosos que tenía por muslos. Aclarado el misterio.

Alguien preparó el cronómetro de su móvil y cuando le dieron la señal, ella empezó a batir las claras. «Me cago en la puta», pensé al ver su muñeca moverse a esa velocidad. Con el batidor de muelle parecía que estaba cascando una jodida paja y la polla me dio una sacudida dentro de los vaqueros. Paró y exclamó que éramos todos unos capullos. El resto recibió la expresión con carcajadas. Cuando habló me pareció que su voz se iba derritiendo por toda la habitación como caramelo, cremoso y caliente. Y tuve que concentrarme porque, sin darme apenas cuenta, estaba fantaseando con que esos labios esponjosos se tragaban mi polla hasta el fondo, hasta la arcada. Y yo la cogía del pelo y la conducía a lo largo de mi erección con placer, diciéndole guarradas. «Trágate... hasta el fondo». «No pares hasta que me corra en tu garganta». Uhm..., gustito.

Pero ¡tío! ¡Despierta! Nunca, en toda mi jodida existencia, había tenido una erección en el trabajo. Mi mente, cuando entraba en El Mar, se ponía en modo chef y mi pene no tenía ni voz ni voto ni nada que hacer. Y allí estaba, erecta, palpitante y tratando de llamar mi atención: mi polla caprichosa me decía que le interesaba aquella morena para hacer una excursión. Respiré hondo y traté de expulsar las imágenes tórridas que me asaltaban con cada pestañeo. La mierda fue que no se me pasó ni pensando en mi tío Manolo. Estaba jodido y sufría porque bajo la bragueta de mis pantalones pitillo tenía una erección que me susurraba que las sábanas de mi casa olerían de vicio cuando me metiera entre ellas aquella noche. Porque Martina olía... (y voy a ponerme en ese plan en el que no quieres que te escuchen nunca tus amigos) como a dulce, a flores y a limpio. Un olor horriblemente delicioso y excitante. El

blanco de la chaquetilla quedaba increíble con su piel morena y su pelo... Mientras ella seguía moviendo la muñeca con ese ritmo tan obsceno, no pude evitar pensar en que tendría los pezones como dos frambuesas.

—Eres un jodido perverso —me dije a mí mismo con una risotada interna, frotándome las sienes.

—¿Dime? —preguntó Alfonso, que pasaba por allí con unos albaranes en la mano.

—Nada. Cosas mías.

—¡¡Tiempo!!

Martina dio la vuelta al bol y ni una gota cayó sobre su cabeza. Yo, no obstante, sí me mojé. Por debajo. Puta mierda. Tenía que adivinar qué había debajo de esa piel de *cyborg*. Tenía que verla reírse a carcajadas otra vez. Tenía que... divertirme.

DUDAS A NIVEL PERSONAL

EL viernes se montó en casa un circo impresionante. Me alegré mucho muchísimo de salir de allí para ir a trabajar después de comer, porque Sandra había entrado como una apisonadora en la casa, llenando todos los rincones de cajas y de sus trastos cuquis y ya empezaba a dar muestras de querer manipularme para que le cambiara el dormitorio porque, total, la había escuchado decir, yo prácticamente no iba a estar en casa y apenas iba a hacer uso del baño en *suite*.

Cuando estaba llegando a El Mar, a mi penúltima jornada de prueba (tras la que suponía que me dirían si había cumplido con las expectativas y me quedaba), me llamó al móvil la madre de Sandra y, durante diez minutos (en los que solo me dejó decir «ajá»), me explicó el enorme favor que les estábamos haciendo remando en la misma dirección.

—De esta, Sandrita se nos hace mayor, Martina.

No sé yo. De esta yo iba a pasar a tener muchas canas, eso seguro. Cuando llegué al restaurante la puerta estaba cerrada. No sé por qué, me puse a pensar que quizá dentro estaban Carol y Pablo follando como animales. Me ardió el estómago. Joder..., yo no pegaba nada allí, pero quería quedarme. Llamé al timbre de «la trastienda» y para mi soberana sorpresa me abrió Pablo. Creo que no logré disimular mi gesto.

—Buenas tardes, señorita —dijo en un tono correcto pero burlón—. Pasa, por favor.

Me dio la espalda, entró en la cocina y se perdió de mi vista, no antes de que pudiera regocijarme un momento con la visión de su trasero en aquellos pantalones vaqueros estrechos y deshilachados de estrella del *rock*. Por el amor de Dios. La verdad es que habría sufrido una noche toledana llena de ardores si no hubiera caído desnucada en mi almohada. Ya no recordaba lo que es tener una resaca de cojones y tener que ir a trabajar. Y para más inri, Pablo se había mantenido alejado de mí..., muy alejado de mí, durante todo el servicio. Me había ido a casa frustrada. Pero... ¿por qué? Quizá porque, aunque no quisiera pensar en ello, había llegado a la conclusión de que la madrugada del miércoles, en su casa, no me había quitado la ropa tan sola como me gustaría...

Fui al vestuario, dejé el bolso en la que ya era mi taquilla y me quité el jersey para ponerme el uniforme. Estaba de cara a la puerta, en sujetador de encaje negro y bermellón, cuando Pablo Ruiz abrió la puerta de par en par:

—Martina... —La «a» se quedó suspendida en el aire y sus ojos clavados en mis

tetas. Lo cierto es que tengo una buena delantera y que aquel sujetador creaba un efecto «arrejunte» y «gravedad cero» bastante insinuante.

—¿Qué? —Cogí la camiseta de tirantes para ponérmela.

—Jodeeerrr. —Le escuché gruñir en voz baja y grave.

Pero no salió. Solo dijo «jodeeerrr». Tiré de la manga de la chaquetilla que tenía colgada en la taquilla y me la puse fingiendo tranquilidad. Pablo se dio la vuelta hacia la puerta y apoyó la frente encima de la madera.

—Perdona. Yo... venía a comentarte algo.

—Tú dirás.

Hubo un silencio. Una pausa demasiado larga. Se giró para mirarme de reojo y una sonrisa se le dibujó en la cara. Sí, cariño, son dos tetas.

—Nada..., no sé. No me acuerdo. —Abrió la puerta, volvió a mirarme.

Sus ojillos pillos me observaban interrogantes, como si esperase que me desabrochara de nuevo la ropa para que él pudiera pillarme otra vez en paños menores.

—¿No decías que «nada, no me acuerdo»?

—Estoy haciendo memoria.

Me apoyé en mi taquilla con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tú dirás. —Mis tetitas borraban memorias, ¿eh? Debía recordarlo para futuras ocasiones en las que necesitara hacerle una lobotomía a alguien.

—Ah, sí. Esto... —Se revolvió el pelo—. Lo probé con comino en lugar de cardamomo. Tenías razón.

Di un saltito, asustada porque había olvidado mi atrevimiento del día anterior. Lo achacaré a la resaca del Jägermeister. O a la crisis. O a los leggins muy apretados.

—Yo...

—Sigue así. Eres buena.

No me di cuenta de haber estado conteniendo la respiración hasta que se marchó de nuevo. «Eres buena». Pablo Ruiz... ¿acababa de decirme que era buena en lo mío? ¡Sí! Solo por ese momento, por esas dos palabras, habría valido la pena hasta vomitarle en el felpudo. Bueno, igual no tanto.

Cuando empezaron a llegar mis compañeros me centré. Y que conste que no fue difícil concentrarme en lo que estaba haciendo a pesar de estar nerviosa porque mi semana de «prácticas» llegaba a su fin. Siempre he sido una persona muy seria para el trabajo; quizá por eso no solía desarrollar relaciones de amistad con mis compañeros. Yo iba a trabajar y siempre he sido de carácter más bien seco; cordial pero bastante rancia, según la definición de Fernando. Además, sumémosle los nervios de ser nueva en una cocina en la que la rotación de personal era enorme y donde el chef me tenía... inquieta. Donde el chef estaba buenísimo, tenía una boca para el pecado, era mi jodido héroe y podía partir nueces con el culo. Qué bien sienta ser sincera...

Empezamos con el trabajo rutinario con la música a toda pastilla, como siempre,

pero como al chico que le tocaba se le había olvidado por completo y su móvil no conectaba con la peana, Pablo colocó su iPhone y dejó que sonaran un montón de canciones de *rock* de los cincuenta, perfectas. Él y sus anillos... siempre coherente y sexi. ¿Sexi? Sí, sexi. Después de un rato cenamos todo el equipo. La gente me preguntó cosas sobre mí, sobre mi experiencia, y yo, con más discreción de la normal, fui dejando caer algunos datos. Siempre he sido muy mía para mi vida. Me daba miedo que me relacionaran con Fernando y entrar directamente en la lista de personas que no merecían ni estima ni respeto. No quería ser la enchufada del equipo. Pablo, que se sentó con nosotros con una Coca-Cola en la mano, comía despreocupadamente como si fuera uno más y me miraba de tanto en tanto.

Creo que no disparé ni una en todo el día. Bueno, sí hablé, claro. Pero lo típico dentro de la cocina para coordinar con los demás jefes de partida y los ayudantes. Por lo demás, estuve callada, con el rictus de mi cara aparentemente sereno pero los dientes apretados, mientras veía a Pablo moverse por allí con soltura y le escuchaba aconsejar mejoras cuando algo no iba al milímetro. Y tengo que admitir que en esa cocina había muy pocas cosas que no funcionaran al milímetro. Era un trabajo de precisión duro y exquisito. Todo. La técnica, los ingredientes, las cantidades, la cocción, el emplatado. Todo funcionaba con la misma precisión de un reloj suizo sin perder el carácter y la pasión. Pero me daba la sensación de que Pablo parecía estar buscando la perfección absoluta. Estuvo vigilándome tan de cerca que a veces volví a sentir su respiración en mi nuca junto a su habitual «atrás» rasgado y grave. No dijo nada, ni siquiera abrió la boca, pero creí notar que algo no le gustaba. Algo de mí no encajaba en aquella cocina, estaba claro. O es que me había obsesionado con el tema de que todos fueran tan... joviales y yo no.

Al final del pase todo funcionó con normalidad. Él salió de la cocina hacia el comedor, nosotros limpiamos, almacenamos y recogimos. Alfonso y Marcos, los jefes de cocina, nos reunieron a los jefes de partida cuando ya empezaban a marcharse todos los demás, y hablamos sobre un par de cosas que seguían dándonos problemas a la hora de servir los pedidos, a pesar de que ni siquiera yo sabía si volvería el día siguiente a trabajar. Hablamos muy afablemente sobre la mejor manera de coordinarnos para tal o cual cosa y me dije a mí misma que, si no fuera porque eran todos una pandilla de *hipsters* medio *hippies* que no respetaban las costumbres y los protocolos normales de una cocina y que me «obligaban» a emborracharme y dejarme en evidencia delante de Pablo..., aquel era un buen sitio para trabajar. ¡Qué cojones! Aun así lo era.

Ya nos marchábamos cuando me encontré con la mirada de Pablo que, vestido con un jersey gris algo dado de sí («¿por qué, zeñó, por qué?») y unos pitillo negros, me observaba apoyado en el banco de trabajo más alejado. No supe qué hacer cuando me llamó con un gesto. Mis compañeros se iban y yo... ¿iba a quedarme sola en aquella cocina con él? La última vez terminé totalmente borracha hablándole de mis pechos... Me acerqué con paso dubitativo y dijimos adiós al último compañero.

—¿Puedes quedarte dos minutos?

—¿Pasa algo?

—Para nada. —Sonrió con la clara intención de infundirme tranquilidad.

—¿Te acordaste de algo más de lo que querías decirme en el vestuario? —Pero ¡Martina! ¡Es usted una provocadora!

—Sí, algo así. —Se mordió el labio con una sonrisa y dejó escapar una risa—. Soy un chico impresionable, lo siento. La lencería fina me deja sin palabras.

Puse los ojos en blanco para disimular que me estaba sonrojando. Él carraspeó y siguió:

—Solo quería..., bueno..., es posible que esto te suene raro.

—Todo lo que dices me suena raro. Eres raro.

Sus perfectos labios sonrieron hacia un lado y... ¡hola, hoyuelos! No lo había dicho con intención de gastarle una broma; yo pensaba que Pablo Ruiz era uno de los especímenes humanos más extraños que me había cruzado en la vida. Con esas greñas, con sus anillos de plata, con su pinta de estar a punto de sentarse en el *front row* de alguna pasarela solamente para ligar con las modelos y torturarlas con la mirada abrasadora de sus fríos ojos.

—Yo..., bueno, creo que es evidente, pero a todos nos gusta que nos digan cuando las cosas están bien hechas y estoy muy contento con tu trabajo —dijo—. Tienes sangre fría para soportar la presión sin casi inmutarte, aportas ideas de valor y pareces una máquina de precisión programada para hacer lo que haces.

—¿Me vas a contratar? —pregunté ilusionada.

—Creo que sí —asintió para sí mismo—. Pero tengo dudas... a nivel personal.

—Define «dudas a nivel personal».

—Quiero verte más suelta, llevarte por ahí y verte hacer alguna locura. —Sonrió—. Necesito saber que debajo de tanto control hay algo de pasión. Necesito... verte fuera de aquí.

—¿Lo haces con todos? —pregunté con un levantamiento de cejas.

—No. —Y sonrió en un gesto que parecía decir «pillado».

—¿Entonces?

—Tómalo como una... cita.

—¿Cita? Define «cita».

—Pides muchas definiciones. —Arrugó la nariz en un gesto adorable y quise tocársela. Y la nariz también.

—Me gusta saber de qué estoy hablando.

—Tú... ¿pierdes alguna vez el control?

—No suelo hacerlo —aclaré—. Ya te lo dije.

—La cocina no es algo comedido. ¿Cocinas a lo loco alguna vez?

—No sabría decir... pero... ¿no hemos tenido ya esta conversación?

—Es complicado hablar contigo. —Resopló con una sonrisa—. Yo necesito comunicarme de una manera fluida con mi equipo. No puedes contestar siempre con

monosílabos. Caminas con la cabeza gacha, como pidiéndole al cielo que nadie se pare a hablar contigo y ya has visto cómo es el ambiente aquí.

—No encajo —musité.

—Tienes que demostrar que tienes sangre en las venas.

—Claro que la tengo —asentí, y me di cuenta de que empezaba a molestarme el tono condescendiente que utilizaba para dirigirse a mí, como si yo fuera tontita y tuviera que explicar las cosas como para un bebé—. Soy humana.

—¿Me lo demuestras?

—¿Cómo? —Me reí—. Vamos a ver, que me aclare. Como soy un poco hermética, has decidido que lo mejor es sacarme por ahí, ¿no?

—Sí.

—Pues a mí me suena a que me estás invitando a salir con toda tu cara.

Lanzó una carcajada y me tendió la mano derecha, que yo miré como lo haría con un atún de diez kilos al que tuviera que filetear. Pablo se echó a reír.

—Vale. Quizá sea una pésima excusa. Pero ¿qué me dices? Es viernes. ¿Tienes plan?

—Mañana trabajamos.

—Lo sé, pero que yo sepa no hemos cambiado la hora de entrada y hasta las cuatro de la tarde hay margen más que de sobra para recuperarse.

—¿Recuperarse de qué?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

Me encogí de hombros.

—¿Te vienes o no?

—¿Adónde?

—Ay, por Dios... —Se rio—. A dar una vuelta.

—¿Me quieres emborrachar?

—Probablemente —asintió.

—Creo que tendrías que pensar seriamente en esa repentina obsesión por darme alcohol. —Miré el reloj—. De todas formas, no puedo.

Una expresión de sentida decepción le cruzó la cara durante un segundo, pero la controló muy pronto carraspeando.

—Claro. Bueno, es fin de semana. No es que pretendiera que no tuvieras otra cosa que hacer..., alguien a quien ver...

—No. No es eso. Bueno, sí, pero...

—No pasa nada, Martina. No tienes que darme explicaciones.

—Es que... —Respiré—. Joder..., qué nerviosa me pones.

Una sonrisa volvió a sus labios.

—¿Por qué será?

«Porque me pareces muy guapo a pesar de tus greñas».

—Una de mis mejores amigas se acaba de mudar a mi piso y ella y Amaia..., bueno, creo que ya te he hablado de Amaia, ¿no?, pues están locas y despechadas.

Creo que tendría que ir a echarles un vistazo..., ver una peli con ellas y esas cosas. Controlar que nadie toma decisiones del tipo «voy a raparme la cabeza». Quizá... ¿otro día? —respondí con la esperanza de no haber perdido la oportunidad.

—¿Mañana? El domingo no hay que trabajar.

—¿Mañana? —Joder, a pico y pala, ¿no?

—Sí. Después del curro.

—Eh..., pues vale. Mañana entonces.

—Genial. Así tengo tiempo de organizar algo mejor.

—Mejor que emborracharme. —Sonreí.

—No puedo imaginar algo mejor que eso.

Y mientras sonreía, mordió su labio inferior. Me quedé mirando como una boba cómo sus perfectos dientes blancos presionaban la carne sonrosada. Un silencio nos sobrevoló. Un silencio bastante largo, y los ojos de los dos se deslizaron por la cara del otro.

—Es mejor que me vaya. Es tarde.

—¿Te llevo?

—No, no hace falta. —Cogí el bolso y me dirigí hacia la salida sin darle la oportunidad de insistir, pero no pude evitar la tentación y me giré con una sonrisa tonta en la cara—. Hasta mañana.

—Suenas prometedor.

SUPERAR UNA RUPTURA QUE NO EXISTIÓ

AMAIA y Sandra se pasaban todo el tiempo libre que tenían tiradas en el salón. No se movían de allí. A lo sumo compartían algún gemidito de pena de vez en cuando, como si fueran dos zombies que han perdido la capacidad de hablar. Y al parecer era lo único que estaban perdiendo, porque de tanto comer cosas de mis recetas, que robaban no tan sigilosamente como pensaban, se estaban poniendo rebonicas.

El sábado Amaia estaba dispuesta a reponerse de tanto curro y asco por la vida mediante mucho sofá. Sandra no había dado un palo al agua en su vida, así que también estaría en casa. Planeé hacer algo las tres después del fiasco de nuestra «noche de chicas» que se había quedado en un «Martina ve una película romántica odiosa mientras Sandra se quita los pelos de las piernas con una pinza con linterna y Amaia ronca». Pero cuando Amaia se levantó de la cama, se fue directa al sofá abrazada a una fuente de bollos de leche calientes y el bote de Nocilla de dos colores. Sandra se le acercó, gruñeron, compartieron el botín y pusieron la MTV, donde estaban reponiendo capítulos de un *reality show*.

—Chicas, ¿y si vamos a comer por ahí? Hasta las cuatro tengo tiempo. Nos ponemos monas, nos tomamos una copa de vino...

—No quiero ducharme —dijo Amaia sin mirarme—. Y eso suena a que tendré que hacerlo.

—Eso. Abortamos misión —murmuró Sandra.

Cogí aire.

—Sandra, ¿no deberías estar estudiando? —pregunté.

—¿Para qué?

—Sí, eso, ¿para qué? No vas a aprobar ese examen en la vida —ratificó Amaia.

Podía sentarme frente a ellas, apagar la tele y hablarles sobre superar los baches. A Sandra podría volver a darle la charla sobre buscar vehementemente trabajo para pagarnos su parte del piso, primordial. Después salir, conocer gente, abrir su círculo de amistades..., hacer cosas por ella. A Amaia recordarle que Mario Nieto no era el único hombre sobre la faz de la tierra, que ella tenía sobrada gracia para ligarse a otro y que refugiarse en la comida no tenía sentido porque no la hacía feliz. Aunque es posible que en el universo paralelo donde vive Amaia la bollería pueda abrazarte por las noches y hasta hacerte el amor. Yo qué sé. Está muy loca. De todas formas, ¿quién no lo ha hecho alguna vez? Yo aún llevaba agarrada a mis costados la pasión que había sentido por los brownies caseros tras mi ruptura amistosa.

El caso es que me dio pereza nada más planteármelo; ahí estaba Martina, la

siempre responsable, llamando al orden. Qué coñazo de Martina, ¿no? Así que terminé la musaka que estaba cocinando, congelé raciones individuales, llamé a Fernando y me arreglé para ir a comer con él. Le debía una comida por conseguirme la entrevista con Pablo. Una comida en un restaurante, no de las que una tiene que ponerse de rodillas, aclaro.

Quedamos bien pronto en la puerta de Lamucca, el que está en Malasaña; quería tener tiempo de pasar por casa para cambiarme antes de ir a trabajar. Cuando llegué, Fernando ya estaba sentado a una pequeña mesa, con dos copas de vino tinto sobre ella. Me acerqué, le di un beso en la mejilla y me senté frente a él. Estaba guapo hasta decir basta; Fernando siempre ha tenido eso que tanto nos gusta a las mujeres: personalidad. Quizá no era arrebatadoramente guapo, con unas facciones perfectas y un cuerpo de escándalo, pero tenía algo. Alto, delgado, moreno, con unas primeras canas brillando en sus sienes y unos ojos almendrados e intensos. No tenía unos dientes perfectos, porque tenía los caninos un poco montados, pero su sonrisa era bonita porque siempre era sincera. Fernando era un hombre sexi en conjunto, sin duda, con sus jerséis de lana gorda y cuello vuelto y sus manos hábiles de dedos largos.

—Qué guapa estás, ratón —me dijo sonriendo—. ¿Follamos?

Puse los ojos en blanco y después le sonreí.

—Tú también estás muy guapo, pero deja de llamarme ratón. Ya no somos novios; ahora suena raro.

—A mí me encanta llamarte ratón. Por cierto, tenía hambre y he pedido por ti. —Arrugó la nariz haciendo un mohín muy tierno—. Pero te pedí esa ensalada que tanto te gusta.

—Dime que estás de coña y que me has pedido la *pizza*, por el amor de Dios.

—Claro. A mí me gusta que alimentes tus carnes prietas.

Lancé una carcajada y después respiré hondo.

—En casa tengo a dos mujeres de carnes prietas sobrealimentándose con mis guisos. Es horrible, Fernando. Recuérdame por qué no puedo volver a vivir contigo en lugar de con esas dos locas...

—Te confieso que cuando me llamaste para contarme lo de Sandra hasta recé por ti. Desequilibra definitivamente la balanza. —Se rio—. O te armas de paciencia, o te enganchas a alguna droga blanda o vuelves a casa. Podemos ser compañeros de piso. Y follar. —Levantó las cejas dos o tres veces seguidas.

—Déjate de tanto follamiento.

—Hablando de follamiento. ¿Qué tal con Pablo Ruiz?

Abrí los ojos como platos sorprendida por ese encadenado de ideas. ¿Se me notaba en la cara que me ponía?

—Bien, pero ¿a qué viene esa asociación de ideas? Me refiero a lo de follar...

—Lo digo porque sé que te ponía perrilla. —Sonrió apoyándose sobre la mesa—. Desde que fuimos a cenar a su restaurante, siempre que leías su libro de recetas

mirabas su foto y suspirabas con la boquita cerrada.

Se puso a imitarme, como si yo en realidad fuera Sandy de *Grease* en su época moñas.

—Es mono, pero como lleva esas greñas... —Mentí—. Ese restaurante funciona como un reloj suizo. Es una pasada.

—Lo sé. Tiene fama de excéntrico, pero es un buen tío. Te hará bien. A tu carrera, me refiero.

—Ya. Esto..., Fer..., ¿tú crees que soy una persona que cocina sin pasión?

Y lo que me sorprendió entonces fue que la pregunta no le pillara de improviso. Esperaba un «¡Qué va, Martina! Tus platos desbordan pasión», pero no lo encontré. Solo un suspiro y una mirada directa a mis ojos.

—No cocinas sin pasión, pero la tienes supeditada a la disciplina. Eres así con todo. Contenida.

—Yo no soy contenida.

—Hasta para las discusiones. —Sonrió, seguro de sí mismo y de lo que estaba diciendo.

—¿En la cama también?

Arqueó una ceja y se apoyó cómodamente en el respaldo. Una amable camarera nos dejó la comida sobre la mesa y cuando desapareció, volví a acosarlo con la mirada, queriendo que confesara la verdad sobre la última pregunta que le había formulado.

—No —dijo al acercarse a su plato—. En la cama no. En la cama te va la marcha, pero darla tú, no dejarte llevar por la que te dan otros. Quieres la batuta en la mano, cielo. No es que me queje. Cuando te pones dominatrix me gusta. Bueno, me gustaba.

Se encogió de hombros y empezó a comer. Me abstraí en el movimiento de sus cubiertos, casi sin prestar atención a la *pizza* de carpaccio que Fernando había pedido para mí, que es sin duda mi preferida en el mundo mundial.

—Me gusta venir a comer aquí contigo —susurró, como si pensase en voz alta—. Y eso de la dominatrix me la ha puesto un poco dura...

—El otro día me emborraché con los del curro y terminé durmiendo en casa de Pablo Ruiz. Le dije que tenía las mismas tetas desde los quince y no sé cuántas barbaridades más... —Miré a otra parte para evitar su mirada alucinada—. Ya ni me acuerdo, pero vamos, que me faltó agredirle con un pepino para terminar la función.

Fernando tragó y bebió un poco de vino. Después tosió.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—¿Te acostaste con él?

—NO. Claro que no, joder. Él durmió en el sofá.

Abrió los ojos, con las cejas arqueadas y sonrió canalla.

—¿Pablo Ruiz metiéndote en su cama y durmiendo en el sofá? ¿En qué realidad paralela ha sucedido eso?

—Habría que preguntarle a Stephen Hawking para asegurarnos, pero dado que no vi agujeros de gusano ni deformaciones del espacio-tiempo, yo diría que fue en Madrid, hace un par de días.

—Bueno..., todos maduramos. Supongo.

—¿Qué pasa? ¿Era uno de esos que tejen cubrecamas con las bragas de sus «víctimas»?

—No, no. En realidad él... —Desvió la mirada hacia su copa, hasta donde alargó sus dedos. Aquella pausa me pareció que duraba demasiado, pero retomó el discurso para decir—: Es un buen tío.

Cogí los cubiertos y me concentré en mi *pizza*, evitando darle más datos sobre la extraña naturaleza de mi relación con Pablo Ruiz, mi ídolo y ahora el dueño del restaurante donde yo trabajaba. Y sobre todo oculté los planes que tenía para aquella noche, claro.

—A lo mejor estoy mutando —le dije.

—Esto es como las mareas y la luna, ratón. Os guste o no, Pablo Ruiz os afecta a todas. Le afectaría hasta a mi madre.

—Tu madre querría raparle el pelo.

—Y tú también. —Sonrió—. Seguro que te está poniendo muy nerviosa con sus greñas.

—Uhm. No. —Disimulé cortando trocitos más pequeños de comida—. En realidad..., es coherente. Todo en él lo es.

—Oh, nena..., no sé si quiero ahondar en tus rollos con Pablo Ruiz. —Se rio moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Mejor. —Y fingí sonreír dejándome a propósito un trozo de rúcula colgando de un diente.

—Hasta así te follaba —me dijo con brío.

Le miré como si estuviera loco y seguimos comiendo.

A las tres menos cuarto entré en mi casa con intención de recoger algunas cosas, cambiarme y marcharme a El Mar, pero encontré millones de platos sucios y dos engendros en pijama en el sofá. Cuando me disponía a montar en cólera, que es algo que se me suele dar bien, sonó el timbre de casa.

—¿Sí? —le pregunté al telefonillo con un gruñido.

—Hola, Martina. Soy Javi, ¿está Amaia?

Relajé el tono. Pobre, con lo educadito que era siempre...

—Sí, claro, Javi. Sube.

Caminé hasta el comedor y llamé la atención de las dos mórbidas que miraban ahora con deseo el bote de Nocilla que había en la mesita de centro, al parecer demasiado lejano para ser deglutido.

—Lo primero: hay platos sucios y no los pienso fregar yo; tengo que trabajar. Lo segundo: comer Nocilla a cucharadas os va a arreglar sin duda la vida, claro que sí, porque cuando estéis llenas de granos y no podáis abrochar vuestros vaqueros os

sentiréis muchísimo mejor. Y lo tercero: está subiendo Javi, Amaia. Quizá deberías asearte.

Ella despegó los párpados y gimoteó. No pude ver más porque salí del salón. Le abrí la puerta a Javi y le sorprendí a punto de llamar al timbre. Le sonreí con gratitud por estar allí y salvarme de aquella situación. No nos conocíamos mucho, solo de unas cuantas ocasiones en las que nos habíamos cruzado; pero Amaia me había hablado mucho de él: de su «amienemigo» gay, aunque yo nunca creí que lo fuera.

Javi es la definición gráfica del chico mono. Bueno, mono no, monísimo. Me constaba que muchas de las compañeras de Amaia del hospital suspiraban por él. No es muy alto, pero tiene un cuerpo muy compensado. Un metro setenta y siete, más o menos, de chico mono al cien por cien. Pelo sedoso y negro, peinado de manera que caía sobre sus ojos cuando se movía, boquita pequeña pero bonita con pinta de saber dar unos muerdos de muerte, ojitos vivarachos, oscuros con vetas verdosas, y además lucía muy requetebién todo lo que se ponía. No era mi tipo, pero hasta yo haría una excepción con él tras una ronda de chupitos. A decir verdad, parece ser que después de una ronda de chupitos yo era capaz de muchas cosas.

—Hola, Martina —dijo sonriente.

—Hola, Javi, pasa. Está en el salón en pijama, con un moño en lo alto de la cabeza y comiendo cosas insalubres.

—¿Depresión posdoctor Nieto?

—Sí, algo así. ¿Conoces a Sandra?

—Eh..., no. Solo de oídas. Tengo entendido que con lo de la oposición casi no salía, ¿no?

—Pse. No te asustes, es el otro bulto que hay en el sofá. ¿Te apetece un café?

—Claro. Muchas gracias.

—¿Cappuccino?

Me miró arqueando una ceja.

—Sí, me encanta.

—Ya, me lo dijo Amaia.

Javi se quitó el abrigo de paño azul marino y lo dejó sobre el sillón orejero que había junto al sofá. Llevaba un jersey de cuello de pico gris que me recordó al de Pablo, a pesar de que no tenía nada que ver con su forma de vestir, así que hui hacia la cocina para entretenerme con algo que no fuera la idea de que esa noche iba a salir «por ahí» con Pablo Ruiz. Mi ídolo.

Javi y sus vaqueritos se plantaron delante de la tele, y la apagó. Se agachó después hasta que su cara y la de Amaia quedaron a la misma altura y sonrió.

—Llevas puesto el pijama menos sexi de la historia, ¿lo sabes?

—Déjame en paz. —Gruñó ella—. ¿Cómo puedes estar como una rosa después de esta semana del infierno?

—Dormí y no tengo mal de amores. Será eso.

—Tengo que aprender a imitar esa visión tan libertina de la vida. Sin amor no hay

dolor —dijo ella místicamente.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

Se giró hacia el otro bulto humano y sonrió. Sandra llevaba cosa de un minuto mirándolo con la boca abierta.

—Hola —dijo él—. Tú eres... ¿Sandra?

—Sí —dijo ella con un hilito de voz y la comisura de los labios llena de chocolate.

—Encantado. Soy Javi.

Como ella, alelada, no hizo ademán de levantarse, él se inclinó hacia ella. Sandra cerró los ojos con placer cuando el perfume de él le invadió las fosas nasales. Se dieron dos besos y él volvió a prestar atención a Amaia.

—Venga, Amaia. Esto no puede ser. Date una ducha y nos vamos.

—¿Adónde?

—A pasear, a tomar algo, a ver una peli, no sé. Pero tienes que hacer algo con tu vida. Lo primero, aceptar que Mario está con otra chica, porque defenestrarlo no es la respuesta. Estará preguntándose qué ha pasado contigo. Y ya sabes lo sensible que es. Llorará en la consulta, estoy seguro.

—¿Eres médico? —preguntó Sandra con vocecita de admiración adolescente.

—No, soy enfermero.

—Ah... —Y hasta el «ah» sonó alelado.

—Mario estaba enamorado de mí. No sé qué ha podido pasar.

—Mario no estaba enamorado de ti. —Javi remarcó la negación—. Es un hombre muy amable que te aprecia mucho, pero no os vais a casar y no vais a tener hijos.

—Zorra envidiosa —dijo entre dientes—. ¿Por qué te resistes a aceptar que los heterosexuales sentimos amor?

—Joder...

Se levantó en el justo momento en el que yo entraba con la bandeja. Vino hacia mí para ayudarme y yo se lo agradecí.

—Cuidado, Javi. Mira a ver si te rompes esos bracitos de flor de loto que tienes —refunfuñó Amaia en la misma posición en la que llevaba desde que yo había llegado a casa—. ¿Qué te vas a tomar? ¿Un cappuccino? ¿Existe una bebida más gay?

—Me tomo lo que me sale de las pelotas.

El gorjeo de placer de Sandra nos llegó a todos a los oídos. A mí por poco no me dio un jari. ¿Sandra? ¿Sandra la misma que no follaba con su novio porque le daba pereza quitarse el pantalón de pijama? ¿Eso que le brillaba en los ojos era lujuria?

Amaia se levantó cuando Javi amenazó con sentársele encima. Se acomodaron con las rodillas juntitas y él la miró fijamente hasta que ella le pidió perdón y lloriqueó cogiéndolo del brazo.

—¡Mi vida es un desastre! ¡Una banal orgía de azúcar y grasas saturadas!

—Date una ducha y vístete. Nos vamos. No lo repito más.

—¡No quiero! ¡Quiero morirme!

Javi se sentó más hacia el borde del sofá y cogió la taza que yo le indiqué. Le dio un sorbo, me dio las gracias y la ignoró, preguntándome qué tal mi nuevo trabajo.

—Bien, pero ya sabes. Haciéndome un hueco, a ver si me contratan. No es fácil ser la nueva.

—Quierooooo morirrrrmeeeee. —Gruñó Amaia haciendo el papel de su vida.

—Ya. Aún me acuerdo de la primera semana en el hospital. Pero lo harás bien, seguro —contestó Javi ignorándola.

—Oye, Javi, ¿tú das o te dan? —interrumpió Amaia de nuevo.

—Por cierto, no sabes cuánto siento que rompieras con tu chico. Era un buen tío —se disculpó Javi.

—Ohhhhhh, no sabes cuánto lo siento, yo, que soy una flor de lotooooo —se burló Amaia a su lado.

—Ah, gracias. Pero no te preocupes. Está superado ya.

—No nos veíamos desde hace... desde San Isidro del año pasado, ¿verdad? —Siguió él como si no la escuchase.

—Dios..., esta conversación está siendo difícilísima —le dije tratando de no mirar a Amaia.

—Te decía que hace mucho que no nos veíamos. Creo que aún estabais juntos.

—Sí que hace tiempo... pero creo que Fer y yo ya no estábamos juntos. Al final fue una ruptura amistosa.

—Bueno, seguro que es para mejor. La vida nos da muchas sorpresas.

—A ti lo que te gusta es llevarte sorpresas en un cuarto oscuro —continuó bromeando malignamente Amaia.

—¿Cómo puedes aguantarla? —le pregunté ladeando la cabeza.

—Cuando está así la bloqueo. En pequeñas dosis hasta me río, pero es bastante irritante, sí.

Al mirar hacia el otro lado del sofá descubrí que Sandra ya no estaba. Ni siquiera la había visto salir del comedor.

—¿Y esta dónde está? —murmuré.

—Oye, Martina. ¿Al final vais a hacer fiesta de inauguración del piso? Me comentó algo esto que tengo al lado —preguntó Javi.

—Pues pensábamos hacerla el fin de semana que viene, pero yo curro el sábado hasta tarde. Y Amaia se comió treinta y dos croquetas que tenía preparadas para el evento.

—Y las tartaletas —añadió ella.

—Bueno, dime si necesitáis algo. Me encantará ayudaros —se ofreció él.

—Gracias.

—Graciiiiiaaaaas —se burló Amaia.

Nosotros dos seguimos tomándonos tranquilamente el café y ella, al final, sucumbió y se abrazó a Javi.

—Déjalo ya, me da mucha rabia que me ignores. —Pausa para lloriquear falsamente sin lágrimas—. No me gusta. —Pausa para sollozo fingido—. Dame un besito.

—Cuando estés arreglada y con el bolso en la mano te daré el beso.

Amaia refunfuñó y se fue hacia su dormitorio vestida con su esquijsama de cuerpo entero (pies incluidos) de color blanco con arcoíris dibujados.

—Ese pijama es espantoso —murmuré.

—Espantoso es poco —ratificó él—. Parece el jodido yeti.

A los diez minutos una Amaia más o menos decentemente vestida salió en busca de Javi, que se levantó y pretendió llevar su taza a la cocina pero lo intercepté antes de que pudiera ver la torre de babel de platos sucios y porquería que las muy hijas de puta me habían dejado en el fregadero. Le dio un beso en la frente.

—¿Te apetece ir al Prado?

—¿Estamos locos? —contestó ella.

—Vale, pues... —Se fueron alejando—. ¿Qué quieres hacer?

—Ir de compras.

—Créeme. No quieres ir de compras. Estás deprimida. Terminarás comprándote algo horrible que además me obligarás a decir que me encanta. Y después me odiarás por habértelo dicho y... —Él se asomó a la cocina, pillándome maldiciendo entre dientes con la bayeta en la mano—. Adiós, Martina. Gracias por el cappuccino. Estaba delicioso.

—*Delisioooooo* —se burló Amaia por detrás.

Cuando se fueron Sandra salió corriendo, con un vestido ajustado de licra y algodón, unas botas altas de tacón y pintada como una puerta.

—¿Se ha ido?

—Sí. ¿Qué haces así vestida? Si vas a buscar trabajo ahórrate dar vueltas, con ese vestido en Montera pillas fijo.

—Ja, ja, ja. —Me hizo una mueca—. Pero... ¡cómo es de mono ese chico!

—Si hubieras sido un poco menos vieja del visillo con tus oposiciones, tu yoga, tus manicuras y tus ejercicios de relajación, ya lo conocerías.

—Opositar es duro, ¿sabes? No tenía energías para salir a brincar con vosotros por la calle, pandilla de *hippies*.

—Cierto. Soy una maldita *hippy*. —Decidí seguirle la corriente para ver si se callaba y fregaba.

—Marti... ¿no lo entiendes? Es el destino. No le había conocido antes porque no tocaba. Y ahora... ¡¡estoy soltera!! Esto es una señal del cosmos. ¡Ese es para mí!

Arqueé las cejas y suspiré. Puta casa de locas.

—Sandra, cariño. Ese es Javi. Amaia dice que es gay.

—No es gay NI DE CO-ÑA.

—No es que no esté de acuerdo contigo pero... ¿por qué estás tan segura?

—Porque sí. Ese no es gay. Ese me estaba buscando a mí —dijo mientras se

apoyaba en el marco de la puerta con una pose sexi.

Sin prestarle ni un ápice de atención, le exigí que limpiase la cocina y me metí en mi cuarto. No me hacía falta aguantar más cosas. Ya tenía suficiente con mi cita con Pablo.

DESMELENARSE... PASO UNO

PABLO llegó un poco más tarde de las seis. Alfonso dijo que tenía «asuntos personales» que solucionar. ¿Qué tipo de asuntos personales? Si se lo hubiera preguntado, Pablo habría sonreído, habría hecho notar mi obsesión por aclarar los términos usados en cada conversación y yo habría tenido que agachar la cabeza y admitir que la cocina se me daba bien pero las relaciones sociales aún eran un misterio para mí.

Cuando entró, el estómago se me contrajo como una uva pasa para expandirse después en mi interior, creándome algo así como unas náuseas cosquilleantes. A lo mejor eso era lo que la gente suele denominar «mariposas en el estómago». O a lo mejor es que no me había sentado demasiado bien la comida y tenía gases. El caso es que estaba muy guapo. Llevaba uno de esos pantalones estrechos desgastados, cuya rodilla derecha era prácticamente inexistente, con unos botines oscuros y una camiseta negra de algodón una talla más grande. El cuello, casi desbocado, enseñaba más piel que de costumbre y me pregunté si era su manera de «ponerse sexi para una cita». Qué narices..., él siempre estaba sexi. Me miré con disimulo, me fijé en mis vaqueros zarrapastrosos con deshilachados por todas partes..., mi bobo intento de parecer más joven, más despreocupada, más social..., más como él. En aquel momento llevaba la chaquetilla puesta, pero en una percha en el vestuario me esperaba una camisa blanca de manga francesa y cuello mao, de un tejido un poco basto, y una chupa de cuero... con la que yo rezaba para no tener pinta de trabajar en Hacienda.

—Carol... —La llamé en un tono bajo, sin despegar mis ojos de lo que tenía entre manos.

—Dime.

—¿Te gustan mis pantalones?

¿En serio había preguntado yo eso?

—Mucho. —Sonrió—. Y tus zapatillas. Mejor que el calzado especial.

—Sigo pensando que es más seguro con los otros zapatos, que conste. El caso es que... iba a cambiarme las zapatillas antes de salir. —No creía que mis All Star blancas fueran demasiado con el término «cita».

—¿Has quedado con alguien después?

—Bueeeno, algo así. Voy a salir. Traje unas bailarinas.

—¿De qué color?

—Rosa —confesé.

—No te cambies.

Me giré a mirarla y me devolvió una mirada cómplice. Llevaba su precioso pelo verde sirena recogido en un despreocupado moño que la había visto hacerse sin espejo antes de empezar a trabajar. Yo no estaría así ni siquiera si me peinara el estilista de las estrellas. Me pasé automáticamente la mano por la coleta relamida y suspiré. ¿Qué narices se me había perdido a mí con Pablo Ruiz? La cordura, estaba claro.

Nos mantuvimos bastante alejados el uno del otro durante toda la jornada. No dejaba de preguntarme de qué iba todo aquello. Tenía a un montón de chicas preciosas y de su estilo paseando palmito por la cocina de martes a sábado y me pedía a mí salir por ahí. Vale, no era como en el instituto, en el que si alguien «te pedía salir» era porque le gustabas y quería ser tu novio. Me imaginaba que Pablo quería comprobar a qué clase de persona estaba metiendo en su cocina. Dijo Joan Miró que «el cocinero no es una persona aislada que vive y trabaja solo para dar de comer a sus huéspedes. Un cocinero se convierte en artista cuando tiene cosas que decir a través de sus platos... como un pintor en un cuadro». ¿Tendría yo algo que decir?

Cuando ya estábamos recogiendo, Pablo volvió del salón de su baile social con los clientes y se plantó delante de mí con una sonrisa, la chaquetilla y el pelo revuelto pero controlado hacia un lado. Menudas greñas. ¿Cómo podía estar alguien guapo con ese *totum revolutum* de cabellos por todas partes?

—¿Preparada? —me dijo.

—Según para qué. —Respondí bajando la mirada a mis manos.

—Pasa por mi despacho cuando termines. Tienes que firmar el contrato.

—A lo mejor quieres esperar a que termine la noche.

Se echó a reír y temí que alguien nos viera y pensara que trataba de congraciarme con el dueño del restaurante mediante malas artes.

—Lo de esta noche no tiene nada que ver con el contrato.

Lo vi desaparecer con una sensación extraña en el pecho. Me inquietaba. Estaba muy acostumbrada a moverme en situaciones en las que creía mantener el control, pero Pablo desequilibraba todo el cosmos. Hacía a un lado el oxígeno y vaciaba el espacio para llenarlo solamente con su presencia. Era... carismático. Era de esa manera de la que solo puedes ser si te sientes cómodo contigo mismo.

Me metí en el vestuario para cambiarme y miré alrededor. Todos juntos, hombres y mujeres, como si no importase. A lo mejor yo era la única enferma que pensaba que verse con poca ropa no era adecuado si no se trataba de sexo. A lo mejor todos se sentían cómodos consigo mismos menos yo. Pero nunca fui alguien inseguro..., no era por eso. No sé por qué era. Era por Pablo, seguramente. Yo era como una fan que se retenía a sí misma para no saltar sobre él para pedirle un autógrafo y una foto.

Cuando todos se fueron marchando y yo me hube retocado el escueto maquillaje que solía ponerme, me encaminé hacia el despacho, donde lo encontré inclinado en la mesa revolviendo unos papeles que tenían pinta de ser albaranes.

—¿Se ha ido Alfonso?

—Creo que sí.

—Vale. Entonces dejaremos esto para el martes. Toma. Ah, y pasa a ver a tu jefe cuando puedas; quisiera hacerle una llamada de cortesía el lunes o el martes.

Me pasó un fajo de folios y me pidió que me sentara y lo leyera todo bien. Firmé antes de darme tiempo a repasar más de dos cláusulas. ¿A quién quería engañar? A ese hombre le cedería hasta a mis padres para cocinarlos con salsa de soja y limón. Me levanté con un suspiro y se lo di. Firmó las dos copias y me devolvió una, que doblé y metí dentro de mi bolso.

—Bienvenida a El Mar.

—Gracias.

Nos dimos un apretón de manos muy profesional.

—Y ahora, adiós Martina jefa de partida. Vamos a divertirnos.

—Joder, qué miedo —resoplé.

—Solo a ti podría darte miedo el concepto «diversión».

—Es que, en el poco tiempo que hace que te conozco, has demostrado tener una curiosa manera de divertirte que casi siempre implica que yo beba cosas que saben a rayos.

—Bien. Estás preparada.

Me guiñó un ojo y me tendió la mano. No la cogí. Me inquietaba eso de darle la mano y salir de allí cogidos como adolescentes. Pablo era bastante más tocón que yo. Cuando vio que no iba a cogerla, se echó a reír.

—Necesitas una copa.

Fuimos andando hasta la parada más cercana de metro y bajamos corriendo para no perder el que estaba a punto de pasar. Estábamos acercándonos peligrosamente a la hora de cierre del transporte público y Pablo me contó que odiaba coger taxis. Habló durante todo el trayecto sobre las ventajas de vivir en una ciudad bien conectada que ofrecía tantas posibilidades para moverse. Yo le escuchaba asintiendo, pues temía abrir la boca y parecer más aburrida que si me quedaba callada; a la gente suele gustarnos que nos dejen hablar, así que pensé que mejor callar y parecer tonta que hablar y demostrarlo.

—No voy a cobrarte por contestar —se burló.

—Esto se me da fatal —dije a media voz.

—Relájate.

—¿Cuál es el plan?

—¿El plan? Bueno..., hay un local en Malasaña que me gusta y creí que estaría bien empezar tomándonos algo allí.

—¿Empezar?

—Oh, sí. Esta noche vamos a estar ocupados.

Y dicho esto se echó a reír. De mí, claro..., porque mi cara debió de ser un poema. Me gusta saber qué voy a hacer, cuáles son los próximos pasos y qué me

espera. No soy aficionada a las sorpresas. Una vez Amaia me organizó una fiesta de cumpleaños a mis espaldas y por poco no la degollé como a un cochino. Si no eres muy hábil socialmente, imagínate lo que es tener que reaccionar ante quince personas gritando «Sorpresa» en el salón de tu casa.

Salimos en la parada de Fuencarral, que estaba hasta los topes de gente. Pablo no pidió permiso cuando me cogió la mano para tirar de mí entre la muchedumbre. Volvieron esas náuseas voladoras a mi estómago. Miré su mano, sus dedos largos agarrados a los míos y adornados con sus anillos de plata.

—¿Vas a estar así de callada toda la noche? —me recriminó con una sonrisa ya en la calle, sin soltar mi mano.

—No. A decir verdad..., quería preguntarte cosas. —Claro..., yo me había preparado mentalmente para salir airosa de los posibles silencios.

—¿Qué clase de cosas?

—Esa pregunta es muy de mi estilo. —Sonreí—. He leído que viajaste durante años antes de montar tu restaurante.

—Sí. Fueron años divertidos.

—Cuéntamelo.

Seguimos andando. Pablo parecía estar buscando las palabras adecuadas para contarme sus viajes. Sus dedos apretaron los míos y mi palma empezó a sudar. Intenté retirarla, pero él no soltó su presa.

—A los dieciocho años yo era un imbécil que no daba pie con bola. Mis padres me consiguieron un puesto en la empresa de mi tío.

—¿A qué se dedicaba tu tío?

—Ah, pues a vender ladrillos. —Se echó a reír—. Sí, ya te puedes imaginar el resultado del experimento. Me sentía muy perdido, ¿sabes?

—¿En qué sentido?

—No sabía qué narices me gustaba hacer en la vida e imaginarme por los restos de los restos allí... Yo sabía que si me esforzaba, terminaría en la oficina, vestido de traje y con un trabajo más cómodo que cargar palés, pero me mataba la idea. Así que hice cuanto pude para que no me quisieran allí. Terminé por sacar de sus casillas a mis tíos, al resto de trabajadores, a mi chica del momento y a mis padres.

—¿Y te fuiste?

—Mi madre me preparó las maletas. «Tienes que irte», me dijo un sábado a las nueve de la mañana, sentada a los pies de mi cama. Yo pensaba que me estaba echando de casa y monté un pollo impresionante. A decir verdad..., desaparecí durante días y cuando volví lo hice con una mierda encima que no me aclaraba. Mi madre retomó el tema. Me pagaban el billete a donde yo quisiera ir y me daban un poco de dinero para funcionar al principio, pero la cosa era que me invitaban a que aprendiera a sacarme las castañas del fuego. Era un malcriado y así... es imposible darse cuenta de lo que realmente quieres en la vida.

—¿Y adónde te fuiste?

—Me fui a Londres y viví en plan bohemio durante un mes y medio, hasta que se me terminó el dinero y me vi obligado a buscar un trabajo. Fui marmitón en un restaurante. Me picó el gusanillo. Seguí viajando y subiendo escalones. Y un día llamé a casa y dije: «Gracias, mamá. Ahora ya sé lo que quiero».

—¿Y regresaste?

—No. No volví definitivamente hasta los... veinticinco o veintiséis. Me resistía a hacerlo, me gustaba no tener rumbo fijo.

—¿Y por qué volviste entonces?

Pablo se paró delante de un garito muy colorido. En la puerta varias personas charlaban y fumaban y él soltó mi mano; me sorprendió una mezcla de alivio y decepción, pero la controlé. Se sacó un paquete de tabaco manoseado del bolsillo del pantalón y se encendió un pitillo. Después de expulsar el humo, miró hacia el cielo encapotado de Madrid que reflejaba el color anaranjado de las farolas. Ya ni recordaba haberle preguntado algo cuando contestó:

—Prometí que lo haría. Era el momento.

Dio otra calada. Pablo tenía mucho que contar, estaba claro. Quizá por eso sus platos fueron siempre brillantes. Quizá tenía alma de artista. Quizá convertía alimentos en arte para que nuestro paladar explotara en una catarsis similar al síndrome de Stendhal.

—¿Qué? —preguntó sonriendo—. ¿Y qué hay de ti?

—No hay mucho —suspiré.

—Todos tenemos una historia. Hazme un resumen.

—Yo siempre quise ser chef. Me matriculé en el módulo. Estudié todo lo que pude. Trabajé. Volví a estudiar...

—Eso ya me lo dijo tu currículum. Quiero que me cuentes lo que hay detrás. La parte humana.

Bueno, ahí estaba. Nada para lo que no estuviera preparada. Sabía que salir a tomar algo con Pablo implicaba abrir mi interior un poco más que de costumbre, hacer concesiones y hablar de cosas que me parecían íntimas y difíciles como si en realidad no fueran nada. Allá iba. Experimento número uno: intentar parecer humana y despreocupada.

—Tampoco hay mucho donde rascar. Me enfrenté a mis padres para estudiar cocina, me costó muchísimo esfuerzo que tomaran en serio esta profesión y... me enamoré de mi profesor de Técnicas Culinarias.

—Chica mala —bromeó.

—No tuvo nada que ver la erótica del poder, que conste. —Sonreí—. Mis exámenes los corregía otra persona. Es solo que... era tal y como yo quería que fuese el hombre con el que compartir mi vida. Lo tenía todo.

—¿Y qué pasó?

—Que lo tenía todo.

Pablo dio otra calada.

—¿Quieres decir que os cansasteis de una relación perfecta?

—No. Nos hicimos demasiado amigos. Se esfumó la magia. No lo sé.

—Se acabó el amor de tanto usarlo.

—Quizá. —Me sonrojé.

—Es lo que pasa con el amor..., nadie te cuenta que a veces sencillamente se acaba.

Pablo tiró el cigarrillo y me percaté de que nunca se los terminaba. Daba un par de caladas, tres o cuatro, como si estuviera tratando de dejarlo de manera gradual.

—¿Vamos? —Me abrió la puerta.

—No te pega nada fumar. —Solté.

—Bueno, todo el mundo tiene vicios.

—Yo no.

—¿Cómo no vas a tener algún vicio?

—No teniéndolo. Soy una chica sana.

—Eso está muy bien pero... ya buscaremos algún vicio sano al que engancharte. Se me ocurren un par.

El interior del sitio estaba demasiado iluminado para ser un club nocturno, pero tenía una apariencia divertida. Paredes de color *mint* junto a otras doradas llenas de neones, un suelo con una especie de adoquinado blanco y negro y decoración como hawaiana... Pablo me señaló uno de los rincones y nos sentamos en unos sillones de mimbre; uno de ellos era exactamente como el que salía en la película *Emmanuelle*. Allí me senté y Pablo juntó su asiento lo suficiente como para que pudiéramos oírnos el uno al otro sin gritar por encima de la música. Sonaba «Take me out» de Franz Ferdinand que era tan de su rollo...

—Te gusta esta canción —le dije.

—Y a ti.

Me perdí un segundo en el color verde de sus ojos. Era tan claro que, si no te fijabas bien, podía parecer azul. Eran dos ojos vivos que contaban cosas que seguro que sus manos podrían confirmar. Pablo quemaba, de arriba abajo.

—¿Qué bebes? —preguntó sacándome del ensimismamiento.

—Un destornillador.

—¿Con zumo o con naranjada?

—Un destornillador. —Repetí con una sonrisa repelente.

—Arg, te odio —se burló.

Saltó por encima de mis piernas y se acercó a la barra, donde una camarera rubia con unos cuantos años de experiencia a sus espaldas lo saludó efusivamente. Y allí estaba él, apoyado en la barra con aire adolescente, como si en realidad fuera un macarra de veinte años preparándose para llegar a casa semiinconsciente a las tantas de la mañana. Y yo..., ¿qué hacía allí? Miré a mi alrededor. Todo eran barbas espesas bien cuidadas y cepilladas, chicas bien vestidas y con labios rojos. Gente tarareando en los rincones y camisas abrochadas hasta el cuello. Mis ojos llegaron de nuevo a

Pablo y tuve que confesarme a mí misma que era con diferencia el tío más guapo que había en el local. Vale. Quizá no era guapo, pero tenía un aura de algo distinto, atractivo y demoledor. Se volvió hacia mí y sonrió arqueando solo la comisura izquierda de sus labios. Sus ojos refulgían, maldición. Se apartó el pelo de la cara con su mano llena de anillos. Maldito hortera, cómo me ponía.

—Destornillador. —Leí en sus labios mientras la camarera se afanaba en llenar la copa de zumo de naranja.

Pero en ese vaso había más vodka del que yo habría pedido. Volvió a pasar por encima de mis piernas para sentarse. Me dio mi vaso largo y golpeó el borde brevemente con el culo del suyo, donde bailaban unos hielos y un líquido ambarino.

—¿Qué bebes tú?

—*Whisky*. ¿Quieres?

—No. No creo que me guste.

—¿Eso quiere decir que nunca has bebido *whisky*? —Sonrió.

—Sí. Eso quiere decir.

Me quitó mi vaso y acercó el suyo a mis labios. Negué con la cabeza, pero insistió. Lo agarré rozando sus dedos fríos y le di un trago. Un tropel de llamas prendieron mi esófago en dirección descendente y quemaron mi estómago. Por el amor de Dios..., ¿qué era eso?

—¡¡Aggg!! —me quejé devolviéndoselo.

—No, no. Ahora... paladea.

Lamí mi labio inferior y pegué la lengua al paladar. No estaba tan mal.

—¿Mejor, verdad? El *whisky*, como las grandes cosas de la vida, no suele gustar mucho la primera vez.

—Dime más de esas grandes cosas de la vida.

—Uhm..., mejor probémoslas todas.

Brindamos de nuevo y me refresqué la boca con mi bebida. Estaba fuerte, pero ni de lejos tanto como la suya. Un silencio y los dos mirándonos fijamente. A nuestro alrededor la gente hablaba y se reía.

—¿Por qué me has traído? —le pregunté.

—¿Por qué no? ¿Tiene que haber una razón?

—Sí —asentí—. ¿Qué vamos a hacer después?

—Tomarnos otra —dijo tras dar un trago a su bebida.

—¿Y después?

—Tomarnos otra más.

Me dio la risa.

—Eres como un dolor de pelotas —me quejé.

—No lo sabes, querida. No tienes pelotas.

—Pero me imagino lo que es.

—No puedes imaginarlo. Es horrible. Es como si te partiera un rayo.

—¿Y cómo puedes saberlo? Nunca te ha partido un rayo.

—Pero sí me han dado una patada en los cojones.

—¿Una chica?

—Sí —asintió riéndose.

—¿Qué le hiciste?

—Es que en realidad no fue una patada. Me los aplastó con la puta rodilla.

Me quedé mirándole y él hizo lo mismo. Aguanté una sonrisa.

—¿Cómo pudo aplastarte las pelotas con una rodilla?

—Pues, a ver..., yo estaba sentado en un sofá. Ella fue a sentarse en mi regazo, a horcajadas, y calculó mal.

No sé por qué me imaginé a mí misma sentándome encima de él; aunque sí tengo claro que soy lo suficientemente torpe como para aplastarle las gónadas con mi rodilla intentando ser sexi.

—Una vez un ascensor se cerró y me pilló una teta en medio —dije nerviosa.

Pablo abrió los ojos como platos.

—Dios, bebe más —suplicó carcajeándose.

—Vas a hacerme alcohólica.

—Qué va..., un día no me hará falta emborracharte.

Cogí el vaso y terminé con el contenido en tres tragos largos. Pablo aplaudió y después vació en su garganta el contenido del suyo.

—¿Otro?

—¿Tengo elección?

—Claro que la tienes. ¿Un chupito? —se burló.

El segundo destornillador no pareció taladrar mi estómago y bajó suave, frío, agradable y dulce hasta aposentarse en mi interior y hacer que me planteara muy seriamente por qué iba a avergonzarme hablar con él. Era una persona, igual que lo eran Sandra y Amaia (en principio eran humanas, a falta de estudios más concienzudos), solo que del sexo que a mí me gustaba y brutalmente sensual. Así que me solté un poco. «Un poco» quiere decir lo mínimo para mantener una conversación.

—Cuéntame qué tal en tu piso. ¿Qué tal esas rupturas amorosas?

—Podría resumírtelo en una palabra: Nocilla.

—Vaya, vaya. Debe de ser divertido vivir con tus amigas.

—Lo es. A veces es exasperante, pero no puedo quejarme. Bueno..., sí puedo, pero prefiero no hacerlo. No quiero aburrirte con historias de platos que no se lavan y bragas sucias que aparecen donde menos te lo esperas. ¿Cómo es vivir solo?

—No vivo solo. —Negó con la cabeza—. Pero el otro día no tuviste el honor de conocer a mi compañero de piso. Estaba allí, pero no salió. Es tímido y no le gusta demasiado la gente. A decir verdad, odia a todo el mundo, incluyéndome a mí. Excepto cuando le alimento.

—¿Qué...? —Fruncí el ceño.

—Tengo un gato.

—¿¿Tienes un gato?? ¡¡No te pega nada!! —dije con la voz muy chillona. Y como me dio vergüenza me abalancé hacia mi vaso y le di dos buenos tragos.

—Sí me pega. Me encantan los gatos. —Me mantuvo la mirada—. No, no es verdad. Estoy mintiendo. En general no me gustan.

—Entonces ¿por qué tienes uno?

—Porque mi madre, que es una jodida tarada, me llamó un día y me dijo: «Me he encontrado un gato en un contenedor y si no te lo quedas, caerá sobre tu conciencia el abandono y la consecuente muerte de un gatito recién nacido».

Me reí.

—¿Y te lo quedaste?

—No tenía elección. No conoces a mi madre. Si ella había decidido que yo debía quedarme con ese gato, nada podía pararla. Un día me llamó al restaurante para decirme que tenía que ir a pintarle unas escamas a los delfines de la cenefa del baño de invitados. Le dije: «Mamá, los delfines no tienen escamas». Su siguiente frase fue: «Quiero que sean irisadas».

—¿Y cómo se llama?

—¿Mi madre?

—Tu gato.

—Ah. —Lanzó un par de carcajadas—. Se llama *Elvis*. *Elvis Ignacio* le llama mi madre. Dice que tiene cara de llamarse Ignacio y que lo he despojado de su nombre natural.

—Tú no te aburres con tu madre, ¿no?

—Para nada. Es la demente más divertida del mundo. A veces me pregunto cómo será tener unos padres más normales, pero luego mi madre dice una parida y se me pasa. —Bebió—. ¿Cómo son los tuyos?

—Normales. —Me encogí de hombros—. Así, un poco... como yo.

Me quedé mirándole con una sonrisa, esperando que entendiera lo que quería decirle. En casa de mis padres solía reinar el silencio o la música suave de un vinilo antiguo. Las conversaciones se limitaban a «¿Cómo va todo?» y se centraban casi siempre en el trabajo; hablábamos mucho de lo que esperábamos de la vida pero siempre de manera muy civilizada. Nos despedíamos con un beso en la mejilla y hasta ahí llegaba la expresión de nuestros sentimientos. Pablo me miró con interés.

—¿Y cómo eres tú? —dijo mientras apoyaba sus codos en las rodillas, más cerca de mí.

—Pues..., uhm..., ¿cómo dijo Fer? Conténida.

—¿Tienes hermanos?

—Una mayor y uno pequeño. —Sonreí—. Mi hermano te caería bien. También lleva greñas.

Levantó una ceja mientras bebía de nuevo.

—¿Cuál es el problema con mi pelo?

—Está... largo. —Y parapeté mi sonrisa detrás de la copa.

—No llevo el pelo largo. Lo llevo solo un poco más largo de lo habitual.

—Son greñas. Greñas modernas. Seguro que te puedes hacer un moño. Un hombre con un moño...

—No es sexi —terminó de decir él por mí con una nota de burla en su voz.

—No, no lo es. —Sí, sí lo es, pero quise convencerme de lo contrario.

—En mi defensa diré que nunca he probado a hacerme un moño.

—Podrías.

Se miró la muñeca, levantó con un dedo la manga de la camiseta y descubrió un reloj. ¿Mirando la hora en una cita? ¿Se estaba aburriendo? ¿Era una cita de verdad?

—¿Es tarde? —le pregunté.

—Pues un poco. Creí que a esta hora llevaríamos ya al menos tres copas.

—Podemos irnos cuando quieras. No hay consumición mínima, ¿no?

—Sí para lo que vamos a hacer ahora. Ven.

Se levantó y cogió su chaqueta del asiento. Yo también me incorporé. Me miró mientras recogía mis cosas y con el ceño fruncido me pidió que volviera a sentarme.

—¿Nos aclaramos? —refunfuñé.

—Siéntate un segundo. Hazme un favor..., apoya el brazo ahí y llévate la mano a los labios... —Le miré como si estuviera loco. Él sonrió y me lo volvió a pedir—. Por favor... —Hizo un puchero. ¿Quién iba a resistirse? Me recliné hacia un lado, apoyé el codo y después los dedos sobre mis labios—. El otro codo en el otro reposabrazos. Y... cruza la pierna por el tobillo.

—Pero... ¿qué cojones? —me quejé.

—Venga... —Sonrió, tan encantador, tan guapo, tan «hasta con greñas y anillos me lo haría contigo». Apoyé el tobillo en la rodilla con un suspiro de impaciencia y lo vi sacar su móvil—. Aguanta ahí un segundo. Mírame.

Colocó su iPhone delante de mí y dio un par de pasos hacia atrás. Después un *flash* me dejó ciega.

—¿Eso era una foto?

—Hola, Emmanuelle, mito erótico de mi adolescencia.

Pidió otra ronda en la barra y nos la bebimos casi del tirón. Parecía tener prisa y yo me moría de vergüenza porque pensaba que quería despedirse de mí delante de un taxi que me llevara de vuelta al país del aburrimiento supino. Y además de darme vergüenza, porque a nadie le gusta estirar el tiempo de su acompañante hasta que se convierte en un chicle eterno de los que ya no tienen sabor..., es que me lo estaba pasando bien. No quería irme aún.

Bueno, tenía que aceptarlo. No era una persona demasiado divertida; no era como Amaia, que siempre es el centro de atención de toda conversación y con la que todo el mundo se muere de risa. No era como Sandra, que sabe moverse con agilidad entre bromas inteligentes. Yo era más de reírme hacia dentro, pensando «qué bueno» mientras mi fachada solo demostraba una sonrisa. Amaia me llamaba «la de la sonrisa arcaica»; lo único que había memorizado de las clases de cultura clásica era el

nombre de las korei, las estatuas griegas del periodo arcaico que lucían esa inquietante sonrisa..., la muy puta. Y Pablo era tan... carismático, tan él, tan original, moderno, joven. ¿Qué pintaba sentado a mi lado, teniendo que obligarme a dar un sorbito más de mi copa mientras a nuestro alrededor cientos de chicas bonitas y modernas le miraban con ojos libidinosos...?

Salimos del local y avanzó hacia la calzada, por donde andaban grupos de personas entre risotadas. Yo le miré alejarse... y me dio pena pensar que entonces era cuando nos despediríamos. Pararía un taxi para mí y me diría por educación que se había divertido, entonces yo contestaría algo como: «Ya se nota, ya», y él se iría a su casa sintiéndose violento. Y yo de lo más torpe. Pablo se giró cuando comprobó que no estaba a su lado.

—¡Venga, pequeña..., que nos están esperando!

Y una Martina desconocida salió corriendo hacia él.

NOS ESTÁN ESPERANDO

PABLO se apoyó contra la persiana bajada de una tienda de Malasaña y dio un par de golpes que resonaron como las tripas del infierno abriéndose bajo nuestros pies. Fruncí el ceño. Me miró y sonrió.

—Estás borracha.

Sí, lo estaba.

—No tanto como crees.

Alguien levantó la persiana y se me quedó mirando. Era grande, calvo, gordo y tenía un aro reluciente en una ceja; por el cuello le reptaban los tentáculos de un tatuaje.

—¿Esta es tu amiga?

—Sí, señor. —Pablo esbozó una sonrisa encantadora—. Martina, este es Rober, el mejor tatuador que conozco.

—Ah —dije asustada. Le tendí la mano y cuando el tal Rober la estrechó, la mía pareció diminuta.

—Pasad, pasad. ¿Os pongo algo de beber?

—Claro —contestó Pablo, tan campechano él.

—¿Qué tienes? —le pregunté yo.

Los dos me miraron, Rober como si quisiera asegurarse de que no tenía ninguna tarita de fábrica y Pablo con una sonrisa divertida. La montaña calva se marchó sin aclararme qué tipo de alcohol estaba ofreciendo y Pablo me rodeó el hombro con su brazo.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté con un hilo de voz.

—Hacer cosas que sabemos que luego nos arrepentiremos de haber hecho, solo por el placer de hacerlas.

—Pero...

—¿Qué prefieres, pequeña, *piercing* o tatuaje?

—Estás de coña —aseguré con una sonrisa—. Tienes que estar de coña.

Miró a su alrededor y después a mí..., negó con la cabeza.

—Yo creo que no.

—¿Para esto querías emborracharme? ¿Pretendías que hiciera esto medio inconsciente?

—No. Si no habría pedido tequila. Ya he comprobado que tienes poca resistencia al tequila. Solo quiero divertirme.

Me aparté de él con una mezcla de sensaciones dentro..., de esas que te aceleran

el corazón cuando estás a punto de hacer algo loco que te hará sentir tremendamente vivo.

—Gracias por abrir para nosotros, Rober. —Le escuché decir.

—No hay de qué, tío. Cené que te cagas en tu garito —contestó el otro mientras salía de la trastienda con unas cervezas frías. Me dio una y con la boca pequeñita le di las gracias—. A ver..., ¿qué va a ser?

—Pues la señorita aún no se ha decidido. Yo... creo que un *piercing*.

—¿¡Estás loco!?! —le recriminé con una risotada.

—¿Dónde?

—Uhhh... En el pezón —contestó resuelto.

—¿Derecho, izquierdo o ambos?

—Izquierdo. O los dos. No lo sé. Probemos con uno a ver.

—¡¡Pablo!! —Le cogí del brazo—. ¡¡¿Un *piercing* en el pezón?!!

—¿Qué pasa, pequeña?

—¿¿Te vas a hacer un *piercing* en un pezón??

—¿Llamamos a mi casa a ver si mi madre me da permiso? —se burló—. No pasa nada. Es solo un agujerito.

—¡¡En un pezón!! —Y me descojoné. Sí, oficialmente borracha.

—¿Prefieres en la cara? —Se giró hacia un espejo—. ¿Uno en la boca?

—¡En el pezón, en el pezón! —Me aceleré. No es que fuera a quedarle mal nada en la cara pero... era tan guapo tal y como era.

—¿Y tú qué?

—Yo bien, gracias.

—¡No seas aburrida! ¡¡Martina!!

—Venga, Martina. —Se unió su amigo con una sonrisa.

—Tú ve tirando. Yo si eso me lo pienso.

—No..., tú primero.

Me quedé mirándolos a los dos. Yo... ¿un *piercing*? ¿Tatuajes? Nos habíamos vuelto locos, estaba segura. Pero entonces me di cuenta de algo..., me estaba riendo a carcajadas. Y me di cuenta porque Pablo se contagió y se echó a reír también.

—¿Uno pequeñito en la nariz? —me propuso.

—Eso duele un montón.

—Te estoy convenciendo ya... —Me guiñó un ojo.

—¿Por qué me obligas a hacer algo de lo que me voy a arrepentir?

—No te obligo, pequeña. Solo... hagamos algo loco. ¿Por qué no? Quiero verte haciéndolo.

—Me suelto el pelo si quieres.

—Es pésima negociando —le dijo Rober.

—Ya, pobre. Martina..., soltarse el pelo no es nada loco.

—Pues ve tú a trabajar con un moño.

—Eso no es divertido.

No lo sería para él. Si yo lo viera entrar en El Mar con un moño alto a lo bailarina me iba a estar riendo durante días. O eso es lo que pensaba en aquel momento que estaba pedo. Respiré hondo y me senté en una de las butacas con un suspiro.

—¿Nunca has querido un *piercing* o un *tattoo*?

—Cuando tenía dieciséis. —Respondí como si fuera una obviedad.

—¿Y por qué no te lo hiciste?

—Porque era menor y necesitaba el consentimiento de mis padres..., consentimiento que nunca llegó, claro.

—Y ahora ¿cuál es tu excusa?

—Ya no me gusta.

—¿No te gusta? —Me miró con una ceja levantada—. Mentirosilla.

—Y además duele.

—¿Temes un poco de dolor, Martina? Porque el placer, al fin y al cabo..., tiene mucho que ver.

—No me líes. —Sonreí.

—Me aburro —confesó Rober.

Me aburro: resumen de los últimos años de mi vida. Sensación de balsa, donde todo se mece, pero nada se mueve en realidad. Ni avanzas ni retrocedes, y no habría habido problema si aquello hubiera sido lo que quería. Quietud. Pero yo quería... vivir. No, no sobrevivir. VIVIR, con mayúsculas. Reírme a carcajadas recordando algo intrépido y superloco, como hacía constantemente Amaia. Equivocarme y remendarme, como estaba haciendo Sandra. Crecer. CAERME. Rasparme las rodillas con la caída y después disfrutar del dolorcito de rascarse las costras para que cayeran. Tener una cicatriz que me recordara que había vivido. Cogí la cerveza y me la bebí toda.

—Venga —dije de pronto.

—¿Qué? —contestó con cara de sorpresa total Pablo—. ¿En serio?

—¿No estabas convenciéndome?

—¡¡Creí que no iba a conseguirlo!!

—Venga... hagamos algo de lo que nos arrepintamos por el simple placer de hacerlo.

Me senté en la butaca que me indicó Rober y le sonreí tontamente. Sí. Borracha. Un *piercing* en la nariz tampoco era para tanto, ¿no? No era como ponerse un plato en el labio inferior o veinticinco aros en el cuello.

—Venga, antes de que me arrepienta.

El tío enorme me hizo una marquita con rotulador en la nariz y yo di el visto bueno sin mirarme demasiado. Pablo se apoyó en la pared, al fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Le guiñé un ojo.

—Loca —susurró con placer.

—Loco.

Sentí un pellizco en la nariz y una lágrima me recorrió la cara. Rober me dio una

palmadita en el brazo.

—Siguiente.

—¿Qué? ¿Ya?

—Claro. Esto no es como un examen rectal, reina.

Salté de mi asiento y sintiendo un leve mareo etílico me miré en el reflejo. Una pequeña bolita plateada brillaba en la aleta de mi nariz. Me descojoné.

—Ale, valiente. Ahora tú. —Escuché que le decía a Pablo.

Pasó por mi lado y se quitó el jersey, que aterrizó sobre mi cabeza. Dios..., todo el olor de Pablo Ruiz envolviéndome la cara. ¿Puedo morir así, por favor? Me lo quité de encima y lo doblé antes de girarme. Allí, tendido en la silla de tortura, estaba Pablo sin camiseta. Lo primero que me llamó la atención fueron las dos golondrinas que llevaba tatuadas en color en el pecho; lo segundo..., su pecho. No tenía casi vello, solo un camino perfecto que le recorría el vientre hacia abajo. Me mordí el labio fuerte.

—¿Te lo has pensado bien? —le dije.

—No. Claro que no. —Sonrió—. Ven..., dame la mano.

—Ponte aquí —me indicó Rober mientras preparaba las agujas—. Aviso, tío..., esto duele.

—¡Bah!

Me puse al lado de Pablo, cogiendo su mano derecha. Apretó los dedos con los míos.

—Va por ti —se burló.

—A mí no me metas.

Me quedé mirando sus tatuajes. No me gustaban los tatuajes. Los tíos tatuados solían echarme para atrás. Es como si los dibujos emborronaran la belleza natural que hubiera en ellos... pero aquellos dibujos... significaban algo. Algo bonito. Nadie se tatúa así el pecho, con colores vivos, si no quiere recordar algo de por vida. O a lo mejor se había emborrachado muy fuerte con alguna chica a la que quiso convencer de que la vida es muy corta como para pensar demasiado en las consecuencias de sentir.

—¿Te gustan? —preguntó pillándome con los ojos clavados en su pecho.

—¿Los tatuajes?

—Sí.

—Sí —contesté—. Estos sí. No me había fijado antes en ellos.

—¿Preparado? —le preguntó Rober.

—Nací preparado —dijo ufano.

Pero me agarró los dedos con fuerza.

—¿Ahí?

—Hazlo ya. —Se rio.

—No te muevas.

Pablo miró al techo y mis dedos se asieron con fuerza a su mano, como si

estuvieran a punto de agujerearme el pezón a mí. Desvié la mirada cuando vi que el pinchazo era inminente. Hubo un segundo de silencio y...

—¡¡¡¡¡Aaaaaaaaah!!!!!!

El alarido cruzó la habitación y se estrelló contra las paredes y el techo. Miré. Una especie de palo atravesaba su pezón izquierdo.

—¡¡¡¡¡Me cago en mi alma, joder!!!!!! —volvió a bramar—. ¡¡¡Acaba ya!!!

Y a mí, que podía haberme desmayado, que podría haber vomitado..., me entró la risa. Pero risa de verdad. Tanta risa que se me olvidó que me palpitaba la nariz y que la notaba demasiado caliente. Miré a Pablo. Su pezón estaba enrojecido y Rober enroscaba con la mano enguantada una pequeña bolita plateada. La piel del pecho de Pablo se puso de gallina y de su garganta salió un gruñido grave tan sexual que todo mi cuerpo reaccionó. Y el suyo porque..., señoras y señores..., ¿qué era lo que estaban marcando sus pequeños pantalones vaqueros? Era una erección. Una erección que podía adivinarse perfectamente acomodada hacia la izquierda. Y mis ojos allí encima.

—Ya está.

Pablo se tapó la cara y, amortiguado por las manos, volvió a resonar un grito. Luego cerró los puños y se mordió uno mientras se miraba el pezón.

—¿Repetimos con el otro? —le preguntó su amigo.

—¡¡¿Estás loco?!!

Miró al techo. Estaba más blanco que la cal. Y más duro que el cemento armado, por cierto.

—Te vas a desmayar —le informé. Demasiada sangre en un punto de su anatomía al sur del cerebro.

—No, no, ni de coña, pequeña —respondió con los ojos cerrados—. ¿¡Es que esto no deja de doler nunca!?! ¡¡Joder!!!

Rober se descojonó, salió burlándose y dijo que iba a por algo más fuerte para beber. Pablo abrió los ojos para mirarme y se rio al ver mi expresión.

—Estás disfrutando, puta.

Abrí la boca para contestar, pero al escuchar sus carcajadas el «puta» hasta me gustó. Era un cariñito de confianza emitido por la sucia boca de Pablo Ruiz. Pero quise contestarle.

—Al parecer tú también estás disfrutando, puto.

Se quedó confuso y le señalé con chulería la entrepierna, que él se miró incorporándose en la camilla. Levantó las cejas sorprendido y se descojonó.

—Hostias..., me duele tanto que no me había dado cuenta. ¡¡La tengo dura!! ¡¡Rober!! ¡¡Me la has puesto dura!!

Me giré hacia la pared y me apoyé en ella, riéndome.

—¡¡Pablo!! —me quejé.

—Coño, es que no lo había pensado. Lo de los pezones me pone. Estoy por probar con el otro a ver qué pasa.

Cuando Rober volvió con una botella de orujo de hierbas, a los dos nos había dado un ataque de risa sorda y no podíamos parar. Nos servimos dos chupitos. Nos los bebimos. Pablo lloriqueó un poco más y tomamos otro. Confesó que no se le pasaba el dolor y me ofrecí a darle una patada en los cojones para desviar la atención del pezón y él me respondió que mejor se los pisara sentándome sobre ellos. Más ataque de risa. Otro chupito. Martina ve doble. Pablo propone que quizá es buena idea hacerse un tatuaje para recordar siempre aquella noche...

La idea era tatuarnos lo mismo. Algo pequeño. Creo que yo le propuse un corazón en la muñeca, porque iba muy bien con su pelo. Él me insultó entre risas y prometió hacerse un moño. Yo tuve que sentarme para no caerme al suelo de la risa. Qué estúpidos nos ponemos cuando nos emborrachamos... y qué de tonterías hacemos.

Fui la primera en poner la muñeca para el tatuaje, sin pensar. Sin pensar que al día siguiente me arrepentiría y no podría hacer nada. Sin pensar que todo el mundo podría ver que compartíamos algo tan íntimo como un dibujo para siempre en la piel. Una pequeña ola, minimalista, en la cara interna de la muñeca izquierda. Él lo mismo en la cara externa de la muñeca derecha. ¿Por qué?

—Porque yo lo muestro y tú lo escondes, y aunque pensemos lo mismo, siempre parecerá que vamos por caminos diferentes.

No sé cómo no me enamoré de él cuando lo dijo mirándome a la cara, sonriendo, con sus ojos verdes algo empañados por el alcohol.

Cuando salimos de allí, dimos un par de tumbos por la calle. En nuestras muñecas un pedazo de plástico como el de cocina, un poco de esparadrapo y la promesa de que lo lavaríamos dos horas después y le pondríamos un poco de pomada. Me agarró por encima de los hombros y yo a él por la cintura. Maldita loca estaba hecha. Fuimos a un bar donde nos tomamos un agua con gas con hielo bien picado. Aquello nos hizo reír aún más..., el camarero aún debe pensar que éramos dos locos puestos hasta los ojos. Y hablamos... y no me acuerdo ni de qué. Menuda cebolla llevaba... pero el agua con gas, fría y con una rodaja de limón, fue ayudando a mi mente a aclararse y se llevó con sus burbujas parte de la bruma. Sé que nos contamos cosas de cuando éramos más jóvenes y que habló sobre su tatuaje..., el del pecho. Me contó una historia preciosa sobre él, porque no podía ser de otra manera, y yo aún era la primera chica con la que se había tatuado algo por probar que la vida haciendo el loco a veces está bien.

—Cuando tenía veintitrés años volví una temporada a casa —dijo mientras paseábamos por Malasaña—. Eran solo unos meses, una pausa mientras esperaba a que se terminara de cerrar un trabajo que iba a salirme en Ámsterdam de cocinero. Una cosa más importante. Un antes y un después. Cuando todo se confirmó, mi madre temió que la decisión de empujarme a viajar me alejara para siempre de casa y me arrastró a un salón de tatuajes. —Se encendió un cigarrillo y siguió hablando—. Me contó una historia sobre los marineros que se marchaban por primera vez lejos de

casa y unas golondrinas que se tatuaban para recordar que, fuera de la manera que fuera, volverían. En realidad sé que esa historia es en parte una invención de mi madre, pero es especial para mí. Los dos nos tatuamos una ese día..., es raro tatuarse con tu madre, lo confieso.

—¿Y la otra?

—La otra nos la tatuamos al volver. Cuando el proyecto de El Mar empezó a materializarse, cerramos el ciclo. Porque ya había vuelto a casa para quedarme.

A las cinco de la mañana nos dimos cuenta de que debíamos lavarnos los tatuajes y... estábamos tan cerca de su casa..., que me convenció. Yo sabía que la noche llegaba a su fin y, la verdad, no quería; no recordaba habérmelo pasado tan bien en mi vida. Pablo era... mágico. Especial. Único. No era como nadie más en el mundo. No era comparable a nada. Subimos andando los cuatro pisos hasta su casa. Abrió y me pidió que perdonara el desastre, pero allí no había ninguno. Las dos caras del genio: el arte y el control. No encendió una luz hasta que llegamos cogidos de la mano al cuarto de baño. ¿Habría beso? «No pienses en eso, Martina. Estás borracha», me dije. Una camiseta sucia descansaba sobre un cesto y mientras Pablo buscaba el jabón neutro por los armarios yo, no sé por qué, tiré la pieza de ropa dentro y cerré la tapa. Algo me contestó de mala gana desde el fondo.

—Maldito *Elvis*. —Se rio él—. Le encanta meterse ahí dentro.

Abrí la tapa de nuevo para descubrir una bola de pelo parda con las patitas y el pecho blanco, que me miraba adormilado. Metí las manos dentro sin pensar y lo saqué.

—¡No! ¡No! ¡Cuidado! ¡Tiene muy mala host...!

No terminó la frase porque su gato, *Elvis*, se enroscaba entre mis brazos, lanzando ruiditos gorjeantes de placer. Él se quedó mirándolo con el ceño fruncido y después dibujó una sonrisa.

—Qué buen gusto tiene... —murmuró.

Lo dejé en el suelo y se entretuvo rozándose mimoso entre mis piernas mientras nosotros nos lavábamos el tatuaje. El tatuaje. Dos locos tatuándose una ola de El Mar donde se habían conocido hacía ¿cuánto? ¿Cinco días? Romántico, ¿verdad?

—Estamos locos.

—Tú al menos no te has perforado un pezón.

—No te quejes. —Sonreí—. Que te ha gustado.

—A veces la picha y el cerebro se me desconectan. Toma. —Me pasó el jabón y me señaló la nariz. Se quitó la camiseta y descubrió el *piercing*.

Se inclinó en el lavabo y se lo lavó. Me pregunté si, dándole morbo el tema, frotando con cuidado un pezón atravesado por una barrita de metal, no sentiría placer.

—¿Te gusta? —pregunté.

—¿El *piercing*?

—Tocártelo.

—Ahora mismo no es muy placentero. —Sonrió—. Pero te diré que... no es

desagradable.

Me guiñó un ojo. Cuando terminamos de lavarnos salimos de nuevo al pasillo y, por inercia, le seguí hasta la cocina que había conectada al salón, al final de la casa. Las luces tímidas del día se adivinaban rosáceas en el cielo madrileño.

—Dios..., es tardísimo.

—¿Quieres un café? ¿Algo de comer? —me ofreció.

—No. Me voy a casa.

Me agaché para acariciar al gato, que me seguía ronroneando por toda la casa. Al levantarme de nuevo, Pablo me miraba muy cerca. Y... después de una noche perfecta, sentí una tensión desconocida entre nosotros. Algo... sensual. Atracción..., eso estaba claro. Pero... ¿mutua?

—Martina... —Dio un paso más hacia mí. Noté el calor que emanaba de su cuerpo.

—¿Qué?

Sonrió y yo le imité.

—Lo he pasado muy bien —dijo.

—Y yo.

—Ahí dentro eres especial. —Me señaló—. Debajo de toda la disciplina. Eres especial.

Me sonrojé y miré el suelo. Su mano me acarició la nuca sobre la que caía la coleta que me recogía el pelo ondulado. Levanté la mirada hacia él y sus dos hoyuelos adornaban su sonrisa.

—Lo sabes, ¿verdad? —susurró.

—A estas horas no sé si sé algo.

—A estas horas sabemos más que nunca. Al despertar se nos olvidará que fuimos sabios.

Joder. Puto *hippy*. No hables más, que me enamoro. Sus dedos jugaron con mi pelo y no pude controlar que mi mano le apartara un mechón de la cara. Después dejé los dedos suspendidos en el aire, sin saber qué hacer con ellos.

—Tócame —dijo.

Acaricié su frente, apartándole el pelo, y después acaricié su sien y mis dedos se enredaron entre sus mechones desordenados.

—¿Y si te quedas? —musitó.

Abrí los labios para contestar y sus manos me acercaron más a él por las caderas.

—Creo que ya he hecho bastantes tonterías hoy solo por el placer de hacerlas.

—Nada es más indeleble que un tatuaje —dijo mirándome los labios.

—Claro que sí. Hay cosas que después de hechas no se pueden deshacer.

—Cosas que terminan olvidándose.

—Cosas que a lo mejor uno no quiere olvidar.

—Quédate —repitió.

—No puedo.

—Sí puedes. —Sonrió.

—No debo.

—¿Por qué?

—Porque estoy aún medio borracha y... —Tragué saliva. Pablo olía a todo lo que más me gustaba en el mundo. A cosas que aún no sabía que me gustaban. Pablo olía a deshacerse en sus manos, dejarse hacer, luchar por el poder, sudar con la piel pegada a la suya y dejar escapar un grito ahogado de placer.

Su nariz rozó la mía, tan cerca... que el hilo de pensamientos se esfumó en el aire, convirtiéndose en un poco más de oxígeno que me permitiera no morir ahogada.

—Quédate. Me portaré bien.

Su aliento caldeó la zona donde yo quería que sus labios se posaran: sobre los míos. Dios..., todo él olía a besos. Olía a... cómo oleríamos los dos por la mañana.

—No quiero que pase nada estando borrachos, Pablo. Eso solo trae problemas.

—Vale. Pero quédate. Una fiesta de pijamas... —Se alejó un poco—. Te dejaré que me tences el pelo.

Me reí.

—No puede pasar nada. —Repetí.

—Y no pasará nada.

—¿Entonces? Me voy.

—Escucha la propuesta antes de negarte. —Sonrió cuando me callé pues esperaba que siguiera hablando. Sus brazos me envolvieron por la cintura y me pegó del todo a él—. Te diré lo que pasará si te quedas..., iremos a mi dormitorio. El gato nos seguirá porque el muy hijo de perra se ha enamorado de ti. Allí nos desnudaremos a los pies de la cama. Yo delante de ti. Tú delante de mí. No nos tocaremos. Nos meteremos bajo las sábanas. Tú querrás que me aleje, pero yo me pegaré a tu cuerpo. Posiblemente quiera más, tocarte o besar la piel de tu cuello, que quedará a la altura de mi boca, pero no lo haré. Te oleré. Hundiré mi nariz en tu piel y aspiraré profundo. Mi mano derecha te rodeará la cintura desnuda hasta abrirse sobre tu vientre; la izquierda viajará bajo el almohadón, por debajo de tu cuello, hasta quedar a tu lado, por si quieres cogerla. Quizá nos rochemos. Quizá nos cueste dormir. Pero lo haremos. Y mañana yo seguiré sin saber si el color de tus pezones es el que he imaginado. Y tú seguirás sin saber si tu boca encima de la mía conseguiría ponerme duro sin tocarme.

Levanté los ojos hasta los suyos. Tragué con dificultad. Y... no pude decir que no.

BUENAS NOCHES, AMAIA...

AMAIA y Sandra estaban tendidas en el sofá, para variar, viendo la tele y comiendo algo que había salido de una bolsa. Llámame maniática pero, teniendo el trabajo que tengo, siento un profundo rechazo por toda la comida procesada. No me gusta que otros cocinen por mí y mucho menos si se trata de un proceso industrial. Pero ellas estaban encantadas.

—¿Hoy no sales con Javi? —preguntó Sandra.

—Noooo, pesada. Que eres muy pesada.

—Si va a venir me avisas, ¿eh?

—Sí, para que te pintes como el Ecce Homo.

—¿Cómo es que nunca te ha gustado Javi?

—Es gay. Es mi amienemigo gay. ¿Qué no entiendes en esa frase? Para llevar siete años estudiando eres bastante torcuata.

—Amaia, Javi no es gay y hasta tú, que eres medio mongola, lo sabes.

—Sí, sí. Claro. Cállate que no oigo.

En la televisión estaban emitiendo por enésima vez capítulos repetidos de *Anatomía de Grey*.

—Oye..., ¿Martina no debería haber vuelto ya? —preguntó Sandra.

—Se habrá entretenido con los del curro.

—Sí, claro. Es tan sociable... —contestó mordaz.

—Pues no sé. Se lo estará montando con un pepino pensando en el buenorro ese.

—¿Qué buenorro?

Amaia se incorporó un poco y se la quedó mirando.

—Estoy llegando a creer que tu mente se activa solo cuando alguien menciona términos como «buenorro», «jamelgo» o «pene erecto». Si el temario de la oposición te lo recitara un bombero, a lo mejor aprobabas.

—El único «pene erecto» que quiero ahora mismo a la vista es el de Javi.

—Dios santo, qué asco, Sandri —se quejó Amaia—. Luego le tengo que ver la cara en el curro, ¿sabes? Y pensaré en su pene erecto.

—Cuéntame cosas de él.

—No. Qué aburrimiento de tía. Pásame la Coca-Cola.

Sandra empujó con el pie una botella medio vacía de refresco y Amaia la alcanzó.

—¿Debería mandarle un mensaje?

—¿¡A Javi!?! —preguntó emocionada Sandra.

—A Martina, joder, qué cansina.

—No te preocupes tanto. Deja que se divierta.

—Si hubiera quedado con alguien nos lo habría dicho, ¿no?

—No —contestó Sandra mirándose las puntas de su precioso pelo castaño—. Como si no la conocieses.

—Ya. Qué rancia es cuando quiere.

—¿Y dices que el Pablo ese está bueno...?

Amaia cogió el iPad y entró en el navegador. Buscó el nombre de Pablo Ruiz y seleccionó el modo imágenes de Google. Después giró la pantalla hacia Sandra.

—Es este.

—Uhhh... —Sandra arrugó la nariz—. Es mono, pero necesita un estilista.

—Probablemente lo tenga. Es uno de esos modernos de mierda.

Las dos asintieron y dejaron abandonada la tableta sobre la mesa. Siguieron royendo y mirando la tele pero, tras unos segundos, Amaia tuvo que dejar escapar algún pensamiento de los que le gritaban en la cabeza.

—Seguro que está con ella.

—¿Martina? ¿Con quién? —preguntó Sandra.

—No. Mario. Seguro que está con la divina de su novia.

—¿La has visto?

—No. Aún no. Pero seguro que es alta, flaca y guapa... y se gasta una pasta en zapatos.

—Mira, casi, casi como tú.

—Eres idiota —le respondió Amaia de mal humor.

—Amaia..., es que..., a ver, espero que no te sienta mal pero... con lo guapa que eres de cara... ¿por qué no te pones a dieta?

Amaia la miró con desprecio.

—¿Por dónde empiezo, Sandra?

—Por eliminar la Nocilla y la bollería industrial.

—No me refería a eso. Me refería a que ese comentario es horrible. ¿Con lo guapa de cara que soy? Porque el resto lo desmerece, ¿no? ¿Es que todas tenemos que estar flacas? ¿No existe la posibilidad de que haya donde elegir?

—Que sí, Amaia, que no te estoy diciendo que dejes de comer y peses cincuenta kilos. Solo que..., con unos menos..., te podías ir de compras y...

—Me puedo ir de compras cuando me salga del potorro moreno.

—No lo tienes moreno. —Se rio Sandra sin darle importancia a la discusión.

Amaia se levantó.

—¿Adónde vas?

—A la cama. No te aguanto.

—Pero ¡¡¿por qué te enfadas?!!

Ella no respondió. Se metió en su habitación y puso el pestillo. Ya estaba. Hasta una de sus mejores amigas le iba con el rollo de siempre. El rollo ofensivo de siempre. «Si no estuvieras tan gordita». «Tienes que cuidarte más», «adelgaza», «con

lo mona de cara que eres...». Y ella se sentía un jersey de saldo en el fondo de un montón de la sección de oportunidades. Era como algo aceptable, mono, pero defectuoso. A lo máximo a lo que podía aspirar era a ser vendida como saldo por un precio irrisorio, ¿no? O lo que es lo mismo, conformarse con el primero que la quisiera y representar el papel de la amiguita entradita en carnes superdivertida. A la puta mierda todo el mundo. ¿Por qué cojones no le vendían un lanzallamas en perfecto estado por eBay?

Ella quería estar sana, quería sentirse bien consigo misma pero... no quería estar delgada. Era algo que las chicas flacas no entendían. ¿Cómo iba alguien a no querer estar como ellas? Pues porque ella se conocía y para pesar cincuenta kilos toda su vida tendría que verse supeditada a la cuestión del peso. Y no quería. Ella quería ser feliz y no sentir que acudía a la comida para llenar un vacío, ni que su peso era lo más importante. Eso no tenía que ver con estar delgada sino con quererse. Ella se había querido. ¿Qué había pasado? ¿Y si había terminado cediendo a la presión social? ¿Y si su experiencia con los hombres había terminado por hacerle creer que se merecía cómo la habían tratado? ¿Y si se pedía a sí misma un imposible? ¿Y si... estaba deprimida?

Cogió el teléfono de la mesita de noche y me mandó un wasap. Lo que ella no sabía es que a esas horas yo estaba borracha perdida y en mi mundo beodo los móviles no existían; nada que no fuera Pablo Ruiz merecía mi atención en aquel momento. No recibió contestación, pero algo dentro le decía que no debía inquietarse. Era yo, por el amor de Dios; seguro que estaba bien. Ese Pablo me llevaba un poco loca..., ya se lo contaría cuando volviera.

Vio el contacto de Javi y se le ocurrió mandarle un mensaje.

«¿Qué haces, flor de loto? ¿Por ahí de marcha loca en un bar de osos?».

Javi se conectó.

«Estoy en casa leyendo. ¿Qué haces despierta?».

«Hasta hace diez minutos estaba viendo una serie, pero Sandra me ha llamado gordaca y me he deprimido».

«Si eso es verdad, esa Sandra no me cae bien...».

«Para ser completamente justa, no ha sido así. Puede seguir cayéndote bien».

«No la conozco. ¿Te llamo?».

Amaia cerró la aplicación de mensajería instantánea y marcó el número de Javi.

—¿Qué pasa? —Le recibió la voz serena de Javi.

—Javi..., ¿tú piensas que debería ponerme a dieta?

—No. Deberías asegurarte de estar sana y de vivir muchos años. Deberías ser feliz con la persona que eres.

—¿Y si no soy feliz con la persona que soy? Quiero decir..., si me duele tanto que otros me digan que debería adelgazar quizá es que...

—Amaia..., ¿puedo ser sincero?

—Creía que siempre lo eras.

—Lo soy, pero a veces lo soy con demasiado tacto.

—Creí que habías perdido ya el tacto de tanto comer rabos.

—Por enésima vez, Amaia, no como rabos.

—Que a mí me da igual lo que comas, Javi. Que yo te quiero igual. Yo solo quiero que salgas del armario y vivas feliz.

—Joder... —musitó Javi haciendo acopio de toda su paciencia—. Amaia..., no estás bien. Y no estás bien porque has escondido que no lo estás detrás de cosas como Mario y los donuts.

—Lo de Mario ha sido un palo, Javi. Entiéndelo. Nos amábamos en silencio.

—No. Tú estabas encoñada en silencio. Él te quiere como amiga.

—Sabes que me haces daño cuando dices eso. —Y Amaia dejó la guasa para otro rato.

—Pero es que es verdad.

—Te he llamado porque estoy deprimida, Javi; no hagas leña del árbol caído.

—Lo siento.

Los dos se quedaron callados.

—¿Quieres que vaya? —preguntó él.

—¿A qué?

—No lo sé.

—No. Me voy a dormir. Solo... dime algo bonito antes de colgar.

—Deberías mirarte al espejo de vez en cuando y hacer unas aserciones.

—¿Aserqué?

—Aserciones. Mirarte y decirte que eres bonita por dentro y por fuera... para que no se te olvide. Lo otro... sencillamente se te pasará.

—Mariquita sobón. —Se rio.

—Buenas noches, Amaia.

—Buenas noches, Javi.

LO QUE VA A PASAR

ENTRAMOS en la habitación y el gato se coló detrás de nosotros para saltar después sobre la cama con un gorjeo adorable. Me acerqué y le acaricié la cabeza. Era enorme. Se movió bajo mi mano para que le rascara las orejitas. Sonreí. Pablo me rodeó la cintura con sus brazos.

—No puedo competir con él —bromeó.

—Los dos tenéis greñas.

Escuché una risa sorda a mi espalda y sentí unos labios pegarse en mi cuello.

—Esto no entraba en el plan —le dije abrumada.

—Bueno..., nunca te fíes demasiado de mí.

—Llevo un tatuaje que me lo recordará para siempre.

Sus manos se abrieron en mi estómago y me dio la vuelta. Nos miramos y sonreímos.

—Aún voy un poco borracha. No hay otra explicación.

—Hay algunas cosas para las que no hay explicación, pequeña.

Dio un paso hacia atrás y se quitó el jersey. Miré su pezón izquierdo, en el que brillaban dos bolitas plateadas.

—Estás loco. —Se miró a sí mismo cuando lo dije—. ¿Puedo?

—Con cuidado.

Acerqué la yema de mis dedos allí y toqué la superficie templada del metal. Se estremeció. Dejé que mi dedo, sin presionar demasiado, se deslizara hacia la otra bolita. Se mordió el labio inferior.

—Joder. —Jadeó mirando mis dedos.

—¿Qué?

—Es momento de confesar que me la estás poniendo dura.

Los dos nos reímos como dos críos y yo me mordí el labio mientras, concentrada, seguía acariciándole el pezón endurecido. Resopló.

—Para, pequeña, en serio...

Miré hacia abajo y vi que en sus vaqueros volvía a marcarse una erección. Quise que mi mano siguiera el recorrido de la misma sobre la tela, pero me resistí y él dio un paso hacia atrás para sentarse en la cama y quitarse los botines y los calcetines. Me reí al ver sus calcetines estampados con dibujos de caramelos. Pablo siguió mi mirada hasta sus pies y también se rio.

—Me los compra mi madre.

—Qué mono...

Se puso de pie y fue a desabrocharse el cinturón, pero tomé la delantera y lo hice yo. Miró sorprendido cómo mis manos lo hacían. De un tirón abrí también los botones de la bragueta. Con el movimiento, Pablo se acercó un poco más a mí. Mis dedos rozaron la superficie de su vientre.

—Para, para... —Su boca estaba casi en mi cuello.

—¿Qué pasa, Pablo? —Sí, definitivamente borracha.

—Que quiero besarte y te prometí que no lo haría.

Me aparté un poco y él terminó de quitarse los pantalones. Llevaba unos bóxer negros donde, Dios santo, qué fuerza de voluntad que tengo, se marcaba una erección a media asta.

—Ven..., ahora tú.

Levanté los brazos como una cría y él tiró de la blusa hacia arriba. La dejó caer sobre la cama y después hizo lo mismo con la camiseta de tirantes que llevaba debajo. El sujetador de encaje me hacía el pecho alto y redondo. Pablo tragó saliva sonoramente.

—Joder... —maldijo—. Con lo bien que podríamos pasárnoslo.

Sus manos fueron hacia mi escote y viajaron hasta los hombros para deslizarse después por mis brazos hasta mis manos, donde trenzó sus dedos con los míos. Su nariz acarició mi frente, mi mejilla, mi nariz, mis labios y mi barbilla. Yo lo sabía..., yo ya lo sabía. El día que me acostara con Pablo Ruiz no habría escapatoria para mí, porque algo cambiaría de una manera irreversible e irremediable que me dolería y que me haría demasiado humana.

Sus dedos terminaron por responder a la sorda llamada de mis pantalones y me los desabrochó. Para bajarlos metió las dos manos abiertas entre estos y la ropa interior, pegándome a su polla dura y clavando las yemas en mi carne. Gruñó. Quise volverme invisible, deshacerme, ahogarme en todo lo que estaba sintiendo mi cuerpo y no cuestionar nada. Pero yo no era así. Yo le hacía preguntas a las respuestas de los interrogantes de mi vida.

—Vale... —susurró Pablo con su frente pegada a la mía.

—Primer paso superado.

—Distráeme, por favor. —Cerró los ojos.

—Vamos a la cama.

—Eso no mejora la situación. —Se rio.

Nos separamos a regañadientes y cada uno fue hacia un lado de la cama. Con un tirón apartó el edredón de plumas y se metió; yo hice lo mismo y, tal y como él había predicho, me volví hacia la puerta. Pablo se pegó a mi espalda; como un resorte involuntario, mi culo encajó con las formas de su cuerpo y nos rozamos.

—Ah..., joder... —musitó.

Su mano no se quedó en mi vientre, sino que intentó bajar hacia el vértice de mis piernas. Casi me corrí cuando uno de sus dedos se aventuró apenas un centímetro por debajo del borde de mis braguitas.

—Para... —le pedí.

—Lo siento. Bueno..., no lo siento.

Cerré los ojos y sonreí. Jamás había estado tan cómoda, tan en calma, tan necesitada. Su mano izquierda emergió de debajo del almohadón y quedó a la espera de que la mía quisiera estrecharla. Y lo hizo.

—Ha sido la mejor noche de mi vida —susurró en mi oído.

—Has viajado por todo el mundo. Dudo mucho que beber conmigo en Malasaña sea...

—Cállate. Impertinente —me pidió con tono jocos—. Ha sido la mejor noche de mi vida a pesar de no terminarla enterrado entre tus muslos. He viajado por todo el mundo y, paradojas de la vida, respiro magia en Malasaña.

Me apretó entre sus brazos y sofoqué un quejido. Toda su piel..., toda la mía. Todo. El recuerdo de su cuerpo solo cubierto por la ropa interior.

—Buenas noches —musitó—. Si es que puedo pegar ojo.

—Mañana nos alegraremos.

—¿De habernos conocido?

Sonreí y cerré los ojos. Alcohol. Magia. Demasiadas emociones. Llámalo como quieras, pero nos dormimos.

Me desperté con un soniquete molesto constante. Abrí los ojos. Frente a mí la puerta entreabierta del dormitorio de Pablo. De Pablo Ruiz. Por segunda vez y con él pegado a mi espalda. Intenté moverme y descubrí otro bulto, al otro lado, que imposibilitaba mi movimiento. Un gato enroscado. Sonreí. Pablo estaba prácticamente hundido en mi nuca, respirando con tranquilidad. Volví a moverme; el soniquete no paraba.

—¿Qué pasa, pequeña? —musitó con voz ronca.

—Mi móvil.

—Uhhmm.

Se pegó más a mí. Una erección se me clavó en las nalgas.

—Tu móvil está en el salón —dijo.

—Pues entonces es el tuyo.

—Ya se cansarán de llamar. —Se acomodó detrás de mí, ejerciendo más fuerza con sus brazos—. ¿Por dónde íbamos?

—Estábamos durmiendo.

—Estábamos despertándonos —aclaró.

—¿Qué hora es?

—No sé. ¿A quién le importa? Es domingo. ¿Quieres un café?

—No. Me lo tomaré en casa. Debería irme.

—No tenemos prisa.

Me giré y le miré.

—Es la cita más larga de la historia —musité.

—¿Se te está haciendo larga?

—No he dicho eso.

Joder. Había sido la mejor noche de mi vida. ¿Sería también la mejor mañana? ¿Podría serlo sin que Pablo y yo nos besáramos? Porque... yo le gustaba, ¿verdad? Como él me gustaba a mí, en ese contrasentido constante... ¿Cómo podemos sentirnos atraídos por alguien que no se parece en nada a lo que buscamos? Y cambiando de tema... ¿él era consciente de lo bien que olía su jodida cama?

—Deberíamos lavarnos el tatuaje —dijo sin moverse.

Me miré la muñeca. Mierda. Creía que había sido un sueño.

—Oye..., ¿todas las noches contigo son así?

—Algunas son incluso mejores, pequeña.

—Fantasma.

Se colocó boca arriba con una sonrisa y destapándose un poco se quedó mirando su *piercing*.

—Esto duele del carajo. ¿En qué mierdas estaría yo pensando? —musitó.

—En hacer cosas por el simple placer de hacerlas.

—Se me ocurren cientos de cosas más placenteras que dejar que me atraviesen el pezón.

¿Por qué no estaba muerta de vergüenza y trataba de huir a hurtadillas hacia la puerta? ¿Por qué no me escapaba antes de que se ofreciera otra vez a servirme una taza de café? Bueno..., porque no quería, pero eso era lo extraño: que no sintiera la imperante necesidad de salir corriendo hacia mi casa, al refugio de lo conocido. Pero es que aquella habitación, aquellas sábanas, la casa entera, estaba llena de la presencia de Pablo, que, como siempre, vaciaba el aire de cualquier cosa que no fuera él, incluyendo la vergüenza.

Sentí los ojos verdes de Pablo clavados en mí. Los dos boca arriba, metidos bajo sus sábanas después de una noche de beber, hablar, reírnos, sentirnos cómodos, tironear de los límites para alejarlos, estudiarnos con los ojos, hacer locuras adolescentes para sentirnos más vivos...

—Me dijiste que tendría que colarme en tu cama o en tu ducha para verte con el pelo suelto. —Sonrió, canalla.

—Esta no es mi cama.

—T tecnicismos.

—Aclárame una cosa..., además de emborrachar a las chicas, ¿tienes algún tipo de fetichismo con el pelo?

—No. Simplemente me atrae todo lo que escondes.

Me incorporé sujetando la colcha sobre mí y me arranqué la goma del pelo, que él se colocó en la muñeca. Atusé mis ondas y las dejé sueltas, cayendo sobre mis hombros y llegando casi a mis pechos. Pablo se apoyó en un codo y con la otra mano me acarició un mechón de pelo. Las dos golondrinas coloridas de su pecho aparecieron bajo el esponjoso tejido del edredón de plumas.

—Ayer cumplimos —susurró.

—Sí. Fuimos buenos chicos.

Sus ojos estudiaron mi cara y su mano derecha se hundió entre las olas de mi pelo, acariciando mi nuca. Me acercó un poco a él. Miré sus labios hinchados por el sueño, de ese color tan sonrosado, como si fuese una niña guapa. En realidad... ninguna de las facciones de su rostro eran duras o marcadas, pero tenía un aspecto tremendamente masculino. Sexi. Peligroso. Y estaba tan cerca de mí...

—Vas a besarme —le dije.

—Sí —asintió.

Pablo se movió despacio y se colocó bajo el cubre, sobre mi cuerpo, apoyando una rodilla entre mis piernas. Noté cómo se me aceleraba la respiración. Todo su cuerpo me atraía, a sabiendas de que terminaría quemándome. ¿Qué tenía Pablo? ¿Qué se respiraba bajo su piel? Siempre fui sensible a eso que lo hacía especial..., desde la primera vez que lo vi, con aquella chaquetilla blanca y el pelo mucho más corto. Pablo no era sexo, no era atracción, no era lo prohibido, el peligro de perder las riendas de ti misma... Pablo era algo más.

Se inclinó hacia mi boca. Y yo no me había lavado aún los dientes, mierda. No. No debía pensar en eso. Mejor pensar en sus labios, que se pegaron a los míos..., estaban templados, mullidos, suaves..., todo mi cuerpo reaccionó. No debía pensar en nada más. Solo en el placer, en la sensación de su lengua horadando la intimidad de mi boca. Pensar en la calidez de su saliva y en el sabor de nuestras dos bocas juntándose. Pablo sabía a gloria, como si todos los sabores que sus manos creaban se hubieran quedado en él, formando parte de su esencia. Dios..., el jodido beso perfecto después de una noche perfecta. Me arqueé y gimió sobre mi boca; aspiré el sonido dándole permiso a mi lengua para penetrar entre sus labios. Y lo que había comenzado como un beso tranquilo y pausado dio un giro cuando sus dientes mordieron con suavidad mi lengua húmeda. Le agarré del pelo y tiré.

—¡Dios...! —gimió sin separar sus labios de los míos.

Nos frotamos; él hacia abajo, clavando su erección contra mi pelvis; yo hacia arriba, acomodándome para que presionara una parte mucho más sensible. Nos agarramos más firmemente y volvimos a frotarnos. Sus dedos se clavaban en mi nuca y en mi nalga izquierda; mis dedos hacían presa con los mechones de su pelo, tirando de ellos. Sedosos..., como siempre imaginé. Estando sobria la sensación era mejor. Era real.

Me abrió más las piernas con un movimiento de rodilla, mis pies se apoyaron en la parte baja de su espalda y sus dientes se clavaron en mi barbilla. Había tanta hambre en aquellos besos..., las lenguas volvieron a encontrarse y gemimos humedeciéndonos con la saliva del otro.

—Podría correrme así, pequeña —gimió—. Podría correrme entre tu cuerpo y el mío, en mi ropa y en la tuya.

—Hazlo —pedí arqueándome.

—¿Y después?

—Lo olvidaremos.

—Hay cosas que uno no quiere olvidar —dijo repitiendo las palabras de la noche anterior.

Tiré de su pelo con más fuerza y lo tumbé de espaldas en la cama, sobre las sábanas revueltas. Me coloqué encima y me froté. Sus manos sostuvieron mis caderas y las acompañaron en el siguiente movimiento. Coloqué la palma de mi mano izquierda sobre su pecho y clavé las uñas en su piel.

—Ah... —se quejó con morbo.

—Párame —le pedí.

—Ni loco.

Nos besamos de nuevo y sus caderas y las mías buscaron el roce. Era tan placentero que mis braguitas empezaron a empaparse. Me notaba tan húmeda..., tan dispuesta. Pablo se arqueó y me apretó contra él y mi boca descendió por su cuello hasta morder su clavícula y bajó hacia su pecho.

—Si lo haces me corro —avisó adivinando mis intenciones.

—No es verdad.

—Dios..., joder..., sí..., sí que lo es.

Me froté de nuevo y mi lengua salió al encuentro de su pezón derecho. Pablo gimió ronco y sus caderas se elevaron de nuevo, pero de un impulso se volvió a subir sobre mí después de girar en el colchón. Mis pechos vibraban bajo la copa de mi sujetador con el movimiento continuo de su erección mientras se clavaba entre mis piernas. Nos daba igual estar empapando nuestra ropa interior. Nos daba igual estar creando la falsa impresión de estar follando. Ese placer casi escurridizo del que solo juega a notarse. Abrí más las piernas y su boca se pegó a mi cuello; mis uñas se clavaron en su espalda.

—Me corro —me dijo.

—Más rápido..., más rápido.

Aceleró las falsas embestidas y me estremecí. Yo también estaba a punto. Su polla dura presionaba arriba y abajo entre mis labios húmedos, frotando sin parar con toda su extensión ese botón del que nacían las sensaciones más brillantes de mi cuerpo, las que podían dejarme ciega y sorda, y muda y tonta. Me arqueé. Él gimió. Apreté mis dedos contra la piel desnuda de su espalda y... el estallido. UN ESTALLIDO BRUTAL. Noté humedad y Pablo contuvo un gruñido. Algo revoloteó por toda mi piel, desde los dedos de los pies al último de mis cabellos. Abrí la boca pero no pude ni gemir..., el grito de satisfacción se quedó allí, agarrado a mis cuerdas vocales, perdido, y Pablo lo aspiró y lo hizo suyo cuando me besó. Su lengua y la mía se fundieron y poco a poco la tensión de todo su cuerpo fue desapareciendo para quedar tendido encima de mí. Los dos jadeando.

Pero... ¿qué coño acababa de pasar?

—Joder... —Me besó el cuello y se dejó caer a mi lado.

Se apartó el pelo de la cara en ese ademán tan suyo y cerró los ojos en un gesto de placer consumado.

—Me cago en la puta, Martina, qué gusto...

Abrí los ojos horrorizada. Vale. Esto..., ¿a mi casa por dónde se va? Levantó la colcha y miró hacia abajo.

—Necesito una ducha —dijo, pero yo no pude contestar. Me costaba hasta tragar saliva—. ¿Quieres venir? A la ducha, me refiero...

—No..., yo...

—Ha sido increíble. —Se levantó y fue hacia el cuarto de baño despegándose la ropa interior de la piel. Una mancha húmeda demostraba que sí..., había sido increíble—. Te dejo la puerta abierta. Si quieres...

Cuando escuché que el agua empezaba a caer me pregunté qué debía hacer. Me acababa de correr con Pablo entre las piernas. Con Pablo Ruiz entre mis piernas. Frotándonos. Como dos jodidos adolescentes. Sí, lo mejor era escapar. Huir.irme zumbando como la loca del maldito coño que era. Jodida salida. Me había dejado seducir por el canto de sirena de unas necesidades físicas que hacía tiempo que nadie satisfacía. Y mis manos... no eran como la polla de Pablo restregándose de esa manera tan sucia, tan animal, tan... brutal. Nada en el mundo era como eso, siendo sincera.

Me levanté de la cama. Dios..., estaba empapada. Corrí sin hacer ruido por la habitación y recogí mi ropa, que me puse atropelladamente. ¿Dónde cojones estaban mis calcetines? Debajo de la cama. El gato se me acercó ronroneante. Ay, qué mono era. Le rasqué la cabeza.

—Adiós, *Elvis*. Eres muy mono pero no sé si te volveré a ver. No debo, desde luego.

Salí corriendo por el pasillo y alcancé mi bolso, que estaba tirado sobre el mullido sofá. Muy mullido. Me imaginé follando con Pablo sobre él. Mierda. El bolso estaba abierto y todas las cosas que llevaba dentro se desperdigaron por el suelo. Joder. Lo recogí todo como pude y lo metí de nuevo dentro. Cerré la cremallera y salí como alma que lleva el diablo hacia la puerta de salida donde... me esperaba Pablo apoyado en la pared, en bóxer y secándose el pelo con una toalla.

—Escapista...

—Tengo que irme. En serio. —Empecé a ponerme nerviosa e hice algo que se me da fatal de los fatales: mentir. Cuando miento siempre tuerzo de una manera ridícula la cabeza hacia un lado y pongo una especie de morritos—. Es que me han llamado y...

—¿Tú te has visto la cara que pones? —Se rio.

—Ah, bueno es que... —Me mordí el labio inferior tratando de controlar el tic—. Amaia y Sandra..., en fin, que se han peleado y yo...

—No voy a retenerte en contra de tu voluntad.

—Ya, ya..., un placer, eh.

—El placer ha sido mutuo, me parece.

Me entró la risa y miré al suelo. Descubrí a *Elvis* moviéndose sinuoso entre mis piernas.

—Tendrás que volver. Se ha enamorado de ti. Si no lo haces le romperás el corazón.

Y si vuelvo me quemó en el infierno para siempre, está visto. Me agaché y le rasqué detrás de las orejas a *Elvis*.

—La próxima vez quédate hasta después del café..., anda.

—Claro. —¡¡Jamás, maldito íncubo greñado!!

Ays..., su pecho. Putas golondrinas de colores. Puto *piercing* estúpido y macarra. Desde que había mencionado el hecho de que le ponía caliente el tema de los pezones, no podía pensar más que en que se curara el maldito agujero para poder jugar con las bolitas y el metal entre mis dientes. ¿Quién era esa delincuente juvenil que vivía dentro de mí?

—Me voy.

—Adiós. —Sonrió.

Ays... Joder. Su sonrisa. Me acerqué un poco más a la puerta y él me interceptó.

—Hoy sí quiero un beso.

—El otro día también. —Solté sin pensar.

—Así me gusta. Sin rodeos.

Acarició mi pelo apartándomelo de la cara y me besó en los labios. ¿Cómo pudo conseguir que fuera corto, morboso, intenso, sexual, dulce y rápido? No lo sé. Lo que sí sé es que Pablo sabía lo que se hacía porque... me iba con ganas.

—Ha sido divertido —me dijo.

—Sí, sí. Mucho —contesté queriendo irme volando.

—Lávate el tatuaje. Y el *piercing*.

Respiré hondo y me fui.

No sé cómo le sale a cuenta a alguien lo de delinquir... con los remordimientos de conciencia que tenía yo por saltarme un par de normas personales (e intransferibles) ... ¿Cómo se sentiría alguien después de violar la ley? Maldije en voz alta el atractivo satánico de Pablo Ruiz unas dos mil veces. Me miraron mal todos y cada uno de los pasajeros del autobús que cogí en Plaza de España y que me dejó a cien metros del portal. No contenta, me sentí con la obligación de rascar unos minutos para pensar bien y subí andando los seis pisos hasta llegar a casa. Creo que trataba en vano de tranquilizarme; eso o caerme rodando y tener un ataque de amnesia selectiva que borrara las últimas veinticuatro horas.

Cuando abrí la puerta jadeante, escuché sonido de risas enlatadas en el salón y deduje que Amaia estaba viendo algún capítulo antiguo de *Friends*. Al entrar la descubrí agarrada a un tupper semivacío de mis mejores croquetas variadas, que

había congelado pensando en utilizarlas para una ocasión especial... otra vez. Y no se había descongelado para ella ni tres ni cuatro, sino todo el maldito envase. A su lado Sandra se fumaba un Marlboro Light con una mascarilla verde que le cubría toda la cara.

—¿¿¿Se puede saber por qué coño no preguntas antes de meterte entre pecho y espalda treinta y dos croquetas!!?? —grité fuera de mí.

Sandra me miró con la misma cara que pondría una marmota a quien alguien despertara de su hibernación mediante sodomía. Amaia, por su parte, fue girando la cabeza hacia mí tan lentamente que me dio hasta miedo. Cuando se quedó mirando en mi dirección, pude ver desaparecer entre sus labios un trozo de croqueta y por poco no la maté.

—¿Quieres que te conteste por qué coño no pregunto antes de comerme las puñeteras croquetas que, además, te han salido pastosas? Por mi coño moreno, hija de la gran puta —farfulló aún con la boca llena.

Cuando se levantó para atizarme con uno de los cojines del sillón (pero no en plan fiesta de pijamas cachonda, sino de verdad, tratando de mandarme si no al hospital, al suelo), no retrocedí. Lo normal es que yo hubiera salido corriendo en dirección a mi dormitorio, me hubiera encerrado y amenazado con llamar o a la policía o a su madre, que era lo más parecido a un policía nacional que conocía. Pero, por el contrario, agarré el cojín, se lo arranqué de las manos con tanta fuerza que rasgué la tela y, acercándola hacia mí y a dos centímetros de su cara, rugí:

—No me vaciles, Amaia, porque te arranco la piel y me hago un bolso con ella...

—Pero ¡¡qué narices te pasa, loca del coño!! —vociferó.

La solté, dejé caer el cojín desparramando por el suelo parte de la espuma que contenía y me pasé las manos por el pelo suelto.

—¡¡Diossss!! He pasado la noche con el jodido Pablo Ruiz, tuve la mejor cita de toda la historia de las citas y esta mañana me he corrido en las bragas con él restregándome la polla. ¡¡Y por si fuera poco, llevo un *piercing* en la nariz y un tatuaje en la muñeca porque además de cachonda, este tío me pone moñas!!

Amaia abrió sus ojos azules todo lo que pudo hasta darles la apariencia de dos canicas brillantes. Después, ante mi estupefacción, se volvió hacia Sandra:

—Me debes cincuenta pavos.

—Cincuenta eran si follaban. Por una paja eran diez.

—Suelta la mosca... —dijo moviendo los deditos hacia ella.

No pude hacer otra cosa que reírme.

EL DESCUBRIMIENTO

EL lunes, mientras vivía la incómoda experiencia de dejar mi antiguo (y aburrido) trabajo en el hotel y me despedía de los que hasta entonces habían sido mis compañeros, Amaia estaba tomándose un café en la sala de descanso del hospital con una compañera. En ese momento Javi entró en la habitación con normalidad.

—Hola. —Sonrió yendo hacia la cafetera.

—Hola, flor —le contestó ella.

Los ojos de la otra fueron recorriendo centímetro a centímetro el pijama azul marino que llevaba Javi. Después se mordió el labio inferior. Amaia se sorprendió y después lo miró también. Tenía el culito pequeño, respingón y con pinta de estar durito como una manzana. Sonrió. Se fue hacia él y, guiñándole el ojo a su compañera, le dio un pellizco en una nalga. Javi se volvió con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces, Amaia? ¿Ahora me metes mano? —le preguntó con una pizca de indignación.

—¿Qué más te dará? Este culo tiene pinta de estar más sobado que un billete de cinco. Me extraña que no tengas aún insensible la piel de las posaderas.

Javi apretó los labios, rebufando. Se giró hacia ella y mientras se acercaba, rugió con tono bajo y grave:

—¿Sabes dónde sí la tengo ya insensible, Amaia? En los cojones, de tanto que me los tocas.

Ella se rio y él, en un movimiento imperceptible para la chica que tenían a su espalda, le cogió la manita y se la plantó en la entrepierna. Aquello sorprendió hasta a alguien como Amaia. Trató de apartarla, pero él se la mantuvo allí. Y no es que la tela del pijama de enfermero sea muy gruesa.

—Si vas a tocármelos, Amaia, es mejor que lo hagas bien. Al menos así disfrutaré un mínimo.

Le soltó la mano, recogió su café en la máquina y salió de allí sin decir ni una palabra más. Ella se quedó anonadada. Supongo que la única manera de dejar sin palabras a Amaia es con un rabo. Cuando volvió junto a su compañera, esta le preguntó que de qué hablaban tan juntitos.

—Nada, este flor de loto, que es muy sensible. Igual es que está ovulando. Hay que ver cómo son los homosexuales para sus cosas —dijo muy convencida.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que Javi es gay?

—¿No has visto lo suave que es?

—Amaia... —Se rio su compañera—. ¿Eso te lo ha dicho él?

—Claro que no. Está muy dentro del armario aún.

—Javi no necesita ningún armario. Estás confundida.

—Le gustan más los rabos que a mí, mira lo que te digo.

—¿Lo has visto alguna vez con un hombre?

—No, pero con chicas tampoco. ¿Qué es entonces? ¿Asexuado? ¿O una mantis religiosa?

—Yo sí lo he visto con chicas, Amaia, y se cuentan cosas por ahí...

En otra situación Amaia hubiera huido de cualquier cotilleo que tuviera a Javi como protagonista pero... le picó demasiado la curiosidad. Para justificarse se dijo a sí misma que sabiéndolo podría defender su honor.

—¿Qué cosas?

—¿Sabes quién es esa residente morenita, de Cáceres me parece..., que estaba en la guardia del otro día? Una muy guapa.

—¿La que lleva siempre bolsos de marca?

—Sí, esa.

—¿Qué pasa con ella?

—Cuando salimos en julio por Malasaña, ella fue a pico y pala a por Javi. Dicen que le echó un polvo brutal en los cuartos de baño y que..., que a ella se la escuchaba gritar desde la cabina del DJ. Y no es la única. Sé de una chica que tuvo un rollo con él en la universidad. Y ¿sabes lo que cuenta cuando la gente le dice cosas de la carita de bueno de Javi? Que esos son los mejores en la cama...

—Javi es gay, lo tengo clarísimo —negó Amaia—. Es mi gay, mi amienemigo.

—No, Amaia. Javi será tu amigo, pero no es gay ni por asomo. No lo digas por ahí. Alguien más cotilla que yo haría correr el bulo y no creo que a él le haga gracia perder público objetivo.

No contestó. Tiró el café, olvidó la magdalena que tenía sobre la mesa a medio comer y fue a buscar a Javi. Lo encontró en un pasillo, mientras miraba por una ventana hacia el exterior, con el café en la mano.

—¿Qué es eso de que no eres gay? —le dijo abordándolo.

Él ni la miró al contestar.

—¡Hombre! Después de tres años te dignas a preguntar. Está bien, pero quizá, para la próxima, podrías hacer eso antes de dar las cosas por hecho. —Y el tono de su voz ni siquiera parecía el suyo.

—Tampoco te pongas así, mono.

—¡Llevo cosa de un año dejándote claro que no lo soy cada vez que sacas el tema, pero estás tan convencida que ya hasta me da igual!!

—¡Has sido tú el que me ha engañado!

—¡Qué te voy a engañar! ¡Es que eres así! —le respondió él bastante molesto—. Y si fuera gay lo diría abiertamente, pero el único rabo que me gusta, como dices tú, es el mío, chata.

Amaia se sorprendió con la explosión de indignación y rabia. Le tocó el brazo y

él la apartó.

—Oye, es que yo... pensaba que eras mi amienemigo. Mi gay...

—Pues no soy tu gay. Y si te soy sincero, a juzgar por cómo me tratas, a veces dudo hasta de ser tu amigo.

Javi tiró con mal humor el vasito vacío a la papelera y enfiló hacia su puesto con paso rápido. Amaia y sus piernecitas trataron de alcanzarlo.

—Javi..., Javi, para. ¡¿Puedes parar un segundo?! ¿No te das cuenta de que tus piernas miden el doble que las mías, cabrón?

Javi aceleró el paso. Ella echó a correr, rezando para que él se cansara pronto de ignorarla; nadie la conoce por ser una intrépida maratoniana.

—¿Amaia? —Ella se giró como un halcón cuando escuchó la voz del doctor Mario Nieto, que le sonreía desde el otro lado—. ¡Amaia! ¡Ya creía yo que habías desaparecido! ¡¡Qué escurridiza estás!!

Amaia sonrió como una boba mientras se acercaba a él. No podía evitarlo, era como un imán. Claro, él un imán y ella unas nalgas de acero. Y esto no lo digo yo, que conste, que fue ella la que me lo contó. Se quedó a un paso de él y le preguntó con voz trémula y enamorada que qué tal iba todo.

—He estado algo agobiada con lo de la mudanza de Sandra. ¿No te lo he contado? —Mario negó con la cabeza, con una sonrisa enorme en sus labios—. Se ha mudado con nosotras porque su novio la ha dejado y...

De pronto se acordó de Javi. Estaba siguiéndolo para pedirle perdón. Y había terminado por caer rendida ante el primer canto de sirena que había escuchado. La próxima vez tendrían que atarla a algún sitio. Malditos fueran los dos preciosos y enormes ojos del doctor Nieto. Dios..., hasta ella sabía que tenía un problema. Quizá dos. El doctor Nieto creía haber encontrado el amor de su vida y Javi no era gay. ¿No era gay? Eso dejaba muchas incógnitas en el camino.

Cuando Amaia entró en casa eran poco más de las tres de la tarde y yo acababa de poner la mesa. Se quedó en el recibidor con los brazos en jarras y cara de horror.

—Martina —dijo.

—Lentejas —le contesté, creyendo que lo siguiente que saldría de su boca sería un «Tengo hambre, ¿qué hay para comer?»—. Pero algún día me cansaré de cocinaros. Avisa a Sandra. Está en su cuarto. Me tengo que ir en veinte minutos.

—No, espera, Martina. —Me llevó a la cocina, se sacó una cerveza de la nevera y después se bebió la mitad de un tirón. Eructó—. Martina, Javi está enamorado de mí.

Mi gesto de estupefacción fue mutando a una carcajada que le estalló en la cara. Como contestación ella me abrió rápidamente la puerta del congelador, dándome en la cabeza.

—¡¡¡Au!!! ¡¡¡Amaia!!! —me quejé.

—¡¡¿Por qué te ríes?! ¡Gilipollas!

—¡¡Porque ayer decías que era gay!!

—Es que yo creía que era gay, pero ¡no lo es! Y eso solo puede significar una cosa, Marti, que está loquito por mis huesos. ¿¡Y ahora qué hago yo!? Si es que... no se puede ser tan sexi en un hospital, joder...

Me tapé la boca, apartándome del congelador, para que no pudiera volver a agredirme. Después carraspeé.

—Amaia... ¿y no es posible que sea tu mejor amigo? Digo yo...

—¡No! ¿Es que no lo ves? Nunca me cuenta nada de su vida sentimental y tampoco me pregunta por mis sentimientos hacia Mario; es un tocón y pasa todo su tiempo libre conmigo. Blanco y en botella hasta para ti, que eres medio zopenca.

—Vale, el insulto te ha valido cruel sinceridad —dije plantándome—. No te cuenta nada porque es discreto, una cosa que supongo que no sabes ni lo que significa; luego te dejo el diccionario VOX y le echas un vistazo. Y si no te pregunta por Mario es porque eres una jodida pesada con el tema. ¿De qué otra manera iba a saber yo que tiene tres pecas en el cuello, pequeñas, que dibujan un triángulo? Y si Javi pasa el tiempo contigo, es porque es tu amigo, Amaia. No digo que no pueda estar enamorado de ti o lo que puñetas estés diciendo; solo te digo que si le quieres, que me consta que le quieres mucho, ten tacto y ve con pies de plomo. Porque la paciencia que tiene ese chico no es infinita.

Sandra entró en la cocina, sacó una Coca-Cola light de la nevera y sonriendo nos preguntó de qué hablábamos.

—De Javi —le dije olvidándome de que andaba obsesionada con el tema.

—¡Javi! ¿¡Va a venir!?

—No. Está enamorado de mí —dijo Amaia.

—Sí, claro —se descojonó—. ¿No decías que era gay?

—No es gay, está loco por mí y lo tengo sufriendo, porque soy una hembra sin corazón.

—No te preocupes, hembra sin corazón. Yo le daré un sitio calentito donde acurrucarse para superarlo. Y me lo follaré. —Y después de decirlo Sandra movió las pechugas como si fuera una mamachicho de los noventa.

Puse los ojos en blanco y llevé la sopera llena de lentejas al salón, donde estaban los platos y los cubiertos. A Amaia le chiflan las lentejas; bueno, a decir verdad le gustan todos los platos de cuchara, por eso me sorprendió tanto escuchar que la puerta se cerraba y que solo aparecía Sandra.

—¿Se ha ido?

—Sí.

—¿Adónde?

—¿¡Y yo qué sé!? ¿Me has visto cara de *baby sitter*?

—No, te veo cara de tía sin curro que tiene que pagar su parte del piso —refunfuñé.

—Toda la mañana poniendo al día mi currículo y ahora me pones lentejas. ¿Por

qué me odias?

Igual debía empezar a añadir a mis platos un poquito de litio que me quitara de la cabeza todas las preocupaciones derivadas de la lamentable decisión de compartir piso con esas dos. Y de otras cosas, claro...

HORROR VACUI

JAVI abrió la puerta de su casa a Amaia con mala cara. Y aunque sabía que tenía que darle una explicación, ella no se podía concentrar en nada que no fuera lo mucho que le gustaba el impresionante edificio en el que vivía. Le pasaba siempre que entraba. Se quedaba anonadada con los mármoles del portal, con las volutas de la escalinata, con el trabajo del hierro forjado del ascensor. Y lo mismo le pasaba en el piso. Hasta la mirilla, grande y artesonada, le gustaba.

Javi había heredado el piso de sus padres pero... sorpresa, sus padres no habían pasado a mejor vida, sino que vivían mejor en un chaletazo en La Finca. ¿Habían repartido su patrimonio entre sus tres hijos en vida para verlos disfrutar de ello? No, padre. Había sido una historia triste que a Amaia aún le provocaba un nudo en la garganta al recordarla, porque por mucho que parezca una bestia de campo, es una persona sensible. Y es que los padres de Javi habían previsto una vida de éxito y *glamour* para todos sus hijos que implicaba profesiones de alto estatus... y no eran de esos progenitores que entran en razón cuando su churumbel, siempre aplicado, amable y atento, les dice que el sueño de su vida no es ser médico sino enfermero. Años de guerra silenciosa durante los cuales siempre creyeron que al final Javi se matricularía en medicina, terminaron con una batalla campal que perdieron ambos bandos. Él era una vergüenza para la familia, dijeron, que además no quería entrar en razón. Hasta que no lo hiciera y cediera a la evidencia de que se había contentado con un puesto de enfermero por fastidiar, como en una eterna adolescencia, lo mejor es que se mantuvieran alejados. Y él ahora estaba solo en una casa preciosa, en plena calle Ortega y Gasset, sin saber qué hacer con las cuatro habitaciones que le sobraban y los metros cuadrados llenos de recuerdos.

Al recordarlo Amaia se hizo más pequeña aún. Miró hacia arriba con remordimiento cuando él abrió la puerta y esperó a que le diera pie, pero Javi solo desapareció en el interior de la casa y se perdió tras el vano de la cocina.

—¿Té o café?

—Coca-Cola.

Cerró la puerta detrás de ella y después entró hasta la cocina donde Javi estaba de espaldas, buscando en la nevera. Se acercó a él y sin pensárselo mucho, lo cual es el *modus operandi* de Amaia, le abrazó la cintura y pegó la mejilla contra su espalda.

—Soy *monguer*. Perdóname.

—¿Sabes por qué me estás pidiendo perdón?

—Porque me he pasado años tratándote como me ha dado la gana y además en

lugar de pedirte perdón me dejé embelesar por Mario.

Él puso una mano sobre la de Amaia, en su estómago, y la apretó para reconfortarla.

—Bien. Al menos tienes clara la mitad de la cuestión.

Se giró y le sonrió. A Amaia se le iluminó un poco la cara. Pensó en lo que Sandra y sus compañeras de trabajo decían de él. Ojos grandes, expresivos, castaños y con vetas verdosas. Pelo negro, brillante, sedoso. Sonrisa diez. Esa piel perfecta, las mejillas rasposas por su barba de tres días. Javi era guapo. Muy guapo.

—Tengo que decirte algo, Javi —dijo con aire solemne.

—Claro, dime.

Javi cerró la nevera y se apoyó en ella, pasándole un refresco.

—Esto no puede ser. Nosotros somos dos amigos, muy amigos, entre los que no hay tensión sexual ninguna. Así que tienes que olvidarme, Javi. Tienes que concentrarte en otras mujeres...

Él subió las cejas sorprendido y sus labios se curvaron en una sonrisa ladeada.

—¿De qué estás hablando, Amaia?

—Venga, Javi, no tienes por qué esconderlo. Ya está. Somos adultos y hablamos sobre este tipo de cosas.

A él se le escapó una risa seca de la garganta.

—Lo estás volviendo a hacer —musitó.

—¿El qué? —Y Amaia puso los brazos en jarras.

—Dar por supuesto cosas antes de preguntarme.

—Es un poco violento preguntarte algo tan personal cuando ya sé la respuesta.

—¿Realmente la sabes o tu retorcida mente se la imagina? —dijo sin abandonar la sonrisa.

—Lo sé —aseveró ella con seguridad y mirada felina—. No tienes por qué esconder tus sentimientos.

—Amaia... —Y entonces Javi habló despacio, como si Amaia tuviera que leerle los labios para comprender lo que estaba diciendo—. No siento nada por ti fuera de un afecto enorme. De amigos. Tú y yo somos amigos. Muy amigos. Pero ni sexo ni celos ni todas esas cosas bizarras y tortuosas que debes estar imaginando.

—Pero tú... —empezó a replicarle ella.

—No. —Y por su gesto aquello a Javi le parecía retorcidamente divertido—. Y me gustaría preguntarte cómo has llegado a esa conclusión, pero mejor lo voy a dejar estar...

—Nunca me cuentas nada de tu vida sexual, recibes con hostilidad toda la información que te doy de Mario y siempre vas pegado a mis faldas. ¿Qué más evidencias quieres?

—Vale... —Javi suspiró—. Vamos al salón y te lo explico.

—Eh, eh, eh..., ¿no irás a meterme mano?

—No, Amaia..., estoy cansado y quiero sentarme.

Salió andando por delante de ella y cuando le siguió, lo vio dejarse caer en un sillón. Abrió su lata de refresco, dio un par de tragos y Amaia le imitó. Tenía la boca seca.

—¿Qué quieres saber?

—¡Yo no quiero saber nada! —se excusó ella.

—Son tus dudas las que apuntan que yo estoy enamorado de ti, ¿no? Pues aclarémoslas. Hace mucho que no tengo novia porque... —Vaciló y la sonrisa se le escurrió y cayó al suelo—. Ahora mismo no me apetece dejar que alguien desconocido se me acerque demasiado. Ya te lo he dicho muchas veces..., he perdido un poco la fe en la humanidad.

Amaia se entristeció. Estaba claro que se refería al distanciamiento con su familia.

—Yo... —empezó a decir.

Pero Javi la interrumpió con un tono mucho más jovial de repente.

—Pero follar, follo, como todos. No creía tener que contarte que de vez en cuando echo algún polvo por ahí, cosas sin importancia, pero al parecer es una información vital dentro de nuestra amistad. Así que ahí la tienes: de vez en cuando follo. Un desahogo, vamos. Una niña mona en un garito, un par de miraditas y ale. A la piltra. Nos besamos, nos metemos mano, me pongo un condón, se la meto, ella gime...

—Para —le dijo ella con expresión de odio.

—¿Por qué? ¿No querías saberlo?

—Te estás burlando de mí.

—No, no me burlo. Es que follo por verdad. Con chicas, no con chicos. *You know...*

Ella fue a levantarse, pero él la retuvo por la muñeca y la hizo girarse hacia él de nuevo.

—Estuviste conmigo cuando más solo me sentía. No lo hiciste por misericordia ni pena. Lo hiciste porque te salió del alma. Yo quiero personas como tú en mi vida; personas que la llenen, no que la vacíen. Y te escucho hablar de Mario, pero es que veo claramente que ese tío no es para ti. Me cabrea ver cómo te obcecas.

—Mario es el hombre de mi vida.

—El hombre de tu vida aún no se te ha cruzado, Amaia. Lo sabrás en cuanto lo veas, pero Mario no lo es. Es un buen chico que te quiere... pero no para casarse contigo, te lo repito por enésima vez. Me duele que te engañes, porque te haces daño. Y no quiero. —Cerró los ojos un momento, evitando mirarla—. No quiero darte charlas, pero todo este tema te afecta más de lo que te admites a ti misma. La llamada del otro día, Amaia...

—Deja de sermonearme —se quejó—. Me caías mejor cuando eras mariquita.

Javi sonrió y tiró más de ella hasta obligarla a sentarse a su lado en el sofá.

—Tienes que dejar de encabronarte así. Tienes que dejar de llenar el vacío de

aquello que quieres con cosas que no te hacen sentir feliz. Y tienes que dejar de buscar excusas para alejarme cuando te sientes frustrada. No quiero hacerte daño, ni echarte un polvo..., solo quiero...

Amaia se quedó mirándole confundida.

—Tú me quieres —le dijo resuelta.

—Claro que te quiero, Amaia. Pero del mismo modo en el que me quieres tú. Y así será siempre.

Mi pequeña Amaia, con su pelo rubio, con sus mejillas sonrosadas y sus ojitos claros, se sintió entonces tremendamente débil. Javi era muy discreto, pero estaba claro que la conocía bien. Sabía que se sentía rechazada por Mario, que había albergado esperanzas reales de que él sintiera algo por ella. Y a veces se sentía sola. Su trabajo estaba bien y le gustaba pero... ¿qué hacía con las horas libres? Sandra con su oposición y su caos y yo con mi cocina, mi carácter recio... Y ella terminaba tumbada en el sofá viendo la tele y comiendo, por ansiedad, por pasar el rato, a veces ni siquiera sabía por qué. Y eso la hacía sentir mal.

Se mordió el labio y, apoyándose en él, lo abrazó. Él le dejó espacio bajo su brazo y la arrulló cuando Amaia se acurrucó.

—Ay, Dios..., qué pequeña eres en el fondo —suspiró él con una sonrisa.

—Dímelo otra vez —le pidió ella ahogando un sollozo—. Dime que...

—Te quiero tanto como tú a mí... y será siempre así.

Ella se incorporó y le sonrió mientras él le apartaba un mechón de la cara.

—Sandra quiere echarte un polvo —le confesó—. Dice que estás superbueno.

—Ahhh... —Él parpadeó—. Pues no me he fijado mucho en ella. ¿Tú qué opinas?

—Tiene las tetas gordas y está flaca.

—¿Y Martina?

—¿Qué quieres, tirártelas a las dos? No flipes, que no eres tan mono.

—¿Martina sale con alguien?

—¿Te hace gracia Martina?

—Pse... —dijo él encogiéndose de hombros—. No especialmente, pero es que casi no me acuerdo de la otra. Le echaré un vistazo a la de las tetas gordas cuando vaya por tu casa.

—Ays... —suspiró Amaia—, montaremos una maldita fiesta de inauguración y mojarás el churro mientras mi flor se seca...

—No me das pena.

—Deberías buscarme una cita o algo.

—Eps..., bueno, iré con algún amigo a esa maldita fiesta.

—O podemos ponernos superciegos con orujo, birlar del hospital alguna pastillita divertida y follar entre nosotros para darnos un desahogo, como tú dices.

Javi se echó a reír, miró el techo y negó con la cabeza.

—No hay duda. Nuestra amistad ha pasado a la siguiente fase —sentenció antes

de dejar un cariñoso beso sobre el pelo de Amaia.

LA SIGUIENTE FASE

EL martes entré en El Mar como si me fuera a recibir el elenco al completo de *The Walking Dead* para desmembrarme y servirme como plato principal. ¿Por qué? Pues porque la última vez que había visto a Pablo, este solo llevaba encima un bóxer gris y se estaba secando las greñas con una toalla después de darse una ducha pos «me refroto y me corro contigo». Y además... yo llevaba una ola tatuada en la muñeca (bastante discreta, gracias a Dios...) a conjuntito con la de él, como si fuésemos las gemelas fantasmagóricas de *El resplandor* compartiendo estilismo. Supercool para caer bien en el nuevo curro, sí señor.

Pero yo me comporté como si nada. Como si Pablo no hubiera mojado mis bragas, sus calzoncillos y las sábanas blancas, como canta la canción, de tanto meneo de caderas de los dos. Ay, Dios..., márame.

Con mi chaquetilla ya puesta y metida de lleno en el trabajo (y, por si hay alguna duda, con mi coleta totalmente repeinada) recibí la llegada de Pablo con un retortijón.

—Buenas tardes, grumetes —saludó a todos de buen humor y se metió en el despacho con Alfonso.

Y no quise ni mirarle. Solo con su voz una parte muy determinada de mi cuerpo había reaccionado con un cosquilleo intenso y... no era el estómago.

—¿Piercing nuevo?

—¿Eh? —Me giré hacia Carolina—. Sí. Así soy yo. Me emborracho y...

Ja. No, espera. JA. Así, en mayúsculas, para que quede más claro que soy una mamarracha que miente sobre sí misma (con la cabeza ladeada y poniendo morritos, hay que recordar que tengo ese tic cuando miento) para hacerse la guay.

—¡Te queda chulo! —me dijo—. A mí me pasó parecido. Me puse pedo y terminé con el tatuaje de un flamenco rosa en el culo.

Movió la cabeza de un lado a otro, con divertida desaprobación.

—Noches locas —musité.

Y después me mordí fuerte el labio inferior al imaginar a Pablo Ruiz cogiéndole la mano mientras una aguja le dibujaba para siempre un flamenco en las posaderas.

—Mi mejor amiga es una tarada —añadió—. Perdí una apuesta y...

—Ah. —Y sonó tan a «menos mal» que ella se me quedó mirando.

—¿Y esa venda? ¿Te has cortado?

—Mejor no preguntes. —Respondí cuando la vi mirando mi muñeca.

Pablo salió del despacho y dejó a Alfonso dentro gritando que volviera a ayudarlo con los albaranes.

—Ser casi el dueño tiene sus ventajas —le contestó paseando tranquilamente entre las mesas—. Atrás. Buenas tardes, señoritas.

Y esa vez su voz sonó tan cerca porque, sí, efectivamente, se había parado en la mesa en la que nosotras trabajábamos. Levanté la vista y mis ojos se quedaron clavados en su camisa y... no porque me impresionara lo bonita que era, precisamente. Era una camisa (por llamar de algún modo a ese pedazo de tela) como de los años setenta, que se pegaba bastante a su cuerpo y que llevaba una especie de cenefas bordadas en vertical en color... ¿melocotón?

—Joder, esa camisa es lo más feo que he visto en mi vida. —Solté.

Miré de reojo a Carolina, que desapareció con una mueca poniendo pies en polvorosa. Bien, Martina, haciendo gala de tus habilidades sociales en público, ¿eh? Si es que eres la *madafaca* más guay del condado. Dirigí la mirada dubitativa hasta la cara de Pablo, que lucía una sonrisa que casi hacía que te olvidaras de la camisa..., casi. La camisa era mierda de la buena.

—Conque lo más feo que has visto en tu vida, ¿eh?

—Sí —ratifiqué.

—Apuesto a que aún puedo hacerte sufrir visualmente un poco más.

—¿Has venido con sombrero de ala ancha?

—Pues tengo uno, listilla, pero no me refería a eso.

—Como no te pongas una zarigüeya encima, no creo que nada pueda empeorar ese *look*. O mejorarlo, que conste.

—¿Ah, no?

Me apoyé en el banco y lo vi desabrocharse varios botones de la camisa, hasta dejar medio pecho al descubierto. Pecho casi sin pelos, por cierto. Atusó un poco la tela para que se abriera más y se intuyera el *piercing* de su pezón. Por poco no me dio un pasmo. Aquel día sonaba Usher en el reproductor de la cocina y el R&B siempre me ha puesto un poco tontona. Vislumbrar el maldito *piercing* me terminó de apañar.

—Te falta la cadena con la cruz y la mata de pelo en el pecho.

—Soy barbilampiño, pequeña, pero lo compenso con mucha testosterona para otras cosas.

—¿Para peinarte?

—Se me olvidaba.

Cogió de su muñeca una goma (mía, por cierto) y se recogió el pelo en un moño alto. La visión era cuanto menos tremebunda. Quise sacarme los ojos.

—¿Así mejor?

—Estás tan sexi... —me burlé.

Se acercó, se apoyó sobre la mesa y susurró:

—Hasta así repetías, no mientas.

—Tus ganas locas.

—En eso estamos de acuerdo. —Se incorporó.

—¿Es carnaval y no me he enterado? —bromeó al acercarse Alfonso.

—Estoy tratando de seducirla —contestó Pablo poniéndome morritos.

—¡¡Eso de ahí es un *piercing*!! —gritó otra de las chicas desde el otro lado de la cocina—. ¡¡Llevas un *piercing* en un pezón!!

—Cuánta creatividad —se burló Marcos.

—Nunca te emborraches en una tienda de *tattoos* y *piercings*, chata. Es el único consejo con valor que puedo daros en esta vida.

Carol pasó por detrás de él y miró con cara de sospecha. Me echó una miradita a mí y yo me concentré en lo que había sobre la mesa de trabajo.

—¿Te dolió? —Escuché que le preguntaban.

—Apenas un poco.

Me atraganté con mi propia saliva y empecé a toser.

—¿Algo que decir, pequeña? —me provocó.

—¿Yo? Nada. Nada. Que estás muy elegante.

Todos se echaron a reír y yo escondí una sonrisa. Me hubiera encantado que estuviéramos solos para recordarle que chilló como un cochino en la matanza, pero seguro que él hubiera mencionado el hecho de que su polla se puso tiesa a pesar del dolor y que mis ojos estaban allí para descubrirlo.

De pronto todo el mundo quería ver ese *piercing* del que hablaban y delante de mi mesa se congregó una pequeña multitud. A mí me parecía una multitud, desde luego, y no me gustaba tener tanto público por allí.

—Y ¿ese *tattoo* es nuevo también?

—Ah, sí —comentó ufano—. A este le llamaré «destornillador».

La mirada que me echó después atrajo muchos más ojos sobre mí.

—Martina..., ¡¡eso es un *piercing*!! —gritó otra de las compañeras.

—Ahm..., yo..., joder, ¡qué calor hace aquí! Ay, la primavera..., ¡cómo entra!

Una carcajada general recibió mi comentario y hubo incluso aplausos. Yo no le encontré la gracia, así que agaché la cabeza y seguí a lo mío. Fue cuestión de tiempo que cada uno volviera a su sitio. Pablo, sin embargo, se dedicó a pasear palmito de esa guisa toda la noche...

Un tatuaje. ¿Hay algo más indeleble que un dibujo hecho bajo tu piel? Qué inconsciencia por mi parte. ¿Y si todo se daba la vuelta y dejaba de sentirme cómoda? Tendría un pequeño recordatorio de que la vida a veces, si se vive demasiado intensamente, deja cicatrices. Y yo no quería ninguna cicatriz que llevara el nombre de Pablo, aunque sí de la vida en general. Pablo tenía cara de llamarse Problemas de apellido. Era un hombre que jamás habría contemplado para tener en mi vida; completamente contrario a lo que yo creía que me atraía. Un caos en sí mismo, pero un caos controlado. Talento y pasión regulados por un orden interno que nadie entendería, ni siquiera él. Yo lo había visto trabajar, había volado con sus manos, porque cuando Pablo creaba hasta los sabores se postraban ante él. Sabía lo que hacía antes incluso de saber que quería hacerlo. Era un jodido genio y... un tío disperso. Atractivo, suyo, original..., ¿por qué, Martina? A mí me pegaba mucho más

colgarme de alguien serio y tranquilo, como yo, que terminara convenciéndome de que lo «normal» a mi edad era querer casarme y soñar con comprarme una casa. Pablo... ¿de qué podría convencerme? De cualquier cosa. De cualquiera.

La noche siguió con normalidad. Cada uno se concentró en sus tareas y Pablo se centró en que todo funcionara como un reloj suizo, supervisando cada paso, cada plato, cada ingrediente. Me encantaba cuando cogía las frutas aún sin manipular y las olía. Seguro que para él todo en el mundo tenía unos matices mucho más intensos. Yo no podía evitar seguirle con los ojos con discreción. Era tan... magnético. Hasta se me olvidó que llevaba la camisa más horripilante del mundo de las camisas y un moño en el cogote que, por cierto, le quedaba mejor que a mí. Jodido. ¿Sabéis estos tipos que sin ser de los que te dejan bizca de belleza sobrenatural pueden estar perfectos hasta con una boñiga en la cabeza? Pues están liderados por Pablo Ruiz.

Para cuando le tocó salir a saludar a los clientes, él también se había olvidado del moño, porque lo vi ponerse la filipina y salir abrochándose los botones de camino a la puerta que conectaba la cocina con el salón. Qué me dio, no lo sé. Solo sé que solté la bayeta, salí corriendo detrás de él y, aun a riesgo de que alguien me viera, tiré de su manga con fuerza en el rincón donde se encontraban las cafeteras, ya fuera de mis dominios. La puerta de la cocina nos golpeó en el retroceso para cerrarse y entre la sorpresa y el tirón, Pablo trastabilló y se cayó encima de mí, así que tuve que apoyarme en una pared para mantener el equilibrio.

—Ey, fiero... —Sonrió recuperando el equilibrio.

Supongo que pensó que aquí «la fiero», conocida por todo el mundo por la tremenda pasión con la que se enfrentaba a la vida, ejem ejem, no había podido resistir más la presión y había corrido en busca de un beso apasionado en un rincón fuera de la vista de todos, pero donde cualquiera pudiera descubrirnos, porque lo que recibí fue... un beso apasionado. Y lo cierto es que no lo esperaba. Mi boca se abrió sin pedir permiso a mi cerebro, mi lengua jugó con la suya, jugosa e inquieta, y mis dientes atraparon su labio inferior al final, dejándolo ir poco a poco. Me agarró de la nuca y me empotró literalmente contra la pared para pegar sus caderas a mi vientre y restregarse con la lengua hundida en la humedad de mi boca. Gemí por la intensidad de sus arremetidas. Subió la temperatura, el mundo se desdibujó y solo podía pensar en tirar de la chaquetilla con la suficiente fuerza como para romper todos los botones, arrancársela y lamerle y morderle los pectorales y los pezones y... seguir más abajo. Le aparté ejerciendo fuerza contra su pecho y él pareció recuperar la compostura con un jadeo.

—Joder... —susurró—. Me la acabas de poner muy dura.

Se apartó un paso y miró alrededor vigilando que no nos había visto nadie, aunque sospecho que le hubiera dado igual. Me sonrió y acarició mi cara, posó su pulgar sobre mi boca y recogió la humedad resultante de nuestro beso para después llevárselo hasta sus labios.

—Yo..., en realidad..., era por el moño.

—¿Te ha puesto tonta el moño? —Se rio.

—Pablo..., aún lo llevas.

Pablo se palpó la cabeza y desenganchó la goma con dedos hábiles. ¿Qué más podrían hacer esos dedos en mi cuerpo? Martina, para. Es una orden. Todas las greñas desordenadas de moderno de mierda, como le definiría Amaia si tuviera el placer de conocerlo, cayeron alrededor de su cara. El recogido había dejado sus mechones mucho más ondulados que de costumbre. Estaba para comérselo. Joder..., echó hacia un lado todo el pelo que le cubría la cara y... allí estaba, como recién sacado de un sueño húmedo. Gracias, Dios, por la crueldad de crear atractivos demoniacos como el suyo.

—¿Mejor?

—Infinitamente mejor.

—¿Crees que debería abrirme la chaquetilla y enseñar el pezón?

—¡Tira! —Y lo empujé levemente hacia el salón.

Antes de desaparecer se giró y me guiñó un ojo.

—Luego más, ¿no?

Sí, por favor. No, ni de coña. Entré en la cocina mirando el suelo y me disculpé un segundo para meterme en el vestuario y rebuscar en mi bolso. Cuando encontré el móvil, le mandé un wasap al grupo que compartíamos Amaia, Sandra y yo (que se llamaba «ladillas enfurecías» y cuya foto de perfil era una de Cristiano Ronaldo rascándose la entrepierna con fruición).

«A ver... Gabinete de crisis. Pablo lleva un moño y la camisa más fea que he visto en mi vida. Me ha morreado en el rincón de las cafeteras y ha dicho “luego más”. Que alguna venga a por mí. Amaia, ven a recogerme, por la gloria de tu madre. Sandra, dile a tu padre que me está dando un ataque de peritonitis o algo así. Me da igual. Pero que alguna me saque de aquí antes de que este jodido muso del infierno me convenza para teñirme el pelo púbico de rosa».

Tragué, dejé el móvil en el bolso rezando a todos los santos por que, por una jodida vez, me hicieran caso y vinieran a por mí, volví a la cocina donde seguí recogiendo con el resto. Sonaba «You make me wanna», de Usher. Maldita selección musical, joder. No es que me gustara especialmente, pero sonaba tan sugerente...

Pablo volvió al rato como *bailusqueando*. En realidad se puso a «bailar sexi» detrás de Alfonso, como haciéndole burla mientras decía: «Déjate llevar, nena..., solo déjate llevar». Estaba de un humor tan... bueno. Me quedé mirando cómo bromeaba. Dios, qué mal bailaba...

—¿Siempre está de tan buen humor? —pregunté cuando intuí que Carolina se apoyaba agotada en el banco de trabajo a mi lado.

—¿Quién, Pablo? Reza, reza..., que le dure mucho.

Me giré hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, todos sabemos lo que nos espera cuando nos metemos en El Mar. Si

Pablo tiene fama de tener un carácter explosivo es porque..., a ver, no me malinterpretes, trabajar con él es brutal, una experiencia genial. Cuando está de buenas es el mejor.

—¿Y cuando está de malas?

—Pues... —Suspiró—. No me gusta cotillear.

—Esto no es cotillear. Se lo preguntaría igual a él.

—¿Lo harías? —Frunció el ceño.

—Claro. ¿No has notado que no tengo filtro social? —Sonreí—. Defecto de fabricación.

—Bueno..., es que..., yo le quiero mucho, ¿sabes? Es el mejor. Todo lo que sé me lo ha enseñado él. —Fruncí el ceño..., ¿todo?—. Pero si pasa por un mal momento se pone muy... irascible.

El suspiro que acompañó a «irascible» fue bastante vehemente.

—¿Grita?

—No es porque grite. Es porque muerde. Puede llegar a ser muy cruel si se lo propone y, como se le dan tan bien las personas, suele tener la clave de qué dolerá más.

Le miré, allí tan simpático, tan afable, tan guasón. En aquel momento estaba fingiendo que hacía *tuerking* con Alfonso, que se apartaba como podía entre carcajadas. No podía imaginarlo si no era con una sonrisa pero... era verdad. Cuando alguien tenía fama de algo, a pesar de que a veces se cumplía eso de «cría fama y échate a dormir», solía haber una razón detrás.

Como de costumbre, todos nos cambiamos en el vestuario. Había un ambiente festivo aunque cada mochuelo volaba a su olivo aquella noche. Pero la gente parecía descansada y animada después de los días libres. El servicio había ido especialmente bien y Pablo nos había felicitado por nuestro trabajo, que había sido preciso como el del mejor cirujano. Casi se me había olvidado el motivo de mi ansiedad, cuando descubrí una retahíla interminable de mensajes en mi móvil, todos procedentes del grupo «ladillas enfurecías».

«Va a ir a por ti mi tío Paco, el que tiene tractores, ¿te parece bien?». Amaia.

«No seas estrecha, Marti, date otra alegría. Y si no te gusta lo que te hace, tírale del pezón». Sandra.

«Si te acosa en plan mal, dínoslo. Tengo una navaja de mariposa metida en el bolso». Amaia.

«Tía, Amaia, eso es peligroso, ¿sabes? Te podrías meter en un problema». Tía, Amaia..., solo podía ser Sandra.

«Se la acabo de enseñar a Javi. Dice que es una mierda y que el cortaúñas de su abuela le da más miedo». Amaia.

«¿Estás con Javi? ¡¡Ay!! Dile algo de mí. Pero que no se note. Algo como que soy supermaja y que dicen que la como muy bien». Sandrita, más salida que el pico de una mesa.

«Un partidazo eres... pero de espina dorsal». Amaia, haciendo amigos.

«Y tú un dolor de huevos. Haz el favor. Como no me lo folle te rajo mientras duermes». Sandra, encanto natural.

Vale, Martina..., sola ante el peligro. Respiré hondo, guardé el móvil en el bolso y me dije a mí misma que lo mejor era meterme entre toda la gente que salía en tropel por la puerta de empleados y, una vez en la calle, correr en dirección a ninguna parte, silenciosa como un ninja. Lástima de pantalones vaqueros que me violaban un poco. Si me ponía a correr con ellos terminaba por lo menos preñada de quintillizos.

Siguiendo mi propio plan me puse a hablar con Carolina sobre cada cuánto tenía que hacerse el tinte para mantener ese color tan bonito de pelo, entre Alfonso y tres chicos más que comentaban los resultados del último partido del Atlético de Madrid. Bien. Todo iba bien. Vislumbré la luz anaranjada de las farolas de la calle. Ya casi alcanzaba la gloria y la salvación. Seguimos avanzando. Carolina me contaba algo de un champú de color que ayudaba, entre tinte y tinte. La calle. El sonido de los coches cruzando la Castellana llegaba a nuestros oídos. En menos de nada Martina tendría el pijama puesto, como la buena chica que era, y dormiría de un tirón (después de tocarse recordando los maravillosos dedos de Pablo...).

—Martina. —Y los maravillosos dedos de Pablo Ruiz me rodearon el brazo—.
¡Buenas noches, chicos!

—¡Hasta mañana! —dijeron todos al unísono, dejándome allí tirada. Eso, de estar en guerra, valdría seguro un juicio militar o algo.

—¿Qué quieres? —pregunté. Soné demasiado brusca. Me pasé la mano por el pelo. Sonreí como una tarada—. Quiero decir..., ¿pasa algo?

—No, ¿te apetece tomar algo?

—Ah, no. —Me reí—. Me conozco tus «tomar algo». ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Despertarme dentro del contenedor del vidrio con una cresta amarilla limón?

Miró hacia el montón de gente que se dispersaba en la calle, unos encaminándose a sus coches o motos, otros a las diferentes paradas del transporte público. Se alejaban, volviéndose más borrosos y pequeños. Sus dedos, que aún rodeaban mi brazo, tiraron un poco de mí hasta que mi oreja quedó junto a sus labios.

—Siempre me ha gustado tu honestidad y te mereces la mía, así que hagamos un trato, Martina..., hablémonos siempre claro.

—Me parece bien —musité con la piel de gallina. Sus labios se pegaron del todo a mi oreja.

—Si vienes a tomar algo, seguramente no dormirás en casa.

—Me lo imaginaba.

—Hay más..., porque no puedo prometer que no intente quitarte más ropa que el domingo por la mañana.

—Ya...

—¿Es ese el problema?

—Quizá...

—Mira..., como sé que no te gustan las sorpresas, te diré lo que va a pasar si dices que sí. Nos iremos andando hasta mi casa..., es un buen paseo. Iremos hablando. Yo contaré cosas, tú preguntarás y seguirás escondiéndote. Cuando lleguemos te ofreceré algo de beber, me pedirás algo como «agua con gas y una rodaja de limón» y yo te lo serviré antes de besarte en mi sofá, que aviso: se hunde mucho. Nos quitaremos la ropa. Yo a ti, tú a mí. Me gusta esa manera que tienes de arrancarme los pantalones..., lo sabes, ¿verdad?

—Algo intuí —contesté tontamente.

—Después... nos correremos. No sé cómo, pero ese tipo de sorpresas sé que te gustan, porque me la darás tú.

—¿Y si digo que no?

—Si dices que no te acompañaré a Cibeles a que cojas el bus nocturno, te daré un beso en el cuello y te susurraré: «¿De verdad no quieres venir?». Si no quieres, me despediré y te veré marchar, con las manos en los bolsillos y la polla dura dentro del pantalón.

Me giré un poco hacia él. El verde de sus ojos brillaba de una manera tan..., arg, qué asco de belleza greñuda.

—Tienes que cortarte el pelo —le dije.

—Sí, claro, mi señora, pero eso no responde a lo que te he propuesto.

—Nos estamos metiendo en un lío.

—Y eso es, claramente..., un sí.

ME comí tres chicles de camino a casa de Pablo. Los tres terminaron en una alcantarilla, sucesivamente, porque desde el beso que me había dado junto a las cafeteras no había nada en el mundo con mejor sabor. Dios, qué asco de ñoñería post muso greñado.

Él encendió dos cigarrillos pero en total se fumó apenas uno. Lo encendía, le daba cuatro caladas y después lo apagaba. Me dijo que lo que más le gustaba era la primera calada. Me pidió un chicle después y siguió hablando, haciendo pompas y yo..., como una niña de quince años, me pasé medio trayecto tratando de explotar una contra su cara.

Le conté mi despedida en el hotel y charlamos sobre esa sensación, al marcharte de un trabajo, de que pronto te sustituirán y nadie se acordará de ti, por mucho tiempo, empeño, esfuerzo e ilusión que hayas invertido allí. Pablo me dijo que si él perdiera a una profesional como yo me echaría de menos siempre y, aunque supuse que era parte del ceremonial de apareamiento, quise creérmelo.

Había tensión en el aire..., tensión sexual, está claro, pero también de la otra, de la ingenua. Nuestras manos se rozaron al andar y después de un par de intentos de acercamiento, Pablo cogió la mía y trenzamos los dedos. Es una sorpresa que algo tan tonto como ese gesto pueda llenarnos de ilusión el estómago.

—¿En qué piensas? —me preguntó cuando ya casi llegábamos a Alonso Martínez, donde Pablo tenía su piso.

—Esa pregunta es tan de chica...

—Debe ser el rato que he pasado con el moño puesto —se burló—. Dime, ¿en qué piensas?

—En lo que va a pasar cuando llegemos a tu casa.

Se paró en la calle y con el ceño fruncido y una sonrisa me preguntó si yo siempre era así.

—Claro. Pero... ¿a qué te refieres en concreto?

—Las chicas normalmente se ponen misteriosas llegados a este punto. Tú sueltas lo primero que te pasa por la cabeza.

—Así es más fácil.

—¿Qué es más fácil?

—Entender a la gente. Y que me entiendan. Amaia dice que a veces soy algo..., uhmm..., indescifrable.

—Me juego lo que quieras a que ella no dice indescifrable.

—Bingo.

Seguimos andando y me miró con una ceja arqueada.

—Aclárame una cosa. ¿Qué es lo que te planteas sobre lo que va a pasar cuando lleguemos a mi piso?

—Hasta dónde quiero llegar.

—¿Y? ¿Hasta dónde quieres llegar? —preguntó sonriente.

—Aún no lo tengo claro.

Tiró de mi mano y nos metimos en la calle Fernando VI. Sacó sus llaves del bolsillo de los pantalones vaqueros, abrió el portal y me cedió el paso. Esta vez subimos en el ascensor. Me sorprendió, y cuando le pregunté si estaba cansado, me sonrió con picardía.

—No quiero besarte sin aliento. Quiero dejarte sin aliento yo.

Eso me hizo sonreír.

—¿Crees que la gente se ha dado cuenta de que...?

—Me da igual —dijo—. Si algo he aprendido de mi madre es que no hay que hacer las cosas por el qué dirán.

—Mi madre me decía que siempre hay que comportarse como si te estuvieran mirando.

—Ahora lo entiendo todo. —Sonrió.

Abrió la puerta de su casa y mi estómago se encogió en una especie de convulsión previa al placer. Pablo no encendió la luz..., solo entramos. Pero entramos de lleno porque en un movimiento rápido y envolvente, sus brazos me llevaron hasta la pared y me atrapó con su cuerpo para besarme. Y qué beso..., por Dios. Yo ya había cedido en el momento en el que dije que sí a su propuesta de pasar la noche en su casa, pero si aún quedaba algún resquicio de duda, se fue con aquel beso. Labios, lengua, saliva, un gemido aspirado por mis labios. Sus manos agarrándome de la nuca y de la cadera. Más lengua. Un mordisco suave. El sabor indescriptible de su saliva anegando mi paladar de matices. La excitación contenida dentro de nuestra ropa.

—¿Cómo lo haces? —susurró.

—¿El qué?

—Me tienes al borde ya.

Tiró de mí por el pasillo a oscuras y después se dejó caer en el mullido sofá que, como había predicho, se hundió con su peso como si quisiera abrazarlo y atraparlo con su relleno. Yo fui a sentarme a su lado pero él me acomodó sobre sus rodillas, a horcajadas. Y no, nadie aplastó nada. Me acomodó a la altura indicada para que mis vaqueros y los suyos se encontraran con placer y seguimos besándonos. Unos besos incendiarios y adolescentes. Pablo besaba como besamos cuando somos críos y creemos que son esas cosas las que hacen girar el mundo. Su boca te follaba, te hacía el amor, te prometía, te encendía, te lamía y te deseaba buenas noches. Y la mía le seguía, aprendiendo el camino por el que tenía que caminar para conseguir que de su garganta se escapara un gruñido o un gemido. Enrollarse con Pablo Ruiz era aún

mejor de lo que nunca imaginé en mis fantasías de fan total. Si hubiéramos sido realmente adolescentes explorándonos, la cosa hubiera terminado con unos cuantos toqueteos por encima de la ropa y más besos, que irían apagándose según iban encendiéndose otras partes del cuerpo. Pararíamos por miedo a seguir, pero nosotros ya sabíamos lo que nos esperaba después de esa barrera. Y queríamos más. Me dolían los pezones de tenerlos erectos, clavados en la ropa interior. Pablo me ponía tan caliente que apenas podía controlarme. Y no era lo que viene siendo normal.

Le quité la camisa horrorosa con ganas. No quería verla ni en pintura. Pero claro, no era la única motivación. Mis ojos, acostumbrados a la penumbra del salón y ayudados por las luces que entraban de la ciudad a través de las ventanas, me permitieron ver las dos golondrinas. El hasta pronto y la vuelta a casa. Una historia preciosa dibujada en la piel. ¿Qué sería en comparación con eso nuestra ola en la muñeca? Una locura, una salida de tiesto, algo que contar a medias cuando fuera vieja.

Pablo me quitó la camiseta a tirones y se hundió entre mis pechos. Mordió por encima de la copa y su lengua se coló bajo la tela. Me arqueé y no hicieron falta palabras para que él aceptara la invitación. Con un clic mi sujetador se desabrochó y descansó muy pronto junto a la ropa que ya había sido desterrada de la piel. Sus labios recorrieron mi escote hasta llegar a los pechos y pellizcó con ellos el pezón izquierdo. Gemí y él ejerció más presión, envolviendo sus dientes con sus mullidos labios.

—¿Notas lo duro que estoy? —me preguntó.

—Sí.

Mi mano palpó por debajo de mí misma hasta localizar su erección y la seguí con los dedos. Él desabrochó mi vaquero y tiró hacia abajo intentando deshacerse de él. Me levanté y me quité el pantalón, pero cuando estaba a punto de sentarme de nuevo a horcajadas... esa parte de Martina que despertaba cuando el sexo se avivaba tomó las riendas y me arrodillé frente a él en el sofá. Ese solo gesto le hizo gemir y echar la cabeza hacia atrás. Le desabroché el cinturón y después el pantalón con un tirón. Manoseé por encima de su ropa interior y la respiración de Pablo se aceleró.

—Martina, joder...

Liberé su polla de debajo del algodón de la ropa interior y la sostuve frente a mí con la mano derecha. Un clic interno me dijo que no me había preguntado nada hasta el momento, pero... ¿qué cojones daba? El sexo es sexo y el impulso que me empujaba a Pablo era aún más poderoso que el que recordaba haber sentido jamás en la cama con Fernando. Quizá el recuerdo se había apagado. Quizá no había sido de aquel modo nunca.

Acerqué la cabeza brillante de su pene a mi boca y saqué la lengua, no con timidez, sino como una provocación. Pablo se agarró a los cojines del sofá y blasfemó cuando recorrí todo su alrededor humedeciéndolo. La apoyé sobre mis labios y la engullí. Dios..., qué placer sentí.

—Cásate conmigo —gimió burlón.

Pero yo no podía parar para reírme con él. No podía. Solo quería lamer, succionar, sentir cómo se tensaba para después abandonarse al orgasmo. ¿Quería que se corriera en mi boca? Sí, quería. Quería como se supone que quieren en una película porno, aunque lo hagan en realidad por dinero. Yo quería de verdad.

La metí en mi boca de nuevo y él tironeó de la goma de mi pelo hasta deslizarla y ponérsela en la muñeca. Después metió la mano entre los mechones y se abandonó, dejándose caer otra vez en el mullido sofá. Paseé la lengua por el tronco arriba y abajo y otra vez la llevé hasta el final de mi garganta. La humedecí con saliva y me ayudé con las manos, acelerando, empapándolo. Pablo jadeaba y levantaba de vez en cuando la cabeza para mirarme fijamente y yo le devolvía la mirada, aprovechando para provocarle.

—Me estás matando.

—*Le petit mort...*

—En tu boca.

Sonreí y succioné con fuerza. Él maldijo entre dientes, se agarró a los cojines y clavó los dedos en ellos para terminar empujando hacia el fondo con un movimiento de cadera suave. La saqué y la toqué. Estaba fuera de control.

—¿Vas a follarme la boca? —le pregunté.

—Me cago en la puta, Martina. Tú quieres matarme.

Cogí sus manos y las coloqué en mi cabeza. Él empujó con su cadera y yo cerré los ojos con placer. Otra vez. Dentro, fuera, pero sin llegar a salir del todo de entre mis labios. Sus gemidos graves más altos, más continuos, más fuertes y un sabor en la boca..., todo precedía al orgasmo, me avisaba. Y yo quería más.

—Voy a correrme. Voy a correrme en tu jodida y gloriosa boca, por el amor de Dios, Martina..., para..., no. No pares. Trágalo..., trágalo.

Pablo se descontroló entonces y se puso más duro sobre mi lengua. Agarró con fuerza mi pelo entre sus dedos, se incorporó como en un latigazo de placer y justo después de descargar tres veces en el fondo de mi garganta se desmoronó en el sofá con un gruñido.

La respiración de los dos llenó de sonidos la habitación a oscuras; la suya rápida y profunda y la mía lenta y pesada. Yo no había terminado, claro. Me quedaban muchas ganas, así que la cogí de nuevo y pasándole la lengua varias veces la... limpié.

Pablo se la metió dentro de la ropa interior antes de echarme hacia atrás sobre la alfombra que cubría el suelo de parqué y arrodillarse a mi lado. Me quitó las braguitas y las lanzó muy lejos por encima de su hombro. Después se inclinó entre mis piernas.

—Quiero probar cómo sabes...

Pero lo siento..., cuando se me activa el interruptor que anula a la Martina metódica, contenida, cuadriculada, me gusta llevar la batuta. Así que me incorporé muy rápido y cogiéndole por sorpresa lo tumbé hacia atrás. Agarré un cojín del sofá y

se lo di con expresión morbosa.

—Para tu cabeza —le dije.

Me acerqué hasta sentarme en su pecho y él levantó la cabeza para alcanzar con la lengua mis pliegues. Joder..., con qué pasión lo hizo. Sus manos me agarraron las nalgas para acercarme más a él y yo le cogí suavemente del pelo y lo llevé justo al punto que más me gustaba.

—No necesito mucho —le dije—. Con la boca termino enseguida.

No contestó. Para ello habría tenido que parar y creo que en aquel momento ninguno de los dos quería. Me arqueé y él se acomodó para lamer cada rincón placentero de mi sexo. Su lengua se deslizaba primero serena entre mis labios, hundiéndose tanto como podía para volver hasta el clítoris y lamerlo a latigazos. Estuve a punto de decirle que quería un dedo suyo en mi interior, pero solo imaginarme deslizando su índice dentro de mí y el tacto frío de la plata cuando llegara a tocar con sus nudillos mi piel, me aceleró. Me moví un poco sobre él y le pedí que no parara de hacer aquello. Un toque tras otro, rápidos, contundentes..., estaba a punto de correrme cuando su mano me empujó hacia atrás y terminé tendida en la alfombra de nuevo. Se movió tan rápido que apenas me di cuenta de cómo se acomodaba entre mis piernas. Pasó los brazos por debajo de mis muslos y rodeó mis caderas. Su lengua localizó el punto exacto y agarrándole del pelo, abierta para él, me dejé llevar. Y cómo me dejé. Creo que hasta grité. Le dije que quería más. Que no parara.

—Fóllame con tu boca, joder. Fóllame...

Exploté por completo. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo palpitaban bajo su lengua, como si pudiera acariciármelo todo desde allí. Un orgasmo certero, de putos fuegos artificiales entre mis piernas, erizando mi piel, sensibilizando cada milímetro. Joder. Un orgasmo de los buenos. Tuve que apartarlo de mí cuando no pude más y él apoyó la frente en mi muslo derecho para recuperar el resuello.

—Creo que nunca nadie me había puesto tan cachondo —gimió.

—Amén.

Se levantó con el pelo completamente revuelto, sin camisa, con el pantalón y el cinturón desabrochados, y se sentó en un sillón, frente a mí, jadeando.

—Dios..., qué puta visión, joder.

—¿Cuál?

—Tú desnuda en mi alfombra.

Sonreí y le pedí las braguitas, que habían aterrizado al lado de donde ahora estaba él. Me las tiró encima y me las puse. Después hice lo mismo con el sujetador y la camiseta. Con el pantalón ya no, porque era una tontería si me iba a meter bajo las sábanas en breve, así que recogí el resto de mis cosas y me encaminé al pasillo. Antes de girar y perderlo de vista, miré por encima de mi hombro.

—Te espero en la cama —le dije.

Casi sentí en mi nuca cómo Pablo suspiró después.

EN LA CAMA

ME desperté con una sensación extraña. No. No era mi cama. Pestañeé. Era la de Pablo. La habitación seguía sumida en la penumbra. Habría dormido unas dos horas como mucho. Todo estaba en calma; ni un sonido. Ni un movimiento. Ni una luz. ¿Qué me habría despertado? Unos labios húmedos en mi cuello.

—Pequeña. —Un susurró en mi oído, poniéndome la piel de gallina e irguiendo mis pezones contra el algodón de la camiseta prestada. Su boca se abrió sobre mi cuello y lamió la piel—. No puedo más. Me dueles.

—¿Dónde?

—Aquí...

Cogió mi mano y la llevó hasta su polla dura. Me mordí el labio. Apreté los muslos. Un cosquilleo intenso subió llenándome el vientre de deseo. Cerré con fuerza mis dedos alrededor de su erección.

—Necesito follarte. Tenerte en la boca. En los dedos.

Me desperté conteniendo el aliento. Era esa misma habitación. Todo estaba en penumbra. Todo estaba quieto. Dormido. A mi lado Pablo me cogía de la cintura con languidez. Por entre sus labios se escapaba su respiración sosegada. Joder... pero ¡¡qué mono!! Me acerqué. Solo un besito. Dejé mi boca sobre la suya, pero no pude dejarlo solo en una huella..., tuve que pellizcarla suavemente con mis dientes. Pablo respiró hondo y gimió. Me pareció que abría un poco los labios y no pude evitar acariciarlos con mi lengua.

—Uhhh... —volvió a gemir.

Succioné con cuidado su labio inferior. Su lengua salió a mi encuentro y la lamí. Abrió los ojos despacio, pesados, despertando. Nos besamos con profundidad y sonrió.

—Pequeña...

Uffff. Él decía «pequeña» y yo ¡brum! Antorcha humana. Y seguro que se lo decía a todas, pero no me importaba en absoluto. Sensaciones. Solo quería ir a la deriva al menos en el único plano en el que, al parecer, dejaba de ser distante: en el sexo. Me subí sobre él y me quité la camiseta. Moví las caderas en círculos y su mano derecha apretó mi pecho izquierdo a la vez que empujaba su erección contra el vértice de mis muslos.

—Te he despertado. —Sonreí con malicia.

—Puedes hacerlo cuando quieras si siempre vas a hacerlo así. Te daré las llaves de mi casa.

—No quiero las llaves de tu casa.

—Y ¿qué quieres?

—Que me toques.

Me arqueé. ¿Qué te pasa, Martina? Lo que me pasaba se llamaba Pablo Ruiz y estaba más duro que una piedra contra mis bragas. Me froté.

—Coño, Martina, eres un puto sueño.

—Pero estás despierto.

—Eso es lo mejor.

—Dámelo..., lo que quiero. Dámelo —le exigí.

—Eres dos jodidas personas a la vez.

—¿Debería preocuparme?

—No. Porque puedo satisfacerlas a las dos.

Sus dedos se agarraron al elástico de mis bragas y me las bajó. Me sostuve sobre mis rodillas y me las quité. Después bajé sus pantalones de pijama liberando su erección. Me mordí el labio. Qué rápido iba todo. Los dos desnudos ya. Pero bueno..., no iba a ponerme remilgada en aquel momento. Yo quería que pasara. Puto sueño. Estaba encendida.

—Eres tan... diferente —musitó mientras se incorporaba hasta llevar mi pecho a su boca. Apretó sus dientes alrededor de mi pezón con suavidad y me arrancó un gemido—. Estás empapada.

—He soñado contigo.

—¿Y qué te hacía?

—Me decías que querías follarme con los dedos y con la boca.

Empujó con sus caderas y su erección se deslizó entre mis labios. Peligro..., me saltaron todas las alarmas, pero las apagué. Abrí más las piernas y me balanceé sobre él. La punta de su polla se coló entre mis pliegues.

—Espera..., espera...

—Dios..., párame.

Allá iba. Íbamos a follar. Cabalgaría encima de su polla dura hasta que los dos explotáramos en un gemido, y una vez hecho, nadie podría deshacerlo. Pablo se giró hacia la mesita de noche y abrió un cajón. Sacó una caja de preservativos y tiró el contenido sobre su pecho desnudo, pero en lugar de un cuadrado metalizado cayó un papel doblado. Frunció el ceño y lo desplegó..., era una hoja de libreta en la que se podía leer: «Jódete».

—¡Hija de la gran puta! —Gruñó con rabia. Oh. Oh—. ¡Será puta! —masculló furioso. Se echó hacia atrás y se tapó los ojos con las manos, para deslizarlas después por su pelo. Libido bajando en 3, 2, 1... Joder... Pablo Ruiz desnudo debajo de mis muslos llamando a otra tía (porque esperaba que se lo dijera a otra tía) puta..., una tía que había sustituido sus condones por un insulto. Cuando vio mis intenciones de salir

de la cama, me detuvo sosteniéndome entre sus brazos alrededor de mis caderas—. No, pequeña, perdona...

—Eso ha sido muy raro —dije.

—Lo sé. Perdona..., son... cosas mías. Yo... he estado con alguna que otra loca.

Mec. Error. Me bajé y me senté a su lado. Cogí las braguitas y me las puse de nuevo.

—¿Qué pasa?

—¿Hablas así de todas las chicas con las que estás?

—Claro que no.

Me levanté de la cama y recogí mi ropa de encima de la cómoda. Cuando me estaba poniendo el jersey, Pablo me preguntó si me iba.

—Sí, creo que va a ser lo mejor.

—Martina..., son las cuatro y media de la mañana. Estoy medio sobado. Me ha jodido encontrarme eso..., no le demos más importancia de la que tiene.

—No se la doy —musité metiendo las piernas dentro de las perneras de mi vaquero—. Es solo que me ha parecido desagradable.

—Pero...

—No pasa nada, Pablo. Ya comprarás condones.

No se me ocurrió nada mejor que decir, la verdad. No era una salida melodramática a lo «sígueme, sostén mi brazo y bésame apasionadamente contra la pared». Yo... soy rara, ya lo he dicho. En aquel momento me apetecía irme, así que cogí el bolso y abrí la puerta del dormitorio.

—Pero Martina... —suplicó.

—Mira Pablo, no sé de qué iba eso, ni siquiera sé por qué me pongo tan tonta cuando estoy contigo, pero lo que sí tengo claro es que no me quiero meter en temas que no me incumben y no quiero complicarme la vida por acostarme contigo. Dijimos que seríamos honestos, ¿no? Pues honestamente te digo que no me apetece quedarme en esta habitación después de que hayas sacado de un paquete de condones una nota que te dice que te jodan, y no en el buen sentido.

Las cejas de Pablo estaban levantadas; sorprendido, claro. Yo también. Todo, cuando estaba con él, se convertía en una sinrazón y en un vaivén de sensaciones que se contraponían unas a otras. Un par de minutos antes estaba dispuesta a comérmelo entero y ahora... no.

—Siento haberte hecho sentir incómoda, Martina. Y entiendo lo que me estás diciendo, pero...

—De verdad, Pablo. No pasa nada. —Sonreí tirante—. Nos vemos mañana.

—¿Te vas?

—Sí.

—Vale, eh..., pues... deja al menos que llame a un taxi.

—No te preocupes. En Alonso Martínez hay tropecientos.

Ni siquiera esperé a que volviera a vestirse; salí de la habitación antes de que

recuperara los pantalones de pijama, pero me alcanzó en el pasillo.

—Espera, cerré con llave.

Los postigos de la puerta resonaron en el edificio silencioso y después se apoyó en ella..., despeinado, sin camiseta, a oscuras... Puto asco que me daba desearlo tanto.

—Hasta mañana.

Me cogió la mano, tiró de mí hasta darme un beso y me preguntó si quería irme de verdad. Y yo... sonreí y me fui.

En la calle cogí mi móvil y entré en la aplicación de mi banco..., lo cierto es que iba justa con lo del piso y la independencia. No era lo mismo compartir gastos con esas dos taradas (una de las cuales ni siquiera había pagado aún ni lo que se comía) que vivir con tu pareja. Arg. Eché un vistazo a mis finanzas y decidí que sí, que si había una situación que exigiera coger un taxi era aquella: salir a las cuatro y media de la mañana de casa de Pablo Ruiz, con un calentón físico de narices y un enfriamiento mental a juego, después de una mamada y dormir un rato. Hola, vida normal..., ¿dónde estás? Te echo de menos.

HIJA DE PERRA

DEJÉ de buena mañana un mensaje en el contestador de Alfonso. Le dije que tenía que hacer unas gestiones personales y que a lo mejor (siendo optimista) no me daba tiempo a llegar al pase.

—Eh..., ve tirando tú con Marcos. Al final yo solo estoy allí pelando la pava. Intentaré llegar para saludar a los clientes. Os voy diciendo. Llamadme si surge algo.

Después me di una ducha, me vestí y salí hacia allí. No había podido dormir demasiado cuando Martina se marchó, pero es lo que tiene la vida y ser un jodido subnormal que toma decisiones equivocadas. El caso es que estaba tranquilo pero el cansancio o el darle demasiadas vueltas a las cosas fue gestando dentro de mí esa rabia..., esa que me costaba tanto deshacer y olvidar. Esa rabia que me volvía un poco insoportable hasta para mí mismo.

Pensé en hacer una visita a mis padres antes para que me calmaran, pero la voz iracunda de mi cabeza me dijo que «unos cojones», que no se merecía que lo hiciera. Se merecía escucharme gritar. Quizá así reaccionaría pero... si no lo había hecho ya, ¿qué iba a cambiar?

Así que allí estaba. Aparqué frente a la puerta y respiré hondo. Era un poquito hija de perra..., por suavizar. Pero ¿cómo se puede estar tan loca? Saqué el juego de llaves y fui a la puerta muy decidido, pero..., sorpresa..., la llave no encajaba. No giraba. Había cambiado las cerraduras. Lo que me faltaba. Llamé al timbre. Y llamar al timbre con las putas llaves en la mano subió un grado mi cabreo, eso y el recuerdo de Martina desnuda encima de mí, frotándose, suplicándome que la parara. ¿Pararla? No abrían. Volví a llamar. Se abrió la puerta principal de la casa y unos pasos me avisaron de que alguien se acercaba. Seguí llamando, solo por joder.

—¡¡Eres un puto tarado!! ¿Puedes dejar de llamar? ¡¡Vas a fundir el puto timbre y te aseguro que lo pagarás tú!!

Encima. Cuando abrió airada la puerta metálica nos sostuvimos la mirada. Llevaba el pelo perfectamente recogido en una coleta alta, tan rubio y tan brillante como siempre. Iba vestida con una blusa vaporosa granate y unos vaqueros.

—¿Te pilló mal? —pregunté con sorna.

—Siempre me pillas mal, capullo arrogante.

—¿Sabes que estás loca? Porque si no lo sabes, nena, tienes un problema.

Apoyó la cadera en el quicio de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Qué quieres?

—¡¡Eso mismo me pregunto yo!! ¿Qué cojones quieres de mí, Malena?

Miró al cielo y sonrió con cinismo.

—Vaya..., has tardado bastante más de lo que pensaba en meterte con otra en la cama.

—Malena... —Y no sé cómo no me salió humo por la nariz cuando respiré—. No te incumbe. Lo que mi polla y yo hagamos, métetelo en la cabeza..., no te incumbe.

—No opino lo mismo.

—¡¡Porque estás loca!! —grité.

—No grites. No me apetece ser la comidilla de los vecinos. Serlo más; que sepas que estamos en boca de todos.

—Vale. —Tragué saliva—. ¿Puedo entrar? No quiero hablar de esto en la puta calle.

—No. No puedes entrar.

—Me cago en mi alma, Malena... —Gruñí.

—Cágate en lo que quieras. En este estado no vas a entrar.

Me ponía frenético. No podía evitarlo. Malena me sacaba de mis casillas. Bufé.

—¿Qué cojones quieres? —pregunté sin mirarla.

—¿Qué voy a querer, Pablo? ¿Qué cree tu infantil cabeza que quiero?

—¿En serio tenemos que hablar de esto en la calle?

—No vas a entrar.

—¡¡¡Es mi puta casa!!!

—Te estoy diciendo que no me grites —contestó fría.

—¡¡Sustituyes mis jodidos condones por una notita, como si estuviéramos en el colegio, y cuando vengo a pedirte explicaciones..., ¿te pones digna?! ¡¡Explícame para qué mierdas haces las cosas que haces si no es para llamar la atención!!

—Así no, Pablo. Vuelve cuando estés más tranquilo y quieras hablar de verdad.

Empujó la puerta de metal para cerrármela en la cara pero la paré a tiempo de que no me rompiera la nariz. Me hice polvo la mano, pero no di muestras de flaqueza porque estaba tan cabreado que ni me dolió.

—No te pongas violento conmigo —dijo.

—¿Violento?! ¿Estás loca? ¿Qué crees? ¿Que voy a pegarte? ¡¡Esto es la hostia!! Aquí la única que tiene experiencia en levantarle la mano al otro eres tú.

—Por última vez, Pablo, cálmate.

Cerré los ojos y respiré hondo. Intenté recordar todos los consejos que mi madre me había dado para tranquilizarme cuando me ponía así, pero ninguno me sirvió.

—Vete. No quiero tenerte aquí en este estado —me repitió muy resuelta. Estaba seguro de que lo hacía para que la escucharan los vecinos y creyeran que yo era un desgraciado hijo de puta violento.

—Malena, no estoy en ningún estado. Estoy nervioso. Solo estoy nervioso. Déjame pasar y lo hablamos.

—Acabas de dar un puñetazo a la puerta conmigo delante.

—He parado la puerta con la que pretendías darme en la cara. No es exactamente

como lo cuentas.

—Te estás poniendo violento conmigo a todas luces.

—No hagas eso..., no te pega nada. —Le respondí con una mezcla de pena y rabia.

—Tengo que irme a trabajar. Vete.

—Ah..., pero ¿trabajas?

—¡¡Claro que trabajo, subnormal!! —dijo perdiendo la falsa calma.

—¿Sabes lo que eres, Malena? Un estorbo. Un grano en la punta del rabo. Un parásito. ¡¡Vamos a arreglar esto de una jodida vez!!

—Voy a llamar a la policía.

—Llámales. Y les explicas por qué cojones no puedo entrar en mi casa.

—Voy a llamar a la policía y les voy a decir que Pablo Ruiz, el famoso cocinero, se está poniendo violento conmigo.

—Pero ¿qué dices? —La miré asqueado—. ¿Aún quieres estropearlo más, Malena? ¿No hemos tenido suficiente?

—¡No vayas ahora de bueno conmigo, Pablo, nos conocemos lo suficiente!

—¡¡Vete a tomar por el culo!!

—¡¡Vete tú a darle por el orto a otra!! Ah, no..., que ya tienes otra a la que seguro que le mola que le den. Porque por lo que recuerdo te ponía bien cerdo.

—¡¡¡Me cago en mis muertos, Malena!!! —grité apretando los puños—. ¿¿Me puedes explicar qué arreglas con esto??

Pum. Puerta en las narices... literalmente. El golpe en la frente no es que fuera excesivamente fuerte pero me puso a mil. Grité. Me giré y di un puñetazo a la puerta de mi coche. Después me lie a patadas contra la rueda. Volví a golpear el marco de la puerta de mi Mini, junto a la ventanilla, que se manchó de sangre. Me miré los nudillos..., en carne viva.

—¡¡Malena!! —volví a gritar, escuchando cómo sus pasos se alejaban dentro de la casa—. ¡Te odio, ¿me oyes?! ¡¡Olvídame y déjame vivir!! ¡¡Quiero tener vida!!

—Tú ya tienes una vida. Si no te gusta, jódete.

Silencio.

Cuando llegué a casa de mis padres ya se me había pasado un poco..., creo que porque empecé a sentir cómo me palpitaba la puta mano derecha, que chorreaba sangre. Estaba decepcionado por aquel arranque de ira contra mí mismo. Creí que ya había dejado atrás la rabia autodestructiva, el romperme la mano contra una pared en una mezcla de castigo autoimpuesto y la necesidad de sentir algo que me arrancara de la desidia, la pena y la aflicción. Niñato. En eso me convertía.

La verja estaba abierta y cedió cuando la empujé. Mi padre estaba sentado en el pequeño porche con una taza de café en una mano y un libro en la otra.

—Hola, hijo —dijo casi sin despegar los ojos de las páginas. Cuando me acerqué

vi que estaba leyendo *La juventud de Enrique VIII*.

—Hola, papá.

—Te sangra la mano.

Gruñí como respuesta y entré en casa procurando que no goteara y manchara el suelo; aún me llevaría una colleja. Se escuchaba una música extrañísima en la sala de estar donde, cómo no, encontré a mi madre, sentada como en la postura del loto, mientras leía el *Hola*.

—¿Qué coño suena?

—Enya..., música para el alma —contestó.

Pasé de largo y me metí en el cuarto de baño del pasillo. En el armario que había tras la puerta encontré el botiquín y me eché agua oxigenada a cascoporro en los nudillos. Después yodo. Me puse un algodón encima y volví a salir.

—Si me has revuelto el botiquín, espero encontrarlo como estaba.

—¡¡Joder, mamá!! —grité.

Se volvió a mirarme. Llevaba una especie de diadema de metal con mariposas. Esta mujer estaba viviendo una segunda adolescencia y nadie se lo había dicho.

—¿Y esa mano?

—Esa mano es el resultado de haber hablado con Malena esta mañana y de ser un gilipollas.

—¿Y a santo de qué has ido tú a hablar con Malena? ¿No habíamos quedado que...?

—¡¡Es una jodida puta loca de los cojones!!

Y dicho esto me tiré en el sofá, a su lado, boca abajo y con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo.

—No es una loca, Pablo —contestó muy seria—. Está decepcionada.

—¿Decepcionada? ¿Por qué? ¿Porque la vida no es el cuento rosa de princesas que se imaginó? ¡¡Dame la puta razón por una vez, joder!!

Se quedó callada. Una mano me acarició el pelo.

—No te la daré a menos que la tengas. Eso es el amor. ¿Qué ha pasado esta vez?

Giré la cabeza hacia ella.

—Ha pasado que anoche estaba con la jodida Afrodita a punto de follar y cuando fui a coger un condón solo encontré una nota de esa loca en la que ponía «jódete». —La miré—. Mamá, no te rías.

—Es que es cómico...

—No lo es.

—¿Tanto llevabas sin...?

—Mamá. —La miré con un gesto de advertencia—. No me toques los cojones, no tengo el día.

—Vale. Perdón. ¿Quién es esa Afrodita? Dime que no se llama así.

—Martina. Se llama Martina, aunque no sé qué importancia puede tener ese dato.

—¿Te has dado cuenta de que tienes fijación por las chicas cuyo nombre empieza

por «ma»? Seguro que Freud le daría alguna interpretación edipiana al asunto.

—¿Qué dices?

—María, tu primera novia. Marta, a la que dejaste tirada cuando te fuiste. Margueritte, con la que decías que te casarías en Notre Dame. Malena, que según tú era nombre de tango y no sé cuántas tonterías más. Y ahora esa Martina, que a saber dónde la has conocido porque, hijo mío, con esas pintas no creo que se te acerque ninguna tía normal.

—Gracias, mamá —murmuré de soslayo—. Igual hiciste algo mal conmigo.

—No darte una torta con la mano abierta. Pero a lo mejor aún estoy a tiempo de arreglarlo, ojo.

—No. Otra cosa.

—Me dijeron que podía tomarme una copa de vino de vez en cuando en el embarazo..., no volvería a hacerlo.

Me di la vuelta y me puse boca arriba.

—Mamá..., esto es un desastre. No sé cómo solucionarlo. Creo que será así de por vida y solo de pensarlo me quiero morir.

—¿No te habrás roto la mano? —dijo cambiando de tema.

—No. Puedo mover los dedos.

—Hijo..., vas a tener que empezar a hacer las cosas bien. Como un adulto.

Me tapé la cara con un jodido cojín.

—Avísame cuando el mundo explote, por favor.

No fui a El Mar aquella noche. El primer motivo fue que mi mano derecha se convirtió en una especie de berenjena. El segundo motivo... era que me conocía demasiado. Y con ese humor me pondría quisquilloso, a contestar borde, a sonar fatal y a ser un rancio con los clientes. Le pedí a Alfonso que atendiera él el salón y que me disculpara.

—Di que me he muerto.

—Si te parece, mejor decimos que has tenido un percance.

—Y no sabes la razón que tienes.

Me pasé el resto del día en la cama, tirado, escuchando una mierda de menstrea-pop con el que daban ganas de cortarse las venas. Debía eliminar todos esos vinilos de mi colección y dárselos a mi hermano. Seguro que impresionaría a alguna novia moñas con ellos y follaría de una vez por todas lo suficientemente fuerte como para sacarse la escoba del culo.

Eran las doce de la noche y yo seguía despierto. Malena se había ido difuminando en mi cabeza hasta ser solo ese jodido grano en el culo que me perseguía allí donde iba, porque la llevaba encima siempre. Los problemas sin solucionar no son mudos..., gritan como una jodida hiena. Y entre la bruma que dejó Malena emergió Martina, desnuda en mi recuerdo, a horcajadas sobre mí, moviéndose en círculos.

Dios..., cómo me la pelé esa noche con el recuerdo de su boca...

El resto de la noche lo pasé en el infierno.

La mañana siguiente, Dios, que tiene un sentido del humor de la hostia, puso en el cielo un sol radiante. Los pajaritos piaban, las nubes se levantaban y yo..., que llueva, que llueva, me cago en todas vuestras almas. Pero me vestí y me fui, porque si había algo en lo que no pensé el día anterior recurriendo al absentismo laboral en mi propio negocio fue que Martina podía identificarlo como que la estaba evitando. Y no la evitaba. Me había corrido en su recuerdo tres veces desde que se fue de mi casa en plena madrugada. Bueno..., cuatro. Miento. Cinco. Me la pelé cinco veces en veinticuatro horas pensando en ella.

El portal estaba abierto y no me costó sonsacarle a la portera dónde vivía Martina. El edificio no estaba mal, pero el ascensor tardó una puta eternidad en llegar al sexto piso.

Llamé al timbre y me preparé para lo que fuera que el destino me tenía reservado detrás de la puerta. Me abrió una chica con pinta de desparpajada, con el pelo largo y castaño y un cigarrillo humeante entre sus dedos. Me miró de arriba abajo sin disimulo, dio un paso hacia atrás y me dejó pasar sin preguntar.

—¡¡¡Martina!!! —gritó.

—¿¡Qué!? Estoy en mi cuarto, no en la Antártida. Te oigo sin que tengas que gritar.

—Está aquí Pablo Ruiz.

Me dirigió otra mirada de arriba abajo mientras cerraba la puerta.

—Bonita camisa —me dijo.

—Gracias. Es *vintage*.

—Algo había notado.

Se metió en una habitación que quedaba a mano derecha, con doble puerta, que imaginé que era el salón. Martina se asomó al recibidor con el ceño fruncido y con un pijama que le daba un aspecto inocente que me la puso gorda al momento.

—Hola —musitó—. ¿Ha pasado algo?

—No. ¿Por qué?

—Porque no es normal que venga el dueño del restaurante en el que trabajo a mi casa.

—Ah, bueno..., es que quería charlar. Y no soy el dueño..., accionista más bien. Y el chef.

—Ahm..., bueno. Genial. —Se asomó al salón—. Joder. Bueno, pues... pasa a la cocina. Voy en un segundo.

—Prefiero ir contigo.

—¿Adónde?

—¿Adónde vas tú?

—Iba a mi habitación a ponerme otra cosa.

—No hace falta, pero te sigo.

Me puso una cara bastante marciana, pero dio media vuelta y se internó en el pasillo, girando hacia la izquierda. La seguí. La casa era bastante grande y la tenían... bien. Mona, como diría una chica. La habitación de Martina era la del fondo. Una cama de matrimonio te recibía nada más entrar, grande y robusta, pegada a la pared de enfrente. A mano derecha un gran ventanal que daba a algo parecido a un pequeño balcón. Tenía un armario, un escritorio pequeño y unos pocos adornos. Todo muy espartano y muy organizado. Yo cerré la puerta.

—¿Pones música, por favor? —le pedí.

Martina estaba mirándome la mano derecha, que seguía hecha polvo.

—¿Qué? —preguntó alzando la mirada hasta mi cara.

—Que si puedes poner música.

—Claro..., oye, Pablo...

—Mi camisa te horroriza, ya lo sé. —Sonreí.

Un par de mechones se escapaban de su coleta deshecha y ella los recogió detrás de sus orejas con una sonrisita.

—No iba a decir eso.

—Pero te horroriza.

—Es terrible, pero eso ya lo sabes. ¿Qué tiene dibujado?

—Son pájaros.

—Pájaros morados.

—Todo es morado.

—Abróchate ese botón, por Dios. —Fue hacia una estantería y después de mucho pensárselo colocó un cedé. Paloma Faith cantando *Only love can hurt like this* apareció en escena.

Me abroché el botón de la camisa y me senté a los pies de la cama. Ella se colocó delante de mí.

—¿Me visto?

—¿Para qué?

—No es que seas muy convencional en condiciones normales, pero hoy estás especialmente raro, ¿no crees?

—Creo —asentí.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Me metí en una pelea de bandas. Esto de dedicarme al tráfico de drogas...

Puso los ojos en blanco y se apoyó en el escritorio.

—¿Por qué no te sientas aquí conmigo?

—Creí que estabas evitándome. —Y como siempre... fue al grano y me encantó.

—Ya lo sé.

—¿Lo hacías? —Y sus cejas se arquearon.

—No. No tengo por qué.

—Ah. Vale.

Silencio.

—Siéntate aquí.

—Tendría que hacer la comida, prepararme para ir a trabajar...

—Son las doce.

—A las tres y algo Amaia viene con hambre y a las cuatro yo tengo que estar trabajando.

—¿Esa era Amaia?

—No. Sandra.

—La eterna estudiante.

—Sí. —Sonrió, como si le hiciera ilusión que me acordara.

—Te fuiste como si la casa se quemara, pero el único que se quemó fui yo.

Lanzó una risa sorda que se le escapó por la nariz.

—Es que...

—Si vienes aquí conmigo te lo cuento... —Palmeé la cama, a mi lado.

—No tienes por qué.

—Pero quiero hacerlo.

—No sé si quiero oírlo.

—Pues contaré solo media historia.

—Mi padre siempre dice que las verdades a medias son las peores mentiras.

—Entonces te aconsejo que no te fíes mucho de mí.

Se acercó a la cama y se sentó a mi lado. Yo me dejé caer hacia atrás y ella hizo lo mismo. Los dos miramos hacia la lámpara.

—Tengo una relación de mierda con mi ex. Terminamos fatal y nos llevamos a matar.

—¿La engañaste?

—No. —Negué con la cabeza—. Dejé de quererla.

—¿Se os acabó el amor de tanto usarlo?

—¿Quieres mi versión o la de mi madre?

—Las dos.

—Yo creo que nos quisimos muy deprisa y que quemamos todos los cartuchos antes de disparar. Mi madre piensa que no la quise jamás, que me cegué porque tenía las tetas muy grandes y la vergüenza muy corta.

—Ahm —contestó escuetamente.

—He de decir en mi defensa que es la única persona con la que mantengo una guerra.

—No quiero guerras —susurró.

—Y no las tendrás.

Me giré hacia ella. No llevaba sujetador. Y yo la volvía a tener dura.

—Quiero ser sincero con mis intenciones, Martina. Solo quiero divertirme. He pasado media vida complicándome y ya llegué a la conclusión de que tengo que

aprender a vivir día a día sin perseguir cosas como el amor. Ya no lo busco en absoluto.

—Me parece bien —dijo con una sonrisa sencilla.

Me parece bien. Bueno, no era la respuesta que me esperaba. Un amigo mío dice que todas las personas, hombres o mujeres, que responden positivamente a un «solo quiero un rollo» están mintiendo, autoconvenciéndose de que harán que el otro se enamore irremediablemente, pero no me pareció nada de eso. Martina parecía... ¿aliviada?

—¿Te parece bien?

—Más que bien. —Sonrió.

—¿Qué tal el *piercing*? —le pregunté para desviar la conversación.

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Aún duele, pero es... interesante.

Se giró hacia mí.

—En realidad me alegro de haberme ido de tu casa la otra noche —confesó—. Me puse muy loca.

—Yo no me alegro, pero supongo que eso ya te lo imaginas.

Sonrió. Jodidas estrellas brillando dentro de sus ojos marrones. Quería besarla. Tocarla. Desnudarla. Lamerla. Follarla. Que me follara. Correrme en su boca. En su sexo. En su mano. En su culo. Joder..., Pablo: vete a trabajar. Me incorporé.

—Pues nada... aclarado. Me voy.

—Bien. —Se levantó—. Yo voy a darme una ducha.

—¿Te acompaño?

—Nos vemos en El Mar. —Y abrió la puerta de su habitación.

—Igual me vengo esta noche a dormir.

—Sí, seguro.

—Sí..., seguro.

Me acompañó descalza hacia la salida. Llevaba las uñas de los pies pintadas de turquesa. No me había dado cuenta hasta aquel momento. Me giré cuando ya estaba en el rellano. Ella se apoyaba en la pesada puerta de madera.

—Gracias por la visita.

Me acerqué de nuevo a ella. Olía a sábanas limpias y contuvo la respiración cuando estuvimos muy próximos. Cogí la goma que sostenía su pelo y la deslicé hasta quitársela y desmoronar su peinado. Los mechones ondulados y espesos cayeron por todas partes y deseé poder sostenérselos de nuevo con los dedos mientras se inclinaba hacia mi polla. Me estaba volviendo loco.

—Esto es mío —susurré junto a su oído.

Dicho esto me recogí el pelo en un moño y me quedé mirándola hasta que se rio. Pensé en besarla antes de marcharme, pero... ¿y si no lo hacía y los dos lidiábamos con las ganas hasta la noche?

Sí..., sonaba interesante.

ME ARDES...

AMAIA tenía ganas de hablar, de eso estoy segura. Me siguió hasta al baño donde iba a peinarme y parloteaba sin cesar sobre si Sandra (que se había ido a Pilates) le había dicho que Pablo era guapo pero un hortera. Yo no sabía si darle la razón por convencimiento o para convencerme de que había algo de él que no me gustaba. Venir a mi casa para aclararme que no estaba evitándome y ser honesto con sus intenciones había sido uno de esos detalles que me gustaban de un chico. Podría haber esperado a verme aquella tarde en el restaurante, pero no lo hizo.

—Entonces ¿te gusta?

—¿Quién? —respondí poniéndome un poco de rímel.

—Pablo, el de las camisas fiesteras.

—¿Por qué me haces estas preguntas? ¡Yo qué sé!

—Me inquieta. Nunca habías estado con alguien que yo no conociera.

—Nunca había estado con nadie que no fuera Fernando, pero es que además Pablo y yo... no estamos. Solo han pasado un par de cosas, pero porque es un *hippy* de esos que creen en el amor libre. En realidad... no busca ninguna historia de amor y eso es... liberador.

Amaia arqueó una ceja y entonces puso en duda todo lo que acababa de decirle.

—¿Liberador? Menuda loca del coño. Podías traerlo a la cena de inauguración del piso. Así lo conocería y podría darle el visto bueno.

—Preferiría la muerte, gracias.

—¡¡Martina!! Es solo una fiestecita en casa. Ambiente distendido. Yo bebo, él bebe, me cuenta sus intenciones contigo, le rajo como a un cochino, escondemos el cadáver, haces salami con él para que no nos pille la policía...

Como contestación solo le puse los ojos en blanco, pero lo cierto es que... me apetecía hacer algo con él que no fuera emborracharnos o calentarnos. Algo... más, como ser normales en una fiesta en mi casa, si es que en mi casa se podía ser normal.

«Cabrón», pensé cuando vi a Pablo paseando entre las mesas de trabajo en la cocina de El Mar. Cabrón una y mil veces, y no porque hubiera hecho nada malo en el lapso de tiempo que separaba la visita a mi casa y la hora de entrada en el trabajo. No. Cabrón porque me resistía a aceptar que alguien pudiera estar tan jodidamente espectacular con la camisa más horrorosa de la historia. Si la camisa blanca con bordados de color melocotón que había lucido días atrás me había dejado KO, esta,

con pájaros y flores dibujados en negro sobre fondo morado, directamente me mataba y me dejaba ciega. Pero estaba increíble. Siempre lo estaba. Pelo revuelto, *look* con un punto excéntrico, ojos tan claros como la luz... siendo tan él. Creo que esa era la clave para que mis ojos no pudieran dejar de perseguirlo. Su esencia. Su luz. Era auténtico y no le importaba una mierda llevar una camisa terrible, porque sabía que defendía su aspecto con seguridad y coherencia. ¿Hay algo más sexi que la confianza? Así que, horrorosa o no, aquella camisa me hacía babear, bizquear, gritar por dentro. La fina tela sobre su cuerpo largo y fibroso, cayendo despreocupadamente por encima de su piel. Volvía a llevar desabrochado ese botón que, dentro de mi dormitorio, me pareció intolerable que estuviese sin abrochar; cuando se movía, a veces, se adivinaba el perfil de las alas de una de las golondrinas que llevaba tatuadas bajo las clavículas. Y yo quería deslizar mi lengua por allí, sin que me importara nada.

Por más que pasé la tarde y la noche tratando de racionalizar lo que me ocurría con Pablo, convenciéndome a mí misma de que era una fiebre pasajera y que cuando me volviera la cordura querría morirme de vergüenza..., era mucho más fuerte la tensión del hilo de deseo que me unía a él que el convencimiento de que no era para mí. Y no lo era. Como el sol y la luna. No teníamos nada en común, más que la cocina, alguna canción y querer tomar las riendas siempre en el sexo. Lo que me llevaba a pensar..., ¿cómo sería follar con él? La batalla más placentera jamás librada, quizá. O un desastre de magnitudes faraónicas.

Aquel día sonaba dentro de la cocina una concatenación de temas de un tal James Bay que, aunque no lo conocía, me removiό algo por dentro. Pablo tarareaba entre dientes las canciones, mientras seguía el ritmo tamborileando con los dedos cuando se paraba a vigilar la preparación de algo. Y aunque no sonaba erótico, me pareció que aquel disco sería la música perfecta como telón de fondo para acompañarnos, jadeantes, después del sexo. Y me gustó más aún cuando vi sus labios dibujar de manera sorda en el aire las palabras que llenaban cada tema. Era tan... sexi. Siempre. A todas horas. Insoportable.

La noche pasó entre lamentos internos y conversaciones conmigo misma, llamadas de atención para concentrarme en lo que debía y no en lo que me apetecía. Así que después de que Pablo nos diera la enhorabuena una noche más por el trabajo, me escabullí hasta casa con la esperanza de que, poniendo tierra de por medio, los gritos insolentes de mi cuerpo hambriento se calmaran. Y si no, seguro que encontraría la manera de acallarlos. O me ponía a hornear bizcochos como una loca para mantenerme ocupada o me metía en la cama con los dedos entre mis muslos.

Cogí el bus nocturno y me senté cerca del conductor pues tenía miedo de dormirme y pasarme de parada. Saqué mi móvil y trasteé con él para descubrir que tenía un wasap... de Pablo. El estómago subió hasta mi garganta para después hacer caída libre y aterrizar sobre mi vientre.

«Hola, pequeña. Me pareció que te gustaba la música de hoy. Escucha esta..., es

mi preferida».

Añadía un link de YouTube, así que lo pulsé y mientras se cargaba encontré y enchufé los auriculares. Madrid, casi dormido a aquellas horas entre semana, se deslizó tras la ventanilla con sus luces agónicas mientras la guitarra de James Bay dibujaba notas en el aire. «La oscuridad está sangrando», empezaba diciendo. Su voz algo áspera me recordó a la de Pablo y la música me pareció íntima. Quise estar escuchándola sentada en el mullido sofá de su salón, hundida entre los cojines, desnuda, recuperando el resuello mientras él, también desnudo, tendido en el suelo, se fumaba un cigarrillo. Pero... ¿qué me estaba haciendo?

Escuché la canción *Clocks go forward* unas seis veces seguidas antes de llegar a casa y desplomarme sobre la cama con los auriculares puestos y el móvil sobre el vientre. ¿Qué historia habría detrás de aquel tema? ¿Qué contaría de Pablo? Desprovisto de todo, sin excusas, sin sonrisas, con la mirada perdida en el techo, como lo había tenido esa misma mañana al visitarme. Ojalá mis sábanas olieran a él. Ojalá hubiera sudado sobre ellas, con mi cuerpo encima. Ojalá después me hubiera contado una historia mientras sus dedos recorrían mi espalda.

El móvil me vibró cuando estaba a punto de dormirme. Era Pablo y... estaba llamando. Podría acostumbrarme a aquellas atenciones, me dije.

—Hola, pequeña —susurró como contestación a mi tímido «diga»—. ¿La has escuchado?

—Unas seis veces.

—Te gusta, ¿verdad? Lo sabía.

Cerré los ojos y le imaginé sonriendo; me contagié.

—Es tarde —le dije.

—Lo sé.

—¿Querías algo?

Pablo se echó a reír.

—Quería charlar, Martina, pero si te pillo mal...

—No —me apresuré a decir—. Estoy... tendida en mi cama.

—¿Pensando en mí?

—No. —Me reí para disimular—. Pensando en la cena de inauguración del piso que quieren montar Sandra y Amaia.

—Uhhh..., ¿una fiesta? ¿Y vas a invitarme?

—¿Quieres?

—Según. ¿Estarás conmigo? —Y le dio a la pregunta un tono de súplica infantil que me hizo reír.

—Claro.

—¿Puedo quedarme a dormir después?

—Uhhh. Podemos llegar a un acuerdo.

—Pues entonces sí quiero ir. ¿Cuándo es?

—El jueves que viene.

—Anotado.

Tapé mis labios para que no se me escapara aquel suspiro adolescente que empujaba por salir. Pero qué tontita me ponía Pablo.

—¿Te has quitado ya esa camisa horrorosa? —le pregunté tras un silencio que me pareció demasiado largo.

Más risas. Sonreí y escondí mi cara en un cojín.

—Sí. ¿Es eso un torpe intento de empezar una de esas conversaciones?

—¿Qué conversaciones?

—Ya sabes. Esas que empiezan con un «¿qué llevas puesto?».

Fruncí el ceño.

—No te entiendo.

—¿Qué llevas puesto, Martina?

—La ropa de calle. Aún no he podido cambiarme. ¿Por?

—Ay, angelito —se burló—. Pon el manos libres y ponte cómoda.

—Ah, vaya. ¿Va a ser larga esta conversación?

—Quizá. ¿Quieres que lo sea?

—Joder..., no me entero de nada —musité divertida—. Pero ¿qué quieres?

—Así, de primeras, que se ponga usted cómoda, señorita.

Dejé el móvil sobre la cama en manos libres, bajé el volumen y empecé a desnudarme.

—Dime una cosa. ¿Por qué me llamas?

—Porque creí que me ibas a invitar a dormir a tu casa —respondió descarado.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Bueno, es lo que me apetecía.

—Tus apetencias no pueden ser siempre satisfechas, Pablo —dije en tono guasón.

—¿Ah, no? Vaya..., pues tú tienes pinta de saber satisfacerlas muy bien.

—Que sepa hacerlo no significa que siempre vaya a querer.

—¿Y no quieres?

—No quiero, ¿qué? —Me quité el sujetador, lo doblé y lo metí en el cajón de la ropa interior.

—¿Qué ha sido eso?

—El cajón. Estoy guardando lo que me quito.

—¿Y qué te has quitado?

—Todo excepto las braguitas.

Bufó.

—Eres mala.

—Tú preguntaste.

—¿Puedo ir?

—No. Estás en tu casa.

—Pero me visto en un minuto y tardo como mucho diez en llegar.

—No pienso abrirte la puerta a hurtadillas en mitad de la noche.

—Quiero dormir contigo. —Y sonó a súplica.

—Esta noche no podrá ser.

—¿Eso significa que otras noches sí?

—Tú lo que quieres no es dormir. —Me reí.

—Llevo todo el puto día preguntándome por qué cojones no te besé esta mañana.

—Ah..., ¿es que eso de besarnos se va a convertir en una rutina?

—La rutina no me gusta, pequeña, pero seguro que tú y yo encontramos la manera de esquivarla. —Una pausa y el sonido de su cuerpo moviéndose sobre las sábanas—. Déjame ir a darte un beso.

—Solo por un beso, ¿para qué vas a venir?

—Pues déjame entrar en tu dormitorio entonces.

—No. —Me reí.

—¿Estás jugando?

—Un poco. ¿No te gusta jugar? —contesté con una sonrisa mientras me enroscaba un mechón de pelo entre los dedos.

—Me gusta jugar de otra manera. Si quieres te enseño.

—¿Y quién te dice que no te voy a enseñar yo?

Recuperé el móvil y me metí en la cama con una camiseta y las braguitas. La risa de Pablo me estaba dando mucho calor.

—Pequeña... —susurró—. Me estás matando.

—¿Por qué?

—Porque necesito tocarte.

—¿Sabes a lo que sueñas, Pablo? A que te pica y has marcado el número más reciente de tu chorbi agenda —dije con honestidad.

—Pues... ¿sabes cuál es la verdad? Que desde que el otro día estuvimos a punto de follar, no puedo dejar de imaginar lo que hubiera pasado si hubiera tenido condones. Lo imagino, me pongo duro, pienso en ti arqueándote debajo de mí y... —Una especie de gruñido salió de su garganta—. Quiero tocarte.

—¿Y eso va a solucionarse con una llamada de teléfono?

—No me piques. Soy muy capaz de presentarme en la puerta de tu casa.

—Y yo muy capaz de dejarte ahí..., en la puerta.

—Dijimos que siempre seríamos honestos. Dime que no te mueres por meterte debajo de unas sábanas conmigo y dejo de molestarte.

—Nadie ha dicho que me molestes.

—Quiero saber qué se siente al estar dentro de ti.

Me mordí el labio inferior y apreté los muslos.

—Creo que ya estarás familiarizado con la sensación de meterla.

—Pero es que quiero meterte la polla a ti. Y empujar muy despacio.

Ojos en blanco.

—Esta conversación está subiendo de tono.

—¿Quieres que la sigamos en persona?

—No. —Me reí—. Puedes llegar a ser muy insistente.

—No lo sabes bien. Déjame verte.

—Hoy no. Es tarde. No me sentiría cómoda abriéndote la puerta a estas horas ni colándome en tu casa.

—Bien, lo comprendo.

Un sonido vacío me llegó desde el otro lado de la línea. Me aparté el teléfono y vi que había colgado. Los ojos se me abrieron como platos. ¡¡El muy hijo de perra!! Le decía que no quería verlo y... ¿me colgaba? ¿Qué iba a hacer? ¿Intentarlo con la siguiente de la lista? Antes de que la nube de indignación me cegara la cabeza apareció en la pantalla del móvil la solicitud de aceptación de una videoconferencia desde el móvil de Pablo. Estuve a punto de rechazarla pero... no lo hice.

Después de deslizar el dedo sobre la pantalla, la imagen tardó unos segundos en aparecer. Arriba a la derecha, en un recuadro muy pequeño, aparecía yo tendida entre las sábanas. Pablo estaba en la misma posición, sobre unas de color granate que debía haber puesto recientemente; sonrió y después deslizó el labio inferior entre sus dientes.

—Hola.

—Creía que me habías colgado —le dije.

—Y te colgué... porque necesitaba verte.

—Pues ya estoy aquí. ¿Ahora qué?

—Suéltate el pelo, por favor.

—Córtatelo tú.

Los dos nos echamos a reír.

—No cambies de tema. Por favor..., suéltate el pelo.

Tiré de la goma y después me ahuequé un poco los mechones con los dedos. Pablo emitió una especie de gemido contenido. Se movió y atisbé a ver la piel de su pecho..., no llevaba camiseta.

—¿Estás desnudo? —bromeé.

—Aún no. Pero puedo estarlo si tú me lo pides.

—¿Qué es esto? ¿Cibersexo?

—¿Qué importa lo que sea? —Sonrió—. Quiero follarte muy lento.

Pestañeeé y Pablo se echó a reír.

—Ahm... —musité.

—Quiero desnudarte, tenderte sobre la cama y metértela hasta que no quepa nada más dentro de tu cuerpo. Que me engulla lo húmeda que estás.

Mi respiración empezó a agitarse. La suya también.

—Me gusta —le dije sin saber qué más decir.

—Cuéntame un secreto, Martina..., algo que nadie sepa y que te ponga cachonda.

Tragué saliva.

—Esto sería infinitamente más fácil por teléfono, sin vídeo. —Sonreí notando cómo me ardía la cara.

—Pero infinitamente menos divertido. Venga..., dilo. Yo ya lo sé.

—¿Qué sabes?

—Cosas que te gustan. —Y su sonrisa fue tan... de todo lo bueno de este mundo...

—¿Como qué?

—Como que te digan cosas sucias..., cosas muy sucias.

Me mordí el labio.

—Para, Pablo. —Jadeé.

—No quiero. —Sonrió—. Quiero decirte esas cosas.

—Déjalas para otra ocasión.

—Quiero follarte a pelo y correrme encima de tu vientre.

Los labios de Pablo pronunciando aquello fueron demasiado. Su mirada turbia por el deseo..., no había visto nada más apetecible en toda mi vida. Mierda. Estaba muy caliente.

—Martina... —susurró.

—¿Qué?

—Tócate. Para mí.

Aparté la colcha de una patada. Por Dios. Estaba cociéndome viva.

—No sé si sabré hacer esto —le contesté.

—Es la primera vez que lo hago, pequeña. No es que yo tenga mucha experiencia.

—¿Por qué me pides que me... toque?

—Porque me ardes en las venas.

Cerré los ojos y me retorcí.

—¿Te gustaría? —preguntó llamando de nuevo mi atención.

—¿Tocarme?

—Sí.

—Sí.

—Hazlo.

—¿Lo harás tú también?

—Sí. ¿Quieres verlo?

Negué con la cabeza. Luego asentí. Me tapé la cara con un pedazo de almohada y me eché a reír nerviosa.

—Vale..., poco a poco, nena. Acaríciate. No tienes por qué enseñármelo. Solo... hazlo. —Metí la mano entre mis piernas y presioné, lo que envió una descarga eléctrica por todo mi ser—. Eso es. Dime..., ¿te gusta?

Mis dedos sortearon la tela de mi ropa interior y me acaricié arriba y abajo.

—Sí —gemí.

—¿Estás húmeda?

Su respiración y cierto movimiento en el móvil que sostenía me hicieron pensar que él también estaba acariciándose.

—No tanto como cuando estoy contigo. —Solté, y en medio de un gemido se

coló una sonrisa.

—Quiero llenarte —respondió—. Follarte con la boca, con los dedos, con mi polla enterrada dentro de ti..., quiero correrme encima de tus tetas.

Puse hasta los ojos en blanco. Cómo me estaba poniendo...

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —me pregunté en voz alta.

—Queriendo llegar. ¿Qué te gustaría que te hiciera? Dímelo..., dime con qué fantaseas.

—No se me da bien...

—Quiero verte.

Alejé el móvil y enfoqué un poco hacia abajo, donde mi mano se adivinaba debajo del tejido de las braguitas, pasando de largo por la zona donde los pezones se clavaban en la camiseta. Pablo gimió y su respiración se aceleró más. Me enfoqué la cara de nuevo y retorciéndome le pedí que me enseñara lo que estaba haciendo.

La imagen se movió y vi aparecer su pecho desnudo, donde brillaba su *piercing*. Siguió bajando y su ombligo dio paso a la línea alba desordenada y después..., joder. Su mano acariciaba despacio pero firme su erección, subiendo y bajando la piel que dejaba al descubierto la punta brillante. Me retorcí de gusto. Su cara apareció de nuevo, con una sonrisa atrapada entre sus dientes. Empezó a jadear.

—Martina... —Cerró los ojos—. Me matas, me ardes..., Dios..., es que hasta me dueles. Te imagino encima de mí y creo que me muero...

—¿Y si lo hacemos y es peor que nuestras fantasías?

—Es imposible.

—¿Por qué?

—Porque has tenido mi polla en la boca y estoy a punto de correrme solo de acordarme. De eso y de cómo te sentaste encima de mí para que te lamiera. Joder, Martina..., quiero hacerte de todo. Quiero que grites. Quiero que te corras.

Cerré los ojos y me dejé llevar por sus palabras.

—A la mierda todo. Solo quiero meterme en la cama contigo y no salir jamás. Joder..., gime más fuerte —me pidió.

—No quiero que me oigan.

—Que te oigan y se mueran de envidia. Haz que me muera por no ser quien te está tocando.

—¿Te gustaría tocarme?

—¿Tú qué crees? —preguntó burlón—. Tocarte. Lamerte. Penetrarte. Tirar de tu pelo. Morder tus pezones.

—¿Y si mordiera yo los tuyos?

—Dios..., me corro. —Cerró los ojos.

Ese solo gesto sirvió para catapultarme hasta el techo. Gruñí y tuve la tentación de soltar el móvil para agarrar con fuerza las sábanas, pero no pude perderme la expresión de Pablo mientras se corría, boqueando desesperado por conseguir oxígeno, gimiendo, gruñendo, jadeando. Bajó la mano que sostenía el móvil y vi su

boca, su cuello, su pecho y unas gotas perladas salpicarle el estómago. Por el amor de Dios. Me corrí diciendo su nombre, suavemente, casi de manera inaudible, temblando entera. Cogí aire, tiré el móvil encima de la cama y me arqueé para absorber todo el placer que me escalaba por la espalda. Le escuché maldecir y en un gesto involuntario me reí.

—Oh, joder. No te rías, que me enamoro —dijo su voz entre mis sábanas desordenadas.

Me levanté de la cama y fui al cuarto de baño tratando de hacer poco ruido. Enajenación mental transitoria, le llaman, porque no me di cuenta de que había dejado a Pablo colgado en una videoconferencia. Yo solo estaba relajada, temblorosa..., recién corrida, joder. Felicidad poscoital sin necesidad de coito. ¿Habría algo mejor? Sí, claro que sí. Terminar riéndome de aquella manera con él aún encima de mí y mi interior temblando y apretándole.

Me lavé con tranquilidad, me cepillé el pelo enredado y me refresqué la cara con agua fría. Me dio tiempo hasta de cambiarme la ropa interior de camino a la cama. Me había olvidado de todo por completo, hasta el punto de sorprenderme cuando escuché canturrear a alguien. ¡El móvil! Al verme aparecer de nuevo frente a la pantalla, Pablo sonrió.

—Menos mal. No sé ni el tiempo que llevo mirando el techo de tu cuarto.

—Yo..., eh..., me olvidé de ti.

Los dos nos echamos a reír.

—¿Eso harás cuando nos acostemos? ¿Te darás la vuelta y te olvidarás de mí?

—Ah, pero... ¿eso va a pasar?

—Incluso ahora que acabo de correrme no puedo pensar en otra cosa. Ha sido brutal. Solo ha faltado tenerte aquí.

—Nunca antes había hecho esto.

—Ni yo.

La luz de la habitación de Pablo había bajado de intensidad. Probablemente había apagado la general para encender solo la de la mesita de noche. Sus ojos parecían más cálidos. Pablo era..., era tan..., no sé. Auténtico. Intenso. Suyo. ¿Qué pasaría si de verdad viniera a la fiesta? ¿Podríamos estar allí, relacionándonos con los demás toda la noche, sin necesidad de meternos la lengua en la boca y lamernos? ¿Se quedaría a dormir después? ¿Follaríamos por fin? ¿Habría aceptado por compromiso?

—Oye, Pablo..., sobre lo de la fiesta... —Me sonrojé.

—¿No irás a retirarme la invitación ahora que ya tienes lo que querías de mí?

—Yo no tengo nada —contesté con un bostezo.

—Es tarde, pequeña.

—Sí —asentí.

—Iré a esa fiesta siempre que tú quieras que vaya. Podemos divertirnos.

—Tengo la intuición de que Amaia te caerá bien.

—Y yo. ¿Me invitas a dormir contigo?

—Ya te he dicho que podemos llegar a un acuerdo.

—No. —Sonrió—. Ahora.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Teletransportación?

—Algo así. Deja el móvil sobre la almohada. Sujétalo con un cojín.

Rescaté un almohadón del suelo y parapeté el móvil con él. Sonreí al ver que se sujetaba mientras yo apoyaba la cabeza.

—Y ahora... duérmete. —Y sus ojos brillaron.

—¿Vas a estar ahí?

—Sí. Me fumaré un pitillo y colgaré. Me gusta verte dormir. Me relaja.

—Esto es raro —dije más allá que acá. Los párpados me pesaban tanto...

—¿Qué no lo es?

—Sentirte... —respondí balbuceando. Abrí los ojos asustada, pero tenía tanto sueño..., un pestañeo.

Cerraría los ojos solo un segundo..., solo un segundo...

—Duerme, pequeña. Sueña con hacerme arder...

FUEGO Y DESAPARECER

CUANDO salí de mi dormitorio al día siguiente, Sandra estaba en la cocina tomándose un café y fumando. Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa sorprendida.

—Vaya..., ¡qué carita! Hacía tiempo que no sonreías así. ¿Te tomaste al final las pastillas para dormir que te recomendé?

—No. ¿Quieres un bollito?

—¿Casero?

—Claro.

Saqué del horno un plato con unas medianoches caseras que había hecho después de que se fuera Pablo el día anterior. Dios..., ¿estaba colgándome? Hasta el tiempo se medía en función de cosas que tenían que ver con él. Las dejé sobre la mesa y me volví para prepararme un café. Sandra se terminó el cigarrillo en silencio y yo me senté a su lado, a dar vueltas al líquido de mi taza.

—Martina...

—¿Uhhh?

—Amaia me dijo ayer que..., que Pablo te gusta. ¿Es verdad?

—No suelo acostarme con tíos que no me gustan.

—¿¡Os habéis acostado ya!? —preguntó preparada para ponerme de vuelta y media si le decía que sí y ella no sabía los detalles.

—No exactamente. Bueno..., ya sabes. ¿Cómo lo llama Amaia? Hemos... cochineado.

—¿Anoche también?

—Anoche lo hicimos por videollamada. —Y me sonrojé.

—Joder..., ¿le llega la chorra?

La miré con intención de reprenderla, pero me hizo gracia y dejé salir una carcajada con la boca cerrada a modo de pedorreo.

—Me vuelve un poco loca, este Pablo —confesé.

—Ya sé que ahora mismo no tengo mucha credibilidad para dar consejos y eso pero...

—¿Por qué no vas a tenerla?, ¿porque eres una okupa? —Sonreí.

—Sí, esas cosas. Pero escúchame, Marti..., tú vienes de una relación muy larga con Fernando y... muy seria. Estás habituada a relacionarte con los hombres de una manera muy determinada y este no tiene pinta de buscar una novia. A decir verdad tiene pinta de vivir en una autocaravana.

—¡No tiene pinta de vivir en una autocaravana! —me quejé divertida.

—Bueno..., una camicaravana. En serio, Martina..., este tío es un «viva la vida» emocional.

—Ya, ya lo sé. Yo... en realidad hace solo unos meses que rompí definitivamente con Fernando.

—Hace casi un año.

—Sí, bueno, pero seguíamos viviendo bajo el mismo techo. Y tengo la sensación de que... acabo de salir de un cascarón. Quiero vivir cosas y Pablo es..., es tan intenso. Y quiere divertirse, sin complicaciones, y a mí me apetece probar.

—Sientes que quieres dejarte llevar.

—Algo así. —Agaché la mirada avergonzada a mi café.

—Sí, te entiendo... —Su tono cambió y se volvió mucho más pizpireto—. Me pasa lo mismo con Javi. ¿Crees que a él también le gustará decir guarradas por teléfono?

Había que quererla por obligación.

Como venía siendo costumbre en los últimos días, pasé mucho tiempo frente al armario, preocupada por escoger algo que no me hiciera parecer demasiado estirada. No es que mi estilo fuera muy clásico o formal..., es que no tenía estilo. Siempre he sido muy pragmática, incluso con la ropa. Quería estar cómoda, no enseñar demasiado y parecer lo más normal posible, y si con eso pasaba desapercibida y nadie me miraba, mejor que mejor. A Fernando siempre le dieron igual los conceptos estilísticos, pero claro, tampoco tenía un estilo determinado fuera del de «treintañero sexi». Y ahora que me cruzaba con alguien como Pablo, que me hacía sentir tan viva y que tenía tan claro qué imagen de sí mismo quería dar (y no tenía nada que ver con pasar desapercibido precisamente), yo me sentía sosa a más no poder. Total, tanta vuelta a la cabeza para terminar poniéndome unos pantalones vaqueros negros, mis Converse bajas de color hueso y un jersey con rayas blancas y negras. Eso sí..., la coleta, más tirante imposible, porque había algo erótico en ese juego que nos traíamos Pablo y yo con mi pelo. Que solo me hubiera visto con la melena suelta en circunstancias sensuales lo hacía todo un poco más interesante. Me apetecía que siguiera siendo así.

Cuando entré en El Mar aún no había nadie por allí... o eso me pareció, porque al escuchar mis pasos Pablo salió de su despacho. Llevaba una camisa holgada negra con un pequeño jaspeado en blanco, unos pantalones pitillo negros y unos botines del mismo color. Se había peinado un mínimo y llevaba el pelo apartado de la cara hacia un lado, dejando ondas sueltas en la punta de sus mechones. Estaba espectacular. Al verme me sonrió..., y qué sonrisa, por Dios. Casi me mató.

—Buenas *tarses* —dije nerviosa, trabándome. Tenía la boca seca.

—Por ejemplo. —Se rio.

Fui avergonzada y con la cabeza gacha hacia el vestuario y escuché el sonido de

la suela de sus botines seguirme. Se me hizo un nudo el cuerpo entero. Entré, él se paró en la puerta, me cogió de la mano y tiró de mí hasta el pequeño cuarto de baño que había dentro. Echó el pestillo en cuanto los dos estuvimos dentro y, con las palmas de las manos en mis mejillas, me besó. Mis dedos se enredaron entre su pelo y nuestras lenguas hicieron el resto.

—Mmm... —Escapó de su garganta.

La punta de mi lengua recorrió sus labios y la suya violó la intimidad de mi boca con intensidad. Un beso húmedo y profundo, de los que dejan sin respiración, que se acompañó de un movimiento que me levantó del suelo. Rodeé sus caderas con mis piernas y me aplastó contra la pared.

—Pablo...

—No hay nadie.

—Empezarán a llegar en breve.

—Me da igual. —Sonrió de lado, canalla.

Volvimos a besarnos y me dejó en el suelo para darme la vuelta, aplastar su boca contra mi nuca despejada y atrapar mis pechos entre sus manos.

—Joder, Martina..., pequeña. Déjame tocarte.

La derecha se coló por la cinturilla de mi pantalón y buscó el interior de mis braguitas. Apoyé la frente en la pared y me desabroché el botón de los vaqueros para que tuviera más espacio para mover los dedos. Cuando llegó a mi clítoris, me retorció, pero sus dedos siguieron hacia abajo, hasta que dos de ellos se colaron en mi interior.

—Estás empapada... —Jadeó—. ¿Es por mí?

—Sí —gemí.

—A la señorita control le gusta que la folle con los dedos, ¿eh?

Puse los ojos en blanco y apoyé la cabeza en su hombro.

—Estás tan prieta que te siento hasta en la polla... Quiero que te corras. Quiero que te corras como lo hiciste anoche.

—Más rápido. Más..., más —gemí.

Sus dedos se precipitaron dentro y fuera de mí con velocidad y mis piernas empezaron a temblar. Mi mano derecha se unió a la fiesta y me acaricié el clítoris.

—Quiero follarte —susurró muy cerca de mi oído—. Pero quiero hacerlo en mi cama, para que tu olor se quede en las sábanas. Quiero follarte toda una noche entera.

—Ah...

—Córrete. Ahora córrete rápido. Empápame la mano. Apriétate a mi alrededor.

Aceleré el movimiento de mi mano y me froté contra su entrepierna. Sus dedos siguieron penetrándome con ritmo, fuerza y velocidad. Con la otra mano tapó mi boca para que mis gemidos no salieran de aquellas cuatro paredes y le mordí.

—Eso es..., eso es..., palpitas..., córrete.

Mi mano izquierda se estampó con fuerza sobre los azulejos de la pared y los dedos se retorcieron cuando me corrí, moviéndome contra su cuerpo. Estaba duro pegado a mi culo. Y yo quería hacerle tantas cosas para que dejara de estarlo..., con

mi boca. La vista se me nubló y todo mi cuerpo se tensó; las piernas me flaquearon y el brazo izquierdo de Pablo impidió que acabara de rodillas en el suelo. Cuando apartó la mano de mi boca, los jadeos finales escaparon y llenaron la pequeña estancia.

—Qué ganas te tenía, pequeña...

Me volví, me arrodillé y sin pensarlo mucho le desabroché el cinturón y el pantalón.

—¿Me la vas a chupar? —preguntó con la mirada empañada.

—Sí.

Bajé un poco el pantalón y después saqué su erección de la ropa interior negra. Me la metí en la boca sin protocolo y succioné. Me sujetó la cabeza a él y llegó hondo, hasta mi garganta. Sus dedos se dedicaron entonces a localizar la goma de mi pelo y a deshacerse de ella. Tuvo la suficiente sangre fría en el momento para colocársela en la muñeca antes de volver a sujetar mi pelo y tirar de él.

—Así, nena, así..., húmedo, hondo..., más rápido.

La saqué y lamí desde la punta hasta la base, lo que provocó que Pablo pusiera los ojos en blanco.

—Tócame..., no pares. Me pones tan cachondo que ya estoy a punto.

La agarré y subí y bajé la suave piel. El resto lo metí en la boca y seguí chupando, acompasando la succión con el movimiento de mi mano. Pablo apoyó la cabeza sonoramente contra la puerta.

—Joder..., me corro. En tu boca...

—¿Pablo? —Se escuchó decir desde fuera.

Le miré, allí arrodillada.

—¿Qué? —contestó con la voz estrangulada mientras mi lengua se paseaba por la punta.

—Tienes visita —dijo Alfonso al otro lado de la puerta.

—Ahora salgo.

—Ya, ya me imagino que no vas a quedarte ahí toda la noche.

—Qué gracioso estás... —Y se mordió con fuerza el labio después para controlar sus gemidos.

—El caso es que... no es una visita agradable.

—Me voy..., me voy... —musitó mirándome, con los dientes apretados.

—¿Qué?

—¡Que ya voy, joder! ¡¡Me cago en la puta!! —Y la última expresión no era una queja, sino resultado de la intensidad con la que yo estaba entregándome a la mamada.

Pablo empujó con las caderas hacia el fondo de mi boca.

—Quiero follarte la boca hasta que se acabe el mundo —susurró.

—¿Estás bien?

—¡¡Joder, Alfonso, que ahora salgo, cojones!!

Levanté su polla con la mano y pasé la lengua por debajo. Él se apresuró a volver a meterla dentro de mi boca y tras unos segundos se tensó para lanzar a mi garganta el primer disparo de semen. Golpeó con el puño derecho la pared. Le miré mientras recogía el resto de su placer; tenía la cabeza apoyada contra la puerta, los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Cuando terminé, besé la punta y me levanté de un movimiento ágil. Todo mi pelo se movía libremente y me sentí casi desnuda.

—¿Me devuelves la goma del pelo? —pregunté antes de morderme con suavidad el labio inferior.

—No. —Sonrió—. Es mía.

Besó mi cuello y se quedó allí apoyado.

—Dios..., qué coñazo de Alfonso.

—Devuélvemela. Me siento desnuda con el pelo suelto.

Levantó la cabeza y sonrió.

—Pues eso no puede ser. Vas a tener que acostumbrarte a llevar el pelo suelto.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

Me tocó la nariz en un gesto cariñoso y después se concentró en abrochar su pantalón y el cinturón.

—A ver qué mierdas quiere este.

—Te veo luego.

—Claro. —Me guiñó un ojo.

Un beso en mi frente y desapareció tras la puerta... Un minuto más tarde, yo también salí de allí. Cogí mi cepillo de dientes de viaje del bolso y me los lavé. Me arreglé el pelo como pude sujetándolo en un moño con una pinza y salí hacia la cocina. Carolina se me quedó mirando con cara de sorpresa cuando me reuní con ella frente a nuestra mesa de trabajo.

—¿Dónde estabas?

—En el baño, perdona.

—¿Has escuchado los gritos? —Y en su cara no había reproche por haberme retrasado, sino necesidad de compartir con alguien su inquietud.

—No. ¿Qué gritos?

—Bufff... —Rebufó con cara de preocupación—. La que se nos viene encima, Martina.

—¿Por?

—Pablo —contestó crípticamente.

¿Alguna discusión con Alfonso? Pero Alfonso estaba por allí, ocupado con sus cosas.

—¿Con quién discutía?

—No lo sé. Pero...

Pablo cruzó la cocina procedente del salón en dos zancadas y se encerró en su despacho. El portazo nos dejó a todos con la misma cara de susto.

—¡Joder! —gritó desde dentro.

Un golpe sordo dentro. Otro. Otro. ¿Qué era aquello? ¿Estaba dando puñetazos contra las paredes? Alfonso trató de disimular sus prisas, pero acudió corriendo haciéndole un gesto a Marcos, el otro jefe de cocina. Después entró sin pedir permiso.

—¡¡Déjame!! —Se escuchó bramar a Pablo.

Otro golpe. Otro. Otro. Una voz calmada, la de Alfonso, seguro, que decía cosas que no llegaban a ser inteligibles desde allí. Todos mirando hacia la puerta cerrada. Silencio. Más silencio. El personal cada vez más nervioso. Pero ¿qué coño había pasado? Hacía apenas cinco minutos Pablo y yo nos deshacíamos dentro del pequeño cuarto de baño. Él estaba tranquilo, cariñoso e incluso bromista. Como siempre. La puerta del despacho se abrió de golpe y Pablo salió con la chaqueta en la mano, rojo y con la vena del cuello marcada. Todos bajaron la mirada, pero yo no pude evitar fijarme en que los nudillos de la mano derecha sangraban.

—Pero... ¿qué...?

—Calla —musitó Carolina mientras fingía estar muy concentrada en los ingredientes que reposaban sobre la mesa de trabajo.

Otro portazo en la puerta de servicio y el silencio total dentro de la cocina. Todos respiraron por fin, como si la plantilla al completo hubiera estado conteniendo la respiración. Y no se habló de ello. Y aquella noche, mientras yo miraba sin cesar la puerta esperando verlo volver, todo el mundo estuvo mucho más callado que de costumbre. No se escucharon carcajadas, ni guasas..., solo comandas. Y no..., Pablo no volvió. Alfonso y Marcos se hicieron con el control de todo como si estuvieran permanentemente preparados para ejecutar un protocolo de emergencia; como si estuvieran acostumbrados a que aquello pasara de vez en cuando. Y yo me sentí una imbécil por ser la única que no sabía qué significaba aquello, aunque empecé a imaginar que algo tenía que ver con la fama de Pablo de ser poseedor de un carácter explosivo.

LA DESILUSIÓN

ESE día, al llegar a casa, quise disimular un desánimo que no entendía y me dejé llevar por la ilusión con la que Amaia hablaba de la fiesta de inauguración del piso. Sí, allí estaba despierta aún ultimando detalles, tan emocionada que pensé que tendría que darle un biberón con leche caliente y Valium para que durmiera aquella noche. Sandra se unió después, cuando salió de su habitación como una artista del Hollywood dorado, bata larga a conjunto con el pijama, y nos anunció que el bueno de su padre le había conseguido unas clases particulares que le darían algún dinero. Parecía que las cosas empezaban a marchar... si no fuera porque..., bah, daba igual. No quería pensar demasiado en ello.

Habíamos decidido reunir a algunos amigos para «celebrar» nuestra convivencia en el piso el siguiente jueves por la noche porque, según las chicas: «los jueves son los nuevos viernes». Que me perdone todo el mundo, pero si ya hay un viernes... ¿para qué necesitamos uno nuevo? En fin, cosas que no entiendo porque soy marciana. La cuestión es que la gente iría apareciendo y haríamos una cena tardía cuando yo llegara después de trabajar, aunque esperaba poder escaparme en cuanto terminara de servir mi partida; Amaia no trabajaba al día siguiente y Sandra..., bueno, Sandra va aparte. Tampoco esperábamos que fuera un fiestón.

Entre pensar en todas las mierdas de las que me tenía que ocupar (que eran muchas, cómo no) y el rollo de Pablo, pasé una noche toledana de las que no deseo ni a mi peor enemigo.

Al día siguiente nadie se dio cuenta de mis ojeras y si las vieron, no hicieron mención. Hicimos un grupo de wasap y una convocatoria de evento por Facebook, que al parecer era lo que se tiene que hacer en estos casos, según Amaia y Sandra. Lo titulamos «Cena tardía en la guarida de las ladillas enfurecías». Yo no estaba demasiado de acuerdo, pero no tuve ni voz ni voto. Después se pusieron a discutir si Facebook estaba de capa caída y si Instagram iba a ser el no va más, mientras yo miraba con cara de no entender nada. A veces me siento una octogenaria. Eso sí, mis ojos iban sin querer hacia mi móvil porque... no, no había recibido noticia alguna de Pablo.

No quiero entrar en detalles pero... aquel día fue un infierno. Sin noticias de Pablo. Sin noticias de lo que lo había hecho marcharse dando portazos y con los nudillos sangrando. Sin saber nada de él después de haberle hecho una mamada en el baño del trabajo. Por el amor de Dios, ¿a quién se le ocurría? ¿Por qué me ponía tan loca con él? ¿Por qué no podía controlar mis actos y sobre todo... por qué no podía

controlar mi pensamiento? Cada cinco minutos pensaba en él. Y yo quería divertirme. DIVERTIRME. No preocuparme.

—¿No se sabe nada de Pablo? —le pregunté a Carolina tratando de sonar despreocupada.

—No. He escuchado a Alfonso hablando por teléfono y he supuesto que era con él.

—¿Y qué le decía?

—Repetía sin parar «tranquilo». No creo que venga en unos días, la verdad. Y reza por que así sea.

El fin de semana pasó entre «¿compramos guirnaldas?» y «no tenemos copas de gin-tonic». Hacer la compra. Limpiar la casa. Sacar alguna ropa de entretiempo de la caja que tenía bajo la cama y demás tareas anodinas con las que ocupar las horas mientras no sabía nada de Pablo. En el fondo me sentí molesta. Tendría que haber pensado en cómo me sentiría, ¿no? Por muy grande que fuera el follón que le había hecho darse de puñetazos contra la pared de su despacho. Ostras... eso no me gustaba nada.

El martes Alfonso nos anunció que Pablo estaba atendiendo otras obligaciones y que no pasaría por allí. No pintaba bien. Desaparecido en combate. No se lo conté a Amaia y Sandra hasta esa noche, cuando ultimábamos lo que tendría que cocinar porque, claro..., yo cocinaba. Y ellas disfrutaban. Las dos estuvieron de acuerdo en que era totalmente lícito mandarle un mensaje preguntándole si finalmente vendría a la «cena tardía», pero... no me vi con fuerzas. Al parecer soy una mujer muy echada para adelante cuando la temperatura asciende, pero era incapaz de mandarle un mensaje a alguien que me gustaba. Sí, Pablo me gustaba. No..., me encantaba. Menos cuando se comportaba como un crío inmaduro y autodestructivo que, comido de rabia, se pega de tortas contra un muro. ¿Qué le habría pasado? Creía que yo también le gustaba a él, pero tuve que aceptar que probablemente estaba equivocada cuando el miércoles tampoco estuvo con nosotros durante el pase. Se había pasado por la mañana y se notaba. Había dejado indicaciones en nuestra mesa, en una nota profesional pero escueta, informándonos de que había habido una confusión con uno de los proveedores y no teníamos setas shiitake. Reformulaba la receta y firmaba, sin más.

La fiesta, la fiesta, la fiesta. No pensar en Pablo. Así que en pro del bien común invité a Fer a última hora, por eso de tener apoyo moral por si acaso Pablo no aparecía.

Me era imposible terminar de implicarme en la (puta) cena (de mierda) que pasó de provocarme cosquillitas en el estómago a unas náuseas horribles. Pero claro, Sandra y Amaia estaban que no se aguantaban de ganas, emocionadísimas. Tenían pensado que fuera (y ahora las cito textualmente) una reunión íntima que terminara con ellas entregadas al noble arte del fornicio. Con Javi y con el amigo de Javi que iba a venir, para más datos. Me consta que sobre el pobre se había cernido una

semana de preguntas sobre esa cita a ciegas que Amaia iba a tener con uno de sus compadres. Fascinante la paciencia suprahumana de ese chico.

La cuestión es que estando ellas tan concentradas en la parte del ceremonial de coqueteo previo al coito, yo me quedaba como responsable del *catering*, de las bebidas, de entretener al resto de los invitados que venían claramente de bulto y de recoger, ya que estábamos..., lo que provocó alguna que otra discusión. Bueno, admito que llegamos a zurrarnos con algún cojín por el tema. Yo estaba un poco nerviosa, he de admitir. Sandra insistió en que lo mejor sería que invitara a alguien a quien me quisiera calzar yo también y asunto resuelto... «Hola Sandra, la persona a la que me quiero calzar ha desaparecido después de prometerme que vendría y... de chupársela».

Y al final, de los veinte invitados contabilizados en un primer momento por Amaia, terminaron confirmando cinco, entre los que no estaba, por supuesto, Pablo Ruiz. No puedo decir que perdiera la fe. A decir verdad, soy gilipollas y hasta el último momento pensé que aparecería en El Mar con una sonrisa, una camisa horrible y algún comentario pervertido en su boca perfecta. Pero el jueves por la noche Alfonso nos anunció de nuevo que Pablo había tenido que encargarse de algunos temas fuera del restaurante y que no vendría. No lloré por vergüenza.

—No pongas esa cara. Es mejor. Y reza por que no vuelva hasta que se le pase — musitó Carolina.

Mierda. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no me atrevía a llamarle y lo aclaraba? Y sobre todo... ¿desde cuándo a «Martina cara palo» se le notaban ese tipo de desilusiones en la cara?

Fer me esperaba en la puerta de servicio de El Mar a las doce menos cuarto. Alfonso me dijo que me podía ir sin problema y me metí en el coche de mi ex con la mirada perdida, olvidándome hasta de saludar.

—Hola, ¿eh? —me dijo burlón.

—Ah, sí. Hola. —Me incliné y le di un beso en la mejilla.

—¿Pasa algo?

—Un poco..., estoy... —Pensé lo que pensé—. Dame un segundo. Tengo que hacer una llamada.

Rescaté el móvil del fondo del bolso y marqué el teléfono de Pablo. Dio un tono, dos..., el corazón me iba a dos mil revoluciones. ¿Y qué iba a decirle si contestaba? Cinco tonos. Seis.

—Hola, ahora mismo no puedo o no quiero atenderte. Deja un mensaje y te devolveré la llamada. O no.

«O no».

—Hola..., soy Martina. Solo quería saber si todo va bien. Hace varios días que no pasas por la cocina y..., bueno. Ya sabes. Si quieres..., llámame.

Colgué. Me di un cabezazo contra el cristal de la ventanilla y le pedí a Fer con un hilo de voz que arrancara.

Nos costó poco aparcar cerca de la puñetera puerta de casa e incluso vigilé que entre los coches no estuviera el de Pablo. Yo era imbécil y no lo sabía, ese es el resumen. Cuando ya estábamos en el ascensor me llamó la atención que Fer viniera cargado con una mochila llena hasta los topes, y al preguntarle me dijo que era ropa para cambiarse.

—¿No querrás que cocine con la misma ropa con la que voy a acudir a una fiesta de este calibre?

—No tienes que cocinar. Se supone que Sandra y Amaia lo habrán preparado ya todo. Les dejé indicaciones precisas de lo que debían hacer.

—No me fío.

Le miré con desaprobación. Bien sabía yo que si llevaba encima esa mochila era porque aspiraba a quedarse a dormir.

—Esta noche vas a dormir en tu casa —le aclaré.

—¿Quién ha dicho lo contrario? —preguntó con sorna.

—Tu mochila.

—Si me quedo, tampoco pasa nada —objetó.

—No hay cama para ti, pero siempre puedes dormir en el sofá. Sí, en ese sofá en el que seguro que se te salen los pies.

—Somos amigos, ratón, no creo que haya ningún problema en que duerma contigo.

—Existe el problema de que tú y yo fuimos pareja y ya no lo somos, ¿sabes?

—Pues mira, más confianza. No habrá nada que no haya visto ya. Además, compartimos cama durante meses después de romper.

—Y así nos fue. No insistas. Tú en tu casa y yo en la mía. Dios en la de todos.

—Claro, claro.

Lo único que estaba claro es que Fernando terminaría quedándose. *Modus operandi*. Lo conocía desde hacía más de diez años... Amaia nos recibió como un perrillo.

—Están al caer —dijo emocionada.

—¡Estás muy guapa, Amaia! —exclamó Fer.

—Lo dices como si te sorprendiera, cretino.

Se dieron un beso en la mejilla.

—¿Quiénes vamos a ser? —preguntó Fer.

—Pues esta tarde mi amiga Esther, la que venía con su novio de bulto y su hermana pequeña, también se han rajado. El novio ha cogido la enfermedad esa que pica mucho —comentó resuelta Sandra.

—¿Ladillas? —preguntó Amaia.

—Digo yo que será la varicela.

—Eso.

—Pues me da que seremos seis —dije—. Tres parejas, ¿no, chicas?

Amaia y Sandra aplaudieron y se chocaron las manos.

Casi no me dio tiempo ni a cambiarme. Nuestra cena marciana convocada a las doce y media de la noche estaba ya en marcha. Cuando sonó el timbre, Amaia fue quien corrió a abrir la puerta para encontrarse con Javi y conocer al que podría ser «el hombre de su vida». A peliculera creo que no le gana nadie. Javi y su amigo venían cargados con varias botellas: dos de vino y una de ginebra buena. Con eso y con un saco de decepción para Amaia, me temo. La cita a ciegas de esta se llamaba Raúl. Tenía el pelo castaño claro, la piel blanca, los ojos claros y pinta de ser un inglés pasando las vacaciones locas en Mallorca (y también de haber ingerido una cantidad brutal de paellas). No era muy alto, estaba un poco contrahecho y, más que pinta de seductor, tenía aspecto de colegial de los que pasan más rato del debido conociendo su cuerpo.

—Hola —le dijo sonriente—. Soy Raúl. Muchas gracias por invitarme.

Los dos se miraron de arriba abajo y Amaia sintió que iba a morir. No le gustaba nada. No había química ni pasión ni el cosquilleo premonitorio que señalaba que ahí empezaría una historia de amor. Miró después a Javi, que le sonrió, orgulloso de haberle llevado a un amigo soltero con el que pudiera encontrar el amor. Amaia le lanzó una llamarada desde sus ojillos y los dejó pasar.

Javi se quitó el abrigo en el salón mientras miraba a Sandra. No se había fijado demasiado en ella cuando habían coincidido, pero lo cierto es que ella está bastante buena y no creo que ningún chico abierto a conocer a alguien no le viera algo interesante. Para terminar de arreglar la situación Sandra-Javi, él estaba muy mono. Monísimo hasta para mí, que tenía la cabeza puesta en otra cosa (PABLO, así, en mayúsculas). Llevaba unos pantalones color arena y camisa vaquera. Daban ganas de comérselo a pellizcos. Creo que escuché el gorjeo en la garganta de ella desde donde estaba (y el gruñido de rabia de Amaia también).

Al ver que al final solo íbamos a ser seis decidimos sentarnos a la mesa a cenar en condiciones y abortar la misión de hacer de aquello algo tipo cóctel. Servimos mucho vino y como nadie se animaba a hablar, Fernando cogió las riendas de la situación preguntándoles a Raúl y a Javi a qué se dedicaban.

—Yo soy enfermero —dijo Javi mirando de reojo a Amaia, que no disimulaba su disgusto—. Trabajo con Amaia.

—¡Dios! ¿Todo el día? —preguntó Fer.

—Sí. —Se rio Javi—. Todas las horas que dura el turno, sí.

—Debes de estar curado de espanto —bromeó Sandra.

Yo carraspeé. Mejor no cabrear del todo a Amaia.

—¿Y tú? —Fernando se dirigió a Raúl.

—Yo trabajo en la funeraria de mis padres.

Miré mi plato muy segura de que si cruzaba la mínima mirada con alguien de la mesa iba a estallar en carcajadas. Carcajadas nerviosas, claro. No porque trabajar en una funeraria fuera divertido, sino porque la cara de Amaia era un auténtico poema. Es lo que pasa cuando no te preocupas por gestionar tus expectativas..., sueles correr

el peligro de que la realidad te decepcione. «Por favor, Pablo, llama ahora para disculparte y decir que estás en camino».

—Qué interesante... —añadió Sandra ofreciéndole a Javi un plato con mirada seductora.

—Sí, interesante de la hostia —masculló Amaia.

—Bueno..., al fin y al cabo..., tampoco está tan lejos de nuestro trabajo. —Quiso ayudar el bueno de Javi—. Nosotros también tenemos que vérnoslas con la muerte mucho más de lo que nos gustaría. Estamos habituados a lidiar con la angustia y con...

—Claaaaro, porque siendo enfermero en la planta de alergología te enfrentas a un sinfín de odiseas luchando contra la parca —ironizó Amaia con la boca llena.

—Yo en realidad... ayudo a maquillar a los muertos..., a vestirlos y eso —aclaró Raúl.

Sandra disimuló una risita acercándose a los labios la copa de vino. Miró a Fer de reojo, suplicándole con la mirada que hiciera algo.

—Vamos a dar las gracias a la cocinera que nos ha preparado esta magnífica cena —dijo con tono jovial.

—Sí, gracias, Martina, todo esto tiene una pinta espectacular. Es cocinera en el restaurante de Pablo Ruiz, ¿sabes? —le explicó Javi a su amigo.

—¿Ah, sí? —dijo admirado, aunque probablemente no sabía ni quién era Pablo Ruiz.

Asentí avergonzada. En realidad tampoco era cocinera. Era jefe de partida en proyecto de convertirme en chef, pero bueno, que no iba a ponerme pedante con terminología farragosa. Pablo. Pablo Ruiz. ¿Dónde estaría? ¿Por qué me había dejado plantada? Un silencio recorrió la mesa. Fernando empezó a ponerse nervioso. No le gustaban ese tipo de situaciones tensas y corría el peligro de ponerse a hablar para suplir el vacío y terminar contando cosas que siempre acababan con alguna anécdota sexual de nuestro pasado, de esas que no deberían salir del dormitorio jamás.

Le miré con ojos de pánico y después a Amaia, que fagocitaba como los pavos, sin masticar. Sandra estaba alelada mirando a Javi, haciéndole caiditas de pestañas y bebiendo vino, y Javi lo que andaba era preocupado porque su amigo no se sintiera desplazado. Aquello en un principio era una fiesta, pero se había convertido en Mordor.

—Bueno, Sandra... —empezó a decir Javi—. ¿A qué te dedicas?

—Soy opositora.

—Y vaga. —Se escuchó espetar a Amaia.

Todos la ignoramos.

—En realidad he pensado que ya es momento de incorporarme un poco a la vida laboral..., ya sabes, en el ámbito privado. Así que ahora estoy buscando mi sitio.

—¿Qué estudiaste?

—Derecho. Soy abogada y tengo un posgrado en criminología.

—Mírala, le falta el CSI a la espalda para ser Grissom. La barba ya la tiene.

Fernando tosió. Amaia siempre ha sido la niña de sus ojos y le hace tanta gracia que no puede controlarse ni en situaciones como esta. Así que lancé una cox por debajo de la mesa que alcanzó al amigo de Javi en lugar de a Fer.

—Perdón —me disculpé—. Tengo el síndrome de las piernas inquietas.

—Ah... —contestó—. No pasa nada.

—Entonces ahora no tienes curro, ¿no? —siguió preguntándole Javi a Sandra.

—Voy a dar unas clases de repaso para estudiantes con dificultades de aprendizaje y con riesgo de exclusión social. —Presumió Sandra para impresionarle—. Estoy muy concienciada con el tema de la juventud.

Y fingió un gesto preocupado con morritos de pato.

—Eso suena fenomenal.

—Eso suena a falacia. Va a dar clase a una niña que no aprueba ni para atrás. ¿Por qué inventas? —le respondió Amaia, a cada rato más molesta.

—¿Y tú por qué comes sin masticar como si fuera tu último día sobre la faz de la tierra?

—¡¡Porque me da la puta gana, perra de mierda!!

—¡Es solo un consejo, Amaia! —Y si Sandra no contestó de peor manera fue porque quería seguir pareciendo mona y cándida a ojos del tío al que se quería triscar.

—¡Estás tú para dar consejo!

—Eh, eh, eh. Contrincantes. Cada una a su rincón —intercedió Fer, que ya estaba más que acostumbrado a vérselas en esas situaciones—. Bebamos más vino. Bueno, vosotras no. Nosotros.

Rellenó las copas y carraspeó.

—Si estás buscando trabajo..., mi padre está buscando a alguien que nos ayude —dijo Raúl dirigiéndose a Sandra.

—Qué pena... —contestó ella fingiendo que lo sentía de verdad—. No tengo ningún tipo de experiencia en ese campo.

—¡En ese dice! ¡¡Y en ninguno!!

—¡¡¡Oye, pero ¿a ti qué te ha dado conmigo esta noche?! —le gritó Sandra a Amaia.

Amaia se levantó muy digna de la mesa, miró al frente y lanzó un alarido. Algo así como un:

—¡¡¡¡Argghhhhhhhh!!!! —Como si estuviera loca y aquel fuera el inicio de una crisis.

Después dio media vuelta y se fue por el pasillo hasta encerrarse de un portazo dentro de su dormitorio. Todos nos quedamos en silencio en la mesa, todos menos Fernando, al que le entró la risa. Javi retiró su silla, le dio un trago a su vaso de agua y, disculpándose con todos los comensales, fue tras ella. Cri cri cri cri.

Nos miramos los cuatro sin saber qué decir ni qué hacer. Yo ofrecí más vino y me concentré en servirlo: una tarea fácil que me tuviera al menos unos segundos

entretenida. Al menos así se me olvidaba un poco lo de Pablo. Ah, no, justo era en lo que estaba pensando.

Fernando empezó a tamborilear en la mesa con los dedos, nervioso. Lo único que se escuchaba era el vino caer en las copas. Siguió riéndose, histérico por rellenar el silencio.

—Esto me recuerda a una vez en la que Martina me la estaba chupando en el coche a la puerta de la casa de sus padres y...

Me giré hacia él con la botella en la mano, diciéndole claramente con la mirada que era muy capaz de arrearle con ella y él se metió un montón de comida en la boca, callándose al momento. Sandra me miró y me hacía gestos como para que yo solucionase la situación; estaba claro que la solución para ella pasaba por que sacara a Javi del dormitorio de Amaia y lo metiera en el suyo. Pero decidí hacer otra cosa..., otra cosa loca que en realidad no tendría que haber hecho.

—¿Sabes, Raúl? Seguro que a Sandra le hace mucha ilusión que le hagáis una prueba en la empresa. Es una persona muy inquieta y esta inactividad la pone nerviosa.

Raúl sonrió a Sandra y asintió, dándolo por hecho... con un trozo de espinaca pegado a una de las palas. A ella se le escapó un gemidito lastimero y después le di una palmadita en la pierna. Ya estaba allí. El apocalipsis.

Javi se mantenía con la espalda apoyada en la puerta de la habitación de Amaia mientras ella, sentada en la cama, sollozaba sin consuelo. Él odiaba verla así, pero aún odiaba más cuando no entraba en razón y no se tranquilizaba ni siquiera para poder explicarle qué le pasaba.

—¡Déjame en paz! —farfulló ella por quinta vez—. ¡Vete!

—No me pienso ir hasta que no me expliques qué narices ha pasado ahí fuera. Y no me digas ni síndrome premenstrual ni intolerancia a la lactosa, porque te conozco.

Amaia volvió a sollozar tan fuerte que Javi tuvo que acercarse a ella. Se sentó a su lado, le pasó un brazo alrededor de la espalda y dejó que su pequeño puñito le golpeará las piernas con rabia.

—Pero ¿qué te he hecho? —le dijo acercándose a ella.

—¿Aún me lo preguntas? ¡¡Lo que me has hecho está sentado ahí fuera con un trozo de espinaca en los dientes!!

—No entiendo nada.

—¿Qué no entiendes? ¡¡Me has traído al amigo más feo que tenías!! ¡¡Estoy segura!! ¿Qué pasa? ¿No soy suficiente para los que parecen humanos?

Javi estaba tratando de no reírse, porque en realidad no le hacía gracia la situación, pero sí Amaia.

—Amaia... —Trató de explicarse, pero ella lo cortó.

—¡Ya sé que soy gorda y fea! ¡No hace falta que me lo recuerdes tratando de

emparejarme con el peor de la pandilla basura, joder! ¡¡Preferiría que no hubieras traído a nadie!! ¡Me siento humillada!

Javi se apartó lo justo para poder mirarla bien a la cara. Le puso un dedo en la barbilla y se la levantó para que sus miradas se encontraran.

—Voy a hablar, Amaia, y no me vas a interrumpir.

—¡Yo no quiero que me digas nada! ¡Quiero que salgas de mi dormitorio ya!

—No voy a salir. Si te sientes humillada es porque eres una superficial y eso me duele tanto que me dan ganas de arrancarme algo.

Ella le miró sorprendida.

—¿¡¡Encima te pones digno!?! ¡¡Vete de mi casaaaaa!! —berreó.

En el salón todos escuchamos el grito y el amigo de Javi empezó a ponerse nervioso. Fernando le animó a beberse el contenido de su copa. Hicieron un brindis y un «hidalgo».

—Hijo puta el que se deje algo —farfulló Fer antes de tragarse todo el vino.

En la habitación, Javi seguía intentando entenderse con Amaia.

—¿Por qué te he humillado? ¿Por presentarte a un amigo? ¡Es el único jodido amigo soltero que tengo! Me dijiste que trajera a alguien soltero. ¿Y yo qué sé si os vais a gustar o no? Pero ¡claro, contaba con que si no te gustaba al menos te interesarías por él como persona! ¿Qué te pasa, Amaia?

—¡¡Estás evitando la cuestión!!

—¡¡No estoy evitando nada!! —gritó también él levantándose y colocándose frente a ella.

—¿Qué pasa? ¿No tienes cojones para admitir que lo has traído porque para ti los dos estamos al mismo nivel? ¡¡Es horrible!!

—Es un muy buen amigo. Y muy divertido, pero está cortado. Yo no entiendo de hombres, Amaia. Entiendo de personas.

—¡¡Llámame fea y déjate de esas mariconadas porque desde que no eres gay ya no te pegan nada!! —Amaia se levantó porque sentada frente a él se sentía demasiado pequeña.

—¡¡Yo nunca he sido gay!! —gritó también—. ¡Y sabes de sobra que no eres fea! ¿Qué quieres? ¿Qué es esto? ¿Un ataque de baja autoestima, Amaia? ¿Soy yo responsable de eso también?

Amaia sollozó, tapándose la cara.

—Mario no me quiere porque soy bajita y redonda y tú me tratas como al contenedor del reciclaje.

—Para. Me estás ofendiendo —masculló él, paseándose por allí como un león enjaulado.

—¡Vienes aquí, con tus aires de seductor, con el orco de tu amigo, fingiendo que me quieres y me aprecias, y... me haces sentir fea!

—Pídeme perdón por lo que has dicho de Raúl y después hablaremos de lo otro. Pero date cuenta, por el amor de Dios, de lo mal que lo estás haciendo ahora mismo.

—¿Y qué pasa si no lo hago?

—¡Que me vas a decepcionar!

—Nadie decepciona a nadie. ¡¡Somos nosotros los que no sabemos gestionar nuestras propias expectativas!!

—Eso mismo te digo a ti, Amaia.

—¡A mí no me des lecciones de moralidad, don Perfecto!

—¡Yo no soy don Perfecto! ¡¡Es que cuando te pones así ni siquiera reconozco a mi mejor amiga!! ¿Te parece justo?

—¡¡No tengo que ser perfecta!! ¡¡No cargues sobre mi espalda todo el peso de lo solo que te sientes!! ¡¡No tengo la culpa de que no tengas a nadie más!!

En cuanto dejó de gritar se dio cuenta de la patada moral que le acababa de dar a Javi. La cara le cambió. Hasta sus ojos dejaron de brillar como antes. Javi se giró con intención de irse, pero ella le agarró de la muñeca.

—No... —le suplicó—. No te vayas. No, Javi, no.

—Pero ¡¡¿por qué me haces esto?!!

Y ante la atónita mirada de la pequeña Amaia a Javi le tembló la voz. Cogió aire dignamente y trató de irse otra vez, pero ella le retuvo.

—No, no, por favor. Perdóname. No debí decirte eso. No debí..., no lo pienso.

Javi se giró y la miró muy intensamente.

—Amaia..., cuando la situación con mis padres empeoró estuviste siempre a mi lado. Has hecho cosas por mí que nadie, jamás, hubiera hecho. Eras dulce y divertida. Nos lo pasábamos bien. Estabas ahí hasta cuando no estabas. —Volvió a coger aire—. Fuiste la única que no me dijo frases vacías. Fuiste la única con la que me sentí comprendido. Me has... completado. ¿Dónde está esa chica, Amaia? No la encuentro..., de verdad que desde hace un tiempo no la encuentro...

Amaia sentía que las cejas le pesaban, que el corazón se le desintegraba y que el alma le dolía. Se abrazó a él, pero Javi intentó quitársela de encima.

—Ya no me vale que me abracés, Amaia. Me vapuleas. Me tratas mal. No me siento respaldado ni comprendido... ¡ni siquiera querido cuando estoy contigo!

Amaia le soltó y se puso a llorar otra vez. Pero a llorar, llorar. Como si le fuera la vida en ello. Porque Javi era lo más grande para ella, como la Jurado.

—Yo... solo quiero —hipó entre lágrimas— pedirte perdón. —Volvió a sollozar—. Si ni siquiera consigo hacerte ver lo muchísimo que te quiero, no valgo para nada. Porque te quiero tanto que me duele. —Se secó las lágrimas llenas de rímel negro que le cruzaban la cara—. Pero soy una animal que lo único que sabe es hacerte daño.

Javi se ablandó. Rebufó y se apoyó en la puerta, de espaldas a Amaia.

—No es eso..., es que...

—¡Sí lo es! ¡Soy una borrica que insulta a tus amigos y nunca se preocupa por tu vida! Pero ¡¡si pensaba que eras gay!!

Javi se dio la vuelta y la miró. Se acercó a ella.

—Da igual. Eso da igual; lo que me preocupa es por qué lo haces. Tú no eres así.

Pero estás mal... y yo quiero ayudarte pero no me dejas.

—¿Es porque estoy gorda? —le preguntó toda llorosa, encaramándose a él.

—Amaia..., eres preciosa. Eres risueña, bonita, guapa. Tienes un pelo... y unos ojos que..., que ahogan...

Lo que pasó entonces no lo sé. Ni yo ni ellos dos. Nadie sabría explicar por qué, de pronto, los dos se miraron y no cabían palabras en aquella habitación.

—¿Me crees? —le susurró él.

—No.

Javi dibujó una sonrisa fugaz en sus labios que se desvaneció pronto, cuando ella le pidió que la abrazara y él lo hizo. Javi olió a Amaia y se acordó de las tardes tirados en el suelo de su casa, cuando hablaban y miraban al techo, y también de las cosquillas que ella le hacía con su pelo cuando se tiraba sobre él pidiéndole que le acariciara los mechones. Amaia olió a Javi y le vinieron en tropel centenares de recuerdos que llevaban impregnados aquel olor calmante y masculino. Pegó su nariz al cuello y él la abrazó con más fuerza. Se les escapó un jadeo. Los dedos de Javi se metieron entre los mechones del pelo dorado de Amaia y le levantó la cara para mirarse directamente. Amaia le miró los labios, ni demasiado finos ni demasiado carnosos. Javi miró la boca de Amaia y se preguntó si sería tan suave como parecía. Y con el tiempo suspendido en el aire...

—Oh, Dios... —Javi dio un paso atrás.

—Joder... —contestó Amaia.

—Pero ¿¡qué hacemos!?! —Y había una nota de histeria en su voz.

—Yo..., no..., no lo sé. ¿He sido yo?

—¿No he sido yo?

—No, no..., yo creo que...

—Dios..., Dios, perdona, Amaia. Esto ha estado totalmente fuera de lugar.

Unos nudillos golpearon la puerta y la voz de Sandra rompió el silencio que se había instalado de pronto allí dentro.

—Amaia, abre. Quiero pedirte perdón y que me lo pidas a mí. Si no Martina no me dejará en paz. Y el amigo de Javi quiere irse. Lleva diez minutos con la chaqueta puesta.

—Nunca nadie puede enterarse de esto —susurró Amaia—. Y ella menos aún.

—Vale —asintió él.

—Esto no ha pasado. En realidad: no ha pasado nada.

—No ha pasado nada —ratificó.

—Son cosas que ocurren cuando se es tan imbécil como nosotros.

—Totalmente de acuerdo.

—Ya salimos —gritó hacia la puerta.

Amaia fue hacia la estantería que utilizaba como «tocador» y se pasó una toallita desmaquillante por la cara para quitarse los ríos negros de las mejillas, y después hizo algo muy loco. Cogió las llaves de su coche y le dijo a Javi:

—Yo llevo a tu furbi amigo a casa. Y tú llévate a Sandra a tomar una copa. Te lo debo. Esta noche... no ha existido.

POSFIESTA

FER y yo recogimos el salón cuando las dos «parejas» se fueron. Amaia iba con los ojos como dos huevos hervidos, hinchados, a llevar al amigo de Javi a casa, y Javi le preguntó en un tono bastante meditabundo a Sandra si le apetecía pasear y tomarse algo.

—Vamos a airearnos —dijo tras frotarse los ojos, y ella se fue trotando de alegría a por la chaqueta.

En la cocina, mientras poníamos el lavaplatos, Fernando y yo nos bebíamos otra copa de vino y picábamos de las sobras. Destensado el ambiente, la comida ya no se hacía bola. Y no es por nada, pero me había lucido y estaba todo buenísimo.

—Es la última vez que monto un tinglado de estos —murmuré mirando la galleta de parmesano antes de metérmela en la boca—. Soy una persona asocial. No sé por qué me empeño en relacionarme con el resto de humanos. Después de otra cena como esta, desarrollo una psicopatía seguro.

—Tampoco ha sido tan horrible.

Cerré el lavavajillas y le miré arqueando una ceja.

—Ha sido la antesala del infierno. El ensayo general para la función satánica del apocalipsis.

—Sí. Tienes razón.

Los dos nos echamos a reír. Fer entornó los ojos, mirándome un punto muy determinado de la cara.

—Ratón..., ¿eso que llevas ahí es un *piercing*?

Me toqué la nariz instintivamente.

—Eh..., sí.

—¿¡Y eso!?! —exclamó sorprendido.

—Buf. —Suspiré—. Es una historia muy larga.

—Tengo tiempo.

—Me..., me puse un poco piripi una noche..., fuimos a una tienda de *tattoos* y terminé con un *piercing* en la nariz y... esto.

Le enseñé la muñeca y abrió los ojos de par en par.

—¡Hostias, Martina, estás adolescente total!

—Ya lo sé. —Lloriqueé—. Además la chufla de la nariz me duele.

—El *tattoo* es chulo. ¿Qué es?

—Es... —¿Se lo decía?—. No lo sé. No sé lo que es.

—¿Y con quién fuiste? ¿Con estas dos locas? —señaló hacia la puerta.

—No. Con..., uhm..., con un amigo.

Levantó las cejas y después asintió. No pareció que le afectara demasiado, es verdad, pero supongo que no se esperaba que su ex, Martina Cara Palo, se dejara llevar por la locura transitoria con «un amigo». Yo no quería confesarle que había sido con Pablo porque no quería discursitos ni broncas de padre. Lo que él fuera a decirme ya me lo había repetido yo doscientas veces. Sin embargo, después de su asentimiento y como si Fer tratase de reponerse de la sorpresa, carraspeó y preguntó:

—¿El mismo amigo al que llamaste antes en mi coche?

Levanté las cejas. Qué observador y suspicaz se había vuelto.

—Sí. El mismo.

—Ya...

Un silencio. Yo dejé el resto de la galleta sobre la encimera y se cayeron algunas migas que me puse a recoger como una posesa. Di un trago de vino después.

—Oye, ratón..., no pasa nada —dijo sonriendo—. Eres joven. No esperaba que te metieras a monja de clausura después de lo nuestro. Es solo que me sorprende verte tan «loquer». Pero me alegro.

—No salgo con nadie —le aclaré.

—Me parece bien. —Volvió a dibujar una sonrisa preciosa—. Todo lo que hagas, si te hace feliz..., me parece bien.

—Buff. —Me tapé los ojos.

Fer se echó a reír e intentó hacerme cosquillas, cosa que me solía cabrear.

—¡Ay! ¡Doña Control Absoluta! Qué poco comunicativa eres, pardiez.

Le miré de soslayo con una mezcla de diversión por escuchar la expresión «pardiez» en el siglo XXI y de frustración porque Pablo me había llamado algo parecido a «Doña Control Absoluta» antes de desaparecer. Exactamente con sus dedos en mi interior, mientras me hacía volar. Pablo. El plantón. La puta cena del infierno. Mi vida era un caos.

—No hay nada que arregle ya esta noche —dije revolviéndome el pelo—. Voy a tomar cianuro.

—A mí se me ocurren un par de cosas antes de recurrir al cianuro... —contestó él mirando el contenido de su copa bailar dentro del cristal.

Sabía perfectamente qué estaba insinuando. Lo había dejado bastante claro trayendo la bolsa con ropa para cambiarse. Me lo pensé. Me asustaba pensar que mis «citas» con Pablo Ruiz seguían demasiado presentes y que la decepción de que me hubiera dejado plantada aquella noche me doliera tanto. Pero echar un polvo de consolación con mi ex para «airearme» no era lo que se conoce como una idea brillante.

—No vamos a follar esta noche, Fer.

—No he dicho que vayamos a hacerlo —farfulló con una sonrisa.

—Pero yo te lo aclaro.

—Tampoco pasaría nada. —Y su sonrisa se ensanchó. Ay, Fer...

—Sí que pasaría. Te acabo de decir que tengo un «amigo». —Dibujé las comillas en el aire.

—Y también que no «sales con nadie». —Me imitó burlón.

—Eres odioso.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—No. —Negué con la cabeza—. Que te conozco.

—He bebido, ratón. No me hagas coger el coche.

Suspiré, terminé de recoger y me fui hacia mi dormitorio, donde me encerré en el cuarto de baño para cambiarme. Cuando salí, Fer estaba manipulando mi despertador. Me senté a su lado y le pregunté si se quedaba a dormir aunque fuera una evidencia, y él me dijo que sí. Tan carente de dramas e intensidades como siempre, se desnudó, se acomodó en su parte y apagó la luz.

Me puse a mirar al techo, convencida de que en menos de cinco minutos Fer se habría dormido. Su olor era familiar y el calor que emanaba su cuerpo era agradable, pero no me gustaba llenar ese espacio de mi cama con él. Ya no era su sitio, ni el mío estaba a su lado. Nos costó muchos meses darnos cuenta del daño que nos hacía la relación que manteníamos. Una relación amable y suave pero sin amor. Sin ese tipo de amor.

No sé por qué, de un pensamiento salté a otro y me acordé de todo lo que me azotaba por dentro con Pablo. No era digno de mí dejarme llevar de aquella manera. Pero él desbloqueaba algo..., no sé el qué. Y me sentía cómoda cuando rascaba hasta traspasar la contención que me envolvía. Pablo, con sus greñas, con sus anillos y sus camisas como recién sacadas del armario de una *celebrity* inglesa. Tan guapo, tan seguro de sí mismo, tan sexual y encendido. ¿Y si él era la mecha que me faltaba para encenderme y hacerme cálida?

Eso me provocó mucha desazón. Me giré hacia el lado contrario y Fer se removió también. Ay, Dios, Fer, con lo fácil que habría sido seguir enamorados de por vida, ceder con la maldita cuestión de los niños, ponerme a follar como una coneja sin condón y esperar los abortos que hubieran sido precisos hasta que por fin un embarazo llegara a término. No, no es que sea una *drama queen*, es que ese había sido más o menos el diagnóstico del ginecólogo. Podría haber cerrado los ojos a la evidencia de que allí ya no había amor ni pasión. Yo qué sé. Empecé a rayarme, así, a lo coloquial. Y pensaba callar, pero creo que la relación que teníamos daba pie a aclarar las cosas.

—Fer... —empecé a decir—. ¿Estás despierto?

—Sí, Epi, estoy despierto. Te mueves tanto que intentar dormir se está convirtiendo en una prueba de Humor Amarillo.

Me di la vuelta hacia él y me miró. En la oscuridad de la habitación solo pude distinguir el brillo de sus ojos y un atisbo de sonrisa.

—¿Qué?

—Esto..., ¿no es un poco raro?

—No. Es como siempre, ratón. Define «raro»...

—Nosotros ya no podemos hacer esto. Ni follar ni dormir juntos.

—Así de pragmáticos somos.

—Fernando, haz el favor, que entiendes perfectamente lo que te estoy diciendo.

No me marees.

—Ay, Martina. Yo te quiero. Tú me quieres. ¿Por qué no? A veces lo raro es que lo hayamos dejado, no que durmamos juntos.

Dios. Mentalidad masculina, nunca en sintonía con nosotras.

—Fer..., tú y yo nos queremos como amigos.

—¿Y cuál es la diferencia?

—La diferencia es la pasión. Y no me digas que no encuentras diferencia entre lo que estamos haciendo ahora y lo que habríamos hecho hace dos años.

—Es falta de práctica.

Me tapé la cara con la almohada.

—No puedes estar diciéndome esto de verdad.

—¿Por qué? —Se descojonó—. Creía que tú...

—Ay, Fer..., ¡porque esto no es amor!

—Mujer..., lo nuestro es más maduro. No somos dos adolescentes que se acaban de conocer. Pero que si ahora estás con otro «amigo» y tú...

—Frena. No tiene nada que ver con eso. Lo nuestro es pragmático, tú lo has dicho. Y lo es porque somos dos amigos que se follaban para desahogarse, pero no había amor. Y cuando hablo de amor me refiero a lo que sentíamos cuando estábamos juntos al principio. Del que ciega, del que te ahoga y con el que no sabes qué hacer.

—Pero, Martina, ¿desde cuándo eres una romántica? —dijo con guasa.

—Dime que tú no quieres sentir eso otra vez. Volver a sentirte nervioso, vivo...

Encendí la luz de la mesita y le miré.

—Martina, yo tengo cuarenta y un años. Estoy ya de vuelta de todo esto. No quiero un piso vacío cuando llego a casa y una vida de solterón. Quiero una compañera con la que sentirme cómodo y...

—No sigas. Me estás deprimiendo. ¿No te das cuenta? ¿No aspiramos a nada más? ¿Nos conformamos con compartir la vida así? Compañeros de vida, vale. ¿Y dónde está el amor?

Fer se apoyó en la almohada con el codo.

—Entonces ese amigo sí es alguien. —Y aunque no estaba formulando una pregunta, allí, entre los dos, había una enorme interrogación.

—¿Cómo?

—Te pregunto si esta crisis de fe o como quieras llamarlo tiene algo que ver con ese alguien con el que te perforas y tatúas.

—Sí —contesté presa de un ataque de sinceridad que me sorprendió hasta a mí.

—Ajá.

—Pero déjame aclararte una cosa..., no es porque sienta nada trascendental. Es

por lo intensa que he descubierto que puede ser la vida cuando media la pasión.

—Bien —dijo Fer—. Vale. Tienes razón. Vive, Martina. Equivócate cuantas veces puedas. Al final la vida es eso, arriesgarse, cagarla y disfrutar haciéndolo.

Me dio un beso en la mano y después volvió a acurrucarse para dormir.

—¿Me dices eso y te acuestas? —le pregunté incrédula.

—*Pozí*.

Respiré con fuerza, tratando de sacar de mis pulmones aquella sensación tan rancia, y miré el móvil por enésima vez. Sin noticias de Pablo. Nada. Ni siquiera un mensaje diciendo que estaba bien. Me levanté de la cama.

—¿Dónde vas?

—Al baño.

Encendí la luz, cerré el pestillo y me senté sobre la taza del váter a intentar poner un poco de orden dentro de mí misma. Todo aquel *maremágnum* de cosas era una novedad para mí. Yo era una persona de existencia tranquila, sin demasiadas pretensiones. Yo no busqué una historia como la de Pablo y... ni siquiera sabía si podía llamarle historia. Un tatuaje y un *piercing* en la nariz..., eso era. Y el recuerdo de unos cuantos orgasmos que, al parecer, podían carecer para él del sentido que tenían para mí. ¿Tenían un sentido trascendental? Menudo rollo.

Me puse en pie y me apoyé en el mármol, frente al espejo, y me miré detenidamente. El *piercing* brilló en mi nariz y me acordé de aquella noche. Yo, Martina, diciendo que sí, pensando que molaba sumarse a ese carro loco de hacer cosas sin pensar demasiado en las consecuencias. Y ahora... me sentía como un trapo al que alguien ha dejado tirado después de usarlo un poco. Me toqué la bolita en la aleta de la nariz..., aún me dolía. Y además no pegaba nada conmigo y era un coñazo. Tiré un poco de ella y el palito sobresalió. Un pellizquito más y estaría fuera. Quizá sería un paso simbólico para mí que alejaría un poco toda aquella historia. Porque... ¿qué hacía yo con un *piercing*? Ni siquiera me gustaba demasiado. Tiré del todo y salió, haciendo que un ojo me lagrimeara por el dolor. Ya estaba, fuera de mi cuerpo y de mi vida. Me lavé la herida con jabón, estudié el agujerito en el espejo y recé por que la marca fuera desapareciendo con los días.

Cuando iba a abrir la puerta y volver a la cama, miré mi muñeca. Ahí estaba, la puñetera ola del mar más perfecta y sentida de mi vida. La locura que había cometido por el propio placer de hacerlo. Algo que no me quitaría de la piel con la misma facilidad que un maldito pendiente en la nariz. Como a Pablo. Por mucho que me gustara..., era un poco tarde para tratar de eliminarlo de mi cabeza. Había venido para... ¿quedarse?

La noche fue larga. Dormí a saltos y soñé con cosas que me avergonzaría confesar, como que Pablo me llamaba para disculparse o que aparecía en la fiesta tarde. Toda la noche de fotogramas de Pablo Ruiz reproduciéndose en mi cabeza. La pasión está muy bien pero... ¿por qué nadie habla nunca de la cara oculta, de los escombros que deja a su paso cuando entra pisando fuerte?

Me desperté sobresaltada porque alguien a mi lado se movía para salir de debajo de las sábanas. Después de tanto soñar pensé que Pablo estaba allí, pero cuando me desperté del todo recordé que con quien había compartido colchón había sido con Fer. Me sonrió burlón y se rascó la nuca en un gesto que repetía cada mañana.

—Buenos días, ratón.

Él se alejó hacia el baño y yo hundí la cara en la almohada al darme cuenta de la intensidad con la que deseaba que fuera otra voz, otro hombre, quien me deseara... buenos días, pequeña. Cuando salió del baño lo hizo ya vestido, y aunque insistió en que siguiera durmiendo, pensé que desayunar con él despejaría un poco mi cabeza de otras cosas. Nos encontramos en la cocina con Sandra, que suspiraba mirando hacia el infinito. Eran las ocho de la mañana..., no era normal que ella madrugara tanto.

—¡Hola! —nos dijo con ojitos somnolientos—. ¡He preparado café para todos! ¿Queréis?

Por poco no me desmayé. Me acerqué y sin poder evitarlo le toqué la frente, disimuladamente, por si tenía fiebre. Por la fiebre tiene comportamientos muy extraños. Pero no. Creo que a lo que tenía se le llama furor uterino o encoñamiento.

Mientras yo descongelaba algunos bollos de canela en el horno, Fer se sentó a tomarse un café y a fumar un cigarro al lado de Sandra, que también fumaba con aire distraído.

—Oye Sandrita... —dijo con sorna Fer—. ¿Pillaste anoche o qué?

Ella se giró y se encogió de hombros.

—Según como lo mires.

—La pregunta es cómo lo miraste tú. ¿Desde arriba, desde abajo...? —volvió a preguntar Fer.

—Feeeeeer —me quejé desde atrás.

—Ese chico es... increíble. —Suspiró Sandra—. De verdad, es increíble.

—Cuenta, cuenta. —La animé yo de espaldas.

—Pues fuimos a Malasaña. Nos tomamos un gin-tonic en un sitio que se llama Cafeína. Sentaditos en un sofá..., superjuntitos. Me contó cosas sobre él, me preguntó cosas sobre mí.

—¿Os gustasteis? —pregunté yo.

—¿Follasteis? —preguntó Fer.

—Sí —dijo Sandra mirándome a mí—. No —contestó mirándolo a él—. Yo creo que es un caballero y quiere ir despacio. Es tan mono..., tan... nccdsjknfcejcbakjdb.

Por un momento temí tener que llamar a un exorcista.

—Bah..., folla y diviértete, Sandrita, que llevabas doscientos años emparejada —dijo Fer levantándose para servirse otra taza de café.

—Pero... ¿y si esto es el destino y Javi es el hombre de mi vida!? ¿No os parece coincidencia? Me deja el mierdoso de Íñigo y aparece Javi. ¡¡Con días de diferencia!!

Llevé los bollos a la mesa y me senté mirándola.

—Yo no pensaría en eso ahora, nena. Diviértete. Sal. Sin compromiso y sin

preocupaciones —le dije sin saber si se lo decía a ella o a mí misma—. Parece un buen chico, pero ¿crees que tienes que meterte ahora, con lo tuyo tan reciente, en otra relación?

—Al amor no se le pueden poner cadenas —dijo soñadora.

—¿Te besó?

—No. —Suspiró—. Pero lo hará. Me dijo que me llamaría para hacer algo este fin de semana. Ya verás, ya, qué fin de semana le doy...

Amaia apareció por allí siguiendo el olor de los bollos recién horneados, como el señor don Gato resucitando de entre los muertos al aroma de las sardinas.

—Bollo. Yo. Café —farfulló.

Le puse una tacita, la besé en la frente y le pregunté si había solucionado con Javi la discusión de anoche.

—Sí. Soy una perra imbécil. —Se frotó los ojitos—. Me ofendí porque el amigo era feo y porque soy una superficial. Yo, con estos jamones, siendo una superficial. Es como ser nazi y judío a la vez..., en fin. Tengo que solucionar mi vida.

—Empieza por lo de Mario —apuntó Sandra inteligentemente—. Es el origen del mal.

—Es posible —asintió—. Martina..., ¿tú anoche no llevabas un *piercing* en la nariz, *hippy*?

—Me lo he quitado. Me dolía y no me gustaba.

Puso cara de «ah, pues bueno» y después de un par de tragos de café se dio cuenta de que Fer estaba allí. Lo miró muy sorprendida y le preguntó:

—Oye, ¿tú qué cojones haces aquí a estas horas!?

—Desayunar.

—Ya, ¿y anoche?

—Ah, pues anoche asistir a una cena infernal, tratar de follarme a Martina en contra de su voluntad y descubrir que dentro de esa cabeza cuadriculada existe una romántica que busca el amor.

—Sí que te cunden a ti los jueves por la noche.

—Ya te digo.

Lo bueno de estar rodeado de locos es que tus locuras siempre pasan desapercibidas y que te acostumbras a que la vida no sea... «normal». Lo malo, que al final todo se pega menos la hermosura.

VUELTA AL RUEDO

AMAIA se encontró con Javi el sábado a mediodía en la terraza de un pequeño restaurante que hay junto a Ópera, bajando unas escaleras. La comida no es que fuera espectacular, pero les gustaba aquel rincón porque servían buenas copas y se estaba tranquilo. Cuando llegó, lo encontró allí sentado, echando un vistazo a su móvil, con una cerveza encima de la mesa.

—Te he pedido otra —dijo mientras se levantaba para darle un beso en la mejilla.

Amaia le contestó con una sonrisa tímida, algo cohibida por el recuerdo del numerito de la fiesta, de los llantos y del abrazo... «tenso». Él le sonrió de lado. Hacía bastante que no se cortaba el pelo y no paraba de quitárselo de la cara a manotazos infantiles.

—¿Qué tal en el hospital ayer?

—Bien. Aburrido. Hubiera estado mejor haciendo pellas contigo —le respondió con una sonrisa.

—¿Lo pasaste bien con Sandra? —le preguntó ella.

Javi alargó la mano por encima de la mesa y cogió la manita de Amaia.

—No te pongas tan blandita, que no pareces tú. —Y después sonrió espléndidamente—. Me lo pasé bien. Es una chica... simpática.

—¿Qué ha querido decir esa pausa entre chica y simpática?

—Pues nada en concreto.

—¿Vais a salir?

—Pse, pse, pse. —Se rio él gesticulando—. Para el carro. ¿Estamos hablando de novias?

—¿No quieres una novia?

—Pues no me lo había planteado. No la conozco de nada. Ni siquiera nos hemos enrollado.

Lanzó una carcajada al aire.

—¿Qué meacamas! Está tan dispuesta que te la hubiera comido, tontolaba.

Él puso los ojos en blanco y el camarero dejó la cerveza de Amaia entre los dos.

—¿La quieres para un rollo entonces?

—¿A Sandra? No sé. Si tiene que surgir, que surja.

—Eso es que te planteas como mucho follar con ella.

—Pues eso. Lo que surja. Pero tú tranquila. No soy ningún cerdo. Lo haré bien.

—¿El qué? ¿Follártela o dejarla después?

Javi se echó a reír y luego se concentró en la carta. Amaia lo estudió con la

mirada y pensó que todas las mujeres que conocía no podían estar equivocadas. Se quitó el velo de delante de los ojos y miró a Javi con objetividad. Esos ojillos vivos, marrones y expresivos. Sí. Javi era guapo. Eso la hizo pensar en otra cosa.

—Dame un segundo. Tengo que hacer una llamada.

Cogió el móvil del fondo de su bolso y marcó el teléfono de Mario, que le contestó al tercer tono.

—¡Amaia! —espetó con alegría—. ¿Qué tal la cenita en tu casa?

—Buff, fue un infierno, Mario. Menos mal que no pudiste venir.

Javi levantó la mirada hacia ella y sonrió de lado, como resignado.

—Fue una pena. Pensaba llevar a mi chica y presentártela.

A Amaia le dolió el estómago, pero fingió una sonrisa.

—Por eso mismo te llamaba. Fija un día.

—¿Esta noche? Seguro que le encanta la idea.

—Bien. Esta noche. Será genial poder ponerle cara a la persona que te hace feliz.

Después se despidió y colgó. Javi volvió a cogerle la mano por encima de la mesa.

—Eso ha estado muy bien.

—Sí, bueno. Ahora lo único que me pregunto es... ¿habrá alguien que me haga feliz a mí?

Sandra estaba un poco amargada con la idea de tener una entrevista en una funeraria. ¡Una funeraria! Pero lo cierto es que sus padres se habían puesto tan contentos al recibir la noticia que le habían hecho una transferencia para adelantarle algo del dinero que empezaría a cobrar si la contrataban. Con eso podría pagar el alquiler y poner algunos billetes para el bote de la comida o... podía irse a Aristocrazy a comprarse esos pendientes que le encantaban.

Al final fue al banco, ingresó en la cuenta del piso su parte y sacó cincuenta euros, que dejó en un tarro en la cocina. Eso, al contrario de lo que creía, le hizo sentir bien.

Una funeraria..., ¿de verdad podía ella trabajar en una funeraria? A Javi le había parecido una gran idea. Y además, así estaría cerca de uno de sus mejores amigos. Javi le gustaba y..., aunque no fuera lo que estaba acostumbrada a sentir..., le apetecía mucho desnudarlo. Le apetecía en general. ¿Cómo sería acostarse con alguien que no fuera Íñigo? Había perdido la virginidad con él y, aparte de un beso con lengua que se dio con otro en una noche de borrachera un par de años atrás, nunca había estado en otros brazos. ¿Habría probado ya Íñigo cómo era hacerlo con otra chica? Menudo vértigo sintió entonces.

Cogió el móvil y sin pensárselo mucho le mandó un mensaje a Javi. Habían quedado en llamarse para salir una noche de esas pero aún no sabía nada de él. Quizá debía esperar a que él tomara la iniciativa, pero es que... no.

«Hola, guapo. Me ha llamado una amiga para hacer algo esta noche, pero no sé si he quedado contigo. Dime algo en cuanto puedas. Besos».

Bien. Una pequeña mentira que le servía de coartada y ya está.

Javi tardó dos horas en contestarle. Dos horas en las que Sandra le puso a parir pero que había aprovechado para depilarse todo lo que es depilable en este mundo.

«Hola, guapa. Hoy tengo cosas que hacer hasta la noche. No sé si te parecerá muy tarde quedar a las diez y media. Ya me dices».

«Genial. ¿Dónde nos vemos?».

Él contestó varias horas después diciendo: «Perfecto. Ven a mi casa a las diez y media entonces. Amaia te dará la dirección. Besos».

¡Uy! ¡¡Besos y todo!! Aquello iba bien..., ¡muy bien!

UN PABLO FRUSTRADO

ME desperté con un dolor brutal de ojos. Intenté abrirlos pero entraba una luz muy brillante en la habitación. Un olor familiar invadía mis fosas nasales y al moverme noté que en mi pecho descansaba una cabeza cuyo pelo suelto se extendía por mi brazo. No. No era la de Martina. La luz entraba por encima de mí, recordándome que estaba en mi dormitorio. Pero en el mío de verdad. No en el del piso de Alonso Martínez. En cuanto abriera los ojos vería la cómoda con su espejo de madera oscura, las paredes granates..., este dormitorio que siempre me pareció más el interior de un útero que un rincón donde quererse.

Malena me miró en cuanto conseguí abrir los ojos. Unos ríos secos y negros le recorrían las mejillas hacia abajo. Parecía más joven y más vieja a la vez, como si una adolescente hubiera tenido que ver cómo la despojaban de todos los recuerdos de su niñez. Sus ojos azules me recorrían con pena cuando se incorporó y besó la piel de mi pecho. El tacto de sus labios fue balsámico durante mucho tiempo, pero ya no. Cuando peleábamos, después de los gritos, los reproches y de esa mala costumbre de tirar cosas por los aires que heredé de nuestra convivencia, ella corría hacia mí, lloraba en mi pecho y lo besaba y yo... olvidaba que no éramos lo felices que nos merecíamos ser. Pero los besos, su lengua, el brillo de sus ojos o la manera en la que se arqueaba cuando hacíamos las paces en la cama dejaron de ser suficiente. El sexo puede ser solamente un rasgo del amor y, lamentablemente, no lo arregla todo. Hay cosas que están demasiado rotas. Así que la aparté de mí.

—Cariño —musitó, mirándome esperanzada.

Mucha gente cree que después de ahogar las penas en alcohol hay ciertas cosas que pueden justificarse. Yo les diría que probaran a emborracharse de melancolía, recuerdos, promesas incumplidas y decepción. Lo que sale de ahí es lamentablemente más justificable, porque son las bajezas de uno, la basura que nos olvidamos de sacar y que terminó pudriéndose dentro de nosotros, por más que nos empeñamos en ocultarla.

Me apoyé en los codos y la obligué a separarse de mí del todo antes de levantarme de la cama y coger mi camisa del suelo. Habíamos llegado a llorar juntos de pura desesperación antes de caer rendidos en la cama, pero la borrachera de recuerdos y penas no me permitía recordar más con claridad. Solo gritos. Reproches. Amenazas. Sí..., Malena amenazando con morirse. Volvió la rabia. Yo llevaba casi una semana dejando de lado mi vida, mis obligaciones, mi pasión, mi Mar... por intentar solucionar lo que teníamos pendiente y cerrarlo de una vez por todas. En

vano, claro.

—Pablo —dijo.

—Ni me hables.

Me metí en el cuarto de baño de al lado y me apoyé en el mármol, frente al espejo, tapándome la cara. No quería ni verme. No quería mirarme en el espejo, pero me obligué a hacerlo, deslizado mis manos hacia mi pelo para echarlo hacia atrás. Me mordí el labio superior y aguanté la mirada que me devolvía el reflejo. Este eres tú, tío, no te escondas.

—Pablo. —Volví a oír su voz a través de la puerta de madera.

Me abroché la camisa. Aún llevaba puesto el pantalón vaquero y ni siquiera me había quitado el cinturón para dormir. Y menos mal, porque me hubiera arrepentido de cualquier cosa que pasara con menos ropa.

—Pablo —insistió.

Abrí y me quedé mirándola, serio, pues esperaba que dijera algo que nos sirviera a los dos. Algo nuevo, no usado. Nada que tuviera que ver con todo lo que llevábamos hablado a nuestras espaldas. Palabras de quita y pon, que reciclábamos constantemente para hacernos daño o aliviarnos, según el caso. Pero ella se quedó en silencio. No hizo más que mirarme, porque probablemente ya habíamos usado todas las palabras del diccionario para dañarnos y destrozar lo que un día fuimos.

—¿Qué? —la provoqué—. ¿Qué quieres, Malena?

Apoyó la mejilla en mi estómago y me abrazó. Estaba descalza y sin sus habituales tacones apenas me llegaba a medio pecho. Malena era tan bonita que era imposible que pasara desapercibida en ningún sitio. La vi entrar en aquella fiesta, tantos años atrás, de lejos, como si hubiera podido otearla en el horizonte cuando apenas había salido de su casa. Se quitó el abrigo, se agitó el pelo rubio suelto empapado por la llovizna de un octubre cualquiera en Ámsterdam y anduvo hasta la mesa en la que se encontraban las bebidas sin saludar a nadie. Se sirvió, bebió, me miró y sonrió.

—Hola —dijo en español.

—Es un poco arriesgado hablar español en esta fiesta. Creo que el porcentaje de personas que van a entenderte es muy bajo. —Le respondí.

—¿Y por qué iba a importarme a mí el porcentaje de personas que me entienda? ¿Me entiendes tú?

—Sí.

—Pues no hay nada más que hablar.

Follamos como locos media hora después en el cuarto de baño de aquella misma casa. Era de mi amigo Jan. Había hecho una cena para celebrar su cumpleaños y allí estábamos Malena y yo, jodiendo contra la puerta del baño como si hubiera sido el destino quien nos hubiera colocado el puto condón. Fue el primer polvo que eché con una chica a la que no conocía. El primero y el último. Soy un hombre atípico: la cercanía, el sexo, la carne... me enamoran. No veo solo placer cuando estoy follando.

Me sobrepasa la intimidad y me vuelvo imbécil. Y de ahí, de ese primer polvo, nos fuimos al infinito. Locos inconscientes.

Si hubiera medido veinte centímetros más, Malena hubiera sido capaz de estar al otro lado de la moda, desfilando, haciéndose fotos o lo que quiera Dios que hubiera querido. Siempre me sentí muy orgulloso de estar con ella, pero me di cuenta tarde de que eso la atormentaba, la aterrorizaba y alimentaba unas inseguridades vacuas e infantiles que no tenían nada que ver conmigo en realidad. Me costó años ver que la fachada de Malena no se sostenía; ni siquiera ella lo hacía. Y en el fondo me daba mucha pena.

—No hagas esto —le pedí, y aparté sus brazos para alejar la tentación de estrecharla.

La tarde anterior había acudido allí intentando librar la que yo creí que sería la batalla final de nuestra guerra. Pero nunca lo era. Ella se negó a dejarme entrar. Yo me empeñé. Gritamos en el jardín. Accedió. Gritamos en la cocina. Gritamos en el salón. Me tiró encima un jarrón, un cuadro y una silla y yo grité más, sosteniéndola mientras amenazaba por enésima vez con tirarse por la ventana si yo no cedía a la evidencia. Eso es lo que ella decía: tenía que ceder a la evidencia de que aún nos queríamos.

—Si no lo hiciéramos, ni siquiera nos odiaríamos.

Del amor al odio hay un paso y viceversa, ¿no? Pues no. Hay un odio que no admite vuelta atrás. Hay un odio sin billete de regreso y es el que sentíamos, ya no por el otro, sino por nosotros mismos cuando estábamos juntos. Ella volvía a ser la manipuladora que fue, jugando conscientemente conmigo, amenazando con su integridad física si yo me alejaba. Yo volvía a ser el gilipollas tirano que envidiaba la capacidad de otros para ser sencillamente felices porque una vez lo fue y se ató a algo que nunca le llenaría. Asco de pareja que fuimos siempre.

La aparté con suavidad de mi pecho y negué con la cabeza. Ella miró al techo y tragó. Nunca le gustó llorar delante de mí. Ni delante de nadie en realidad. Ella creía que sus debilidades se convertirían en fortalezas por el simple hecho de quererlo, pero no es tan fácil. Como cuando le pregunté de dónde era y me contestó que de ningún sitio y de todos. Tres años después me enteré de que detrás de esa respuesta había una vida de mierda con un padre alcohólico y una madre casi ausente. No, Malena, por más que pintes colores en tus fotografías, los recuerdos son los que son. Es absurdo tratar de creer que fuimos felices cuando no lo fuimos; lo único que tiene sentido es no querer repetir los mismos errores que nos hicieron desgraciados en el pasado.

—Ya no hay nada más que decir —musité—. No hay palabras, ¿sabes por qué? Porque nos las hemos dicho todas. Intentando arreglarlo, haciéndonos daño, ignorándonos y hasta queriéndonos. Es que ya no queda nada. ¿No lo ves?

—Lo único que veo es que tú aún me quieres.

No hay más ciego que el que no quiere ver. Tragué saliva y miré al techo.

—Ya basta de juegos. De idas y venidas. De dimes y diretes. Malena..., yo ya no soy tu Pablo.

—Dime qué es lo que quieres. Dímelo ya —me suplicó.

—Quiero que dejes de agarrarte a algo que está muerto.

—¿Es por el sexo? ¿Dejó de ser suficiente conmigo?

—No. —Le respondí—. No estamos hablando de eso.

—Puedo darte tu espacio. —Mendigó—. Puedo mirar a otra parte y tú...

—Malena. —Le puse una mano en el hombro—. No te arrastres. Ni por mí ni por nadie. No hará que te quiera más..., solo que tú te respetes menos.

—Te quedaste anoche —balbuceó—. Has dormido en nuestra cama.

—Esa cama es mía, no tuya. Se terminó caer siempre en el mismo puto hoyo. Se acabó, Malena.

Sorteé su cuerpo y salí de allí. Recogí mis cosas de la mesita de noche y me dirigí a toda prisa a las escaleras, que bajé decidido, seguido de ella. Trató de retenerme un par de veces, pero me zafé. Necesitaba salir de allí. El aire me asfixiaba. Ella me asfixiaba. Ver cómo se descomponía en vida el cadáver de la chica que un día quise no me resultaba agradable, pero no me quedaría a su lado por pena otra vez. Necesitaba que saliera de mi vida. Necesitaba recomponerme, joder, como cualquier chico de mi edad al que una relación no le funcionó como esperaba. Terminar. Zanzar. Superar. Volver a empezar. Me negaba a que mi vida se redujera a estos tirones con el destino. Me sentía como si intentara agarrarme a algo que el pasado había enredado y hecho suyo. Como si quisiera recuperar algo que el tiempo se tragó y digirió. Lo único que conseguía era mancharme las manos de melancolías y basuras internas. Y uno no puede vivir si se revuelca en sus miserias continuamente.

—Te cansarás de ella —dijo cuando me vio agarrar el pomo de la puerta de salida—. Da igual quién sea. Terminarás cansándote, como de todas.

—Adiós, Malena.

LA CARA B DE PABLO RUIZ

CUANDO entré en El Mar aquella tarde el ambiente estaba enrarecido. Miré a todas partes en busca del foco de terror, pero no encontré más que a compañeros afanados en no levantar los ojos y parecer muy ocupados.

Cuando salí del vestuario me topé con la razón de tanto silencio. Apoyado en una mesa estaba Pablo..., y a pesar de que estaba exactamente igual que la última vez que lo vi, no se parecía en nada al Pablo que yo recordaba. En su cara no había sonrisa y fruncía el ceño con la mirada perdida. Tenía una mano sobre la mesa de trabajo y otra en el bolsillo de su pantalón vaquero. Ni siquiera lucía una de sus camisas estrambóticas; solo una camiseta de manga larga arremangada de color gris.

—Hola —dije al pasar por su lado.

Me di cuenta de la mirada que me lanzó Carolina, como si yo fuera una suicida que se acercara demasiado a la jaula de un león al que nadie había alimentado en semanas. Pablo respondió con un movimiento de cabeza. Uy, uy, uy.

Fui hacia mi mesa y crucé unas palabras silenciosas con Carol.

—Ni lo intentes —murmuró.

—Pero...

—De verdad. No es su día.

—¿Ha dicho algo?

—Ni una palabra.

Volví a mirarle. Se intuía cómo sus dientes jugueteaban con su lengua y con sus labios. Sus dedos tamborileaban sobre la superficie de metal de la mesa en la que estaba apoyado.

—¿Hoy no hay música?

—Supongo que habrá música... pero de otro tipo. —Rumió Carol.

Pablo se quedó mirando con el ceño fruncido a los compañeros de la partida de pescado y Carol y yo contuvimos la respiración cuando abrió la boca.

—¿Pensáis seguir maltratando a ese atún mucho más rato?

—Perdona, chef —dijo con un hilo de voz el jefe de partida—. Se nos está resistiendo.

—Pues que se resista menos, porque me están entrando ganas de mandar a gente a casa... pero con visita programada a la oficina del Inem, no sé si me entiendes.

—Oído, chef —musitó el equipo.

—¿Os sirvo un Martini mientras disfrutáis del *show*? —nos preguntó a nosotras, que habíamos parado de cortar para atender a lo que estaba pasando.

—Perdona, chef —respondió Carolina por las dos.

Pablo farfulló algo entre dientes y puso rumbo hacia la partida de los postres, dándonos espacio para respirar hondo.

—Pues sí que se pone rancio —susurré.

—Mientras sea rancio... Oye... ¿y tu *piercing* de la nariz?

Vaya por Dios..., qué observadora se había vuelto la gente.

—Me lo quité el otro día. Me lo hice en un puntazo que... ya se me ha pasado.

Ojalá se me hubiera pasado.

El silencio fue insoportable durante buena parte de la jornada, pero a ver quién se atrevía a abrir la boca. Solo nos acompañaba el ruido de los cacharros, los extractores, las puertas de los hornos, los cucharones..., la voz de los jefes de partida dando indicaciones a su equipo, pero todo... contenido, tenso. Como la calma que precede a la tempestad.

Como un león enjaulado y rabioso, Pablo daba vueltas por la cocina y encontraba problemas donde otro día solo daría una recomendación. Los «prueba a hacerlo así» que solían ir antes de que él se arremangara y participara de su cocina, fueron sustituidos por los «¿dónde cojones tienes la puta cabeza?». Todos éramos enemigos a batir, a juzgar por el tono de su voz. Todos estábamos haciendo algo mal, aunque solo fuera respirar. Era cuestión de tiempo que encontrara algo que le irritara de manera especial y, mira tú por dónde, fue un pequeño error en la elaboración de la pasta fresca de los raviolis fríos que se preparaban en mi partida. Rugió que estábamos haciéndolo mal de muy mala manera, y tenía razón, pero Carolina y yo, como jefas de partida, subsanamos el error rápidamente, amasando a mano de nuevo. Carlos, uno de los cocineros, se había equivocado con las proporciones de la mezcla pero solo era un contratiempo que nos obligaría a ir un poco más deprisa en los siguientes pasos. Esas cosas pasan en cocina día sí y día también; es el modo como reacciones lo que marcará la diferencia. Pero la diferencia para el pobre Carlos fue que aquel despiste lo convirtió en el blanco.

Me di cuenta de que Pablo estaba analizando al milímetro todo lo que hacía Carlos cuando la pasta ya estaba rellena y preparada para servir. No me dio demasiada tranquilidad comprobar en el reloj de la cocina que en menos de cinco minutos, según el *timing* habitual, debíamos ponernos a emplatar ese mismo pase para llegar a tiempo. Carlos se sabía bajo vigilancia, lo que no mejoró la situación. Pasó de la intranquilidad al tembleque de manos y sudaba a mares. Carol y yo le pedimos que empezara a emplatar con nosotras (que era algo que se le daba bastante bien en condiciones normales) para alejarlo de otras tareas que pudieran traerle problemas con Pablo, pero se hizo un lío con el orden de los componentes y Pablo... despertó. Solo necesité ver el modo en el que se acercaba hacia nuestra mesa para saber que iba a ver lo que había detrás de su fama.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Los raviolis fríos.

—Eso ya lo veo. Tengo dos ojos en la cara. ¿Es tu primer día en cocina? —Carlos dejó lo que estaba haciendo y, con la cabeza gacha, no contestó—. ¡Te he preguntado si es tu puto primer día en cocina!

—No, chef —respondió con un hilo de voz.

—¿Puedes explicarme por qué cojones estás tan perdido?

—Me puse nervioso.

—¿Por qué?

Silencio. «Por ti, capullo; tú le has estado poniendo nervioso», grité dentro de mi cabeza.

—No me gusta repetirme, Carlos, ¿por qué te pusiste nervioso? —insistió con un tono horriblemente tenso y frío.

—Me equivoqué con la pasta.

—Ya lo vi. Estás que te sales hoy, ¿eh? ¿Has escuchado lo del Inem y te ha parecido buen plan?

—No, chef.

Pablo cogió un ravioli entre sus dedos y lo puso a la altura de sus ojos. La cocina al completo contuvo la respiración.

—Volveré a hacerlos si quieres, chef —musitó Carlos.

Pablo abrió la boca para contestar, pero me adelanté sin poder remediarlo.

—No hace falta. Está bien. Lo hemos comprobado juntos.

Me sostuvo la mirada durante lo que me pareció una eternidad y cuando ya pensaba que iba a dejarnos en paz, se dirigió a un rincón, cogió un cubo de basura y lo arrastró ruidosamente hasta nuestra mesa.

—Chef, vamos justos de tiempo —suplicó Alfonso.

Pablo hizo caso omiso y, mirándome desafiante, vació dentro del cubo el plato que acababa de emplatar Carlos. Tragué saliva.

—¿Qué tal? ¿Está bien? ¿Le pedimos a los clientes que lo coman directamente de la basura, que es donde tiene que estar? —musitó con rabia—. ¿¡Sabéis dónde estáis o jugamos a cocinitas!? Emplata —ordenó a Carlos.

Las manos de Carlos temblaron cuando volvió a componer un plato de nuevo. Miré el reloj. No teníamos tiempo de ponernos a jugar a aquello. Lo vi respirar hondo en busca de calma cuando Pablo volvió a deslizar el contenido dentro del cubo de la basura.

—Pablo..., está como siempre —dije.

—Calla. —Me pidieron Carlos y Carolina con un hilo de voz.

El siguiente plato terminó de nuevo en la basura, previa mirada de Pablo retándome a volver a abrir la boca.

—Chef..., si me dices lo que está mal yo... —murmuró Carlos.

—Esto no es una clase de párvulos. Esto es El Mar. Y si no estás a la altura te largas y punto. ¡Emplata!

—A ver... —musitó él con la voz temblorosa—, preparamos la cama de

almendras con wasabi, la pasta rellena de...

—Conozco mis recetas.

—Ya lo sé..., yo solo...

—¡Emplata! —volvió a exigir, y su voz cruzó la estancia como un trueno.

—Pablo... —dije en voz baja—. ¿Podemos hablar un segundo?

—NO. —Tajante y en mayúsculas.

Cuando lo vi coger el plato, reaccioné sin pensar, agarré con fuerza su muñeca y le retuve para que no volviera a vaciar el contenido dentro de la basura. Él levantó los ojos sorprendido.

—Por favor —le pedí.

Suplicar no me sirvió de nada: los raviolis terminaron en el fondo del cubo con desechos y, para mi completa sorpresa, al gesto le siguió el tremendo estruendo que provocó al lanzar el plato vacío contra la pared del fondo, haciéndolo estallar en cien pedazos. Contuve la respiración.

—Por favor, ¿¡qué!? —me preguntó levantando la voz.

—Para.

—Pablo... —Alfonso lo agarró de una muñeca—. ¿Por qué no sales a fumarte un pitillo? Yo me encargo de esto.

Como contestación, Pablo lanzó otro plato vacío contra la pared.

—¡¡Es mi cocina!! —rugió.

—Nadie está diciendo lo contrario. —Le respondí—. Pero esto tiene que salir en nada y nos lo estás poniendo muy difícil.

Lo que voló por encima de nuestras cabezas entonces fue una fuente de loza.

—¡¡Para!! —grité.

—Martina... —susurró Carlos, tratando de alejarme del conflicto.

—¡¡Pero ¿qué coño te pasa?! —grité y me encaré a Pablo después de sortear la mesa que nos separaba—. ¡Estamos trabajando!

La mano de Pablo fue a coger otro plato, pero Alfonso lo agarró con fuerza.

—Pablo... —suplicó.

—¡¡¿Quién cojones eres tú para levantarme la puta voz en mi cocina?! ¡Niñata de mierda!

Abrí los ojos de par en par.

—¿¡Qué dices!?

—Que eres una niñata sabionda. Eso digo. Y ahora ¡cállate y haz tu trabajo!

—Que sea la última vez que me faltas al respeto —le contesté.

—Pero, vamos a ver..., ¿¡tú quién te crees que eres!?

—Soy la jefa de partida y necesito terminar los primeros, así que, por favor, sal de aquí, porque no estás en condiciones de dirigir esta cocina.

—Te voy a sacar de un error. ¡¡Eres un puto peón que ejecuta lo que yo creo, así que cierra la boca!!

—¿Quién cojones eres y dónde está el Pablo Ruiz que admiramos?

—Yo no estoy aquí para cumplir fantasías adolescentes, ¿sabes, Martina? Es mejor que te mentalices ya.

—Estás aquí para dirigir un restaurante, no para comportarte como un niño malcriado y tirano que se dedica a romper la vajilla. ¡Largo de mi mesa!

El silencio se instaló en la cocina. Vi a Alfonso respirar hondo, como preparándose para la explosión. Yo tragué saliva pues era consciente de que nunca me habría atrevido a hacer aquello si entre Pablo y yo no hubiera un tema personal pendiente que me frustraba y me cabreaba. Había sido la guinda del pastel, pero algo que hubiera asumido si se hubiera tratado de otro chef, agachando la cabeza y repitiéndome que, a veces, un cocinero tiene que saber gestionar los egos de los demás tanto o más que cocinar. Pasara lo que pasara, sería consecuente con lo que había hecho. En aquella discusión había demasiadas cosas.

—Vete —dijo sin mirarme en un intento por controlar lo que vendría después.

—Estoy en mitad del servicio.

—Vete. No lo voy a volver a repetir.

—No me voy a ir.

—¡¡Vete!! —gritó—. ¿Crees que voy a tolerar que me hables como te dé la gana por el simple hecho de que...?

—¡No termines esa frase en público! —le dije muy firme, pero cogiéndome el borde de la chaquetilla para que no se notara que me temblaban las manos—. No estamos aquí para tratar temas personales, Pablo. Estamos hablando de trabajo, así que, por favor, vete. Fúmame un cigarro, bébete una copa o métete un Valium, pero déjame trabajar. Ahora mismo eres un estorbo en TU cocina. ¡Si tanto te preocupa tu negocio, coge la chaqueta y pírate!

Pablo cogió aire, cerró los ojos y después lo expulsó por la nariz.

—Sal. ¡Ahora! —gritó sin ni siquiera mirarme.

—No voy a salir. —La voz me tembló un poco.

—¡¡Ya!!

Y sin esperar a que me moviera, él mismo traspasó la puerta. Vale. La discusión cambiaba de escenario, lo que quería decir que había conseguido atraer el foco de su ira sobre mí y que estaba a punto de comprobar lo doliente que podía llegar a ser Pablo Ruiz cuando, además, tenía material de primera con el que serlo. Me giré y le pedí a Carolina y a Carlos que siguieran sin mí.

—Ahora vuelvo. Pero que salgan estos platos, por favor —les supliqué con un hilo de voz.

Pablo estaba de pie junto a la puerta de servicio. No me miró cuando pasé por su lado y salí, pero dio un portazo que resonó hasta dentro de mi cabeza. Me giré hacia él.

—¿Qué haces? ¿Qué estás haciendo, Pablo?

—Lo que me sale de la punta del rabo —respondió—. No me vuelvas a hablar así en toda tu vida.

—¡Lo mismo digo!

—¿Quién crees que eres para hablarme así en mi puta cocina? ¿Crees que me importas? ¿Que tienes voz ahí dentro? ¿Crees que eres alguien para mí? Se llama follar, nena. FOLLAR. Y lo hacen hasta los animales.

—No me llames nena y menos en ese tono —le advertí.

—La chupas de puta madre, ¿sabes? Pero eso no te da derecho a abrir la boca cuando nadie te pregunta. Ahí dentro «oído, chef» y marchando.

—Lo primero, soy Martina y soy jefa de partida porque tú, el gran Pablo Ruiz, me contrataste. Tengo voz y voto en mi trabajo porque tú me lo diste el día que firmé el contrato, vendiéndome la idea de aportar valor añadido y haciéndote pasar por un buen chef que no eres; acabas de demostrar tu calidad humana y profesional ahí dentro. No me voy a callar porque te pongas como un loco desquiciado. ¡Para cojones los míos, Pablo, no me das miedo! Lo segundo, si quieres tratar el tema de lo bien que se me da mamarla, tendrá que ser fuera de aquí, porque no tiene nada que ver con esto. Y si quieres un consejo, vete a tu casa, métete en la cama y no salgas hasta que seas soportable. Tendría que darte vergüenza hacer que tu equipo se sienta mal por tu culpa. Controla tu ira y tus cambios de humor porque esto es trabajo. Es TU trabajo. A nadie le interesan las mierdas que te pasan fuera de aquí y si esto es una familia, como tanto te gusta decir, entra ahí, pide disculpas y sé un hombre. Ser un hombre no tiene nada que ver con lo dura que se te ponga cuando alguien te la chupa. Ahora mismo para mí eres un mierda y te he perdido el respeto. ¡¡Despídeme si quieres!! Total, me acabas de demostrar que eres un fraude, aunque si te digo la verdad, algo me olía.

Entré sin darle oportunidad de réplica. Todos me miraron en silencio cuando crucé la cocina en dirección al vestuario. Me encerré en el cuarto de baño, apoyé la espalda contra la puerta y, como una explosión programada, estallé en lágrimas y sollozos. No, no era mi decepción personal la que me empujaba a llorar. Tampoco era haber visto la cara oculta de la persona a la que más admiraba en el mundo. Eran los putos nervios de haber abierto una compuerta que tenía cerrada por costumbre. Martina no levantaba la voz si no era en la más absoluta intimidad. Martina no se dejaba afectar por las cosas porque siempre consideró que aquello que la hacía más humana, la hacía débil. Tenía un miedo horrible. Por eso la contención. Por eso ser una autómatas. Aquello que no dejamos que nos llegue dentro, nunca nos hará daño. Y ahora... ¿qué pasaría? ¿Me despedirían? ¿Me quedaría en la calle? Sollocé y cogí aire. Me sentía humillada. Me sentía vapuleada. Quería largarme de allí y no volver a verlo ni a pensar en él. Cuando me di cuenta de que eso último no era verdad, lloré más. Alguien llamó con los nudillos. Una voz masculina me pidió que abriera.

—Martina..., abre, por favor.

Cuando lo hice, Alfonso me sonrió con un gesto triste.

—Hola, leona. —Una mueca quiso parecerse a una sonrisa en sus labios y me infundió un poco de valor.

—¿Me voy? —le pregunté.

—¿Adónde vas a ir, boba?

En una reacción muy poco propia de mí me abracé a mí misma y sollocé.

—No pasa nada. Tienes que estar orgullosa. Has hecho lo que nunca nadie se atrevió a hacer. Y buena falta le hacía.

Pero eso no me hizo sentir mejor.

CITAS DE FIN DE SEMANA

MIENTRAS yo lidiaba con la cara B de Pablo Ruiz, Amaia y Sandra tenían sus propios planes. La última había quedado para la primera cita oficial con Javi. Amaia, para cenar con Mario y su chica en el piso que ahora compartían.

—¿Alguien puede matarme ya y terminar con mi sufrimiento? ¡Colgadme boca abajo y degolladme como la cerda que soy!

—De los cerdos se aprovecha hasta los andares —canturreó contenta Sandra durante el proceso de chapa y pintura.

Si hubiera estado allí, le hubiera dado un beso a Amaia en la frente y le hubiera dicho que estaba haciendo lo correcto. Había vivido su «historia de amor» con Mario desde los comienzos y lo cierto es que ese hombre la apreciaba mucho a pesar de no compartir sus sentimientos. Apartarlo de su vida por encontrar el amor no era digno de alguien tan bueno como Amaia. Además, era el primer paso para aceptar el final de esa obsesión y centrarse en lo siguiente. En sus prioridades, según dijo, que pasaban por subir dos pisos del hospital por las escaleras sin jadear y aprender a sostenerse en la postura de la grulla.

—¿Qué te vas a poner? —le preguntó Sandra.

—Pues el vestido azul —dijo desanimada.

—Ah, qué bien. Con ese vestido estás muy guapa.

—¿Qué más da lo que me ponga? Ella estará allí como Isabel Preysler en el anuncio de los bombones y yo a su lado pareceré Belén Esteban en el de la carne de conejo.

Sin embargo, el vestido azul la favorecía. En cuanto se vio en el espejo se dio cuenta de dos cosas: 1. Ese color le quedaba muy bien. 2. El vestido le apretaba más que la última vez que se lo puso. Puso los ojos en blanco. Otro rinchi para la colección. ¡Qué más le daba!

La recibió Mario en la puerta de su apartamento en el Paseo de la Habana. Llevaba una camisa a rayitas y unos vaqueros y estaba tan guapo que Amaia se mareó. Pero cogió aire y fuerzas, y se dijo a sí misma que Mario no dejaría de ser guapo pero a ella tendría que dejar de parecerse por las buenas o por las malas. Si tenía que aplicarse descargas eléctricas para sacar de su interior el deseo..., ¡lo haría!

Mario le cogió la chaqueta y el bolso, y después de ofrecerle una copa de vino llamó a alguien a la voz de «cariño». Eso le dolió, pero no tanto como pensaba. Una chica salió de la cocina con un precioso paño de colores en las manos. Sonrió y Amaia, que iba preparada para odiarla con toda su alma..., se sintió extrañamente

cómoda. Porque la miraba con admiración, como se mira a alguien al que por fin conoces después de que te hablen maravillas.

—Hola, Amaia, soy Ariadna. No sabes las ganas que tenía de conocerte.

Ariadna no era alta. Sería más o menos de la misma estatura que Amaia y con un cuerpo normal. Tenía el pelo rubio a la altura de los hombros y unos ojitos marrones muy vivos, que llevaba un poco maquillados. Se había imaginado a una chica de las que salen en los desfiles de los ángeles de Victoria's Secret a la que poder odiar y se encontraba con una niña pijita, mona pero humana, que no invitaba a querer hacerle vudú.

—Sí, es mutuo —contestó ella con un hilo de voz.

—¿Te apetece una copa? ¿Mario, le has ofrecido una copa?

—Sí, voy a abrir la botella. ¿Blanco o tinto?

Amaia se encogió de hombros.

—Venga, Amaia, el que más te guste. —La animó Ariadna.

—Pues blanco.

—Saca el que nos regaló mi padre, que es mejor —le pidió ella—. Llevas un vestido precioso. Si llego a saber que te pondrías tan guapa me hubiera arreglado más.

Cuando se rio con naturalidad y le pidió que la acompañara a la cocina, donde estaban ultimando la cena, Amaia se dio cuenta de que llevaba unos vaqueritos oscuros ceñidos, unas botitas de pelo y un jersey verde botella desbocado. Era de esas chicas que están monas con cualquier cosa, porque en el fondo son adorables. Y era natural. Siendo mala y mirándola al dedillo incluso tenía cartucheras. Y... probablemente era buena chica. Qué suerte la suya. Si al menos fuera una zorra podría hacerle la vida imposible sin remordimientos de conciencia.

Estaban preparando pasta con salmón, porque Mario había dicho que a Amaia le encantaba. Hasta eso la hizo sentir mal. No era justo. Lo justo hubiera sido llegar allí y que una tía estirada y odiosa le diera razones para sentirse incómoda. Pero allí no había nada maligno. Había interés y ganas de aceptación.

—¿Qué tal en el hospital? —le preguntó Ariadna a Amaia.

—Pues bien. —Sonrió—. Mario es muy buen «jefe».

—¡No soy tu jefe! —Se quejó él pasándoles unas copas—. Parece que los médicos mandamos allí, pero no te dejes convencer. Son ellos los que llevan la batuta. Los enfermeros. O están de tu parte o tu vida es un infierno.

Amaia asintió mientras probaba el vino, que le pareció dulce y delicioso.

—Hemos preparado patatas con salsa holandesa de primero. Dice Mario que te encantan.

—Demasiado —dijo ella con un suspiro.

—¡Cómo te entiendo! Me encanta comer —confesó Ariadna.

Amaia por dentro quiso asesinarla con un tenedor. ¿Que la entendía? Sí, claro. Seguro que esa chica también sudaba la gota gorda intentando subirse un pantalón

vaquero en el probador de H&M. Ahora era cuando soltaba eso que todas las flacas decían, y por lo que merecían castigos fuertes y duros, «pero nunca engordo» o «como lo que quiero, tengo una constitución superrápida». Entonces Amaia podría odiarla un poco. Sin embargo dijo:

—Un día me cansaré de controlarme, me comeré todas las patatas del mundo y a mamarla, pero me da rabia escuchar a mis amigas flacas decir «¡¡¡Ay!!! ¡¡Pues yo como lo que quiero y no engordo!!». Mentira. Son todas unas jodidas mentirosas. ¡Y si no lo son, las odio por no serlo! —Se rio.

Y Amaia se hizo un poco más pequeñita. Diosssss..., ¿era justo odiarles por ser asquerosamente adorables?

Después de charlar sobre el trabajo de Ariadna en el departamento de comunicación de una multinacional, se acomodaron en el salón. Amaia había estado ya en casa de Mario en un par de fiestas con gente del hospital, así que no le sorprendió. Seguía siendo moderna y estilosa. No demasiado grande, pero con dos habitaciones y en un bonito barrio casi céntrico. Se acordó sin saber por qué del piso de Javi, en Ortega y Gasset, en la milla de oro. Pero era un piso viejo, por modernizar, decorado al estilo de los ochenta, con mucha tela y brocado. Javi decía que no quería cambiar nada hasta que no fuera imprescindible. Para él los cojines del sofá seguían oliendo al perfume de su madre, a familia, a correr con sus hermanos por el pasillo y a las riñas cariñosas de la chica que ayudaba a su madre; nunca le había hecho falta confesárselo.

Entonces, mientras cenaban y conversaban sobre el trabajo de las chicas con las que compartía piso (uséase, nosotras), Mario le preguntó por Javi. Javi, que a esas alturas de la noche igual tenía la chorra en remojo en el sashimi de Sandra. Puaj, pero qué asco más grande.

—Javi bien, gracias —contestó ella enrollando tallarines en su tenedor. Los miró a los dos de reojo. Tan monos. Tan buena pareja. Tan juntos y enamorados. Y ella allí... tan sola. Y siguiendo uno de sus impulsos suicidas dijo—: Nos va genial.

—¿Cómo que os va genial? —preguntó Mario confuso mientras abandonaba sus cubiertos en el plato.

—Pues eso. Que nos va genial juntos. ¿Quién lo iba a decir?

—Pero ¿no decías que Javi era gay?

Ella fingió estar súper por encima de las circunstancias, con sonrisita sobrada de por medio.

—Eso es lo que digo en el hospital para despistar. Pero Javi no es gay. Bien lo sé yo. —Fingió reírse.

La novia de Mario se rio también.

—¿Quién es Javi? —preguntó.

—Es uno de sus compañeros de allí del hospital. Un enfermero.

Amaia arqueó las cejas. ¿Había sonado raro en su voz? ¿Había dicho enfermero con tonito?

—Bueno, a la vista está que somos más que compañeros. No te lo había contado porque estábamos en ello, pero lo cierto es que estoy superfeliz, porque ya lo has visto. Es supermono, detallista, me trata como a una reina y tiene la polla del tamaño del peñón de Gibraltar.

Mario se atragantó con el vino y su chica se echó a reír a carcajadas. Y Amaia, sonriente, se preguntaba por dentro por qué cojones acababa de decir semejante barbaridad. Pero... jódete un poquito, Mario. Aunque seas buen chico.

Una Sandra engalanada hasta las cejas esperaba con el baile de san Vito a que Javi le abriera la puerta. Había entendido que saldrían a cenar, pero el olor a comida que emanaba de la casa apuntaba a lo contrario. ¡Madre mía, cita en casa! ¡Eso sonaba a magreo en el sofá!! Si alguien me pregunta mi opinión..., Sandra tenía el mismo conocimiento sobre citas que la propia Sandra a los quince.

Javi abrió la puerta con una sonrisa, una camiseta negra y unos vaqueros. Y... ¡por el amor de Dios! Qué bueno estaba. Sandra empezó a ponerse nerviosa.

—Hola, guapa. Pasa.

—Creía que saldríamos a cenar.

—Es que guardaba un as en la manga. —Javi le guiñó un ojo y cuando ella se dio la vuelta, él se quedó mirándole el culo. Estaba buena... ¿verdad?—. ¿Me acompañas?

Y si alguien quiere mi opinión otra vez, diré que Javi sabía muy bien lo que era una cita a los treinta.

Entraron hasta el salón, donde él había preparado una pequeña mesa junto a una ventana. A Sandra le horrorizó la decoración. Se dijo a sí misma que si lo suyo cuajaba, lo primero que haría antes de ir a vivir con él sería hacerle un lavado de cara a aquella casa. Qué lástima. Tan grande, en un barrio tan bueno y tan pasada de moda.

Se sentó cuando Javi le retiró la silla y probó el vino como él le pidió, mientras traía la comida de la cocina. Había hecho una lasaña de setas, porque no sabía si le gustaba la carne o si sería vegetariana. A Sandra aquello le pareció muy tierno. Antes de sentarse encendió un par de velas en la mesa y después colocó una silla a su lado, no enfrente. A Sandra casi le dio un infarto cuando la rodilla de él, enfundada en un vaquero, rozó la suya solo tapada por una media fina.

—¿Nerviosa por la entrevista del lunes? —le preguntó él poniéndose la servilleta de tela en el regazo con un gesto rápido.

—Un poco. No sé si se me dará bien.

—Bueno, me da la sensación de que los clientes no son de los que se quejan —bromeó Javi.

—En realidad... será mi primer trabajo. Las clases particulares no las cuento.

—Dicen que opositar es un trabajo en sí mismo.

—Sí, bueno, puede ser. Pero sin jefes.

—No creas que luego a los jefes los ves mucho. Bueno, al menos yo.

—Pero tú tienes suficiente ya con lidiar cada día con Amaia.

—No lidio con ella, la disfruto —dijo esbozando una sonrisa canalla—.

¿Brindamos?

—Claro.

—Por nosotros y por esta noche.

Chocaron las copas, dieron un trago de vino y Sandra creyó que acabaría desmayándose si Javi le parecía más sexi.

La lasaña estaba espectacular. Eso le hacía falta a ella, un tío como él: mono, con un trabajo emocionante, un culo para partir nueces, buena mano en la cocina y un piso en el barrio de Salamanca. No ese papafrita de Íñigo. «Bien, Sandra, empiezas por fin a hacer las cosas bien», se dijo.

La conversación fue amena y coqueta. Hablaron de trabajo (Sandra de sus estudios, claro), de los amigos (de Amaia, cómo no), de viajar... y entre coqueteo y coqueteo el ambiente fue caldeándose. Cuando terminaron sus platos, siguieron hasta terminar con el vino. Javi fue a por otra botella cuando Sandra ya iba achispada total, preguntándose internamente cuándo venía lo de los besos en el sofá.

Javi se sentó de nuevo con la botella abierta en la mano y ella se le arrimó mimosa. Sandra, borracha, decidió ser menos sutil de lo que había planeado y se desabrochó un botón del escote, con los ojos de Javi clavados allí.

—¿Nos tomamos la última copa de vino en el sofá? —propuso él con una sonrisa lobuna.

Ella se levantó triunfal y fue contoneándose hasta dejarse caer sobre los cojines del sillón. Él la siguió con las dos copas, que depositó en la mesa baja algo descascarillada que había delante.

—Sandra... —susurró él acercándose a su cuello—. Antes de nada..., soy una persona honesta y me gustan las cosas claras.

—Y a mí —dijo ella nerviosa, impaciente y casi jadeante al notar la proximidad de Javi.

—Hagamos lo que nos apetezca. Que esto sea divertido pero... despreocupado. ¿Te parece?

—Me parece.

Sandra nos contaría después que fue Javi quien se abalanzó para besarla en los labios, pero lo cierto es que fue ella quien lo hizo. En cualquier caso, él lo aceptó de buen grado. El beso fue brutal. Chocaron los dientes y en un primer momento fue un lío de lenguas y labios en el que nada encajaba, pero él se separó, puso orden y, subiéndola a horcajadas sobre sus rodillas, volvió a empezar. Y fue, a juzgar por la cara de Sandra al día siguiente..., uno de los mejores besos de su vida.

Ella esperaba..., pues eso, arrumacos en el sofá. A lo sumo una paja, se había dicho antes de salir de casa. Y no es que se intentara autoconvencer para no follar en

la primera cita. Es que pensaba de verdad que de paja no pasaría. El pensamiento de una adolescente enamorada, lo que yo te diga. Pero Javi, por muy buen chico que fuera, tenía pene y treinta años. Vamos, muy pocas ganas de andarse con tonterías. Si se daba un homenaje, se lo daba pero bien. Y así procedió. Cuando los besos se incendiaron, ante la sorprendida mirada de Sandra, él se quitó la camiseta, y luego le desabrochó la blusa y la sobó de arriba abajo, insistiendo en cierta zona que ella tenía entre los muslos. Sin andarse con galanterías, ella se dejó llevar un poco, pues pensaba que siempre podría frenar más adelante. Más tarde pensó que era el momento de meterle mano y empezar con las maniobras militares. Pero no tuvo oportunidad porque el que parecía un chico tímido y educado se convirtió en una bestia parda, que por poco no le rompió la cremallera de la falda. Ella se sintió de pronto pudorosa y abrumada. Estaba sentada sobre la erección de un chico al que estaba besando y que... no era Íñigo ni olía a Íñigo ni tocaba como Íñigo. Estaba desubicada. No sabía qué hacer. Pero Javi le enseñó por dónde tenía que empezar.

—Oye, Sandra... —dijo él separándose un segundo—. Tú... si no quieres, párame, ¿eh?

—Sí, sí —contestó ella.

—Pero en serio. Párame. Llegamos hasta donde quieras llegar —insistió Javi, que la veía algo reacia.

Ella se dijo a sí misma que, como la mujer moderna que era (ejem, ejem, que me atraganto), tenía que abrirse al sexo esporádico. Esporádico, sí, pero con la clara intención de que no fuera un primer y único polvo. Sandra, muy seria, se reprochó la mojigatería y puso cara de guarrona mientras se frotaba con Javi. No hubo más que hablar.

No se quitaron apenas ropa. Sin saber muy bien cómo habían llegado hasta allí, y dos minutos después estaban en el suelo; Sandra tumbada sobre la alfombra del salón con los pantis rotos, las bragas hechas un gurrño en el tobillo de su pie izquierdo, la blusa totalmente abierta y los pechos fuera de su sujetador, y Javi con la cabeza hundida entre sus dos tetas (grandes tetas, para más señas) y con el pantalón y la ropa interior bajada a medio muslo, tanteando la entrada de Sandra sin llegar a dar el empujón.

—Mierda —masculló.

Se levantó un momento, se subió el pantalón y corrió desapareciendo en la oscuridad del pasillo ante la alucinada mirada de Sandra.

—¿Y este dónde va?

Javi volvió y se dejó caer de nuevo encima de Sandra, invadiéndole la boca con mucha lengua. Le puso en la mano un condón, que probablemente había ido a buscar al dormitorio, y le dijo con voz grave:

—¿Me lo pones?

Oh, oh, Sandra no tenía ni idea de poner un condón y al recordar el tacto y el olor del látex no le entró ninguna gana de aprender.

—Mejor póntelo tú.

Javi se arrodilló entre sus muslos, se lo colocó con movimientos diestros y volvió a dejarse caer encima de ella. Sandra se arqueó y él la penetró. FLI-PÓ. ¿Qué era aquello? Maaaadre de Dios santísimo. Pero ¡qué gusto!

Los dos gimieron y gruñeron y él empezó a empujar fuerte y con movimientos acompasados. Ella no podía creérselo. Estaba follando con otro. Estaba follando con Javi, el de la carita de buen chico, que ahora se había dejado llevar por un instinto que era cualquier cosa menos políticamente correcto. ¡Y era sensacional!

No se besaron mientras lo hacían. Ni se acariciaron antes para ponerse a tono. Él estaba empalmado, ella húmeda..., no hubo más palabras. Sandra estaba alucinada con cómo se estaban desarrollando las cosas. Estaba disfrutando del polvo, de la medalla de estar tirándose al primer tío sobre el que había puesto el ojo tras su ruptura y de la nueva Sandra. Ya casi ni le importaba lo de trabajar en una funeraria. Javi levantó la cabeza de entre sus pechos y la miró intensamente.

—Joder..., ¿te gusta que te folle así, Sandra? —le preguntó.

—¡Sí! —vociferó ella muerta de morbo—. Córrrete, córrrete.

Él siguió empujando y Sandra cerró los ojos. Era sexualmente excitante y agradable. Le estaba dando placer pero... siendo sincera, no sabía si llegaría a correrse. ¿Era importante eso? Con Íñigo siempre se corría porque tenía confianza y si se notaba rezagada, se tocaba. Pero le daba corte hacerlo con Javi. Sandra se puso a pensar, demasiado racionalmente, en aquello. Javi lo hacía bien, la embestía con fuerza pero sin hacerle daño, mordía con suavidad sus pechos, excitándola. Y ella estaba como una moto, pero no estaba segura de que correrse con un desconocido la primera vez fuera de recibo. Tonterías de Sandrita. Llevaban cosa de quince minutos así cuando él empezó a gemir y a doblar la fuerza de los empujones y pronto notó cómo se tensaba encima y dentro de ella.

—Oh, Dios, joder... —Gruñó entre dientes—. Me corro.

Y se corrió en las siguientes dos embestidas, vaciándose por completo en el condón mientras Sandra jadeante no sabía qué hacer, sobre todo cuando él se apoyó encima de ella para recuperar el aliento. Ah, pues no. No se había corrido. ¿Y qué hacía ella ahora con ese calentón?

Pasaron unos segundos incómodos en silencio. Él se incorporó, se subió los pantalones y se tumbó en la alfombra, mirando al techo. No dijeron nada. Ella fue a levantarse para ir al baño, pero él la paró.

—Lo siento. ¿Fui muy rápido? —se disculpó.

—No, no. —Sonrió Sandra cortada—. Ha estado muy bien.

—Pero no te has corrido —le dijo.

Sandra se enterneció. ¡¡Se estaba preocupando por si ella se había corrido o no!! Pero ¡qué mono!

—No. Pero no pasa nada —le contestó con una sonrisa alhelada.

—Claro que pasa. Me parece injusto. Tú me has dado un buen orgasmo... y yo

voy a hacer lo mismo contigo.

Se apoyó de lado, metió la mano entre las piernas de Sandra y, acompañando sus caricias con la humedad que los dos habían provocado, la tocó despacio, con la presión indicada, la velocidad indicada. Sexi.

—¿Te gusta así?

Ella asintió y, cogiéndolo por la camiseta, lo acercó a ella.

—Pero también me gusta que me besen.

Él obedeció. En dos minutos Sandra, Sandrita, la misma a la que le daba pereza quitarse el pijama para echar un polvo con su anterior novio, se corrió con toda la piel de gallina, arqueándose y pidiendo más con una voz de guarra que ni siquiera ella se creía. Igual debía encargarse un exorcismo al llegar a casa. Pero eso iba a tener que esperar porque cuando ella se hubo calmado tras el orgasmo, Javi le preguntó, besándole el hombro, si quería dormir allí. Sandra no daba crédito. Pero ¡qué bien se le estaba dando la noche!

—Claro —dijo melosa, acariciándole el lóbulo de la oreja—. Necesito ir al baño.

—En el pasillo, la última puerta a la izquierda. Es el dormitorio; ahí hay un baño.

Mientras ella se aseaba después del sexo, él recogió la mesa y luego apareció en la habitación con un plato humeante y dos cucharillas.

—El postre.

—Creí que el postre era lo que hemos hecho sobre la alfombra.

Él se echó a reír. Vaya..., Sandra era simpática, pensó. Y lo del salón había estado muy bien para ser el primer polvo. Quizá conocerla un poco más no era mala idea. Veinte minutos más tarde y después de comerse un vulcano de chocolate, él le prestó una camiseta y se acostaron. Debajo de la colcha, arropados hasta el cuello, se besaron hasta que se calentaron de nuevo y él le bajó las bragas sin miramiento. Volvieron a hacerlo... esta vez a lo bestia. Javi terminó cogiéndose al cabezal de la cama, mordiéndose el labio y pidiéndole una y otra vez que se corriera con él. Sandra se concentró, pero había algo..., no podía. Se lo dijo y él, frustrado, le preguntó si había algo que estaba haciendo mal. Ella negó con la cabeza y él..., hombre pragmático donde los haya, se hundió bajo el edredón hasta colarse entre sus muslos. Cuando la lengua empezó a acariciarle el clítoris, Sandra puso los ojos en blanco y apretó la sábana con los puños. No tardó mucho en correrse entre espasmos y Javi, sonriente, volvió a embestirla a lo bruto hasta que se corrió.

Bueno, ya se correrían juntos. Ella pensó que encajar en la cama con alguien nuevo llevaría su tiempo. Así se conocerían de verdad. Lo que tenía que haber hecho es tocarse; a él no le habría importado. Es más, a él le hubiera gustado más que dormirse con la sensación de que no sabía hacer que esa chica se corriera si no era con sus manos o con la lengua. Pero es que esa chica no estaba demasiado preocupada por el sexo en sí. Sandra ya pensaba en amor.

EL AMOR

ME desperté de golpe sin saber por qué. La luz entraba muy tímidamente por las rendijas de la persiana y todo estaba en calma. No había gritos por el pasillo ni música alta ni ningún vecino se había puesto a colgar cuadros a las nueve de la mañana de un domingo. Consulté el móvil, que tenía encendido en la mesita de noche, pero no había mensajes ni llamadas ni nada. Ni una disculpa ni mi finiquito. Me asustó darme cuenta de que hubiera dado casi cualquier cosa por una disculpa de Pablo del modo que fuera. Un mensaje habría bastado, aunque supongo que de haberlo tenido, me hubiera dedicado a criticar mentalmente la frialdad de pedir perdón de aquella manera.

Nunca había discutido así con nadie. Sí, lo sé. Las discusiones con Amaia y con Sandra muchas veces eran subidas de tono, pero nunca estaban envenenadas y además nos conocíamos desde hacía tantísimos años que ya era como lidiar con la complicada relación que se tiene con una hermana. A decir verdad, dada la temperatura siempre templada del vínculo que me unía a mi familia, Amaia y Sandra eran lo más parecido a unas hermanas normales. Guille y Paloma, mis hermanos, me caían bien y por supuesto los quería, pero no teníamos la suficiente afinidad como para discutir de esa forma, me temo.

Pablo y yo nos conocíamos desde hacía apenas un mes y ya habíamos tenido la madre de las discusiones. La pelea más grande jamás contada en mi vida y, además, podría colgarse la medalla de haberme hecho llorar. Diez años de relación con Fernando y nunca había perdido los papeles de aquella manera. Pablo no solo me volvía loca en la cama. Pablo desestabilizaba mi vida y mi carácter, todo sobre lo que yo había impuesto unas rutinas marciales, normas y más normas que me impidieran parecer más marciana. Para alguien a quien las relaciones sociales no se le dan bien, tener a qué atenerse es un alivio. Me convencí de que interpretar un rol, un papel, fuera de mi zona de confort, era la única manera de sobrevivir con comodidad a cualquier situación.

Y llegaba Pablo, con sus anillos, sus greñas, sus camisas con pájaros dibujados..., con su obsesión por soltarme el pelo, sus dedos quemando mi piel, sus labios salados estampándose en los míos. Pero por encima de todo aquello, yo admiraba a ese hombre. Él era como yo aspiraba a ser. Quizá no en cuanto a estilo, entiéndeme. Pero tenía éxito haciendo lo que a mí me gustaba hacer. Había viajado, vivido y construido de la nada un restaurante que ya no era solamente eso: El Mar era un viaje para los sentidos, una experiencia vital para todos los que nos visitaban. Era un espejo donde

todos los que trabajábamos en la cocina queríamos vernos reflejados.

Y él lo había estropeado. Y yo lo había estropeado, aunque sé que hubiera sido peor si hubiera agachado la cabeza y acatado los gritos y las órdenes. Nunca me imaginé que Pablo fuera una de esas personas que alivian su frustración siendo tiranos. Porque tenía claro que eso era lo que había pasado. Pero lo más curioso era que... quería arreglarlo. Quería que se sintiera mal, que se disculpara, que entendiera dónde había estado el error para poder decirle que lamentaba haber llegado a aquello. Quería decirle que nuestra vida personal no podría volver a cruzarse y que estaba mal lanzarnos a los brazos del otro a la mínima oportunidad, solo para que él pudiera negarse en rotundo y decirme que le hacía sentir vivo. Y hasta yo sabía que eso último no era más que una fantasía adolescente porque ya lo había dicho él. ¿Quién era yo en su vida? Una chica con la que había retozado un par de veces. Una más. Llevaba, ¿cuánto? Más de una semana sin ni siquiera besarle. Yo no era nadie para él. Miré el tatuaje de la ola y... suspiré.

Me obligué a levantarme y despejarme. Cuando fui al baño, para más inri, me había bajado la regla. Estupendo. Al menos tenía una explicación pseudocientífica con la que justificar mi estado de moñez supina. Siempre me ponía un poco tonta un par de días antes de tener el periodo. Debía ser por la ultrasensibilidad en los pezones, que me ponía irascible. O yo qué sé. Por la retención de líquidos, por ejemplo. Un día con las chicas me iría bien. Un día con ellas de verdad. Pero claro..., ellas aún no estaban despiertas. Me metí en la habitación de Amaia y me colé en su cama.

—Uhm —se quejó—. Deja de meterle mano a mi cuerpo serrano.

—Amaia.

—¿Qué pasa?

—Ayer me pasó una cosa horrible.

—¿Cómo de horrible? ¿Tosiste y se te escapó un pedo en la cocina?

—No. Peor.

—No hay nada peor que un pedo delante de desconocidos conocidos —aclaró.

—Me peleé con Pablo a gritos delante de todo el mundo.

—¿Por lo vuestro?

—No. Se puso supertirano. Gritaba a todo el mundo y lanzó platos por los aires.

—Ay, Dios... —Se puso boca arriba y respiró—. Eso te pasa por no colgarte de alguien con una profesión un poquito menos creativa, hija. ¿No te enseñó nada la historia de Van Gogh y su oreja? Los artistas están locos.

—No es que Pablo se dedique precisamente a pintar.

—Pintar, esculpir, cocinar..., llámalo como quieras. Se puso en plan diva, ¿no?

—Algo así.

—¿Y tú le plantaste cara?

—Sí.

—Pues entonces hay que celebrarlo. Hazme el desayuno y brindaremos por tu chocho moreno.

Se dio media vuelta en la cama y sonreí.

—Y chocolate caliente.

—De eso nada. Café y tostadas con tomate. —Le respondí al salir de su cama. Cuando ya estaba alcanzando la puerta, Amaia se giró y me llamó.

—No voy a hacer chocolate, Amaia.

—No es eso. Es solo..., ¿estás bien?

—Sí.

—Vale.

Antes de ir a la cocina llamé a la puerta de Sandra y, como no me contestó, me asomé. La cama perfectamente hecha me sorprendió.

—Te va a encantar saber que Sandra no ha dormido en casa —dije cuando pasé por delante de la puerta abierta de la habitación de Amaia.

—Será marranonga. ¡¡Sexo en la primera cita!! ¡Así se hace!

Sandra apareció a las doce de la mañana con una sonrisa de oreja a oreja que no pudo más que sorprendernos. Nunca me habría imaginado a Sandrita apareciendo con la ropa de la noche anterior contando hazañas sexuales. Preparé más café..., lo iba a necesitar. No solo estaba cansada debido al caos de mi discusión con Pablo, sino que, para rematar, un camarero se resbaló en la cocina tirando seis postres de una mesa con él y yo tuve que prepararlos de nuevo a una velocidad inimaginable. Por si el día no había sido suficientemente infernal. Pablo..., joder. Cada vez que lo pensaba hasta me mareaba. Y mientras tanto Amaia estaba... ausente.

—¿En serio que no te pasa nada? —le pregunté.

—Nada de nada.

Nada de nada significaba en lenguaje de Amaia un «estoy acojonada por tener que confesarle a Javi que Mario cree que estamos juntos y si lo cree es porque yo se lo he dicho», pero trataba de esconderlo. Claro..., no son cosas que se cuentan delante de una amiga que se lo acaba de tirar.

—A callar todas. Ahora me toca a mí.

Sandra se sentó en la cocina y empezó con la narración de los hechos..., con pelos y señales. Amaia fue primero arrugando el ceño y después terminó gritando, tapándose los oídos y clamando al cielo que la callara. Claro, ella tenía que verle la cara todos los días a ese Javi que le había hecho el desayuno a Sandra y se lo había comido hasta que se corrió dos veces, y que luego se la había follado a lo bruto desde atrás con ella reclinada en la mesa de la cocina.

Yo atendí con cara de acelga, pero no voy a negar que en mi interior todo lo que ella contaba se iba convirtiendo en una película porno cuyos protagonistas no éramos otros que Pablo y yo. Buff, cuando lo imaginé hundido entre mis muslos, lamiendo y sonriendo, por poco no me dio un infarto allí mismo. Fingí tener prisa por ducharme y puse tierra de por medio. Solo me faltaba calentarme como la fragua de Vulcano

después de decirle a Pablo Ruiz que era un fraude y un estorbo en su propio restaurante.

Amaia fue la siguiente en darse una ducha. Sandra dijo abiertamente que no iba a lavarse hasta el lunes, porque le encantaba oler a Javi y a sexo, confesión que nos dejó patidifusas. Tuve ganas de santiguarme y no porque sea una melindres a la que le asuste hablar de sexo. Es que..., joder, era Sandra. ¿Qué tipo de metamorfosis era aquella? ¿Entraría un día en su cuarto y la descubriría mutando a escarabajo?

Después de arreglarse y confirmando mis sospechas de que algo no andaba bien, Amaia se fue sin dar explicaciones. No es que tuviera obligación de hacerlo, pero es la típica persona que radia cada uno de sus movimientos. Tanto era así que, a veces, desde su habitación nos iba canturreando que se estaba poniendo el *bodymilk*, eligiendo pijama, haciendo la cama..., yo qué sé. Es Amaia y tiene sus rarezas, pero hay que quererla como es.

¿Y dónde iba con tanta prisa? Pues a casa de Javi, claro. Él le abrió la puerta sorprendido por la visita y con el pelo mojado. A Amaia le tranquilizó ver que él no pensaba pasarse el fin de semana oliendo a sexo.

—¿Qué tal? —le preguntó él—. Estaba haciendo la comida. ¿Te quedas?

—¿Qué cocinas?

—Pasta —contestó avergonzado—. Nada sofisticado.

—¡Adjudicado!

Se acomodó en una silla de la cocina mientras él terminaba de vaciar un paquete de tomate frito en una olla. Ninguno de los dos hablaba. Ella bebía Coca-Cola Zero a sorbitos, buscando las palabras, y él daba más vueltas de las necesarias a la pasta a sabiendas de que Amaia sería conocedora de detalles sobre su vida sexual que no le hacían sentir muy cómodo.

Al final se dio la vuelta y la miró, con las manos detrás de la espalda. No tuvo que decir nada. Ella le sonrió y lo atajó.

—Ya, ya sé que eres un fiero, que follas como una puta bestia de monta y un montón de cosas que hubiera preferido no saber, pero no tengo intención de conversar contigo sobre ello.

—Ah —dijo él con su carita de chiquillo—. Me tranquiliza. Y por pedir..., no vuelvas ni a mencionarlo.

—Ajá. Hecho. ¿Te gusta?

—¿Qué me gusta?

—Te pregunto si Sandra te gusta.

Él perdió la mirada por la cocina y movió la cabeza.

—Bueno, a ver. Es que no quiero ponerte a ti en una situación rara...

—¿Más rara? Muy extraña tendría que ser tu respuesta.

—Me parece maja y todo eso. No ha sido un flechazo, claro, pero... no sé. —Se

encogió de hombros—. No sé si en realidad creo en el amor.

Ella arqueó una ceja.

—¿Cómo no vas a creer tú en el amor si eres un puto osito de gominola?

—Mñe... —farfulló él volviendo a dedicarle atención a la pasta—. No lo sé. Me incomoda hablar del tema.

—¿Por qué? ¿Te enamoraste alguna vez de alguna tía que se comió tu corazón y luego se forzó el vómito para que la vieras expulsarlo, masticado y babeante, a tus pies?

Javi frunció el ceño pero sin girarse.

—No.

—¿Entonces?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que me dan vergüenza. Y ya está.

—Oh, no, no está. Ahora me lo cuentas.

Él cogió diligente dos platos hondos y los llenó. Después los colocó sobre la mesa de la cocina y se sentó delante de Amaia a comer.

—Estoy esperando una respuesta.

Javi la miró mientras masticaba y después, apartando los ojos, le confesó:

—Nunca he estado enamorado.

—¿Cómo que nunca te has enamorado?

—Que nunca me he enamorado.

—¿Nunca de nunca?

—Nunca, Amaia, nunca.

—Pero...

—Me han gustado chicas y eso pero... nada. Se esfuma enseguida. No siento mariposas ni me río como un tonto ni me quitan el sueño y el hambre y tampoco siento que el mundo gira a nuestro alrededor.

—Hostias, qué triste, macho.

—Ya lo sé. Por eso no lo cuento. Porque es triste. A lo mejor soy incapaz de querer. Igual..., no sé, tengo alguna psicopatía que me impide enamorarme.

—No seas tonto —farfulló Amaia, que ya se había concentrado en deglutir espaguetis—. Eso es porque aún no ha llegado la chica adecuada y todas esas mierdas que dice la gente en estas situaciones.

—¿Y si no llega nunca? ¿Me quedaré soltero siempre? ¿No tendré hijos? ¿Tendré que resignarme a no saber lo que es morir de amor por alguien?

Ella lo miró con los ojos abiertos de par en par. Estaba alucinando con este Javi: además de macho follador tenía sentimientos. Se encogió de hombros y se acordó de lo que la había llevado hasta allí.

—Javichu...

Él levantó la mirada alarmado.

—¿Qué has hecho?

—¿Cómo que qué he hecho?

—Si me llamas Javichu así de amorosa es porque me la has liado pardísima.

Amaia puso cara de gatito de Shrek.

—He hecho una cosa... —Él se limpió la boca con una servilleta y apartó los cubiertos con verdadera cara de angustia. Ella siguió. No hay dolor, se dijo—. Anoche cené en casa de Mario. Conocí a su novia.

Él dibujó un gesto perplejo.

—Dime que no has matado a nadie.

—¡Claro que no he matado a nadie!

—Ahm..., eso me tranquiliza.

—Pero... me presionaron y yo... terminé... sintiéndome...

—¡¡Deja de hacer esas pausas, coño!! ¡¡Me estás matando!!

—Les dije que estábamos juntos. Tú y yo.

No contestó. Eso fue lo que más asustó a Amaia, que Javi se quedara callado, mirándola, durante segundos enteros.

—¿Cómo?

—Yo... les conté que tú y yo estábamos juntos. No sabía por dónde salir y... me sentí obligada a decir algo...

—¿Que les dijiste que tú y yo salimos?

—*Chi* —confirmó con carita de buena.

Ella se apretó los labios entre los deditos, avergonzada. Ahí venía la explosión, estaba claro.

—Pero ¡¡¡tú estás loca!!! —gritó Javi levantándose—. Y ahora ¿¡qué cojones se supone que tengo que hacer!?! ¿¡¡Seguirte el rollo en otra de tus absurdecas!?! ¡¡Déjame el alma tranquila, joder, la puta ya!!

—No digas tacos... —le pidió con un hilillo de voz—. Sé que he hecho mal pero...

—Ya puedes decirle el lunes que tú y yo hemos cortado o que me has dejado o lo que te dé la gana, pero NO me metas en ese asunto. NO, ¿me oyes?

—Pero Javi...

—¡¡Que no!! ¿¿Es que no hay manera de que te olvides de una puta vez de esta historia?? ¡¡Por el amor de Dios, Amaia!! ¡Y encima me metes a mí! Pero ¿es que tenemos quince años? No, no, no pongas esa cara. Contéstame. ¿Qué pretendías con eso? ¿Eh? ¿Crees que se va a enamorar de ti de pronto porque te vea con otro?

—Yo... no pensé.

—¡Claro que no pensaste! ¡No piensas nunca, joder!

—Pero Javi...

—¡Deja de decir «pero Javi»! ¡¡Déjame en paz!! ¡No haces más que meterme en cosas en las que no quiero tener nada que ver! ¡¡Nada!! —Él se echó el pelo hacia atrás con un bufido y luego dijo—: Vete.

—¿Qué?

—¡Que te vayas, Amaia! ¡Que te vayas! No tengo ninguna gana de verte después de esto. ¡Ninguna!

Amaia se levantó de la mesa, cogió su bolso y andando a pasitos rápidos con sus piernecitas fue hacia la puerta. Su sorpresa fue mayúscula cuando llegó al rellano y vio que él no la seguía.

Sandra se fue de compras sexis. Vamos, que se fue a comprar bragas al centro comercial Príncipe Pío. ¿Con qué dinero? No lo sé. Prefiero no planteármelo. El caso es que se pasó veinticinco minutos en la sección de ropa interior de H&M antes de ir satisfecha hacia las cajas para pagar.

Allí, mientras esperaba y consultaba su móvil por si Javi le había escrito (que no le había escrito, claro, porque estaba demasiado ocupado calmándose tras la discusión con Amaia), se llevó una desagradable sorpresa. Alguien tocó su hombro y al girarse se encontró con Íñigo, su ex. Al principio el estómago se le juntó con las amígdalas, estampándose allí de golpe. Después sintió una llamarada de calor en la cara, concentrándose en las orejas. Más tarde un leve mareo y algunos puntitos brillantes invadieron todo lo que veía. Joder, Íñigo. Nunca había estado tan guapo, se dijo. Luego pensó en que ya no era nada suyo, en su situación actual, y se le dibujó una cara que es solo definible como «espárrago rebozado», y no pudo disimular su disgusto.

—Hola, Sandra..., no estaba seguro de si eras tú...

—Pues ya ves que sí —dijo con aire repipi.

—Qué coincidencia.

—Sí.

—¿Qué..., qué haces por aquí?

—Vivo aquí.

—¿Aquí dónde?

—Aquí, aquí.

—¿En H&M?

Rebufó.

—Dime, ¿por qué tendría que decírtelo?

Íñigo se quedó cortadísimo y decidió hacer como si nada.

—Me han dicho tus padres que..., que te va muy bien. Yo... me alegro mucho.

—Mira, ¿ahora hablas con mis padres? Pues qué bien. Después de dejarme tirada, de dejarme de la manera más ruin posible en un momento bajo. Después de que mis padres me echen de casa, abandonándome a mi suerte, tú te pires seguramente a tirarte a otra y yo tenga que olvidar mi sueño de ser notaria, ¿vienes a regodearte de mis desgracias? —dijo en su papel de Escarlata O'Hara—. Pues para tu información te diré que estoy viviendo por mi cuenta con mis dos mejores amigas, que mi vida ha

dado un giro exponencial para bien, que desde que ya no estamos todo parece sonreírme, que tengo trabajo y que me tiro a otro bastante más guapo que tú. Ale, arrea.

Dejó la ropa interior de cualquier manera en el primer perchero que encontró y después se fue de allí a golpe de melena. Cuando llegó al pasillo ya lloraba desconsoladamente y, lo peor, sin saber por qué.

Al llegar a casa solo pudo hacer una cosa: comerse entera una tableta de chocolate para fundir con media barra de pan, beber a morro del cartón de leche y después mandarle un mensaje a Javi, diciéndole que lo había pasado muy bien la noche anterior y que iba a ver una película en su cuarto. «Ven si te apetece. Estaría bien».

Javi recibió el mensaje de Sandra en pleno calentón. No calentón sexual, en este caso, sino de cabreo. Había terminado tirando la comida a la basura y sentándose en una silla en la cocina, esperando que se le pasara, pero cada vez que se acordaba, se enfadaba más. Esta Amaia..., cuando pensaba que las cosas estaban volviendo a su cauce, ella volvía a hacer una de esas cosas estúpidas que tan nervioso le ponían. Y siempre por Mario. Siempre por el mismo tío, que, por muy bien que le cayera, debería darse cuenta de una puta vez de que Amaia andaba detrás de él y dejar las cosas claras.

Cuando leyó el sms de Sandra no se lo pensó mucho. En condiciones normales hubiera puesto una excusa para no terminar «viendo una película» con la tía con la que se había acostado la noche anterior y que..., bueno, que tampoco es que le volviera loco. Pero cogió una chaqueta y sin preocuparse por arreglarse o coger el móvil, se marchó. Sandra le abrió la puerta ilusionada y él la abordó, besándola en la boca, convirtiendo toda la rabia que tenía en saliva, lengua y energía sexual. Los vi de refilón cerrar la puerta del dormitorio de Sandra cuando salía hacia el salón. Como lo vi venir, me apresuré a vestirme para salir cagando hostias de casa, pero tardé demasiado y los primeros gemidos me sorprendieron en la cocina. Antes de salir me dejaron sin habla los sonidos de sexo brutal, descontrolado, y los empellones contra la puerta de la habitación donde, sin duda, estaban follando.

LOS EXPERIMENTOS

EL lunes Amaia fue al hospital cabizbaja y triste. Sabía, porque yo se lo había comentado, que Javi había estado en casa ejerciendo de pichabrava con esmero, pero cuando ella llegó, él ya se había largado. No había sabido nada de él desde la discusión en la cocina, cuando él la había echado de su casa. A Amaia le dolía algo dentro.

Se cambió, se puso su pijama de enfermera y se marchó a hacer su trabajo, que esa mañana consistía básicamente en hacer unas espirometrías. Nada demasiado apasionante.

No fue hasta las once, cuando se tomó un descanso para tomar un café, que se encontró con Javi. Fue un encontronazo de frente. Él salía de la sala y ella entraba. Amaia apartó la mirada hacia el suelo y pretendió pasar de largo, pero él la cogió de la muñeca. Se miraron. No dijeron nada durante demasiado tiempo.

—Lo siento —dijo él tomando la delantera.

—No, no. Yo la cagué. No me pidas perdón tú.

—No, escúchame. Me puse como un loco. Perdí los papeles y lo siento.

—Me asusté —confesó ella—. Nunca me habías echado de tu casa. Y no supe nada de ti después. Creí que la había cagado de verdad.

—La has cagado de verdad. Pero perdí la razón poniéndome de aquella manera. Si no te llamé fue porque necesitaba tiempo para tranquilizarme.

—Y para chingarte a Sandrita.

Antes de que ninguno de los dos pudiera añadir nada más a la sonrisa que se había dibujado en sus caras, la voz de Mario sonó cantarina por el pasillo. Iba hablando con alguien sobre tomarse un café de litro y medio. Javi y Amaia compartieron una mirada. Estaban en la puerta, mirándose, con la muñeca de ella entre los dedos de él.

—Oh, mierda —susurró Amaia.

Cuando Mario intentó entrar en la sala de descanso a ponerse un café, se encontró con Javi acariciándole la mejilla a Amaia con el pulgar de su mano derecha. La otra había trenzado los dedos con los de ella. Y sin saberlo, el doctor Nieto presenció un gesto que les decía a los dos mucho más que una caricia tonta. A ella, que Javi la quería lo suficiente como para volver a ceder y a él, que había pocas cosas en el mundo que no haría por su amiga Amaia. Su mejor amiga Amaia.

—Perdón, pareja —dijo Mario en un susurro.

Ellos se separaron y dejaron que él pasara. Después ella susurró un «gracias».

—Si es tan importante..., si no vas a olvidarlo..., te ayudaré. ¿Vale? Lo intentaremos. Quemaremos el último cartucho.

—Pero tenías razón..., ¿de qué va a servir?

—Bueno, no lo sé. Solo hagámoslo. Démonos..., ¿dos meses?

—¿Y Sandra? —preguntó Amaia totalmente alucinada.

—Sandra no es nada mío. Y de todas maneras..., creo que podremos escondérselo.

Y la sonrisa que esbozó entonces Javi no pudo gustarle más a Amaia. ¿Habría un chico travieso dentro de su mejor amigo? Después los dos se dieron la vuelta para pillar a Mario Nieto bebiéndose un café con los ojos fijos en ellos.

Sandra intentaba atender a las instrucciones que el dueño de la funeraria le daba, pero no podía concentrarse en nada que no fuera el potente aroma de las flores de las coronas y el suave quejido de una viuda. Estaba a punto de hiperventilar.

—Entonces, hasta que aprendas, vas a ayudarnos un poco a todos. ¿Entiendes? Es sencillo. Solo archivar las facturas que lleguen, atender a los clientes y ayudar a Raúl a arreglar a los..., bueno, ya sabes. Para la despedida y eso.

Sandra asintió. Por orgullo no se marchó. Lo pensó un par de veces, pero si lo hacía Amaia se reiría de ella (señalándola vulgarmente con el dedo), yo la miraría con desaprobación, sus padres repetirían que era una malcriada, Javi creería que era una señoritinga con demasiados remilgos e Íñigo se saldría con la suya. ¿Qué suya?, te preguntarás. Pues que en la mente de Sandra (o estás conmigo o estás contra mí y además intentas hacerme la vida imposible), Íñigo formaba parte de esos archienemigos que habían tratado de alejarla de la felicidad. El eje del mal. Como esa niña de cuarto que se empeñaba en sacar mejores notas que ella o el (los) tribunal(es) de la oposición. Yo quiero mucho a Sandra, pero esa es la verdad. Amaia está loca, Sandra tiene manía persecutoria y yo soy una estúpida a la que las emociones humanas turban y perturban. La aceptación es lo primero.

El caso es que allí estaba Sandra, vestida con un traje de chaqueta gris y camisa negra, viendo cómo una de las hermanas de Raúl, que también se dedicaba al negocio familiar, gestionaba con la floristería una corona de flores para uno de los difuntos que esperaban.

—Tiene que ser de las medianas... —decía mientras miraba un catálogo que tenía delante—, espera que te canto el código. Es la IB3070. Exacto. Pero quítale las rosas rojas, por favor. Uno de los familiares ha expresado que no le parecen adecuadas para un sepelio.

La de vocabulario que iba a aprender allí, se dijo. Un rato más tarde, cuando la pena del ambiente empezaba a calarle en el pecho, tuvo que hacerse cargo de la sencilla tarea de dirigir a los familiares y amigos de uno de los «clientes» a la sala donde se iba a llevar a cabo el velatorio. Sin saber si sonreír o no, con una mueca en

los labios, decía: «¿Familiares de Fulanito? La sala 3C, al fondo a la derecha». Y le daba tanta pena el pesar de los asistentes que a muchos los envió a la 3D, al fondo a la izquierda. Se lo perdonaron, no obstante.

Antes de la hora de la comida, a Sandra le tocó estar un rato en la oficina, con el papeleo. Al principio todo le pareció muy complicado, pero el padre de Raúl, dueño de la empresa, le hizo una chuleta en una hoja de libreta con los pasos que debía seguir para gestionar y archivar cada factura y papel. Era bastante mecánico, en teoría no le supondría ningún problema. Le dijeron que se le estaba dando bien y que le harían un contrato de prueba de tres meses. Eso la puso un poco contenta..., contenta hasta que vio aparecer a Raúl por allí, con su pelo fosco, sus ojeras y su tez blanquecina, que venía a buscarla para que le ayudara a preparar otro velatorio.

Bajó con un nudo en la garganta hasta un sótano que le parecieron las catacumbas, a pesar de que estaba bien iluminado, el olor de las flores era más suave y todo parecía muy nuevo e inmaculado. Sobre una mesa parecida a la de los quirófanos aguardaba un cuerpo. Sandra no había visto un muerto en toda su vida. Le pareció hasta de broma..., un muñeco de estos que utilizan en las películas. Se dijo a sí misma que podía soportarlo. El estómago, que minutos antes le rugía de hambre, empezó a burbujear con una especie de náusea seca. Palideció.

Raúl se acercó y empezó a explicarle. Le señalaba algunos tubos. Una esponja. Maquillaje. Sandra no lo oía. Se cogió a la mesa con disimulo. Ahora que le habían dicho que la contratarían no quería que se echaran atrás. Era muy competitiva; no quería que una funeraria la rechazara como trabajadora. Contuvo el aliento tanto cuanto pudo. Allí olía raro. Tampoco mal, pero raro. ¿Y si respiraba por la boca? Ya no se pudo plantear nada más porque, sin darse cuenta, había estado inclinándose hacia un lado, víctima de un vahído a lo señorita victoriana. Cuando se desplomó en el suelo ni siquiera fue consciente del golpe que se daba.

Despertó en una sala de descanso del personal. Lo primero que vio fue la puerta, desenfocada. Se puso boca arriba con esfuerzo (todo el cuerpo le pesaba) y vio el plafón lleno de polvo del techo. Se dijo a sí misma que aquella sala necesitaba una manita femenina para hacerla más acogedora. Después lo que vio fue la cara de Raúl, que se asomó y le preguntó si se encontraba mejor.

—Mñeee —balbuceó.

—Te caíste redonda. No había visto nada igual en toda mi vida. Menos mal que la pierna amortiguó el golpe de la cabeza, si no estábamos ahora mismo en el hospital.

—¿Qué pierna? —Acertó a decir, sin entender cómo sus piernas iban a mediar entre el suelo y su cogorote en posición horizontal. ¿Plegándose a lo Circo del Sol?

—La del muerto. Joder, tía, lo que nos costó quitártelo de encima. Fue como si os hubierais hecho un nudo. No sabíamos lo que era tuyo y lo que era suyo.

Sandra llegó una hora más tarde a casa; lloraba desconsolada. Al escuchar los

sollozos salí corriendo asustada, pero ella no quiso hablarme y se metió en el cuarto de baño, donde escuché cómo abría la mampara. Como había confianza y ella no había cerrado el pestillo, me colé dentro preocupada, a la espera de una explicación, y cuál fue mi sorpresa cuando vi a Sandra completamente vestida bajo el agua de la ducha.

—Pero ¿qué haces?

—¡Se me cayó encima! ¡¡El muerto!! —balbuceaba—. Tiré de él y todo se hizo un lío. Piernas, brazos... y yo desmayada con un cadáver encima. ¡¡Un difunto, Martina!! ¡¡Me ha tocado un muerto!!

Juro, por todo lo que hay en el mundo, que si no me reí fue porque estaba tan disgustada que una carcajada la habría matado. Pero... no me jodas...

Conseguí que se tranquilizara con una taza de té caliente. La obligué a llamar a la funeraria, de donde había salido escopetada en cuanto pudo ponerse en pie. La escuché desde la cocina disculparse y decir que estaba muy avergonzada. Me sorprendió. Era un cambio; quizá lo que todos esperábamos era que se pusiera a gritarles como una loca que los iba a demandar. Creo que, muy en el fondo, Sandra quería sentirse útil y ser independiente, ser igual que Amaia y yo. Quizá todo aquello de la oposición había sido uno de esos agujeros en los que te vas metiendo poco a poco y de los que después no sabes salir..., un agujero muy cómodo, todo hay que decirlo, donde la trataban como si estuviera en un hotel y donde su yo maduro había quedado en estado vegetativo.

Le mandé un mensaje a Amaia: «Sandra ha vuelto a casa después de su primer día de curro. Se ha desmayado en la morgue o como quiera que se llame la sala donde acicalan a los muertos y se le ha caído un ídem encima. Ríete ya todo lo que tengas que reírte porque está hecha una auténtica piltrafa. Se ha duchado vestida con su traje de Hoss, no te digo más. Y ha vomitado dos veces (sobre su traje de Hoss). Ven pronto después del curro».

Después releí el texto y me reí a escondidas, donde Sandra no pudiera verme, porque un poco cómico sí que era.

Amaia apareció un ratito más tarde..., sorpresa, sorpresa, junto con Javi. Creo que Amaia, debajo de toda esa mala leche, tiene sentimientos preciosos para con nosotras, porque estoy segura de que había sido ella la que le había pedido que la acompañara. A Sandra le hizo una ilusión tremenda y le pidió que se sentara junto a ella en el sofá, avergonzada por estar en pijama, sin peinar y sin maquillar. Y no es por nada, pero Javi estaba tan guapo aquel día que me gustó incluso a mí. Grrr. Amaia y yo nos sentamos en el sofá contiguo; ella me susurró que no dijera nada.

—Deja que Javi haga su magia. Es como el hombre que susurraba a los caballos.

Y Javi se sentó, miró a Sandra y le dijo que no tenía de qué preocuparse. Le quitó un mechón de pelo de la cara y se lo puso tras la oreja, gesto que siempre había visto

en las películas y que nunca había vivido en mi propia piel. Y... me pareció tan tierno.

—Sandra, la muerte asusta y mucho. Lo que te ha pasado es una reacción natural; cualquier reacción habría sido natural. Así que... ya está. Superado. Seguro que la familia de Raúl, que son todos majísimos, te ayuda a hacerlo poco a poco. Es un trabajo triste pero es un trabajo.

Ella le miró con sus enormes ojos marrones bien abiertos y él sonrió.

—Ha sido horrible —dijo ella con la boquita pequeña.

—Lo sé.

—Y ridículo.

—Eso te ha parecido a ti. Solo a ti.

—Y a mí —susurró muy muy bajito Amaia.

No pude reprimir una sonrisa.

—Seguro que a nadie le ha pasado nada parecido...

—Cuando estaba haciendo las prácticas, una vez sacándole sangre a una chica..., me desmayé. Y al despertar, le vomité encima a mi jefe.

Amaia y yo comedimos una carcajada.

—Es mentira. Me lo dices para hacerme sentir mejor.

—De eso nada. Es completamente cierto. Y te entiendo, Sandra. He rotado en geriatría y en paliativos. Es durísimo. La muerte siempre es triste, aunque se lleve a alguien que haya tenido tiempo de vivir una vida muy larga y muy feliz. Porque los que se quedan..., añoran. Y ese sentimiento flota en el aire y tú respiras de él...

—Javi, hijo mío, vete al teléfono de la esperanza... —se quejó Amaia entre dientes.

—¡Déjame terminar, coñi! —exclamó a la vez que se giraba hacia Amaia. Respiró hondo, recuperó la compostura y se volvió hacia Sandra—. El caso es que no vas a poder hacer nada por borrar esa tristeza. Pero puedes verlo por el lado contrario... porque tienes que disfrutar de la vida. Y como solo es una..., hay que vivirla. Mi abuela siempre decía que nuestro error es el de aparcar el tema de la muerte, evitarlo. Lo que hay que hacer para ser feliz es lo contrario: vivir como si mañana todo se fuese a terminar. Y así es, Sandra. Ellos están muertos, pero tú no. No dejes nada en el tintero.

Hubo un silencio en el salón. El discurso de Javi tocó alguna fibra en mi interior y me levanté como un resorte del sofá.

—¿Dónde vas, loca del coño? —me preguntó Amaia con el ceño fruncido.

—Tengo que hacer una cosa.

Cuando salía del salón rumbo a mi dormitorio la escuché decir que yo igual tenía un apretón intestinal. Genio y figura.

Caminé en círculos por mi habitación un rato hasta que encontré valor y cogí el teléfono móvil. Cerré la puerta y respiré hondo un par de veces antes de darle a la tecla de llamada. Un tono. «Martina, no tienes ninguna garantía de que vaya a

cogerlo». Tres tonos. «Ahí lo tienes, no va a contestar». Cinco tonos. «Deberías colgar y mantener un poco de dignidad, que es algo que no venden en las tiendas». Ya me veía pidiendo «cuarto y mitad» de dignidad cuando contestó:

—Martina...

A pesar de estar llamándole, me sorprendí al escuchar su voz, áspera, sexi, seria. No había ni rastro de su característico tono juguetón.

—Hola, Pablo.

—Yo... quería llamarte —dijo, y juro que escuché cómo su mano revolvió su pelo.

—Pero no lo has hecho.

—No. No sabía qué decirte.

—Entonces ¿por qué querías llamarme?

—Porque nuestra discusión del sábado fue bastante subida de tono y deberíamos hablarlo. Pero no sé por dónde empezar.

—Estaría bien un «no hace falta que vayas mañana a trabajar» o un «lo siento».

—¿Y si no lo siento? —respondió tenso.

—Pues quizá haya sido mala idea llamarte.

—¡Espera, espera! No cuelgues.

Nos quedamos en silencio y me apoyé en la puerta con los ojos cerrados. La última vez que hablé con él por teléfono metida en aquella habitación, los dos terminamos jadeando, corriéndonos.

—Tienes que saber que soy un tío complicado.

—Me consta.

—A veces tengo problemas para controlar la ira.

—Lo demostraste bastante bien el otro día.

—Estoy tratando de disculparme, Martina, no me lo hagas más complicado —añadió con voz tirante.

—¿Sabes? Es que no tengo por qué ponértelo fácil. No sé ni por qué te he llamado.

—Porque querías escuchar mi voz. Y yo la tuya, pequeña.

Abrí los ojos y los puse en blanco. Jodido asqueroso petulante lee mentes.

—Siento haberme comportado como un gilipollas. Siempre termino arrepintiéndome, aunque suelo repetir. Es como las estaciones. De vez en cuando estallo. Yo... tengo cuestiones en mi vida que debería solucionar; no hacerlo me frustra y me convierte en una persona horrible. No voy a decir que no soy así porque no sería sincero pero..., bueno, no soy así todo el tiempo. Suelo portarme bien con la plantilla y...

—Te pusiste violento. Lanzaste platos por los aires.

—Soy un jodido loco. No me lo recuerdes.

—Tienes que pedirle disculpas a Carlos.

—Ya se las pedí el sábado por la noche.

Un montón de bilis me subió por la garganta.

—¿Cómo?

—Lo recogí después del servicio y lo llevé a casa. Ya me disculpé.

—¿Y cuándo pensabas pedirme disculpas a mí?

—¿Por qué exactamente, Martina? ¿Por gritarte? ¿Por ser un mal cabeza de equipo? ¿Por dejarte plantada el jueves y estar toda una jodida semana sin dar señales de vida? —Miré al suelo sin saber qué contestar y él siguió hablando—. Me resultaba bastante más complicado llamarte a ti, porque no estamos solo hablando de El Mar. Además me ha dicho Alfonso que..., bueno —carraspeó—, estuviste disgustada. Me dio por pensar y... se me había olvidado por completo. Lo de tu fiesta. Simplemente se me olvidó.

—Te dejé un mensaje.

—Verás..., mi móvil..., mi antiguo móvil... tuvo un accidente. No pude escuchar los mensajes hasta que ya era tarde.

—¿Qué clase de accidente?

—Lo tiré por la ventana y aterrizó en mitad de la calle, donde fue atropellado dos veces.

No quería reírme pero dibujé una sonrisa.

—Estoy avergonzado, Martina. Todos los demás ya sabían la clase de mierda que soy, pero tú aún no. Tú me... admirabas.

—Tu trabajo sigue siendo bueno a pesar de que...

—De que sea imbécil. Termina la frase, no importa.

—Creo que tienes un problema.

—Tengo muchos. —Suspiró—. Pero no quiero que tú te sumes a la lista.

—No tienes de qué preocuparte. A partir de ahora solo nos unirá la cocina.

—No, no. Joder... —murmuró como para sí—. No me estoy explicando. Tú y yo nos divertimos juntos. Esto no cambia este hecho, ¿verdad? Quiero decir... Yo... Joder. Podríamos..., buff, ¿podríamos hablarlo en persona?

—No sé si vale la pena darle vueltas.

—Bueno, es mejor que eso lo decidamos los dos. ¿Te recojo a las nueve?

—No quiero meterme en la cama contigo. —Solté. Después me arrepentí y me mordí con fuerza la lengua.

—Me lo imagino.

—Era mejor aclararlo.

—Vale. Y..., solo por aclararlo también..., ¿cuánto asco te doy ahora mismo?

Cerré los ojos. ¿Asco? Tenía una maraña de sentimientos encontrados, pero ninguno respondía a la definición de asco. Pero ¿qué decirle? «Estoy cabreada, Pablo, pero no te tengo asco aunque sé que quizá debería. Echo de menos tu manera de besarme, de robarme el oxígeno; la forma en que tu lengua recorre cada rincón de la mía, lamiendo despacio, lánguidamente. Aunque debería pasar de ti, ignorarte, olvidar tu nombre, tu cara, tu casa y pegar la vuelta como decía Pimpinela. Pero,

joder, echo de menos tu sabor a sal, como si te hubieras bañado en el mismo mar que...».

—A las nueve en la puerta de mi casa. —Y después colgué. No. No estaba preparada para contestar a su pregunta.

Salí de la habitación con un ánimo extraño y me encontré a Amaia sentada frente a la tele, con las piernas flexionadas. Ni rastro de Sandra y de Javi.

—¿Y estos? ¿Se han ido al cuarto? —pregunté cautelosa, prevenida para salir de casa y huir de los gemidos.

—No, se fueron a dar una vuelta. —Hizo una pausa dramática—. Cogidos de la mano. Sandra le cogió la mano toda amorosa.

—Joder, sí que les ha dado fuerte.

—No sé. Javi dice que nunca se ha enamorado.

—¿Por qué no de Sandrita? Es muy mona.

—Sí, pero no sé si es su tipo.

—¿Y qué sabes tú de su tipo? Hasta hace un par de semanas pensabas que le iban con pelo en pecho.

—A lo mejor Sandra también tiene pelos. Nunca nos deja verle bien las tetas.

—¿Quién quiere verle bien las tetas? —me quejé entre risas.

—Yo. Con fines científicos, que conste. Las tiene enormes, leche. Quiero ver cómo se aguantan tan arriba.

—Sujetadores *balconette*.

—Ya sabía yo... —murmuró—. El otro día le dije a Mario que Javi y yo estábamos liados. No sé por qué lo hice.

—Dios... —Se me escapó y a continuación puse los ojos en blanco.

—Javi se enfadó mucho cuando se lo conté pero hoy... hemos hecho las paces y ha cedido. Dice que vamos a quemar el último cartucho.

—¿Vais a poner celoso a Mario?

—Ya sé que siempre digo que está enamorado de mí y todas esas cosas, pero es que..., de verdad que parecía fastidiado cuando nos ha visto tan juntos, cogidos de la mano, esta mañana.

Parpadeé.

—¿Perdona?

—Sí, bueno, hemos hecho el papelón en la sala de descanso. Me ha acariciado la cara, me ha cogido la mano... Así como muy pastoso, pero vamos, nada.

—¿Y si os toca besaros?

—Pues nos daremos un pico de mierda, como aquel que nos dimos tú y yo aquella vez que perdimos la apuesta con Fer.

—Ay, calla. Ni me lo recuerdes.

Ella sonrió de lado. Y las dos miramos hacia los árboles que se veían a través de las grandes ventanas del salón, en los jardines del Palacio Real.

—Quizá... —empecé a decir—, quizá es buena idea. Si esto no surte efecto, que

no creo, te lo podrás quitar por fin de la cabeza.

—Sí, ese es el plan. —Suspiró ella.

—Lo que no sé es cómo Sandra te permite que te pasees de la mano de su ligue por ahí, como si fuerais agapornis enamorados.

—He ahí..., Javi y yo hemos decidido no decírselo.

—Eres la amante bandida —me burlé.

—De eso nada. Yo soy la oficial. Ella la que se lo tira.

—Y cómo se lo tira..., el otro día que los escuché follar..., vaya tela. Parecía que los estaban matando.

Amaia hizo una mueca. Normal. Yo tampoco querría información sexual sobre mi mejor amigo; aunque mi mejor amigo era Fer y tenía la información de primera mano.

—¿Quieres merendar? —le pregunté cambiando de tema. No quería hablar ni pensar en nada que tuviera que ver con sexo—. ¿Quieres que hagamos pancakes con miel y fruta?

Ella levantó las cejitas ilusionada pero volvió a su gesto meditabundo.

—No, la verdad es que se me ha puesto como..., como ardor de estómago. Debe haber sido la historia de los muertos. Joder, qué ascazo...

SOLO PARA ACLARARLO

QUÉ tontería, pero no me lo esperaba. No me esperaba ver salir del portal a Martina con un vestido y mucho menos con las piernas al aire. Había sido un día bastante caluroso para un 20 de abril y aún se notaba cierta calina en la recién estrenada noche, pero... no me imaginaba que vería a Martina caminar hacia mí, que la esperaba apoyado en la carrocería de mi coche, con un vestido marinero azul marino por la rodilla, unos zapatitos planos como de bailarina y una chaqueta vaquera. El pelo recogido, claro, pero en un moño casi deshecho, de esos que dejan mechones sueltos. Se quedó parada frente a mí con el semblante serio y yo no supe decirle nada más que «buenas noches».

—Vamos —dijo escueta.

Le abrí la puerta del coche y vi sus piernas subir y acomodarse en el asiento del copiloto. «Pablo, concéntrate». Me senté en el asiento del conductor y me puse el cinturón.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Terreno neutral —dije.

Conduje en silencio. Martina a mi lado miraba a través de la ventana. Me hubiera gustado descubrir que en realidad me miraba a mí, como pasaba a veces antes de mi salida de tiesto del sábado. Eso me hubiera relajado, pero lo cierto es que no lo merecía. Aparqué en la salida de emergencia del restaurante, que estaba vacío. Nadie llamaría a la grúa, así que... Martina me miró cuando apagué el motor.

—¿El Mar?

—Sí.

—¿Por algo en especial? No me parece precisamente terreno neutral.

—No quiero que el recuerdo de lo del sábado se quede aquí. Quiero arreglarlo y sustituir aquello por algo mejor.

—Las cosas malas no se borran solo porque uno quiera que desaparezcan.

—Ya, ya lo sé.

Salimos del coche y abrí la puerta de empleados. Martina pasó primero y yo me entretuve encendiendo las luces. Cuando me di la vuelta estaba sentada sobre una de las mesas de trabajo, mirándose las uñas. Me sentí tan... invisible para ella. Me lo tenía merecido. Caminé hacia ella y por fin levantó sus ojos hasta mi cara.

—Pequeña...

—Preferiría que me llamas Martina. Ni nena ni pequeña ni niñata...

—Buf. —Miré al suelo y me apoyé en la mesa, a su lado—. Estás decepcionada,

¿verdad?

—Pablo Ruiz no está aquí para responder a fantasías adolescentes, ¿recuerdas? Solo dime..., ¿sucede muy a menudo? Porque si es así, no creo que tarde mucho en buscar otro restaurante.

—No. No sucede muy a menudo.

—Parecía que el resto de la plantilla estaba bastante familiarizada con tus... explosiones.

—No sé por dónde empezar. Disculpándome, supongo.

—¿Sabes por qué te disculpas?

—Claro que lo sé. Odio ser alguien tan mediocre como para buscar pelea en mi propia cocina con tal de aliviar mis frustraciones. Por eso, por los gritos, por los platos rotos y por las palabras fuera de tono, te pido disculpas.

—Vale. Perdóname a mí por gritarte delante del resto de compañeros. No debí hacerlo.

—No, supongo que no, pero yo empecé primero.

—No entendí nada —me confesó con las cejas arqueadas.

—Ya te lo he dicho..., buscaba pelea. Inconscientemente, supongo. Si no hubiera sido así, está claro que me hubiera contenido.

—La pasión y el entusiasmo están muy bien, Pablo, pero la razón debe mediar. Por la salud mental de todas las personas que trabajamos aquí. Lo de los platos fue enfermizo.

—Ya lo sé. No es una justificación pero... era una costumbre de mi ex. Me debí quedar con lo peor de la relación.

Supongo que me di cuenta entonces de los sonidos que llenaban el silencio de mi cocina. Sin órdenes, sin cacharros moviéndose, sin gente charlando. Sin mis gritos.

—Quiero explicarme —dije. Y quería, pero sin tener que contarle que mi ex era una loca, yo un descerebrado y que intentar zanjar de una vez esa guerra me había llevado a olvidarme de su puñetera fiesta y a terminar maldurmiendo junto a Malena, en el mismo colchón en el que nos quisimos algún día.

—Pues hazlo.

—Es que es complicado.

—Para mí también fue complicado ponerme a beber a morro de una botella y contarte mierdas. Mis mierdas. Inténtalo al menos.

—Vale. —Me subí a la mesa a su lado dándome impulso y me revolví el pelo con nerviosismo—. Creo que ya te habrás dado cuenta de que no soy una persona de términos medios.

—Algo he notado.

—Intentar moverme en ese punto, en el equilibrio entre lo positivo y lo negativo, suele costarme trabajo. Soy muy... sensible a las emociones. Me desbordan. Antes era peor, pero con el tiempo he ido aprendiendo a resolver esas situaciones.

—Entonces lo del otro día ¿qué fue?

—Lo del otro día fue... una colisión entre la persona que fui y la que soy. Arrastro... cosas. Cosas que quiero solucionar pero que a veces no dependen de mí. Me frustró cuando me veo incapaz de solventarlo. Ingenuamente pensaba que la ira iba diluyéndose, pero lo cierto es que me he pasado seis meses o más condensándola dentro de mí. El otro día..., digamos que me agité. Me agité yo solo y me ayudaron también. El resultado fue lo que viste. Inestabilidad y explosión.

Martina me miró muy seria, balanceando sus piernas.

—Me cuesta creer que puedas hablar de ello con esta calma ahora.

—Es como una olla a presión. Cuando sale el vapor, lo que queda dentro es solo... calma.

—Pero no son maneras.

—Lo sé. Tienes que saber que he tratado de solucionarlo. Prometí que no volvería a pasarme, que no utilizaría a otros como saco para golpear bajo, pero he faltado a mi palabra. Soy un hombre con una tendencia peligrosa a la agresividad autodestructiva. Con esto quiero decir que... a los veinte me metía en peleas con tíos más grandes que yo y a los treinta me reviento los nudillos contra una pared. —Le enseñé la mano derecha amoratada y llena de heridas. La hinchazón ya había remitido—. Como te he dicho, hacía meses, muchos, que no reaccionaba así.

—El cambio fue tan drástico que fue como si alguien accionara un botón y te cambiara de modo.

—¿Te di miedo?

—No. Me diste mucha vergüenza.

Bufé y miré al suelo. Solo Martina podía ser tan sincera, doliente y constructiva.

—Gracias, pequeña.

—No lo digo para hacerte daño —aclaró.

—No, no..., te he entendido.

—Un momento dulce y enfático y al siguiente un loco que da portazos, grita y se golpea contra las paredes.

—La cagué —confesé.

—Sí. Mucho. Alguien debería ayudarte a solucionar eso.

—Estoy en ello.

—Siendo sincera, te diré que se veía venir. Quiero decir..., alguien tan intenso no solo lo es para las cosas buenas. La cara B suele esconder este tipo de cosas.

—Sí. Aunque sé que no es justificable.

—No. No lo es. Fue un espectáculo deplorable.

Torcí los labios en una mueca y la miré. Ella se volvió hacia mí también. Sus ojos seguían estando llenos de estrellas, pero me dio la sensación de que ya no brillaban para mí.

—¿Y tu... *piercing*? —pregunté al darme cuenta de que donde lucía una bolita plateada desde nuestra «cita loca» solo había una marquita.

—Me lo quité. No tenía nada que ver conmigo. —Se miró automáticamente la

muñeca y musitó—. Al parecer hay otras cosas que no puedo borrar tan fácilmente.

Patada en el hígado, en la moral y en el orgullo. Joder, Martina, no me borres...

—La he cagado contigo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir exactamente con esa pregunta?

—Si no vas a volver a dejar que me acerque a ti.

—¿Hablas de sexo?

La polla me dio una sacudida. Calma, Pablo. «Sexo» es solo una palabra de cuatro letras. Una palabra como cualquier otra.

—Hablo de salir a tomar algo, de divertirnos, de conseguir que te rías a carcajadas...

—No quiero ser cruel, Pablo, pero... tiene menos mérito si necesitas emborracharme para hacerlo.

—Joder. —Se me escapó una risa nerviosa—. Martina, eres de acero.

—No lo soy. Yo también me reblandezco. Y me relajo. Y me río a carcajadas.

—A veces cuesta creerlo.

—Es que la confianza con las personas se gana, no se regala. No voy de especial, solo... a ratos soy complicada. No me abro con facilidad porque para mí no tiene sentido hacerlo. Y no puedo fingir que lo del otro día no me hizo preguntarme quién eres.

—Es totalmente lícito. Solo dame la oportunidad de... amortiguar las sensaciones negativas del otro día.

—¿Cómo?

—He pensado que podíamos compartir un rato de algo que nos gusta a los dos, que nos hace disfrutar y que resulta catártico para alguien como nosotros.

—Dime que no me estás pidiendo que te la chupe.

Me giré hacia ella totalmente anonadado. ¿Perdona? Una sonrisa se asomó a mi boca y no pude reprimirla.

—Martina, pequeña..., creo que tienes la mente más sucia que he conocido.

—No me conoces. —Sonrió también—. Quizá si lo hicieras, te parecería aún peor.

—Me refería a cocinar algo. Abrir una botella de vino obscenamente cara, charlar, cenar y escuchar algo de música.

—Ah. —Se recompuso, volviendo a una postura muy digna—. Pues entonces vale.

—Vamos a ello. —Me bajé de la mesa, pero ella colocó el pie en mi camino para pararme. Me rozó solamente el muslo y la polla volvió a saludarme desde su guarida.

—Espera. Las condiciones las pongo yo, que soy la agraviada.

—Tú dirás.

—Esto no cambia lo del otro día ni lo borra. Tomo en cuenta que pidas disculpas y que tengas voluntad de redimirte, pero no voy a pensar por ello que eres maravilloso y el mejor chef que he conocido.

—Deja de darme patadas morales en el estómago o terminaré vomitando. —
Sonreí.

—No he terminado. Tú cocinas, yo miro, escuchamos la música que quieras y cenamos, pero la botella de vino me la llevo a casa, donde Amaia, Sandra y yo la abriremos en tu honor. Una justa recompensa por el plantón.

Me mordí el labio. Si sus carcajadas después de correrse conmigo por teléfono no habían hecho suficiente daño, ahí estaba ella, susurrando en mi oído a su manera un «tocado y hundido, Pablo» que yo solo podía acatar. Asentí con la cabeza, saqué el nuevo móvil de mi bolsillo, seleccioné la lista de canciones que había creado ex profeso para aquella noche y fui hacia la bodega.

—¿Ribera o Rioja?

—Ni se pregunta.

—Uno de cada. Vale.

Volví con tres botellas, puse dos sobre la mesa en la que había dejado su bolso y abrí la otra sin demasiada ceremonia. La vertí en un decantador para que el vino se aireara y acelerar el proceso de oxigenación y después me quité la camisa a cuadros rojos y negros para colocarme la filipina blanca sobre mi camiseta de Kiss. Ella miraba con cierta sonrisilla de suficiencia, apoyada en una mesa en una postura que dejaba sus pechos altos y perfectos en posición destacada.

—¿Ni siquiera vas a ayudarme?

—¿No eres nadie sin pinche?

—Ay, Martina, Martina..., cómo te gusta buscarme.

—En eso te equivocas. Yo ya te he encontrado.

Sonreí de lado y fui hacia las neveras para tener todos los ingredientes, que había comprado solo para nuestra cita, a mano. Después le serví una copa de vino y le pedí que disfrutara.

Me llevó cosa de una hora. O más. Perdí la noción del tiempo, como casi siempre que ella andaba por allí. Hice pollo, algo que puede resultar poco sofisticado, pero que me gustaba. Mi madre me pedía que cocinara aquella receta siempre que teníamos comida familiar. Pollo de corral con ñoquis de patata y un toque de trufa y ensalada fresca de espinacas con cítricos.

Como me imaginaba, Martina no aguantó mucho tiempo mirando. Sirvió otra copa para mí, se quitó su chaqueta vaquera y ayudó con sus manitas hábiles. Le conté la afición de mi madre por hacerme cocinar cuando nos reuníamos y hablamos de nuestras familias. Martina tenía una hermana mayor que se dedicaba a la docencia y un hermano pequeño que estudiaba una ingeniería; mantenía una buena relación con ellos, pero «no eran muy dados a familiaridades». Cojones, pues si no eres dado a confianzas con tu familia, ¿con quién vas a serlo? Bueno, supongo que las personas tan herméticas y contenidas como Martina no aparecen siendo como son de súbito; imaginé una Martina niña criándose junto a sus hermanos en un hogar silencioso y educado y tuve que sonreír al recordar el caos de mi casa durante mi infancia.

Alucinó cuando le dije que mi hermano se dedicaba a la banca de inversión. Sí, lo sé..., como «dos gotas de agua». Supongo que yo salí a la *hippy* de mi madre y él a mi padre. Parcos en palabras, políticamente correctos y aplicados. Esos eran ellos. Y luego estábamos mamá y yo, todo un caos de sensaciones y emociones.

—Me gusta esta canción —dijo mientras me acercaba una fuente para la ensalada.

—¿La conocías?

—No.

—Son Supersubmarina. La canción se llama *Viento de cara*.

—Es... intensa.

—Qué curioso que digas eso —musité sin mirarla—. Esta canción me recuerda a ti.

Sé que sonrió. No la vi, pero lo sé. Y yo, en mitad de la comodidad que sentía cocinando con ella, me empecé a encontrar incómodo. ¿Cómo que me recordaba a ella? Bueno, sí, lo hacía.

—La música me calma —le dije, y traté así de aligerar el ambiente—. Cuando me encuentro con el otro Pablo, con el odioso, la música siempre ayuda. A veces no sabemos cómo expresar algo pero, sin embargo, descubres que alguien ya escribió una canción sobre eso mismo y es sencillamente... liberador.

—Nunca lo había pensado de ese modo.

—Pues piénsalo..., otros escriben canciones para sensaciones que nosotros no sabemos identificar, para palabras que no logramos decir, para momentos que no olvidaremos.

Me limpié las manos en el mandil y la miré con una sonrisa. Allí estaba de nuevo, su mirada, que escarbaba entre los escombros de las cosas que ya no me importaban, buscándome a mí. Y a ella. Qué sensación más extraña. Nueva pero cómoda otra vez, a pesar de haber hablado sobre algo en lo que ni siquiera me había parado a meditar; que una canción me la recordara. Sus ojos brillando. La comisura de mis labios tirando hacia arriba.

—Me pregunto por qué esta canción te recuerda a mí.

—Rayo que no cesa, mar en calma. Faro entre la niebla, viento de cara —dije repitiendo parte de la letra.

Sonrió. Sus preciosos dientes blancos asomaron entre sus labios desnudos. Me gustaban las chicas que usaban pintalabios de colores potentes, como el rojo o el granate, pero tengo que admitir que había un encanto muy sensual en la piel desnuda de los de Martina. Carraspeé cuando mi mente se fue por derroteros más íntimos, como el recuerdo de mi polla en su boca. Bien. Divertirme. Así se hacía.

—Mientras termina el horno..., ¿hacemos un postre? ¿Alguna preferencia?

—Milhoja de fruta, crema y chantillí —añadió con seguridad.

—Oído, chef.

Ella se encargó, aunque hicimos trampa y usamos unas placas de hojaldre que ya tenía congeladas. Y me obnubilé viéndola trabajar. Me apoyé en la misma postura

que ella, al otro lado de la mesa. Levantó la mirada hacia mí, concentrada, y la comisura de sus labios se elevó durante una décima de segundo. No dijo nada. Siguió montando con manos expertas una pequeña milhoja. Las manos no le temblaban al superponer los pisos de dados de fruta, crema, chantillí y flores. Me pareció una maravilla. Un postre sencillo, pero con mimo. Ese dulce que harías para un domingo en casa. Sus manos desnudas, limpias, lo tocaban todo con precisión. Dios. Tenía unas manos preciosas, de dedos largos y elegantes. Me quedé embobado hasta que llamó mi atención con un gesto.

—¿Qué está sonando ahora?

—¿Te gusta?

—Sí. Es diferente.

—¿Diferente a qué?

—A la música que suelo escuchar.

—¿Y qué sueles escuchar?

Martina me miró como si supiera que yo no estaba preparado para oír la respuesta y me picó mucho más la curiosidad.

—Me gusta el hip hop.

No me descojoné porque Dios no quiso.

—Sí, claro. Eminem y tú, amigos de toda la vida.

—Eres idiota. —Sonrió—. Escucho mucho hip hop español. Nach, Violadores, Rapsusklei, Rayden...

—Hostias..., ¡que vas en serio!

—Claro. Pero no entiendo por qué la gente se sorprende tanto.

—Supongo que te imaginamos escuchando cosas más... melódicas.

Se apoyó en el banco de trabajo y sonrió con suficiencia.

—En realidad es lo más lógico. Piénsalo. El hip hop es lineal, casi matemático. Responde a un esquema. Es poesía con una melodía que la acompaña y con la que, aunque varíe, siempre sabes a qué atenerte. Si es bueno... es brutal.

La naturaleza misma de la pequeña Martina servida en bandeja. La calma. Lo previsible. La matemática de la vida, donde uno y uno siempre sumaban dos, sin importar si llevaban decimales a sus espaldas.

—No conozco a Rayden —dije.

—Pues deberías. —Bajó la mirada coqueta y volvió a preguntar qué era lo que estaba sonando.

—Espera. Esta canción hay que escucharla bien.

Fui al despacho y saqué unos auriculares del cajón. Cuando volví, ella ya había terminado el postre y apagado el horno. Saqué la fuente de pollo y la dejé enfriar a temperatura ambiente. Conecté los auriculares al móvil y lo llevé hasta ella. Me coloqué uno y le tendí el otro.

—Esta canción hace magia en mí. Cuando estoy cansado, cuando creo que no puedo más..., de pronto me siento capaz otra vez. La música a veces saca cosas que

tenemos enquistadas. Cocinar es la vida que elegimos, es una pasión; la tienes o no la tienes. Sin embargo, hay ocasiones en las que las personas retienen la pasión para mantener el control y se acostumbran a tenerla bajo llave. Un poco de caos es sano y es bueno, sobre todo para nuestra profesión. La música es un detonante. Lo hace explotar.

Se quedó mirándome. Un sonido, como una onda, vibró en nuestros oídos. El volumen estaba alto, pero no nos molestó. Es una de esas canciones que debes oír tan alto como puedas soportar. La voz de una mujer apareció, como un gemido, cantando suave en inglés una letra que distaba mucho de ser feliz; una letra que hablaba sobre sentirse incomprendido, tener que enfrentarse a algo y no encontrar la manera de hacerlo. Una música suave, decadente, sexi, rítmica, la acompañaba haciéndola envolvente. Martina se apoyó en la mesa con aire despreocupado y miró con verdadero interés cada gesto involuntario de mi cara, cada pequeño movimiento. Me analizaba y yo..., lejos de sentirme observado e incómodo, hice lo mismo con ella, como si también pudiera comprenderla, como ella había hecho conmigo. Nos mantuvimos la mirada. Sus iris tenían algo especial, a pesar de parecer de un corriente color avellana. Sus ojos hablaban si uno se paraba a escuchar. Unos violines dibujaron una melodía en la canción y la piel se me puso de gallina sin poder hacer nada por evitarlo. El corazón empezó a galoparme en el pecho y me apoyé en la mesa también, tratando de disimular mi turbación, sin darme cuenta de la proximidad de las manos de Martina, que casi tocaba mis dedos. No pude remediarlo: di la vuelta a la suya y dibujé un círculo sobre la palma y otro, y otro..., todos concéntricos, cada vez más grandes hasta que acaricié mis dedos con los suyos. Miré su boca. Jugosa. Provocadora. Mullida. Tan deseable..., se mordió el labio a la vez que controlaba una pequeña, muy pequeña, sonrisa satisfecha. ¿Satisfecha de tocarme, de ser capaz de estremecerme...? ¿De qué?

La canción terminó y abrí la boca para hablar, pero no me salió nada durante unos segundos. Me quité un auricular y dije:

—«Roads» de Portishead.

—Otra vez —me pidió.

—Se enfriará la cena.

—¿Tienes prisa?

No, Martina. Ya no tengo prisa.

MÚSICA PARA MIS OÍDOS

PABLO dejó el coche mal aparcado en la puerta de mi casa, pero salió para acompañarme hasta el portal. Cargaba una bolsa de tela donde había metido las dos botellas de vino que me había regalado como «soborno» para aliviar mi desilusión. Tonto del culo. Como si yo fuera a cambiar de opinión por un regalo caro. Pero Amaia y Sandra lo mirarían de otra manera después del plantón. Llegamos al portal y saqué las llaves del bolso. Él dejó las botellas en el suelo y se apartó el pelo de la cara con ese ademán tan suyo y tan sexi. Era noche cerrada. Muy tarde. Ni un alma por la calle y en aquella zona, como siempre, hacía más frío y humedad. Me estremecí.

—Gracias por la cena. Y por el vino. Será convenientemente sacrificado ante el altar de Amaia.

—Gracias a ti por la compañía.

No añadimos más y abrí la puerta. Empujé, él la paró con la mano, dejándome pasar, pero reteniéndome cuando quise marcharme. Tiró de mí y sus labios encontraron el camino hacia los míos. Fríos. Suaves. Abrió la boca con suavidad y le saboreé. Su lengua caliente aún contenía algún matiz afrutado. Quise agarrar los mechones de su pelo, mesarlos entre mis dedos, apretarlo contra mi boca, aspirar ese gemido rasgado que emitía su garganta cuando nuestros besos se volvían profundos... pero aparté la cara.

—Hoy no —musité.

—¿Nunca más?

—Hoy no. —Repetí.

—Tenemos demasiadas cosas que decirnos aún.

Subí sin mirar atrás, aunque sé que se quedó allí hasta verme desaparecer. Lo que no desapareció fue la sensación de mi cuerpo, como si estuviera lleno. Los pulmones, mi estómago, los oídos..., todo atestado de aire en movimiento. Entré en casa aún un poco trémula. Escuché risas enlatadas. Amaia viendo la tele.

—Qué tarde llegas —dijo.

—Mira lo que te traigo. —Le enseñé las botellas y aplaudió—. Ojo, que este no es del que puedes beberte a morro. Este es de solera.

—¿Son caras?

—Son buenas. Eso es lo que importa.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. —Me senté a su lado, en el brazo del sofá, y sonreí al ver su pijama de cuerpo entero. Luego solté un suspiro—. Es... jodidamente fascinante.

—Le gustas —canturreó—. Y él te gusta.

—Solo quiero divertirme. No quiero problemas y él tiene pinta de ser uno enorme. Metro ochenta y pico de problemas.

—Una no elige de quién se enamora.

—¿Quién ha hablado de amor? —me burlé para quitarle importancia—. ¿Qué haces levantada aún?

—No podía dormir. Sandra aún no ha llegado y encontraba la casa tan sola...

Unas llaves en la cerradura anunciaron la llegada de Sandrita, que venía canturreando.

—¡Uy, reunión de pastores, ovejas muertas! —se burló al vernos allí.

—¿De dónde vienes tú tan risueña?

—De estar con Javi. El futuro padre de mis quince hijos.

—¿Tú has pensado en cómo se te va a quedar el chichi después de tanto parto?

Sandra puso los ojos en blanco.

—Oye, ¿no te estás viniendo demasiado arriba? Quiero decir, que está fenomenal que te lo pases bien, que pruebes otras cosas pero... —le dije.

—Que sí, que sí... —Hizo un movimiento de desdén con la mano—. No me echés el sermoncito. Hemos ido al cine.

—¿Qué peli habéis visto?

—Mamada en la última fila, creo que se llamaba.

Eso nos disgustó a las dos.

—Pero ¡qué guarra! ¿Y dónde se ha corrido? —preguntó Amaia.

—Pues... ¿dónde crees tú que se ha corrido, lumbrera?

—¡Ah! ¡¡Dios!! ¡¡¡Arg!!! ¿En tu boca?

—¡Pues claro!

—¿Y *pa'dentro*?

—¿Qué iba a hacer, gárgaras con la Coca-Cola?

—¡Dios! ¡¡Creo que voy a potar!! —gritó fuera de sí Amaia.

Sandra añadió más datos (escalofriantes). Amaia tuvo una sonora arcada y yo me marché a mi habitación, sin ganas de escuchar cómo se desarrollaba la conversación. Me desvestí, colgué la ropa, me puse el pijama, me lavé los dientes y me desmaquillé. Cuando fui a meterme en la cama me acordé de mi móvil y de que la alarma sonaría a la mañana siguiente desde el fondo de mi bolso. Cuando lo rescaté de allí, descubrí un mensaje... de Pablo.

«Sé que no debería mandarte este mensaje, que la situación no es propicia y todas esas cosas, pero no puedo evitarlo. Ni quiero. En tus ojos cabe un mundo entero, Martina. Y no es justo darme cuenta de lo mucho que me gustas ahora, cuando ya metí la pata contigo. Eres una de las mujeres más interesantes con las que me he tropezado en la vida. Y sigo queriendo hundirme muy lento en ti. Sigue obsesionándome el sabor que encuentro en tu boca. Un día haré magia contigo y tú la harás conmigo; no me hará falta emborracharte. Buenas noches, pequeña».

¿Es posible morir de un suspiro?

El despertar fue abrupto, no voy a mentir. Desde que Sandra tenía que madrugar para ir a la funeraria, a las siete de la mañana, la casa se convertía en un campo de batalla donde solo faltaban los cañonazos. Se le caían más cosas al suelo de las que había en la casa, incluyendo el manojito de llaves, repetidas veces, delante de mi dormitorio. Maldecía al microondas. Se quemaba con el café. Se reía con algún mensaje de Facebook. Grababa notas de voz para sus padres. El infierno en la tierra.

Así que cuando escuché a Amaia salir del cuarto de baño, yo terminé cediendo a la presión y salí de mi dormitorio para tomar café con ella y de paso despedir a Sandra y desearle suerte en su día de curro. No es que estuviera muy acostumbrada a trabajar.

Cuando la casa estuvo en silencio, me metí en la cama de nuevo pero no conseguí dormirme, así que me di una ducha, me vestí y fui a hacer la compra. Cuando volví, la portera, que era un rato cotilla, me preguntó si no recogía el correo. Me quedé un poco extrañada por la pregunta y lo remató la sonrisilla que siguió al comentario.

—Ehm..., es que voy cargada.

—Yo abriría el buzón.

—¿Por? —Arqueé una ceja y dejé las bolsas sobre el suelo brillante.

—Es que...

No aguanté más. Agarré el manojito de llaves y abrí mi buzón. Allí, entre dos cartas del banco, el recibo de la luz y el del teléfono..., había un paquetito. Era el típico sobre marrón, pequeño y acolchado donde se podía leer: «Para Martina».

—Lo dejó hace un rato un chico —me anunció la portera muy emocionada—. Uno que ya ha venido por aquí alguna vez preguntando por ti.

—¿Alto, moreno, con barba? —pregunté pensando en Fer.

—No. Alto, muy guapo, con el pelo... así como agradecido. Llevaba anillos. Bastantes. Parece una estrella del *rock*. O el hijo de algún príncipe europeo.

Príncipe europeo le iba a dar yo... Maldita cotilla con la cabeza embotada de imágenes del *Hola*. El corazón, que se me había pegado al pecho de un salto, me dijo que si no me marchaba a abrir el paquete en la más absoluta intimidad iba a pararse. Así que, sin decir esta boca es mía me marché hacia el ascensor; me olvidé la compra, tuve que dar marcha atrás, recogerlo todo e irme fingiendo no estar avergonzada. Cuando llegué a casa, arrojé las bolsas sin cuidado sobre la mesa que teníamos en la cocina y abrí el sobre con dedos trémulos. Un cedé en una funda de plástico transparente y rotulado con un escueto «Experimento número 1». Cuando lo saqué del todo, del sobre se cayó una nota donde, con una letra minúscula, había escrito: «Instrucciones: poner el cedé. Cocinar al gusto. Sentir. Bailar. Llamarme».

No había allí nada más. Ni una pista sobre lo que iba a encontrar grabado, por qué, con qué fin..., yo qué sé. Aunque algo sabía, eso era verdad. Sabía que Pablo

opinaba que la cocina hay que sentirla, que creía que yo tenía retenida mi pasión y que la música para él era un desencadenante. Un gran catalizador. ¿Funcionaría conmigo? Y yendo un paso más allá... ¿haría él aquello con todas las personas de su cocina que sufrieran de «continencia emocional» como yo? ¿O era el primer paso para dejar fluir esa tensión sexual que se respiraba entre los dos? Oh, Dios, Martina, no te mientas a ti misma. No era tensión sexual. Era algo más, algo en lo que no creía. ¿Cómo me iba a colgar de un hombre cuyo apellido parecía ser «Problemas»?

Fue una mañana dura en la que... no..., no escuché el cedé. Nadie me conoce por ser demasiado valiente frente a este tipo de chuflas..., perdón, quería decir emociones. Quizá no es cuestión de valentía. Es cuestión de..., no lo sé. No sabía qué esperar. No sabía qué sentiría al escucharlo. Y no me sentía cómoda con aquella sensación.

Amaia se había levantado cansada ya desde la mañana, así que se dedicó a arrastrar los pies por todos los pasillos del hospital. Le tocaba un día aburrido, de esos en los que pasaba de un box a otro como pollo sin cabeza para hacer espirometrías, analíticas y controlar unas cuantas pruebas de exposición a medicamentos. Además a Javi se le debían de haber pegado las sábanas y no lo encontró en la sala de descanso cuando se dirigió hacia allí para tomar un café con él. Coincidieron, eso sí, haciendo unas pruebas de alergia. Allí estaba él, sentado frente a una paciente, bromeando sobre si hacerle un tatuaje o no. Ella sonrió. Se le daba tan bien tratar con la gente..., era amable, dulce, divertido. Y allí estaba la paciente que babeaba como una tonta.

—No lrigues con Marisol que está casada —le advirtió ella con sorna.

—Me encantan los retos —contestó él mientras le guiñaba un ojo a la aludida—. Acabo enseguida. ¿Tienes tiempo para un café?

—Claro que sí, amor.

—Qué buena pareja hacéis —respondió la paciente.

Javi levantó la vista de su brazo y se rio entre dientes.

—La mismita que la gasolina y una cerilla.

Cuando acabaron, se dirigieron a la sala de descanso. Caminaban en silencio uno junto al otro y saludaban a la gente con la que se encontraban.

—¿Café?

—Sí, pero pónmelo solo. Creo que me he vuelto intolerante a la lactosa —dijo Amaia dejándose caer en una silla.

—Ya estamos con lo de la lactosa.

—No, en serio. Últimamente estoy así un poco raruna con el estómago.

—No estás rara. Eres rara.

Le pasó un vasito con café solo y un azucarillo; después se sentó a su lado dando vueltas con una paletina a un café cortado.

—¿Qué tal ayer, macho man?

—Es curioso, hace un mes me tratabas de flor de loto.

—Es que hace un mes una de mis mejores amigas no te la comía en el cine.

—Oh, joder. —Javi se tapó la cara avergonzado—. No debería haberte contado eso.

—¿De verdad crees que alguna tía se calla ese tipo de cosas?

—Esperaba que sí, sobre todo cuando fue casi en contra de mi voluntad.

—Sí, ya te imagino allí sufriendo en su boca.

—Oye, Amaia, hablando de Sandra...

Amaia arqueó una ceja.

—¿Qué pasa con Sandra?

—Eso mismo me pregunto yo. Se está poniendo un poco... intensa.

—Define «intensa».

—Cuando me he despertado tenía cinco mensajes suyos. Uno dándome las buenas noches. Otro diciéndome «que la película le había gustado mucho, ji, ji, ji» y los demás de buenos días.

—Joder, qué cansina es. —Se rio.

—Ella sabe que esto no es..., que no soy su novio, ¿verdad?

—¿Se lo has aclarado tú?

—Constantemente —respondió él con un bufido.

—¿Cómo que constantemente? No me digas que eres de esos que se pasan el rato haciéndose los gallitos: «Nena, no te enamores, soy un alma libre».

Javi puso los ojos en blanco antes de responderle.

—Claro que no, joder. Pero... —Suspiró—. ¿Sabes? No quiero hablar contigo de esto. Eres su amiga y eres mi amiga. Te voy a poner en una situación delicada.

—No soy delicada ni con las agujas. Anda, dímelo.

—Sandra no me gusta tanto como para plantearme nada más. Ni siquiera sé si me gusta lo suficiente como para seguir viéndola.

—Ostras, Javi. —Amaia le puso cara de circunstancias—. Eso es un marrón.

—¿Para ti, para mí o para ella?

—Pues... no lo sé. Pero es un marrón.

—Hola, pareja.

Los dos levantaron la vista para encontrarse con que Mario Nieto se acercaba a la máquina de café. Saludaron cortados. Ahí venía el segundo *round* en el papelón de «ser novios ficticios».

—¿Qué tal todo?

—De lujo —contestó ella mordaz, como de mala gana y con el entusiasmo fingido.

—Bueno, yo me voy —dijo Javi.

Se levantó, le dio un beso en la frente a Amaia y se despidió de Mario con un gesto.

—Soluciona eso —le pidió Amaia.

—Eres de gran ayuda —respondió él con una sonrisa.

Mario se sentó en la silla que Javi había dejado vacía y palmeó la espalda de Amaia con cariño.

—Se os ve bien.

—Sí. Es un cielo.

—Oye..., va a sonar un poco raro pero... ¿le pasa a Javi algo conmigo?

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Está bastante más esquivo que de costumbre, y no es que haya sido nunca «un cielo». Quiero decir que..., bueno, que me alegro mucho por vosotros, pero siempre me ha dado la sensación de que no le caigo bien. Como si yo fuese un... obstáculo.

A Amaia se le aceleró el corazón. Nunca pensó que su mentira provocaría cambios sustanciales en Mario, pero allí lo tenía, sentado e inseguro, preguntándole si su «novio» estaba celoso por él.

—Javi es muy suyo. No se lo tengas en cuenta. Aunque tampoco creo que pase nada entre vosotros.

—Bueno, es que tú y yo siempre nos hemos sentido muy cerca el uno del otro y entiendo que él quizá opine que...

—¿Lo opina tu chica? —contestó ella valiente.

—No. Claro que no. A Ariadna le caíste muy bien. No deja de decirme que tenemos que hacer planes los cuatro.

—Pues entonces tendremos que hacer planes los cuatro. —Suspiró. Se encontraba muy rara con todo aquello y no sabía por qué. Volvió el ardor de estómago—. Voy a seguir, Mario, me quedan aún como ochocientas cosas que hacer.

El doctor Nieto la agarró del brazo antes de que pudiera marcharse.

—Amaia..., va todo bien, ¿verdad? Entre tú y yo.

—Claro.

—Bien.

Unas sonrisas conformes y nada más. Nada más. Amaia se preguntó durante el resto de la mañana qué narices estaba haciendo y con qué fin.

Volvió a casa pasadas las tres, con cara de enajenada. Yo seguía en la cocina, debatiéndome entre escuchar la música que Pablo había grabado para mí o hacerme el harakiri con el pelador de patatas. Quise esconder el cedé porque me apetecía cero o menos que Amaia se pusiera a burlarse de Pablo por mandarme algo así o que se metiera conmigo por no escucharlo, pero estaba en la otra punta y no quería moverme demasiado rápido para no llamar su atención. Entró como un tiranosaurio rex. Abrió la nevera y, sorprendentemente, pasó de la tarta de queso que tenía enfriándose (proyecto que yo había emprendido con tal de mantenerme ocupada) y cogió una tónica. Me acerqué al cedé con sigilo.

—Bluff... —Medio eructó, medio suspiró—. Tengo un ardor..., hoy como tortilla de Almax. —Toqué el cedé con la yema de los dedos y lo deslicé suavemente para

taparlo con mi bolso, que reposaba allí encima. El mínimo movimiento hizo que Amaia se pusiera alerta—. ¿Qué tienes ahí?

—Ah..., pues... no... nada.

—¿No nada? Pues quien no nada se ahoga. ¿Qué es?

—Mierdas varias.

—O me lo dices o te rajo —amenazó como tal cosa.

—Es un cedé.

—¿De qué? ¿Es porno?

—No. Es música.

—¿Es música porno? —Se bebió media tónica y contuvo tres o cuatro eructos seguidos.

—Son cosas. Cosas mías.

ERROR. Como ir al zoológico con descapotable. Amaia QUERÍA, NECESITABA, ANSIABA saber qué era eso y yo podría ser decapitada si no se lo contaba.

—Trae eso ahora mismo o te hago una ablación.

—Amaia, ¿puedes ser un poquito más sensible, por favor? —me quejé muy seria.

—No, no puedo. Dame eso o te inyecto aire en una arteria.

—Es solo un cedé, joder. Déjame en paz.

—Mucha hostilidad para ser solo un cedé. ¿Qué pasa? ¿Es una grabación porno tuya?

—Dale con el porno. No. Me lo ha mandado... Pablo.

—¿Qué Pablo? —Arrugó sus cejitas.

—Pablo Ruiz.

Amaia boqueó como un pez sin saber qué contestar. Ya estaba. El apocalipsis.

—Voy a decirte algo sobre Sandra —dijo en un murmullo—, antes de que se me olvide, porque soy yo mucho de esto de que se me olviden las cosas, pero después... tú, yo y una tónica nos vamos a sentar a hablar... despacio y con buena letra.

—Vale.

—Martina..., Sandra está huyendo hacia delante.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Que está huyendo pero en lugar de irse lejos, está tomando decisiones precipitadas para hacerlo. Como liarse con Javi. Y follárselo. Y tragar su lefa en un cine.

—¿Y en qué te basas? No es que me parezca una idea descabellada, pero no sé qué te ha dado pie a pensarlo.

—Escuché cómo hablaba con su madre por teléfono y le decía de muy malas maneras que no le contase nada de su vida a Íñigo. Al parecer, se lo encontró en el centro comercial y reaccionó fatal. Según el oráculo, que soy yo, eso sucedió justo antes de que tú la escucharas follar como una loca con Javi aquí en casa. No suena a superar una etapa...

Me apoyé en la encimera y crucé los brazos sobre el pecho, meditando toda esa información.

—¿Con eso quieres decir que Sandra sigue enamorada de Íñigo pero que no está sabiendo gestionar la ruptura y el cambio de vida y que busca volver a meterse en una relación para no sentirse sola?

—Algo así, sí —asintió—. Pero déjame dudar sobre su amor por Íñigo, anda. Y por cierto, Javi me ha dicho esta mañana que se está poniendo un pelín demasiado intensa.

—Define «intensa».

—Yo le dije lo mismo. Vamos..., que se comporta como una amante y dedicada novia.

—Ufff. —Hice una mueca—. Y deduzco que a Javi el plan no le apetece mucho.

—Ni mucho ni poco. Nada. No le gusta lo suficiente, ha dicho. Marronaco.

—¿Lo han hablado?

—Creo que Sandrita asiente y dice que sí, que sí, que solo lo están pasando bien pero en la cabeza está trazando un maquiavélico plan para casarse con él.

—Pues menudo marrón, pero sobre todo porque no creo que lo que mejor le venga ahora a Sandra sea meterse en otra relación. Si quieres podemos hablar con ella...

—Buff. Yo paso. Que luego se pone a darle vueltas a la cabeza y convierte mi vida en un infierno. Ya se apañarán. Y ahora..., pon ese cedé porno. Y me da igual si estáis los dos jodiendo. Con tal de verle la cara a Pablo Ruiz me vale.

—Puedes verle la cara si pones su nombre en Google. Es muy fácil, incluso para ti.

—Eso ya lo he hecho. Yo quiero verlo en movimiento.

—Pues YouTube.

—¿Te masturbas viéndolo en YouTube, picarona? «Hola, soy Pablo Ruiz y este es mi pepino» —dijo poniendo voz grave.

—Amaia..., este cedé es personal. Y... aún no lo he escuchado.

—¿Y a qué esperas para ponerlo?

—No sé, me da cosa.

—Ya, te entiendo —dijo Amaia muy seria y taciturna—. Imagínate que son todo canciones de David Civera, Raúl, Los Caños...

La miré de reojo y me dieron ganas de meterle la cabeza en la funda de un cojín y darle tortas hasta que se me pasara.

—No es que me dé miedo qué tipo de música haya grabado. Es que me da miedo, no sé, el resultado.

—Tampoco es que vayas a tomar peyote en mitad del desierto —dijo—. Escuchar un cedé no me parece potencialmente peligroso.

Pensé durante unos segundos. Amaia se puso a decir que si lo peor que podía pasar es que fuera el «No cambié» de Tamara la mala. Luego se echó a reír y se

contestó a sí misma que menudo atrevimiento el tío mujeriego, mandando paquetitos a sus ligues. Dicho esto aplaudió. Y mientras ella discutía con sus múltiples personalidades un tema completamente diferente, yo también me debatía pero entre seguir haciendo el subnormal profundo en plan niñata asustadiza o coger las riendas de las cosas que quería, las que me convenían y las que me apetecían e intentar hacerlas converger.

—Vale. Lo pondré.

—Venga, ponlo —dijo Amaia, muerta de morbo de saber qué habría allí.

—No. Cuando esté sola. Mañana. No sé. Cuando sepa que ninguna de vosotras estáis aquí. Necesito hacerlo sola y que nadie me diga nada de cómo reaccionar después.

LAS COSAS QUE QUIERO, LAS QUE ME CONVIENEN Y LAS QUE ME APETECEN

PABLO ya estaba allí cuando fuimos llegando todos. Estaba apoyado en la mesa central, con los brazos cruzados sobre el pecho, y no me pasó desapercibida la mirada cautelosa que iban echándole cada uno de mis compañeros, como si pudieran medir su estado de ánimo con solo un vistazo.

Cuando todos tuvimos puesta la chaquetilla y antes de empezar con las rutinas de la cocina, nos pidió que esperáramos un minuto porque quería hablar con nosotros. Se le notaba... no nervioso, quizá la palabra sea incómodo. Carraspeó y levantó la mirada del suelo para barrer la cocina con los ojos.

—Siempre me he sentido orgulloso de poder decir que mi cocina es una gran familia donde las personas no nos son ajenas y donde nos preocupamos por los demás. Por eso lo del otro día fue inaceptable por mi parte y os pido perdón. Ya me vais conociendo bien y sabéis que tengo un problema para gestionar la frustración, que tiendo a buscar pelea y que cuando exploto soy... incontrolable. Pero esto no es una justificación, esto es un compromiso por mi parte. No volverá a pasar. No os merecéis ni de lejos mis vaivenes y no quiero que tengáis que lidiar con un chef mediocre que busca la reafirmación tiranizando su cocina. El Mar es un barco que se mantiene a flote por vuestro buen trabajo y estoy sumamente agradecido por la suerte que he tenido de ir encontrándoos a todos. Siento de todo corazón los gritos, los enfrentamientos, los golpes contra las paredes y los platos rotos. Mis problemas personales deben solucionarse fuera de este restaurante y en ningún caso debo pagar con vosotros mis fracasos. Aquí tengo amigos además de cocineros, lo que hace más grave si cabe mi comportamiento. Este es un camino de doble dirección y vuestras opiniones siempre serán consideradas, tanto en el ámbito profesional como en el personal. Por eso debo dar las gracias a Martina por pararme los pies el otro día. Mis maneras no fueron las adecuadas y tampoco las suyas, pero no volverá a pasar. Ya me disculpé con Carlos, pero aprovecho para volver a hacerlo. Nunca, jamás, soportéis por mi parte unas formas desconsideradas, porque ser el chef de este restaurante, o que ponga mi nombre en el menú, no me convierte en alguien a quien no se pueda poner en duda. Me gustaría recompensaros por mis fallos y creo que la mejor manera será no volver a repetir esos errores.

—¿Y subirnos el sueldo? —bromeó Alfonso.

Pablo se giró para mirarlo y esbozó una sonrisa.

—De eso ya hablaremos, tampoco os vengáis arriba. Dicho esto..., ¿hay alguien que quiera añadir algo más?

—Esto te honra, tío. —Carlos se acercó y le tendió la mano.

Un apretón de manos y un abrazo con palmadas en la espalda cerró el discurso. Y a mí el marcador interno se me puso un poco más cerca del cero.

Todos nos pusimos manos a la obra con el trabajo. Carolina lucía una sonrisa extraña, casi burlona. Cuando nos colocamos codo con codo en la mesa y aprovechando que Carlos había ido a una de las neveras, se volvió y dirigió su bonita sonrisa hacia mí.

—¿Qué le estás haciendo?

—¿Cómo? —Me asusté.

—Algo estás haciendo con Pablo, Martina. Nunca se había disculpado por sus estallidos. Siempre hacía como si no hubiera pasado nada. Lo arreglaba con el afectado, pero no se molestaba en pedir perdón a los demás.

—Yo no tengo nada que ver. —Bajé la mirada—. Solo... me vi en la obligación de decirle lo que pensaba en aquel momento.

—No es eso. —Sonrió—. Es algo más... No sé. Conozco bien a Pablo. Muy bien. Y... mira, te repito que sé que es algo más.

Levanté la vista y me encontré con su mirada. Torció los labios en una sonrisa y después, irguiéndose, se encaminó hacia una de las mesas de trabajo para ayudar con la rutina.

Aquella tarde noche sonaba la elección musical de Alfonso, que decidió que era un buen día para escuchar Guns N'Roses. Mi ánimo se fue contagiando del de los demás y el recuerdo de las tardes en mi casa, pidiéndole al melenudo de mi hermano que bajara el volumen de su minicadena, me hizo sonreír. Tenía que llamarles o pasarme por casa. ¿Por qué seríamos tan rancios y tan poco dados a los mimos familiares? En el fondo me gustaba dejarme caer por allí y dejar que mis padres me hicieran arrumacos... a su manera. Vaya, que me preguntaran cómo estaba, cómo iba el trabajo, que me pidieran que relatara alguna proeza de Amaia y escuchar cómo hablaban de su tranquila existencia posjubilación. Hablar con mi hermano sobre sus cosas. Pintarme las uñas con mi hermana.

—No lo has escuchado —susurró una voz en mi nuca.

Di un salto y me agarré el pecho.

—Por el amor de Dios, Pablo. No seas tan sigiloso. ¿Dónde está eso de «atrás» si pasas por detrás de mí? ¡Tengo un cuchillo en la mano!

—Perdona. —Sonrió y se revolvió el pelo—. Quería ser... discreto.

—Perdonado. Afortunadamente no te he apuñalado.

—Bueno, ¿y bien?

—¿Y bien qué? —pregunté a la vez que hacía una seña al jefe de sala para que se llevara los primeros platos, que estaban esperando en la barra de pase.

—No lo has escuchado, ¿verdad? El cedé.

—Ah..., esto..., no. No he tenido tiempo. ¡Salen los primeros!

Nos llamamos cuando los platos de mi partida fueron los protagonistas y los camareros se los llevaron hacia el salón. Sonreímos disimulando, mirando a todas partes menos a nosotros. Cuando se marcharon y aprovechando que mis compañeros andaban a lo suyo, reanudamos la conversación.

—Esta noche quizá, ¿no?

—Sí, quizá.

—Iba a preguntarte si te apetecía tomar algo pero no estoy seguro de no ponerte en un compromiso, así que mejor te digo que, si al escucharlo te apetece hablar, estaré despierto.

—¿Cómo sabes que estarás despierto?

—Duermo poco. —Hizo una mueca adorable con sus labios.

—Pues podías aprovechar el tiempo que te ahorras y cortarte el pelo.

Eso le hizo reír. Se alejó de mi mesa moviendo la cabeza con divertida desaprobación. Si algún día se cortaba el pelo..., ¿moriría de amor por él? ¿O echaría de menos sus greñas agradecidas, que se enroscaban en las puntas en suaves y grandes rizos?

Aquella noche la casa me recibió en completo silencio. Amaia y Sandra debían de estar durmiendo o de picos pardos. Preferí no abrir puertas para comprobarlo, no fuera a despertar a la bestia. Me metí en mi dormitorio, cerré la puerta, me puse cómoda, cogí los auriculares y me senté delante de la minicadena con el cedé en la mano. No pasaba nada. Nada de lo que allí dentro hubiera iba a cambiar mi vida. Solo eran canciones. Unas canciones que Pablo había grabado para mí en un cedé, sin más. Eso no cambiaría el hecho de que él fuera una persona con un carácter demasiado fácil cuando estaba a buenas y demasiado difícil cuando las cosas venían torcidas. No iba a restar intensidad a los problemas que parecía tener en su vida personal, derivados de una relación anterior. No haría desaparecer esa sensación de que entre él y yo lo único que funcionaba en un camino de doble dirección, como él decía, era la pasión por nuestro trabajo, que ni siquiera gestionábamos de la misma manera.

Respiré hondo. Vale. Ya estaba convencida. Ahora solo quedaba... disfrutar de la música, ¿no?

Cerré los ojos. Conocía la primera canción; era de La Roux, *In for the kill*. Sonreí. Pablo se sorprendió cuando elegí este grupo en mi selección musical en El Mar. Supongo que no somos dos personas que a primera vista parezcan tener el mismo gusto musical. Tarareé en voz baja, preguntándome por qué habría elegido esta canción en concreto, pero no hizo falta mucho más que eso..., tararear. La canción comenzaba diciendo: «Podemos combatir nuestros deseos, pero cuando empezamos a hacer fuego, nos ponemos tan calientes... nos guste o no». Sí, era una definición bastante gráfica de lo que nos había pasado. Seguía: «Dicen que podemos amar a

aquellos en los que confiamos, pero ¿qué es el amor sin lujuria? Dos corazones con devociones exactas. ¿Y qué son los sentimientos sin emociones?».

Glups. «No te emparanoies con la letra, Martina; probablemente la ha elegido al azar». Pasé a la siguiente. Sonreí de nuevo. «Take me out» de Franz Ferdinand. La habíamos escuchado juntos en Coconut, el bar retro al que me llevó la noche que nos tatuamos. Me miré la pequeña ola en la muñeca. Dios..., Pablo me había vuelto loca casi desde el primer momento. La intensidad con la que todo sucedía cuando estaba con él era para una persona como yo como caer en un abismo. Desde las carcajadas hasta los besos. Pero tenía razón cuando le dije que el hecho de que necesitara alcohol para desinhibirme le quitaba mérito. La canción comenzaba diciendo: «Si te sientes sola, sabes que estoy aquí esperándote. Estoy solo en tu punto de mira. Estoy solo a un disparo de ti. Y si te vas de aquí, me dejas roto, destrozado. Miento. Estoy solo en tu punto de mira. Soy solo un disparo, entonces podremos morir».

Vale, ya estaba empezando a desarrollar psicosis. Cada palabra parecía llegar con una intención concreta. «Take me out» significa «sácame». ¿No era lo que estaba tratando de hacer él? Sacarme de la jaula donde yo misma había contenido ciertas emociones. Pasé a la siguiente canción.

Oh, joder. Me tapé la cara. «Viento de cara» de Supersubmarina. «Te busco en el hueco que queda en mi alma, tan frío y profundo que no encuentro nada». ¿Era aquella una pista sobre cómo se encontraba Pablo? Y luego decía: «Quisiera volverme invisible y colarme esta noche en tu cama». Y se había vuelto invisible para hacer que me corriera con mis propios dedos, con el teléfono en la mano, como si sus palabras se convirtieran en un cuerpo cálido que se echara sobre mí, separara mis muslos y embistiera hasta hacerme alcanzar el orgasmo. Dijo que aquella canción le recordaba a mí. «Rayo que no cesa, mar en calma, faro entre la niebla, viento de cara». La siguiente, por favor.

Vale, estaba claro que el señor Pablo Ruiz quería matarme de una angina de pecho. O de un puñetazo interno de recuerdos, que rebotaran dentro de mi pecho, que se expandieran por mis manos, haciendo cosquillear mis dedos. La imagen de los dos bebiendo vino en El Mar me llenó por completo. Una cita... perfecta. Si alguna vez alguien me hubiera dicho que describiera mi noche ideal habría dicho que la pasaría en la cocina de El Mar, cenando con su dueño y escuchando música. O a lo mejor no. Pero había sido tan...

La canción era *Roads* de Portishead y sonaba tan sensual ya desde allí, lejos de él, que no quise pensar en qué pasaría si volviera a escucharla a su lado. Me dejaría llevar. No. Tomaría las riendas. Agarraría la tela de su camisa sin importar lo estrambótica que fuera y lo atraería a mí. Estrellaría mis labios contra los suyos y dejaría que su lengua lánguida y sinuosa me lamiera para terminar mordiéndole con suavidad y escuchar así uno de sus gemidos roncós. Vale. Me estaba poniendo demasiado... intensa.

La siguiente empezó con el sonido de las cuerdas de una guitarra. Aquella

canción de James Bay cuyo enlace me mandó en un mensaje, *Clocks go forward*, llenó mis oídos. Dulce, animándose, algo ingenua, volviéndose más trascendental y convirtiéndome en una persona más sincera consigo misma que, por fin, confesaba que lo de Pablo trascendía las palabras, las canciones, los sabores y las caricias. Pablo y yo estábamos sintiendo el principio de algo mágico. Divertirnos, dijo. Me estremecí. No, Martina..., una no puede colgarse de alguien como él y salir bien parada. Auténtico y con el temperamento de un genio. Vivaz, apasionado, original, suyo y con una cara oculta más oscura que cualquiera de mis secretos. Él. Él sería mi secreto más oscuro. El deseo. «Podemos ocultarnos debajo de las sábanas, bajo pesadas mantas. Tan profundo como atrae la noche. Y seremos lentos amantes de miel hasta que los relojes se adelanten de nuevo». Rebufé. Por favor, Pablo..., dame una tregua.

No conocía la siguiente canción, pero el grupo me sonaba. ¿Sería Izal? Sonaba joven, desenfadado, moderno. Pero del que Amaia diría «moderno de mierda» con tonito pero no con mala leche. En el fondo le encantaba todo lo que fuera un poco así. El cantante, con una voz muy personal, empezaba diciendo: «Recordar los finales no nos deja imaginar cómo sería empezar». Jodo petaca, Pablo, tú sí que sabes cómo ir al grano. Pero es que seguía: «Solo somos animales que tienen miedo de no ser capaces de controlar sus instintos salvajes...».

¿Por qué me odias, Pablo?

¡Siguiente! Y qué siguiente... Paloma Faith cantando *Only love can hurt like this*. Porque sí, porque solo el amor podía doler como dolía. Aquella canción había sonado en mi dormitorio cuando vino a aclararme que no me evitaba, antes del... «episodio». Ay, Dios...

Con la que sonó después casi me eché a reír cuando escuché la letra. Era Mando Diao, «Dance with somebody». Su estribillo decía: «Me estoy enamorando de tu canción favorita. La voy a cantar durante toda la noche. Voy a bailar con alguien». Y ese alguien quería ser yo.

La última me tocó definitivamente la patata. Jodido Pablo Ruiz, que cogía las conversaciones que tenías con él y las diseccionaba hasta sacar ese dato que valía la pena conservar. Porque la última canción era *Matemática de la carne* de Rayden, un tema que estaba segura de que él no conocía y que buscó para incluir en esa selección. ¿Habría escuchado muchas de sus canciones hasta dar con la que más hablara de nosotros? Porque, desde luego, había dado en el puto clavo. Si él se acordaba de mí escuchando «Viento de cara», yo me acordaba de él escuchando «Matemática de la carne». «Perdí el sentido del amor, pero no del sarcasmo, así que te haré el humor hasta llegar al orgasmo. [...] Estás en mi lista de sueños cumplidos y la de pecados compartidos. Rompamos juntos la barrera del sonido, cuando el gemido se coma el ruido. Hagamos juntos todas las maldades; la dieta de los caníbales. Soy de los que siempre creyó en las señales, por eso pégame, muérdeme, déjame cardenales».

Me quité los auriculares y con un suspiro cogí el teléfono móvil. Podía escudarme detrás de un mensaje. Era tarde. Casi las tres de la mañana. Él decía que dormía poco, pero ¿quién sabía? Lo cierto es que un mensaje se hubiera quedado cortísimo para lo que yo necesitaba, para lo que yo quería. No dudé. Seleccioné su contacto y pulsé la tecla de llamada. Contestó antes de que sonara el segundo tono, dejándome completamente sin palabras.

—Hola, pequeña.

Como contestación por mi parte solo un gorjeo. Una cosa es que estés despierto y otra muy distinta que lo estés con el puñetero móvil en la mano.

—¿No te ha gustado? —bromeó.

—Sí, sí que me ha gustado.

—¿Entonces?

—Entonces me estoy volviendo loca preguntándome si hay alguna intencionalidad en las canciones que has escogido.

—Claro. Todos hacemos las cosas con una intención.

—¿Y cuál es?

—¿Me dejas subir y te lo explico?

Cerré los ojos. ¿Cómorrrr?

—Perdona, ¿qué has dicho?

—No he dicho mucho, pero creo que a lo que te refieres es a lo que he dado a entender: que estoy aparcado frente a tu casa y que me encantaría que me dejases subir.

—¿Para qué?

—Para hacer el amor.

Abrí la boca alucinada. ¿Pero...? No, no había nada más que añadir. Era Pablo. Y Pablo era una respuesta en sí misma y el interrogante más grande de mi vida.

—Sube.

INSTINTOS

ABRÍ la puerta y me encontré con Pablo, que levantó los ojos hasta mi cara y sonrió. La casa estaba prácticamente a oscuras; un poco de luz salía de mi dormitorio, dándole a cada esquina una superficie y una sombra. Pablo entró y yo cerré la puerta con suavidad para no despertar a nadie. Me apoyó suavemente en ella y me cogió entre sus brazos. Nos dimos un beso, uno rápido, breve, labio contra labio. Cuando me separé, su sabor ya había impregnado mi piel y quería más. Tiré de su mano y lo llevé hacia mi habitación. Sus botines sonaban contra el parqué e hice una mueca al pasar por delante del dormitorio de Amaia. Cuando entramos en mi dormitorio, cerré con pestillo. Pablo sonrió.

—No haremos ruido —me prometió.

—Joder.

Y no tengo ni idea de por qué me salió aquel exabrupto. Me imagino que de puros nervios al ver cómo se acercaba a mí. Dios..., había llegado el momento. La respiración se me agitó. Íbamos a acostarnos. Y yo le notaría entrando en mí, llenándome. Y su respiración me agitaría el pelo y mis pezones se endurecerían contra su pecho.

—Estoy un poco nerviosa —dije.

—No tienes por qué.

Ladeó su cara y me besó. Un gemido de satisfacción vibró en su garganta. Me sentía tan cohibida..., ¿por qué? Ni siquiera sería la primera vez que lo viera desnudo.

—Pequeña... —susurró.

Su dedo pulgar rozó mi labio inferior y abrí instintivamente la boca. Sonrió antes de acercarse y llenarme con su lengua, que lamió mis labios y se adentró hasta que nos sellamos. Mis dedos volaron hasta su pelo y se introdujeron entre los mechones. Tenía el pelo fino, limpio, suave..., tiré de él hacia atrás y gruñó de deseo. Sus caderas empujaron su erección contra mi vientre.

Tiró de mí y caímos en mi cama con él debajo. Me acomodé sobre él, recobré la movilidad y le provoqué un gemido al rozar el bulto de sus pantalones vaqueros. Me quitó la camiseta y yo agarré el borde de la suya e hice lo mismo. Con manos rápidas Pablo tiró hacia abajo de la cinturilla de mis mallas, pero no me moví para facilitar que me las quitara, sino que me agaché y mis labios buscaron su cuello, sus clavículas, su pecho y por fin el pezón agujereado, con el que jugué con cuidado. Se arqueó debajo de mí y, después de un jadeo de contención, me dio la vuelta y se

colocó encima. No fue lento y cuidadoso al sacar mis pechos del sujetador, pero no lo eché de menos. Y cuando su boca se acercó a mi pezón izquierdo creí que me moría. Cubrió sus dientes con los labios y tiró suavemente de él. Todo mi cuerpo se tensó. Dios..., qué sensible estaba. Lo había notado en todo mi cuerpo. En todo, palpitando. Pero...

—¡Joder! —me quejé.

—¿Qué pasa, pequeña? —Y sus manos acariciaron mis pechos a la vez que su boca dejaba huellas húmedas en mi vientre.

—Aún tengo la regla. Un poco pero...

Pablo se irguió despacio y me miró arqueando una ceja.

—¿Y te acabas de acordar? —Sonrió.

Fruncí el ceño y la nariz.

—Es por tu culpa. Me pones muy loca.

Se echó a reír y su aliento calentó la piel entre mis pechos. Después fueron sus labios, que siguieron recorriéndome cada centímetro hasta llevar mi pezón derecho a su boca y lamerlo despacio, mirándome. Una corriente sexual me azotó y me moví nerviosa.

—Pablo...

Se levantó de la cama con un suspiro. Joder. Si se iba lo degollaría con su puto cedé. Me lo imaginé volviendo a ponerse la camiseta y diciéndome que se le había hecho tarde..., rechiné los dientes. Pero Pablo abrió la puerta del baño y encendió la luz.

—¿Dónde vas?

Volvió hasta la cama, se recostó entre mis piernas, apoyando las rodillas en el colchón. Me agarró fuertemente del culo y se puso en pie, llevándome con él hacia el cuarto de baño. La demostración de fuerza bruta había valido por dos buenos moratones en mis nalgas con la marca de sus dedos y una subida considerable de esa libido que había desaparecido al acordarme de la jodienda mensual de ser mujer. Llegamos al cuarto de baño besándonos como locos. Mis dedos entre su pelo y los suyos en mis muslos. Me dejó sobre el mármol del baño y se colocó entre mis piernas.

—¿No puedo hacerte el amor? —me preguntó, muy cerca de mi boca.

—No —contesté con la boca pequeña.

—No, ¿eh?

Se alejó saboreando su propio labio inferior y palpó dentro de los bolsillos de sus vaqueros, de donde sacó un mechero. Se acercó a las velitas que tenía por todo el cuarto de baño, regalo de la moñas de Sandra para mi último cumpleaños, y las fue encendiendo una a una. Aún no las había estrenado, por lo que una pronta llama nació de cada una de ellas y creó sombras danzarinas en el techo cuando apagó la luz principal. Me quise morir. No, no me van las cursiladas de velas y pétalos de rosa en la habitación, pero toda mujer tiene una moñis dentro que despierta con este tipo de

cosas, abraza su osito de peluche rosa y lanza un grito de amor. Pablo se colocó frente a mí con una sonrisa, entre mis piernas, y con los puños sobre el mármol.

—¿Estamos seguros?

—Sí —musité nada convencida.

—Ya. —Y fingió un suspiro.

Dio un paso hacia atrás, miró hacia abajo y se desabrochó el cinturón y también los vaqueros. Se agachó, se deshizo de los botines y de los calcetines y los dejó a un lado, muy ordenados. Qué curioso..., Pablo era a la vez pasión desmedida, caos y control. Estiró el brazo y abrió el agua de la ducha. La imagen misma del erotismo: el jodido Pablo Ruiz despeinado, sin camiseta, descalzo y con los pantalones desabrochados. Sonriendo. Puto. Más que puto.

Cogió de nuevo la cinturilla de mis mallas y tiró hacia abajo. Se abrazó a mi pecho desnudo para ir quitándomelas despacio. No pude evitar la tentación de dejar que mi nariz se deslizara por la curva de su cuello y aspirara su olor. Cuando solo me quedaban las braguitas, se quitó los pantalones, los dobló sobre el banco y después, mirándome, se quitó la ropa interior. Aún estaba duro. Por el amor de Dios. Tenía el cuerpo más bonito que había visto en mi vida. Y no, no era uno de esos torsos de los anuncios. Solo era un chico delgado cuyas formas se intuían bajo su piel. Era... natural, deseable, auténtico. Alargué la mano y dejé que cruzara su pecho desde las golondrinas tatuadas hasta su ombligo.

—Te espero en la ducha —dijo alejándose de nuevo, dejándome completamente necesitada de su tacto.

Me dio la espalda dentro de la ducha nada más entrar. El agua cayó empapando su pelo y él lo retiró de la cara con las dos manos. Yo me bajé las braguitas, me deshice veloz del salvaslip y después entré con él. Cerré la mampara y sentí que el calor del agua se condensaba en el pequeño espacio. Era... agradable.

Pablo se dio la vuelta. Estaba mojado e increíblemente guapo. Sus ojos brillaban mucho en la semipenumbra del baño. Se agachó hasta que sus labios y los míos estuvieron a la misma altura y me besó mientras me llevaba entre sus brazos hasta estar debajo del agua. Sus dedos me quitaron diestros la goma del pelo y este cayó pesado sobre mis hombros y mis pechos, chorreando. Sonrió y nuestros labios volvieron a encontrarse. Y nuestras lenguas. Y las manos, que recorrieron la espalda del otro y el pecho. Me dio la tonta sensación de que el agua caliente se llevaba con ella la lujuria para dejar sobre nosotros otra cosa..., otra distinta que no dejaba de caldear nuestra sangre.

Acarició con su pulgar otra vez mis labios y recorrió con él mi barbilla y mi cuello. Al llegar a la base, sus dos manos me dieron la vuelta. Su erección presionó la parte baja de mi espalda pero, como si no existiera, él se dedicó a repartir espuma y jabón por mi piel, insistiendo entre mis piernas, pero no con la pasión desmedida que hubiera esperado de él. Sus dedos me frotaban sin importarle nada más, limpiando cada rincón, destensando mis músculos. Me apoyé en los azulejos cuando empezó a

acumularse entre mis piernas una carga que saltaba con cada nuevo roce. Jadeé.

—Avísame si vas a correrte —susurró pegándose más a mí—. No te corras sin mí, pequeña.

No quería gemir aunque su caricia estaba siendo... exhaustiva. Me mordí el labio cuando me rodeó el pecho con el brazo izquierdo, pero tiré de su mano hasta llevarla a mi boca y clavé los dientes con suavidad en ella. Un gruñido brotó de su garganta y sus dedos se aceleraron. Mi respiración se volvió más superficial e irregular; coló un dedo dentro de mí y me apreté a su alrededor, aferrándome a aquel placer. Me froté contra él, contra su pecho, su polla, sus muslos.

—Para... o me volverás loco.

Seguí frotando mis nalgas contra su entrepierna, deslizándome y flexionando mis rodillas para volver a subir pegada a él. Perdí el contacto de sus dedos en mi sexo, pero porque su mano derecha se concentró en colocar su erección en mi abertura y con un movimiento de cadera restregarla entre mis labios vaginales. Gemí.

—Shhh... —Le escuché musitar contra mi cuello.

Me moví con él, acompasando sus arremetidas con mi vaivén. Era demasiado placentero como para ponerse a plantearse nada. Estaba húmeda, limpia, abierta a él. Y sin darnos apenas cuenta, la punta se coló en mi interior. Nos quedamos quietos, como si los dos quisiéramos seguir pero esperáramos que fuera el otro quien lo hiciera para quedar exentos de culpa. Terminaron siendo sus caderas las que empujaron hasta introducirse del todo en mí. Jadeé sin respiración cuando su erección se acomodó dentro de mí y él embistió un poco más, hasta el fondo. Su polla estaba dentro de mí y nada nos separaba. Se nos estaba yendo la olla pero... me arqueé para recibir otra embestida.

Agarró mi pelo empapado dentro de su puño, lo apartó de mi cuello y tiró de él a la vez que volvía a penetrarme. Jadeé extasiada y él gruñó.

—Estoy tan dentro de ti... —gimió en mi oído—. Dime que no pare. Pídeme que no pare.

—No pares.

—Quiero correrme dentro de ti.

—Dios... —Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en su hombro—. Para antes, Pablo.

Sus dos brazos se colaron por debajo de los míos y me agarró de los hombros, presionando mi cuerpo contra el suyo. Sus caderas colisionaban con mis nalgas una y otra vez, llenándome de él, estremeciéndome al completo. Me sentía dominada por unas pasiones que no reconocía, como si nunca hubiera hecho aquello con nadie. Aceleró el ritmo de sus embestidas y comenzó a jadear..., era un sonido tan sumamente sexi que me catapultó a un estado en el que ya no me importaba nada. Nada. Ni su cuerpo duro introduciéndose en el mío ni yo ni él ni las paredes. Cerré los ojos y me dejé llevar. Los movimientos empezaron a ser más y más fuertes. Las arremetidas más secas y placenteras.

—Palpitas —gimió.

—Casi, Pablo..., casi.

—Dime que te lo haga más fuerte... que tire de tu pelo, que te la meta hasta el fondo y que no pare hasta que te corras.

Mierda. Yo no quería parar.

—Quiero correrme dentro.

Palpitó con más fuerza. Pablo salió de mi interior y me dio la vuelta. Me levantó entre sus brazos, apoyó mi espalda en la pared y con dificultad volvió a penetrarme, mirándome a la cara.

—No quiero parar —me dijo—. ¿No tomas la píldora?

—Joder, no. Para...

—¿Paro?

Yo no contesté y él no lo hizo. Apoyó la frente en mi hombro y siguió empujando rítmicamente hacia mi interior, colándose hasta el fondo.

—Ah... —Le escuché gemir.

—Para antes de correrte.

—Córrete, pequeña. Córrete...

Le rodeé el cuello con el brazo izquierdo y llevé la mano derecha hasta mi sexo. Bastaron un par de caricias para explotar..., un par de caricias, el morbo y los brutales empellones de su cadera que me hundían su polla en lo más hondo. No dejamos de mirarnos. Le clavé en la espalda las uñas de la mano izquierda y él echó la cabeza hacia atrás y maldijo. Mi sexo aún se apretaba alrededor de su erección cuando la sacó y se corrió en mi pubis entre espasmos de placer.

—Joderrrr... —Gruñó mientras se tocaba, lanzando su semen contra mi piel—. Joder, pequeña...

Mis pies tocaron el suelo. Apoyé la cabeza en su pecho, que se movía agitadamente, y él me abrazó.

—Mmm...

Me reí.

—No te rías. —Se mordió el labio, trató de controlar una sonrisa y añadió—: Guau.

—Somos unos completos irresponsables.

—Lo somos.

Se separó de mí y se apoyó en la pared contraria, apartándose el pelo de la cara. Yo me coloqué bajo el chorro y me limpié su orgasmo, que recorrió mis piernas antes de desaparecer, mezclado con el agua y el jabón, por el desagüe. Cuando levanté la mirada, sus ojos estaban puestos en mí. Un burbujeo tonto me llenó por completo por dentro. Nos sonreímos.

—Y entonces, hicimos el amor.

Y entonces... no. Ya no había marcha atrás. Puta vida.

ENCOÑARSE

CUANDO me tumbé en la cama aún tenía el pelo húmedo. Escuché a Pablo apagar las velas del cuarto de baño y salió en ropa interior con el resto de sus prendas en los brazos. Lo dejó todo sobre la pequeña mesa de escritorio que tenía en un rincón y rebuscó en uno de los bolsillos de su pantalón.

—¿Puedo fumar? —me preguntó algo tímido.

—Sí, pero abre un poco.

Se acercó al ventanal y abrió la puerta que daba al pequeño balcón. Después se dejó caer en la cama y se encendió el pitillo. Sabía que le daría tres, a lo sumo cuatro caladas antes de que quisiera apagarlo, así que le pasé un vaso con agua que tenía en mi mesita de noche para que le sirviera como cenicero después. Me dio las gracias y se acomodó con un almohadón detrás de la espalda. Me miró con una sonrisa mientras daba la segunda calada y la habitación se llenaba de humo.

—Puedes quedarte a dormir —le dije.

—Oh, vaya. Gracias —se burló y, acomodándose, se puso de pronto mucho más serio—. Oye, Martina..., se nos ha ido mucho la olla, ¿no?

—Sí. ¿Sueles...? —le pregunté.

—No. No. —Negó con la cabeza—. A ver..., si me acuesto con una chica una noche, nunca se me olvida..., ya sabes, ponerme la gomita. No es que pase muy a menudo, por otra parte.

Acababa de hacerlo con él sin pudor ni vergüenza ninguna, volviéndome completamente loca, y ahora notaba todo el calor del mundo invadiendo mi cara por escucharlo hablar de un condón. Martina, hija, un poquito de coherencia.

—En realidad, si no pasa de ahí no creo que..., vaya, que no estoy diciendo que vuelva a pasar, pero yo... —resoplé. Joder, qué mal se me daba ser humana y contar cosas—. Lo que quiero decir es que mi ginecólogo opina que es hartito difícil que me quede embarazada.

Pablo frunció el ceño.

—¿Y eso?

—Mi útero es... bueno, da igual. La cosa es que tampoco me han asegurado que sea imposible, pero me han dicho que me costará mucho más que al resto de chicas, si es que algún día me planteo la maternidad, que no creo.

—Y eso... ¿no te...?

—No. —Me encogí de hombros. No me afectaba. Ya lloré mucho cuando me lo dijeron hace muchos años. Ahora estaba más que aceptado—. El caso es que

deberíamos ser más responsables si vuelve a pasar, pero por nuestra salud sexual.

Él le dio otra calada al cigarrillo antes de decir:

—Yo he tenido otras parejas antes. Parejas... estables. Y he tenido sexo sin preservativo. No sé si eso...

—¿Sexo responsable?

—¿A qué te refieres con «responsable»? —Dio una última calada y apagó el cigarrillo en el agua que quedaba en el vaso.

—Me refiero a si...

—¿Si ellas tomaban anticonceptivos? Sí. Siempre.

Joder. Imaginarlo corriéndose dentro de otra mujer sin cara me produjo hasta ardor de estómago. No me gustaba pensar en él con otras. Yo quería que todo lo que imaginara mi cabeza nos tuviera de protagonistas a nosotros dos.

—En realidad eso no me incumbe mucho —carraspeé—. Me refería a si ellas estaban sanas.

—Sí —respondió y se recostó con un brazo bajo la cabeza—. ¿Tú...?

—Yo no puedo tomar anticonceptivos. —Le solté a bocajarro—. Así que... Fernando y yo siempre usábamos... condón. Mi vida sexual ha sido bastante anodina; no creo que tengas nada de lo que preocuparte.

Se giró hacia mí y se acomodó. Estaba... espectacular.

—¿Por qué no puedes tomar anticonceptivos? ¿Por lo de tu... útero?

—Ah, bueno, no..., tengo un problemilla vascular. Nada grave.

Los dos miramos hacia el techo. Una sonrisilla impertinente me llenó la boca, como esa carita que pone Amélie cuando, al principio de la película, habla de sus experiencias sexuales. Pablo se volvió hacia mí y se contagió.

—¿Por qué será que siempre que pones esa cara creo que estás riéndote de mí?

—Eso se llama inseguridad —le contesté.

—¿Qué te hace gracia?

—La situación. Es todo un poco raro.

Asintió con una sonrisa preciosa. Después se incorporó y salió de la cama. Cuando lo vi acercarse a la puerta en ropa interior, tuve la visión de Amaia encontrándose por el pasillo.

—¿Dónde vas?

—A por agua —me contestó.

—Espera. Voy yo.

—¿Me escondes? —bromeó.

—Eh..., sí. —Me reí—. Y deberías estar agradecido.

Tiré de mi camiseta hacia abajo y fui a la cocina.

—Fría, por favor. —Le escuché susurrar.

Abrí la nevera. Ni rastro de la jarra. Puñetera manía de Sandra de llevársela a su mesita de noche. Llené un vaso de agua del grifo y le puse un cubito de hielo, pero no me quedé demasiado satisfecha y cogí un bote de Coca-Cola. Al entrar cerré con el

pie haciendo mucho más ruido del que pretendía.

—No había agua fría. Te puse un cubito. ¿Prefieres Coca-Cola?

Sonrió.

—El agua está bien.

Cogió el vaso y se bebió el contenido de un trago de pie frente a mí. Sus labios húmedos, su cuello en tensión, sus clavículas tatuadas, su *piercing*, su vientre plano, su ombligo, ese camino de vello que corría hacia abajo..., tragué saliva cuando me di cuenta de que Pablo me estaba mirando, estudiando cómo lo observaba de arriba abajo. Dejó el vaso en la esquina del escritorio con calma.

—Hay una cosa que no sabes de mí... —susurró.

—Hay muchas cosas que no sé de ti.

—Pero esta en concreto creo que te va a interesar.

—¿Ah, sí?

—Sí —asintió y levantó las cejas, muy seguro de sí mismo.

—A ver, sorpréndeme.

—Me recupero muy rápido. —Se mordió el labio inferior en una mueca irresistible—. MUY rápido.

Fui a pasar de largo, pues creía que estaba echándose el típico farol de los tíos en las películas. «Ey, nena..., pienso despertarte para otro dentro de un rato». Pero cuál fue mi sorpresa cuando aterricé sobre el colchón con él encima. Todos mis cabellos húmedos volaron a nuestro alrededor hasta posarse en abanico sobre las sábanas revueltas.

Su boca me abordó con tanta fuerza que gemí cuando nuestras lenguas colisionaron. Mordió mi labio inferior, mi barbilla, lamió mi cuello y cuando llegó al lóbulo de mi oreja tiró de él con sus dientes.

—Tienes por costumbre no tomarme demasiado en serio —bromeó hablándome al oído.

—¿Por qué será?

—No lo sé. —Sus caderas se movieron y me restregaron entre los muslos un bulto duro—. Pero tengo intención de demostrarte que no fanfarroneo.

—Esta película ya me la sé. —Respondí. Como estaba concentrado en mordisquear mi cuello y no veía mi cara, me permití el lujo de poner los ojos en blanco—. Y ¿sabes cómo acaba? Acaba con «gatillator» el destructor.

Pablo se echó a reír sonoramente y dirigí mis labios hacia su boca para acallarlo. Él no desaprovechó la oportunidad y su lengua volvió a invadirme; yo me dejé con gusto. Sus manos tiraron de la camiseta del pijama hacia arriba y la vi aterrizar en mi mesita de noche justo antes de que se metiera parte de uno de mis pechos en la boca. Clavó sus dientes y cerré los ojos de placer.

—Mmm... —Me revolví debajo de él, buscando el roce.

—Esto es lo que más me gusta de ti. —Me miró, sin dejar de sobar mis pechos—. Te controlas continuamente, pero gimes como una loca si te muerdo los pezones.

Sonreí con suficiencia.

—Debe ser que también hay muchas cosas que aún no sabes de mí.

Me quitó las braguitas, deslizándolas por mis piernas despacio, y después se bajó el bóxer negro antes de acomodarse de rodillas entre mis muslos. Un golpe de cadera y la punta de su erección se metió entre mis pliegues. Observé su cara, seria y concentrada, cuando se agarró la polla y la restregó contra mi sexo, arriba y abajo, acariciándome y provocándome.

—Ponte un condón —le exigí.

Se levantó con un movimiento rápido y rebuscó entre los bolsillos de sus pantalones. No quise mirarle demasiado allí de pie, desnudo, excitado, tan jodidamente despeinado y deseable. Se colocó en la misma postura, de rodillas entre mis muslos, y abrió el envoltorio del preservativo. Lo sacó entre sus dedos índice y pulgar, sopló y después lo desenrolló prieto alrededor del músculo duro hasta la base. Tiró de mis caderas para acercarme y me las levantó un poco. Jugó entre mis labios hasta que mis talones se pegaron a su trasero y lo empujé hacia mí.

—No quiero salir jamás de aquí dentro. —Sonrió.

—Lo íbamos a tener jodido para cocinar.

Se echó a reír.

—Para. Si me haces reír se me bajará.

—No justifiques un futuro gatillazo.

Volvió a embestir y yo gemí enterrando la cara en un cojín, sobre mi cara.

—No te escondas. Quiero verte la cara mientras follamos.

Tiré el almohadón a la otra punta de la habitación y con la siguiente penetración me di la vuelta hasta colocarme a horcajadas sobre él.

—No puedes soportar no tener el mando —se burló desde abajo.

—Cállate.

Coloqué sus manos en mi cintura y apretó los dedos contra mi piel. Moví las caderas y él colocó la cabeza sobre la almohada con un jadeo seco. Le gustaba. Podía quejarse cuantas veces quisiera de que yo luchara por el control en la cama, pero solo había que echarle un vistazo para ver cómo lo disfrutaba. Dibujé un círculo y él gimió.

—Eso es..., pequeña. Fóllame.

Clavé las uñas en su pecho y empecé a moverme rápido. En aquel ángulo la sentía en todas partes, llenándome, rozándose, palpitando. Subí y bajé mientras me agarraba los pechos y le miré. Tenía el ceño fruncido, el labio inferior entre sus dientes y sus dedos se clavaban rítmicamente en la carne de mis nalgas, hasta donde habían resbalado sus manos.

—Dime que no te gusta cederme el mando.

—Oh, joder, Dios... —Su pecho empezó a hincharse y deshincharse rápidamente cuando aceleré—. Me gusta.

—Te encanta.

—Me encanta. Como a ti que te diga guarradas.

—Ahí estás equivocado. —Volví a dibujar un círculo lento con las caderas—. Lo que me gusta es que me las hagas.

—Para, Martina. —Puso los ojos en blanco.

—De eso nada.

Me arqueé y paré con él dentro, en lo más hondo. Me miró con el ceño fruncido, jadeando.

—¿Qué haces?

—Me va a encantar que te corras cuando a mí me dé la gana.

Aceleré. Paré. Aceleré hasta que sentí que me ardían los músculos de los muslos. Paré y cogí aire. Seguí. Pablo gemía y sus ojos no se movían de mi cara, como si estuviera en trance y mis labios fueran el catalizador. Y entonces yo... lo hice despacio, cargando de una chispa sexual el centro de mi sexo, golpeándolo una y otra vez con su erección. Cerré los ojos, me eché hacia atrás y me froté contra su cuerpo a la vez que él ayudaba a la penetración levantando sus caderas. Necesité solo un par de minutos más para dejarme ir en uno de esos orgasmos que sientes hasta en la piel de tu espalda y que se repiten en pequeñas réplicas cada vez que te mueves.

Me quedé quieta, absorbiendo todo el placer, jadeando, y él aprovechó para dar la vuelta y colocarse encima de mí. La cama crujió con su embestida y siguió haciéndolo con las siguientes. Le clavé las uñas con fuerza en los hombros y arañé su piel de camino al cuello para terminar agarrando su pelo y tirar de él. Gimió con fuerza y arremetió con violencia entre mis piernas, totalmente recostado sobre mi pecho. Crucé los tobillos en la parte baja de su espalda y durante minutos me dejé hacer mientras él susurraba en mi oído:

—Dame otro. Otro, pequeña. Dame otro.

Lo separé de mi pecho, metí la mano entre los dos y me froté con el dedo corazón, que resbaló húmedo sobre mis pliegues sensibles. Pablo empujó con fuerza y yo me arqueé, sin dejar de tocarme, notando cómo volvía a sentirlo acercándose al límite. Sudados, empapados y enajenados seguimos moviéndonos con un coro de quejidos sordos en nuestra garganta y los crujidos del somier. Chasquidos y chirridos que terminaron con un «crack» de madera que recorrió la casa por entero.

—¡Joder! —exclamé.

Pero Pablo dobló la fuerza de sus empujones, haciendo estallar la piel en cada colisión. Nunca me habían follado tan duro ni me había elevado tanto. Sus labios alcanzaron los míos y los dos abrimos la boca para devorarnos a lengüetazos; su espalda se tensó al igual que mis dedos se crisparon enredados en su pelo. Y los gemidos del orgasmo fueron aspirados entre saliva y lenguas.

—Ah..., Dios. ¡¡Dios!! —Gruñó sosteniéndose con los brazos sobre mí.

Miró hacia el punto en el que su cuerpo y el mío estaban unidos y gruñó vaciándose en el condón. Cerró los ojos y paladeó el momento, como si el orgasmo también tuviera sabor y él pudiera convertirlo en un plato. El pecho me cabalgó con

fuerza con ese gesto tan íntimo y místico. Después Pablo besó la comisura de mi boca, mi cuello, y se dejó caer a mi lado. Silencio. Momento para relamerse y paladear la sensación de placer. Un suspiro y vuelta a la vida.

Agarró el condón y tiró de él hasta quitárselo y hacerle un nudo. Lo dejó en la mesita de noche sin percatarse de mi mueca de desagrado (fluidos corporales sobre la madera no, por favor) y se giró con una sonrisa hacia mí.

—Hola, pequeña —sonrió.

¿Me puedo enamorar de ti?, pensé.

—Hemos roto la cama. —Le respondí.

—La primera de muchas.

Me pasó el brazo por encima y se recostó de manera que su boca y la mía se encontraran a escasos milímetros.

—Bésame —me pidió—. Haz que me reviente el pecho.

Sonreí y le besé, permitiéndome jugar con los mechones de su pelo entre mis dedos. Lenguas, sabor a sal y labios que resbalaban intentando atraparse sin resultado. Mis dientes terminaron aquel beso clavándose con suavidad en su lengua para dejarla ir después. Pablo se apoyó en mi pecho desnudo y sus labios descansaron sobre la piel. Estiré el brazo, alcancé mi móvil y miré la hora: las cinco de la mañana.

—Es tardísimo —musité.

Pero Pablo no contestó. Ya estaba lejos de mí, a un paso de Morfeo.

ESTO SÍ. ESTO SÍ, JODER

ME desperté cuando Martina salía de la cama con unas braguitas minúsculas, de un blanco medio transparente y con unos pequeños lunares del mismo color. Buen despertar, joder, a pesar de no haber dormido más de dos horas y un poco. Sonreí.

—¿Dónde vas? —dije con la voz ronca a la vez que trataba de atraparla para que volviera a la cama conmigo.

Se giró, todo su pelo suelto ondulado, moreno, espeso, con sus ojos brillando y la boca hinchada del sueño y tanto beso. Se llevó el dedo índice a los labios para que me callara. Debería estar prohibido ser tan deseable.

—Dime —contestó en voz alta.

—¿Por qué mierdas tienes puesto el pestillo? —vociferó otra voz femenina desde el pasillo—. Ni que te fuera a violar, frígida.

—¿Qué coño quieres? —rezongó Martina—. Tengo el pestillo puesto porque ayer me acosté tardísimo y no quería que me molestaras.

—¿Qué hacías? ¿Tocarte escuchando el cedé ese?

Martina se apresuró a abrir un poco la puerta, lo justo como para asomarse sin que desde fuera se adivinara que había alguien más en su cama.

—¡Cállate! —le exigió nerviosa—. ¿Qué quieres?

—¿A qué huele ahí dentro? Uhmmm..., ¿tabaco?

—No. —Gruñó—. ¿Me puedes decir qué quieres?

—Arg, qué rancia eres. Quería preguntarte si has escuchado cosas raras esta noche. Me he despertado como a las cinco o así con una especie de «catacrás».

—Será el edificio, que es viejo.

—Joder, pues de una de estas me despierto cubierta de escombros.

—Vale, que tengas un buen día.

Cerró la puerta y se dejó caer de nuevo en la cama.

—¡¡Martina!! —gritó la misma vocecita desde fuera—. ¿¡Me puedes dejar los pendientes de Aristocrazy!? Los de los pajaritos. Es que un día me los puse y Mario me dijo que le gustaban mucho.

—¡¡¡NO!!! —vociferó—. ¡¡Lárgate ya, joder!!

Y hasta gruñona me encantó. Le sonreí cuando me miró de reojo.

—¿Mal despertar?

—Es que... me pone nerviosa. Nunca sé qué va a decir o hacer —susurró bajito. Se escuchó la puerta cerrarse y Martina respiró hondo.

—Por fin.

—Ven aquí.

La agarré por la cintura y me la subí encima. Sonrió.

—Dame los buenos días.

—No. Me rompiste la cama anoche. A ver qué le digo yo ahora a mi casero.

—«Señor, verá, me acuesto con el hombre más apasionado que hay sobre la faz de la tierra y...».

—Cállate —se quejó entre risas.

—Cállame.

No tuve que decir más; mi erección matutina habló por mí. Martina se quitó la camiseta con la que había dormido y dejó a la vista sus dos gloriosas tetas. Después se levantó con aquellas braguitas, rebuscó en los bolsillos de mi pantalón vaquero y sacó otro preservativo, que tiró sobre mi pecho antes de quitarse la ropa interior. Gracias, Dios.

Fue un polvo de calentón. Ya se sabe. Empiezas queriendo disfrutarlo al máximo, te calientas, te aceleras cuando notas cómo te aprieta en su interior y ya solo puedes correrte y lamer la piel que te quede al alcance de la boca. Así fue. Ella encima. Yo encima. De lado. Ella encima de nuevo. Los dos sentados. Empujé hacia arriba hasta con rabia, porque no podía darme tanto gusto joder con Martina. Cuando ella me tiró del pelo y lanzó un gemido de satisfacción, yo me vacié en el condón, soñando despierto con llenarla a ella y dejarla goteando. Mi lengua, con vida propia, le lamió el cuello y la cara hasta llegar a su boca. Dos animales.

No me dejó apoyar el condón usado sobre la mesita de noche. Puso cara de asco, lo agarró con dos dedos y se lo llevó al cuarto de baño. Me apetecía enterrar la lengua entre sus pliegues y hacerla correrse en mi boca. Martina me pilló en mitad de este pensamiento y sonrió diciendo que ponía cara de bobo.

—¿Quieres café?

—Vaya... —Levanté las cejas, apoyado en mis codos y medio tapado por la colcha de plumas estampada con florecitas—. Como sueles tener tanta prisa por salir de mi casa por las mañanas, pensaba que no me ibas a ofrecer un café.

—Y yo creía que ya estarías vistiéndote y no me obligarías a ser educada y ofrecértelo.

—Putá. —Me reí.

Me contestó a la risa con una sonrisa y se colocó la camiseta de dormir antes de salir hacia la cocina.

—¿Puedo salir o voy a tener que hacer rápel por la fachada?

—Sal, imbécil. Ya no hay nadie.

Me puse los vaqueros y la camiseta y salí en su busca. Estaba recogiendo el pelo, de espaldas a mí, esperando que subiera el café. Que aún usase cafeteras antiguas me enamoró un poco de ella. Había tantas cosas que me gustaban debajo de esa fachada contenida... Martina era probablemente la persona más extraña con la que me había topado en mi vida. Todo lo que sucedía en su cabeza era un misterio

para mí; no se parecía a nadie que conociera. Podía olvidarse de ser cortés en pro de ser sincera, pero era tímida y se aturullaba y se sentía incómoda con las relaciones sociales; después, cuando se desnudaba, atendía sus deseos con la honestidad más sexi del mundo. Era... especial.

—¿Solo o con leche?

—¿Puedo pedirte un americano?

—Poder puedes. Que yo quiera hacértelo es otra cosa.

La agarré por detrás de la cintura. La parte más baja de sus nalgas asomaba por debajo de la camiseta de algodón. Besé su sien. Nunca me salía ser especialmente cariñoso después de una noche de sexo. Al menos no desde que... decidí tomarme la vida de otra manera. Mi idea era follar y largarme. Si me quedaba a dormir era para tener un rollo amistoso al despertar, pero nunca con besos y esas tonterías, porque después uno tiende a confundirlo todo y acaba metido en un sitio donde no quiere estar. Pero es que Martina me sacaba la ternura, tan torpe con las relaciones sociales, pobre. Me apetecía besarla y ya está.

—¿Tienes hambre? —preguntó sin mirarme.

No esperó contestación. Sacó de la nevera una tarta de queso y la dejó sobre la encimera. Después encendió el horno. Besé su cuello y olí el rincón de piel que quedaba tras su oreja. Dios..., qué bien olía la jodida Martina de mi vida.

Desayunamos en la mesa de la cocina. Tomamos un café, unos bollitos caseros que calentó y compartimos un trozo de tarta. Todo me supo tan bien..., aunque creo que me podría haber dado polvorones (que es con diferencia lo que más odio en este mundo) y yo me los habría comido de buen gusto. Uno: follar tres veces como una bestia da hambre. Dos: Martina me ponía tonto.

Me fumé un cigarrillo en el pequeño balcón de su dormitorio mientras ella quitaba las sábanas de la cama y las metía en la lavadora. Me hubiera ofendido un poco si no hubiera visto las pequeñas manchas carmesí que lucía la bajera. Si hubiéramos estado en mi casa..., lo siento, no las hubiera cambiado. Me hubiera revolcado sobre ellas en cuanto saliera por la puerta, si es que la dejaba salir algún día. Quería pasarme los siguientes tres años jodiendo como un animal con ella.

Martina hizo la cama tan rápido que ni siquiera me dio tiempo a terminar el cigarrillo para ofrecerle mi ayuda. Era como un torrente de energía e independencia que se valía tanto por sí misma que empecé a sentirme de más. Creo que se sentía incómoda conmigo allí.

—Voy a darme una ducha —dijo con la boquita pequeña—. ¿Quieres... venir?

Y sé que me lo preguntó porque no se le ocurrió qué otra cosa podía hacer. Así que me concentré en calzarme.

—No. Quiero seguir oliendo a ti todo el día. —Respondí.

—No hueles a mí. Olemos a choto recién «follao».

Cogí aire y lancé una carcajada. Martina de mi vida..., qué pequeña eres. Me acerqué a ella y la besé en la boca y en el cuello.

—Ay, Dios. Eres la mujer de mi vida.

Martina se quedó confusa, pero no sería yo el que se quedara a explicarle que lo decía realmente de broma. O no. Sí, claro que sí.

Nos despedimos en la puerta de su casa; ella descalza, con una camiseta tan usada que casi se transparentaba, las braguitas y un moño mal hecho. Yo vestido y despeinado, somnoliento. La agarré por la cintura, la besé. Me quedé con ganas de más y abrí la boca para darle un buen muerdo que ella recibió con gusto, con los dedos entre los mechones de mi pelo. Mis manos fueron hasta sus nalgas y se las manoseé, aprovechando para pegarla a mi bragueta. Estaba vacío después de tanta marcha, pero de haberme quedado cinco minutos más se me hubiera puesto dura del todo. Nos cortó el rollo la vecina de enfrente, que salía hacia su trabajo y que contuvo un gemido de sorpresa al vernos.

—Perdón. Buenos días —musitó encaminándose al ascensor. Cuando vio que tardaba, se decidió por la escalera a toda prisa.

Volví mis ojos hacia Martina, que se peinaba con los dedos, avergonzada.

—Nos vemos esta tarde.

—Duerme un poco. —Le sugerí.

Bajé por las escaleras también, e iba pensando durante el trayecto que Martina sabía a mar.

Me marché en el coche con la música altísima, la ventanilla bajada, las gafas de sol puestas y un buen humor que hacía años que no sentía. Estaba sonando «Lonely Boy» de The Black Keys cuando llegué y bajé del coche tarareándola. Mi padre estaba agachado en el césped y arrancaba malas hierbas con unos guantes de jardinero puestos.

—Hola, papá.

—¿Qué tal, hijo?

Me quité las gafas de sol al entrar en casa de mis padres y me las dejé colgando del cuello de la camiseta. Encontré a mi madre muy concentrada en la cocina, con el libro de la Thermomix abierto frente a ella y las gafas escurriéndosele por la nariz.

—¿Cocinando, madre? —Sonreí.

—No me aclaro. Puta mierda —rugió.

Me acerqué y le di un beso. Ella arrugó la nariz.

—¿A qué hostias hueles?

—A choto recién «follao». —Respondí con una sonrisa.

—Arg, qué asco, Pablo. ¿Y por qué no te has duchado antes de venir?

—Porque no. —Me olí—. Ays, qué maravilla.

—Ni me lo cuentes. ¿Afrodita?

—La jodida Afrodita. —Sonreí.

—Ya te estoy oyendo: «Es como si con solo mirarla lo supiera todo de ella».

—Para nada. No hay Dios que la entienda, pero es genial. ¿Qué haces?

—Un bizcocho. Pero no sé ni por dónde empezar.

—Pediste la máquina esta diciendo que «por fin ibas a poder cocinar cosas decentes» y lo único que has conseguido hacer son combinados.

—Solo por eso vale cada céntimo que pagué por ella.

—Te la regalé yo, farsante. —Me arremangué—. Pasamos de la Thermomix. Dame la harina y un bol.

—Lávate las manos antes, que no quiero ni imaginar dónde han estado.

—Clavadas en las nalgas más gloriosas del mundo. —Me reí—. Dame diez minutos y me doy una ducha.

—Tienes ropa en tu armario.

—Ya lo sé.

Veinte minutos después mi madre y yo estábamos haciendo un bizcocho. A decir verdad, yo estaba haciendo el bizcocho y mi madre se las había apañado para hacer unos margaritas con el robot de cocina y guardar una jarra para después. Le pedí un café bien cargado a pesar de que me ofreció un combinado: «Hola, mamá, no bebo antes del mediodía, gracias». Hizo una cafetera, sirvió dos tazas y se sentó en una banqueta a dar caladas a un cigarrillo que me pasaba de vez en cuando.

—¿Ya se te ha pasado lo de fumar petas? —le pregunté.

—Sí. Esa mierda no es para mí.

—Me alegro. Solo te faltaba eso.

—Si cumplo los ochenta quiero probar el caballo.

Me volví a mirarla sorprendido, aunque no debería. Siempre decía ese tipo de locuras que todos sabíamos que solo eran eso..., salidas de tiesto.

—Bien, yo mismo te regalaré el kit yoncarra. Jeringa, crack, mechero, chándal...

—Eres un buen hijo.

Reí por lo bajini. Mejor no darle demasiadas alas.

—Oye, Pablo..., ¿quién es esa chica?

—¿Qué chica?

—Por la que te he mandado a la ducha antes de hacer el bizcocho.

—Una compañera de El Mar.

—¿La del pelo azul?

—Lo lleva verde, pero no, no es Carolina.

—Pero con esa también, ¿no? ¿Qué llevaba tatuado?

—Una calavera de colores en un muslo. Entre otras cosas. —Respondí—. Pero eso fue solo una vez. Estábamos superborrachos. Creo que ni se me levantó.

—¿Y la de ahora?

—Esa sí me la levanta.

Mi madre me miró con el ceño fruncido.

—Te lo estoy preguntando en serio.

—¿Preocupada? —Arqueé una ceja.

—Con tu currículum, ¿crees que no es para estarlo?

—No he dicho lo contrario. Solo que... no tienes de qué preocuparte.

—¿Por qué no?

—Pues porque esta vez es... diferente.

—¿A las anteriores?

—Al resto del mundo. Es..., joder, mamá. —La miré—. Es diferente y ya está. Me estoy divirtiendo.

—Te he escuchado decir tantas veces lo mismo que, hijo..., has perdido credibilidad. En esta casa solo le damos voto de confianza a tu criterio cuando hablas de cocina.

—Pues te tragarías tus palabras si la conocieras. Es... reservada, contenida en todo excepto en la cama. Y es la única persona que ha tenido los cojones de plantarme cara en la cocina cuando me he puesto como un energúmeno.

—Malena también te planta cara.

—Malena hace otra cosa muy diferente, mamá. Malena me toca la moral a dos manos y con la boca. —Me concentré en la masa—. Es justo lo contrario de Malena.

—¿Por qué?

—Pues porque... es una buena niña.

—Malena también lo es. O al menos lo era.

Paré y miré al frente con el labio superior entre mis dientes.

—Pues quizá a Malena la malogré yo. No lo sé. Pero vamos, que te podías ir al teléfono de la esperanza...

—No es eso, Pablo, es que a ti no se te pueden dar alas.

—Mira por dónde..., no sé de quién lo habré heredado. Pero déjame aclararte que estás hablando de algo que hace años que no pasa. Ya decidí tomarme la vida con más calma.

—Bueno, sí, pero aquí estás, enamorado OOTRA VEZ.

—No estoy enamorado. —Gruñí—. Pásame el molde y la mantequilla.

—¿Ah, no? ¿Entonces?

—Entonces estoy... conociendo a alguien. Divirtiéndome. Pero con la edad que tengo no querrás que la coja de la mano por la calle y me apriete el cilicio si tengo ganas de follármela. Martina me gusta. Es diferente y divertida a su manera. Me equilibra. Es como... un mar en calma.

Cuando no escuché a mi madre contestar cualquier pazguatada, levanté la vista. Me estaba mirando muy seria.

—¿Qué?

—Ay, Pablo... —Suspiró.

—Venga..., dilo.

—Tú te has pasado treinta años enamorado del amor. Nunca has tenido una visión realista de las relaciones porque te has creído que es todo pasión desmedida y... así no. Las cosas más importantes de la vida pasan de puntillas. Algunas cuesta verlas incluso años después. Nunca estamos mirando lo que toca en cuanto a la vida se refiere, solemos estar preocupados por otras cosas y cuando queremos darnos cuenta,

ha pasado. El amor no se busca, llega. Pero cuando llega no lo arrasa todo a su paso ni te deja sin nada.

—Eso ya lo aprendí —susurré vertiendo la mezcla en el molde, sin querer mirarla—. De todas formas, aquí la única que está hablando de amor eres tú.

—No, hijo. Yo no. Tu cara.

Dejé lo que estaba haciendo y me quedé mirándola con una sonrisa algo cínica.

—Mamá. Estoy siguiendo tu consejo. Estoy viviendo, disfrutando, siendo un chico de treinta y un años. No busco complicaciones y no las tendré. Martina y yo somos dos adultos que deciden acostarse juntos porque... No sé si lo sabes, pero follar da un gusto que te mueres.

Como respuesta recibí una colleja. Ay, señor. Ni seguir sus consejos podía.

No sé muy bien en qué momento me di cuenta de que mi manera de vivir no me hacía feliz. Quizá fueron las consecuencias de mis actos impulsivos las que me llevaron hasta la sabia decisión de tomármelo todo con calma. Sea como fuere, la conclusión fue clara hasta para alguien tan disperso como yo: correr siempre un paso por delante de la propia vida no era manera de vivir. ¿Sabes esa sensación, esa inquietud nerviosa en la boca del estómago, que te empuja a querer hacerlo todo muy rápido? Como si se fuera a escapar si no lo haces en el momento. Ahora imagina toda una vida así. En la cocina ese ímpetu había construido al profesional que era, pero debí dejar mi impaciencia en ese ámbito y cerrarle el paso en los demás.

Malena no era mala. Nunca lo fue. Sin embargo, la relación que nos unió fue volviéndose menos sana a cada paso, hasta pervertirse a sí misma y no ser nada de lo que fue en un principio. Aunque, siendo sincero, lo que Malena y yo tuvimos suele definirse como un calentón... de seis años. Era bonita, despreocupada, sexi, muy decidida. Malena era una mujer valiente, que no tenía casa fija, que no se sentía atada a nada y que era libre de verdad. Y yo quise ser como ella. Fue un error de planteamiento; nunca podría ser como ella porque yo tenía otras cosas que me ataban a la vida, además del amor. Yo era un hombre con una misión: demostrar que había crecido, que era merecedor de la confianza que mi familia había depositado en mí. Yo tenía proyectos para mí mismo y mi futuro y no quería alejarme de mi gente. No sentía la necesidad de tenerla solo a ella para sentirnos más nuestros. No funcionó. Y después se desencadenó la guerra, una guerra donde tiramos por tierra todo lo que un día sentimos, sangrando, lleno de la metralla de nuestras palabras. La odié durante un tiempo por no dejarme volar cuando llegué a la conclusión de que ya no quería ser más suyo. Con el tiempo, el odio se iba diluyendo hasta convertirse en explosiones puntuales de nervios y frustración. Un día la quise, aunque hoy sé que la quise de una manera superficial e infantil que nada tiene que ver con el amor de verdad, el de cuando has crecido y sabes el peso real de cada palabra y de cada beso.

Decidir tomarme la vida de otra manera significaba muchas cosas. Significaba paladear situaciones que antes tragaba. Significaba escuchar más y hablar menos. Buscar una felicidad más duradera en la que el principal implicado fuese yo, sin

delegar en otra persona, sin abandonar la responsabilidad de ser feliz. Y, por supuesto..., significaba dejar de correr como un perro enloquecido en busca del amor. Lo había encontrado ya muchas veces y nunca había terminado haciéndome mejor. Cuatro grandes amores había tenido: dos en mi adolescencia, cuando un hombre aún no lo es, pero el niño ya ha pasado a mejor vida. Dos en mi juventud, poniendo tanta leña, avivando tanto el fuego que al final fui yo el que salió ardiendo. Que me perdonara el cosmos, pero a Pablo Ruiz no le quedaban ganas de volver a enamorarse y más después de esa última intentona. Se acabó el hombre enamorado del amor. Lo enterré yo mismo.

En mis treinta y un años había pasado más tiempo torturado por la angustia del qué será que divirtiéndome. No es lo que se espera de un chico, ¿verdad? Ni siquiera de uno tan desmedido como yo. Mi madre siempre me echaba en cara que la mayor parte de esos errores que me impedían ser completamente feliz, radicaba en mi necesidad de alcanzar las cosas ya, por miedo a que el futuro las desdibujara hasta hacerlas desaparecer. Un día, en una de sus eternas y tremendas charlas para meterme en vereda, dijo algo que me caló. Quizá porque ya tenía edad de comprenderla. El fallo de mamá fue a la vez una de sus fortalezas: siempre nos habló como adultos. Eso hizo que entendiéramos el mundo antes, pero no siempre captábamos el cien por cien de sus mensajes. Simplemente dijo, con un ejemplar de *Fausto* en sus rodillas:

—Pablo..., lee a los clásicos y aprende algo que no sea amor romántico. Escribió Goethe que «para calmar las ansias de lo lejano y lo futuro, ocúpate aquí y ahora, usando tus aptitudes».

—Es justo lo que estoy tratando de hacer. —Le respondí.

—No. Tú te crees que por correr más rápido ese futuro que tantas ganas tienes de vivir vendrá antes, pero ¿sabes qué? Que si sigues haciéndolo, llegarás cansado y no te esperarán más que los jirones de aquello que quisiste coger por el camino y que rompiste de tanto tirar.

Era la definición más gráfica que nadie haría nunca de mi vida. Corrí tan rápido que rompí lo que tenía tratando de conservarlo, y en aquel momento me quedaban los restos entre los dedos. No. No quería nada más que divertirme durante un tiempo.

Y llegó Martina. Su nombre significaba «consagrada a Marte»..., el dios de la guerra. Bien empezábamos. Al menos sonaba divertido. Detrás de esa apariencia tan anodina había una jodida amazona. Ella llegaba con esa ropa tan estudiada para pasar inadvertida, con su pelo recogido por puro pragmatismo y su nula capacidad de entablar relaciones sociales y uno pensaba que detrás de Martina no había nada realmente interesante. ¿Que no? Nunca en mi vida me había encontrado con una mujer que viviera su cuerpo con una honestidad tan pornográfica. Tan insegura en la calle, tan suya en la cama. Una auténtica pasada. Hasta en el sexo oral ella dominaba. Se subía sobre tu pecho, te agarraba del pelo y con suavidad y firmeza te decía exactamente dónde debías lamer para que se corriera. Lo tenía todo tan claro...

Y no era solamente fascinante en el sexo. No podía negar que esa manera tan

marciana de relacionarse con el prójimo me fascinaba. Era una rara avis, asustadiza y airada a la vez. Y luego estaba esa honestidad..., yo le decía: «Solo quiero divertirme». Y su sonrisa me decía: «Menos mal». Y no, no era ninguna táctica. Estoy seguro de que aquella impresión que me había dado era la real y, además, sé por qué. Mi caos y su orden no congeniarían nada más que en la cama. Y después, cuando dejara de ser divertido, cuando sintiéramos que se había convertido en una obligación, nos dejaríamos marchar. Algo me decía que ella, como yo, no buscaba el amor.

Porque... seamos prácticos. ¿Qué es el amor? Mi experiencia me decía que querer a otra persona era emprender un viaje cuyo destino no era siempre el esperado. Luchar por encajar, por hacerlo posible. Malabarismos con la vida, haciendo saltar en tus manos, como patatas calientes, el trabajo, la familia, la esperanza, el futuro y el amor, que, joder, siempre lo desestabilizaba todo. ¿Amor? No, gracias. Si me perdía, que me buscaran entre los muslos de Martina, no desmenuzando margaritas tratando de encontrar un «me quiere».

MIENTRAS TANTO, EN EL MUNDO REAL...

MIENTRAS yo me convencía a mí misma para no sonreír como una auténtica imbécil y recordaba la noche como en una película en bucle, Amaia había decidido que era hora de intentar recoger algún fruto de la estupidez de fingir que Javi y ella eran pareja. Ya lo había visto con sus propios ojos: Mario parecía molesto. Iría a pinchar un poco.

Se había puesto mona, aunque no estaba yo muy centrada como para darme cuenta cuando apareció tras mi puerta a primera hora de la mañana. Se había ondulado el pelo con tenacillas y se había maquillado. Con el pijama de enfermera poco más se podía hacer. A primera hora se encontró con Javi en la sala de descanso, agarrado a un café y con cara de pocos amigos, lo cual no venía siendo demasiado normal.

—¿Qué pasa? ¿Tu madre otra vez? —le preguntó ella alarmada.

—Ojalá. Mi madre no quiere saber nada de mí y si quisiera saberlo ya la mandaría yo a tomar por el culo.

Amaia abrió los ojos de par en par. Jooooder.

—Vale, tienes un mal día. ¿Comemos juntos y me lo cuentas?

—No. —Ella lo miró anonadada por la rotunda negativa, pero él suavizó el gesto y resopló—. Quiero decir que no puedo. He quedado con Sandra.

—Bueno, creo que ella sabrá ponerte de mejor humor. —Hizo una mueca—. ¿Tienes un Almax? Tengo ardor.

—No... —Y Javi respiró hondo antes de seguir hablando—. Sandra me ha montado un pollo por teléfono porque no la he escrito ni la he llamado en dos días. Se ha puesto superloca a gritarme a las ocho menos cuarto de la mañana.

—Ostras...

—De ahí mi humor y de ahí que no pueda comer contigo. He quedado con ella para aclarárselo.

—¿La vas a dejar?

—No puedo dejar a alguien con quien no salgo, ¿recuerdas? Tu amiga vive en una realidad paralela —rezongó.

—Yo...

—No, no te preocupes. Aquí me metí yo solo. Follar últimamente me trae más problemas que otra cosa. Voy a hacerme seminarista.

Javi se marchó acompañado por el chirrido que sus zapatillas Converse rojas, las que Amaia le había regalado en su último cumpleaños, sacaban al suelo del hospital,

y ella se quedó con la mano en el estómago viéndolo marchar. No tenía la culpa de que Sandra se hubiera vuelto loca pero... se sentía responsable. En realidad, sentía que era responsable de casi el noventa por ciento de las preocupaciones de Javi. Quizá debía decirle a Mario la verdad y quitarle un peso de la espalda. «Mario, Javi y yo no estamos saliendo. Me lo inventé porque me puse celosona».

Ya se estaba imaginando la cara del doctor Nieto al escucharla cuando este entró en la sala de descanso.

—Me acabo de cruzar con Javi... —Silbó—. Menudo humor. ¿Habéis discutido?

—Eh..., no. No es eso.

—¿Todo bien?

Amaia se quedó mirándolo. Mario se estaba mesando el suave pelo color caramelo. Tan guapo. Tan alto. Tan bueno. ¿Por qué no podría quererla? ¿Por qué no podría haberse enamorado de ella en lugar de esa novia tan guapa y tan maja que tenía? Odiaba que encima le cayera bien.

—Mario, en realidad...

—Espera, Amaia. Yo quería decirte algo. —Metió las manos en los bolsillos de la bata y miró disimuladamente alrededor para cerciorarse de que no había nadie por allí que pudiera escucharlos—. Tengo que disculparme. Siento que..., que no te he apoyado lo suficiente con esta historia. No me he implicado, no te he preguntado por vuestra relación... y somos amigos. Debería haberte dedicado más tiempo pero lo cierto es que... —Cogió aire—. Bueno, me sentí un poco celoso cuando lo supe. Javi es muy majo y me cae muy bien pero..., no lo sé. Soy idiota. Pensé que me robaría protagonismo en tu vida y que ya no querrías pasar tanto tiempo conmigo. Me asusté.

Amaia volvió a abrir los ojos sorprendida.

—Pero tú y yo somos amigos. Y también tienes pareja.

—Ya lo sé. Es... estúpido, pero no quiero que nadie nos aleje. Eres muy importante para mí.

Los dos sonrieron y Amaia pensó que... allí estaba, la esperanza. Debía quemar el último cartucho. Pero... ¿y si solo había sentido celos como cuando todas sus amigas se echaron novio a los dieciocho y ella se sintió desplazada? ¿Y si no había de donde rascar?

—Había pensado que podíamos salir por ahí —le dijo él—. Cenar, tomarnos una copa...

—Sería genial. —Y sintió el ardor mucho más vivo en la boca de su estómago.

—Un sábado, por ejemplo. Este fin de semana no puedo, pero ¿el que viene?

—¿El que viene? Ah, pues... sí, creo que no tengo nada.

—Puedo reservar en el Dray Martina. Sé que querías ir.

—Sí. Me apetece un montón. Pero ya llamo yo; tengo una tarjeta en el bolso.

—Ah, ¡qué bien! Pues entonces reserva a las... ¿diez?

—Buena hora.

¡Dios! ¡Cita con Mario para cenar en el Dray Martina! Tenía diez días para que le

abrochara su vestido negro.

—Vale. Mesa para cuatro entonces. —Se agachó, la besó en la sien y se marchó hacia la máquina de café.

Sí. Mesa para cuatro. Laputamadre queparióalasuerte...

Sandra esperaba sentada en una terraza cercana a la funeraria, bastante mosqueada. No solo su chico había pasado de ella dos días enteros, sino que encima sus amigas (nosotras) llevábamos mogollón sin hacerle caso, sin preguntarle ni cómo le iba. Sus uñas (con la manicura perfecta, claro) tamborileaban encima de la mesa y jugueteaba con el pie de la copa de vino. Cuando vio acercarse a Javi pensó que llevaba unas zapatillas horribles y zarrapastrosas que tendría que encargarse de tirar a la basura ella misma. Rojas, además. Qué horror. Se encendió un cigarrillo muy digna, pero cuando él se dejó caer en la silla de enfrente sin hacer amago de darle un beso, se asustó un poco.

—Hola —le dijo—. ¿Qué quieres tomar?

Javi no le contestó. Se giró hacia el camarero y le pidió una cerveza.

—¿Quinto, tercio o de barril?

Javi respiró hondo y puso los ojos en blanco.

—Lo que más rabia te dé.

Uy, uy, uy.

—¿Mal día en el trabajo? —preguntó ella.

—Mal día en general. No empezó muy bien.

Sandra se mordió el labio inferior con cuidado de no estropearse el maquillaje.

—A lo mejor me he enfadado de más —se disculpó ella.

—No, Sandra. A lo mejor no has entendido esto.

Fue tan brusco al hablar que se quedó sin saber qué contestarle. Él dulcificó el gesto y cuando el camarero le sirvió la cerveza, se entretuvo tirando de la etiqueta del botellín.

—No quiero ser un borde, Sandra, pero esto lo hablamos el primer día. Acordamos no agobiarnos y dejar que todo fuera cordial y... despreocupado.

—Sí. Es lo que estamos haciendo.

—No me lo ha parecido esta mañana, cuando me has gritado.

—Estoy ovulando —mintió ella.

—Tu ciclo menstrual no tendría que afectarme, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—Sandra..., voy a ser buen chico, ¿vale? Y probablemente te vayas de aquí pensando que soy un tío horrible y me odies por lo que te voy a decir, pero te estoy haciendo el favor más grande de tu vida.

—Sorpréndeme.

—Tú no me gustas.

Ella cogió aire, horrorizada.

—¿Cómo no te voy a gustar? ¿Y follas muy a menudo con tías que no te gustan?
—preguntó poniéndose chulita.

—Estás confundiendo términos. Tú y yo nos hemos acostado un par de veces. Somos dos personas jóvenes a las que, en el momento, les apeteció. No hay más. No tenemos nada en común, ni ganas de tenerlo.

—Tampoco es que todas las parejas del mundo tengan que ser como siameses separados al nacer, ¿sabes?

—Eso es lo que no entiendes. Sandra, no tengo ganas de ser la pareja de nadie. Y tú y yo..., seamos sinceros. La química nos llega para echar un polvo. Ni siquiera ha sido nunca algo comparable con fuegos artificiales. Ha sido sexo y somos lo suficientemente adultos como para diferenciar eso del amor. Yo no me he enamorado en toda mi vida. No siento mariposas en el estómago ni me quedo la noche en vela pensando en ti. No me quitas el apetito ni pones mi mundo patas arriba. —Conforme fue hablando empezó a ponerse más y más nervioso—. Y debes pensar que soy un asco de tío, que te he utilizado y que..., que soy un cerdo, pero no lo soy. Si lo fuera, hubiera borrado tu número e ignorado tus llamadas. Te hubiera borrado del mapa y cuando nos cruzáramos por la calle habría hecho como si nada. Pero es que no soy así y, además, creo que tienes un problema de planteamiento. Acabas de salir de una relación de catorce años. ¡Catorce años, Sandra! ¿No crees que es buen momento para estar sola y plantearte qué quieres?

—No me conoces de nada. No creo que seas la persona adecuada para darme consejos.

—Vale. No lo soy. Pero esta mañana me has acusado de «ir a mi bola», de «no tenerte en cuenta» y de ser «una de esas parejas pasotas a las que siempre hay que llamar e ir detrás». Y ahí ha saltado la liebre, Sandra. No soy tu pareja. ¿Y sabes lo peor? Que me caes bien. Que podríamos ser amigos, pero después de ponerme en esta situación, no te va a dar la gana porque cuando lo pienses con calma te va a dar vergüenza volver a cruzarte conmigo.

—Yo no te estoy poniendo en ninguna situación.

—En eso tienes razón. Me he puesto yo solo, porque llevo años mirando hacia otro lado, ¡joder!

Sandra miró a Javi mesarse el pelo con desesperación. Estaba cabreado. Muy cabreado. ¿Con ella? ¿Con el mundo? ¿Con su día? Lo mejor sería tratar de suavizar un poco el asunto.

—Javi..., yo... —Contuvo la respiración.

—No, no digas nada. Perdona..., perdóname. —Él se frotó la cara—. Estás pagando la paciencia que tuve con otros. No... —Suspiró con fuerza—. Hay cosas que no están bien en mi vida. Siento haberme puesto...

Un silencio los sobrevoló. Ninguno dijo nada. La tensión fue creciendo entre los dos. Sandra quería hacerse minúscula y desaparecer. Javi gritar y dar puñetazos a una

pared, pero sabía que ese sentimiento no nacía del hecho de no haberse entendido con Sandra. Era algo que arrastraba desde hacía tiempo, algo más profundo, muchas capas por debajo de la piel. Llevaba tanto con aquella sensación de vacío, aquella frustración sorda, muda, que dolía..., no sabía darle nombre y eso era lo peor. Sentir que algo falla pero no saber señalarlo. ¿Sería soledad? ¿Sería...?

—Siento haber tenido esta conversación —dijo Sandra—. Creo que lo mejor será que me vaya. Tengo que volver al trabajo.

—Espera... —Javi la cogió por la muñeca—. No quiero terminar mal. No quiero..., tú eres importante para Amaia y yo no puedo vivir sin ella. Hagámoslo bien por ella.

—Sí. Claro.

—Nos lo pasamos bien. —Intentó sonreír.

Sandra no contestó. Cogió el bolso y la chaqueta, intentó dejar cinco euros sobre la mesa, pero Javi le pidió que no lo hiciera. Cuando se alejó, él seguía allí sentado y se miraba las manos. ¿Qué cojones acababa de pasar?, se preguntó Sandra. ¿Cómo entender ese mundo abierto al que se había lanzado? ¿Lo que sentía era vergüenza, frustración, tristeza? ¿Qué estaría haciendo Íñigo en aquel momento?

MEDIDAS DESESPERADAS

FER me abrió la puerta de casa con una sonrisa. Bueno, la puerta de su casa. Ya no era nada mío a pesar de haber vivido allí más de siete años de mi vida. Algo se me encogió dentro cuando vi el parqué brillante que, seguro, él no mimaría como lo hice yo. Olía como siempre..., una mezcla de él y de ambientador Green Herbs de Zara Home.

—Hola, ratón. He hecho espaguetis a la marinera.

—Qué rico —contesté con una sonrisa.

—¿Qué pasa?

Le seguí hasta la cocina y colgué el bolso de la manilla de la puerta antes de sentarme en un taburete de la bonita barra de madera barnizada. Allí desayunábamos juntos los fines de semana; el resto de los días solía dejar una taza de café preparada para mí antes de irse a trabajar.

—¿Qué pasa? —repitió mientras me acercaba una copa de vino blanco. Seguro que era un albariño.

—No entraba aquí desde la mudanza. —Respondí.

—¿Tanto hace? Pues déjame decirte que somos un asco de amigos.

Le miré apoyarse en la barra delante de mí y sonreír. Allí estaba, míster «no hay dramas».

—Tienes razón. Tendremos que aplicarnos más.

—¿Tienes hambre?

—Mucha —confesé.

Me dio la espalda y se concentró en llenar dos platos hondos. Olía de maravilla.

—Ponme al día. ¿Qué está pasando en tu vida?

Pablo Ruiz folla como un dios. Es metérmela y sentir que me corro viva. No. Mejor empezar con charla insustancial.

—Pues bueno..., vivo en una casa muy «divertida». —Dibujé las comillas en el aire cuando me pasó un plato.

—Ya, me consta. ¿Y qué está pasando en el hogar de la «diversión»? —Y me imitó el gesto.

—Muchas cosas. Algunas ni las entiendo.

—A ver..., recapitulemos. Sandra está follando con el mejor amigo de Amaia. Amaia está enamorada del médico ese y...

—El caso es que..., esto que quede entre tú y yo, ¿vale? No me siento con la libertad de pensar en voz alta con muchas personas.

—Martina..., tú piensas en voz alta cada vez que hablas. —Se burló a la vez que metía mano a su plato humeante.

—Sí, bueno, deja de hacer mención a mis depuradas técnicas de socialización. El caso es que..., bueno, Amaia le dijo a Mario, el médico, que estaba saliendo con Javi. Para ponerlo celoso.

—A Sandrita le habrá encantado la idea. ¿Quemó el salón?

—No lo sabe. —Sonreí.

—Os gusta vivir al límite, ¿eh?

—Y que lo digas. Pero ¿sabes qué es lo curioso? Creo que Sandra se está obcecando con Javi por no estar sola. Creo que le da un miedo atroz. Llevaba catorce años con Íñigo y posiblemente ni siquiera sabe estarlo. Y él me parece un alma libre.

—Es el mejor amigo de Amaia. Lo que hay que hacer es canonizarlo en vida. Ese chico es un santo.

—Y al parecer una fiera en la cama.

—Uhm. —Hizo una mueca parecida a una sonrisa mientras bebía de su copa—. Come, que se va a enfriar.

—Amaia anda todo el día con ardor de estómago desde que Sandra y Javi follan. Y desde que tiene que fingir que está emparejada. ¿Y si está enamorada de él?

—¿De Javi? —Arqueó una ceja—. Estás loca.

—Estoy pensando en alto.

—Déjala. No intentes comprender a Amaia. Sabes que no tiene traducción al español.

—Ni a ningún otro idioma.

—¿Y tú? —me preguntó—. ¿Qué tal tú y tus cosas?

—Bien. Gracias.

—Qué rápido lo has dicho. —Enrolló unos espaguetis con su tenedor—. ¿Qué tal en El Mar?

—Es genial —asentí—. Esa cocina funciona como debe hacerlo. Es precisa, creativa..., es muy guay.

—«Muy guay». —Me imitó con aire adolescente—. Entonces es verdad lo que dicen de Pablo. Es un genio.

—Un poquito demasiado —farfullé con la boca llena.

—¿Ya has visto la cara oculta de Pablo Ruiz?

—Sí.

—Da miedito, ¿eh?

—Da mucha vergüenza, a decir verdad.

—Explícate.

—Pues que allí está él, tan entero, tan él... seguro de sí mismo, brillante, sociable, todo sonrisas, y de pronto se oscurece y pega puñetazos a las paredes como un animal.

—El carácter artístico es complicado.

—Muy artístico, pero a veces parece que está pirado.

—Ahora está muy controlado. Deberías haberlo conocido hace cinco o seis años. Era el típico crío que buscaba pelea en todas partes, siempre con tíos más grandes que él. Yo creo que no sabe canalizar ciertas emociones.

—O sí —murmuré—. Cuando quiere sí que sabe.

—Y... —Suspiró—. ¿Qué más me cuentas?

—Poco más.

—¿Y ese chico que había en tu vida?

Le miré con precaución. ¿Se lo imaginaría? Fer era un rato listo.

—Ahí va.

—¿Qué quieres decir con «ahí va»? ¿Folláis?

—Sí —admití—. Pero no sé si quiero hablar de esto contigo.

—¿De qué sirve habernos querido tanto si no somos capaces de compartir qué es de nuestra vida?

—Quizá haya parcelas que no sea bueno compartir con nadie.

—No digas tonterías. Os acostáis, ¿no? Bien. Tienes treinta y un años. Es lo que tienes que hacer. Divertirte.

—Tengo treinta —puntalicé—. Y he salido al mundo real teniendo una idea un poco «Disney» de las relaciones. No sé hasta qué punto nuestra relación me malacostumbró.

Se quedó mirándome mientras masticaba. Su mentón y sus mejillas cubiertas por su clásica barba de cinco o seis días lucían alguna que otra cana. Cuarentón interesante. Seguía estando bueno, pensé. Tenía una de esas bellezas rotundas, aunque no era excesivamente guapo. Era sexi, pero no del mismo modo en que lo era Pablo. Pablo era..., Dios..., ¡tantas cosas a la vez!

—¿Qué quieres tú de esa relación? —insistió.

—No sé qué puedo esperar de esa relación. Creo que ahí radica el problema.

—¿Y por qué tendrías tú que esperar nada? Déjate llevar.

—De eso nada.

—¿Por qué?

—Porque sé cómo acabaría eso: él, que tiene cara de llamarse «problemas» de apellido, me engatusaría y yo caería como una gilipollas enamorada hasta las trancas de un inmaduro emocional que solo quiere divertirse. No, gracias.

—No quieres enamorarte, ¿no?

—No —contesté horrorizada—. Pero ¿cómo se supone que voy a compartir cama asiduamente con alguien con el que no quiero establecer vínculos emocionales?

—¿Te das cuenta de cómo hablas? Eres un jodido *cyborg*. —Se descojonó—. Cualquiera otra chica hubiera dicho: «Me estoy tirando a un tío que me encanta pero del que no me quiero colgar porque tiene pinta de ser de los que terminan haciéndome daño». Tú lanzas un discurso sobre expectativas, relaciones sexuales sin amor, vínculos emocionales...

—¿Cómo lo haces tú? ¿Cómo lo haces para follar por ahí y no colgarte?

—Que no me cuelgue no depende de que yo haga nada. Es porque no he encontrado a la persona que me despierte esos sentimientos.

—Vale. Pero yo quiero no colgarme.

—Tú no mandas sobre tus emociones, petarda. —Sonrió.

—Anda que no. Es solo cuestión de autodisciplina. ¿Qué consejo le darías a alguien que quisiera seguir teniendo sexo brutal con alguien del que no se quiere colgar?

—Ay, Martina, por Dios. —Se rio a carcajadas—. Fóllatelo y cómete su cabeza después, como las mantis religiosas.

—Qué gracioso eres —dije sin atisbo de sonrisa.

—Es que me haces unas preguntas... Pues no sé. Folla pero no establezcas vínculos. No compartas tiempo con él fuera de la cama.

Complicado. Pablo compartía trabajo conmigo. Y estaba en todas partes, el muy puto.

—Bueno..., es un consejo de mierda, pero algo podré hacer con él.

—¿Quién es? ¿Lo conozco?

—Quizá otro día te cuente algo más.

Fer se limpió los labios con una servilleta y después se quedó mirándome muy fijamente. Me sentí cohibida y me puse a comer como una bestia parda por miedo a que viera a través de mis ojos que estaba rememorando una y otra vez los tres polvos que había echado con Pablo.

—Martina...

—¿Qué? —respondí con un montón de espaguetis en la boca.

—Eres una chica inteligente. Asegúrate de saber dónde te metes antes de que la mierda te llegue a las orejas.

—Te estás poniendo un poco intenso, ¿no?

—Quizá hoy no me lo digas, pero los dos sabemos de lo que estamos hablando. Ándate con ojo. Los artistas son... artistas. Y los genios..., genios. Hay vidas que no están programadas para querer a alguien como ese alguien necesita ser querido.

Y dicho esto se levantó, colocó su plato en el lavavajillas y sirvió más vino.

YO. INTENTO DE MANTIS RELIGIOSA

OH, mierda», pensé cuando al entrar a trabajar me encontré con Pablo apoyado en una mesa con un jersey gris muy muy fino. Tan fino que a través de la tela podían intuirse las dos golondrinas tatuadas en su pecho. Glups. Casi no me pasó ni la saliva por la garganta.

Me metí en el vestuario rauda y veloz y traté de no mirar demasiado al tío que... 1, había estado follándome toda la noche como una descosida; 2, me ponía tocina total; 3, me estaba mirando como Amaia mira a la quiche recién sacada del horno: relamiéndose.

Pies para qué os quiero...

Durante el tiempo que me pasé cambiándome de ropa y poniéndome la chaquetilla, «sufrí» mucho al pensar que Pablo se colaría allí dentro para hacer algo completamente inapropiado. Y si pongo «sufrí» entre comillas es porque, aunque me daba ardor de puros nervios, tampoco me hubiera importado que hubiera cogido las riendas para estamparme entre una pared y sus labios. Y su lengua. Y sus dedos largos. Y su pol..., creo que ya me he explicado.

Pero no entró. Al salir, estaba quejándose entre risas de que le tocara elegir música a Roberto, que era un poco oscuro y nos estaba haciendo escuchar Ramstein, que está genial, pero da un cague que te mueres. Cuando pasé por su lado..., otra vez esa mirada, esa sonrisa, esa tensión sexual tan bien resuelta durante la noche.

—Hola —me atreví a decir para romper su follamiento visual.

—Hola, pequeña. ¿Qué tal?

—Bien. —Y levanté las cejitas, como para quitarle importancia y demostrar que podía hablar con él con total tranquilidad. Porque podía, que conste, pero lo que me apetecía era tener la lengua ocupada en otra cosa.

—Ya veo.

Me guiñó un ojo y yo me puse a trabajar. Bueno, a trabajar..., me puse a desempeñar mecánicamente las tareas mientras me daba un discurso interno motivador, repitiéndome a mí misma que no debía interactuar con él más que para darme un goce sexual. Me había cogido con ganas, tipo tabla de salvación, a lo que entendí que era el consejo de Fer: no hablar con él, no conectar con él en nada que no tuviera los gemidos como modo de expresión. Soy consciente de que Fer no había dicho aquello, pero yo a veces entiendo las cosas como me parece.

Siendo sincera, lo que yo quería era no implicarme, pero me moría de ganas de que él me rondara, que no se diera por vencido, que insistiera a pico y pala a mi

alrededor, diciéndome cosas que solo nosotros entenderíamos y que hicieran referencia directa a lo que habíamos compartido. Carne, sudor, semen, gemidos y una satisfacción desconocida que hasta me avergonzaba, porque aparte del sexo, no teníamos muchos lazos entre los dos. Recuerdos vagos de noches locas y la imagen latente, sensual y clara de sus embestidas brutales..., tan brutales que habíamos partido una de las tablas del somier. Dios. Cómo me ponía.

Sin embargo, Pablo podía tontear o bromear, pero El Mar era su proyecto personal y se lo tomaba en serio. Aquel día estaba contento, de buen humor y dicharachero, pero se concentró en el trabajo. Al menos la mayor parte de la jornada. Mis platos habían salido hacia el salón con puntualidad y Carol, Carlos, el resto del equipo y yo estábamos recogiendo y ultimando cosas cuando se acercó.

—¡Atrás! —avisó—. ¿Todo bien?

—Sí. —Dijimos todos al unísono.

—Muchas comandas especiales hoy, ¿no?

—Sí, pero ya se lo explicamos al jefe de sala —murmuré sin mirarle—. No ha habido problemas. Me paso ahora a la partida de postres. Está todo bajo control.

—¿Todo bajo control, eh?

Carol y Carlos llevaron algunas cosas a la cámara. Me miró con una sonrisa.

—Sí, todo bajo control.

—¿Como anoche o más?

Traté de no devolverle la sonrisa.

—Más.

—Está sonando la marcha imperial en el vestuario —gritó Alfonso.

—Ah..., es mi móvil. Lo siento.

—No pasa nada. Ve a cogerlo. —Y Pablo se hizo a un lado para dejarme pasar.

Cuando lo hice me pareció que me olía.

—Puerco —murmuré.

—Como a ti te gusta —contestó.

Corrí hacia el vestuario sin mirar atrás y rebusqué en mi bolso hasta dar con el móvil, que no dejaba de sonar. Era Amaia.

—Estoy currando —le dije.

—Sí, ya, ya lo sé —respondió seria.

—¿Pasa algo?

—Pues... un poco. Crisis en casa. Tengo a Sandra llorando como una histérica en el salón y no tengo ni idea de qué hacer porque, dime, ¿ponerle el videoclip de «Quit playing games» ya no funciona, verdad?

—No, creo que no. Pero ¿qué le pasa? ¿Se le ha caído otro muerto encima?

—Ojalá. Marronaco. Javi y ella han tenido esa conversación que a las tías «nos gusta tanto» —respondió con ironía—. Al parecer... —Bajó el tono—. Ella le montó un pollo por teléfono esta mañana y él ha sido bastante claro y vehemente al explicarle que no es su novio y que no quiere serlo. Sandra dice que «han roto».

—¿Han roto? Joder..., dale helado hasta que yo llegue.

—Eso es un poco *mainstream*, ¿no?

—Pues prueba con suministrarle algún calmante intravenoso, ¿qué sé yo?

Escuché la puerta abrirse y cerrarse a mi espalda. Sin necesidad de mirar supe que Pablo acababa de entrar. Su presencia lo llenaba todo.

—No tardes hoy.

—Sabes que salgo tarde. Cuando llegue ya estará dormida. —El brazo izquierdo de Pablo me rodeó la cintura y sus labios se acercaron a mi cuello.

—¿Dormida? Qué optimista. No tengo cerbatanas sedantes para elefantes en el botiquín. No te entretengas, por favor. Sabes que no se me da muy bien esto.

—Dale un discurso motivador de los tuyos.

—Es lo que llevo haciendo tres horas. Ya no digo más que chorradas.

—Helado. Luego voy.

Colgué el teléfono y cerré los ojos. La lengua de Pablo estaba humedeciendo la piel de mi cuello desde su base hasta el lóbulo de mi oreja.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Dicen que toda buena cena empieza con un aperitivo.

—Pues hornea unas galletitas saladas o algo.

Se rio y me dio la vuelta.

—¿Vamos a mi casa al salir? —propuso.

—No puedo. Tengo crisis en casa.

Frunció el labio con evidente disgusto.

—¿Y no puedes solucionarlo mañana?

—No.

—¿Puedo acompañarte?

—No. —Respondí—. Lo preguntas porque no sabes la que me espera. Te aseguro que no va a ser divertido.

—Ohm. Debe haberme confundido escucharte hablar de helado. Me lo he imaginado deshaciéndose en tu lengua y se me han ocurrido tantas cosas divertidas...

No pude evitar sonreír. Puto.

—Vale. Mañana —dijo al ver que no contestaba.

—Ya te diré.

Salí del vestuario antes que él y me mezclé con la gente que iba y venía en todas direcciones. Hacerme la dura se me da fatal. Lo mejor era poner cocina de por medio.

Amaia miró a Sandra berrear cogida a un cojín del sofá que ya había manchado con rímel y dibujó una mueca. Se sentó junto a ella y le acarició la pierna aún enfundada en unos pantalones negros. Sus zapatos de tacón reposaban tirados de cualquier manera en mitad del salón.

—Sandra..., tienes que calmarte. No es el fin del mundo. Es solo una historia que

no cuaja.

—No. No lo entiendes. Me quiero morir. —Sollozó la otra.

—No digas tonterías. Voy a prepararte algo. Una infusión o algo así.

Amaia se levantó, pero antes de ir a la cocina se agachó hasta Sandra y le dijo:

—Javi es la mejor persona que conozco, Sandra. Me rompe por dentro que estés así por él porque si lo supiera lo destrozaría.

Sandra la miró con la cara manchada de rímel.

—Solo tú puedes justificar al tío que me ha hecho esto. ¡Solo tú, Amaia!

Cogí la chaqueta y el bolso y dije adiós al último compañero que quedaba en el vestuario. Sí, lo admito..., me había quedado rezagada conscientemente pero el propósito de aquello tampoco es que estuviera muy claro. Bueno, miento. Mi subconsciente lo tenía clarísimo: quedarme sola con Pablo y rascar lo que pudiera antes de tener que irme a casa a cumplir con mi obligación de imponer sensatez en el coco hueco de la puta de Sandra, que iba a dejarme sin mi ración de Pablo aquella noche. La conozco de toda la jodida vida y sé que es capaz de vivir cualquier pequeña decepción como una ópera; a veces necesitamos la forma en la que otros ven nuestra vida para ponerle un poco de perspectiva.

Salí y miré alrededor. La puerta de servicio se cerraba llevándose consigo el sonido de las conversaciones y las risas de mis compañeros. Nadie más por allí. Pablo debía de haberse resignado. Qué putada.

Caminé hacia la salida con un suspiro saliendo de entre mis labios cuando alguien me llamó. Me giré y... allí estaba, apoyado en el quicio de la puerta de su despacho. PABLO. Llenándolo todo. Sonreí.

—¿Qué haces ahí colgado?

—Esperarte. Tu chaquetilla debe tener más botones que la de los demás porque has tardado una eternidad.

—O tú estabas muy impaciente.

—Puede. Recuérdame que le ponga cremallera a tu uniforme. ¿Vienes?

—¿Adónde?

—A mi despacho. —Puso morritos.

—Tengo que irme.

—Diez minutos.

—Cinco.

—Quince y te llevo a casa. Tengo el coche en el *parking*.

—¿Qué ha sido de tu amor por el transporte público?

—Se lo llevó tu pelo anoche.

Miré alrededor, vigilando.

—Solo quedan los *runners*. Ven. Por favor.

Caminé hasta allí aparentando no tener prisa por besarle y pasé por su lado sin

mirarle para adentrarme en su despacho. Él cerró la puerta y se apoyó en ella. Los dos sonreímos.

—No me lo puedo quitar de la cabeza —dijo.

—¿El qué?

—Lo de anoche. Y lo de esta mañana. La sensación de estar dentro de ti.

—Te has duchado, ¿verdad?

—Sí. Al parecer olía a choto recién «follao» y no a ti como yo creía.

—Tienes una visión muy romántica de la realidad.

—Estoy confuso —bromeó—, creía que eso os gustaba.

—¿«Os gustaba»? ¿En plural?

—A las mujeres.

—No veo a muchas por aquí.

Esbozó una sonrisa preciosa y un hoyuelo apareció junto a su boca. Joder. Me apoyé en su mesa y se acercó. Cuando estuvo frente a mí, me cogió de la cintura y me levantó hasta sentarme sobre la tabla.

—Voy a besarte —me informó.

—Me lo imaginaba.

—Suéltate el pelo, por favor.

—Si me lo suelto, no será solo un beso. —Respondí.

Sus manos se elevaron hasta llegar a mi coleta y con dedos hábiles deshizo el peinado. Él se detuvo a jugar con los mechones entre sus dedos y sus anillos, pero yo no podía más, así que tiré de su jersey hacia mí y lo acerqué a mi boca. Se hizo un hueco entre mis piernas y pegamos los labios para abrirlos de inmediato y dejar que nuestras lenguas se lamieran con alivio. Le agarré del pelo y él hizo lo mismo pegándose más a mí. El ruido de la saliva y el chasqueo de nuestros labios terminó de ponerme a tono, como si su sola presencia no lo consiguiera. Abrí más las piernas y le rodeé los muslos con ellas. Pablo apartó unas carpetas de encima de la mesa y cuando estas cayeron al suelo estrepitosamente, me recostó para colocarse encima de mí. Metí la mano izquierda bajo su jersey y la derecha, en su nuca, y así le acerqué más a mis labios. Su lengua se movía dentro de mi boca con intensidad y decadencia, todo junto, húmedo y con un sabor delicioso. Y odio la palabra delicioso. Pero es que no hay otra cosa que pueda decir.

La piel de su espalda estaba caliente y la acaricé con la yema de mis dedos de arriba abajo, dejando mis uñas clavadas cuando el beso profundizaba y nuestras lenguas se convertían en un nudo hondo y gimiente. Inconscientemente o no, sus caderas comenzaron a moverse de atrás adelante, mientras me frotaba con el bulto que había despertado bajo su bragueta y yo... terminé llevando mis manos hasta sus nalgas para empujarlo contra mí con mucha más fuerza. Gemimos sin dejar de besarnos.

—Soy capaz de correrme encima si seguimos, Martina.

Metí la mano entre los dos y desabroché sus pantalones. Después me adentré por

debajo de su ropa interior. Estaba tan preparado..., agité el puño que se cernía alrededor de su polla y él lanzó un gruñido.

—No tengo condones aquí —se quejó.

—Pues tendremos que dejarlo en este punto —me burlé.

—Y una mierda. Chúpamela.

Lo miré con una ceja arqueada y se echó a reír sobre mi cuello. Su aliento caliente me puso la piel de gallina y clavé los pezones en la copa del sujetador. Creo que podría haber usado mis pezones para colgar las toallas del baño en aquel momento. Mis brazos rodearon su espalda.

—Sabes que eso no va a pasar —le dije mientras me movía, frotándome contra su bragueta desabrochada.

—¿Y eso por qué?

—Porque eso solo pasa cuando a mí me apetece.

—Lo siento, aún no me aprendí las normas de follar con Martina.

—Estúpido. —Me reí.

—Tenemos dos opciones, pequeña.

—Ilumíname.

—Follamos a pelo sobre esta mesa y me corro encima de tus tetas o te vienes al coche conmigo y lo hacemos con condón en la parte de atrás.

—¿Te pone hablarme sucio? —le pregunté.

—Me pone hacerte cosas sucias.

—Abróchate el pantalón. Vamos a tu coche.

Su mini verde «inglés» estaba aparcado en un rincón oscuro de un *parking* de la Castellana. Fuimos allí directamente. Me dijo que pagaría después. Después de follar, claro. Que no pronunciara aquella palabra no quitó un ápice de intensidad a la promesa. Me sentí extraña cuando me abrió la puerta y me senté en la parte de detrás. Pablo corrió los dos asientos delanteros hasta pegarlos lo más posible a la guantera, de la que sacó algo antes de volver junto a mí y cerrar la puerta. No hubo conversación, solo dos bocas que se buscaban en la oscuridad y unas manos que se apresuraban a desnudarse. Él no se quitó el jersey, pero sí me lo quitó a mí. Le desabroché el pantalón y después hice lo mismo con el mío, del que me despojé junto a la ropa interior en un ejercicio de malabarismo, a horcajadas encima de él. Pablo se entretuvo sacando mis pechos del sujetador y lamía y mordía por turnos los pezones. Se bajó un poco los vaqueros y la ropa interior y le puse el condón con prisa por sentirlo dentro de mí. Después él colocó su erección en mi entrada para que fuera el movimiento de mi cadera el que lo hundiera hasta lo más profundo. Los dos lanzamos un gemido de satisfacción cuando me penetró. Me moví arriba y abajo, chocando varias veces con el techo del vehículo y haciendo que Pablo se riera. Me encantaba su sonrisa de chico malo y los hoyuelos que le aparecían en las mejillas. Ay, señor...,

Pablo Problemas. Aceleré el ritmo de mis caderas y sus dedos se clavaron en la carne de mis nalgas.

—Eso es... —gimió recostándose en el asiento—. Fóllame. Fóllame fuerte.

Tiré de su pelo y él hizo lo mismo con el mío con la mano derecha.

—Me encanta... —musité más allá que acá.

—¿Mi polla? ¿Mi polla enterrándose en tu coño?

—Dios..., calla. —Sonreí.

—Estás empapada. Estás cachonda, ¿verdad? Mañana quiero follarte a cuatro patas. Y correrme en tu espalda. A pelo, pequeña. Quiero sentir lo húmeda que estás antes de explotar.

Cerré los ojos para no ponerlos en blanco. Era jodidamente brutal. Yo moviéndome rítmicamente y él empujando con sus estrechas caderas hacia arriba con fuerza, clavándose en mi sexo. Su mano derecha dejó mi pelo y fue hacia su boca; lamió el dedo corazón y después me lo metió en la boca para que hiciera lo mismo. Y lo hice. Se acercó a mis labios y nos besamos con su dedo entre nosotros. La yema de ese dedo terminó entre mis pliegues, frotándose con mi clítoris. Sus dientes, alrededor de mi pezón. Cerdo y experto. Me catapultó y con las manos apoyadas en el techo me moví para alcanzar el orgasmo, con él entregado por completo a mí y a mi placer. Me corrí de inmediato, apretándole, exprimiéndole, queriendo coserlo a mi cuerpo y que no se separara jamás, porque a mí también me gustaba el olor que quedaba en nuestra piel después de follar. Gemí pero no me alivió, así que gruñí y grité hasta que las palpitaciones cesaron y noté cómo se tensaba dentro de mí.

—Me corro.

Me levanté, lo saqué de mi interior y tiré del condón hasta deshacerme de él. Después moví mi mano deprisa entre los dos. La punta húmeda me rozaba el vientre y el pubis y sus ojos no podían despegarse de lo que hacían mis dedos. Pronto convulsionó y un líquido templado y espeso me manchó la piel. Y después más. Y más.

—Ah..., joder. Joder —gimió—. Martina..., mi vida.

¿CONDENADA?

MIRÉ por la ventanilla la mayor parte del trayecto. En el equipo de música, Pablo llevaba un disco de The XX que nunca había escuchado. Sonaba «Angels» cuando llegamos a mi portal y tuve que girarme por fin hacia él para despedirme. Había dicho «Martina, mi vida» mientras se corría encima de mí, pero bueno, los chicos en ocasiones dicen cosas raras en ese momento. Fernando a veces decía «por favor, por favor» cuando lo hacía. Lo decía con los ojos cerrados, como si no quisiera dejar escapar ese instante. Pero de aquello hacía ya mucho tiempo. Creo que me sonrojé al cruzar la mirada con la de Pablo que, agarrado al volante, sonreía.

—No tenías por qué traerme. Podría haber cogido el autobús nocturno.

—No es molestia, pequeña. Este era el trato.

—Bueno, no creo que tengas que hacer de chófer a cambio de sexo.

Pablo lanzó una carcajada sonora que me dejó un poco descolocada. Yo no pretendía hacer gracia. Relaciones sociales..., todo un misterio para mí.

—Buenas noches. —Respondí a su risa.

—Buenas noches, pequeña.

Pero ninguno de los dos se movió, solo nos miramos. Me dio la risa y él respondió al gesto haciendo asomar sus perfectos y demoniacos hoyuelos, tras lo cual se acercó para besarme. Al hacerlo, colocó una mano sobre mi mejilla y la acarició. Recé para que no notase que me ardía la cara y salí del coche sin más, pero antes de alcanzar el portal me llamó a través de la ventanilla bajada.

—Martina...

—¿Qué?

—Traerte no es el precio a pagar por nada. Es un premio. Tú y yo... lo estamos haciendo bien.

Cuando abrí la puerta de casa tenía pocas ganas de lidiar con las crisis sentimentales de Sandra y muchas de meterme en la cama a sollozar agarrada a la almohada por gilipollas y por no seguir mi propio consejo. «Martina, no hables con él. No dejes que diga nada. Amordázalo. Métele un polvorón en la boca. Solo quieres su picha dura dentro de ti».

Hice acopio de fuerzas y me asomé al salón, pero allí no había nadie. Apagué la luz que alguna de las dos había dejado encendida y llamé a la habitación de Sandra, pues pensé que las encontraría a las dos allí abrazadas, pero encima de la cama solo estaba Sandrita, con la cara congestionada aún por la llantina.

—¿Puedo pasar? —pregunté cautelosa.

—Sí —asintió—. ¿Ya te ha contado Amaia?

—Algo, pero prefiero que lo hagas tú. ¿Qué ha pasado?

—Javi pasa de mí. Y ha sido superborde.

—No sé si Javi y borde caben en la misma frase.

—Sí, sí que caben. No hagas como Amaia y te pongas de su lado. Estáis pasando de mí como de la mierda... —Dibujó un puchero en su rostro—. Solo me falta que encima lo defendáis.

Suspiré y me senté a su lado. Palmeé su muslito.

—Sandra..., respira hondo.

—¿Te vas a poner en plan mamá?

—¿No es lo que hago siempre?

—Sí.

—Pues no preguntes.

La miré con una sonrisa y ella dirigió sus ojos al suelo.

—Es lo mejor que te ha podido pasar. Javi no es tu chico. Para pasar un buen rato está bien, pero seamos sinceras..., tú no sabes hacer eso.

—¿Tú sí?

¿Yo? No. Ni de coña, pero debía fingir que sí.

—Cuando Fer y yo rompimos también me sentí muy perdida. Cuando pasas tantos años junto a una persona y de pronto el amor se acaba..., es triste. Y cuesta un poco volver a empezar. Pero no tengas prisa por hacerlo. Con Javi te precipitaste.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Vida monacal? El gilipollas de Íñigo me dejó.

—A ver..., Sandra, mírame. —Ella levantó la vista del suelo—. ¿Tú sigues queriendo a Íñigo? ¿Estabas enamorada de él cuando rompisteis?

—Claro —respondió.

—Aquí no hay respuesta correcta. Solo hay una verdad y es tu verdad, pero no intentes convencerte de nada. Solo..., piénsalo. Llóralo si tienes que llorarlo y supéralo si quieres hacerlo. Y si aún le quieres, arregladlo.

—¿Cómo voy a querer arreglarlo con alguien que no solo me deja tirada en el peor momento de mi vida sino que, además, ni siquiera ha hecho amago de volver a verme?

—Sí, bueno, pero..., y que conste que te lo digo porque te quiero..., desde fuera no se respiraba mucho amor entre vosotros. Él te quería y tú te dejabas.

—Hoy es el día de que todos me hagáis daño empezando con un «te lo digo porque te quiero», ¿no?

—No. Hoy es el día en el que mereces que seamos sinceros. Es lo mejor que podemos hacer por ti.

—No necesito vuestros consejos. Necesito vuestro cariño y que dejéis de miraros el ombligo.

Lo confieso. No soy de piedra y aquello, aquella actitud tan pasivo agresiva, me molestó. Me pareció sumamente egoísta que ella se considerara una víctima del

mundo y que tuviera la creencia de que todos los que vivíamos a su alrededor teníamos la obligación de contemplarla. No era justo para nadie.

—Si quieres contarme lo que ha pasado estaré encantada de escucharte, pero no me acuses de ser una egoísta, Sandra, porque en la vida de los demás también ocurren cosas..., cosas que te pasan totalmente desapercibidas. Reflexiona un poco...

—La que está viviendo un mal momento soy yo, ¿recuerdas?

—Despierta, Sandra. El mundo no está en tu contra y no tienes que protegerte de nada más que de ti misma, porque a veces eres bastante bruja.

No di un portazo porque me controlé. Odiaba cuando se ponía así. Seguramente en unas horas recapacitaría, pero tenía que aprender a reaccionar a la frustración y la desilusión sin echarle las culpas a nadie.

Me metí en la habitación de Amaia sin llamar, lo que es un peligro en sí mismo, porque una nunca sabe qué puede estar haciendo esa loca. Pero la encontré sentada, con la espalda pegada al cabezal de la cama y el teléfono móvil en la oreja.

—Sí, vale. No te preocupes. Hasta mañana.

—¿Era Javi? —pregunté cuando dejó el móvil en la mesita de noche.

—Sí. Ha pasado el día en el infierno. Es posible que hasta se haya comprado un látigo para darse fuerte.

—¿A ti también te ha mordido Sandrita?

—Ah, sí. Cuando le he dicho que no era para tanto y que Javi se pondría fatal si supiera que ha reaccionado así.

—No se lo has contado a Javi, ¿verdad?

—No, qué va. No merece pasar un mal rato porque Sandra no se aclare. ¿Tenemos Almax?

—Amaia..., ¿qué te pasa? —Fruncí el ceño—. Estás con el ardor de estómago continuamente. Y... yo diría que has perdido peso.

—Sí, unas dos o tres toneladas —se burló—. Lo del estómago debe de ser del café.

—¿Del café? ¿Y no puede ser de fingir que Javi es tu novio delante de Mario para darle celos?

—O de la cena de parejas que tenemos el sábado que viene.

Puse cara de horror y ella sonrió.

—Oh, sí, nena —respondió a mi elocuente silencio—. No solo tendré que ponerme algo que no sea un pijama, sino que tendré que intentar parecer humana y coger la mano sudorosa de Javi al caminar. Vamos a necesitar mucho Anís del Mono.

—Y mucho Almax.

—Sasto —respondió.

—Acuéstate. Ya es tarde y mañana madrugas.

—Vale, mamá.

Me incliné a darle un beso y cuando volví a incorporarme me miraba con el ceño fruncido.

—Tú hueles a tío. —Soltó sin dudarlo ni un segundo.

—¿Cómo?

—Que hueles a colonia de tío. Y a refrote.

—Ah. Ya. Es que..., ehm..., resulta que..., bueno, Pablo estaba en la cocina y...

—Y te has caído sobre su rabo. —Sonrió.

—Sí —confesé—. Cuatro veces desde anoche.

Amaia estalló en carcajadas y aplaudió.

—Maldita hija de perra. ¡Lo que me despertó anoche eras tú follando como la zorra que eres!

Asentí y puse morritos.

—Me ha roto una tabla del somier.

—¿Es una bestia?

—Parda.

—¿Cómo tiene la polla?

—No te lo voy a decir. —Me reí.

—¿Pequeña?

—Que no te lo voy a decir. —Repetí con una sonrisa.

—Gorda, lo veo en tu cara.

—Venga, sí, la tiene gorda. —Y no decía ninguna mentira.

—¿Y habéis repetido?

—Sí. En su coche.

—Oy oy oy oy oy... —Y se abanicó con la mano a la altura del pecho, cual maruja—. ¿Os guardo cubierto en la cena de los horrores?

—Sí, hombre. Y luego se lo presento a mi madre.

—A tu madre le encantaría un tío con melenas.

—¡A ver si te crees que le llega el pelo a media espalda!

—Quiero presentación en sociedad.

—Ni de coña, Amaia. No es mi novio. No caigamos en el mismo error que Sandra.

Y es que... menuda lección moral me había dado la crisis de Sandra. Era un aviso. Precaución, amigo conductor, que la senda es peligrosa.

—Vale, pues pongamos una cláusula. Habéis chingado cuatro veces. Si el viernes de la semana que viene... —Levantó un dedito—. Has follado con él veinte veces...

—Irguió otro dedo—. Y dormido juntos al menos tres noches. —Sumó un tercero—. Y ha cocinado al menos una vez para ti..., me lo presentas.

—¿Y cómo sabes que cumpliré con este acuerdo?

—Porque mientes de puta pena y yo tengo memoria fotográfica.

—Sí, eres tan espabilada que creías que «tu novio» era amante de los osos... y no estoy hablando de los que hibernan.

Cambió la posición de sus deditos y estiró el dedo corazón con elegancia.

—Putá. Vete a sobar. Voy a pensar de dónde cojones puedo sacar una carpa de

circo con la que vestirme para la semana que viene.

Nota mental: comprar un vestido precioso para Amaia. Se lo merecía.

MARTINA, ERES UNA *FUCKER*

ESTABA tan cansada que ni siquiera escuché la habitual danza del ruido que se bailaba en mi casa por las mañanas. Y eso que una de las dos rompió una taza de café y encontré salpicaduras hasta en la pared contraria. Y además me levanté de un relajado..., hacía tiempo que no estaba tan a gusto. En la ducha caí en la cuenta de que mi estado era la definición física del término «bien follada». El de Sandra creo que todo lo contrario, pero me propuse ignorarla hasta que se le pasara la pataleta. Como cuando a los quince años se pasó una semana sin dirigirnos la palabra en el instituto porque me compré unos pantalones iguales a unos que ella había estrenado una semana antes.

Después de la ducha y de acicalarme como hacía tiempo que no hacía (me exfolié, me repasé la depilación, me puse crema por todas partes), fui a la habitación con la intención de vestirme y luego cocinar algo rico para comer. Me llamó la atención ver la pantalla de mi móvil encendida. Al acercarme me sorprendió encontrar dos llamadas perdidas de Pablo. A ver..., ¿qué se hace en estos casos? Manual de la chica medio robot ya, por favor. Lo que me pareció más lógico fue devolverle la llamada por si se había declarado un incendio en El Mar o algo así. Desde luego algo de fuego hicimos en su despacho la noche anterior...

—Buenos días —contestó al tercer tono.

—Hola. Acabo de ver tus llamadas. ¿Pasa algo?

—Sí —dijo con rotundidad—. Quiero follarte hasta que tu cama no tenga arreglo. De pasada me vi reflejada en el espejo y mi expresión me dio hasta risa.

—Pero..., pero... ¿qué dices?

Las carcajadas de Pablo me hubieran sorprendido si no estuviera ya acostumbrada a que se riera de mis reacciones.

—He pensado que podía ir a verte. Comer juntos. Darnos mimitos...

Arqueé las cejas. Otra vez vuelta a la cara de besugo sodomizado.

—Eh..., yo..., el caso es que...

—¿Ya te has cansado de mí, pequeña?

—No. No es eso.

—Ah..., sí, espera. Amaia va a comer a casa. No me acordaba de que quieres esconderme.

—Exacto. —Respondí resucitando—. ¿Y qué le pasa a usted, Pablo Ruiz? ¿Se ha levantado peleón?

—Me acosté peleón, ¿cómo quieres que me levante?

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—¿Cómo? —Se rio.

—Te pregunto que cuándo es tu cumpleaños.

—El 5 de febrero.

—Recuérdamelo. Te compraré una muñeca hinchable con una bonita melena morena. —Sonreí, disfrutando de ser mala.

—¿Podrías pintarle un lunar en la parte baja de una de las tetas? Y duerme con ella un par de días para que huela como tú.

—Eres un depravado.

—Y tú una sádica. Voy a volver a intentarlo. Pero solo una vez, que me queda poca dignidad después de tus envites verbales. —Carraspeó y puso voz de repelente—. Martina, he pensado que podría cocinar algo en mi casa para ti. Incluso puedo ir a recogerte si quieres. Me gustaría mucho que aceptases. ¿Te apetece?

—Una vez nos prometimos honestidad, Pablo. ¿Por qué no hablas claro?

—Ay, madre... —Suspiró—. A ver así: me acuerdo de anoche y se me pone tan dura que me duele. No creo que pueda soportar tenerte toda la tarde y parte de la noche en El Mar sin habernos corrido antes un millón de veces.

—Así mejor. —Sonreí con la cara totalmente colorada.

—Espera, hay más. Quiero ser totalmente honesto, ¿recuerdas?

—Adelante.

—Ayer te dije que quiero ponerte a cuatro patas y follarte. Sé que probablemente tenga que atarte para que no termines follándome tú a mí, pero es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—Qué cuqui eres —me burlé.

—¿Cuqui? Introduzcamos el concepto cuqui en la conversación, venga..., *Elvis* te echa de menos. Pero si te parece bien, cerraremos la puerta cuando lo hagamos..., creo que le gusta mirar.

Me mordí el labio.

—¿Qué llevo?

—Nada. A poder ser ven desnuda. ¿Te recojo?

—No. Tengo que hacer unas cosas antes.

—Cuarto piso, B izquierda.

Colgué. A ver..., plan. Uno: tardar. Eso lo primero. No quería que se creyera que estaba dispuesta a dejarlo todo para ir corriendo a su casa a abrirme de piernas. Dos: ponerme bragas. No estaba por la labor de convertirme en la que cumplía las fantasías sexuales de un tío al que casi no conocía, no fuera que lo siguiente que me pidiera fuera practicar la lluvia dorada o alguna de esas cosas que estaban en mi lista de «no rotundo». Tres: no quedarme a comer. Follar y pirarme. A lo mangosta, digo..., a lo mantis religiosa.

Me puse mi ropa interior preferida, un sujetador balconette amarillo pálido con una braguita minúscula a juego, semitransparente. Me calenté más la cabeza para

elegir las prendas que escondía que las que estaban a la vista. Un vaquero pitillo, una camisola azul larguita y unos botines marrones. Un moño deshecho coronando mi cabeza, aunque solo fuera por el gusto de que me lo desmoronara y mi goma del pelo terminara en su muñeca, como el resto de la colección. Me acordé de meter otra en mi bolso, para cuando se negara a devolvérmela. Pero ¿por qué me palpitaba todo el cuerpo de anticipación? Este Pablo Problemas me traía de cabeza.

Como parte del plan era aparecer por su casa cuando se me antojara, decidí que era un buen día para salir a buscar ese vestido para Amaia. Así que me perdí durante un buen rato en el centro comercial Príncipe Pío para terminar dando con un vestido perfecto en Mango. Negro, de lentejuelas, manga larga, escote cerrado y de su talla. Lo compré sin preocuparme del precio. Solo de que a Amaia le favoreciera y se animara un poco..., a lo que una voz maligna en mi cabeza añadió: «Y que a los hombres que acudan a esa cena infernal se les caiga la picha por la pernera del pantalón».

Cogí el metro y cuando salí en Alonso Martínez ya eran las doce. Hacía más de tres horas que Pablo y yo habíamos hablado por teléfono. No podría hipnotizarme con sus malas artes de muso con greñas porque no le daría tiempo. A las cuatro tenía que entrar a trabajar.

El portal estaba abierto, así que subí los cuatro pisos y llamé a la puerta de su casa. Un maullido me recibió desde el otro lado; me llamé idiota unas doscientas veces cuando me di cuenta de que estaba sonriendo. Qué cuqui era que Pablo tuviera gato. Ays (suspirito).

Abrió con una camiseta de algodón blanco y unos vaqueros negros estrechos, preocupado por apartar con su pie enfundado en unos calcetines con bigotes a *Elvis*, que quería salir.

—Martina va a creer que te trato mal, mamón.

—Bien alimentado lo tienes.

—Es que vi una vez un episodio de *Sexo en Nueva York* en el que el gato de una se la quería comer y me traumicé.

—Creo que te estás liando.

—Es posible. Bebía mucho tequila aquella temporada.

Sonrió y el gato se escapó hasta el rellano. Lo recogí entre mis brazos.

—Qué listo es. Si salgo corriendo al rellano, ¿me coges también en brazos?

—Eres muy largo. No creo que pueda contigo.

—Pasa.

Me dio un beso y me cogió el bolso del hombro sin que yo soltara al gato, que frotaba la cabeza contra mis tetas con insistencia. ¿Es posible que las mascotas se parezcan a sus dueños?

—¿Qué quieres tomar?

—Yo preferiría pasar del protocolo. ¿En tu habitación?

Pablo se giró con los ojos abiertos de par en par.

—*Excuse me?* —preguntó poniéndose como fino.

—Que digo que mejor pasar de lo de «tomarnos algo» y «charlar». ¿Prefieres hacerlo en la cama o en el sofá?

Tosió. Creo que se atragantó con su saliva.

—Martina, cielo..., parece que te haya pagado para venir —dijo con el ceño fruncido.

—Creí que habíamos quedado en ser honestos.

—Honestos sí..., civilizados también. A decir verdad..., ahora NECESITO una copa.

Se dio la vuelta y siguió andando hacia la cocina, que conectaba con el salón cuadrado por una pequeña barra. Todo olía muy bien, como a comida recién preparada; seguramente algo terminaba de hacerse en el horno. Joder..., me iba a tocar hablar con él. Y sería encantador, me haría sonreír, pondría algún vinilo estúpidamente perfecto y luego diría algo como que las ondas de mi pelo eran como el mar en el que se quería ahogar. Y para terminar de arreglarlo, después me follaría hasta que me corriera tres veces. Qué mal me caía...

—¿Qué te pongo?

«Tocina», pensé.

—Agua.

—No te voy a cobrar, Martina. —Y juraría que lo dijo un pelín tirante—. Lo que no sé es si me vas a cobrar a mí.

—¿Me estás llamando puta? —respondí en un rugido.

Se asomó con el ceño fruncido.

—Pequeña..., ¿tienes ganas de bronca hoy? Que conste que es una pregunta al uso, no te lo digo en plan chulo ni nada. Es solo para constatar el hecho de que estás bastante hostil.

—No..., bueno..., ayer discutí con Sandra. —¿Y por qué mierdas le estaba contando yo mi vida si no quería hablar con él?

—Ahm. Vale. Creía que la había cagado y estabas tratando de hacérmelo ver. Me pareció que empezábamos con buen pie en la puerta. ¿Agua o prefieres otra cosa?

—¿Qué vas a tomar tú?

—Un ginger ale.

Me entró la risa y no la pude esconder. Me estaba mirando. Sonrió también.

—¿Qué pasa?

—¿El ginger ale no es como de señora que queda con las amigas para jugar a la escoba?

—O al *bridge*. ¿Quieres uno? Está rico.

—Igual le doy un sorbo al tuyo.

Mierda, eso quedaba muy de pareja. Pablo salió con agua fría y su bebida. Se sentó en el mullido sofá frente a mí, que seguía de pie, y dejó los vasos en la mesa baja que tenía frente a él, de donde cogió un paquete de cigarrillos. Se encendió uno y

echó el humo. Tres o cuatro caladas y estaría apagado.

—¿Por qué no te sientas?

—Estoy bien. —Respondí.

—Lo que estás es más rara de lo habitual —dijo con una sonrisa mientras se acercaba el pitillo a los labios.

Una calada y después humo rodeándole. Sexi..., muy sexi. Me senté a su lado, tiesa como una escoba. Su mano fue hasta mi moño y tiró de la goma, que fue a parar a su muñeca, como bien había predicho.

—He preparado lasaña —dijo—. ¿Te gusta?

—No puedo quedarme a comer. —Respondí.

—¿Y esa bolsa? —Señaló con la barbilla la bolsa donde llevaba el vestido de Amaia.

—Amaia tiene una cena infernal el sábado que viene y he pensado que la animaría tener un vestido bonito para esa noche.

—¿Me lo enseñas?

—No —dije como si me estuviera pidiendo mearme encima.

—¿Por qué? —Se rio.

—Porque... ¿qué sabes tú de moda?

—¿No me has visto? Sé mogollón de moda.

—¿La camisa morada con pájaros y flores cuenta como moda? Creía que era un mantel.

—Eres una jodida borde. —Se rio—. Enséñamelo.

Y después dio otra calada y apagó el cigarrillo. Con un suspiro de impaciencia saqué el vestido y se lo enseñé.

—Es bonito. ¿Con quién es la cena?

—Con el tío al que intenta poner celoso, al que le ha hecho creer que sale con su mejor amigo, y la novia de este.

—Tu vida es apasionante, ¿lo sabes? Es como si vivieras en una puta *sitcom* americana. —Sonrió.

—Claro. —Doblé la prenda y la volví a dejar dentro de la bolsa—. ¿Follamos ya?

Pablo dio un trago tranquilo a su bebida y después volvió a dejarla sobre la mesa.

—Venga. Parece que tienes prisa. Aunque con esta presión no sé si voy a dar la talla.

—No me gustan los arrumacos —contesté.

—Pues bien que se los das a mi gato.

—Es que tu gato es gordito y peludo.

—Entonces, ¿tengo que parecerme a Torbe para que me trates como persona?

—¿Quién es Torbe?

—Un tío gordito y peludo que hace pelis porno... especiales.

—Si son «especiales», ¿cómo es que conoces su filmografía?

—Todo el mundo conoce a Torbe. Es un grande.

—Yo no tengo el gusto.

—¿Quieres?

Sin esperar contestación, cogió un ordenador portátil que había plegado en la parte baja de la mesa y lo abrió en sus rodillas. Sus dedos volaron sobre el teclado y palmeó a su lado, esperando que me acercara. Cuando lo hice, lo vi buscar entre las opciones de Google resultantes de su búsqueda. En menos de nada apareció un vídeo de un tío de a pie, así en plan cañí, jodiendo delante de la cámara con una tía. Arrugué la nariz.

—Ya, tampoco es el porno que a mí me va.

—Ah, ¿hay algún porno que te va? —pregunté.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—Claro que sí. Soy un tío que vive solo con un gato. ¿Cómo no iba a gustarme el porno? ¿Es que a ti no te gusta?

—No soy consumidora asidua.

—Bien..., veamos. —Cerró la pantalla donde el tal Torbe y una pelirroja follaban y buscó otra página. Cuando esta se abrió, desplegó el menú «Categorías» y giró el ordenador hacia mí—. ¿Qué te seduce más?

«Tú debajo de mí, mientras me clavas los dedos en mi carne y me susurras “pequeña”».

—Pues no sé. —Moví el dedo en el ratón táctil y eché un vistazo a las opciones—. ¿Qué es esto de *Femme Friendly*?

—Porno del de siempre pero con musiquita lenta cutre. Se besan más. —Me guiñó un ojo.

—Uhm..., entonces *amateur* —le dije.

—¿Has grabado alguna vez un vídeo casero?

—No —mentí. Lo grabé y lo borré la misma noche. A Fernando y a mí nos pareció divertido y excitante en un primer momento, pero después nos dio vergüenza y risa—. ¿Y tú?

—Sí —aceptó con honestidad.

—¿Aún lo tienes?

—¿Quieres verlo? —bromeó.

—Bueno... —respondí.

¡Claro que no quería ver un vídeo de Pablo Ruiz metiéndole el temario a otra! No es que sea masoca, entiéndeme..., es que pensé que comportándome así ejercería resistencia a la hora de cometer el tremendo error de colgarme de Pablo. Al escuchar mi respuesta, se volvió hacia mí con cara de sorpresa.

—¿Me estás diciendo que te pondría verme a mí follando con otra?

—No sé. A lo mejor. Es porno, ¿no?

Arqueó las cejas, cerró el ordenador y lo dejó sobre la mesa de centro.

—Vale, Martina. Explícame qué está pasando porque no entiendo nada.

—¿Qué hay que entender?

—No lo sé. Esto... es raro. ¿No te lo parece?

Mierda..., la estaba cagando. Mierda de consejos que das, Fer. No sé hacer estas cosas sin parecer una tarada o una prostituta.

—Yo..., no se me dan bien las relaciones sociales.

—Eso me suena, pero nunca has estado tan rara. ¿Es por lo de anoche? ¿Hice algo que no te gustó y...?

—No.

Pablo se levantó y fue hacia el equipo de música, como si necesitara algo que le diera unos minutos de excusa para ordenar sus ideas. Sacó un vinilo y lo colocó en el tocadiscos. Sonaron las primeras frases de «Feeling good» cantado por Nina Simone. Después dio la vuelta al sofá hasta quedar frente a mí y se arrodilló en un movimiento ágil, masculino y sensual. Se apoyó en mis rodillas. Los ojos claros de Pablo se clavaron en mis iris y me sentí cohibida. Me gusta la gente que mira a los ojos de su interlocutor, pero me violenta que lo hagan conmigo en una de esas contradicciones de las que hace gala mi extraño modo de ser.

—Esto no va así, pequeña —dijo sin apartar la mirada—. Y te pido disculpas si mi llamada te ha hecho creer que pretendo que te presentes aquí y abras las piernas.

—De verdad que no es eso.

—No será eso, pero algo es. Yo jamás te trataría como a un coño que me quiero follar. Yo quiero que si estás conmigo te sientas bien..., como me siento yo.

—Ya lo sé. —Desvié la mirada hacia el suelo, pero su mano levantó mi barbilla.

—Martina, tienes que estar tranquila. Lo estamos haciendo bien. Somos dos adultos que están cómodos juntos, ya está. Satisfacemos las necesidades del otro, pero no solo sexuales. Eres una chica increíble; también quiero hablar contigo.

—Dijimos que solo divertirnos. —Añadí con cabezonería.

—Pequeña..., ¿te he hecho sentir... usada? ¿Es eso?

—Claro que no. Yo hago las cosas porque quiero.

—De verdad, solo quiero que estés tan cómoda conmigo como yo lo estoy contigo.

—Lo estoy, lo estoy.

—No voy a ir marcando territorio como un gilipollas, ¿vale? No quiero que lo hagas tú. Cuando estamos juntos... es como quitarle eslabones a una cadena que no sabía que me estrangulaba. La vida es más fácil. No hay drama.

—No tienes que decirme estas cosas. No las espero.

—¿Y qué esperas de mí?

—No quiero implicarme.

—Define «implicarte». —Y frunció ligeramente el ceño.

Sonreí. Era la típica pregunta que haría yo misma.

—Implicarme significa poner mucha carne en el asador y descubrir un día que se ha quemado. No quiero. No lo necesito.

—Estás hablando de una relación, me imagino.

—No. Hablo de dejar que esto sea algo más que sexo esporádico. Es evidente que nos atraemos pero...

—¿A qué vienen ahora estas dudas? ¿Te doy miedo? —Levantó las cejas—. Porque te trataré como si no tuvieras que pisar el suelo mientras yo esté a tu lado.

—Yo no quiero que me lleven en brazos.

—¿Y qué quieres?

—No lo sé.

—¿Y por qué no lo averiguamos juntos?

—Porque eso sí da miedo.

—Vale. —Respiró hondo—. Que tenga que ganarme la confianza de alguien a quien acabo de conocer es normal. Normal, Martina. Pero no me trates como si fuera un macho de monta, por favor. Me ofende. No estoy acostumbrado y no me gusta la sensación.

Me mordí el labio. Me había pasado de lista. Pero es que no quería implicarme. No quería abrirme, contarle mis cosas, compartir con él parte de mi vida y terminar dándole cuenta de que para él no fue importante. No quería sentirme tonta ni utilizada. No quería defraudarme. No quería... que alguien como Pablo me rompiera el corazón. Y con alguien como Pablo me refiero a alguien que lleva un cartel en la frente que dice: «No soy un buen chico; me comeré tu corazón». ¿O me estaba poniendo un poco psicótica con el tema? Pablo seguía mirándome, arrodillado delante de mí y apoyado en mis rodillas.

—Yo soy rara, Pablo. No soy fácil.

—No quiero nadie fácil. Fácil es sinónimo de plano y aburrido. Solo es que...

—Te alejo conscientemente.

—Lo sé. Y que conste que entiendo el porqué.

—¿Y qué opinas?

—Que un día dejarás de hacerlo.

Yo también lo sabía. Un día dejaría de temerle, dejaría de tener miedo y ese día..., ¿qué pasaría? ¿Me haría daño? No era alguien como Fer..., fiable. Era un genio y, como dijo Fer, los genios no siempre saben querer como nosotros esperamos y necesitamos que lo hagan. Suspiré. No era momento de ahogarse en angustias que estaban por venir. Era momento de vivir como la Martina del pasado no lo había hecho.

—Vale. Perdóname por haberte hecho sentir un semental —sentencié.

—Ah, no, no, que me trates como a un semental me encanta. —Sonrió—. Puedes decirme cosas como: «Oh, Dios, Pablo, nadie me hace gozar como tú. Tienes el pene más grande y bonito que he visto en mi vida».

Sonreí avergonzada.

—No es que haya visto muchos.

—Tú tienes las mejores tetas del mundo y tampoco es que yo me haya acostado con cien mujeres.

—Al menos cincuenta.

—Pfff... —Se rio—. ¿De eso tengo pinta?

—De *fucker*.

—La única que ha venido aquí con pinta de *fucker* chasqueando sus dedos a lo «nene, échame un polvo y olvídate» has sido tú.

—¿Cuántas? —Me picó la curiosidad.

—No llevo una lista. Y ahora calla —dijo sonriendo. Se acercó y me besó.

—Evitas mis preguntas, ¿eh?

—Es que ahora quiero hacer que te sientas bien.

—¿Hacerme sentir bien? ¿Cómo?

—Con la lengua, por ejemplo.

—Cómo te gusta el protocolo —me burlé.

—El protocolo es para las viejas que toman el té. Yo quiero que te corras y sonrías. Cuando lo haces, me muero.

Sonreí cuando sus labios se encontraron con mi cuello y me dejé «querer» hasta que llegó a mi boca; en ese momento no pude evitar coger las riendas del beso y penetrar dentro de su boca con violencia. Pablo gimió ronco y me convencí de que no había nada más que decir. Besos y más besos, que quizá no suenan a palabras pero que siempre dicen algo. Besos y lengua y dos personas que se aceleran y que necesitan más.

—¿Quieres ir al grano? —preguntó burlón, con sus cejas arqueadas—. Vayamos al grano pues.

Pablo desabrochó mis vaqueros con dedos rápidos y tiró de ellos. Levanté el trasero sin oponer resistencia y él los tiró por encima de su hombro. Nos reímos, como dos niños jugueteando. Miró mis braguitas y levantó las cejas. Me reí y me quité la camisola para recostarme después en el sofá, frente a él.

—V-A-Y-A-T-E-L-A —musitó.

—¿Te gusta?

—No creo que haya visto nunca nada que me guste más. Pero voy a quitártelas.

—Me parece bien.

—Y mejor te parecerá.

Me eché a reír cuando recorrió el interior de mis muslos con pequeños mordiscos. Las braguitas acompañaron al resto de la ropa tirada en la habitación y abrí las piernas ante su atenta mirada. Las dos grandes ventanas del salón permitían que toda la luz de un día claro de primavera dejara a la vista cada detalle de mi piel, pero... ¿para qué mentir? Cuando Pablo me miraba siempre me sentía bonita, deseable, mujer y fuerte.

Subí los pies al sofá y él metió la cabeza entre mis piernas sin miramientos. Su lengua se adentró entre mis labios y gemí agarrándome a su pelo. Me retorcí cuando dio golpecitos rápidos sobre mi clítoris y rodeó mis caderas con los brazos para acercarme más al borde y a su boca.

—Dios... —Me arqueé—. Más.

—¿Quieres también mis dedos?

—Sí.

Me asomé para poder ver cómo deslizaba su lengua por mi hendidura y después uno de sus dedos desaparecía en mi interior. Grité cuando lo arqueó dentro de mí.

—¿Sabes que puedo hacer que te corras?

—Me consta.

—No, no me has entendido. Puedo hacer que te corras. Como yo. Bueno, como yo no, pero...

Fruncí el ceño.

—¿Qué dices? —Me reí.

—¿Quieres verlo?

Sacó el dedo y luego metió dos, que se arquearon y me produjeron un efecto casi devastador. Por Dios..., pero ¡qué gusto! Creo que gruñí, pero ni lo sé, porque no lo hicieron una sola vez. Empezaron a moverse con un ritmo delirante y obsceno al que se unió su boca. Y pensé que me moriría enredada en su lengua.

Tardé dos minutos, no más, en sentir que todo mi interior húmedo se apretaba y palpitaba. Él también lo notó porque apartó su boca de mi sexo. Se relamió con discreción y sus dedos siguieron el movimiento.

—Joder..., Pablo.

—¿Preparada?

No. No estaba preparada para que todo mi cuerpo se tensara, mi piel se sensibilizara, mis pezones se endurecieran, al igual que mi clítoris, y me azotara el orgasmo más brutal, carnal y jugoso de toda mi vida. Y cuando digo jugoso digo que... me corrí. Pero me corrí de verdad. Me corrí mojándole la mano y hasta la camiseta. Fue como..., como si eyaculara. Como si eyaculara y después me quedara medio desmayada sobre el sofá, porque no me quedaron fuerzas ni para sonreír.

Cerré los ojos, noté movimiento y al abrirlos Pablo ya no llevaba la camiseta y tiraba de mis piernas para bajarme del sofá. Desmadejada como estaba, no ejercí resistencia cuando me dio la vuelta y me apoyó en los cojines de espaldas a él.

—Te la voy a meter sin condón, Martina..., no puedo más.

Ni rechisté. Solo me arqueé dejando mi entrada más accesible. No se quitó el pantalón del todo. Noté el cinturón golpearme una nalga cuando entró y salió de mí.

—Me voy a volver loco —susurró acariciándome la espalda—. Martina, me voy a volver loco en tu coño.

Apoyé la mejilla en el sofá y empujé hacia atrás, buscando la siguiente embestida.

—Para, para... o me corro.

Empujó. Paró. Jadeó. Maldijo. Volvió a embestir. Desabrochó mi sujetador y lo dejé resbalar por mis brazos sin llegar a quitármelo del todo. Una bomba iba armándose de energía dentro de mi vientre.

—No pares. Hazlo. Hazlo duro —le dije.

—Espera, espera..., que me corro. —La sacó y sus labios descansaron en mi espalda.

Como si nuestros cuerpos se buscaran sin tener en cuenta nuestra voluntad, Pablo volvió a penetrarme. Sentí la alfombra de debajo rasparme las rodillas con la fricción. El sonido de su cinturón golpeando enloquecido entre su cuerpo y el mío y Nina Simone cantando *Don't let me be misunderstood* llenaban la habitación dejando que nuestros quejidos, gemidos y jadeos les hicieran los coros.

—¿De dónde has salido, Martina, joder? Eres Dios. Eres Dios.

Hubiera sonreído si no hubiera sentido demasiado placer como para moverme. Embistió con fuerza dos veces. Paró. Jadeó con fuerza. Siguió. Lo sentí tensarse. Lo imaginé palpitando dentro de mí, llenándome de semen, dejándome goteando de él y... me corrí. No me hizo falta más. Simplemente... exploté. Exploté golpeando el sofá, hundiendo la cara en su tela para que mi grito no alertara a los vecinos. Y, no sé por qué, lancé la mano entre mis piernas y le acaricié. Un solo roce de mis dedos y Pablo perdió el control. Salió de mí atropelladamente; noté la carne húmeda rozarme la piel y me toqué con rapidez para alcanzarle. Se corrió sobre mi nalga entre resoplidos y gemidos ahogados y roncós y cuando terminó de vaciarse yo me corrí también, quedándome tirada en el sofá.

Nina Simone seguía cantando... esta vez *What more can I say?*, nosotros jadeábamos y todo olía a una mezcla de comida recién hecha y sexo. La música perfecta, la conversación perfecta, el polvo perfecto y los tres orgasmos perfectos... Pablo Ruiz, te odio. Me las pagarás.

¿ADÓNDE VAN LAS COSAS QUE NOS PROMETEMOS Y NO CUMPLIMOS?

PABLO me atrajo hacia su pecho. Estábamos metidos dentro de su cama, desnudos; *Elvis* se lamía una pata a los pies del colchón, ajeno a esa primera intimidad tan cómoda. Apoyé mi sien sobre la golondrina izquierda y él acarició mi pelo suelto.

—Aún tenemos un ratito —dijo con un suspiro—. Pero avísame cuando tengas hambre y sirvo la comida.

Levanté la mirada y asentí con una sonrisa.

—Pablo..., ¿te has acostado con Carol alguna vez?

Abrió los ojos de par en par y parpadeó.

—Quizá un poco de charla introductoria antes de esta pregunta hubiera estado bien.

—Vale. ¿Con cuántas chicas te has acostado? ¿Entre ellas está Carolina?

—Eres la reina de la conversación superflua poscoital —se burló—. Carolina y yo nos emborrachamos una vez mucho y muy fuerte..., me desperté en su casa en pelotas con un millón de condones rotos sin usar en la mesita de noche. No nos acordamos de más. Si hemos follado, ninguno de los dos lo recuerda y preferimos que siga siendo así.

Le miré extrañada.

—Cuánta sinceridad.

—Nos prometimos honestidad, ¿no?

—Los hombres no suelen ser tan comunicativos.

—Eso es porque muchos creen que el misticismo los hará más interesantes.

—Y tú ya lo eres, ¿no?

Me dio una palmada en el trasero y después giramos en la cama. Se colocó encima de mí y nos besamos. Noté su sexo tensarse levemente sobre mi muslo, pero se acomodó amoroso sobre mi pecho desnudo.

—¿Y cuántas?

—Las chicas tenéis obsesión con contabilizar las cosas. No importa la cantidad, Martina.

—Recuerda, Pablo..., el misticismo no te hará más interesante.

—A los quince me enamoré de María, mi compañera de pupitre. —Rozó su nariz contra mi pecho y después lo besó—. Era guapa y la primera de la clase. Estuvimos saliendo un par de años. Lo hicimos en nuestro primer aniversario. Los dos éramos

vírgenes y fue... muy especial. La recuerdo con cariño. Pero yo empecé a comportarme como un gilipollas y ella conoció a alguien que la comprendió mejor que yo. Estuve bastante tiempo sin hacerlo cuando rompimos. Todas las chicas me parecían unas tontas engreídas, hasta que conocí a Marta, que tenía las tetas muy grandes y con la que se podía hablar. Nos acostamos un día en mi habitación, con mi madre en el piso de abajo. Escuchamos un disco de Sonata Arctica y lo hicimos tres veces seguidas. Cuando se fue a su casa..., me había enamorado de ella. Pero todo se fue complicando y antes de hacer un año me piré a Londres casi sin dar explicaciones. Corté con ella por *e-mail*.

—Qué marrano.

—Lo sé.

—¿Y después?

—Margueritte. Nos conocimos, nos besamos, hicimos el amor doscientas veces, nos enamoramos y me amenazó con un cuchillo..., todo en seis meses. Era muy mágica, pero estaba como una cabra. —Se frotó los ojos—. Joder, menudo currículo tengo.

—Sigue, sigue... —me burlé.

—Conocí a Malena a los veinticuatro. Ahí se terminaron mis correrías.

—¿Hasta hoy?

—Hasta hoy. —Me miró, despeinado y sonriente.

—Malena y tú estuvisteis juntos mucho tiempo, ¿no?

—Seis años —carraspeó—. ¿Qué me dices de ti?

—Yo..., hay poco que contar. Salí unos meses con una especie de delincuente juvenil al que solo dejé que me tocara las tetas y que se corrió una vez en mi pierna mientras nos besábamos.

—Pobre. Lo comprendo.

—Después conocí a Fernando y... ahí terminaron mis correrías.

Se incorporó sobre mi pecho y lo besó.

—El número no importa. Tú sabes más de la vida que yo —dijo después.

—¿Por eso creo que eres un problema?

Se rio y juntó mis pechos con sus manos, después los besó de nuevo. Algo se tensó más de la cuenta pegado a mi pubis.

—Es posible —respondió.

—¿Y qué haremos si lo eres?

—Eso solo lo sabremos haciéndolo.

—¿Haciendo qué?

—Arriesgándonos.

Sentí un cosquilleo en mi interior y no pude evitar reprenderme por dejarle hablar. Pablo Ruiz hablaba una lengua envenenada que podría convencerme de cualquier cosa. Pablo Ruiz era el hombre más increíble que había conocido jamás. Un genio desbordado de pasión, de vida, que me la insuflaba con cada conversación, cada vez

que agarraba mi mano o me follaba con brutalidad. Y yo no quería depender de nadie pero él me hacía sentir tan bien...

Le miré. Sus ojos claros me estudiaban y cuando se encontró con los míos, sonrió. Abrí las piernas y él se colocó entre ellas, sin tener que hablar para entendernos. Sus caderas embistieron y me penetró. Se escuchó un «ah» conjunto y volvió a embestir.

—¿Cuánto hay que arriesgar? —pregunté mientras él entraba dentro de mí.

—Eso depende. ¿Cuánto estás dispuesta a jugarte?

Sus manos se colaron debajo de la parte baja de mi espalda y tiraron de mí para arquearme. Su pelo se movía acompañando las vibraciones del resto de nuestro cuerpo y sus labios entreabiertos estaban húmedos. Joder. Nunca tendría suficiente de él. Nunca. Me estaba enganando a algo que no me haría ningún bien y que complicaría mi vida y lo sabía. Pero... ¿qué pasa cuando el instinto de supervivencia no responde?

Fue un polvo rápido. Sexo brutal y ruidoso con él encima. Paramos para que se pusiera un condón, pero no me dejó cambiar de postura cuando intenté dominarle con mi cuerpo. Me bloqueó los brazos sobre la almohada con fuerza y una sonrisa y me folló hasta hacerme gritar. No hablamos demasiado. Él musitó algún comentario sucio que me elevó a la inconsciencia, como que soñaba con llenarme con su semen. En otro momento, o me hubiera descojonado o le hubiera dado un codazo en los dientes por dedicarme palabras como esas, pero en la cama Pablo podía decirme lo que quisiera porque yo quería que lo hiciera. Nos corrimos los dos entre espasmos, besos y sudor.

Cuando se acurrucó sobre mi pecho y dejó que le acariciara los mechones suaves de su pelo, hasta yo, la persona más racional del mundo, la más cuadrículada y torpe, supe que aunque quizá estábamos abocados al fracaso... ya estaba arriesgando.

HAGAN SUS APUESTAS

MIRA que estaba mentalizado. He llegado a pensar que fue como cuando te pones la vacuna para la gripe y después te la pillas más gorda. En mi defensa diré que no estaba pensando en amor. No, coño. Amor, no. Pero Martina se presentaba en mi casa chasqueando los dedos, preguntando si follábamos ya y yo sentía un pellizco dentro que no me gustaba un pelo. No he sido tío de rollos, ya lo he dicho. Desde bien jovencito me había embarcado en las más absurdas relaciones mientras enarbolaba la bandera moñas con un puto corazón en lugar de la pirata. Pero una cosa era arrodillarse delante de ella con los ojos empañados de emoción y pedirle que nos fugáramos a vivir lo nuestro y otra muy diferente tener que condicionar una relación a unos límites autoimpuestos. Eso es una auténtica gilipollez. Además, es que nunca lo he entendido. Tía, ¿me estás diciendo que compartes fluidos con la mayor naturalidad pero que te niegas a tener una conversación? Joder, no lo comprendo, en serio. Será que soy muy raro o que aún me quedan secuelas de aquel loco enamorado del puto amor que fui, pero siempre me ha parecido que el sexo es la punta de un iceberg. Follando se pasa de puta madre, está claro. Es una experiencia sensorial agradable. Pegas los labios a los de otra persona y dejas que las lenguas se acaricien, húmedas. Deslizas las manos por su piel, suave, descubriendo dónde se eleva y dónde se hunde. Se estremece debajo de tu cuerpo. Tu lengua se interna en su sexo húmedo y te endureces solo de verla disfrutar. Ella te engulle, te lame con mimo, hace que sus manos hagan bailar la piel que recubre el músculo y succiona para envolvete en sensaciones. Abre las piernas, invitándote a que invadas su cuerpo con el tuyo y tú te clavabas dentro de su ser, en un hogar cálido y húmedo que te acoge y que te aprieta, que te exprime. Llenas sus vacíos y ella llena los tuyos. Empujamos, nos frotamos, gritamos y cada terminación nerviosa se somete a la experimentación del cuerpo. Su boca se seca, la tuya también. Su sexo se contrae y el tuyo se dilata. Sientes un hormigueo en el centro de tu espina dorsal y se abre paso por todo tu organismo arrasando y quemando hasta que sale despedido hacia el exterior un orgasmo demoledor. Y ella convulsiona. Y tú convulsionas. Y es genial. Los cuerpos están hechos para follar, pero las almas no se contentan con eso.

Sigo sin hablar de amor. Hablo de eso que nos hace personas, además del cuerpo. Algo hay, llamémosle alma, ser o ka, como denominaban en el antiguo Egipto a la fuerza vital. Alejándonos de conceptos religiosos, somos más que un organismo que respira y se mueve. Y es ahí donde encaja lo que estoy diciendo: el sexo es la punta del iceberg porque, mientras el cuerpo goza, hay un pedazo de esa fuerza que te hace

ser persona que espera a ser alimentada. En una ocasión en la que hablaba con Margueritte sobre la meditación, dijo algo muy sabio: «Dormimos, comemos, bebemos..., cuidamos y respetamos nuestro cuerpo porque es el templo donde vive nuestra alma». ¿Cómo la alimentamos? ¿Cómo la hacemos mejor, cómo hacemos que crezca? Ella creía en la meditación y yo en el diálogo.

Y ahí es donde entra mi pequeña Martina. Joder, la de vueltas que daré para decir que me puso verde de envidia que se negara a darme acceso a esa parte de ella que se adivinaba tan fascinante. ¿Qué me estaba diciendo? ¿Que solo quería compartir conmigo su cuerpo? Entonces no hablaríamos. Me perdería sus recuerdos, sus esperanzas, su manera marciana y daliniana de ver la realidad, la sonrisa que se le prendía a los labios cuando yo decía subnormalidades. No me preguntaría el porqué de mis tatuajes y jamás querría ahondar en el porqué de mis viajes. No vería a la persona que hay debajo del chef ni al hombre que había debajo del amante. Y..., joder...

¿Había sido yo quien había marcado aquella diferencia? ¿La había empujado yo a comportarse de manera fría? Más fría..., no es que Martina fuera un dechado de calidez humana, joder. Pero... ¿y el placer que daba arrancarle un mimo? Sabía a puta gloria. Que ella se olvidara de que era ella y fuera quien quisiera ser conmigo. Yo no buscaba amor, pero estaba cómodo con Martina y no se me había pasado por la cabeza en ningún momento delimitar un mapa de mi vida y darle un pasaporte solo para que visitara parte de sus países. Porque el sentido de no buscar amor era huir del drama, no dejar de ser humano. Y Martina, de alguna manera que no soy capaz de describir, me enriquecía.

Fue mi primera concesión. Un diálogo civilizado entre el Pablo que ha escarmentado y ya no quiere correr enloquecido nunca más y el que sigue teniendo fe en el alma humana. El resultado fue aquel «arriesgándonos» que le dije. Yo no buscaba amor, pero no iba a cerrarle la puerta a Martina, porque estaba tan alejado del pensamiento romántico que no pensé que fuera a traerme ningún drama.

Empecé a pensar entonces como aquel al que niegan algo: con codicia. Lo necesitaba. Lo quería. Lo ansiaba. Lo anhelaba. Quería un poco más. Solo un poco más de Martina. Un pedazo más de ella, de su vida, de su risa. Ella me lo negó y yo lo quería. Y sin darme cuenta, di el paso.

NUNCA HAY MARCHA ATRÁS

NOS dimos una ducha (pragmática, nada que ver con nuestra primera ducha) y cuando quisimos darnos cuenta era hora de marcharse al restaurante. Pasamos tanto tiempo entre mimos y sexo, que ni siquiera nos acordamos de comer. Nos marchamos juntos en su coche a El Mar, pero me dejó en la esquina. Yo insistí y él tenía que aparcar en un *parking* cercano; era mejor entrar por separado, me dije. No quería ser «Martina, la que se acuesta con el chef».

Estuve bastante atontada parte de la jornada, ensimismada con el olor de su gel de ducha en mi piel y con su camisa a cuadros de color morado, que caía lánguida sobre su pecho y espalda. Ay, Pablo..., me das dolor. Atolondrada en el pensamiento de querer más..., lejos de vaciarnos en un orgasmo. Más de su vida anterior, de su pasión, del cariño con el que besaba mis pechos y los acariciaba después del sexo, mientras hablaba. Más del tono grave y algo rasgado de su voz. Más de la Martina que se relajaba cuando bajaba la guardia con él. Más de aquella condena; yo ni siquiera era consciente aún de dónde me estaba metiendo y de lo que cambiaría mi vida.

Él paseaba entre las mesas de trabajo, mientras comprobaba texturas, revisaba puntos de cocción, ayudaba con las esferificaciones..., como siempre, pero algo había cambiado también en Pablo..., en la forma en la que me miraba. Había algo allí. Algo compartido solamente por nosotros dos. Y me trataría como si no tuviera que tocar el suelo mientras estuviéramos juntos. ¿Qué significaba estar juntos cuando lo decía él?

A media tarde Pablo dejó sobre mi mesa un plato con un sándwich partido en dos triángulos, como si supiera que me cuesta concentrarme si no he comido. Como si él ya me conociera lo suficientemente bien como para saber que no soporto tener hambre y que me pone de mal humor. Lo hizo con sus manos llenas de anillos y una sonrisa; lo vi de lejos antes de que me lo diera. Casi me alimentó más su expresión mientras lo preparaba que el bocado en sí. Casi me alimentó más la estúpida esperanza de encontrarme en casa.

Ya estábamos recogiendo cuando se acercó a mí con los dedos enredados en los botones de su chaquetilla. Levantó la mirada, con un mechón de pelo tapándole el ojo derecho y... se lo aparté sin poder evitarlo.

—Perdón —dije tratando de averiguar si alguien había visto el gesto.

Me miró curioso, como si no entendiese por qué me disculpaba. Después lo dejó pasar y me recordó que tenía la bolsa con el vestido de Amaia en su coche.

—Se me había olvidado por completo. —Fruncí el labio.

—Me voy a apuntar mentalmente la medalla de tu «ataque de amnesia» y a pensar que lo que te hago te borra la memoria. —Sonrió canalla—. ¿Vienes a casa esta noche?

—No. —Bajé el tono—. No puedo.

—¿Por qué?

Abrí la boca dispuesta a inventarme algo y se me torcieron los labios como siempre que mentía.

—Le prometí a Amaia que hablaríamos hoy. Y quiero arreglarlo con Sandra.

Pareció confuso y frunció el ceño. Jugueteeó con los botones de la chaquetilla. Sus dedos llenos de anillos concentraron mi atención. No podía mirarle a la cara sin tener ganas de echarme en sus brazos, hundirme en su cuello y decir que sí a cualquier cosa que me prometiera.

—¿Tiene algo que ver con lo que ha pasado esta mañana?

—¿Qué parte de la mañana?

—La parte de la mañana que no hemos pasado follando —dijo más serio de lo que esperaba.

—Eh..., no.

—¿No te estás escondiendo? Porque me da la sensación de que sí.

—¿Escondiendo?

—Sí. Alejando. Dándome boleto para lo que no sea follar.

—Claro que no.

—Vale. —Cogió aire como si fuese a añadir algo más, pero no dijo nada y dio media vuelta.

«Vale». Solo «vale». Martina, eres idiota. Lo vi salir de la cocina y me quedé mirando las puertas un buen rato, mientras pensaba en mi inclinación natural por tratar de alejarlo. ¿No era demasiado tarde y absurdo intentarlo? ¿No me había acercado excesivamente a él? ¿No era como tratar de patear hundida hasta el cuello en unas arenas movedizas? Sí, sí lo era. Hay venenos que no somos conscientes de haber ingerido hasta que ya es tarde para nosotros; lo que Pablo me hacía sentir era algo así; se expandió por mi cuerpo, por mi torrente sanguíneo y por mucho que luchara por sacarlo de mí, ya era tarde porque mis venas lo habían llevado al centro mismo del bombeo rítmico de mi sangre. Y estaba en todas partes. ¿Y si aquellas cosas no eran más que las últimas intenciones de mi cuerpo de alejarme del peligro que suponía Pablo Ruiz?

Me planteé darle una mínima explicación por mi negativa, pero no lo vi por la cocina cuando salí. Ya pensaba que quizá fuese mejor así cuando me lo encontré en la puerta dándole una calada a un pitillo, apoyado en el muro exterior de El Mar.

—Te llevo a casa —dijo sin importarle que el resto de mis compañeros lo escucharan.

—No te preocupes.

—No me preocupo. Quiero hablar contigo.

—¿Pasa algo?

—Eso mismo me pregunto yo.

Carol nos echó una mirada curiosa, pero se despidió pasando de largo, como el resto de mis compañeros.

—Adiós. —Dijimos los dos al unísono.

Pablo se volvió hacia mí y torció los labios.

—¿Sabes que pones caras raras cuando mientes?

—¿Cómo?

—Cuando mientes, cuando me dices que tienes que irte o que alguien te espera pero no es verdad..., te mueves raro y aprietas los labios. Y yo me pregunto, ¿dónde está esa honestidad que nos prometimos?

Cerré los ojos y suspiré.

—Es que..., Pablo...

—Voy a volver a intentarlo, ¿vale, Martina? Y espero que esta vez respondas sin necesidad de mentirme. —Tiró el cigarro, echó el humo de una última calada y me miró a los ojos con sus cejas arqueadas—. ¿Vienes a casa?

—¿A qué?

—A pasar la noche conmigo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque me das miedo.

Pablo pareció sorprendido, pero controló su expresión, respiró hondo y se frotó la cara.

—¿Miedo de qué, pequeña? —dijo y me miró de nuevo.

—Miedo de que me cambies y después no haya marcha atrás.

Frunció el ceño y se acercó un paso. Sus dedos llenos de anillos alcanzaron mi mejilla; tenía la mano fría y olía un poco a tabaco, a cocina y a él. Su pulgar se deslizó por mi labio inferior y después se acercó. Entreabrió la boca y me rozó la punta de su nariz con la suya un par de veces, como si buscara la manera de que el beso que se avecinaba fuera aún más dulce de lo que sus labios pudieran hacer sin mediación. No hubo pasión allí. No subió la temperatura. Nuestras lenguas no se enrollaron ni nadie gimió de alivio. Solo nos besamos como adolescentes que aún no saben hacerlo de otra manera, con la boca casi cerrada.

Dio un paso hacia atrás y pasó sus dedos por mi sien, como si quisiera acariciarme el pelo, pero estaba demasiado tirante en su recogido como para conseguir hacerlo como a él le gustaba.

—Cuando conocemos a alguien nunca hay marcha atrás, porque no podemos borrarlo. Todo lo demás depende solo de nosotros y de las ganas que tengamos de seguir siendo quienes somos sin compartirlo con nadie más.

—Suená muy fácil.

—Solo quiero ir a casa, comerme un trozo de lasaña. —Sonrió—. Ver una película y quedarme dormido. Pero contigo.

—¿Por qué?

—Porque me gustas. —Se encogió de hombros—. Y yo a ti. Y esas cosas son las que hacen dos personas que sienten esto. Que encajan.

—Creía que esto iba de...

—¿De follar? —Se rio—. Entra en el plan, creo. Pero dime tú, Martina, porque me da la sensación de que siempre estoy hablando yo. Dime si quieres venir, si quieres cenar, ver una película, dormirte en mi sofá y que te lleve a la cama. Porque si me dices que no..., bueno, tendré que mentalizarme. Porque a lo mejor hay otra persona y yo estoy confundiéndome creyendo que aquí está naciendo algo.

¿Otra persona? ¿A qué venía ese comentario? ¡Oh! ¡Espera! Pablo Ruiz... ¿estaba inseguro?

—No es eso. No hay nadie. —Negué con la cabeza.

—De alguna forma sí lo hay. Hay una Martina que no me quiere ver ni en pintura, pero puedo ganármela. No soy mal chico. Ni siquiera soy uno de esos tíos que acumulan conquistas. Ya te lo he dicho, pequeña. No llevo una cuenta, ni me siento más o menos hombre por quién llena mi cama. Yo solo quiero... sentir. Vivo así. En la cocina, en mi casa..., aquí dentro. —Se palmeó la boca del estómago—. Aquí se acumulan las ganas de estar contigo y ya no sé qué hacer, porque tampoco soy un tío de hacer declaraciones de amor. Ya no lo soy. Pero no voy a controlar el impulso de preguntarte si quieres venir a casa, porque no le encuentro sentido.

Me quedé callada mirando su mano sobre su abdomen, abierta.

—Era más fácil hace años.

—¿Cuántos años? —Sonrió.

—Cuando íbamos al instituto.

—Bueno, pues hagámoslo fácil. Ve a casa. Piénsalo poco y siéntelo mucho. Pero... ¿puedo acompañarte?

—No.

—¿No? —preguntó sorprendido.

—No. Tienes razón. Vayamos a tu casa.

Asentí y él alargó la mano hacia mí. La cogí y trenzó sus dedos con los míos. Después echamos a andar. Y dejamos de darle tanta importancia a los gestos para dotarles directamente de significado para que hablaran por sí mismos.

VIDA EN PAREJA

ME desperté totalmente abrazada por Pablo, que me agarraba por la cintura muy pegado a mi espalda. Al otro lado un gato inmenso dormitaba acurrucado. Me moví con intención de deslizarme entre las sábanas e ir al baño, pero Pablo me sujetó con fuerza.

—Quieta... ¿dónde crees que vas? —bromeó.

—Al baño.

—Pero vuelve..., que te conozco.

Me soltó y yo anduve a oscuras por la habitación. Pablo había bajado hasta más no poder la persiana la noche anterior para que pudiéramos dormir sin que nos despertaran las primeras luces del alba. Nos habíamos acostado a las cuatro y media de la mañana, después de cenar, ver una película en su sofá, quedarnos dormidos y despertarnos lo suficiente como para follar como descosidos en su cama. Yo encima. Se me escapó una sonrisa al acordarme.

—Pablo... ¿tienes algún cepillo de dientes desechable?

—Desechable no, pero en el armario tienes un par nuevos. Elige el color que más te guste, cuqui —se burló.

Cuando escuchó correr el agua del lavabo, Pablo entró con una sonrisa somnolienta.

—No te laves los dientes aún, mujer. La cafetera está puesta y estoy haciendo tostadas de pan de mijo y maíz.

Se colocó de espaldas a mí, de pie frente al váter, y subió la tapa. Abrí los ojos de par en par y escupí la espuma.

—¿Vas a hacer pis delante de mí?

—Sí.

Así era Pablo Ruiz..., todo intimidad. Salí del baño y serví el café en dos tazas. Llevaba puesta una camiseta suya que me cubría a duras penas los muslos. El gato me seguía allí donde iba, maullando desesperado. También quería su desayuno.

—Vamos a ver, *Elvis*..., ¿cuál es el menú de hoy? —dijo Pablo apareciendo con el torso desnudo—. ¡¡Croquetas de salmón y verduras!! —Se inclinó para llenar el comedero del gato y después le rascó detrás de las orejitas—. Pobre gato. Siempre come lo mismo.

—No creo que tenga el suficiente paladar como para que le guardes mesa en El Mar.

—Vete tú a saber. Viendo el amor que te tiene, entiendo que le gustan las buenas

cosas de la vida.

Me besó en la sien y sacó las tostadas de la tostadora.

—Iba a hacer tostadas francesas, pero no sabía si te gustaba la mantequilla.

—Sí me gusta.

—Mañana entonces.

—Hoy dormiré en casa. Quiero ver a Amaia y a Sandra.

—A ver. —Me giró y miró mi expresión con una sonrisa enorme—. Vale, no pones caras raras, no estás mintiendo.

Sacó un tomate y lo laminó con esmero. Después lo colocó todo sobre la barra de la cocina junto con una botella de aceite macerado con hierbas y nos sentamos a desayunar. Y todo fue normal, incluso cuando Amaia me llamó para cerciorarse de que seguía con vida y él escuchó la conversación.

—Nada, nada. Con oír que ese no te ha matado y servido como mortadela siciliana en su restaurante me quedo tranquila.

Pablo se descojonó.

—Esa Amaia me va a caer bien, lo presiento.

Volvimos a la habitación. Yo pensaba ayudarle a hacer la cama, vestirme e ir a casa a darme una ducha y cambiarme, pero él no subió la persiana cuando llegamos. Al contrario, abrió el cajón de una cómoda y empezó a sacar velas.

—¿Qué haces? —pregunté con curiosidad.

—He estado pensando mucho en una cosa que dijiste anoche.

—¿En sueños?

—Oh, sí..., en sueños es cuando más te comunicas.

—¿En qué cosa? —respondí con una sonrisa.

—Dijiste que era más fácil cuando íbamos al instituto.

—Sí. Entonces no se notaba que las relaciones sociales no eran lo mío. Cuando eres adolescente tienes permiso para ser más raro que un perro verde sin que a nadie le llame demasiado la atención.

—Me recordó a mi primera vez. A cómo haces las cosas cuando tienes dieciséis años.

Me senté en la cama y lo miré, esperando que se explicara. No estaba entendiendo nada.

—A esa edad te crees que lo que hará especial el sexo es que seas muy cuidadoso, que pongas música y enciendas velas.

Cogió un encendedor de la mesita de noche y la llamita de un par de velas iluminó trémulamente la habitación. Se acercó después a la puerta e intentó cerrar, pero *Elvis* metió la cabeza.

—Fuera, gato. Esto es para humanos. —Y lo apartó con suavidad.

—Me tranquiliza pensar que hay gente en el mundo más extraña que yo.

—Calla, impertinente, que te estoy preparando una velada romántica a lo adolescente.

—¿Por qué? —Me reí.

—Porque entonces era más fácil, ¿no?

—Me refería a otra cosa. El sexo era sumamente complicado entonces.

—¿Y quién ha hablado de sexo?

Arqueé una ceja. ¿De qué narices estaba hablando? Misterio. Pablo puso su móvil en una peana y seleccionó una lista de reproducción con canciones de James Bay. La primera en sonar fue «Let it go». Después tendió la mano hacia mí y cuando se la cogí, me levantó y me besó. Sabía a café y me apreté a su cuerpo buscando más roce, más calor, más de Pablo. Separó su boca de la mía y me envolvió con sus brazos.

—Mis padres están de viaje y no vendrán hasta mañana —se burló.

—Eres un capullo. —Me reí.

—Creo que... podríamos... hacerlo.

Me eché a reír y él me mantuvo apoyada en su pecho aunque quise escabullirme. Como no pude, decidí seguirle la corriente.

—Es que no sé si estoy preparada.

—Enrollémonos un poco —insistió—. Podemos parar cuando quieras.

—Solo me invitas a tu casa para enrollarte conmigo.

—Martina..., eres preciosa. Y me gustas mucho. Eres una tía muy enrollada.

Una sonrisa cándida prendió en mis labios.

—Tú también me gustas, Pablo, aunque seas un pelín gilipollas.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Encender la luz y apagar las velas? —contesté con sorna.

—Digo con lo nuestro.

—¿Qué nuestro?

—No seas bruja. —Se rio.

—¡Ay, Pablo! ¡No me hagas rabiarse!

—¿Quieres salir conmigo?

El tiempo se marchó dando un portazo, cansado de intentar que nos rindiéramos a dejar de sentir las cosas con la intensidad de los primeros años. Pablo ponía mi mundo del revés, agitaba los cimientos y me hacía preguntarme si la vida no sería mucho más sencilla dejándose mecer por las olas de vez en cuando. Yo le había pedido algo sin saberlo la noche anterior y él contestaba con una declaración de intenciones y una cita como cuando todo era realmente mucho más fácil, aunque no lo viéramos. Una simple pregunta: «¿Quieres salir conmigo?». Y adiós a todas esas batallas por ganar espacio, por adivinar qué siente o piensa la otra persona. La honestidad llevada a nuestro terreno, al mío, para hacerme ver que, si yo quería, él podría hacer las cosas del modo en que yo necesitara. Le miré con miedo.

—Pablo...

—Sin intensidades —añadió—. Salir. Fuera dramas.

Resoplé. ¿Sin intensidades? Pues tendría que eliminarse a sí mismo de la ecuación, porque era la intensidad en sí misma.

—No me gustó lo de ayer —confesó—. Me hizo pensar.

—¿En qué?

—En las barreras. No quiero tenerlas. Quiero estar como estamos. Cenamos, nos besamos, vemos una película y después follamos, sin que ninguno tenga que marcharse después para imponer un espacio. Somos adultos. Crezcamos con esto.

Se inclinó y me besó de nuevo. Nada en ese gesto pareció adolescente; era un beso maduro, sabio, encendido, cariñoso..., íntimo. Cuando separamos nuestros labios, acarició los mechones de mi pelo suelto.

—Está bien.

—Pues sí que era más fácil haciéndolo a lo adolescente —se burló.

—Deberías hacerme caso más a menudo —le dije—. Córtate el pelo.

Besó mi nariz y asintió.

—Iré a cortarme el pelo mañana. Ahora quiero hacerte el amor. ¿Te parece bien?

—Sí.

—Genial.

Me acosté en la cama y él lo hizo encima de mí para besar mi cuello y respirar hondo en la curva en la que se encontraba con mis hombros. Ese sencillo gesto activó todo lo que había dentro de mí: la pasión, la ternura, la intensidad que solo sentía cuando me desnudaba. Sus manos subieron la camiseta de algodón y nos deshicimos de ella. Después hicimos lo mismo con su pantalón y con mis braguitas. Completamente desnudos nos besamos, frotando con suavidad nuestros cuerpos. Sentí el vello que bajaba por su vientre y se fundía más abajo. Su lengua en mi boca que acariciaba la mía con suavidad. Un beso dulce y apasionado. Como él vivía. Con la intensidad con la que Pablo parecía estar enamorado de la vida. Y yo quería hacerlo con él.

Abrí las piernas y él se coló dentro de mí con facilidad, como si yo fuera la única horma en este mundo a su medida. Los dos abrimos la boca para dejar salir una exhalación de placer y de entre mis labios salieron, sin sonido, todas esas palabras que dormían dentro de mí acerca del amor y de lo que imaginaba que los demás serían capaces de sentir, pero yo no. Sus labios pegados a mi barbilla dejaron escapar un gemido cuando, moviéndose sobre mí, volvió a embestir en mi interior.

—¿Estás bien? —me preguntó, como si de verdad fuéramos vírgenes y estuviéramos aprendiendo todo lo que el cuerpo es capaz de sentir.

—Sí.

—Estoy preparado —susurró.

Se sujetó con los brazos sobre mí y volvió a moverse, sin despegar sus ojos de los míos.

—¿Preparado... para qué?

—Para hacerlo bien. Esta vez sí.

Lo abracé y nos fundimos en un gemido. La piel se estremeció. Un calambre hizo un nido en la parte inferior de mi espalda y me moví intentando que se quedara allí,

pero me recorrió entera hasta situarse en mi vientre.

—Pequeña..., me haces sentir vivo y real.

Los dos nos arqueamos en direcciones contrarias para encontrarnos en el choque de nuestras caderas. Se movió de nuevo, despacio, suave, empapándose; se intensificó la fricción y volvió a penetrarme.

—Lo llenas todo —le dije.

—Solo quiero llenarte a ti. Cada rincón de tu piel. Y de tu alma.

Pablo..., ese hombre que te hacía volar de placer y esperaba llenar tu alma; un hombre enamorado del amor al que no le importaba hablar de lo que acontecía en lo más profundo de esa parte que siente por nosotros.

Nos besamos y sus manos bucearon entre todos los mechones desordenados de mi pelo mientras nosotros profundizábamos en aquel beso sin dejar de movernos. Y no..., no era sexo, a pesar de que el suyo se hundía hasta el fondo del mío. No era pasión, aunque el cuerpo estuviera arqueándose para canalizar y procesar el placer. Por primera vez sentí eso que llaman hacer el amor y que siempre pensé que era un sinónimo políticamente correcto para la palabra follar. No. Allí había tantas cosas que no caben en el cuerpo a cuerpo. Nos sobrevolaban palabras, promesas, intimidad y confianza. Como humo que nacía de la fricción de su piel con la mía, elevándose por encima de nuestras cabezas hasta cubrir el techo de la habitación, quemar el oxígeno y ahogarnos poco a poco. No nos alejamos cuando nuestros labios se separaron, sino que respiramos del aire que el otro dejaba escapar.

—Estamos locos —musité.

—Sí. ¿A quién se le ocurre jugarse entero?

Cerré los ojos y sus labios recorrieron mis mejillas, mi barbilla, mi cuello. Se clavó de nuevo entre mis muslos y aceleró.

—No pares de hacer eso —le pedí.

—¿Esto? —Siguió empujando con más fuerza y a un ritmo acompasado.

—Todo. Todo lo que haces conmigo.

—Te aprietas a mi alrededor —susurró—. Te siento. Demasiado..., córrete, por favor.

Dejó espacio a mi mano derecha para que me acariciara. Estaba empapada. La yema de mi dedo corazón se encontró con mi clítoris y dibujé un par de círculos suaves sobre él antes de sentir que me iba.

—Dios..., no aguanto, Martina. Tengo que parar.

—No pares..., no, por favor. Por favor... —gemí a la vez que despegaba la espalda de la colcha y apretaba mis piernas alrededor de él.

Palpitó. Fui consciente de estar aferrándome a él desde mi interior cuando Pablo se tensó encima de mí. Sentí la humedad llenándose y que su piel se ponía de gallina. Pablo salió atropelladamente de mí y empezó a correrse entre mis pliegues, pero como si los dos aceptáramos que ya daba igual, volvió a colarse dentro de mí hasta el fondo, ayudado por mi humedad y la de su semen. Se tensó de nuevo y gimió

con los dientes apretados. Sentí una nueva descarga dentro de mí y le acaricié la cara y el pelo. Me besó en los labios, apretado, y se apoyó en mi pecho.

—Lo siento —me dijo con la frente apoyada en mi pecho.

—Te has corrido dentro —le contesté.

—Sí. Y ya no quiero que te alejes.

Lo primero no me preocupaba demasiado. ¿Cuántas probabilidades habría en el mundo de que aquello fuera de verdad un problema? Sin embargo, olvidar lo que estábamos sintiendo era... otra historia.

DEJARLA MARCHAR

HE hecho muchas gilipolleces en esta vida en nombre del amor. Soy así. Nací con un escudo en el pecho que me armaba caballero de las causas de amor perdidas en las que, sí, yo también solía perder. Nunca, en mis treinta y un años, había ganado una jodida batalla. Me presentaba con toda mi gallardía y valentía, con mi corazón como bandera, y me enamoraba como un niño, hasta los zapatos. Miraba con cara de gilipollas y babeaba en lugar de hablar. Yo era uno de esos chicos que creían que el amor era una hazaña de la que hablar como un trovador, expandiendo sus bondades por el mundo. A los treinta me di cuenta de que no es que estuviera equivocado..., es que nací enamorado del amor y sin el filtro de relativizarlo todo.

Recuerdo la primera charla que tuve con mi madre acerca de esto. Fue cuando a los dieciocho le dije que me quería casar con la chica con la que estaba saliendo, Marta. Lo normal hubiera sido que me diera una colleja que me arrancara la cabeza, pero ella solo se frotó la cara y me mandó a la cocina a preparar café. Aún la recuerdo, sentada a la mesa con la taza humeante entre las manos y el rostro sin esas arrugas que el tiempo iría surcando alrededor de sus ojos.

—Pablo, la vida no es así.

—Sé perfectamente cómo es la vida —le discutí.

—No, no lo sabes. Por eso te tienes que marchar. Es buena chica y no digo que no crea que algún día quieras casarte..., solo digo que ahora no quieres.

—Claro que quiero.

—No. Empieza a conocerte, Pablo, mi vida. Tienes una personalidad tendente a la obsesión. Cuando encuentras algo que te apasiona..., te olvidas del mundo. Y al final, ¿sabes qué pasa? Lo mismo que con María. Y lo mismo que con tu guitarra, ukelele, violín... No hace falta que siga.

—Pero mamá.

—No, Pablo. Te vas en dos semanas. Ella es menor de edad y NO vais a casaros. Y que conste que yo no te lo prohíbo. Es el Pablo de dentro de diez años el que me pide que te diga esto. Hazle caso, por favor.

—Puedo morirme mañana.

—Y yo puedo calzarte una hostia si vuelves a decir eso. Eres mi hijo. Te he parido. No hagas que la vida me duela más.

El Pablo de veintiocho agradeció que hiciera caso a mi madre entonces y no me escapara con Marta para casarnos. Probablemente nos salvamos porque ella tenía diecisiete y necesitaba un consentimiento paterno que no íbamos a obtener. Ay, Pablo,

alma de cántaro. Yo ya me lo imaginaba todo tan idílico...

Creo que la experiencia más delirante de toda mi vida emocional fue Margueritte. Era preciosa. Morena, con el pelo más corto que yo, los pómulos llenos de pecas y una sonrisa resplandeciente en esos labios que siempre llevaba pintados de rojo. Me dijo que mi alma era bonita y yo me enamoré de ella como un idiota. Cuando nos acostamos la primera vez, creí que me moría de amor, lo juro. Nunca creí (y sigo sin hacerlo) que sea el tiempo quien mande en la intensidad con la que sentimos las cosas que nos pasan. ¿Quién impone cuántos meses son necesarios para enamorarse de alguien? Nadie lo sabe. Aunque sí, seamos realistas, el amor profundo, el de verdad, no nace por generación espontánea en una noche jodiendo como perros en el catre de un piso cutre en el East End londinense. Y me lo demostró la «Gran Pelea» que acabó conmigo con cinco puntos en la mano y ella detenida, a la vez que pataleaba y me escupía insultos en francés. Que tu novia te amenace con un cuchillo de carnicero por un ataque de celos es..., pues eso, delirante. Con Malena debí aprender. Joder. ¿Cómo no lo vi venir? Allí estaba ella, tan rubia, tan descarada, diciéndome que debía divertirme más y preocuparme menos, mientras se fumaba un canuto de maría, desnuda encima de mi cama. Le dije que la quería a los diez días de conocerla y ella... se rio de mí, pero al día siguiente me contestó que ella también me quería.

A esto le siguieron seis años tratando de convencer a todo el mundo, incluido yo mismo, de que lo de Malena no había sido una locura propia de mis años de adolescente, jurando y perjurando que era amor de verdad, profundo y maduro. Pero no lo era. O sí. Pero no era sano.

Creo que mi «pasión» por dar puñetazos a las paredes viene de esa época. Vivir con una persona que te ha perdido el respeto es horrible, sobre todo cuando sabes que es culpa tuya haber permitido que la relación se desdibujara hasta ser nada más que la sombra de lo que un día quisiste que fuera. Malena llegó a decirme que se tomaría todas las pastillas que había en casa si yo me iba. Yo le contesté tirándolas todas al váter, excepto la Ultra-levura.

—Ale, vete al otro barrio sin dolor de estómago. —Le respondí dando un portazo.

Nunca la creí capaz, pero me quitaba el sueño cada vez que amenazaba con lanzarse por una ventana. Dios..., cómo me torturaba aquella puta relación de mierda de la que no podíamos desligarnos. Fuimos y volvimos durante seis jodidos años. Porque no podíamos estar el uno sin el otro, nos decíamos sudorosos cuando nos reconciliábamos; qué triste darse cuenta un día de que lo que nos pasaba era que lo nuestro no tenía ningún cimiento real, que no nos conocíamos, que nos habíamos engañado haciendo creer al otro que éramos una versión mejorada de nosotros mismos y que estábamos frustrados y desilusionados. Tiré la toalla después de intentar encauzarlo durante doce largos meses. A ella le pareció que me daba por vencido demasiado pronto. A mí me pareció que si no terminaba con aquel viacrucis, acabaría muriéndome de pena.

No, visto lo visto, no tenía una experiencia emocional que avalara la sensación de

haber encontrado, por fin, el hogar en el que se quería quedar mi alma. Y aunque no me guste utilizar este tono, hay cosas que son difícilmente definibles sin volverse un jodido moñas.

Dejé a Martina en su casa a las dos en punto y nos despedimos con un beso hasta las cuatro. Y, con un nudo en el estómago, me fui a buscar a la única persona que podía darme esa versión relativista de la vida de la que yo carecía.

Mamá estaba tejiendo sentada en la terraza. Me pregunté desde cuándo hacía cosas de madre como tejer. Mi padre era la persona a la que siempre acudía cuando se me caía un botón y él, paciente, me explicaba una y otra vez cómo se cosía mientras mi madre sonreía y leía más y más para ser la mejor profesora de literatura que nadie haya tenido la suerte de tener. Y a mí siempre me pareció bien. Me facilitó mucho la vida. Me senté a su lado y miré la lana que tenía entre las manos. El resultado de tanto tejer era un gurrño tremebundo que esperaba que no fuera una bufanda para mí.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Me hago una boina.

—¿Para el verano?

—La guardaré para el otoño. Este color es tan bonito.

Me quité los botines y subí los pies al sillón de mimbre; ella miró de reojo mis calcetines y sonrió. Eran negros y tenían figuritas de gatos chinos sonrientes dibujadas aquí y allá. A Martina le habían encantado, aunque puso los ojos en blanco cuando me vio ponérmelos.

—¿Qué tal..., cómo se llama? ¿Mar? —me preguntó mi madre.

—Se llama Martina. ¿Quieres café?

—Uf..., sí. Haz café. Creo que lo necesito antes de tener esta conversación.

La muy putarraca..., cómo me conocía. Claro, me había parido.

Entré en la cocina y me encontré con mi padre, que arrastraba una bolsa con palos de golf.

—Hola, papá.

—Hola, hijo.

—¿Al club?

—Un ratete.

Desapareció y yo sonreí. Papá era ahorrador hasta con lo que decía. Mi hermano y yo bromeábamos diciendo que nos dejaría de herencia un montón de palabras calladas muchos años antes; eso y una nota que pusiera: «Usadlas con conocimiento. No las gastéis todas de golpe».

Abrí los armarios y la nevera. No era hora de tomar café y pastas, pero pensé que podíamos hacer un mix, así que preparé unos sándwiches y una cafetera. Cuando lo serví en la terraza, a mi madre no parecía extrañarle que hubiera tardado casi media hora.

—Qué rico.

—Tú no te levantes —bromeé.

—Algo me dice que lo que vas a decirme es mejor que lo reciba sentada.

—No voy a decirte nada del otro mundo.

—Déjame darte el pie: «Mamá..., me he enamorado».

No pude evitar echarme a reír y ella me miró con cara de confusión. Supongo que esperaba que me pusiera a lloriquearle o algo así. Estaba claro que, dado mi pasado, mi medidor de amor estaba escacharrado y que ella siempre pensaba en lo peor. ¿Qué estaría imaginando? ¿Una bailarina de *striptease*? No, esta vez no pasaría por encima de todas las promesas que me hice a mí mismo.

—No, no estoy enamorado. Estoy ilusionado.

—Ah, sí. Con el tiempo te has vuelto un mago de las palabras, pero a mí me suena a lo mismo.

—No me creerás si te digo que ahora es diferente, ¿verdad?

—Pues no. —Se rio y sirvió el café en dos tazas—. Pero venga, estoy magnánima. Explícate antes de que inicie mi disertación.

Cogí la taza y miré hacia el jardín donde un membrillero lucía al sol. Se adivinaba el germen de los primeros frutos tempranos y recordé cuando mi madre y yo vimos la película *El sol del membrillo*, un documental sobre cómo Antonio López pasaba meses tratando de pintar uno de estos árboles, captando la luz perfecta sobre él. Carraspeé y traté de ordenar mis pensamientos.

—Sueles ser bastante vehemente, no te pongas ahora tímido —me dijo mi madre.

—Calla. Es difícil.

—Bueno..., no creas, eso me da confort.

—Soy el primero que está tratando de ponerlo todo en duda, mamá.

—¿Y cómo te sientes?

—Completo. Dueño de mí mismo. Lleno hasta los topes.

—¿Dueño de ti mismo?

—Sí. No sé explicarlo.

—Pero a ver que me aclare..., ¿esto tiene que ver con la chica con la que sales?

—No. Tiene que ver con la persona en la que me estoy convirtiendo. ¿Es que no me ves? —Me encogí de hombros.

—Sí, te veo. ¿Cómo es ella?

—Ella es sencillamente diferente.

—¿A quién?

—A todo el mundo. A mí. Sobre todo a mí. Martina es... el control, la búsqueda y las preguntas.

—¿Y tú te sientes...?

—Calmado.

Frunció el ceño. Supongo que seguía sonando a lo de siempre, aunque yo, dentro de mí, supiera que no se parecía en nada a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Martina hacía del Pablo desmedido un fondo del que dosificar la pasión que quería

ponerle a las cosas. No sé si me explico. Es muy complicado poner en palabras lo que significaba para mí la sensación de estar conociendo a Martina. Si las hubiera encontrado, me las hubiera tatuado para no olvidarlas nunca. El amor nos sobrevolaba, esperando ponerle drama a nuestra situación mientras nosotros, sencillamente, lo espantábamos con la mano, queriendo vivir el momento como nos diera la puta gana. Martina..., contenida, mi pequeña, torpe, brillante, suya, dueña de todo cuanto quería de la vida.

—Supongo que por mucho que lo pretendamos, las personas no cambiamos, Pablo.

—Joder, mamá... —me quejé—. Haz un esfuerzo por entenderme; esto no es un discurso de amor loco.

—Escúchame antes de lloriquear, por favor. Solo digo que no vas a cambiar tu manera de vivir las cosas que te pasan. Si los años no te han convertido en una persona más contenida...

—Lo han hecho; no me digas eso. Sabes cómo era y cómo soy.

—Sí, vale, pero es que ya no eres un adolescente. Has vivido la evolución propia de una persona como tú. Te has ido controlando, pero vives con pasión desmedida todo cuanto haces. Pero, he aquí la diferencia que solo tú puedes imponer: la clave está en el modo en el que usas todo eso. Yo nunca quise que no volvieras a enamorarte. Solo quiero que vivas ese amor con calma.

Asentí. Mierda de romántico *hippy* que estaba hecho. ¿No podía haber sido como mis amigos? Un viva la virgen huyendo del amor a grandes zancadas, saltando de cama en cama, dándole al sexo el único sentido del cuerpo. Alguien que sienta la cabeza en un momento dado y no vuelve a ponerse en duda. Pero no. Tuve que ser un niño que hacía el amor y para el que acumular experiencias sexuales carecía de sentido porque sentí que lo importante era conectar. Lástima haber conectado tantas veces... Sé que el amor no sigue ninguna norma lógica, pero creo que no es posible enamorarse como yo creía haberlo hecho la friolera de cuatro veces en los últimos doce años. Un amor de mi vida por cada tres años, era el porcentaje.

—Ay, Pablo..., naciste para artista —se burló mi madre.

—Hay quien piensa que la alta cocina es un arte. —Respondí con una media sonrisa.

—¿Y qué piensa ella?

—¿De la cocina, del arte o del amor?

—De ti, por ejemplo. De lo vuestro.

—Ella es reacia. Y creo que está asustada. Se deja llevar poco a poco, como si controlara el espacio que me va cediendo.

—Dime que no has programado un viaje a Las Vegas para casarte con ella.

—Claro que no. —Me reí—. La mataría del susto. Correría mucho y muy lejos.

—¿Estás enamorado?

—A ver...

—Eso..., a ver.

—Me siento en sintonía, compatible, en confianza; me hace titubear y dudar. Me atonta y me espabila a la vez. Es como si Martina fuera la vida misma y yo tuviera que esforzarme cada día por intentar vivirla en su justa medida. Pero juré tomarme la vida de otra manera. No estoy hablando de amor, sino de conocer a alguien.

Cuando miré a mi madre tenía la boca llena de sándwich y masticaba profusamente. Se encogió de hombros y tragó.

—No sé qué decirte. No soy pitonisa. No tengo una bola de cristal que me vaya a dar datos exactos sobre cómo va a terminar esto. Conociéndote...

—No termines la frase, anda —contesté malhumorado.

—¿Qué vienes buscando, Pablo? Porque te conozco y supongo que lo que quieres es que o te dé la razón o que te la quite del todo.

—No es eso. Es que ya sabes que a mí me cuesta relativizar las cosas.

—Vale, pues marchando un consejo de madre: tómatelo con calma. Conócela. Y conócete a ti cuando estás con ella antes de dar un paso permanente. Eres muy de tomar decisiones a la ligera y lo sabes.

Sí. Lo sabía. Pero aquella vez no me equivocaría porque estaba preparado.

Martina había prometido que pasaría la noche en su casa, pero no me costó conseguir que no cumpliera con su palabra. No pude evitar perseguirla con la mirada durante toda la jornada. Sus labios rosados y mullidos. Los mechones apretados de su precioso pelo envueltos en un moño. Sus ojos oscuros, que parpadeaban con esa lentitud casi narcótica. La silueta de su pecho bajo la chaquetilla blanca, donde yo quería acurrucarme para dejar que el silencio y la caricia de sus dedos me dieran la razón. No. Aquello distaba mucho de ser una de mis relaciones destructivas y dramáticas. Martina era como el mar..., paz.

Cuando terminó un turno del que poco puedo decir porque casi ni lo viví en primera persona, tiré de su mano para meterla en el despacho lejos de la mirada de todos. La besé sin mediar palabra y en el paladar no sentí el sabor de su saliva, sino el del alivio.

—No podía más —susurré con mis labios apoyados en su frente.

—Deberíamos...

Pero volví a besarla porque no quería escuchar nada de lo que deberíamos hacer. Deberíamos tomárnoslo con calma, conocernos, pasar aquella noche separados, pero no quería. Quería despertarme con ella y escuchar ese sonido que emitía su garganta al llegar al orgasmo, pero que su boca no dejaba escapar.

Lo sabía. Soy un mal chico..., sabía que cedería si ponía sobre sus labios la prueba de mi necesidad de ella. Sabía que despertaría la suya y se le olvidaría el deber. Nos estábamos alejando del mundo real, pero quise pensar que era lo que haría especial nuestra relación.

Envió un mensaje a Amaia desde mi coche, después de cerrar El Mar, diciéndole que de nuevo iba a pasar la noche fuera.

—Joder —musitó mientras guardaba el móvil dentro del bolso—. Hace días que no las veo. Las echo de menos.

—Seguro que ellas a ti también, pero soy un egoísta. —Sonreí y a la vez miré el semáforo que se acababa de poner en verde.

—Lo sé. Y yo.

A día de hoy aún sueño a veces con aquella noche. En presente. Hacer el amor con Martina siempre fue explosivo, pero ceder a lo intangible a través de su fricción y la mía lo tiñó todo de otro color. Y a veces, cuando sueño..., sigo recordándolo todo, cada detalle. El aire denso, que no flota sino chorrea. Por las paredes, por nuestra piel y nuestra boca. Mi respiración, que no es más que el sonido de un tren sobre su nuca, agitando los mechones de su pelo que escapan de entre los dedos de mi mano derecha; mientras sus jadeos se ahogan dentro de la almohada, que muere, víctima del placer doloroso que le provoca tenerme dentro. Somos como dos perros cansados en el ejercicio del amor.

Le doy la vuelta; quiero verle la cara y ahogarme en la saliva que dejen sus labios en mi boca. La beso y gimo porque he vuelto a encontrar el camino hasta el interior de su sexo y me acomodo apretado dentro de él. Empujo con mis caderas y puedo sentir cómo se estremece. De su boca se escapa un «no pares» que me enloquece. Y sigo embistiendo hasta con rabia, porque sé que se va a terminar, aunque lo haga estrellando mi orgasmo sobre su piel como la pintura lo hacía sobre el lienzo cuando Pollock creaba.

Nos abrazamos, a veces durante horas, a veces con sus brazos, otras con sus piernas; a veces me abraza en una bocanada exagerada que lleva oxígeno a sus pulmones. Allí me cuelo yo y me quedo a vivir en uno de sus alvéolos y busco su alma, para morderla y cocinarla en mis adentros. Somos dos caníbales; soy antropófago selectivo: solo quiero devorarla a ella, beber solo de sus jugos. Y en ese momento, si pienso, si logro pensar, si puedo hacerlo, intuyo el misterio de la vida navegando en el líquido en el que respiramos. A veces intento alcanzarlo una vez más, porque me engancha, me droga, me atonta, subleva mi piel, porque sigo negando que ya la quiero aun en ese ingenuo momento en el que todavía no sabemos cuánto podemos darnos. Pero el espasmo orgásmico espanta la respuesta correcta y allí me quedo, empapado y con las manos vacías; a decir verdad, lo único que agarro son las sábanas. Y el recuerdo de aquella noche.

ELLAS

JAVI entró a toda prisa en la sala de descanso y se chocó contra alguien.

—Perdona.

—¿Dónde irá tu culo tan deprisa? —Escuchó decir a Amaia.

Miró hacia abajo y sonrió. Amaia llevaba el pelo recogido en una coleta danzarina que se movía cuando hablaba, como si quisiera poner énfasis a sus palabras.

—A por un café. Se me han pegado las sábanas.

—¿Mucho porno anoche?

—En cantidades ingentes —le respondió este siguiéndole el rollo—. Tenerte como novia no me satisface, Amaia.

Ella se echó a reír y le pidió cincuenta céntimos para una botella de agua.

—No tengo cambio.

—Lo sorprendente sería que lo llevaras —se burló él.

Rebuscó en el bolsillo de su pijama azul marino y le dio un euro. Ella fue hacia la máquina y mientras él hacía lo mismo hasta la de café, la siguió con la mirada. El pijama de Amaia colgaba demasiado.

—¿Llevas pijama nuevo? —le preguntó.

Amaia se miró y después negó con la cabeza dándole un buen trago a la botella de agua.

—No. Lo he planchado. Debe ser eso.

—Es que... te viene muy... ¿holgado?

—¿Holgado? Tú te drogas. —Se rio.

—No, en serio. Has perdido peso.

Ella arqueó una ceja. Es verdad que notaba que la ropa le apretaba menos, pero pensaba que era porque a fuerza de sentarse con ella puesta, sus prendas habían cedido definitivamente y no tendría que volver a luchar con ellas. Quizá tenía razón. Se levantó un poco la parte de arriba y metió dos dedos bajo la cinturilla del pantalón.

—Pues sí. Creo que sí. Mira tú qué bien.

—¿Estás a dieta? —insistió Javi.

—No.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Entonces, ¿cómo es que estás más delgada?

—Estar más delgada implicaría que estuviera delgada. Creo que esa expresión no

es aplicable a mi caso.

—Amaia. —Javi frunció el ceño—. ¿No estarás haciendo ninguna tontería?

—Siempre estoy haciendo tonterías; concreta un poco más.

—Dietas de esas estúpidas que nunca me quieres confesar; ayuno a líquidos, tomar solo piña y nueces... Ya sabes a lo que me refiero.

—No. No. —Levantó las cejas sorprendida—. ¿En serio me notas menos gorda?

—Tú no estás gorda, Amaia —dijo muy serio.

—La palabra «gorda» solo es eso, una palabra. Lo feo en ella son las intenciones con las que se dice y no me estoy insultando a mí misma; solo definiéndome.

—Pues será que yo te veo de otra manera. —Gruñó él—. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Te sigue molestando el estómago?

—A ratos. —Arrugó la nariz.

—¿Dónde?

—Aquí. —Se señaló la boca del estómago.

—¿Puedo? —le pidió acercándole las manos.

Ella frunció las cejas y él le tocó un poco el vientre. Se frotó las manos sobre el pantalón y después las metió por debajo de la ropa de Amaia, lo que hizo que diera un saltito sorprendida. Las yemas de sus dedos estaban un poco frías, pero sintió calor. Calor deslizándose hacia abajo, como gotas densas de algo que no conocía. Se miraron. Javi estaba muy concentrado pero su cuerpo emanaba algo..., algo que la calmaba. Su Javi. El de siempre. El que le regalaba una manzana de caramelo el día de su cumpleaños. Al que una vez le vomitó en la pernera del pantalón de pijama tras un turno duro en el hospital (y una resaca más dura aún). Sonrió al pensar que, pasara lo que pasara, esa relación siempre lo soportaba todo. Daba igual qué tipo de envites sufriera; siempre resistía.

—No aprietes ni metas tripa —le pidió él lanzándole una mirada de soslayo.

—Vaaaleee. De todas formas, tendría que estar tumbada para que pudieras hacer esto en condiciones.

—Menos da una piedra. Solo quiero ver que no tienes abdomen en tabla.

—No tengo peritonitis. —Se rio ella.

—Lo de meterse mano en la sala de descanso es nuevo. Vuestra pasión no tiene límites —dijo Mario Nieto que apareció, de repente, de la nada.

—Y lo de que vengas a nuestra sala de descanso en lugar de codearte con el resto de médicos en la cafetería, una sorpresa continua. No le estoy metiendo mano. Le duele el estómago.

—No sabía que fueras médico.

La tensión cruzó la sala y Javi sacó las manos de debajo de la ropa de Amaia y se giró hacia él.

—Bueno, se me había olvidado que me dedico a la mecánica y no a la salud.

—¿Qué te pasa, Amaia? —le preguntó Mario a la vez que ignoraba a Javi.

—Nada. No es nada. Solo que de vez en cuando tengo como ardor.

—Uhhh..., ven. Pásate por mi consulta y te echo un vistazo.

—No sabía que fueras estomatólogo —respondió Javi a regañadientes.

—Al menos soy médico.

Amaia no había percibido tanta testosterona en el aire jamás. Ni cuando el perro de su madre estaba en celo y trataba de montarse hasta las patas de las sillas del salón. ¿Qué narices estaba pasando?

—Me voy a trabajar. —Gruñó Javi.

—Adiós, amor —añadió ella.

—Luego te veo.

Javi se acercó, se inclinó hacia ella y le besó en la mejilla.

—Podéis besaros en la boca. No pasa nada. —Les pinchó Mario.

—Si quieres ver más, hay un par de páginas en internet que pueden ayudarte —respondió Javi mientras salía.

—¿Me ha recomendado porno o me lo parece?

—Pero ¿¡qué ha sido eso!?! —rugió Amaia.

—¿Eso? Pues no sé. Tu chico está un poco tenso.

—¡Y tú un poco tonto del culo, ¿no?! —

—Bueno..., perdona. No quiero meterme con tu chico. Pero ven un segundo a la consulta; quiero echarte un vistazo.

—Estoy bien. De verdad.

—No te lo he pedido, te lo estoy ordenando —le dijo este con un guiño—. Soy tu médico.

Ella le siguió a la vez que dos voces gritonas discutían dentro de su cabeza, pero en silencio, por no asustar al personal. Una decía que Mario se había puesto más desagradable de la cuenta con Javi y que no debía permitirlo, a lo que la otra gritaba como una descosida que Mario Nieto iba a hacerle una exploración abdominal y que se callara como una hija de puta si no quería una muerte horrible. Ella se convenció de que la segunda era la que tenía razón y le puso un candadito a la primera en la boca. Se tumbó en la camilla y Mario le subió la camiseta. La tocó y ella saltó de la impresión cuando sintió sus dedos fríos.

—Joder, Mario, ¡tienes la temperatura de un muerto!

—Perdón, perdón. —Se rio este—. ¡Qué ombliguito más mono, Amaia!

—Doctor, sea usted serio.

Y por dentro «grrrrrr».

—A ver..., no hay rigidez abdominal.

—Y yo que creía que el ABS Shapper estaría dando resultados...

—¿Cuando te da el ardor tomas algo?

—Omeprazol de vez en cuando.

—No abuses, que tampoco es bueno.

—Ya, ya lo sé.

—¿Tomas mucho café?

—El de siempre.

—¿Y bebidas carbonatadas?

—Las de siempre.

—Rebájalas un poco, ¿vale? Puede que el esfínter esofágico se relaje y suba un poco de reflujo.

—Cómo te gusta decir cochinadas.

Mario sonrió de medio lado y le bajó la camiseta.

—Pues ya está, señorita. Cuídese un poquito que la queremos muchos años por aquí. Es prescripción médica.

Amaia sonrió.

—Ya reservé mesa —le dijo.

—¿En el Dray Martina? A Ariadna le hacía también mucha ilusión ir.

—Sí —asintió ella—. ¿Te sigue apeteciendo?

—Claro. ¿Por qué me preguntas eso?

—No sé. A Javi y a ti no os veo muy en sintonía.

—Solo vigilo que cuide bien de ti. Te quiero mucho. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro —contestó con un hilo de voz.

La vocecita a la que había amordazado tiró del candado y gritó dentro de su cabeza que no necesitaba que nadie la cuidara y era lo primero que Javi había entendido de ella. La otra le respondió que se callara y le tocara el paquete a Mario. Ella las ignoró a las dos.

Sandra estaba cabreada. Y no es que ella no estuviese familiarizada con la sensación. No es una gruñona, solo demasiado exigente. Es algo que hemos comentado con ella muchas veces y que admite sin dolor de corazón; algo con lo que lucha cada día y que probablemente no sea tan culpa suya como del modo en que la criaron. Pero vaya, que estaba cabreada. Y lo estaba por muchas razones que a ella le parecían objetivas y un puñado de otras que le rondaban pero que no lograba cazar. Se sentía ninguneada. Se sentía abandonada. Y sobre todo, se sentía perdida. Creo que esperaba que fuera el mundo el que se amoldara a sus necesidades y encontrarse en una encrucijada que le demostraba que era ella quien debía hacerse ese hueco, no le hacía ninguna gracia.

Apoyada en la mesa del despacho de la funeraria, rodeada de facturas para contabilizar y archivar, se preguntaba qué había pasado con el brillante futuro que esperaba para sí misma. Frustrada, como tantas veces nos sentimos, Sandra no sabía hacia dónde canalizar todo aquel torrente de emociones. Se sentía sola. Sus padres disfrutando de una segunda luna de miel, viviendo junto a la playa, dejándola a su suerte. No es que fuera así..., la llamaban cada dos por tres y aguardaban esperanzados a que su hija espabilara. Dejada de lado por sus amigas. Tampoco se

correspondía mucho con la realidad; Amaia y yo estábamos viviendo nuestras propias vidas intensamente y quedaba poco margen para hacer un hueco a Sandra y su historia interior. Yo con abrirme al amor más enajenado de mi vida, dejándome llevar, rompiendo mis propias barreras..., ya tenía suficiente. Vale, dediqué más atención a Amaia, pero es que siempre creí que ella era la verdadera gran incomprendida. Sandra tenía que encontrarse dentro de sí misma y nada podíamos hacer las demás.

Miró su móvil y recordó que hacía poco aún le quedaba la ilusión de tener a alguien nuevo en su vida. Esperar un mensaje con emoción, contestar con una sonrisa tonta en la boca y follar como una descosida con Javi contra una puerta. Había sido lo más increíblemente loco que había sentido en la vida. Estaba habituada a sensaciones estándar, a emociones estables. Y Javi había revuelto su interior. Pero ya no había más. Siendo sincera con ella misma debía confesar que siempre pensó que Javi no estaba demasiado implicado. Él había sido muy claro: era un rollo con el que pasarlo bien y poco más. Pero Sandra había albergado la esperanza de que él se prendara de ella y no porque estuviera locamente enamorada sino porque el ser humano se mueve por instintos tan primarios como el «querer gustar». Lo comprendo, que conste. Hay ocasiones en las que una necesita ser rondada, hacerse la remolona y dejarse llevar aunque no sea ni el momento ni el lugar. Pero Sandra ya se había imaginado a sí misma redecorando un piso en el barrio de Salamanca.

Le habían cundido aquellas semanas. Hacía cosa de un mes que había roto con su novio. Y no cualquier novio. Era el chico con el que había compartido su vida y planes de futuro desde que tenía dieciséis años. ¿Qué pintaba ahora sola? ¿De quién había sido la culpa? ¿Qué habría vivido él en aquellos días? La última vez que lo vio, cuando tuvo aquel encontronazo tan tremendamente violento, había estado amable y parecía dispuesto a volver a implicarse de alguna manera en su vida, ¿no?

Cogió el teléfono y abrió un mensaje nuevo para él. Le dolió ver el último que guardaba en la memoria del móvil. Íñigo le decía que pasaría por su casa sobre las siete y media y que le llevaría un té y un bollito. Se despedía con un «te quiero». Cogió aire y le dolieron las vísceras, aunque sabía que era imposible que aquel dolor fuera real.

«Hola Íñigo. Me ha costado mucho escribirte este mensaje. No estoy contenta con cómo fluyeron las cosas cuando nos encontramos. Estoy pasando por un momento un poco estresante. Pero ¿sabes? Estoy trabajando y poco a poco todo empezará a colocarse en su sitio. Lo sé. Y tú ¿qué tal?».

Lo leyó un par de veces y, aun metida hasta las cejas en un sentimiento de autocompasión, se dio cuenta de que no era un mensaje del todo sincero. No le había costado ningún esfuerzo escribirlo porque hasta aquel momento ni siquiera se lo había planteado. Quiso convencerse de que Javi había tapado algunas cosas. Pero ahora que no estaba, salían a la superficie y flotaban frente a sus ojos. Y ella no podía mirar hacia otra parte. Aunque quisiera. Aunque quisiera hacerlo tan tan fuertemente...

REENCUENTRO

ENTRÉ en el dormitorio de Sandra el domingo por la mañana y levanté un poco la persiana; lo suficiente como para que pudiéramos vernos pero no para que le molestase la luz cuando abriera los ojos.

—Sandra... —murmuré.

—Uhm... —respondió.

—Sandri..., despierta. He hecho el desayuno.

Como no respondió, me tumbé a su lado. Ella se acomodó a mi lado, lanzándome sus brazos alrededor de la cintura, y después abrió los ojos.

—Ah..., qué susto —dijo muy bajito, con la voz ronca de recién despertada—. ¿Qué haces?

—Te despierto. He hecho el desayuno. —Le repetí.

—No es demasiado típico de ti meterte en mi cama y abrazarme.

Totalmente cierto, pero ¿cómo explicarle que Pablo estaba abriendo la caja de Pandora de las emociones humanas dentro de mí?

—No quiero seguir enfadada contigo.

—Ni yo —respondió—. Pero tienes que entender...

—Sandra —la corté—. Vengo a pedirte un favor. Uno grande. Uno que quizá te ayude a sentirte mejor.

—Dime.

—Vive las cosas con nosotras, no contra nosotras. Yo quiero hacer lo mismo contigo y contarte que... estoy cometiendo un error y me estoy enamorando.

Abrió más los ojos y esbozó una sonrisa.

—Iba a responderte que siempre piensas que soy hostil con el mundo, pero lo de que te estás enamorando me ha dejado fuera de juego.

—Voy a despertar a Amaia. Domingo de chicas.

Cuando conseguí arrancar a Amaia de las sábanas donde retozaba, terminé de preparar el desayuno en la mesa del salón, en el que entraba una potente luz primaveral. Abrí la ventana y una brisa suave y cálida se coló revolviéndolo todo. Seguro que Pablo también tendría las ventanas abiertas; estaría en su casa escuchando algún vinilo increíble, despeinado, descalzo, cantando a media voz en ese inglés tan adorable con el que murmuraba las canciones. Y *Elvis* pasearía entre sus pies.

Más que un desayuno, lo que tomamos fue un *brunch*. Tostadas, tortitas con sirope, fruta, zumos y mucho café. Creo que tomamos tres por cabeza. Y yo las miraba tan contenta y feliz de poder compartir aquel momento, que si lo hubiera

verbalizado las dos me hubieran arrastrado a la clínica López Ibor a ingresarme. Pero allí estábamos, las tres, por fin en una especie de sintonía. No tengo palabras para describir el alivio que sentí cuando me di cuenta de que, en mi ausencia (no sé si mientras trabajaba o mientras me trabajaba a Pablo) Amaia se había sincerado con Sandra y ella ya estaba al corriente del maquiavélico plan para seducir a Mario Nieto usando a Javi como gancho. Tener que fingir que aquellas cosas no pasaban en nuestra casa era tremendamente agotador. Y, la verdad, tanto miedo a compartirlo con Sandra para nada. Ella fumaba elegantemente y Amaia hablaba.

—Y allí estaban los dos, joder, agitando las alas como dos gallos de corral. Y yo flipando. Pensaba que me había metido en *Hora de aventuras*, macho.

—¿Qué es *Hora de aventuras*? —pregunté.

—Una serie de dibujos que le gusta. Dan más miedo que otra cosa. Hay un personaje que se llama la Princesa Bultos.

—Joder, Amaia. —Me reí—. Pero ¿tú no crees que siempre se han caído regular?

—No lo sé. A Javi nunca le ha hecho especial gracia Mario, aunque ya sabéis cómo es. Siempre aclaraba que sabía que no era un mal tío. Creo que sencillamente no es el tipo de chico que podría ser su amigo porque no tienen nada en común.

—Solo tú.

—Yo sé que Mario está celoso. No celoso en plan romántico, ¿sabes? Ya me lo dijo. Se siente un poco... territorial.

—Como si siempre te hubiese tenido detrás y ahora la sensación de que tus atenciones se repartan entre él y otra persona no le gustara..., ¿no? —apuntó inteligentemente Sandra.

—Sí, exacto.

—De verdad, Amaia..., si me lo hubieras contado todo antes te hubiera intentado convencer para que no lo hicieras. —Sandra miró al techo como buscando paciencia—. Siempre haces estas envalentonadas extrañas..., lo raro es que él te haya seguido el juego.

—Te has metido en un sarao... —le dije yo—. ¿Habéis pensado cómo vais a salir de eso Javi y tú?

—Sí —asintió muy segura acercándose la taza de café—. Diremos que hemos roto por incompatibilidad de caracteres en el amor. Seremos, además, el ejemplo a seguir por todo el mundo porque... ¡seguiremos siendo amigos de verdad! Como la excepción que confirma la regla. Todo el mundo querrá ser nuestro amigo porque molaremos mogollón como expareja.

—Fer y yo seguimos siendo amigos —aclaré—. Aún no he visto ninguna cola de gente peleándose por ser mi amiga.

—¡No ataques mi plan para dominar el mundo!

Me reí entre dientes.

—Sabes, Martina..., vuestra ruptura fue lo más civilizado que he visto en mi vida —añadió Sandra.

—Y lo más frío.

—Toda la razón —confesé—. Ahora lo veo. Aquello era muy frío.

—Claro, ahora, comparándolo a Pablo Corazón de León. —Y dicho esto Amaia se puso a gruñir como si fuera el león de la Metro Goldwyn Mayer, y a juzgar por su pelo, podría haberlo sido.

—Ponme al día —pidió Sandra apagando el cigarrillo y cruzando los tobillos.

—Martina tiene novio.

Sandra se me quedó mirando pues esperaba que yo lo negara, pero cuando no lo hice, abrió los ojos como platos.

—¡Estás de coña!

—No tengo novio. —Me reí.

—¿Pablo Ruiz y tú estáis saliendo?

—Bueno..., estamos en ello.

—¿Pablo Ruiz? ¿El de las greñas, camisas floreadas y anillos en los dedos?

—Ay, Sandra —me quejé con una sonrisa—. ¿Qué más darán todas esas cosas?

—No, si a mí me dan igual —mintió—. Lo que me sorprende es que a ti también.

—Pablo es tantas cosas...

—Es EL HIPSTER —añadió con sorna Amaia.

—¿Ya lo has conocido?

—¡Qué va! Martina lo esconde como al oro del faraón.

—Encontraremos una situación propicia para presentároslo.

—Podríais venir a la cena.

—Sí, claro. Lo más normal del mundo es presentarte a una cena de parejas con todas tus amigas para que te den apoyo moral. A lo mejor cantaba un poco que Javi y tú estáis fingiendo. —Y Sandra hizo una mueca al nombrar a Javi.

—Cualquier cosa con tal de conocer a Pablo —se burló exageradamente Amaia.

—Yo ya lo conozco.

—Tú le abriste la puerta y te reíste de su camisa —le recordé.

—Sí. Es verdad. —Sandra sonrió orgullosa de su «don de gentes»—. Pero dime, ¿qué ha hecho EL HIPSTER para enamorar a mi amiga Martina, más conocida como Martinator?

—Enseñarme la vida. —Sonreí—. Darle sonido, sabor y textura.

—¡Jodo! —exclamó Amaia—. Pero ¡qué poética te vuelve el amor!

—Ay, calla, joder. Si es que ya sé por qué no os cuento más cosas, leche.

Me levanté de la silla en busca de un cambio de tema y Amaia se puso a gritarme que no hacía falta que me fuera, que no iba a volver a preguntarme si Pablo se gastaba un buen trabuco.

—Si no has mencionado nada, ya doy por sabido que no es hombre de gran envergadura. EN-VERGA-DURA. ¿Lo coges, Sandra? ¿Eh? ¡¡En-verga-dura!!

Las carcajadas de Amaia ensordecieron el comentario sarcástico de Sandra sobre la originalidad de las bromas que se gastaba. Entré de vuelta en el salón y le tendí una

bolsa de papel a Amaia, que se secaba las lágrimas.

—Ay, joder, qué gracia me hago yo sola. Soy la polla. ¿Qué es eso?

—Esto es un regalo de parte de Sandra y mío para que la cena del sábado vaya sobre ruedas. Para que te sientas todo lo bonita y fantástica que eres.

Ella arqueó una ceja y Sandra abrió la boca para decir que no tenía nada que ver con aquello, pero la fulminé con la mirada. Las manitas de Amaia sacaron el vestido de lentejuelas de la bolsa y se echó a reír.

—Esto me cabe a mí en el meñique.

—Eso te cabe a ti por mis cojones. Pruébatelo.

—Ahora no tengo ganas. Acabo de desayunar.

—Poca cosa, además —apuntó Sandra.

—Es que Mario dice que podría tener reflujo, de ahí el ardor. —Arrugó el labio—. ¿Habíais escuchado alguna vez una palabra más desagradable que «reflujo»?

—Sí. Diarrea —apuntó Sandra.

—Tienes razón.

—Pruébatelo. —Insistí y agité la tela delante de su cara.

—Joder, qué peñazo de mujer. Que os agradezco mucho el regalo, que conste, pero es que sé que esto no me va a caer. —Se quitó la parte de arriba de un pijama de la hormiga atómica y nos dejó una panorámica de sus enormes atributos femeninos. Sandra pestañeó y ella se quitó el pantalón, lanzándolo a la otra punta del salón de una patada—. Y verás qué risa cuando tengan que venir los bomberos a sacarme de aquí dentro.

Le ayudé a bajar el vestido por la cintura y abroché la cremallera de detrás. Me alejé un paso.

—Venga, va, sube la cremallera, a la de tres meto tripa. Ya verás qué risa. Voy a parecer una morcilla brillante.

—Amaia, ya está abrochado.

—Ja, ja.

—Amaia..., ¡¡estás increíble!! —gritó Sandra fuera de sí.

—¡Y tú eres idiota!

—Pero ¿por qué me insultas? ¡Te estoy diciendo que te queda genial!

—Ah, ¿en serio? Pensaba que estabas de vacile.

Sus zapatillas de ir por casa (con forma de la cabecita de un borreguito) se deslizaron por el parqué hasta el espejo de cuerpo entero que Sandra tenía en su habitación. Escuchamos un grito ahogado desde allí.

—¡Me cabe!

—¡¡Te cabe!! —respondimos nosotras.

—Pero ¡¡¡que estoy buena y todo!!!

—Gracias por decirle que era de las dos —susurró Sandra.

—De gracias nada. Me debes cuarenta pavos.

Dicho esto le guiñé un ojo y fui a ver a Amaia, que se preguntaba en voz alta qué

zapatos podría ponerse para no parecer pigmea al lado de Javi. Y dijo Javi, no Mario.

JUGAR A HACERLO ESPECIAL

MIENTRAS yo compartía mi domingo con las chicas, Pablo había aprovechado para ponerse al día con cosas de El Mar. Después, por la noche, cedí a los cantos de sirena de sus mensajes, cogí el metro y accedí a pasar la noche con él. Ya sabes cómo son las cosas al inicio de una relación. La Tierra misma gira alrededor de vosotros y todo da igual. Lo único que existe es tu piel, su piel, cómo te mira, lo mucho que tiran tus labios para sonreír y el sabor de su saliva mezclándose con la tuya. Amor..., maldición que nos hace humanos. Espera, espera..., ¿quién ha hablado de amor?

Lunes por la mañana. Nuestro domingo. Hasta el martes por la tarde no teníamos que trabajar. Estaba tumbada boca abajo entre unas sábanas que definí como estrambóticas cuando llegué la noche anterior, pero que ya me encantaban. Flamencos rosas. Flamencos rosas por todas partes y de vez en cuando, uno negro, como infiltrado, llamando la atención de sus congéneres. Me gustó pensar que no cualquier tío tendría en su dormitorio unas sábanas estampadas en un color tan tradicionalmente femenino como el rosa; solamente uno con la suficiente personalidad como para que todo le importe un comino. Como llevar camisetas retro que a saber dónde había comprado, calcetines estampados, el pelo greñado lo suficientemente largo como para hacerse un moño (que le quedaba mejor que a mí y al que había cogido gusto para estar en casa —o le encantaba hacerme rabiarse con él —) y con las manos llenas de anillos plateados.

A mi lado, él dibujaba cosas en mi espalda. A veces adivinaba la forma de lo que estaba haciendo y sonreía. La mayor parte de las veces lo que las yemas de sus dedos dibujaban sin tinta en mi piel eran olas. Olas. Y sus labios coronaban cada una de ellas con un beso, como si fuera la espuma del mar al romperse. Sonaba «Better man» de Paolo Nutini y él la tarareaba entre dientes, diciéndome de vez en cuando que yo también le hacía querer ser un hombre mejor. Tan lejos del sexo; tan cerca de la desnudez más cruda: nada más que una sábana para tapar nuestros miedos, nuestras esperanzas y el cuerpo a través del que nos amábamos. La vida junto a Pablo era jodidamente emocionante hasta cuando no lo era.

—¿Te estás durmiendo? —me preguntó.

—No. Pero podría. Eso que haces es relajante.

—Lo sé. Puedes probar a hacerlo conmigo cuando quieras —bromeó.

—Estaba pensando.

—¿En qué? ¿En lo horrorosamente atractivo que soy y en lo mucho que te apetece hacerme el amor?

Giré la cabeza hacia él y lo vi sonreír en la semipenumbra de una habitación en la que siempre había una puesta de sol.

—Justo en eso. Lees mi mente.

—¿En qué? Venga. —Se acomodó a mi lado apoyado en su codo derecho y yo me giré en la cama para mirarlo.

—Estaba pensando en Amaia. Se puso tan contenta al ponerse aquel vestido...

—¿Le gustó?

—Mucho. —Sonreí—. Nos dijo que, si nos apetecía, podíamos unirnos después de la cena.

—¿A quién se lo dijo?

—A Sandra y a mí.

—Y esa invitación ¿es extensible a mí?

—Supongo. —Sonreí y le acaricié la cara; en un movimiento rápido me dejó un beso en la palma de la mano—. ¿Te apetece?

—Claro. ¿Crees que seremos capaces de salir de esta cama algún día?

—Deberíamos. Mañana trabajamos. Y el resto de la semana.

—Puedo reservar mesa en un sitio para tomar una copa después de esa cena. Nosotros acudimos desde El Mar y quedamos allí con ellos —dijo colocándose boca arriba.

La sábana le tapaba a duras penas por debajo del ombligo, con lo que se adivinaban cosas que me gustaban y mucho. Tardé en concentrarme para contestar.

—Solo si te apetece.

—¿Te apetece a ti que vaya?

—Sí. Pero me da miedo.

—¿Que te deje en ridículo?

—Que ELLAS me dejen en ridículo. Sobre todo Amaia.

—Amaia me caerá bien. No tienes de qué preocuparte.

Me incorporé y me senté a horcajadas sobre él, completamente desnuda. Pablo se mordió el labio inferior con un gesto entre lascivo y cariñoso. Sus ojos siempre me hacían sentir deseada, respetada, venerada. Acaricié su pecho de arriba abajo, clavando las uñas un poco.

—Nunca me había sentido como ahora —susurró.

—¿Cómo te sientes ahora?

—En calma. No tengo ganas de hacer nada.

—Relajado. Y sin que tenga que dibujarte cosas en la espalda. —Sonreí.

—No, no me entiendes. Me entenderías si me hubieras conocido hace unos meses.

—Pues explícate.

—Yo siempre estoy..., bueno, estaba.

—¿Estabas qué?

—Siempre estaba a punto de hacer algo. Siempre inquieto, llevaba las cosas más allá de donde estaban. A veces tiraba de ellas mucho más de lo que las cosas soportaban.

—¿Te refieres a las cosas en general o a las relaciones?

—Qué lista es mi chica.

Me agaché y haciéndome un ovillo me apoyé en su pecho. El corazón le latía sereno y rítmico.

—Nunca había sentido nada más para siempre que esto. No quiero cambiar nada. No quiero que crezca, ni que mengüe. No quiero hacer nada. Solo tenerte aquí para siempre.

—Nada es para siempre.

—Eso es lo que quieren hacernos creer. Pero hay cosas que sí lo son. Y nunca antes me lo había planteado, pero por primera vez creo que tengo algo que durará siempre. Y es perfecto tal y como es.

—Acabamos de empezar. ¿Cómo quieres que sea?

—Ay, pequeña. —Se rio—. No has estado en mis anteriores relaciones.

Pablo se incorporó y colocó un cojín detrás de su espalda. Después alcanzó el paquete de tabaco y se encendió un pitillo. Me levanté y le dije que iba a por agua; recogí su camisa del suelo, donde la habíamos arrojado la noche anterior, y me la puse sobre la piel desnuda. Me tapaba apenas el culo y por su sonrisa deduje que le gustó. Cuando volví con una botellita de plástico llena de agua fría me pidió que cambiara el cedé, que ya había dado un par de vueltas. Elegí uno de The XX y dejé que sonara «Shelter»; Pablo me observaba con la botella a medio camino de su boca. Después tiró de mí hacia la cama, me sentó de rodillas y pegando sus labios a mi cuello dijo:

—Déjame a mí.

Y yo entendí todo lo que contenía aquella petición. Hasta mi cuerpo lo entendió y se tensó en respuesta. Me dio la vuelta hasta dejarme de espaldas a él, con las rodillas y las manos apoyadas sobre la cama. Después tiró de mí hacia atrás y me quitó la camisa despacio..., despacio. Sus manos grandes tirando de la tela, empujándola a dejar de sentir el contacto con mi piel. Mis pezones se endurecieron de anticipación. Siempre estaba muerta de hambre de él. Supongo que es lo que pasa al principio de las relaciones; que uno nunca tiene suficiente placer.

Sus labios besaron mi espalda y sus dedos dibujaron un camino desde mis hombros hasta mis nalgas y de allí a mis muslos, de donde volvieron a subir hasta el centro de mi sexo. Una risa seca se escapó de su boca cuando pudo comprobar que ya estaba húmeda.

—Quiero hacerte sentir sucia.

—¿Sucia?

—Mala chica.

—¿Más?

Volvió a reír y su risa caldeó la piel de mi nuca. Sentí cómo mi sexo se apretaba sobre sí mismo. Me empujó con cuidado con la palma de su mano derecha abierta sobre el centro de mi espalda y me apoyé en el colchón, arqueándome. Jugueteeó en mi entrada y se frotó contra mi humedad.

—Dame la falsa impresión de que mandaré esta vez.

Noté su polla buscando mi interior y cómo se deslizaba sin esfuerzo. Sus caderas se pegaron a mis nalgas y gemimos, acomodándonos.

—No hay nada en el mundo como sentirte así.

—Pablo...

—Me correré fuera.

Empujó de nuevo.

—¿Dónde? —Le pinché.

—En tu espalda. En tu vientre. En tus pezones. En tu boca...

Nos movimos de nuevo, tan pegados que hasta era difícil hacer que entrara y saliera de mí. Solo enterrado en lo más hondo de mi sexo. Yo palpitaba y él se endurecía más aún. Me agarró con firmeza de los hombros y tiró para clavarse con un gruñido. Después, el dedo corazón de su mano derecha se acercó a mis labios y aprovechó mi gemido durante la embestida para colarlo en mi boca, donde lo lamí. Volvió a empujar, dentro y fuera, dentro y fuera. Con fuerza. Duro. Seco. Tiró de mi pelo con la mano libre y yo agarré su dedo entre mis dientes y paseé mi lengua empapada alrededor.

—Si sigues haciendo eso se me irá la cabeza —avisó.

—¿Y qué significa eso?

—Que me pondré a joderte como un animal hasta que no me quede nada dentro. Hasta que todo esté sobre tu piel. ¡Ah! —gimió al penetrarme de nuevo.

Moví mi cadera en círculos y solté su dedo de entre mis dientes. Pegó un tirón a mi pelo y volví a moverme sinuosamente mientras me penetraba.

—Dios..., si vieras esto —rugió.

—Cuéntamelo.

—Mi polla totalmente húmeda de ti. ¿Notas lo duro que estoy?

—Joder, sí. Hazlo más fuerte.

—Estás tan caliente, tan apretada... No puedo. —Paró, me dio la vuelta y abrió mis piernas. Me penetró con fuerza, sosteniéndose encima de mí con sus brazos—. Necesito verte la cara.

—¿No era mejor lo que veías antes? —me burlé.

—No. No hay nada mejor que la cara de guarra que me pones cuando te follo.

Me eché a reír y él hizo lo mismo mientras se acercaba para besarme. Un beso todo lengua. Todo saliva. Su lengua deslizándose sobre la mía, lamiendo despacio. Todo era tan caliente, tan delirante...

—Así que soy una guarra. —Jugueteeé arqueándome y frotándome contra él.

—No. Disfrutas de esto tanto como yo. Y me vuelve loco.

Aceleramos las embestidas y la fricción. Estaba a punto de correrme cuando Pablo paró y salió de mí.

—Mierda, me corro —se quejó jadeando.

Se recostó de nuevo y la metió despacio con los dientes apretados. Mordió mi hombro con fuerza y cerré los ojos, abandonándome a las sensaciones, a los olores, a su piel húmeda encima de la mía.

—Mmm... —gemí de gusto, mezclado con el dolor de sus dientes clavados en mi piel.

—Córrete. No aguanto más.

—Nunca se habían corrido dentro de mí. No como tú lo hiciste el otro día.

—Para... —suplicó.

—Me gustó tanto sentirlo...

—Para, Martina.

—Córrete. Dios..., córrete.

Se sujetó de rodillas y agarró mis nalgas hasta levantar mi cadera. Empujó sin control dentro de mi cuerpo y me toqué. Mis dedos frotaban mi sexo húmedo y Pablo gemía y gruñía.

—Grita —le pedí—. Grita y córrete.

—¿Dentro?

—Fuera, Pablo. Fuera.

—Joder, quiero llenarte. Quiero que te pases la noche llena de mí.

Cerré los ojos para evitar ponerlos en blanco y subí los brazos hasta agarrar la almohada, que apreté entre mis dedos. El orgasmo creció hasta inundar mi cuerpo, azotándolo aquí y allá, como latigazos caprichosos que dejaban una huella en mi piel enrojecida. Creo que grité. Él me acompañó hasta que no se pudo escuchar ni siquiera la música y salió de dentro de mí para lanzar gotas perladas por encima de mi pecho. Llegaron hasta mis pezones. Y Pablo agitaba su polla con la mano y los ojos clavados allá donde me salpicaba hasta que se derrumbó sobre mí y su propio semen.

Jadeos. Gemidos apagados. Un beso.

—Lo siento —dijo con un hilo de voz a la vez que se dejaba caer a mi lado.

—¿Por qué?

—Hoy no pude hacerte el amor.

—¿Entonces?

—Hoy te follé con ganas de quererte.

El agua de la ducha, poco después, nos limpió de ganas y fluidos.

AIRES DE FIESTA. O NO

EL otro día le mandé un mensaje a Íñigo.

Amaia y yo nos quedamos paradas con la cuchara a medio camino entre el plato y la boca. Sandra movía la crema de calabacín como si estuviera a doscientos grados.

—¿Perdona? —dijo Amaia con una nota aguda en la voz que debió hacer ladrar a todos los perros en un kilómetro a la redonda.

—Que le mandé un mensaje cordial para disculparme por el encontronazo en el centro comercial. Me quedé con mal cuerpo.

—Te quedaste con tan mal cuerpo que has tardado..., ¿cuánto? ¿Tres semanas en escribirle?

—Hay cosas que son difíciles de decir, Amaia. No me entiendes.

—Perdona. Soy una mujer que dentro de tres días tiene una cena con el tío por el que está colgada, su novia y un mejor amigo que debe fingir que se me trajina. ¿Crees que no estoy preparada para entender situaciones complicadas? ¿De verdad?

—Tus situaciones no son comparables con nada. —Me reí.

—Pablo Corazón de León te pone a ti de muy buen humor, ¿eh? Pues que sepas que me caes mejor cuando eres un robot que imita las emociones humanas. Me perturba que las tengas por ti misma. Debes estar violando al menos dos de las tres leyes de la robótica de Asimov. Te programaron para protegernos, no para sentir. —Y lo peor fue que su semblante estaba completamente serio.

Me eché a reír y me metí la cuchara en la boca para no responder. Tenía que recordar aquella conversación. A Pablo le haría mucha gracia.

—A ver, Sandra, ¿y te ha contestado?

—No. —Apartó el plato lleno y se mesó el pelo—. Y ya hace..., joder, hace como una semana o así.

—Hasta tres semanas tiene de margen —apuntó malignamente Amaia.

La reprendí en silencio.

—Quizá debería llamarle.

—¿Para qué exactamente? —quise saber.

—Para..., no sé. Para cerciorarme de que le ha llegado el mensaje.

—Los sms no son como las cartas durante la Segunda Guerra Mundial, flor. Los sms llegan sí o sí —contestó sarcástica Amaia.

—A lo mejor necesita tiempo antes de volver a retomar el contacto contigo. Fueron casi quince años —apunté.

—Pero cuando me lo encontré en H&M parecía, no sé, abierto a hablar, a ser

amigos.

—¿Y tú quieres ser su amiga? ¿O es que te ha entrado el frío al ver lo mal que está el mercado y quieres recuperar tu manta?

—Amaia, haz el favor —le pedí.

—Eres una auténtica cretina —le discutió Sandra.

—Sandra, esa relación ya no marchaba, tú misma lo dijiste. —Intenté poner paz.

—Ya, ya lo sé. Pero tenía la esperanza de que pudiéramos ser amigos.

—Mentira. Nunca le dices a tu ex, el que quieres que sea tu amigo, que ya te estás calzando a otro —argumentó Amaia.

—Estaba dolida. Él me conoce.

—Demasiado te conoce.

—Amaia, ¿¡qué cojones te pasa conmigo!?! —saltó Sandra dolida.

Amaia suspiró.

—No es personal. Es que estoy nerviosa. Los nervios me vuelven demasiado sincera.

—Pues ponte el filtro. Es complicado.

Aparté el plato vacío de crema y acerqué la fuente de pechugas de pollo marinadas y verduritas. Me serví con ceremonia y después las miré. Las dos tenían los ojos clavados en mí.

—¿Qué pasa?

—Hasta yo sé que estás buscando las palabras adecuadas para decir algo —rugió Sandra—. Ella se pasa de sincera y tú te pasas de protocolo.

—Solo es que..., a ver. Quizá Amaia tenga un poco de razón y lo de vuestro encuentro en el H&M haya sido como la gota que colma el vaso y quiera sencillamente distanciarse. Conocemos a Íñigo desde que no tenía ni bigote...

—Mira, como tu novio ahora —terció Sandra malignamente.

—Lo que quiero decir es que Íñigo no te dejó porque no te quisiera o porque hubiera otra persona. Lo hizo porque la situación en la que estabais desde hacía años le dolía.

Sandra suspiró.

—Y Pablo, uno: no es mi novio. Y dos: no tiene demasiada barba, pero tiene un buen césped donde hay partido cada noche.

Amaia soltó la cuchara con estrépito y empezó a toser. Sandra me miró como si acabase de decir que quería beber lejía como postre.

—Pero ¿¡¡qué tipo de sustancia emana ese hombre!?!? ¡Te ha vuelto loca! —Logró decir Amaia.

—Me ha vuelto loca de tanto follar.

Me reí a carcajadas viendo la cara que ponían.

—¿Eres así con él? —se extrañó Sandra.

—Ni de coña. —Cogí el cuchillo y partí un trocito de pollo—. Pero me encanta ver la cara que ponéis.

—Loca del coño. —Y Amaia lo dijo entre dientes.

—A lo mejor debería concentrarme en recuperarlo. Volver con él —comentó Sandra retomando su conversación.

La que la miró como si hubiese enloquecido en ese momento fui yo.

—Pero Sandra, por Dios..., ¿es que lo de Javi no te enseñó nada?

—Sí. Que los que tienen cara de buen chico son los peores.

—No te metas con Javi que la crema no sé, pero el plato sí que te lo comes —amenazó Amaia.

—Me refiero a si no te hizo ver claro que lo que tenías con Íñigo solo era una relación residual. —Intenté explicarle.

—¿Relación residual?

—Sí. Queda el cariño y el respeto.

—¿Respeto dices? —Se descojonó Amaia.

—¡¡Amaia!! —gritó Sandra.

—Tienes razón, pequeña. —Y al decir pequeña me acordé de Pablo y sonreí—. Si otro tío te hizo sentir tantas cosas es porque lo que quedaba no era amor. Y sabes que no le tratabas de la mejor manera.

—Qué fácil es teorizar sobre vidas ajenas —murmuró de mala gana.

—Termina de comer. Tienes que acompañarme a comprar una faja para el sábado —contestó Amaia farfullando con la boca llena de pollo.

—He visto unas muy monas en H&M —apunté pinchando un champiñón.

—H&M. Grrr. —Gruñó de mala gana Sandra—. No pienso volver a entrar allí.

—Ya veremos lo que dices cuando estrenen la colección de otoño —dije para hacerla de rabiar.

Amaia y yo nos echamos a reír y ella se levantó de la mesa y pegó un portazo al entrar en su habitación.

—Ya se le pasará —le dije a Amaia—. Termina. Yo te acompaño a H&M de camino al curro.

Me sonrió con gratitud y se quedó mirando la tele, que teníamos puesta de fondo.

—Uhhh —gorjeó—. Me encanta ese tío.

Me giré y vi imágenes de un concierto, alternadas con una entrevista a un chico moreno, muy mono, lleno de tatuajes. Algo en la cara de este me resultaba familiar.

—¿Quién es?

—Gabriel. Antes cantaba con los Disruptive, pero se lanzó en solitario hace unos años. Está tan bueno que le hacía un traje de saliva.

Me fijé en las imágenes con los ojos entornados.

—Hostias, Amaia. Pero ¡si es igual que Javi!

—¿Qué dices, loca?

Me partí de risa.

—Pero vamos, que si lo peinas de otra manera y lo vistes de buen chico podrían ser mellizos separados al nacer. —Me tronché.

—Tú estás ciega, loca y sordomuda, como decía Shakira. —Y sonó a «Charkira». Me froté la cara. Ay, madre, Amaia. Ella soltó los cubiertos.

—En realidad... vuelvo a tener un poco de ardor. No quiero más.

No le dije que me preocupaba. Tampoco le dije que estaba segura de por qué estaba tan nerviosa. No. Lo callé. Aunque fuera tan evidente para todos los que quisiéramos mirar. Ahora solo me quedaba esperar que se solucionara de la mejor manera posible. En realidad era mejor que Amaia no identificara lo que le pasaba por si la otra parte tampoco lo hacía jamás.

—¿Qué te vas a poner el sábado? —le pregunté a Pablo entrando en su casa, después de trabajar.

—Pues no sé. ¿Hay *dress code*?

—No. Pero tengo miedo de que elijas aquella camisa..., la de los bordados. Amaia no dejaría de reírse en toda la noche.

—¿Qué camisa? ¿Con la que me dijiste que estaba horrible? —Encendió la luz del pasillo y *Elvis* apareció desperezándose, estirando las patas de atrás adelante. Después fingió que se desmayaba panza arriba y yo acudí a rascarle un poco la barriguita.

—Esa misma.

—Eres cruel. Me la compré en Blondie Vintage, en Londres. Me encanta.

—Que es *vintage* no puede esconderlo. Que es horrorosa, tampoco.

—No tengo inconveniente en que eches un vistazo al armario y selecciones lo que menos pena te dé. Vamos, *Elvis*. Deja a la perra ingrata y ven con tu dueño, que va a darte de comer.

—Qué mal suena lo de dueño —murmuré mientras me dirigía al dormitorio a dejar las cosas.

—Ven con papá —se burló, cogiendo al gato en brazos—. Joder..., creo que lo alimento de más. *Elvis*, ya estás preparado para abandonar Las Vegas. Los monos con flecos ya no le hacen ningún bien a tu figura.

Encendí la luz de su dormitorio. Allí dentro olía como siempre; una mezcla de su perfume, velas y hogar. Dejé el bolso sobre la cómoda con la que me tropecé después de mi primer despertar en su cuarto y por curiosidad me acerqué al armario. Había estado allí mil veces, pero nunca me había aventurado a abrirlo.

—¿Quieres algo de comer?

—No. —Respondí desde allí.

—Lo digo porque me voy a calentar algo.

—Vale, vale —contesté mientras buscaba la luz del armario. Era uno de esos de cuerpo entero, empotrado, que tendría tantos años como el edificio. Mucha tela colgada, pero no me atrevía a salvar de la quema nada antes de verlo bien.

—¿Tu «vale, vale» significa que después te comerás la mitad de lo que me

prepare para mí?

—Claro.

Lo escuché reírse y por fin encontré el interruptor. Cuando la luz se posó sobre toda su ropa ahogué un grito con las palmas de mis manos.

—¡Por el amor de Dios, Pablo!

Me giré para encontrarlo apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. Aquella noche llevaba puesta una sencilla camiseta de algodón negro de manga larga a conjunto con los pantalones vaqueros pitillo. Nada que ver con el despliegue de originalidad de las prendas que colgaban pulcramente de las perchas.

—Esta es la mayor masacre estilística que he visto en mi vida —exageré.

—No, qué va. No lo es —aseveró con expresión pagada de sí misma—. Esto va conmigo; es diferente, eso sí.

—¿Lo de arriba es un sombrero? —le pregunté sin saber muy bien adónde mirar.

—Te dije que tenía un sombrero de ala ancha. Y un bombín. —Se colocó a mi lado y sonrió—. Y varios borsalinos.

—Londres —le dije.

—Londres. Madrid. No lo sé. Me he comprado ropa en muchos sitios.

—Perdona..., ¿el estampado de esa camisa son motos?

—Sí —asintió riéndose—. Me encanta.

Motos. Lunares. Rayas. ¡Flamencos! Paisley. Leopardo. Cuadros con flores (sí, todo junto). Pájaros. Más flores. Transparencias. Espera..., ¿transparencias?

—¿Eso de ahí es transparente?

—Ligeramente.

—¿Ligeramente? Explícate. ¿Se te ven los pezones con ello puesto?

—Se adivinan.

—Por el amor de Dios, Pablo.

Me froté la cara y él se quitó la camiseta que llevaba. Uhm. El *piercing* en el pezón... qué salida de tiesto y cómo me ponía. Dejó extendida sobre la cama la ropa que llevaba y cogió una de las camisas. Se la colocó y abrochó botón a botón, muy concentrado, sin llegar hasta donde yo la habría abotonado, claro. Después se arremangó y me miró muy serio.

—¿Es tan horrible?

A ver. ¿Por dónde empiezo? No es que no estuviera guapo. Lo estaba a rabiar. Pero es que no estaba acostumbrada a la modernidad. Tanta modernidad en la tela de la camisa de un tío, para ser más concreta. La defendía con un estilo que solo él podía imprimirle a las cosas. Seguro que con una bolsa de basura estaría espectacular, pero prefería no decírselo, por si le daba por hacer la prueba.

—Pablo..., a ver.

Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Martina, hija. ¿Tengo que vestirme como un notario para no avergonzarte?

—Con una camisa blanca o negra me conformo.

—Pero es que yo visto así. —Señaló el armario—. Es mi estilo.

—Es que es demasiado...

—¿Demasiado qué...?

—Estiloso. Somos muy de pueblo para entenderlo.

Pablo se quitó la camisa y la dejó colgando nuevamente de la percha. Se desabrochó el pantalón, se sacó los botines y lo guardó todo en silencio.

—Me he pasado, ¿verdad? —pregunté nerviosa—. Me he pasado. No soy tu mujer. No puedo hacer estas cosas.

Levantó la mirada hacia mí y vi su nuez viajar arriba y abajo.

—No es eso. Es una lucha más antigua que nosotros. Estoy habituado. Es solo que, bueno..., soy una persona que necesita expresarse con libertad de muchas formas. Y esta es una. No es que no haya encontrado esa actitud en otras de mis parejas.

Otras de mis parejas. Mierda. Lo primero..., ¿éramos pareja tal cual? Lo segundo..., ¿otras de sus...?

—Joder, lo siento. Pero no vuelvas a decir otras de mis parejas, suena fatal. Como si tuvieras muchas a la vez, en plan harén. Y me inquieta el término.

Se sentó a los pies de la cama con un pantalón de pijama y se pasó las manos por el pelo, echándolo hacia atrás. No. Aún no había ido a cortárselo y se le empezaba a ir de las manos, pero no sería yo quien se lo dijera en aquel momento.

—Quería decir que alguna chica antes que tú ya expresó su inconformidad...

—Es que son un poco... chillonas.

—Algunas. —Sonrió.

Paseé la mano por el perchero, echando un vistazo a lo que había allí dentro. Me pareció leer algo en una de las camisas y la agarré. Sí, sin duda: la etiqueta decía Yves Saint Laurent.

—¿Esta camisa es de Yves Saint Laurent?

—Sí.

—Coño. —Se me escapó.

Ojeé. Dior. Chanel. Mecagüenmismuertos. Givenchy.

—Va a ser que sí que eres un *fashion victim*.

—Malena era estilista. Conseguía muchas cosas tiradas de precio.

Se levantó y sin mirar atrás se marchó hacia la cocina. Ahí estaba de nuevo. La tal Malena, con la que sabía que había mantenido una relación de seis años de la que quedaba una guerra. Malena, probablemente la culpable de aquel ataque de locura transitoria que le dio en la cocina semanas atrás. Cerré el armario, no sin antes fijarme en unos botines que guardaba allí. Joder. Unas gastadas suelas rojas me dieron la respuesta a mi pregunta. No sabía mucho de moda, pero creo que casi todo el mundo puede reconocer unos Christian Louboutin cuando los tiene delante. Y yo, ahí, a su lado, la mujer de los jerséis básicos, los vaqueros sosos y las Converse

blancas. Le seguí hasta la cocina y me pasó un plato humeante con un trozo de hojaldre.

—¿Quieres agua, Coca-Cola o cerveza?

Crack estaría bien para poder enfrentar esta conversación.

—Agua. Oye, Pablo. —Me senté en la banqueta frente a él y esperé a que se sentara y diera un mordisco a su comida—. Te he ofendido, ¿verdad?

—Un poco —dijo tapándose la boca. Siguió masticando—. No te preocupes. El sábado me pondré una camisa lisa.

—En realidad no tienes que hacerme caso. No tengo ni idea de moda y a la vista está que tú sí.

—Yo no sé de moda. Sé lo que me gusta y lo que no.

—Y tú ex era estilista... —musité con pies de plomo.

Levantó la mirada hacia mí y asintió.

—No es que me apetezca mucho hablar de ella, pero lo cierto es que era buena en lo suyo.

—¿Era?

—Perdió su trabajo cuando nos instalamos en España. Aquí las cosas nunca le funcionaron tan bien. —Se encogió de hombros y pareció masticar y tragar la información restante.

—No entiendo mucho de estas cosas —empecé a argumentar mientras pellizcaba el hojaldre y jugueteaba con él—, pero dicen que si no puedes hablar de tu expareja es que no lo has superado.

—Es que no lo he superado —aseguró.

Quise morirme. Quise correr a por el bolso y marcharme. Quise borrar su número y meter la cabeza en el congelador hasta que se me olvidase que soy humana. Pablo pareció darse cuenta. Apartó la comida, se limpió las manos en una servilleta y enderezó su discurso.

—Quiero decir que uno nunca supera haber llegado a vivir ciertas situaciones con su pareja, por más ex que sea. Situaciones desagradables que no hay que olvidar para no repetir jamás. Malena y yo rozamos lo enfermizo; no sé cómo no nos encerraron. Éramos malos el uno para el otro. Y no quiero superarlo para no ser jamás malo para ti. Eso es lo que quería decir.

—Ah. —No supe qué más añadir. Yo no tenía a mis espaldas una relación como la suya, ponzoñosa, que doliera, así que no sabía ni siquiera qué podría decir después de aquello.

—¿Te sientes pequeña cuando la nombro?

El salón estaba casi en penumbra. La única luz que nos iluminaba era la de un par de lámparas de pie que, por cierto, nada tenían que ver la una con la otra. Los ojos de Pablo, tan claros y fríos bajo la luz normal, parecían más cálidos y profundos entonces. Y yo era tan minúscula que apenas lograba encontrarme a mí misma debajo de mi ropa, mi preocupación y lo jodidamente marciana que me sentía.

—No lo hagas —me pidió—. Malena no es nadie que deba importarte.

—Pero te importa a ti.

—A mí me importas tú. Y el hombre que soy contigo.

Coño. Para ser dos adultos que huían del concepto del amor como dos gatos escaldados del agua, empezábamos a movernos en términos complicados.

—Ella aceptaba tus camisas —bromeé.

—Por favor... —Cerró los ojos y volvió a revolverse el pelo—. No hagas eso. No hagas bromas sobre cosas que te preocupan. Comuniquémonos como adultos. Dime qué te preocupa y lo hablaremos.

—A veces no te entiendo. —Arqueé las cejas—. Y me siento lejos.

—¿De mí?

—Del mundo. Me haces sentir marciana.

—Digamos que no somos las personas más normales sobre la faz de la tierra. —Sonrió—. Pero nadie dijo que eso fuera malo.

—Solo quiero saber una cosa.

—Pues pregúntamela.

—¿Van a perseguirme tus fantasmas?

—No —negó tajante—. Tú, Martina, eres el futuro. Y yo soy un hombre que no vive en el pasado. Yo donde quiero vivir es aquí y ahora. Contigo.

—Me da la sensación de que el nombre de Malena es una especie de bomba lapa pegada a mil cosas que aún no sé de ti.

Pablo tragó saliva con dificultad, cogió aire y lo dejó escapar entre sus labios.

—Martina. Tu nombre es el único que explota dentro de mi pecho. Tú eres lo único que me he tomado en serio y con madurez en mis treinta y un años. La cocina y tú. Nada más. Nunca me planteé compartir mi vida al completo con alguien hasta ahora.

Vida al completo. Mi nombre explotando en su pecho. Una relación madura. Tomarme en serio. Que alguien me corrija si no estoy en lo cierto..., ¿no sonaba todo aquello a discurso romántico? ¿Dónde habíamos dejado el pragmatismo de nuestra relación?

—Es pronto. —Acerté a decir.

—¿Quién lo dice? Porque para mí es solo el momento indicado.

Alargó la mano y cogió la mía. Miré sus dedos llenos de anillos entrelazarse con los míos. Su tacto, me gustase o no, me tranquilizaba.

—Pequeña... —susurró con dulzura.

—¿Te cansarás de mí también?

—Uno no puede cansarse de lo que da sentido a su vida sin volverse loco.

Cojones. Qué miedo.

—Esas frases en otro me darían ganas de vomitar.

—Pero no las dice otro. —Sonrió—. Las digo yo, que tengo una camisa con motos estampadas.

—Esa camisa es terrible.

—Como tú.

Tiró de mí y me besó por encima de la barra de desayuno y los platos.

—¿Estarás mucho rato enfurruñado por haber criticado tu estilo? Me muevo como pez fuera del agua con estas cosas. Prefiero indicaciones.

—Se me pasará en cuanto me la chupes.

—Pensaba chupártela hoy, pero mira por dónde, ahora ya no me apetece.

—Pues entonces se me pasará cuando te sientes sobre mi pecho, me agarres del pelo y...

—Cállate. —Le tiré la servilleta porque esperaba que no siguiera diciendo nada más.

Pero me levanté de la banqueta y fui hacia el dormitorio con la esperanza de que sí me siguiera, porque me moría de ganas de sentarme en su pecho, agarrarle del pelo, llevarlo hasta mi sexo y que hundiera su lengua entre mis pliegues mientras sus manos apretaban mis nalgas. Y correrme en los mismos labios que después me besarían con desesperación, húmedos de mí, mientras me penetraba.

Amaia cogió el teléfono y llamó sin mirar la hora que era. No podía dormir y le parecía que el tiempo pasaba horriblemente lento, de modo que no se dio ni cuenta de que eran las dos pasadas. Las dos de la mañana. La voz de Javi contestó al sexto tono, cuando ya pensaba colgar y mandar un mensaje poco amable.

—¿Sí? —preguntó atontado—. ¿Qué pasa?

—¿Qué te vas a poner el sábado?

—¿Amaia?

—Claro que soy Amaia. ¿Has quedado con alguien más el sábado, morral?

—Pero... ¿qué hora es?

Amaia miró el despertador, dispuesta a decirle lo abuelo que era por estar dormido a esas horas, pero hizo una mueca de apuro. Las dos y diecisiete minutos.

—Ups —musitó.

—Joder. Mierda. Amaia, me acaba de dar un puto microinfarto. —Y su voz no sonaba a la suya.

—Suenas raro.

—Llevaba durmiendo dos horas. Claro que sueño raro.

—Lo siento. Ya hablamos mañana.

—Ahora no cuelgues, cobarde. Si me has llamado a estas horas debe ser por una buena razón.

—En realidad no. No podía dormir y me he dicho: voy a hablar con Javi.

—¿Porque mi voz te calma como un biberón?

—Igual me calmaba mamarme un buen biberón.

—Joder, Amaia. —Se descojonó—. A ver..., ¿qué pasa?

—Estoy nerviosa. Me he comprado una faja y todo. Yo con faja. Y no es que no la necesite, es que estoy contra la faja como concepto. Me parece una falacia visual. ¿Qué más da que no se te marque en el vestido si lo tienes apretado ahí abajo y se desborda cuando te desnudas?

—Como un buen rabo.

Amaia lanzó una carcajada.

—¿Qué te vas a poner el sábado? —insistió ella.

—Uhm..., pues no sé. Quería preguntarte porque mi idea era, pues eso, ser yo mismo..., yo mismo fingiendo que tengo una apasionada vida sexual contigo.

—¿Y el Javi que tiene una apasionada vida sexual conmigo qué se pone para cenar con su archienemigo?

—Un parche en el ojo y un gato en el regazo.

Amaia se rio y se tumbó en la cama.

—Estás sembrado. Voy a tener que despertarte más a menudo.

—Intenta que no sea por teléfono. Cuélate en casa por la ventana o algo.

—Vestida de ninja. De tortuga ninja.

—Me encantaría.

Los dos se rieron como dos críos.

—No desvíes el tema de conversación. Tu modelito para el sábado.

—Pues no sé si te parecerá bien, pero... ¿vaqueros negros y camisa negra o vaqueros azules con camisa blanca?

—Uhm. No sé. Creo que no te he visto en la vida con camisa. Siempre vas con camiseta.

—No es verdad, pero nunca me prestas la suficiente atención. En la cena de Navidad llevé camisa.

—¿Estuviste en la cena de Navidad? —se burló Amaia.

—Ja. Ja. Me meo.

—Camisa y vaqueros está bien, sea cual sea la combinación. Yo voy muy elegante. Llevo un vestido de lentejuelas.

—¿Rojo, con un corte en la pierna y guantes hasta el codo?

—No me digas que te pone Jessica Rabbit.

—No creo que haya nada en el mundo que me la ponga más dura.

Amaia notó cómo se sonrojaba sin necesidad de mirarse en el espejo. Era la primera vez que escuchaba a Javi decirle algo en aquel tono. Claro, un mes atrás ella se convencía a sí misma de que a Javi lo que le gustaban eran los rabos, como a ella. Caballo grande, ande o no ande.

—Eres perverso.

—Me pondré algo que combine con tu vestido de lentejuelas. Buscaré a ver si encuentro el disfraz de conejito.

Los dos se echaron a reír.

—Bueno, te dejo dormir.

—Ahora ya me dejas dormir, ¿no? Después de recordarme a Jessica Rabbit.

—¿Eres zurdo o diestro?

—¿Para qué?

—Para pajearte.

—Ambidiestro. Buenas noches, enana.

Amaia dejó el teléfono sobre la mesita de noche, se metió en la cama y se acomodó. Apagó la luz. Seguía despierta, pero la inquietud había sido sustituida por ese alivio que solo le generaba la voz de Javi. Ni su madre lo conseguía como él. Era como si, cuando le escocía algo dentro, él tuviera la palabra adecuada que sirviera de bálsamo. Era un regalo. Javi era el amigo que toda chica necesita. El móvil se encendió iluminando la habitación al completo y cuando lo alcanzó se encontró con un wasap de Javi.

«Me duele la cara de sonreír. Solo tú tienes ese efecto. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo contigo para que no estuvieras nerviosa».

«A mí me duele la cara, pero de ser tan guapa. Siempre me calmas. Eres mi Valium. El sábado todo saldrá genial. Gracias por acceder a meterte en esta movida».

«El sábado todo irá genial; yo también estoy seguro. Y cuando llegues a casa a lo mejor has entrado en razón».

«A lo mejor el que ha entrado en razón es Mario y nos casamos en Las Vegas con Elvis oficiando la ceremonia».

«Cuidado con lo que deseas. Puede que ya hayas cambiado de opinión pero aún no te hayas dado cuenta. Buenas noches».

Amaia casi no pegó ojo. Unas horas después, a las siete de la mañana, me mandó un mensaje al móvil contándome que había dormido solo minutos a saltos y que jamás confesaría lo que estuvo soñando. Pero yo ya lo sabía. Y seguro que tú también lo sabes.

LA FIESTA. PARTE I. PRESENTACIÓN. ACICALAMIENTO

AMAIA me dijo que si tenía que conocer a Pablo después de la cena del infierno, sumaría estrés a su ya estresante situación, de modo que le pedí que pasara a recogerme antes del trabajo aquel sábado.

—Te la presento y de paso meto en tu coche el vestido para esta noche; así no tengo que cargar con él en el autobús.

—Qué pragmática es mi niña —respondió.

A las tres y cuarto llamó al timbre y yo me pasé por la habitación de Amaia para avisarla.

—Amaia. Pablo está subiendo. Van a ser cinco minutos a los sumo porque nos tenemos que ir. Intenta ser... persona. Con que seas persona me vale.

Abrió la puerta con unos rulos puestos en la cabeza y una bata estampada.

—¿Me visto o le da igual? Total, soy fauna marina en pijama, con bata o vestida de Diane Von Furterjer.

—Creo que el apellido no es así —dije frunciendo el ceño.

—Me la come.

—No hace falta que te vistas.

Unos nudillos golpearon la puerta y yo me acerqué para abrir de un tirón. Pablo llevaba una camisa de las suyas, pero de la parte más discreta de armario. Cuadros. Colores extraños pero cuadros. Estaba claro que él también había planeado cambiarse después del trabajo.

—Hola, pequeña. —Me sonrió y me dio un beso.

Sus ojos se desviaron a algo que había detrás de mí y esbozó una sonrisa enorme.

—Madre mía. ¿Amaia?

—La misma que viste, calza y se peina. —Sonrió ella—. Por el amor de Dios, Pablo, qué susto me habían dado estas dos zorras. Por su descripción te juro que me imaginaba una especie de Camarón de la Isla reencarnado. Y las fotos no te hacen justicia.

Pablo se descojonó.

—Pues perdona que te diga, pero Martina me había dicho que eras preciosa y pensé que era amor de amiga. Ya veo que ella es siempre precisa.

—Como una maquinaria bien engrasada.

Se dieron un abrazo y un beso que me llenaron por dentro de una sensación

insoportablemente placentera.

—Uhm..., eres alto.

—Gracias, supongo.

—Me gustan tus botines. ¿Son de chica?

—Es posible. Me los regaló mi madre, que está convencida de que me compro la ropa en Zara Kids, en la parte de niñas.

—¿Puedo probármelos?

—Claro.

—Amaia... —dije asustada por los derroteros de la conversación.

Ambos desaparecieron tras la puerta de doble hoja del salón. Al asomarme vi a Pablo quitándose uno de los botines y cediéndoselo sonriente a Amaia.

—Me gustan tus calcetines —le dijo esta. Ese día tocaban dibujos de hamburguesas.

—Mi madre de nuevo.

—Cuidado, Martina. Eso suena a niño con mamitis.

—Créeme, no es el caso. —Se descojonó él.

—¿Qué pie calzas?

—El 42.

—¡¡Qué pequeño!! Pero ¡si eres muy alto!

—Ya. Misterios de la vida. Digamos que no cumplo la proporción áurea.

—¿Pene pequeño? Martina no me habla de él, así que me imagino lo peor.

—Minúsculo —le respondió él con fingida cara de disgusto—. Es muy discreta, pero a veces no le queda más remedio que preguntarme si ya la he metido.

Me tapé la cara y me di un cabezazo contra la pared. Ojalá tuviese una capa de invisibilidad. Amaia se puso el botín y se lo abrochó. Se miró, conforme con vete tú a saber qué, y se lo devolvió con la ceja arqueada.

—Mentiroso. Ningún hombre con pene pequeño bromea sobre ello.

—¿Podéis...? —empecé a suplicar.

Pero Pablo me interrumpió.

—Yo sí. Tengo un pene pequeño, pero un gran sentido del humor.

—¿Sabes? Eres muy guapo. Tienes unos ojos muy bonitos.

—Tú también. Tendríamos hijos divinos. ¿Estás segura de que no te apetece pasar de la cena de hoy y fugarte conmigo?

—Después de la que he liado con este asunto, si me fugo contigo me busca hasta la camorra siciliana.

—Estoy de acuerdo.

Pablo se volvió a poner el botín y se levantó.

—Ha sido un placer, Pablo Corazón de León.

—Lo mismo digo, Amaia Ojos de Cristal.

—Me cae bien tu novio —dijo mirándome muy seria, como si él no estuviera allí.

Perdona. Amaia acababa de decir delante de Pablo que era mi novio, ¿verdad? Es

por asegurarme antes de que las ganas de tirarme por la ventana se hicieran incontenibles. Abrí la boca para tratar de arreglar la situación pero solo me salió un gemidito al que Pablo contestó con una carcajada. Sin saber qué hacer ni qué decir di media vuelta, recogí mis cosas y salí al rellano.

—Por cierto, qué elegancia. —Escuché que le decía Pablo a Amaia antes de salir.

—Soy de esas pocas mujeres a las que los rulos les favorecen, ¿qué le vamos a hacer?

Pablo se unió a mí sonriente en el ascensor y yo le miré durante buena parte de la bajada con cara de confusión.

—¿Qué? —preguntó al fin.

—Yo no le he dicho que eres mi novio.

—Ajá.

—Quería que quedara constancia.

—Entonces..., ¿qué dices tú que somos?

—Amigos.

—¿Amigos con derecho a orgasmo? —Me pinchó.

—Algo así.

—Ehm..., no. Creo que no. Me quedo con la definición de Amaia. NOVIA.

Resoplé.

—¿No podríais ser normales una puñetera tarde en vuestra vida?

—Si lo fuéramos, tú no estarías tan loca por mí.

La portera se encontró con una pareja besándose apasionadamente en el ascensor cuando fue a cogerlo. Eso y un montón de cosas por el suelo, tiradas de cualquier manera, como si el beso más elocuente de mi vida me hubiera pillado con las manos ocupadas. Estaba visto que mi vestido iba a arrugarse un poco más de lo que en un primer momento pretendí.

Javi llegó a casa a las siete y media de la tarde. Habían quedado a las nueve y media en la puerta del Dray Martina. La reserva estaba hecha para las diez, pero así les daría tiempo de tomarse una copa primero y distender el ambiente un poco. Y quisiera o no, Javi se había contagiado de los nervios de Amaia y no se aguantaba ni él. Cuando esta le abrió la puerta con el pelo lleno de rulos, maquillada y en bata, no supo si reírse o llorar, así que la empujó hacia el interior del piso y le pidió algo que Amaia no esperaba:

—Ponme una copa.

Empezaron tomándose un chupito de licor de café pero les supo a mierda porque todos excepto Amaia sabíamos leer la fecha de caducidad de las cosas antes de beberlas, así que se pusieron otro de lo primero que encontraron, que en este caso fue Mistela, un licor valenciano hecho a base de uva moscatel que nos había hecho agarrarnos grandes y simpáticos pedos en el pasado, en las vacaciones locas en la

playa. Tomaron otro más.

—Es suave. Ponme otro.

Y otro más. Cuando entraron en el dormitorio de Amaia notaron calor en las mejillas, pero ni atisbo de nada más. Iban a tener que echar mano de la artillería pesada antes de salir de casa. Amaia sacó el vestido de lentejuelas del armario y lo dejó colgando de una de las manillas del mismo.

—Es muy bonito —dijo Javi, apoyado en el escritorio con los brazos cruzados sobre el pecho.

Amaia se fue quitando los rulos uno a uno, tirándolos sobre una cestita que había en un mueble modular que usaba de «tocador».

—Me da miedo parecer la típica tarada que para una cena cualquiera se pone el vestido de boda de su abuela.

—Si fuera el vestido de boda de tu abuela estaría acojonado.

—Ya lo estás. Y el vestido de boda de mi abuela no me cabría ni con magia. Era talla hurón, la jodida.

Con el pelo suelto e increíblemente ondulado, Amaia se quitó la bata sin pudor. Era Javi, por Dios, su mejor amigo. No pasaba nada porque la viera en ropa interior. Y más llevando faja. No habría visión menos erótica en el mundo, pero él parecía ser un buen actor. Sabría hacerles creer a Mario y a su chica que estaba tremendamente enamorado de ella.

Javi llevaba unos segundos luchando con una voz interior que le decía que, con esos mechones ondulados del color del caramelo cayendo por la espalda, los ojos perfilados por aquella fina línea negra que se alzaba hacia el final, las pestañas tan negras y rizadas y los labios rojos, Amaia estaba un poco más guapa (y deseable) de lo que se había imaginado. El dormitorio olía a ella, a perfume y a maquillaje. Debía ser por los chupitos, se dijo. Pero cuando la vio quitarse la bata y colgarla en la percha de detrás de la puerta, la polla le dio una fuerte sacudida dentro de los pantalones vaqueros. Hasta le dolió. Carraspeó y miró al suelo, pero sus ojos le dijeron que se fuera a tomar por el culo con sus melindres, porque ellos iban a mirar. Y allí estaba ella, parlotando sin parar sobre qué zapatos ponerse, subida a unos tacones negros que, decía, eran más cómodos que otros que quedaban mejor. Subida a unos tacones y con una braguita alta de lo más sexi. Si aquello era una faja que bajara Dios y lo viera. Le cubría hasta justo por encima del ombligo, ajustándose a todas sus formas, y tenía unos pedazos de encaje en la parte baja que creaban la falsa impresión de llevar menos tela de la que cubría el cuerpo de Amaia. Javi sabía que Amaia era una chica guapa. Todo el mundo se lo decía y él, que no era ciego, lo veía. Tenía unos labios preciosos. Lo confesase o no, había estado buscando a una chica con una boca así durante muchos fines de semana, en cada garito en el que entraba. Pero ninguna boca, ningunos labios llegaban a satisfacerlo del todo. Los besos siempre le parecieron sosos intercambios de saliva que preceden al momento en que las manos buscan por debajo de la ropa. Pragmatismo, no romanticismo. Pero... ¿qué era aquel

«pero» que le cruzaba la cabeza cuando miraba su boca? Los ojos de Amaia, además, eran grandes, claros, cristalinos. Y... había cosas de Amaia que no había visto y que no imaginaba. No imaginaba unas piernas carnosas pero torneadas, firmes. No imaginaba aquella cintura tan marcada. Y los pechos... que ahora se elevaban triunfales gracias a un sujetador que ella había pagado a precio de oro solo por la sensación de tener las tetas bien sujetas y altas. Cuando se dio la vuelta hacia él, el pelo le voló alrededor dibujando una parábola perfecta. Javi tuvo que hacer muchas cosas entonces y todas a la vez: carraspear para quitarse el nudo de la garganta, obligarse a mirar al suelo, cerrar la boca y colocar ambas manos delante del prominente bulto que presionaba su bragueta.

Amaia se giró, preguntándose si Javi no estaría horrorizándose con la visión de ella en ropa interior. Sabía que no era precisamente una modelo de lencería, pero se sentía cómoda y no encontraba sentido a irse de la habitación para ponerse el vestido. Lo cogió, se lo colocó por encima de la cabeza y se atusó el pelo después.

—Esta mierda rasca —dijo a media voz—. Quizá debería ponerme medias.

No recibió contestación y cuando se giró en busca de una, se encontró con Javi. Pero no con Javi, sino con JAVI. No le había prestado la menor atención cuando había llegado, y ahí estaba en ese momento, frotándose las manos con ese gesto tan suyo cuando se ponía nervioso. Y joder..., cuánta razón tenían sus compañeras al decir que Javi era un chico guapo. Apoyado en la mesa de su escritorio, con unos pantalones vaqueros de un bonito azul oscuro y una camisa blanca. El pelo le caía un poco sobre la frente, como siempre, brillante, negro. Levantó los ojos hacia ella casi a cámara lenta y Amaia se chocó con el color de sus iris. Tan... caramelo. Caramelo fundido impregnándolo todo.

Un silencio sobrevoló la habitación. ¿Qué era aquello? ¿Se habría pasado quedándose en ropa interior delante de él? ¿Por qué de pronto el tiempo parecía intentar alcanzarlos sin lograrlo? Las frondosas pestañas de Javi casi la despeinaron cuando parpadeó. Se frotó los ojos.

—Estás... increíble.

—Define «increíble».

—¿De verdad tengo que hacerlo?

—Hola, soy Amaia, tu mejor amiga y tengo una enfermiza necesidad de buscar la reafirmación personal en los ojos del que me mira. ¿Puedes decir algo que no me suene a que lo estás diciendo para salir del paso?

—Amaia, estás increíble. No diría eso para salir del paso. Diría: ¡Qué mona!

—Tú me dices mucho eso de «qué mona». —Le miró frunciendo el ceño.

—Porque eres mona y el pijama de enfermera no es que destaque mucho la figura femenina. Todo lo contrario a ese vestido que llevas, por cierto.

A Amaia le pareció que Javi estaba nervioso. Quiso pincharle un poco más.

—Sigo sin tenerlo claro. ¿Me marca demasiado?

—No.

—¿Voy arreglada en exceso?

—No.

—¿Es muy corto?

—No.

—Pero...

—Estás follable, Amaia. FO-LLA-BLE.

Amaia puso la misma cara que hubiera puesto si un haz de luz hubiera atravesado la ventana, hubiese elevado a Javi y se lo hubiera llevado a una nave extraterrestre.

—Voy a retocarme. —Y cuando bajó los ojos juraría que la bragueta de Javi escondía el «piquetón».

No se atragantó con su propia saliva de milagro.

—Voy a por una copa —anunció él.

—Pon dos.

LA FIESTA. PARTE II. PREPARACIÓN

JAVI y Amaia habían sentido la imperiosa necesidad de vaciar la botella de Mistela y luego ponerse un gin-tonic. Había tiempo, se dijeron. Así estarían más relajados y más simpáticos, añadieron. El taxista que los recogió no sé si los encontró relajados o simpáticos, pero seguro que se lo pensó dos veces antes de aceptar la carrera. A Javi le pesaban hasta los párpados y Amaia no podía dejar de reírse y rascarse las piernas, donde las lentejuelas estaban dejándole pequeñas rozaduras.

—Deja de rascarte, que parece que tengas pulgas.

—La faja se me mete por el culo, me rascan las lentejuelas y me van a doler los pies. Esta noche está abocada al fracaso. Se sabe, se siente, la hecatombe está presente.

Javi apoyó la frente en el cristal para ver si, con un poco de suerte, le refrescaba algo la cabeza. Desde que Amaia había dicho las palabras «faja» y «culo», estaba viendo escenas bastante lascivas en su mente.

—Amaia..., ¿tomas la píldora?

El taxista les miró por el retrovisor, asegurándose de que aquella pareja que olía a perfume y a licorería no se pusiera a chingar en su asiento de detrás.

—¿Y a ti qué cojones te importa?

—Pues si se supone que soy tu novio tendré que saberlo, ¿no?

—¿Me puedes construir una frase cordial que introduzca el concepto «mi novia toma la píldora»?

—«Mira qué guapa está mi novia; está tan guapa que como toma la píldora me la llevo al baño a lefarla hasta lo más hondo de su ser».

Amaia giró la cabeza hacia él lentamente y cuando se encontró con su mirada no pudo evitar descojonarse.

—Joder, Javi, ¡qué divertido eres cuando bebes! Voy a tener que echarte unos chorritos en el café cada mañana.

—Yo también he pensado en echarte unos chorritos una mañana de estas.

Los dos se carcajearon sonoramente y hasta el taxista tuvo que aguantarse la risa.

—Sí, sí que me tomo la píldora. Para controlar desarreglos hormonales, no creas, porque hace tanto tiempo que mi arco del triunfo no ha sido cruzado que seguro que van a hacerlo calle peatonal.

El taxista carraspeó para disimular.

—¡Ríase usted a gusto, hombre!

—No beban ustedes mucho más hoy, que no les hace falta —comentó el hombre.

—Créame..., ¡nos hace falta aún mucho alcohol para la que se nos viene encima!
Javi le palmeó la mano, tratando de tranquilizarla.

—¿Dónde nos besamos por primera vez? —le preguntó ella asustada—. Joder, Javi. ¿Cómo no hemos caído en inventar una historia de la polla sobre eso? ¡¡Es lo primero que se pregunta en una cena de parejas!! ¿Cómo empezasteis?

—Ehm..., pues no sé. Déjame a mí. Ya se me ocurrirá algo. Tú mírame con cara de boba mientras hablo y ya está.

—¿Y por qué no hablo yo mientras tú me miras con cara de bobo?

—Como prefieras.

—Diré que me besaste loco de amor en el cuarto del botiquín.

—Déjame mejor hablar a mí.

Amaia lo miró de reojo y sonrió.

—Dime una cosa, Javi..., ¿por qué te cae mal Mario?

—No me cae mal —le aseguró con los ojos puestos en la ciudad que se deslizaba a través de la ventanilla—. Es solo que siempre pensé que sabía que tú sentías algo por él, pero nunca te paró los pies. Alimentaba tus esperanzas porque a todos nos gusta sentirnos queridos. Estoy seguro de que te aprecia y te quiere mucho, pero yo, que te quiero bien, lo habría hecho de otro modo.

—¿Y por qué nunca has sopesado la idea de que realmente siente algo por mí que no le permite alejarme?

—Porque no es lo que te conviene. —Se giró y le sonrió calmado—. No es un chico para ti. Tú necesitas alguien con más sal. Alguien que sepa pararte los pies y darte alas. Alguien que te adore por cómo eres y que no quiera cambiarte jamás. Y ese alguien está ahí, esperándote.

Lo dicho. Javi era un jodido regalo. A veces doliente, joputa y demasiado sensible, pero a menudo la piedra angular en la que ella podía apoyarse cuando le flaqueaban las fuerzas.

A las nueve y treinta y cinco llegaron al restaurante. Javi pagó la carrera, abrió la puerta, salió y le tendió la mano a Amaia. Ella miró sus dedos con el ceño fruncido.

—Sobón —le dijo entre dientes.

—Sígueme la corriente. Están dentro.

Ojos de águila, le llamaría a partir de entonces. Cogió su mano y entrelazaron los dedos. El taxista les deseó suerte a través de la ventanilla bajada antes de marcharse y a ellos les dio la risa.

—Llevo un pelotazo encima que no me aclaro —musitó cuando Amaia pasó por su lado para entrar en el Dray Martina.

—Ya somos dos. ¡Hola!

Mario llevaba una de esas camisas con cuadritos claros que tanto le gustaban a Amaia y unos pantalones color beis. A su lado, Ariadna lucía un vestidito camisero blanco con transparencias y se había subido a unos buenos tacones. Amaia se sintió demasiado peripuesta y ridícula, pero un apretón de mano de Javi le infundió valor.

—Hola, Javi. Ariadna, este es Javi, el chico de Amaia. Javi, esta es Ariadna, mi chica.

—Encantado.

—Una copa —rugió Amaia entre dientes—. Ya.

—¿Habéis pedido algo, chicos? —preguntó Javi.

—Sí, nos están sirviendo unas copas de vino blanco.

—Que sean cuatro.

Sandra estaba asqueada. ¿Por qué cojones había accedido a participar en aquella noche del infierno? Bueno, Amaia estaba a punto de descubrir que no valía la pena seguir luchando a contracorriente por conseguir la atención de un chico que ya tenía novia y eso iba a ser duro. Estar con una de sus mejores amigas en una noche como aquella era su obligación, pero no le apetecía nada tener que verle la cara a Javi después de cómo habían terminado las cosas entre ellos. Sentía la tentación de ponerse uno de esos vestidos de superperra que guardaba en el fondo del armario..., escondidos. No se había atrevido aún a estrenarlos. Los compró en un momento de enajenación mental cuando Íñigo la dejó y la licra le pareció una buena idea. ¡A ella! Aunque lo cierto es que sabía que le quedaban demasiado bien. Pero es que no era su semana, de eso estaba segura: Íñigo aún no había contestado a su mensaje. ¿Y si se ponía el vestido negro ceñido y se paseaba alegremente por delante de Javi para demostrarle lo que se había perdido? No es que estuviera perdidamente enamorada de él, pero... ¿y los meneos que le había dado? Ese Javi sabía lo que hacía cuando desnudaba a una chica.

Miró la hora mientras entraba en casa después de una tarde totalmente hedonista: manpedi, compras y copa de vino con unas antiguas compañeras del posgrado. Eran las nueve. Tenía tiempo de sobra de arreglarse. Y de cenar..., sola. Se sorprendió al encontrar dos vasos de chupito y dos copas de balón secándose en el fregadero. ¿Javi y Amaia habían estado bebiendo en casa? Para olvidar, seguro. ¿Quién les mandaría meterse en aquel sarao? Se quitó los zapatos y se disponía a darse una ducha cuando alguien llamó al timbre. Corrió hasta el telefonillo y respondió.

—¿Sí?

—San..., soy Fer. No está Martina, ¿verdad?

—No, está trabajando. Pero sube.

Dejó la puerta entreabierta y se fue a la habitación y se puso unos pantalones más cómodos que los vaqueros pitillo que le habían tatuado el botón bajo el ombligo (pero porque eran extra *skinny*, no porque le vinieran reventones, añadido yo).

—¿Hola?

—Hola, Fer —saludó saliendo hacia su encuentro.

—¿Estás sola? —le preguntó antes de darle un beso en la mejilla.

—Sí. Martina está currando y Amaia ha salido a cenar con Javi.

—¿Con su amigo gay al que te follas? —bromeó malignamente.

—Pues ya no me lo follo y sabes de sobra que no es gay, pero por lo demás..., ¿qué haces por aquí?

—La verdad es que nada en especial. Pasaba por la puerta y me parecía mal no llamar a saludar. Oye, ¿y tú no tienes plan?

—Pues no. Bueno, luego sí. Hemos quedado todas después de la cena del infierno.

—¿Por qué del infierno?

—¿Te apetece una copa de vino o tienes prisa? Es largo y enrevesado de contar, como todas las cosas que le pasan a Amaia. Ya sabes.

—No tengo ninguna prisa y... suena interesante. —Se rio Fer mientras la seguía a la cocina.

—Podías venirte después, así no me sentiré descolgada.

—¿Por qué descolgada? ¿Quiénes vais?

—Pues Amaia y Javi, que esta noche fingen que son pareja, y Martina y su churri.

Al decirlo se dio cuenta de que, aunque hubiera confianza, acababa de decirle a mi ex que yo ya «salía» con otra persona. Hizo una mueca y, ante el silencio de Fer, añadió:

—Mierda, la he cagado.

—No, no te preocupes. Algo sabía. Es Pablo, ¿verdad?

—Sí —asintió—. No le digas que te lo he dicho yo; me matará.

—Tranquila. —Se sentó en una silla y añadió—: Que marche el vino.

LA FIESTA. PARTE III. CELEBRACIÓN

AMAIA volvió a la mesa después de una carrerita hasta el baño.

—Dios, qué gusto. Debo pesar tres kilos menos. —Mario, su chica y Javi la miraron con una mueca—. Por el pis, no porque haya hecho caca. Soy de ano tímido.

—Doy fe. A mí aún no me lo ha presentado.

Los dos se echaron a reír pero nadie les siguió. Ariadna no sabía si hacerlo o no y a Mario parecía no haberle hecho gracia ninguna.

—Estás más delgada, Amaia —le dijo Ariadna.

—¿Sí? Vaya, gracias.

—Debe ser la felicidad. Sigue así, te vas a quedar hecha una belleza —comentó Mario, y sirvió más vino.

—Ella ya es una belleza —añadió Javi.

—Ya, ya lo sé. No lo decía con esa intención.

—Lo sé —le tranquilizó él—. Pero estoy preocupado. No quiero que pierda el norte y deje de ser ella. La talla es solo un número impreso en una etiqueta que no tiene nada que ver con la belleza.

—Ay, Dios, qué bonito —dijo Ariadna con una sonrisa sincera—. Y vosotros... ¿cómo surgió el amor?

Se miraron de reojo.

—Que lo cuente él, que se le da mejor. —Se escaqueó Amaia mientras cogía su copa de vino.

—Bueno..., se veía venir. Tantos años juntos, tan amigos..., fue algo natural. El tiempo que pasábamos juntos poco a poco empezó a significar algo más y llegó un día en el que lo que teníamos se quedó corto...

La miró y sonrió.

—Y entonces... —insistió Ariadna, a la que se le notaba que le gustaban las historias de amor.

—Entonces una noche nos tomamos algunos vinos de más y yo le dije que la quería..., que la quería más de lo que me podía permitir siendo su mejor amigo. Y la besé. Y ya no pudimos separarnos.

A Amaia nunca le habían dicho nada tan bonito, jamás; una punzada de dolor la atravesó cuando se dio cuenta de que todo aquello formaba parte de una pantomima que no contenía ni un ápice de verdad. Solo el punto de partida: dos amigos que se quieren después de compartir años, miserias y carcajadas. Dos amigos que, aunque habían vivido uno al lado del otro tantas cosas..., nunca se habían sincerado como

venían haciéndolo en el último mes. Una relación de amistad que, como bien dijo Javi aquel día en su casa, había pasado al siguiente nivel. Y Amaia de lo único que se arrepentía era de haberlo torturado tanto tiempo con bromas sobre su condición sexual; se daba cuenta de que lo único que perseguía con ello era empujarle a contar más de él, a hacerla partícipe de alguna manera de la única faceta de su vida que mantenía al margen de ella. Alargó la mano y la apoyó sobre la de él, que se dio la vuelta para aceptar la caricia con un apretón. Se miraron y sonrieron.

—Qué bonito. —Escucharon musitar a alguien—. Mira cómo se miran, Mario.

Amaia parpadeó y miró a Mario, que fruncía el ceño. No. No lo entendía. No era lógico. ¿Por qué aquel giro? ¿Dónde estaba el Mario dulce que la mimaba y abrazaba? ¿Dónde estaba esa relación ingenua casi etérea que les unía y daba alas a Amaia? ¿Por qué cojones fruncía el ceño? ¿Estaba celoso? ¿Ahora? ¿Después de tanto tiempo? ¿Qué esperaba? Seguro que creía que Amaia se quedaría a su lado, soportando cada historia, cada mujer que pasara por su vida, convencida de que tener algo de él era mejor que no tener nada, por poco que fuera ese algo. ¿Quería Amaia ser esa persona?

—¿Por qué nos miras así de sorprendido? —le preguntó.

—Sois una pareja un poco atípica —dijo.

—¿Por qué? —respondió a la defensiva.

—Nunca os he visto daros un beso.

—¿Y por qué tendríamos que hacerlo delante de ti, Mario? —añadió con sádica tranquilidad Javi.

Ariadna miró a su alrededor como intentando averiguar de dónde nacía aquella tensión que se respiraba en el ambiente, pero no pudo más que mirar a su novio.

—Es un decir. No sé. No creo en lo de hacer buena o mala pareja. —Se encogió de hombros y fingió una sonrisa cordial—. Pero es que... nunca os imaginé juntos.

—¡Mira, amor, y tú que pensabas que éramos poco discretos! —se burló Amaia. Javi se echó a reír.

—Bueno, ¿y vosotros? —animó a Mario a hablar—. Estáis viviendo juntos, ¿no?

—Sí. Y... —Ariadna miró a Mario, como pidiéndole permiso, y recibió una sonrisa de asentimiento—. ¡Nos casamos!

Extendió la mano izquierda sobre la mesa, por encima de los platos, donde lucía un bonito anillo de pedida. Javi miró de reojo a Amaia, que agarró la mano y con una sonrisa exclamó que le encantaba.

—¡Qué romántico! ¡¡Cuéntamelo todo!! ¿Cómo te pidió el bueno del doctor Nieto matrimonio? ¿Se arrodilló?

Javi frunció el ceño. Cuando Amaia soltó la mano de Ariadna, sonriente, escuchando cada detalle, él colocó la palma sobre la pierna de ella, pues esperaba así darle apoyo. Mario se casaba. Se casaba echando abajo el castillo de naipes que Amaia había ido construyendo a sus pies. Y allí estaba ella, sonriendo, escuchando toda la historia, fingiendo que se sentía feliz por ellos. La manita de Amaia se unió a

la suya por debajo de la mesa y entrelazaron los dedos. No le hizo falta que lo mirara para saber que se sentía estúpida y que tenía ganas de escapar. Y él quería echar a correr con ella.

—Enana... —dijo llamando su atención—. Me muero por un pitillo. ¿Me acompañas?

—¿Tú fumas? —preguntó sorprendido Mario—. ¡No tenía ni idea!

—Sí que soy discreto. —Sonrió falsamente—. Digamos que es un vicio feo que estoy tratando de dejar fuera de mi vida.

—Vamos, amor. ¿Os importa? —preguntó Amaia.

—¡Para nada! Vamos pidiendo más vino —dijo Ariadna haciéndole un gesto al camarero con la botella vacía.

Amaia se levantó y Javi caminó a su lado, apoyando la palma abierta en su espalda hasta salir del restaurante. Se colocaron en el rincón que no tenía cristalera y él le pidió un cigarrillo a unas chicas que fumaban junto a la puerta, que se lo dieron de mil amores. Lo encendió demostrando tener más bien poca maña con el tabaco. Contuvo una tos y se giró hacia Amaia con cara de asco.

—¡Menuda porquería!

Ella sonrió y le apartó el pelo de la frente.

—No te lo fumes. Solo sostenlo. Te queda muy glamuroso.

—¿Cómo estás?

—Me siento estúpida y superridícula, Javi. ¿Es normal?

—Es normal, pero ni eres estúpida ni eres ridícula. Solo que él no es tu chico.

—¿Y yo tendré de eso alguna vez?

El vino le había teñido las mejillas de rojo. Javi pensó que estaba demasiado bonita como para no verlo. ¿Cómo no iba a tener a alguien a su lado? Tenía todo lo que cualquier hombre querría. Era guapa, dulce cuando quería, divertida y más bruta que el más gamberro de sus amigos.

—Claro que lo tendrás.

—Moriré rodeada de gatos, oliendo a orín. —Hizo una mueca y cogió aire. Después miró la noche estrellada que se recortaba entre los edificios.

—No digas tonterías. Ven.

Amaia se apoyó en su pecho y dejó que la abrazara. Olía a perfume, a tabaco, a alcohol y a él. Cerró los ojos.

—Javi. Siento ser tan borde contigo. Siento haber pasado años diciéndote que eras gay y que te gustaban los osos. Siento no haberte preguntado sencillamente con quién compartías tu vida. A veces me cuesta gestionar algunas cosas y me aprovecho de la confianza que los demás tienen en mí para ser una persona horrible.

—No eres una persona horrible. Solo... original.

—Eres muy bueno conmigo. ¿Por qué?

—¿Por qué lo eres tú conmigo?

—¿Lo soy?

—Claro. Te quiero tanto como tú a mí... y será siempre así. Y ahora, vamos dentro a demostrárselo.

Amaia volvió a la mesa con las mejillas mucho más sonrojadas que antes. Decepcionada e ilusionada. Sintióse tonta y afortunada. Fea, gorda e ingenua a la vez que bonita por dentro y por fuera. Era como si Javi consiguiera equilibrar todas aquellas fuerzas que la llevaban al caos.

Arg..., ese ardor. Volvió y se instaló en la boca de su estómago. Intentó matarlo con el frío vino blanco mientras todos hablaban a su alrededor. Hasta Javi parecía más contento ahora que las circunstancias la empujaban a abandonar la idea de Mario. Ya no podía ser. Nunca pudo, pero ella se había agarrado a la esperanza como una gilipollas. Puto ardor. Mario le daba ardor de estómago. O... ¿o era otra cosa? ¿O era la manera en la que Javi rodeaba su espalda, apoyando el brazo en el respaldo de la silla? ¿Era la sensación de que aquello sería lo más cercano que tendría al amor? Un amigo soltero que la mimara hasta que, como Mario, encontrara a su chica y ella pasara a ser algo menos importante. No le culparía. Así era la vida; el amor es lo que predomina sobre todas las cosas, ¿no? El amor romántico. Y Javi se casaría un día con una chica bonita, pequeña, delgada y simpática que la haría sentir gorda y desgraciada cuando le cogiera de la mano delante de ella. Entonces sería padre y la invitaría a casa a conocer a su bebé. Lo miraría con orgullo y lo pondría sobre los brazos de Amaia diciendo: «Es tan bonito como su madre». Y ella sonreiría tragando bilis, acostumbrada ya al ardor de sentir que mantenía a Javi a su lado por las razones equivocadas, con las excusas más enrevesadas. Sí..., un día Javi haría lo mismo con ella. Un día él también le presentaría a su chica con ilusión, esperando su beneplácito, y ella tendría que darlo porque Javi nunca elegiría a la persona equivocada. Se levantó de golpe y todos la miraron sorprendidos.

—Lo siento. Demasiado vino. Tengo que ir al baño otra vez.

Se dio la vuelta antes de que se notara que era incapaz de aguantar las lágrimas y bajó al baño rezando por tropezarse y desnucarse.

POSCENA

EN el vestuario había dos escuetas duchas. Escuetas duchas por llamar de alguna manera a aquello que tapaba una cortina blanca semitransparente. Allí fue donde Pablo se dio una ducha antes de colocarse la chaquetilla y salir a saludar a los clientes. Y allí es donde yo estuve tentada de entrar doscientas veces. Pablo bajo el agua, con el pelo goteando y el recuerdo de la primera vez que nos acostamos. Pero aguanté porque... ¿imagináis que hubiera sucumbido a la fantasía? Nos hubieran escuchado hasta los clientes.

Cuando salió, yo le seguí con los ojos, porque con el pelo mojado ensortijándose con esas ondas tan aparentemente estudiadas lo veía tan guapo... Soy consciente de que lo más magnético de la belleza de Pablo es que no es absoluta. No. No tiene pinta de abrir una pasarela, pero tiene ese encanto tan masculino, magnético, especial..., no le hace falta parecerse a nadie más en el mundo. Él es quien es y así es... perfecto. Te guste o no. Pero claro, a mí me gustaba.

Cuando volvió y terminamos en la cocina, me pidió que fuera arreglándome antes de que el resto entrara en el vestuario.

—¿No querrás que todos vean esas braguitas que sé que te has puesto hoy? —susurró en mi oído cuando nadie miraba. Y no, jodido Pablo, no quería que nadie más que tú las viera. Más que nada porque eran... pequeñas.

Amaia había insistido muchísimo en que me pusiera lo más elegante que tuviera en el armario y algo me decía que no se refería a mi traje de chaqueta. Eso y el hecho de saber que la ex de Pablo era estilista (y seguramente un bellezón) me hicieron replantearme mi idea de ponerme unos vaqueros y una blusa. Elegí un vestido negro que solo me había puesto una vez... y creo que ese día alguien debió meterme psicotrópicos en el Cola Cao para animarme yo solita a embutirme en semejante trazo. A ver..., era bonito, pero no tenía nada que ver con mi definición de pragmatismo en el vestuario. Me llegaba hasta la rodilla, era entallado (muy entallado) y bastante escotado. No es que tenga la delantera de Carmen Electra, pero acepto que voy servida y en consonancia con mis caderas redondeadas. Tengo forma de mujerona. Así que el escote dejaba una autopista sin peaje para todas aquellas miradas que quisieran estudiar la forma y el tamaño de mis tetas. Además, debajo del pecho tenía un triángulo también al aire, donde se veía la piel de mi abdomen. Manga tres cuartos y parte de la espalda al aire. Aquel vestido era un desacato, pero oye, yo soy muy bien mandada.

Me subí a unos zapatos de tacón (comedido) y me pinté los labios de color vino y

los ojos con un poco de sombra negra y mucho rímel. Me hice una trenza deshecha a un lado y salí a la cocina, donde Pablo, que se había cambiado mientras tanto en su despacho (supongo que para no avivar más las miraditas de soslayo que nos seguían si estábamos juntos), me esperaba mirando el reloj. No me pasó desapercibido el hecho de que, efectivamente, todo el equipo nos miraba.

—Pareja..., ¿dónde vais tan elegantes?

Yo no contesté. Él tampoco. Con el pelo apartado hacia un lado, como siempre, una camisa negra algo holgada colocada perfectamente, no muy tirante, por dentro de un pantalón pitillo del mismo color, Pablo me había dejado no sin palabras..., sin voz. Tuve que carraspear. En su muñeca, un reloj viejo con muchísimo encanto. Los dedos llenos de anillos. Y esos dos botones gamberros que nunca se abrochaban y que, si se movía, permitían ver volar a las coloridas golondrinas de su pecho. ¿Me podía desmayar?

—¿Vamos? —Me tendió la mano.

—Sí.

Le cogí la mano y entrelazamos los dedos por primera vez delante de todos nuestros compañeros. Sonreímos y se llevó mis nudillos hasta sus labios.

—Buenas noches, grumetes.

—Pero... —Llegamos a escuchar antes de que una sonora carcajada y algunos aplausos nos acompañaran hacia la puerta.

Al parecer Pablo sí consideraba familia a la gente que llenaba aquella cocina. Tan familia que no sentí que fuera a ser juzgada por llevar allí un mes y haberme liado con el chef. Fue como quien confiesa delante de unos amigos que se ha enrollado con alguien de la misma pandilla. Ya fuera, bajo la luz anaranjada de una farola, Pablo se detuvo y tiró de mi mano para pegarme a él. Me sonrió y se miró a sí mismo, esperando mi aprobación.

—¿Lo suficientemente poco Pablo para que cuele?

—Pablo... —Puse cara de pena, arqueando las cejas como lo hacen los dibujos animados—. Yo no quería que dejaras de ser quien eres. Solo..., no sé lo que quería. No tendrías que haberme hecho caso y haberte puesto esa camisa..., la de las estrellas.

Levantó las cejas y sonrió. Sus dos hoyuelos aparecieron diabólicamente en sus mejillas.

—La de las estrellas, ¿eh? ¿No te gusta esta?

—Sí, sí me gusta. Estás... —carraspeé— muy guapo.

—¿Muy guapo? —Apretó mi cintura con su antebrazo—. Pues tú no estás guapa..., estás jodidamente espectacular.

—¿Ah, sí? —Me reí.

—Sí. Y antes de marcharnos, tengo que decirte un par de cosas... urgentes.

—Soy toda oídos.

Pablo se mordió con deseo el labio inferior y cerró los ojos.

—No te frotes que no llegamos.

Me había pillado. Estábamos tan pegados y él tan accesible..., él y su bulto.

—Hable, señor Ruiz.

—Tienes que saber algunas cosas sobre mí antes de que lleguemos allí. No sé qué nos deparará esta noche de locos, así que... me veo en la obligación de desnudar mi alma para que lo sepas todo sobre mí.

—Interesante. Sigue.

—Bailo de culo. —Me eché a reír, pero él con gesto falsamente mortificado me pidió seriedad y le dejé seguir—. Como te decía..., bailo realmente mal y me suele parecer buena idea hacer gala de mis nulas habilidades cuando me he tomado unas copas de más. Además, me río a carcajadas... sonoras. Fumo más cuando bebo y me pongo sobón. Muy sobón. Cachondo como un perro. Babearé contra tu falda en cada uno de los garitos a los que entremos y querré quitarte las bragas. No te dejes... o déjate. Eso lo dejo a tu elección. Pero si te dejas..., iremos a casa. Directos. —Pegó sus labios a los míos y siguió susurrando sucio—. Te follaré en tu cama con tanta fuerza que la romperemos del todo y tendremos que seguir en el suelo.

¿Qué le contestaba a eso? Porque lo que me apetecía era atarme a una mesa y darme como ofrenda al salvaje dios de su *sex appeal*. Joder con Pablo. Era brutalidad en estado puro. Y con esa camisa..., más.

Tiré de él y eché a andar hacia la parada de metro, pero él dijo que mis tacones merecían que olvidara su animadversión hacia los taxis por una noche. Cuando ya dábamos el alto a uno, se acercó por detrás y susurró junto a mi oído:

—Es posible que hoy quiera hacerte cosas más sucias que de costumbre. Ten paciencia conmigo y... mente abierta.

Y yo ya fui apretando los nudos de las cuerdas imaginarias con las que me ataría de pies y manos para darme a él.

Amaia y Javi salieron del restaurante cogidos de la mano; ya casi no se sentían raros al hacerlo. Se habían mentalizado y estaban elevando a nivel de arte su papelón de aquella noche. El Goya para la mejor pareja falsa es para... ¡Amaia y Javi por *Noche en el infierno*!

—Hemos quedado con Martina para tomar una copa..., ¿os animáis? —les invitó Javi ganándose un codazo disimulado de su acompañante.

Ariadna miró esperanzada a Mario, pero él declinó la invitación.

—Estoy un poco cansado. Pero muchas gracias por la invitación, pareja.

—¿Hacia dónde vais? —preguntó Ariadna.

—Hemos quedado en Corazón, en la calle Valverde —informó Javi.

—Os acompañamos. Cogemos un taxi desde Gran Vía. ¿Te parece? —preguntó Mario a Ariadna.

—¡Claro!

Bien. Alargamiento de la agonía. Y lo único que querían Javi y Amaia era beberse otra copa que terminara de ponerles pedo. Charlaron sobre el hospital un rato y sobre lo divertidas que podían ser algunas guardias y, cuando quisieron darse cuenta, estaban llegando a la puerta del local.

—Bueno, chicos, aquí os dejamos —se despidió Mario.

—No veo a Martina. Quedé con ellos en la puerta —le dijo Amaia a Javi.

—No pasa nada, les esperamos aquí.

—Me ha encantado volver a verte, Amaia. Estás guapísima. Y llevas un vestidazo impresionante —se despidió también Ariadna.

—Gracias. Lo mismo digo. —Se dieron un educado y escueto abrazo y se sonrieron. A Amaia aquella chica, pese a todo, le caía bien—. Hasta el lunes, Mario.

—Buenas noches.

Dos besos. Un apretón de manos. Javi y Amaia solos frente a la coctelería y Mario y Ariadna, cogidos de la mano, calle abajo, hacia Gran Vía. Respiraron hondo.

—No deja de darse la vuelta —musitó Amaia viendo que Mario miraba hacia ellos cada dos por tres—. Pero ¿qué espera ver? No lo entiendo.

—Quiere el postre.

Javi la apoyó en la pared con un movimiento rápido y se acercó hasta que entre sus dos bocas no cabía más que un alfiler.

—¿Estás loco?

—Me tomo muy en serio mi papel.

—Eres un actor de método, desde luego.

Miraron hacia donde habían dejado alejándose a Mario y a Ariadna, y se dieron cuenta de que habían vuelto a darse la vuelta, como quien dice «Oh, qué cachorrito más mono» y se para en la calle para acariciarlo. Javi tiró de ella y la arqueó para encajarla a las formas de su cuerpo. Ella jadeaba..., hacía mucho tiempo que no se sentía tan cerca del cuerpo de un hombre. Cerró los ojos y rezó, casi a media voz, para que él no lo hiciera, pero los labios de Javi se pegaron a su boca ya entreabierta.

Algo pasó. Algo movió el mundo y lo paralizó. Algo prendió y los congeló en un tiempo y espacio diferente al de los demás. Javi abrió la boca y Amaia le acompañó en el mismo movimiento. La lengua de los dos se enredó, húmeda, lenta, envenenada de cosas que creían no sentir por el otro. Las manos de Javi la apretaron contra su cuerpo y ella enredó los dedos entre su pelo. Gimieron de alivio y deseo y sus lenguas...

Pablo y yo salimos del taxi en la esquina. El taxista se había hecho un lío con la ruta y nos había dejado un poco más arriba, ganándose algunos resoplidos de Pablo que iba ya mentalizado de que la carrera no le iba a gustar. Saqué mi pintalabios del bolso de mano y me retoqué con un espejito mientras él sujetaba el bolso.

—Acaba ya. Este bolso no me combina.

—Te combina estupendamente. Aunque quizá hubiera ido mejor con la camisa de los pájaros.

—Ja. Ja. Ja.

Bajé el espejo y lo cerré justo en el momento en que mis ojos se encontraban con una pareja que, apoyada en la pared, se besaba con desesperación..., tanta desesperación que hasta me resultó erótico. Ella tenía las manos en el cuello de él y él repartía caricias entre el pelo ondulado y rubio de su compañera y el culo de la misma en un claro intento por pegársela más a la bragueta. Cinco minutos más y esos dos necesitarían calificación para mayores de edad.

—Joder. Mira...

—Joder con Amaia.

Abrí los ojos de par en par. ¿Cómo que «joder con Amaia»? Pero si esa chica con el pelo ondulado de color caramelo, no muy alta, voluptuosa, con un vestido negro de lentejuelas era... ¡¡Amaia!!

—Dime que no es Javi. ¡¡Dime que no es Javi!! —rogué más alto de lo normal.

—A él no lo conozco. Vas a tener que comprobarlo tú misma. Pero vamos, que parece que no nos necesitan demasiado.

Por un momento olvidé que Pablo llevaba mi bolso y eché a andar con el pintalabios y el espejo en la mano. Él me cogió del codo con mirada risueña.

—Vamos a ver, pequeña..., ¿qué vas a hacer? ¿Vas a separarlos a la fuerza? ¿A llamar a sus madres?

—Es que... es su mejor amigo. Lo van a estropear. Yo...

Amaia abrió los ojos y sus pestañas hicieron cosquillas a Javi en las mejillas. Este abrió los ojos también. Sus labios se separaron unos milímetros y volvieron a fundirse, inclinándose hacia la dirección contraria. Desde donde yo estaba pude ver cómo volvían a cerrar los ojos, satisfechos como un adicto que vuela sin alas a caballo de su adicción. Eso y sus lenguas.

—Vamos.

Pablo tiró de mí y pasamos al lado de Amaia y de Javi sin que se enteraran. La gente empezaba a comentar. Nunca había visto a nadie besarse así en público; era el tipo de besos que das cuando estás a punto de quitarte las bragas.

El interior del local estaba oscuro. Sonaba música muy... Pablo. Todo estaba revestido de madera y en las paredes destacaban algunas cabezas de ciervo y demás animales que Pablo me aclaró que no eran de verdad.

—Son reproducciones, no pongas esa cara.

Madera oscura, terciopelo rojo, moderno y decadente a la vez. Había algo en el ambiente que se parecía peligrosamente a él. Era ese tipo de sitio en el que no encajaba pero en el que me quedaría a vivir solo por ese algo...

Estaba abarrotado y todas las mesas parecían ocupadas, pero Pablo llamó la atención de un camarero que le saludó con familiaridad y le señaló la mesa que quedaba junto a la ventana que daba a la calle, justo al lado de donde Amaia y Javi se

estaban besando. Bien, qué suerte.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar? No sé si a estas horas siguen teniendo servicio de mesa. Así saludo.

—Cualquier cosa que no lleve *whisky*. Ni ron. Ni...

—Vale. Vale. Me hago a la idea. —Se rio.

—No me dejes aquí sola mucho tiempo o tendré que matarte.

Desapareció con una sonrisa insolente en los labios, llamando la atención de todas las chicas de la misma especie que él. ¿Qué hacía conmigo Pablo Ruiz?, se preguntaban. Y yo no tenía la respuesta, pero sí la seguridad de que lo estaba porque quería. Libertad, qué gran amiga de las cosas bien hechas.

Miré hacia la ventana. Amaia y Javi seguían besándose. O eso parecía desde aquel ángulo. A lo mejor a uno de los dos le había dado un jamacuco y el otro estaba practicándole con placer un RCP de urgencia en posición vertical. Poco probable, Martina. Pestañeeé y deseé que Pablo llegara pronto con las bebidas. Una copa alta llena de un líquido blanquecino aterrizó delante de mí y después Pablo se sentó a mi lado en el banco corrido y me rodeó la espalda con el brazo.

—Te he pedido un Gin Fizz. Tienes que probarlo.

—¿Y tú?

—*Whisky*. Los combinados me dan ardor.

—Como a Sandra...

Abrí más aún los ojos con horror.

—Vale, Pablo. Sandra tiene que estar al llegar y si ve a Amaia y a Javi morreándose en la puerta no es que vaya a flipar como yo..., es que va a armar una escena que te aseguro que no querrás ver.

—Oye, Martina, tu vida es apasionante, ¿lo sabes?

Sin alterarse dio un par de golpes con el puño en el cristal y Amaia y Javi se separaron asustados y desorientados. Pablo les saludó y Amaia puso cara de querer morir. La vimos desaparecer y no deseché la posibilidad de que se hubiera largado a casa, pero lo siguiente fue que se plantó frente a nosotros.

—Hola. —Fingió una sonrisa—. ¿Lleváis ahí mucho rato?

—Pues más o menos desde que habéis alcanzado la primera base —se burló Pablo—. He dejado de mirar después porque Martina me ha dicho que es de ahí de donde vienen los niños y me he asustado.

—Joder.

—¡Hola! —saludó Javi, que seguía intentando quitarse pintalabios rojo de la barbilla—. ¿Qué tal? Soy Javi. Encantado.

Le dio la mano a Pablo y él se presentó con una sonrisa.

—Vamos, Javi. Vamos a la barra a pedir algo de beber.

—Por favor.

Amaia se dejó caer a mi lado, ocupando el sitio que Pablo acababa de dejar libre. Ni siquiera gritó por encima de la música su comanda para el barman, como haría en

una situación normal. Solo me miró como si en realidad yo no estuviera allí.

—Martina...

—Pero Amaia... ¡Como se entere Sandra te la va a liar muy parda!

—No sé qué ha pasado. —Se tapó la boca—. Se nos ha ido la olla. Se nos ha ido mucho la olla.

¿Qué esperas que pase entonces? Que lllore. Lo normal es que alguien en esa situación lllore, ¿no? Iba un poco pedo y acababa de darse el filete de su vida con alguien a quien quería demasiado como para estropearlo. Pues no. Amaia apartó la mano con la que tapaba su boquita y se echó a reír. Reír es decir poco. Era como una hiena en celo emitiendo su sonido más gutural en mitad de la sabana africana en busca de compañero.

Javi se giró y, entre la gente, vio a Amaia reírse a carcajadas. No pudo evitar sonreír.

—Maldita loca —dijo con una sonrisa.

—A algunas chicas es eso lo que las hace especiales —contestó Pablo a su lado, esperando que el camarero preparara dos *whiskies* más y un Gin Fizz para Amaia.

—No sé qué ha pasado. No... entiendo. Yo... —Miró a Pablo. Joder, no lo conocía de nada. ¿Iba a ser uno de esos tíos que cuentan su vida al primer desconocido que les presta atención en la barra de un bar? Pues... sí—. Ella es mi mejor amiga.

—Somos adultos. Esas cosas pasan.

—Pero es que nunca la había visto de esa manera.

—Pues hoy sí. ¿Nos tomamos unos chupitos? Verás qué bien lo ves todo después.

—Vale —asintió—. Pero de licor de café no, por favor.

—¿De licor de café? —Pablo se descojonó—. ¿Qué coño te ha hecho esa loca?

Pidieron dos chupitos de tequila, que una camarera muy mona les sirvió rauda y veloz, a pesar de que otro de sus compañeros les estaba atendiendo ya. Brindaron. Se lo bebieron de un trago. A los dos les lloraron los ojos. Ese tequila había estado macerándose desde la creación de la Península ibérica por lo menos.

—¿Mejor?

Javi miró hacia atrás.

—No. Lleva despollándose cinco minutos.

—Las mujeres son pozos de sabiduría... a veces. Otras se comportan como unas psicópatas. Como nosotros. —Sonrió Pablo—. Pero déjame hacerte una pregunta. ¿Cuál es el problema? Han sido unos besos. Todos los amigos de diferente sexo se han besado alguna vez. Incluso del mismo sexo.

—Es que... —Hizo una mueca—. Llevo toda la noche poniéndome un poco... tonto.

—Os habéis metido demasiado en el papel de la pareja, ¿eh?

—¿Te lo contó Martina?

—Claro. Pero ninguno de los dos entendemos por qué habéis ido a esa cena y por

qué seguís fingiendo que sois pareja. Es casi más complicado que...

—Creo que a los dos nos apetecía. —Se mordió el labio con desazón—. ¡Guapa! ¿Nos pones otros dos? —gritó hacia la camarera.

La puerta del local volvió a abrirse y una chica con una melena castaña espectacular, piernas eternas y buenos melones entró contoneándose y riendo junto a un hombre moreno, alto, atractivo. Sandra dio un golpe de melena y nos saludó. Detrás, Fer hizo lo mismo pero sin el golpe de melena.

—¡Hola! —dijo antes de robar una banqueta de la mesa de al lado sin preguntar y sentarse, preocupada por que su vestido corto, cortísimo, no dejara demasiado a la vista.

—Joder, qué despliegue —exclamé nerviosa antes de levantarme a darle un beso a Fer. Mierda. Aún no le había contado lo de Pablo—. ¿Qué haces aquí?

—Me invitó San. Pasaba por vuestra casa de casualidad y llamé. Me invitó a subir y hemos cenado algo. Como ya no me quieres tengo que buscar otras amigas que sí lo hagan.

—Te he invitado por pena, Fer. Deberías conocerme un poco mejor —bromeó Sandra.

—De qué buen humor estás.

—Es que... me he visto con este vestido y... joder. ¡Estoy buena!

—Siempre has estado buena, dentro y fuera de ese vestido —dijo Amaia—. No sé a qué santo viene ahora esa sorpresa.

—Es un decir. Me ha dado subidón.

—¿Dónde está tu novio? —me preguntó Fer con una sonrisita de suficiencia.

—Mierda, Sandra, tienes la boca como un buzón de correos —rezongué.

—¿Ibas a escondérmelo?

—¡Claro que no! Solo..., no es mi novio y... quería contártelo yo. Y más después de la conversación que tuvimos aquel día en tu casa.

—Tía, se me ha escapado. Ni siquiera le dije quién era. Solo que habíamos quedado contigo y con tu churri. Él supo el resto.

—¡Él es más listo que el hambre! —Me eché a reír; no parecía molesto ni alucinado. A decir verdad..., supongo que hacía tiempo que lo imaginaba—. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Vieja tu madre —se defendió él con una sonrisa.

—Molaría un montón que ahora os pelearais como gallitos de corral por ella. —Se rio Amaia, que aún le duraba la tontería del «estado de shock».

—No juegues —mascullé entre dientes.

—Vale, vale —me respondió mansa a media voz.

Javi volvió a girarse.

—Mierda. Mierda puta.

—¿Qué pasa?

—Ha venido Sandra. No me dijo que vendría Sandra...

—¿Qué te pasa con Sandra?

—Yo..., bueno..., nosotros...

—Habéis follado.

—Un par de veces, sí.

—¡Dime que Amaia lo sabe!

—Sí, sí..., lo sabe de sobra. No es eso. Es que... no la he vuelto a ver desde que le dije que no quería repetir.

Pablo miró por encima de la gente.

—Pues está buen... —empezó a decir, pero vio a Fer y se echó a reír—. El ex de Martina también ha venido. Ole, ole y ole. Qué noche más divertida vamos a pasar. ¡Preciosa! ¿Nos pondrías dos chupitos más? Se nos complica la noche.

—Yo os la soluciono —respondió la camarera muy coquetona mientras servía.

—¡Ay, si tú quisieras y yo me dejara! —bromeó Pablo.

Javi y él se tomaron el chupito de un trago, volvieron a contener las arcadas y después chocaron la mano. Siempre me ha fascinado la facilidad con la que los tíos hacen amigos en un bar.

—Vamos. Que empiece la juerga —dijo Pablo cogiendo su copa—. La de Amaia llévala tú que para eso eres su novio.

BAILA, CARIÑO

NO soy una chica de salir de marcha, como ya se deduce por mis casi nulas habilidades sociales. En la pista de baile me siento como un pingüino en busca del agua. Eso cambia si he ingerido la cantidad adecuada de alcohol, como con todo el mundo, claro. Entonces me convierto en una experimentada bailarina... o eso creo yo.

Hasta el momento, la noche entraba dentro de los límites de lo que me parecía apetecible. Seis personas que se llevaban bien sentadas alrededor de una mesa llena de vasos que se iban renovando conforme se vaciaban. Conversaciones divertidas. Voces que intentaban hacerse oír por encima de las demás. Y a pesar de que el gin del Gin Fizz estaba poniéndome un poco boba tonta, me llamaron la atención muchas cosas allí. Lo primero fue la nula tensión entre mi expareja y mi actual... ¿pareja? Se saludaron con un apretón de manos y un abrazo masculino, se preguntaron por el trabajo y después Fer hizo algunas bromas fuera de lugar sobre todo lo que tenían en común además de la cocina. Yo puse los ojos en blanco y a Pablo se le salió el *whisky* por la nariz intentando no reírse. Otra de las cosas que no me pasó inadvertida fue la evidente intentona de Sandra por llamar la atención de Javi de manera silenciosa. Boquita pintada entreabierta en plan sexi, la lengua que acariciaba la pajita como quien no quiere la cosa, el pelo de aquí allá, mesado entre sus dedos, sus tetas al asomo, las piernas cruzándose y descruzándose. Y Javi... con los ojos puestos sobre la mesa, vigilando de reojo a Amaia con todo el disimulo del que era capaz.

Y por último, si no tenía suficiente con la coalición Pablo-Fer, Amaia no podía esconder lo bien que le caía Pablo. No dejaban de hacer... eso que hacen ellos: ser extraños, delirantes y divertidos a la vez. Me dolía ya el estómago de reírme cuando Fer le preguntó a Pablo si le acompañaba a fumar.

—Yo también voy —dijo Sandra a la vez que se levantaba y se colocaba el vestido ceñido a una altura de sus muslos que podría excitarnos hasta a nosotras.

—San, tómate un chupito antes. —Le guiñó el ojo Fer.

—¿Qué dice?

—Que los dejes solos un segundo, querrán pelearse chocando la cornamenta como los ciervos —apuntó Amaia.

—Pero ¡yo quiero fumar! —Lloriqueó Sandra de pie, con la mano en la cadera.

—Dales un segundo —musitó Amaia, exasperada por tener que explicarle a una adulta cuándo sobraba en una situación.

—Voy al baño y ahora salgo.

Se fue contoneándose hacia el fondo del local y Amaia y yo la seguimos con la mirada. Javi miraba su móvil.

—¿Se ha ido al baño porque se hacía pis o para ver si liga?

—¿Tú qué crees? —le contesté a Amaia.

—No sé para qué pregunto. Si yo fuera ella y estuviera tan buena, sería la más puta de toda la Comunidad de Madrid.

—No tienes nada que envidiarle —aseguró Javi guardándose el móvil en el bolsillo.

—Y lo dices con conocimiento de causa, ¿no? ¿Es que no la come bien?

—Amaia, joder...

Viendo el percal, me levanté.

—Voy a ir pagando.

—¡Sí! ¡Yo quiero ir a bailar! —exclamó Amaia.

Pagué la última ronda, que me tocaba a mí, e hice un gesto a Amaia y a Javi indicándoles que me iba fuera. Estaba atestado de gente y empezaba a agobiarme. Vi por el rabillo del ojo que ellos se levantaban y recogían sus cosas y las de Sandra.

Cuando salí a la calle vi a Pablo y a Fer hablando, apoyados en una pared. Los dos fumaban y a su alrededor confluía un montón de humo blanquecino. No me vieron.

—Yo solo te digo que...

—Ya lo sé, Fer. Solo..., déjame hacerlo a mí. A mi manera. Lo haré bien.

—Eso espero.

—¿Qué esperas?

Los dos levantaron la mirada del suelo inquietos cuando escucharon mi voz.

—Nada. Recomendaciones de negocio. No me gustaría que Pablo se quedara atrás con el menú de El Mar.

Pablo sonrió tirante, sin enseñar los dientes, y me atrajo hacia él.

—¿Te lo estás pasando bien?

—Amaia quiere ir a bailar —dije con cara de circunstancias.

—Y eso, ¿es bueno o malo?

—No sabes lo que dices. —Se rio Fer—. Aquí uno que se marcha a casa ahora que le queda dignidad.

—La dignidad está sobrevalorada. —Se rio Pablo—. ¡Ven y compórtate como un hombre!

—Qué va, qué va.

—¡¡Vamos a bailar!! —rugió Amaia dando saltos, apoyándose en Pablo, tirando de él y después restregándose por su brazo como un gato que quiere pienso.

—Yo no sé si me apetece —dijo Sandra con la boquita pequeña y sin poder evitar lanzar una miradita hacia donde estaba Javi.

Javi no opinó nada y ella frunció inconscientemente el ceño. Supongo que esperaba que, después de su despliegue de sensualidad, Javi estuviera aguantándose a

duras penas la pilila en la bragueta y que se ofreciera enseguida a acompañarla a casa. Pero no lo hizo. Y además, por más raro que nos pareciera a todas, ningún tío se había acercado a Sandra y a su vestido aquella noche. Mi explicación es que el bar estaba lleno de tíos con sus chicas y tíos con sus chicos, porque si no, ¿cómo iba a salir sin ligue de allí? Estaba espectacular y... con ganas de mimos. Pero claro, así era mejor. Las cosas que se hacen por despecho o en un intento desesperado por sentirse mejor utilizando a otra persona, no suelen salir bien. Sacó el móvil del bolso, lo consultó y después de meterlo de nuevo dijo que sí, que finalmente se iba.

—Es muy tarde. Me duelen los pies. Y tampoco es que me lo esté pasando estupendamente.

—Vaya por Dios —bromeó Pablo—. La compañía del Anillo se disuelve. Avísanos si ves trajín de orcos en Isengard.

Amaia se echó a reír a carcajadas y Javi y yo compartimos una sonrisa. Es imposible no reírse cuando se pone así.

—¿Hacia dónde vas, Fer?

—A Pirámides. Pero si quieres te acompaño.

—¿Vamos juntos hasta Gran Vía?

—Claro. No pienso dejar que una señorita de falda corta pero moral intacta camine sola por la calle Desengaño a estas horas.

—Creo que está sufriendo por si te confunden con una prosti —apuntó Amaia sin parar de reírse—. Pero ¿las de la calle Desengaño no tienen pene?

—Solo algunas —añadió Pablo.

—¿Y lo sabes por...?

Todos nos echamos a reír menos Sandra, que miraba a Javi buscando el último contacto visual. Nada de nada. Javi estaba a otras cosas o muy concentrado en ignorarla.

—Pues nada. Adiós a todos. Y Javi..., un placer volver a verte. —Y lo último salió tan envenenado que hasta Pablo hizo una mueca.

—Espera, Sandra. —La cogió de la muñeca y mientras Fer se despedía de los demás, se acercó a ella—. ¿Sigues enfadada?

—Esta noche ha sido muy rara.

—He sido cordial contigo —se justificó él.

—Ya, sí.

Sandra lo miró. Estaba muy guapo. Muy muy guapo. Mucho más guapo que las veces que había quedado con ella. Algo le brillaba en los ojos; quizá fuera efecto del *whisky* que había bebido. Iba bastante más tocado que Sandra...

—No quiero ser un enemigo a batir. —Cerró los ojos, como si la lengua se le enredara demasiado al hablar—. Quiero ser Javi y ya está, Sandra.

—Ya, ya lo sé. —Miró al suelo.

—Eres preciosa —añadió—. Y divertida e inteligente. Pero no eres para mí. Yo estoy... esperando a otra persona.

Sandra sonrió. Se sintió a la vez aliviada y humillada. Lo mejor sería irse a casa.

—Fer, ¿vamos?

—Sí. Adiós. Nos veremos en Rivendel —insistió, siguiéndole la broma anterior a Pablo.

Los vimos andar calle abajo. Sandra iba un poco patizamba por los adoquines con sus tacones altos y nos dio la risa.

—Vale. ¿Y ahora adónde?

—Ays..., pobres diablos. ¿Qué haríais sin mí?

Lo siguiente pasó muy rápido. Amaia dijo que tenía pases VIP para una discoteca y paró un taxi mientras cantaba una canción de Pitbull sobre una chica que paraba un taxi. Nos metimos todos dentro (al pobre Javi le tocó delante) y ella siguió cantando hasta que llegamos a un local que me daba más miedo que otra cosa. En la puerta había cola, pero ella pasó del cordón de terciopelo y se dirigió directamente hacia el portero, al que saludó por su nombre. Nunca había estado en aquel garito, aunque estaba en pleno barrio de Chamberí, donde habíamos crecido nosotras. Unas luces anunciaban el nombre de la discoteca como «Baila, cariño».

Dejamos la chaqueta en el ropero y fuimos directamente hasta la barra más cercana, donde un camarero guapo a rabiarnos preguntó qué queríamos. Al ver a Amaia sonrió y se inclinó a besarla. Javi, Pablo y yo no entendíamos nada.

—¡Chicos! Este es Jaime; ¡era mi vecino!

—¿Jaime? —pregunté. Recordaba a un tal Jaime, más bien poca cosita, del que se reían los niños del colegio porque le gustaban las Spice Girls. Había crecido mucho.

—¡Sí! ¿Qué tal? Tú eres... ¿Marlene?

—Martina.

Le di dos besos y vi por el rabillo del ojo que Javi y Pablo se estaban descojonando. Seguramente por lo de Marlene. Amaia y él hablaron un minuto y nos sirvió las copas (en vaso de tubo, mátame); después fuimos empujados a internarnos en la oscuridad, bajo luces de colores y música de la que le gusta a Amaia..., vamos, electrolatino, reggeaton, pachangueo..., esas cosas.

Eché un vistazo a mi alrededor mientras daba buena cuenta de la copa y me llamó la atención que aquello fuera lo que comúnmente se conoce como campo de nabos. Había diez tíos por cada tía... siendo optimista. Yo diría que más. Todos guapos, bien arreglados, a la moda..., alcé la ceja.

—Amaia.

—¿Qué? —Ella se movía al ritmo de la música, totalmente emocionada.

—¿Esto es un club gay?

—Claro.

Javi y Pablo me miraron como si fuese marciana.

—¿De verdad te acabas de dar cuenta? —preguntó Javi—. ¡¡Se llama «Baila, cariño»!!

—¡¡Me encanta!! —gritó Amaia bailando como una posesa—. ¡¡Musicón, tíos

guapos y cero presión social por ligar!! Aquí nadie te mira como un trozo de carne, Martina. ¡¡Disfruta!!

—Miente. Yo sí te miro como un trozo de carne —dijo burlón Pablo en mi oído.

Amaia se bebió lo que le quedaba de la copa de un trago y la dejó en un rincón. Javi se acercó y dejó la copa vacía junto a la de ella. La miró y sonrió.

—Así que aquí creías que venía yo los fines de semana.

—Se te hubiera dado muy bien. ¿Has visto cómo te miran?

Javi sonrió y negó con la cabeza. Se acercó un poco a Amaia y se inclinó hacia su oído; a ella toda la piel se le puso de gallina.

—Estamos bien, ¿verdad?

—Sí —respondió ella.

—Lo digo por...

—Ya sé por qué lo dices. Estamos bien, Javi. No le demos más importancia de la que tiene. Hemos bebido demasiado. —Le palmeó con cariño una mejilla—. Siempre te querré como tú me quieres a mí, ¿te acuerdas?

—Claro. —Pero pareció decepcionado.

Amaia y Javi levantaron la mirada para encontrarnos a Pablo y a mí con la lengua hundida en la garganta del otro.

—¡Por el amor de Dios! ¡¡Sois unos cerdos!! —gritó horrorizada Amaia. Tiró de mi brazo hacia un lado y del de Pablo hacia el otro—. Tú, a la barra. Y tú, a bailar conmigo como la cerda que sé que eres.

Nunca creí que Amaia fuera capaz de saberse todas las canciones de moda y de cantarlas a voz en grito mientras un montón de hombres, alguno descamisado, la jaleaban y le gritaban piropos. Y nunca pensé que yo misma terminaría aprendiéndome parte del ceremonial de estar en una discoteca rodeada de tíos guapos y bailar para provocar a mi ligue, que me miraba desde la barra.

—Deja la botella —le pidió Pablo a la única camarera que había tras las barras.

Le deslizó un billete y ella dejó tanto la botella como los vasos vacíos.

—Yo igual necesitaría hacer un parón con una botella de agua —dijo Javi.

—Cobarde.

—Me encanta tu pelo. —Le soltó un desconocido a Pablo, apoyándose a su lado y tocándole un mechón.

—Gracias. Creo que debería cortármelo.

—Ay, no. A mí me encanta así. Tan... mayo del 68.

A Javi le entró la risa a su lado.

—Qué pareja más mona hacéis —les dijo el desconocido.

—Ya. Somos superfelices. —Pablo apoyó la cabeza en el hombro de Javi.

—Qué envidia..., lo que me gustaría a mí participar de esa felicidad...

—Cuidado —respondió rápido Javi—. Se pone loco de celos si se me acerca alguien.

—Qué suerte tienes. Me encantan los *hipsters* celosos. —Le lanzó una miradita a

Pablo y se marchó.

—Somos la pareja perfecta —contestó Pablo irguiéndose de nuevo—. Guapa, ¿me pones una botella de agua? Pero no me la cobres, anda, que te acabo de quitar de encima el peor tequila del mundo a precio de sangre de dragón.

Amaia agitó el pelo rubio como loca y bailaba como se bailarían en la pista de baile de un club de los ochenta.

—¿Te lo pasas bien? —me gritó.

—¡¡Sí!! —Me reí—. Pero... ¿qué está sonando?!

—¡¡Viejoven!! ¡¡Eres viejoven!! ¡¡Llevas treinta años pareciendo que tienes setenta años!!

—¿Qué dices loca?

—¡¡Lo que dice la canción!!

Las dos nos echamos a reír. Una mano sustituyó mi copa por otra cosa. Vi a Pablo volver hacia la barra, donde Javi se reía sin parar agarrado a una botellita de agua como la que yo ahora también sostenía.

—Tu chico considera que ya has bebido suficiente.

—¡Y una mierda! ¡¡Yo quiero otra copa!! No quiero ser viejoven.

Me giré hacia la barra. Le dije a Pablo con gestos que no quería agua y le pedí dos copas. Pablo puso los ojos en blanco con una sonrisa. Cinco minutos después sonaba una canción sobre un chico que había cumplido los dieciocho años y que quería besar a una chica y nosotras brindábamos por él.

—No le quitas ojo de encima —le dijo Pablo a Javi, que estaba dando la espalda a la barra—. ¿La vigilas?

—No creo que vaya a pasarle nada aquí, la verdad...

—¿Entonces?

—Mírala. —Sonrió—. ¿Habías visto a alguien más feliz alguna vez?

—Sí, es genial. Y... muy guapa. —Y Pablo miró de reojo a Javi, esperando su reacción.

—Sí, lo es.

—No entiendo por qué ese tal Mario no lo dejó todo por ella en cuanto rompió con su ex.

—Porque no sabe ver algo bueno de verdad ni teniéndolo en la mano.

—¿Y sabes verlo tú?

Javi miró a Pablo.

—Muy hábil, tío. —Le sonrió.

—Lo sé.

Brindaron.

—¿Vamos?

Sonaba una canción sobre apagar las luces cuando una mano abierta se apoyó en mi

vientre. Respiré hondo con placer cuando todo su cuerpo se pegó a mi espalda. No tenía que girarme para comprobar que era Pablo. Todo su olor y ese magnetismo que me llevaba continuamente a él envolviéndome eran prueba suficiente. Vi a Javi coger la mano de Amaia y darle vueltas como a una peonza mientras ella se partía de risa y gritaba. Cerré los ojos. Sus labios sobre mi cuello. Mi mano hacia atrás, tocando primero su muslo, arriba y abajo para abandonar la timidez y, en medio de decenas de personas y refugiada por la luz irregular, frotar su bragueta.

Me quitó la mano y la colocó, como la otra, en el costado antes de frotarse contra mi trasero con un gruñido. Abrió la boca sobre mi cuello y lo lamió despacio a la vez que sus manos subían por mi cintura y, como si estuviéramos solos en el centro de su dormitorio en lugar de en una pista de baile, me tocó los pechos, colando algunos dedos por el hueco que tenía en el abdomen. No, no llevo sujetador, Pablo. Le escuché maldecir. Casi podía escuchar también todas las cosas que se estaba prometiendo hacerme en cuanto llegáramos a casa, cuando me dio la vuelta y me dijo:

—¿Bailas, cariño?

LA LEYENDA DEL CABALLERO ANDANTE SIN ARMADURA NI CABALLO

CUANDO Amaia dio muestras de flaqueza, todos aprovechamos para ir hacia el ropero a por nuestras cosas. Se quejaba de que su dolor de pies no se correspondiera con las ganas que tenía de seguir de marcha, pero eran las cinco y media de la mañana..., una hora mucho más que honorable para dar por terminada aquella velada. Javi casi se tambaleaba, así que lo cogí del brazo y les dije a Pablo y Amaia que, mientras recogían las chaquetas, nosotros esperaríamos fuera. Javi parecía feliz en su pedo y me sonrió resplandecientemente cuando le sugerí que nos sentáramos en el bordillo. A mí también me dolían los pies.

—Ha sido una noche genial —farfulló dándome golpecitos en la espalda—. Y tu novio me cae genial.

—Me alegro mucho, Javi, pero no somos exactamente novios.

—Memorable. Todo ha sido memorable. —Y perdió la mirada en la carretera poco transitada. ¿Estaría acordándose del beso con Amaia?

—Oye, Javi, quizá me meta donde no me llaman pero... ¿qué pasa con Amaia?

Suspiró y se apoyó hacia atrás, con las palmas sobre el suelo.

—Con Amaia siempre pasan muchas cosas. Ella va y vuelve y tú sigues ahí, mirándola, preguntándote si siempre brilló tanto.

Guau. Quizá es que dentro de la Martina con la que estoy habituada a lidiar vive en realidad una mucho más romántica, pero aquello me pareció una de las declaraciones de amor más bonitas del mundo. Y más cierta porque, era verdad, Amaia siempre brilló más que las demás.

—¿La quieres? —le pregunté.

—Claro.

—Me refiero a si...

—Sé a lo que te refieres. —Me sonrió—. Pero es complicado. No hay una respuesta. Y menos ahora. Ahora no sé si sabré llegar ni a mi casa.

—Yo creo que sí hay respuesta. Para ti y para ella. —Le sonreí.

—¿Y qué haremos después?

—Lo mismo que ahora pero... de formas más interesantes. —Me reí.

—¿Sabes una cosa que me pasa con Amaia? —No esperó que le respondiera y siguió hablando—. Me gustaría llevarla a un sitio bonito en el que no tuviera que sufrir ni pelearse con el mundo, donde sencillamente lo tuviera todo. Todo lo que

quisiera. Es como..., como alguien incomprendido. Ella es más brillante que nosotros. —Me sonrió—. Pero el mundo no está preparado para gente como ella.

—¡¡Muermos!! —nos gritó Amaia desde la puerta cargada de chaquetas.

Una pandilla de unos cuatro o cinco tíos caminaban por la acera en aquel momento, todos ellos más borrachos de lo que les gustaría a sus madres, la verdad. No vieron salir a Amaia y se chocaron con ella. En lugar de pedirle disculpas por tirarle el bolso y un par de prendas, uno de ellos dijo la primera estupidez que le vino a la cabeza.

—Quita, gorda.

Fue como si el sentido arácnido de Javi se reactivara. Se irguió, me dio un par de palmaditas en la rodilla y se levantó del bordillo.

—Perdona, ¿qué decías? —preguntó en un tono tenso como el acero.

—Que le digas a tu novia la gorda que se aparte.

No nos dio tiempo a hacer nada a ninguno porque, cuando aún estaba haciendo amago de levantarme y calmar los ánimos, Javi ya le había soplado un mamporro con el puño cerrado en mitad de la cara. Y no es que no se lo mereciera..., es que no soy fan de la violencia. Amaia abrió los ojos como platos.

—Pero ¡¡¿qué haces?!!

El desconocido reaccionó cuando Javi agitaba el puño, quejándose. Los puñetazos en las películas lucen mucho, pero en la realidad duelen un poquito más, me parece. Segundos después a Javi no solo le dolía el puño, sino que además le chorreaba la nariz.

Lo vi todo a cámara lenta. Uno de los amigos borrachos intentó separarlos. Pablo apareció con cara de confusión y cuando se metió entre los dos para apartarlos recibió un golpe.

—Pero ¿¡qué coño!? —Le escuché decir antes de que soltara un guantazo al aire que no acertó a Javi de puro milagro, pero sí al otro.

Amaia, cansada de tanto cirio y aprovechando que todos le sacaban como tres cabezas, se metió entre ellos, en un hueco, y empujó al desconocido, que acabó tirado en el suelo de culo.

—Pero ¿¡qué cojones os pasa, pandilla de subnormales!? —se quejó.

Cuando el contrincante se levantó del suelo dispuesto a apartar de un puntapié a Amaia y seguir a lo suyo, esta, no sé decir si gracias a la casualidad o haciendo gala de maña en peleas callejeras, echó el codo hacia atrás para acertarle justo en las pelotas. Se escuchó un aullido y un desplome. Y, como dicen en el boxeo..., *nocaut*.

Amaia estaba descalza dentro del cuarto de baño de la casa de Javi, limpiándole con un algodón húmedo la nariz sanguinolenta. Él, paciente, no se quejaba; sabía que había sido un poco «impetuoso», así que se mantenía en silencio y con la cabeza hacia atrás, sentado sobre el borde de la bañera, también descalzo. La bonita camisa

blanca estaba manchada de sangre de un color bermellón oscuro, casi seco.

—Gilipollas —rugió antes de alcanzar más algodón y tirar el sucio en el lavabo—. Hay que ser gilipollas.

—Por decimosexta vez..., lo siento.

—No me vale que digas lo siento, Javi. ¿A qué coño ha venido eso?

—Era un imbécil. Iba pidiendo una torta a gritos. Le he oído y... no me he podido controlar.

—Pues tendrías que haberlo hecho. Te lo he dicho mil veces: los insultos duelen tanto como el insultado quiere que duelan. Y a mí me dan igual.

Mintió. Muy igual no le daban, pero estaba habituada a lidiar con el sentimiento posterior a que un gilipollas la insultara de manera gratuita.

—Pues a mí no me ha dado igual. ¿Qué quieres que te diga, Amaia? Me ha sentado como una patada en los cojones.

—Acepta que Amaia, que soy yo, está gorda y ya está. Es un adjetivo.

—No, Amaia.

—Sí, Javi. Y no me discutas más, joder. Me pica el vestido, me duelen los pies y como la gorda que soy, tengo hambre.

Javi chasqueó la lengua contra el paladar y no añadió más.

—¿Quieres más agua?

—No —respondió seco.

—Ya ha dejado de sangrar, creo. Déjate el algodón un poco más. ¿Seguro que no quieres que nos acerquemos al hospital?

—No. No está rota.

—¿Te preparo algo de comer antes de acostarte?

—No.

—¡¡¡¿Y ahora qué te pasa?!!! —le gritó Amaia.

—¡¡Que me cabrea!! —le respondió Javi con un grito a la vez que se quitaba el algodón de la nariz y lo tiraba junto a los demás en el lavabo—. ¡¡Odio que te conformes con lo que la gente tenga que decir de ti!! ¿Quiénes son ellos para juzgarte? ¿Por qué te encoges de hombros y ya está? ¡¡Haz lo que quieras, pero no me pidas que haga lo mismo!!

Amaia frunció el ceño. No había visto a Javi así nunca. Ni siquiera aquella vez que se enfadó con ella y la echó de casa. Ni siquiera entonces había gritado de aquella manera. Dio un paso hacia atrás.

—Me voy.

Javi la cogió y la atrajo hacia él, colocándola entre sus piernas abiertas, y la abrazó. Su cabeza se apoyó sobre el generoso pecho de Amaia y los dos cerraron los ojos. Ella le acarició el sedoso pelo negro y él levantó la mirada.

—Amaia, ¿es que no me entiendes? ¿De verdad no sabes lo que me pasa?

—No, Javi. Para mí, a veces, sigues siendo un misterio.

—Yo..., te quiero.

—Y yo, Javi —le respondió.

—No... —Negó con la cabeza—. Yo te quiero..., de verdad.

—Yo, sin embargo, te quiero de broma. —Se rio ella—. No bebas nunca más. Te pones muy raro.

—Amaia. —Cogió sus muñecas y las encerró entre sus dedos. Después la miró con intensidad antes de decir—: Lo que nos pasa está bien claro. Te quiero más de lo que puedo permitirme siendo tu mejor amigo.

Ella le miró como si no le entendiese y él volvió a hundir su cabeza en ella, respirando profundamente. El tejido del vestido le presionó la mejilla y sus manos se colocaron sobre las rodillas de Amaia para ir subiendo poco a poco hasta sus caderas por dentro de la prenda. La acercó y de su garganta salió un sonido similar al de un gemido cuando sus cuerpos se pegaron. Se incorporó, la agarró con fuerza y después la sentó a horcajadas sobre él, con la falda subida. Se miraron a los labios, entreabiertos. ¿Qué estaba pasando?

—Bésame —le pidió—. Bésame como antes, Amaia. Y que solo... suceda.

Amaia acercó los labios a los de Javi y se preguntó si no estaba a punto de cometer el error más estúpido de toda su vida, pero el recuerdo de la sensación de tener su boca pegada a la de él la empujó un poco más cerca. Posó sus labios encima de la boca de Javi y él la abrió aliviado. Sus lenguas se encontraron y en cuanto lo hicieron Amaia volvió a sentir que cosas que no había sentido jamás la secuestraban y se la llevaban lejos, a un lugar donde no existía nada más que la boca de Javi, que la devoraba. Metió los dedos entre los mechones de él y él hizo lo mismo con una mano..., la otra se dedicó a acomodarla en su regazo y dejarle claro que todo su cuerpo estaba hambriento de ella, no solo sus labios.

Fue como ser el centro de una espiral. Todo giraba a su alrededor hasta convertirse solo en un borrón de algo que no importa. Ni espacio, ni tiempo, ni gente, ni objetos. Separaron las bocas con un suspiro y se miraron desde tan cerca...

—¿Lo ves? —susurró jadeando.

Javi se levantó con ella encima y apoyó su espalda en la pared de azulejos del baño, donde siguió comiéndosela a besos mientras sus manos le levantaban el vestido tanto como podía. Y Amaia no pensó ninguna de sus tonterías habituales sobre si a él se le caerían o no los brazos al intentar mantenerla en el aire, porque estaba muy concentrada en el sabor que tenía en el paladar, una mezcla de los dos.

Tiró de su pelo hacia atrás y él soltó un gruñido ronco; Amaia le mordió la barbilla, dejando huellas húmedas en la piel rasposa hasta llegar de nuevo a su boca, que exploró con su lengua. La bajó al suelo, y con un tirón la metió en el dormitorio contiguo. Se sentó en el borde de la cama y con las manos en la espalda de su vestido le bajó la cremallera. Miró cómo se lo quitaba sin querer perderse un detalle; aquella tarde había visto por primera vez la piel de Amaia y no había podido acercar la mano para acariciarla. Se preguntó si, de haberla visto antes, lo suyo hubiera explotado de igual modo. Pero estaba escrito, se dijo.

Se echó un poco hacia atrás cuando ella subió sobre su regazo en ropa interior. Dejó que besara su cuello y que le quitara la camisa. Y cuando los labios de Amaia, esos labios que no había encontrado en ninguna otra, se deslizaron hacia su pecho, se sintió morir de excitación. Ella prefería no preguntarse nada; prefería no pararse a pensar que el pecho y el abdomen que su lengua estaba saboreando eran de Javi. Aquel era y no era Javi. Llegó al cinturón y lo desabrochó. Un bulto se apretaba contra los botones de la bragueta del vaquero y ella los abrió de un tirón. Cuando metió la mano dentro y él gimió y se removió, entendió cosas sobre el sexo que nunca antes había logrado comprender.

La mano de Javi se metió por dentro de la cinturilla apretada de la fajita retro de Amaia y bajó hacia su sexo. Ella echó la cabeza hacia atrás cuando alcanzó la zona más sensible. Era incómodo. Puta faja. Él sacó la mano y le desabrochó el sujetador; blasfemó cuando ella lo dejó caer por sus brazos hasta la sábana que cubría la cama. Javi jadeaba. Se acercó, besó su pecho y metió un pezón en su boca, donde jugó con la lengua y los dientes. Amaia le agarró del pelo y tiró un poco de él.

Cayeron en la cama enredados, buscándose la boca y frotándose. Javi desesperado se levantó, se quitó el vaquero, lo lanzó por la habitación, le quitó a ella lo que le quedaba de ropa y se acostó encima solo con un bóxer gris que mancharon de humedad después de un par de minutos.

No dijeron ni palabra. No podían; sus bocas estaban concentradas en devorarse mutuamente y sonreír. Javi no le preguntó si quería hacer el amor con él y Amaia no contestó que sí. Él no le consultó si, a pesar de tomar la píldora, prefería que se pusiera un preservativo y ella no contestó que no. Solo, en medio de un beso profundo, sus sexos se encontraron. Ella tenía las piernas abiertas, él estaba justo entre sus muslos; ella estaba húmeda y él muy duro. Colisionaron y él empujó un poco más cuando encontró una mínima resistencia en el cuerpo de ella. Amaia se arqueó y él volvió a embestir hasta lo más hondo. Los dos separaron las bocas, gimieron y se miraron con una sonrisa.

Las piernas de Amaia rodearon las caderas de Javi y él se agarró a la almohada para volver a entrar y salir de ella. Y allí, en su interior, encontró el sentido, el significado del sexo que hasta el momento se le había escapado. Se estremecieron. Aceleraron y se abrazaron. Se besaron. Gruñeron. Él recorrió su cuerpo con las manos y, aunque ella no lo sintiera, veneró cada rincón de aquella piel. Giró con fuerza, llevándosela con él, y empujó hacia arriba con sus caderas. Ella sonrió cuando se movió y supo que él estaba sintiendo el mismo placer que ella. Se frotó. Subió y bajó. Se volvió a frotar. Estaba empapada y él se deslizaba tan bien dentro de ella a pesar del dolor de la primera penetración... Él no lo sabía, pero hacía un par de años que Amaia no se acostaba con nadie. La última «relación» fue una decepción en todos los aspectos, pero no es que ella se acordara de aquel otro en ese momento. Ni de eso ni de nada.

Las manos de Javi la agarraron de las caderas y las puntas de sus dedos se

clavaron en su carne. Empezó a jadear mientras sonreía; ella no lo sabía, y él no había caído en la cuenta, pero nunca había sentido la necesidad de sonreír durante el sexo porque nunca sintió nada más que pasión y placer. Y ahora le elevaban tantas cosas hasta el techo de la habitación. Gimió y ella lo acompañó; paró un segundo, agotada por el esfuerzo, pero él siguió empujando desde abajo dando con el lugar exacto. Amaia cerró los ojos y clavó las puntas de sus dedos en el pecho de Javi. Se meció y un cosquilleo, que en nada se parecía al sexo con ella misma, le azotó primero desde la nuca, creciendo en su sexo, juntándose en mitad de su espalda, explotando en su vientre con las últimas arremetidas de él, que se fue con un grito contenido en su garganta, vaciándose por completo.

Amaia se desplomó sobre él. Rodaron. Se besaron. Se abrazaron. Y sin mediar palabra, media hora después, volvieron a hacerlo.

LA PROMESA DE UNA NOCHE DIFERENTE

PABLO se reía sentado en mi dormitorio mientras yo sujetaba unos cubitos de hielo cubiertos por un paño de cocina en su pómulo, cerca del ojo.

—Voy a decirle a todo el mundo que me pegaste tú —bromeó.

—Sé que eres capaz.

—Para una vez que no soy yo el que se mete en una pelea..., me ponen el ojo a la funerala.

—Algo me dice que tampoco es la primera vez.

—No. Pero al menos en las anteriores ocasiones siempre me lo había ganado.

Sonreí y le retiré el paño.

—Parece que ha remitido un poco la hinchazón.

—¿Estoy guapo?

—Tú siempre estás guapo.

—Sí que te ha afectado el alcohol. Voy a tener que ponerte una copita todos los días.

—Para verte siempre guapo necesito más de una.

—¿Ves? Sin embargo, para que yo te vea guapa solo me hace falta abrir los ojos. Aunque a veces ni siquiera eso.

Me subí el vestido y me senté en sus rodillas, a horcajadas.

—Ha sido una noche de locos —musité mirando sus labios.

—Sí. —Sonrió mirando los míos—. Pero me gusta tu mundo. Gracias por dejarme formar parte de él.

Le acaricié la cara con cuidado de no rozarle lo que ya empezaba a ser una magulladura. Pasé la yema de mis dedos sobre sus labios y él los besó. Entré en una especie de trance inducido por el color de sus ojos y recordé la primera vez que los vi.

—Si te cuento algo, ¿me prometes que lo olvidarás?

—No. ¿Me lo contarás aun así?

—Sí. Me gusta que no me mientas. —Los dos sonreímos como dos tontos—. La primera vez que te vi... en El Mar, hace años..., me quedé sin palabras. Tenía pensado decirte muchas cosas. Que te admiraba, que quería ser como tú, que aprendería de ti y de tu trabajo hasta ser buena de verdad. Pero te miré a los ojos y... me dejaste muda.

—Tú me has dejado mudo tantas veces..., siempre he tenido la certeza de que cambiarías mi vida.

—Cambiar una vida es algo fuerte, ¿no crees?

—Has cambiado mi concepto del amor hasta hacerlo manejable, terrenal y alcanzable. ¿Te parece poco?

Nunca nadie me había dicho nada igual. Nunca nadie se había rendido así, poniendo de rodillas las palabras para venerarme. Nunca nadie me había hablado del amor de aquella manera, creyendo cada palabra y enredando cada una de ellas entre nosotros.

—Dijimos que...

—¿Qué más da lo que dijéramos? Todo ha cambiado.

—¿Entonces?

—Seamos nosotros. ¿A quién le importa lo demás?

—Dime más —dije revolviéndome en su regazo. Quería más. Quería seguir escuchándole toda la vida ya que yo nunca sería capaz de decir nada igual.

Pablo acarició mi trenza y, muy serio, se concentró en deshacerla. Después pasó los dedos separados entre los mechones y los dejó caer sobre mis hombros. Me miró a la boca y a los ojos. El momento fue tan íntimo y las sensaciones tan intensas que me levanté, arrepentida de haberle pedido que siguiera hablándome de sus sentimientos.

—Voy a darme una ducha antes de dormir. Huelo a... minibar.

Asintió y se levantó delante de mí. Madre mía. Qué alto y qué guapo. De negro estaba tan... jodidamente deseable.

—¿Puedo ir contigo?

—No creo que vaya a impedírtelo nadie.

Entró en el baño detrás de mí y cerró la puerta. Como la primera vez, encendió unas velas y apagó la luz. Después nos desnudamos. Uno frente al otro. Cuando se quitó la camisa me ardió e hirvió toda la sangre del jodido cuerpo. Ese movimiento de hombros. Estaba muy serio, pero no me preocupé porque en el fondo sus ojos seguían sonriendo. Me quité el vestido y me quedé con las braguitas. Pequeñas. Muy pequeñas. Pablo se quitó los botines y después sus calcetines con fresas dibujadas. Los dos los miramos y sonreímos.

—Y el *sex appeal* se esfumó con esos calcetines.

—Qué va. Eres muy mono.

—No quiero ser «muy mono» —dijo imitando mi tono.

—Y ¿qué quieres ser?

—Quiero ser el tío que haga que te corras como una loca. —Se acercó un paso y se desabrochó el pantalón—. Quiero que cuando estés conmigo quieras que lo probemos todo. Quiero ser el hombre de tu vida.

—¿El chico de mi vida?

—El HOMBRE de tu vida.

—Pero ¿eres un hombre? —Jugueteé.

—Puedo demostrártelo ahora. ¿Te apetece?

—Bueno. —Encogí los hombros y sus ojos fueron a mis pechos, que se movieron.

—¿Por delante, por detrás, arriba, abajo, con la polla, con los dedos, con la lengua?

—¿Un hombre tiene que preguntar esas cosas?

—Ay, nena. Preguntar esas cosas es lo que hace a uno ser un hombre de verdad. Quítate las bragas —dijo en un susurro sucio.

Me las quité y luego me metí en la ducha y cerré la mampara, que él abrió para meterse cuando estuvo desnudo. Nos besamos bajo el agua y nos repartimos jabón por el cuerpo del otro como si formara parte de un juego erótico hasta que dejamos de jugar y nos encendimos de verdad. Sus dedos jugueteaban entre mis pliegues y mi mano agitaba su polla con fuerza.

—Hay cosas muy sucias que quiero hacerte —susurró con sus labios casi pegados a los míos.

—¿Como qué?

—Como cosas que no sé si querrías hacer.

—¿Y qué te hace pensar que a mí no me gustan las cosas sucias?

—No puedes ser perfecta. —Sonrió.

—Compruébalo. ¿Vas a quedarte con la duda?

—No. Claro que no.

Me dio la vuelta y me colocó de espaldas. Conozco a los tíos..., ya sabía en qué estaba pensando antes de que me diera la vuelta. Era fácil de adivinar. Su erección entró en mí, humedeciéndose con lo excitada que estaba, y salió para intentar entrar por otro lado. Estaba claro. Arqueé la espalda para facilitárselo y jadeó sorprendido.

—Si me dices que te gusta el sexo anal, me caso contigo mañana.

—Prepara los anillos.

Empujó un poco y entró en mí con relativa facilidad.

—No es tu primera vez.

—Ni la tuya —bromeé.

—Me estás poniendo muy cerdo. Aviso.

Moví mis caderas y él hizo lo mismo. Dentro y fuera. Metió dos dedos dentro de mí. Los sacó, me agarró del pelo y volvió a empujar.

—Tienes el mejor culo del mundo.

—Y te gusta follármelo.

—Martina..., joder.

Aceleró las arremetidas y tiró más de mi pelo, con fuerza.

—Me gusta —susurré.

—Quiero correrme por toda tu cara —contestó en el mismo tono.

—¿Son esas las cosas sucias que quieres hacerme?

—Yo qué sé. Te haría de todo. —Volvió a empujar—. No te corras. No te corras aún. Aguanta.

Siguió penetrándome más despacio durante unos minutos, agarrándome de las nalgas, de los hombros, de los pechos... pero cuando ambos sentimos la necesidad de acelerar, salió de dentro de mí.

Más agua. Más jabón. Más juegos. Salimos de la ducha cuando no podíamos más y me subió chorreando a la encimera de mármol del baño, colocando mis pies allí arriba, abierta para él y para su boca, que lo lamió todo. Creí que me moriría. Cada vez que estaba a punto de correrme, él paraba y se dedicaba a besarme en los labios.

—¿Te gusta cómo sabes, Martina?

—En tu boca, sí.

—¿Y en mis dedos?

Me metió dos dedos dentro y después los llevó hasta mi lengua. Asentí mientras los lamía. Se colocó entre mis piernas y me la metió de un empujón. Embistió tres veces, fuerte, arrancándome un grito y salió.

—¿Y en mi polla?

Me ayudó a bajar y me arrodillé delante de él para metérmela en la boca y saborearle. Sabía a mí, pero también a él. Como cuando estaba a punto de correrse. Le miré y mientras le tocaba delante de mi cara le pedí que aguantara.

Seguí chupándosela con fuerza y él empujó hacia el fondo de mi garganta. Fue rudo y a mí me gustó. Cuando me cogió del cuello y me levantó, sentí que la más mínima caricia de aire haría que me corriera.

Caímos en la cama y se colocó encima de mí, con las rodillas pegadas a mis costados, y metió la polla entre mis pechos para apretarlos el uno contra el otro después. Empujó con sus caderas y levanté la cabeza para pasar la lengua por la punta húmeda cuando se acercó. Siguió haciendo aquello durante unos minutos. Y a mí, que no había hecho nunca una cubana, aquello me estaba poniendo a mil.

Paró cuando adivinó que estaba a punto de correrse y lo tumbé en la cama para lanzarme a jugar con el *piercing* de su pezón, que llevaba un rato excitándome bastante. Lo cogí entre mis dientes y tiré un poco de él. Pablo gimió y se llevó la mano a la polla para tocarse. Agarré con la mía sus testículos y apreté un poco. Gimió tan alto que creí que despertaríamos a Sandra.

—Shh...

—Me estás torturando —se quejó con una sonrisa.

—Pobre..., pues dime qué puedo hacer para terminar con tu sufrimiento.

—Ponte encima de mí. Métetela. Por donde quieras. Córrete y deja que yo lo haga después en tu cara.

—¿Quieres correrte en mi cara?

—Bufff. Mucho.

Me colocó a horcajadas encima de él y alargué la mano hacia la mesita de noche para coger un preservativo. Pablo lloriqueó.

—¿Y qué quieres? —Me reí de él.

—Por aquí no te hace falta. No te voy a dejar embarazada.

Tanteó y volvió a meterla por detrás. Y..., joder, qué fácil fue en aquella postura. Me moví y gemí, sujetándome los pechos, donde sentía también una oleada de placer cada vez que se enterraba dentro de mí. Pablo levantó las caderas.

—Somos unos cerdos.

—Sí —gemí moviéndome arriba y abajo.

—Ahora ya no sé si quiero correrme en tu culo o en tu cara.

Nos dio la risa.

—Para —se quejó—. Quiero follarte, no hacerte cosquillas.

—En mi cara te apetece más. —Añadí.

—Cásate conmigo.

Sonreí y seguí moviéndome, buscando frotarme con él mientras me penetraba. Cerró con fuerza los ojos.

—¿Por qué no me miras?

—Porque cada vez que te mueves, se mueven tus tetas y si sigo mirando voy a correrme.

—¿Sí? ¿Te gusta? —Me moví más y coloqué sus manos en mis pechos.

—Martina, eres una guarra.

—Dime más —le pedí.

—¿Te pone? ¿Te pone que te diga que eres una guarra?

—Sí —gemí.

Me levantó con fuerza, me dio la vuelta y me tumbó completamente en el colchón. Se colocó a mi espalda y me penetró de nuevo. Metí la mano entre la cama y mi sexo y me acaricié. Susurró en mi oído:

—Me encanta saber que dentro de ti vive una guarra a mi medida. Eres tan cerda como yo. ¿Lo sabes, verdad? Estamos hechos el uno para el otro. Hemos nacido para follar juntos hasta que se acabe el mundo.

—Más.

Pablo se agarró al colchón y empujó con ganas, rozando el dolor. Esa fina línea entre lo placentero y lo doloroso era uno de mis platos sexuales preferidos. Solo hizo falta que siguiera durante unos minutos para correrme estrepitosamente, gritando, gruñendo, gimiendo.

Cuando terminé, Pablo me dio la vuelta, me levantó tirando de mí hasta que estuve de rodillas y después, de pie junto a la cama, se corrió en mi cara. Y yo, tocándome..., me corrí otra vez mientras lo hacía. Sí, señor, habíamos nacido para complementarnos.

EL DÍA DESPUÉS

ABRÍ un ojo a regañadientes. Alguien estaba maldiciendo dentro de mi habitación. Una voz conocida que me generaba confort pero que no estaba muy reconfortada en ese momento.

—Mierda puta —volvió a rugir entre dientes.

—¿Qué pasa?

—Se ha enganchado la persiana y no baja. Si sigue entrando sol voy a desintegrarme.

Miré el reloj de la mesita de noche. Eran las diez y poco de la mañana. No, no eran horas de levantarse después de la nohcecita anterior. Me levanté de la cama y, sin importarme llevar puestas solo unas braguitas, intenté bajar la persiana con todas mis fuerzas.

—No va. Echa las cortinas.

Como él se quedó paralizado mirándome las tetas, corrí de mala leche las cortinas y volví a tumbarme en la cama boca abajo, tipo muerto viviente alcanzado por una bala. El colchón cedió a mi lado con su peso y me besó la espalda desnuda.

—Perdón.

—No pasa nada —balbuceé.

No se acostó a mi lado. Se quedó sentado y escuché el sonido del mechero y una calada. Un cigarrillo en ayunas. Le dio un par de caladas más y se levantó de la cama; salió de la habitación. Como se encontrara a Sandra por la casa en ropa interior..., bah, ¿qué más daba? Intenté seguir durmiendo. Creo que lo hice, pero el olor a café me despertó de nuevo, junto con el sonido de la puerta de la habitación cerrándose.

—Martina... —susurró—. ¿Quieres café?

—¿Por qué me odias?

Se rio y se volvió a sentar en su lado de la cama después de dejar una taza en mi mesita de noche. Me giré y lo miré, con una taza de Amaia en la que ponía «Drama Queen», tan sonriente. ¿En serio?

—¿Es que no tienes resaca?

—La llevo con dignidad. Y el café ayuda.

Me senté y me aparté el pelo de la cara. Alcancé mi café y le di un trago. Sí..., sentaba bien.

—Así que fumas y tomas café nada más levantarte cuando tienes resaca.

—Sí.

Nos miramos de reojo. Me vino a la cabeza lo que hicimos la noche anterior y

aparté la mirada avergonzada.

—Y me pongo muy loco cuando follo borracho —bromeó.

—Ya —carraspeé—. ¿Tienes planes para hoy?

—¿Te violenta hablar de lo de anoche?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué?

—¡Ay, Pablo, porque sí!

Se rio y le dio otro trago a su café. Yo terminé el mío y me volví a acostar de espaldas a él. Sentí sus labios en mi hombro.

—Martina...

—¿Qué?

—Lo que hicimos anoche fue genial. No hay nada de lo que avergonzarse.

—Bueno. Vale.

—Martina.

—¿Qué?

—Mírame.

Me giré a regañadientes y le miré a través de mis pestañas a medio desmaquillar. Una ducha con todo el pedo en lo alto no te quita el maquillaje como esperas que lo haga. Pablo sonrió. Estaba despeinado e increíble, con sus ojos somnolientos, aunque se adivinaba un moretón en su pómulos, que seguro que acabaría cogiendo tonalidades impresionistas.

—No te puedes volver a dormir con luz, ¿no?

—No.

—Guárdate algún secreto para ti. —Sonreí también—. Con el de que bailas fatal me quedé traspuesta. No necesito saberlo todo de golpe.

Una sonrisa se quebró en su boca.

—¿Qué pasa? —dije—. ¿Qué he dicho?

—Nada.

Me senté, llevándome la sábana conmigo apretada a mi pecho.

—Algo he dicho.

—No es nada que hayas dicho.

—¿Entonces?

—Martina..., ¿tú quieres saberlo todo de mí?

—¿A qué te refieres?

—A si quieres saber todas esas cosas que he hecho mal en la vida. Las que me pesan.

—Todos hacemos cosas mal. No tenemos que andar con ellas en la frente. No voy a dejar de sentir algo por ti porque seas humano.

—¿Y qué sientes por mí?

—Esa pregunta no se hace la mañana después de haber hecho... esas cosas. Ni después de haber bebido tanto que, por otra parte, es la razón de que estuviera tan...

accesible.

—Me encanta que estés accesible. —Sonrió con tristeza.

Me acarició la cara y el pelo.

—¿Qué te pasa, Pablo?

—Hay una cosa sobre mí que deberías saber.

—Pues dila...

—Yo... —Rebufó—. Sé que esta no es la manera. Sé que debe haber un modo perfecto para decirte esto, pero no lo encuentro.

—No necesito que...

Pablo me besó. Me besó con toda su boca y todo el sabor del primer café del día. Nuestras lenguas se acariciaron despacio y él se colocó sobre mí. Una erección matutina se instaló, buscando su espacio, entre mis piernas. Nos frotamos y sonreímos.

—Que te gusta el sexo matutino ya lo sabía —me burlé.

—No es eso.

—¿Entonces?

Pablo dudó. Lo sé. Dudó si hablar o no hablar. Si decir o no decir. Pero finalmente abrió la boca y dijo:

—Creo que estoy enamorándome de ti.

Le miré. Se le veía tan... desnudo. Desnudo de encantos. Desnudo de pretextos. Desnudo de palabras vacías. Desnudo de todo lo que solía envolverle. Desnudo de magnetismo. Solo él, Pablo, un chico de treinta y un años hablando de lo que sentía por mí, Martina.

—Es una mierda. Justo ahora que no lo buscaba. Me he enamorado de ti —insistió ante mi silencio—. Y no quiero estropearlo.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

—Porque lo haré. Porque hay partes de mí y de mi vida que siempre acaban...

Le besé. No quería escuchar nada más. Nadie como yo, rendida a lo que sentía sin entenderlo, quiere escuchar esas cosas después de un te quiero.

—Nunca he sentido nada para siempre... hasta ahora.

Nos besamos.

—Hazme el amor —pedí con voz mimosa.

—¿Como anoche?

—Calla.

Los dos sonreímos y, debajo de la sábana, Pablo me quitó la ropa interior y se quitó la suya. Abrió mis piernas y se metió dentro de mí. Gemí y él volvió a embestir.

—Ah, cariño... —jadeó—. Pequeña..., mi vida.

Agarré su espalda, besé y mordí sus hombros.

—Te quiero.

Te quiero, había dicho. Lo miré con intensidad y vi cómo se movía despacio sobre mi cuerpo, buscando mi placer y el suyo. Te quiero. ¿Debía confesarle que yo

también había metido la pata sucumbiendo a ese amor del que huíamos? Joder. Qué momento. Un momento trascendente y nuestro que nunca imaginé. Le acaricié la cara y entreabrí los labios dispuesta a confesarle que yo también, pero la puerta se abrió de par en par y grité del susto.

—¡¡¡¡Arg!!!!

—Pero ¿qué coño?! —exclamó Pablo a la vez que salía de mí y se quedaba tendido a mi lado.

Amaia, en la puerta, lucía lo que se conoce como el maquillaje del infierno. Todo lo que la noche anterior llevó en los párpados estaba ahora sobre sus ojeras y sus pómulos.

—Oh, qué bonito. Disculpad la interrupción. Martina, necesito hablar contigo. Urgente.

—Amaia, cielo, ¿no puedes esperar? —le preguntó Pablo cuyo pene saludaba en posición de firmes debajo de la fina sábana.

—¿A qué? —Frunció el ceño.

—Bueno, verás, no sé si lo has notado pero estábamos haciendo el amor.

—¿Hacéis el amor? ¿No folláis?

—Digamos que hacemos las dos cosas cuando tocan.

—¡¡¿Quieres salir de aquí cagando hostias?! —rugí.

—Mira, no. Ahora mismo tengo el semen de mi mejor amigo manchándome las bragas, así que no. No puedo salir de aquí porque necesito hablar con una mejor amiga, a la que NO me voy a follar, antes de que me dé un jodido infarto cerebral.

—Hostias... —susurró Pablo—. Eh, vale. Esto... ¿puedes salir un segundo mientras me visto?

Yo no hablé porque estaba flipando.

—Soy enfermera. No tienes nada que no haya visto antes —rugió—. Date prisa, por favor.

Pablo suspiró, levantó las cejas y salió de la cama buscando su ropa interior, que estaba a dos pasos de donde estaba Amaia. Se la puso y no le pasó inadvertida la mirada que esta le estaba echando.

—Eres un mentirosillo. —Sonrió Amaia—. No es que Nacho Vidal tenga que tenerte miedo, pero no vas mal cargado. ¿Veinte? Agarrándolo con dos manos, aún sobra.

—No te dejes llevar por las apariencias. Aún estoy medio empalmado.

—Un guerrero de los que no se quita el cuchillo de los dientes ni cuando le sorprenden por la espalda, ¿eh? Así me gusta.

—Gracias. Supongo.

—Y muy aseadito todo. ¿Te lo recortas?

—¡¡Amaia!! —grité mientras me ponía las bragas debajo de la sábana.

—Aquí huele a que os lo habéis pasado bien, ¿eh? —Se rio—. Con vuestro permiso abro un poquito la ventana, ¿vale? Ya he tenido demasiadas feromonas por

hoy.

Me tapé por encima de la cabeza y esperé que todo fuera una pesadilla, pero Pablo a medio vestir me destapó, me dio un beso y me dijo que me esperaba en su casa cuando terminara.

—Suerte con tu periplo, Amaia.

—Sí, sí. Gracias.

—Igual deberías ducharte para solucionar lo de tus bragas antes de que sean insalvables —le dijo este con sorna.

—Ja. Ja. Ja.

Y con los botines en la mano, Pablo desapareció de mi habitación. Miré a Amaia con odio.

—Que sea la última vez que haces eso.

—Oye, tía, ¿me has oído? ¡¡Que me he tirado a Javi!! ¡¡Tres veces desde las seis de la mañana!!! ¡¡Tres veces!!

Me levanté de la cama y cogí una camiseta de la cómoda. Coño con Javi...

—No puedo darme una ducha, ¿no?

—No. Obvio. Necesito hablar ya.

—Vale, habla.

Me senté a los pies de la cama y ella me miró con el ceño fruncido. Me pregunté si quedaban restos de «la pasión» de la noche anterior en mi pelo y me lo toqué como quien no quiere la cosa, pero iba por otros derroteros.

—Oye, Martina. ¿Por qué Pablo no llevaba condón?

—¿Cómo?

—Te pregunto por qué Pablo, tu chico, el que te estabas follando, no llevaba puesto un condón.

—Sí lo llevaba —mentí.

—¿Y qué ha hecho con él? ¿Lo ha hecho desaparecer como el gran Houdini?

—Vale. No llevaba.

—Joder, Martina, tienes treinta años..., no creo que tenga que darte este discurso, pero aun así lo voy a hacer en su versión abreviada. ¿Y las enfermedades de transmisión sexual qué? Que me cae muy bien, Marti, pero no sabes dónde cojones ha tenido la polla metida hasta ahora. Y hay cosas muy serias por ahí fuera. Jamás pensé que, con lo responsable que eres, tuviera que decirte esto.

—Ya, ya lo sé.

—No te arriesgues tontamente a tener un disgusto. No estoy hablando de una candidiasis. Estoy hablando de cosas serias. Como el SIDA. No seas gilipollas, por favor.

Asentí. Mierda. Tenía razón. Y no solía ser ella la que me echara la bronca por algo irresponsable, precisamente.

—¿Podemos hablar ya de lo tuyo, por favor?

—Me he tirado a Javi. Tres veces.

—Eso ya lo has dicho, pero, a ver..., ¿cómo surgió? ¿Ibais pedo y...?

—A ver..., supongo que algo de alcohol sí que quedaba, pero lo de la nariz chorreando sangre y pelearnos con tres taxistas hasta que conseguimos que uno nos dejara subir a su coche hizo que se nos bajara bastante la moña.

—¿Entonces?

—Estaba echándole la bronca, porque no necesito un jodido príncipe azul que venga a dar puñetazos como Chuck Norris a cualquier idiota con el que me cruce... cuando me dijo que..., que me quería más de lo que se podía permitir.

—Ohhhh —musité enternecida.

—No. Ohhh, no. Que no es un osito de peluche. Que después me lo ha hecho con él encima, yo encima, de lado y postura del perrito. Y lo hace todo muy bien, Martina. MUY BIEN.

—Ay, madre. —Abrí los ojos e hice una mueca al no poder bloquear la imagen mental en mi imaginación.

—No sé cómo pasó. Nos dimos un beso y lo siguiente fue recuperar la cordura con él corriéndose dentro de mí por tercera vez. ¡¡Joder!! —Gruñó—. ¡¡Es que me acuerdo y aún me pongo cachonda, mierda!!

Apreté los labios para no reírme.

—No grites. Se despertará Sandra.

—Esa es otra. ¡¡Otra!! ¡Que hace un mes que se tiró a Sandra, joder! —dijo bajito—. ¿Y ahora qué cojones hacemos?

—Escúchame una cosa. Mucha bronca me echas tú a mí para haberte tirado a Javi sin condón, ¿no?

—¡Es Javi, tía! ¡Es enfermero!

—Bueno, bueno.

—Nos estamos yendo del tema.

—Amaia..., ¿tú le quieres?

—¡Claro que le quiero! Pero es mi mejor amigo. No entraba en mis planes tener su semen en mi...

—¡¡Ya te he entendido!! —refunfuñé—. Deja lo del semen.

Se dejó caer en la cama a mi lado y se tapó la cara con las manos. Vigilé que su vestido de lentejuelas estuviera convenientemente situado entre su ropa interior y mi cama y después me lo recriminé. Total, esas sábanas se tenían que ir a la lavadora después de la noche anterior. Demasiados... fluidos.

—Martina..., no puedo perderlo. Esto no es como el típico amigo que te tiras una noche y que luego se aleja porque todo es violento y a ti te da igual. Es Javi. Si se aleja me muero.

—Y ¿por qué iba a hacerlo? ¿Por qué no te estás planteando que a lo mejor lo que él quiere es precisamente lo contrario?

Me miró confusa. Estaba bonita. Resplandecía. Sus ojos brillaban mucho y tenía las mejillas sonrojadas.

—Es imposible. Lo estropearíamos. Y él en realidad no quiere. Solo está confuso. Él nunca se ha enamorado.

—¿Y si tú eres la primera?

—No, Martina. Esas cosas no me pasan a mí.

Quise reprocharle ese comentario, pero Sandra entró en la habitación con cara de confusión.

—¿Qué mierdas pasó anoche que andáis todos gritando?

—Nadie ha gritado —dijo Amaia disimulando—. Sería esta puerca chingando.

—Sí. Seguramente. Como a las seis y media de la mañana. No sabía si aplaudir o llamar a un exorcista. ¡¡¿En serio hace esos ruidos?!! ¡¡Parecía que le iba a dar algo!!

—¿A ella? —Se rio Amaia.

—¿Podéis callaros ya? —exigí.

—¡¡A él!! ¡¡«Joder, Martina, que me corro, para»!! Y luego «ahhhhhh», «ohhhhh».

Las dos estallaron en carcajadas y yo me levanté de la cama, tiré de las sábanas y Amaia cayó al suelo riéndose como una loca.

—Las dos fuera. Quiero ducharme y cambiar las... sábanas.

—Tíralas al suelo, que yo creo que van solas —bromeó Amaia.

Sandra se fue riéndose hacia la cocina y yo mascullé sin que pudiera oírme:

—Como tus bragas.

—Puta —respondió.

Estaba a punto de meterme en la ducha cuando Amaia volvió a entrar, me abrazó sin importarle que estuviera desnuda y añadió con un nudo en la garganta:

—Sois lo puto mejor de mi vida. Hija de perra.

CUANDO TODO SE CALMA

SANDRA no paraba de mirar su móvil. Amaia me dio un codazo mientras desayunábamos para señalar el gesto que esta utilizaba, apartándose el pelo de la cara con una especie de tic nervioso, cada vez que desbloqueaba la pantalla. Le pedí con señas a Amaia que no dijera nada, pero cuando ya estaba arreglada y a punto de salir de casa, me sentí con la obligación de hablar con ella con calma. Como no lo haría Amaia. Llamé a la puerta de su dormitorio y la encontré cogiendo la ropa interior para darse una ducha.

—¿Te vas? —me preguntó.

—Sí, he quedado con Pablo.

—¿Vais a hacer algo? —preguntó con una sonrisa—. ¿Algún festival de música? ¿Alguna manifestación frente a una central nuclear?

—Qué va. Una peli en su casa —mentí. Nuestro plan era ser moñas durante las próximas cuarenta y ocho horas, pero no se lo diría en su situación—. Oye, Sandra.

—Dime. —Se sentó en su cama y me miró con una sonrisa cortés..., muy falsa. No es que fuera falsa hacia mí. Lo era con el mundo en general.

—No he podido evitar fijarme en que no dejas de mirar tu móvil. —Me senté a su lado y le di una palmadita cariñosa en la pierna—. Me preguntaba si tiene algo que ver con ese mensaje que nos contaste que habías mandado a Íñigo.

—No. —Hizo una mueca—. Bueno, quizá.

—¿Quizá?

—Sí. En realidad, sí. No me puedo creer que no me haya contestado siquiera.

—¿No crees que quizá necesite ese espacio?

—Ya, ya me quedó muy claro que el pobre tiene que estar muy harto de mí.

—No es eso lo que quisimos decir. —No, al menos yo. Amaia sí lo dejó muy claro—. Solo es que él, que estaba más enamorado que tú, quizá necesita distanciarse para superarlo.

—Sí. —Suspiró—. Pero... no sé. Me ha dado por preguntarme si es tan necesario ese distanciamiento. Me gustaría hablar con él. Rompimos muy..., muy de repente.

La mueca me la guardé para mis adentros. Una relación que se hace pedazos durante años no me parecía una cosa muy de repente, pero nunca es fácil verlo cuando estás dentro. Yo había estado en esa misma situación con Fer y tomar la decisión fue complicado. En realidad ellos lo habían hecho de una manera más sana que nosotros, que mantuvimos una relación extraña durante meses.

—¿Quieres decir que estás pensando en volver con él?

—A lo mejor. No sé. Hablarlo al menos.

—Bien. Bueno... —Suspiré—. Solo quiero decirte una cosa, ¿vale? Después me iré y tú lo pensarás con tranquilidad. Sin machacarte.

—Escupe. —Sonrió.

—Me gustaría mucho que pensases en los motivos por los que te planteas eso. ¿Lo echas de menos?

—Sí.

—No, no me contestes a mí. Esto solo necesitas saberlo tú. Piensa si lo echas de menos como pareja, si le sigues queriendo o si... te habías acostumbrado a tenerlo en tu vida. A veces es difícil distinguir una cosa de la otra. Te lo digo por experiencia.

Me levanté y le di un beso en la cabeza.

—Gracias, Martina —musitó mirándose los pies desnudos.

—¿Por qué?

—Por decirlo como lo dices.

Cuando me fui, lo hice con pena. Sabía lo dura que era esa etapa de la vida en la que no encuentras tu sitio en el mundo. Sabía el trabajo que aún le quedaba por hacer. Ojalá pudiéramos ayudarla, pero es imposible que nadie que no viva dentro de ti lo haga.

Amaia se quedó nueva con la ducha, al menos físicamente. Mentalmente no fue tan así. Estaba más tranquila; el tiempo siempre consigue que te distancies de las emociones que hacen que las situaciones sean difíciles de gestionar. Aun así unas horas no eran suficiente y había terminado por tirar la ropa interior que llevaba la noche anterior a la basura. Bueno, la faja. El sujetador le había costado una pequeña fortuna y no estaba la cosa como para ir tirando.

Sandra le preguntó si le apetecía salir con ella a dar una vuelta, pero le dijo que estaba cansada. Y era verdad. No había dormido nada. Ni un minuto. Después de los tres asaltos sexuales con Javi, entre los que no mediaron palabra ninguna, solo besos y caricias, había esperado a que se durmiera para salir por patas de su piso. Le dijo a Sandra que iba a echarse un rato y así lo hizo, con pijama incluido.

—Voy a echarme una siesta de las de orinal —anunció antes de cerrar la puerta de su habitación.

—Avisa si te aburres y quieres ver una peli o algo.

Y Sandra le dio penita por muchas cosas. Sabía que se sentía sola y que le sentaría como un tiro enterarse de que Javi y ella habían pasado toda una mañana follando, después de una juerga. Sobre todo, estando inmersa en la situación personal en la que se encontraba. Pero ahora mismo no podía encargarse de eso; necesitaba poner orden en su vida y en su cabeza antes de poder ayudar a otros. Era como eso que dicen en los aviones: en caso de despresurización en cabina, asegúrese de ponerse la mascarilla de oxígeno antes de ayudar a otros. Pues eso.

Follar con Javi. ¿A quién se le ocurría? ¿Follar, en serio?, le preguntó una vocecita impertinente en su interior. No, no habían follado. Habían hecho el amor. Bueno, quizá la tercera vez ya había sido más vicio que otra cosa. Se sorprendió al notar que su sexo se contraía al acordarse de las manos de Javi dirigiéndola, acercándola a su cadera cada vez que se enterraba con un gemido en su interior. Se tapó la cara.

Estaba acostada, más en el mundo de los sueños que en el de los vivos, cuando le pareció escuchar el timbre. Lo supo hasta medio dormida; Javi no es de los que dejan estar estas cosas. No. No lo imaginaba saludándola como si nada el lunes en el trabajo. Se puso el cojín por encima de la cara y escuchó cómo saludaba a Sandra.

—¿Está durmiendo?

—Creo que sí. Pero pasa. Yo... me iba a dar una vuelta —se excusó Sandra, que supuso que se sentía entre rechazada, decepcionada y avergonzada con aquella historia.

—Pásalo bien.

Javi llamó a la puerta de su dormitorio, pero ella no respondió. Ni se quitó la almohada de encima. Él entró.

—Amaia.

La puerta de la habitación se cerró y los pasos de él precedieron su peso en el colchón.

—Sé que no estás dormida. Nadie duerme con el cojín por encima de la cabeza.

—¿Te sorprendería que yo lo hiciera?

—No, en realidad no. Venga, mírame.

Ella se descubrió la cara y lo encontró. Un montón de algo le subió hasta la garganta para bajar después en caída libre hasta su estómago. Estaba... guapo. Llevaba puesta una sencilla sudadera gris sobre una camiseta blanca de algodón y unos vaqueros. No le hacía falta mirar para asegurarse, sabía que también llevaría sus Converse negras.

—Te has ido sin decirme nada. ¿Por qué? —preguntó con el ceño levemente fruncido.

—¿Qué iba a decirte?

—Adiós. O mejor, hasta luego.

—Javi, yo...

—Déjame hablar a mí. —Se arrodilló junto a la cama, apoyó los antebrazos en el colchón y luego la cabeza en sus manos—. Y sé paciente. Esto es difícil.

—No hace falta que digas nada. Se nos fue la cabeza. No lo empeoremos.

Javi levantó la mirada hacia ella con el ceño fruncido.

—Lo empeoraría no hablar de ello. No creo que pudiera hacer como si no hubiera pasado —aseguró Javi.

—Lo sé.

—Pero es que tampoco me gustaría. Pasó. Y fue...

—Una ida de olla —apuntó Amaia.

—Ha sido especial.

—Es verdad. —Tuvo que confesar en voz alta—. Pero está mal.

—¿Por qué?

—Porque somos amigos. ¿Qué tal tu nariz?

—Bien. No me cambies de tema.

—¡Es que no hay más que decir!

—¿En serio?

Amaia se sentó en la cama y se abrazó las piernas. Llevaba puesto el pijama de la Hormiga Atómica y él sonrió cuando lo vio. Se sentó a su lado y le puso la mano sobre el muslo.

—¿Puedo decir algo? —le pidió ella.

—Claro.

—Pero luego tienes que prometerme que no dirás nada y que lo dejaremos estar.

—No, no te lo puedo prometer.

—No es justo, Javi. ¿Por qué nos ha pasado esto ahora?

—Esta conversación hubiera sido muchísimo más fácil si no te hubieras ido a hurtadillas esta mañana.

—No, no lo habría sido.

—¿Por qué?

—Porque nos hubiéramos despertado desnudos en tu cama. Yo aún tendría dentro tu..., bueno, ya sabes..., tu..., da igual. —Enterró la cabeza entre las piernas.

—¿Y qué crees que habría pasado?

—Que...

—¿Que nos hubiéramos besado?

—Quizá.

—¿Que habríamos vuelto a hacer el amor?

—Si te quedaban fuerzas, es para incluirte en el libro Guinness de los récords —bromeó ella.

—Pues me quedaban.

Amaia suspiró confundida porque en ese momento la alcanzó de pronto el deseo de haberse quedado.

—Lo que habríamos hecho de haberme quedado sería otra mentira. No podemos seguir creyendonos eso. Nosotros somos amigos. Mejores amigos.

Javi frunció el ceño.

—No hubo mentiras esta mañana. Joder, Amaia, no puedo pensar en nada más desde que me he despertado.

—Lo hicimos por las razones equivocadas.

—¿Y cuáles son esas razones equivocadas?

—Son años, Javi. Nos conocemos muy bien. Y nos queremos. Puede crear una falsa impresión pero no era..., bueno, era intimidad entre dos personas como

nosotros, pero no era...

—¿Amor?

—Exacto.

—¿Y qué es el amor?

—No lo sé. Pero eso no.

—A mí no me preocupa el nombre que tengan las cosas.

—Pues a mí sí. Y no quiero pasar por esto contigo —añadió ella tajante.

Javi se frotó la cara con vehemencia.

—Vale. ¿Y ahora qué hacemos?

—Olvidarlo —suplicó Amaia—. No volverá a pasar, así que lo mejor es hacer como si no hubiera pasado. Salimos a cenar, bebimos unas copas y el resto de la noche se ha ido al carajo por un agujero negro. Punto.

Javi se levantó de la cama y ella le miró desde allá abajo.

—Me voy.

—¿Estás enfadado?

—No. Acompáñame a la puerta.

Amaia no entendió demasiado la petición, pero no quiso tensar más la situación, así que se levantó y le siguió hasta la puerta de su dormitorio.

—Solo una pregunta. —Javi se giró y se quedó tan cerca de Amaia que casi sintió su respiración sobre su boca cuando se inclinó un poco hacia ella—. ¿Qué parte exactamente de anoche debemos olvidar?

—Lo que ha pasado esta mañana.

—Sigo sin caer en la cuenta. Tendrás que ser un poco más específica.

Ella tragó con dificultad.

—El sexo.

—¿Hubo sexo esta mañana?

—Sí.

—¿Y qué pasó?

No podía despegar la mirada de sus labios. Esos labios que la habían llevado más arriba que nada en el mundo. Nada podía compararse con esa sensación. Volar en los brazos de alguien. Alcanzar un orgasmo que es mucho más que un orgasmo. Sentirse completa y que el sexo lo reafirme. ¿Era amor? No. No podía ser.

—Vamos, Javi. No juegues con esto.

Él colocó las manos sobre su cintura y la acercó un poco.

—No juego. Quiero estar seguro de lo que tengo que olvidar. Dime, ¿y estuvo bien?

—Sí. Narcisista. —Sonrió—. No se te da mal.

Javi se inclinó mucho más hacia ella y le dijo al oído:

—Te corriste cuatro veces. Me parece que «no se te da mal» es quedarse corto.

El sexo se le contrajo de nuevo en un espasmo. Javi la olió y la piel se le sensibilizó. Las manos de él la apretaron contra su cuerpo y pudo sentir su calor y su

olor envolviéndola. Recordó acariciar su espalda desnuda y empapada en sudor después de minutos, muchos minutos penetrándola. Miró hacia su boca. Qué labios. Quería, necesitaba, volver a perderse en ellos aunque fuera una última vez. Otra equivocación y dejarlo allí.

—Va a volver a pasar. Los dos lo sabemos —le aseguró Javi.

—Pero que esta sea la última.

—¿Y si ya no podemos parar?

Él la agarró de la nuca para levantarla hasta su boca. Saboreó su labio inferior y metió las manos bajo la tela de su pijama. Y ya no hubo marcha atrás.

Amaia se quitó el pijama y no cerró los ojos ni un instante. No apartó la mirada mientras él se desnudaba, de rodillas en la cama, observando todo su cuerpo cubierto solamente por las braguitas. Ni siquiera quiso mirar hacia otra parte cuando él deslizó su nariz y sus labios suavemente por su muslo, por su sexo, por su vientre, entre sus pechos, en su cuello... No pudo perderse un detalle y aunque quiso negárselo, tuvo que confesar que lo que veía le gustaba más de lo que nunca imaginó. Cuando la penetró, encima de ella, volvió a sentir aquel alivio, como si alguien encajara en su cuerpo una parte que siempre le faltó. La ausencia sentida durante años hasta duele cuando es llenada.

Fue tierno, lo sabía, pero no fue como aquella mañana. Era normal; nada es como la primera vez que se hace. En este caso, ni para bien ni para mal, porque «diferente» no significó nada más. Él le tocó mucho más que el cuerpo, como recordaba que había pasado la primera vez, pero la intensidad del deseo sexual superó con creces la expectativa. Ya no estaba haciendo el amor, como por equivocación, con su mejor amigo. Estaba acostándose con Javi, que le gustaba en el cien por cien de su vida. Hasta en las cosas que no le gustaban. Le dio vergüenza correrse muy pronto, pero él sonrió antes de pedirle al oído que lo hiciera cuantas veces quisiera.

—Soy tuyo. Nena, úsame. Úsame para tu placer.

Y Amaia lo maldijo por dentro por decir algo que no se le olvidaría en la vida. Y se corrió de nuevo en un quejido cuando él lo hizo dentro de ella. Después tuvo un orgasmo en su alma, cuando Javi se acurrucó sobre su pecho y respirando trabajosamente dijo «joder, te quiero».

Pablo abrió la puerta de su casa con una sonrisa. Camiseta negra, pantalones pitillo negros, descalzo y un gato gordo ronroneando, restregándose mimoso entre sus piernas. Aún tenía el pelo húmedo y sonaba música alta en el salón.

—¿Lo que está sonando es Prince?

—Te quiero —dijo apoyado en el quicio de la puerta, con una sonrisa.

—¿Es tu nuevo «hola»?

—Adoro a Amaia, pero esta mañana la hubiera matado.

Me dejó pasar y me besó antes de cerrar la puerta, donde me apoyó para volver a

hacerlo.

—Te quiero —repitió—. ¿Qué opinas?

—Que la hemos cagado.

Se echó a reír y señaló en dirección al salón.

—He preparado un día para ti y para mí.

—¿Que no implica que estemos desnudos, sudando y gimiendo?

Hizo una mueca y se mordió el labio.

—Si sigues hablando así a lo mejor sí.

—Venga, habla.

—Tenemos dos días para nosotros por delante. Hoy cocinaré para ti, te serviré cócteles, escucharemos música, veremos películas, nos besaremos y, si me dejas, te haré muchas veces el amor. Es posible que se me escape algún que otro momento de «porno total» a lo bruto, pero ya sé que sabrás perdonarme. —Me guiñó un ojo—. Mañana he reservado mesa en un sitio que te gustará; es un local muy sencillo, no te esperes nada fuera de lo común.

—Ya sé que no hay muchos Pablos Ruiz sueltos por ahí.

—Eso espero. No me gustaría que nadie te enamorara ahora, después de lo mucho que me ha costado que te acercaras.

Me colgué de su cuello y lo besé. Cerró los ojos con una sonrisa.

—Cada día estás más...

—Más humana, menos perfecta..., más feliz —terminé la frase por él—. ¿Y qué más?

—Te llevaré a mi sitio preferido de Madrid.

—Suenas prometedor.

Pablo cogió impulso y me subió sobre él para que lo rodeara con mis piernas. *Elvis* maulló lastimero, muerto de celos de que los mimos no fueran dirigidos a él.

—Es demasiado bonito para ser real —me dijo.

—¿Esto?

—Tú. El amor de verdad.

Bueno. Al parecer tenía razón.

DE ENSUEÑO

ME sentía como un adolescente, esa es la verdad. A mis treinta y un años estaba descubriendo tantas cosas..., que sentí que había pasado parte de mi vida recluido en un lugar donde no llegaban las emociones sanas. Martina me miraba como si no creyera que aquello nos estuviera pasando. Cuando nos besábamos, después de la explosión interna que significaba hacerlo, ella estudiaba mi cara, pero siempre terminaba contagiándose de mi sonrisa.

Sí, yo ya había estado enamorado, aunque quizá debería decir «enloquecido». No sé explicarlo, pero antes de Martina siempre sentí que estaba en una carrera en la que había que vivirlo todo muy rápido para que no perdiera la intensidad. Como una droga de diseño cuyos peligrosos efectos pasan en un abrir y cerrar de ojos. Siempre me decía a mí mismo que el amor había que quemarlo muy fuerte por si al despertar a la mañana siguiente se había ido en busca de otros brazos. Y en aquel momento, ni siquiera entendía por qué había pensado de ese modo.

Con Martina era todo lo contrario. Despacio. Que no se hiciera de día. Que fuera todo así de lento, como gotas de un líquido espeso que al caer forman un charco dulce en nuestros labios. Yo quería que el amor me fuera calando despacio, como lo estaba haciendo desde que vi a Martina perdida dentro de mi cocina. Pero no había duda, estaba enamorándome. Y solo pedía que el tiempo fuera suministrándonos aquel amor con cuentagotas para que no se acabara nunca y para que no nos matara si seguía creciendo.

Recuerdo que una vez le dije a mi madre que si lo de Malena salía mal, no habría problema.

—El mundo es así, mamá. Las personas nos enamoramos y nos desenamoramos.

Y yo recibí una colleja equivalente a diez megatones que por poco no me arrancó la cabeza.

—Eres un irresponsable emocional —me dijo enfadada—. La vida no es así. Las personas no sienten así; la vas a destrozar.

Ojalá hubiera sido siempre lo suficientemente maduro como para aceptar que los padres cuentan con la voz de la experiencia y que, solo por ello, debemos pararnos a escuchar. Después, cada uno que decida sus equivocaciones, pero que intente que estas no arrastren a nadie, tan solo a uno mismo. Que nadie cometa los mismos errores que yo.

Aquella idea me torturaba a veces, sobrevolándonos a Martina y a mí, como una losa que amenazaba con caer y aplastarme el pecho hasta no dejarme respirar. No

encontré el momento de contárselo porque no quería romperlo todo de nuevo. Y fue así como aquel domingo, mientras ella dormía acurrucada a mi lado, decidí que iba a arreglarlo de una vez por todas. Y costase lo que costase, se cerraría una etapa de mi vida que no había traído más que desazón.

El lunes, después de haber pasado todo el domingo en casa escuchando canciones de Paolo Nutini, besándonos y haciendo el amor, decidimos salir. Hacía un día radiante. Mayo estaba pavoneándose por las calles y allí estábamos Martina y yo, en vaqueros, pateando Madrid con nuestras zapatillas. Ella llevaba unas gafas de sol mías y una camiseta de rayas blancas y azules. Estaba muy guapa y no dejaba de reírse de mi borsalino, pero cuando se acercaba a besarme siempre confesaba que le encantaba.

Comimos hamburguesas en Naïf, junto a la plaza de San Ildefonso, poniéndonos perdidos. Un amigo mío dice que si ves a una chica comiéndose una hamburguesa con las manos y sonríes porque te encanta, es porque estás enamorado. Yo debía de estar loco de amor, porque cada vez que ella maldecía por mancharse la nariz con la salsa, yo sentía que era la mujer más increíble del mundo. Joder, lo tenía todo. Lo que más feliz me hacía era pensar en todas las sutiles diferencias que había en ella desde que nuestra historia empezó. Como si sus articulaciones se movieran con más fluidez, como si hablara en un lenguaje más comprensible, como si se hubiera rendido a la evidencia de ser humana.

Paseamos por Malasaña, donde yo una noche encontré lo que me haría feliz mientras trenzaba los dedos de mi mano con los suyos. Nos reímos a carcajadas cuando pasamos por delante del local de tatuajes donde habíamos ido aquella noche y hasta entramos a saludar. A punto estuvimos de volvernos locos del todo y tatuarnos algo más. Nos faltaron un par de copas, aunque al salir pensé que teníamos todo el tiempo del mundo. Esa chica no solo llevaría algo mío en su piel para siempre; Martina estaría siempre a mi lado porque me esforzaría cada día por hacerla feliz. Y era la primera vez que pensaba algo parecido.

Tomamos unas cervezas en la Plaza del Dos de Mayo y después, cuando la tarde empezó a caer, me la llevé a mi rincón preferido en Madrid..., uno muy manido para muchos madrileños pero que para mí conserva una magia casi irreal: el templo de Debod. Podía recordar perfectamente la primera vez que estuve allí. Nos llevaron mis padres a mi hermano y a mí. Yo no tendría más de cinco años y me quedé maravillado. Mi madre siempre estaba intentando fomentar actitudes artísticas en nosotros. Nuestra casa estaba plagada de rotuladores, acuarelas, pinturas, cartulinas... y sigue estándolo, porque las paredes conforman una especie de galería artística personal en la que se puede recorrer toda nuestra vida a través de los primeros dibujos, fotografías, billetes de viajes, cartas... Lo que quería decir es que recuerdo muy bien que la visión del templo de Debod al atardecer se me quedó tan clavada en la memoria que me pasé un año entero pintando con ceras naranjas, malvas y negras. Los colores de aquella puesta de sol inspiraron algunos de mis platos años después.

Pero no es de eso de lo que estábamos hablando.

Martina me confesó con vergüenza que nunca había estado allí más que de pasada. No entendía lo de sentarse al borde de la fuente y esperar a que anocheciera.

—Nunca tuve la paciencia necesaria.

Y aquella tarde la tuvo. La senté en mis rodillas y le conté cosas de mí, de cuando era pequeño y parecía necesitar medicación para centrarme. Le conté lo parco en palabras que era y es mi padre pero que, no obstante, siempre estaba sonriendo. También que mi madre nos leía los cuentos de Chéjov de pequeños antes de dormir. Ella se reía, escuchando las impresiones de un niño sobre el realismo psicológico ruso.

—Chéjov dijo: «La medicina es mi esposa legal; la literatura, solo mi amante» — murmuré viendo los primeros reflejos anaranjados del cielo en el agua.

—Es curioso..., se le conoce más por la pasión que le dedicó a su amante que por el amor a su mujer, ¿no?

—A veces la vida es así. Sencillamente encontramos un poco más tarde el amor de nuestras vidas.

Y yo sentí muchas cosas al responder. Cosas que tenían que ver con mi vida anterior, con la cocina, los viajes y los ojos de Martina. Y allí, sentada en mi regazo, vio el atardecer hasta que el sol se esfumó, escuchando con un auricular canciones de Keaton Henson que no había oído nunca, mientras yo, con el otro auricular, repasaba palabra por palabra la letra de la canción que más le gustó, *You don't know how lucky you are*, preguntándome, aunque lo que contaba no tenía nada que ver con nosotros, si yo sabía lo afortunado que era. La besé tanto como pude, no por si se agotaba lo que sentía como en otras de mis vidas, sino para adornar aquel recuerdo con todo el amor que fui capaz de darle.

Aquella noche hicimos el amor en mi cama rodeados de velas. El cabrón de mi gato nos miraba sentado en la mesita de noche, pero no pude separarme de ella y de su piel el tiempo suficiente como para echarlo de la habitación. Nos dio igual; así siempre habría un testigo de lo especial que era el sexo cuando nos implicaba a los dos. No nos encendimos como el fuego, aunque eso no quiere decir que cuando lo hacíamos no fuera la expresión de algo más profundo. No creo mucho en la distinción entre follar y hacer el amor. Joder, follar, hacer el amor, copular, acostarse, poseer, fornicar, amancebarse, yacer, unirse..., ¿qué más daba? Todo significaba lo mismo con Martina. ¿Había diferencia en cuanto a lo que sentíamos en función de la rapidez de nuestros movimientos o la cantidad de besos? No. Ninguna.

Y ella se arqueaba debajo de mi cuerpo, con los muslos húmedos de sudor pegándose a mis piernas, jadeando con los labios entreabiertos, pidiéndome más, más de mí. Y yo sentía que todo lo que navegaba por mis venas era ella. Y cuando se corrió, me pregunté si no estaría el misterio del jodido universo vagando en las gotas de semen que repartí en sus muslos al salir atropelladamente de ella. Allí estaba la vida, negándose a irse de nosotros.

Cuando se durmió, me levanté, cogí el móvil y desde el salón, sumido en la oscuridad, mandé un mensaje, convencido de que con él empezaría de nuevo mi vida. Cuando contestó, supe que el paso final ya estaba dado.

A la mañana siguiente llevé a Martina a su casa para que pudiera arreglarse antes de ir a trabajar. Le dije que iba a ver a mis padres, lo cual era una pequeña mentira, pero me convencí de que las personas con las que compartimos nuestra vida no tienen por qué saber todas nuestras pequeñas miserias. Y media hora después de dejarla con un beso aparqué el coche en la puerta de la que fue mi casa. Me costó algunos minutos salir y llamar al timbre, pero lo hice. No había más vuelta de hoja; ni quería que la hubiera.

Llamé al timbre y ella abrió. Buf. Abrió. Tuve que aclararme la garganta al cruzar el jardín. Allí estaban, tan desperdigados como siempre, los árboles que planté sin ton ni son. Las flores de todos los colores invadiéndolo todo como manchas de color cargadas de óleo en una pintura impresionista. Y Malena, de pie, apoyada en la puerta, con uno de esos vestidos *hippies* que solía llevar, blanco, que trajo un recuerdo amargo a mi garganta.

—Hola —le dije.

—Hola —respondió.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

La entrada seguía siendo como era cuando me fui de allí. Como fue en cada una de las idas y venidas. Con los portazos. Los silencios. Los jarrones, platos y copas estrellados contra la pared. Como en los orgasmos gritados a pleno pulmón, para convencernos de que aún quedaba algo. Como en las discusiones silenciosas y en la decepción más muda. El espejo antiguo, las fotos, los cojines coloridos. Malena seguía viviendo apartada del mundo, en un lugar donde el tiempo se había detenido en el único momento en el que conseguimos mantenernos felices durante cinco putos míseros minutos.

—Pasa, siéntate. —Señaló el sofá.

Lo hice. La chimenea estaba llena de troncos limpios, casi ornamentales. Me preguntó si quería beber algo y me sorprendió aquella calma, aquella cordialidad. Quise creer que Malena había llegado a la misma conclusión que yo, pero las lágrimas sordas que rodaron por sus mejillas cuando comencé a hablar me quitaron la razón.

—Malena. Me he enamorado. Y ahora es de verdad. Mantener esto no tiene sentido. No he venido a discutir. Hoy vamos a cerrarlo.

Ella asintió, jugueteando con sus dedos y con los anillos de sus manos. Con todos. Yo hablé. Ella calló. Todo fue calma..., una calma melancólica de la que pesa y repta por el suelo. Me pidió un beso, con la voz rota.

—Por quienes fuimos, Pablo. Dame un beso como los de entonces, que borre los últimos dos años.

Pensé que no eran dos años lo que debíamos borrar pero que, a pesar de todo, guardaríamos buen recuerdo pasado un tiempo. Solo había sido una de esas historias que no funcionan, pero complicada.

—Besarte no arreglaría nada. Ya está terminado —le dije.

—Ya lo sé —asintió—. Déjame darle un último beso al único hombre que me ha querido en la vida.

No sé si cedí al chantaje emocional o a la melancolía de lo nuestro, pero cedí. Me acerqué, aparté un mechón de su pelo rubio y la besé. Sus labios me supieron raros. Su lengua al lamer despacio mi labio inferior me hizo sentir incómodo. Me aparté. Ella me besó la comisura de la boca, la frente, el cuello. Se hizo un ovillo en mis brazos, pequeña y temblorosa.

—Adiós —le dije—. Hasta siempre.

Cuando me fui, la dejé sentada en el mismo sofá, sin moverse. Y me sentí libre y triste a la vez, porque por fin parecía haberlo entendido.

«QUE CADA VEZ QUE TE VUELVA A MIRAR...»

SANDRA no había logrado confesarlo, al menos en voz alta, pero además del mensaje que mandó a Íñigo hacía ya más de una semana, le había llamado tres veces. La primera vez la llamada se cortó después de al menos diez tonos. Pensó que estaría en la ducha o que tendría el teléfono en silencio sobre la mesita de la entrada de su casa, como siempre. Así que al día siguiente volvió a probar. Esta vez los tonos se cortaron tras el tercero, quedándole bastante claro que él había colgado. La parte optimista de sí misma quiso pensar que estaría trabajando y que le devolvería la llamada en cuanto pudiera. La tercera llamada fue desviada al contestador. No dejó recado porque ni siquiera sabía qué decir.

El trabajo en la funeraria no le llenaba, pero empezó a pensar que en realidad nada lo haría. ¿Qué hubiera sido de ella si hubiera aprobado las oposiciones? Se habría casado y a esas alturas a lo mejor hasta sería madre. No se imaginó a sí misma siendo madre, cuidando de un bebé. No se imaginó llegando a casa muerta de ganas de dedicar el resto del día a jugar con su hijo y besar a su marido. La vida, al final, no es como la cuentan en los libros ni en las películas. Ser feliz a veces es tan complicado..., sobre todo cuando ni siquiera una misma sabe que lo conseguirá. ¿El trabajo de nuestros sueños? ¿Tener pareja? ¿Hijos? ¿Amigos? Y si una vida plena no nos llena, ¿qué más queda? Lo más difícil, lo que nunca caemos en la cuenta de hacer: llenarnos primero a nosotros mismos.

Pero no era algo que Sandra se planteara en aquel momento. Ella sentía que su problema era haber terminado la relación que ocupó parte de su vida durante tantos años. Sentirse sola. Ojalá hubiéramos podido hacerle entender que a veces te sientes más sola rodeada de gente que contigo misma en un piso vacío. Ojalá hubiéramos podido hacerle ver que ella no estaba enamorada, que es la única razón sobre la que se debe sustentar una relación, aunque no sea objetiva.

Sin embargo, si algo le había enseñado ya el poco tiempo que llevaba en la funeraria era a apreciar la vida. Escuchaba de todo en los pasillos de su trabajo, pero casi todo eran, paradójicamente, llamadas a la vida. «El muerto al hoyo y el vivo al bollo». «Si es que la vida son dos días y hay que vivirlos». «Uno nunca sabe cuándo le llega la hora, solo tenemos la certeza de que un día, sin más, llega; que nos pille con mucho vivido». Había mucha tristeza vagando por las salas de aquel edificio, pero lo que quedaba cuando todo el mundo se había ido y el equipo se marchaba, era una energía vital muy poderosa. Era una empresa pequeña, familiar. No era un gran tanatorio con aspecto industrial. Era un edificio de ladrillo con cuatro salas de

velatorio que organizaba sepelios y se encargaba de todo. Un trabajo triste pero que alguien debía hacer, le decía el dueño, un señor con el pelo blanco y una sonrisa grande que siempre iba vestido de traje.

—Sandra, solo piensa en la suerte que tenemos de seguir vivos.

Y embargada por aquel sentimiento, Sandra se fue directa a casa de Íñigo al salir del trabajo. Y que conste que estoy completamente de acuerdo con la medida de hacer las cosas por una misma en lugar de esperar a que sea la vida la que las lleve hechas a tu puerta, pero quizá hubiera sido menos doloroso llegar a esa conclusión ella sola, sin necesidad de implicar en un círculo vicioso a la otra persona en aquella ruptura.

Íñigo abrió la puerta con cara de circunstancias. Serio. No solía estar serio; siempre sonreía y estaba de broma con la vida. Ella solía reprenderlo por ello, aunque ahora entendía que esa alegría de vivir era la que lo hacía especial y mejor que el resto. Llevaba puesto un polo azul marino y unos vaqueros. Ella un traje negro con blusa blanca. Estaba muerta de calor.

—Hola, Sandra.

—¿Puedo pasar?

—¿Para qué?

—Para hablar. Como no me coges el teléfono...

—A lo mejor deberías caer en la cuenta de que no quiero hablar contigo.

Sandra suspiró y se quitó la americana porque empezaba a sudar.

—¿Dónde vas tan arreglada?

—Trabajo en una funeraria. Tenemos que ir así vestidos.

Íñigo terminó cediendo y la dejó pasar. Ella pensó que, si las cosas hubieran marchado de otra manera, esa sería su casa. Pero ella había optado por tomar otras decisiones y ahora compartía piso con sus dos mejores amigas. Era divertido, pero cuando las demás tenían cosas que hacer, no podía evitar sentirse muy sola. Con Íñigo no sería así, pensó.

—Pasa al salón. ¿Quieres algo de beber?

—Un vaso de agua, por favor.

—Hace calor, ¿verdad?

—Muchísimo.

Se sentó en el sofá y sonrió al ver que todo estaba tan limpio y pulcro como siempre. Íñigo era uno de esos hombres que habían nacido para ser buenos esposos y padres. El sueño de su vida era tener una familia..., una gran familia y un monovolumen con DVD portátiles colgando de los asientos delanteros. Cuando apareció de nuevo con un vaso de agua, Sandra se sintió muy triste.

—Quiero hacer esto bien —le dijo—. Así que... allá voy. Sé que estás disgustado y enfadado conmigo pero, como siempre, me cuesta identificar qué fue lo que hizo estallar la situación. Quiero saber por qué no quieres contestarme un mensaje o por qué parece que verme te molesta.

—Me gritaste, que no es que fuera algo nuevo, pero esa vez, a diferencia de las demás, lo que dijiste me hizo tanto daño que no pude seguir justificándote. Yo no quise hacerte la vida imposible, ni abandonarte, como crees que hice. Tus padres y yo intentábamos hacerte despertar y que te dieras cuenta de que estabas perdiendo un tiempo que después la vida no te devuelve.

—Ya..., supongo que no me creerás, pero ahora lo veo.

—El problema... —carraspeó—. El problema fue que me contaras que ya estabas con otra persona.

Sandra cerró los ojos. Toda la vergüenza de la discusión en sí y de la historia con Javi se le vino encima.

—Fue una estupidez decirte aquello.

—Pero era verdad.

Se mordió el labio y lo miró. Asintió y él se sentó en una de las sillas de la mesa del salón.

—Tenía la sensación de que había malgastado mi juventud yendo demasiado en serio contigo —se excusó—. Y me lancé a los brazos del primero con el que sentí que podía vivir algo diferente.

—¿Y qué pasó?

—Que no tengo ni idea de cómo funciona el mundo lejos de ti.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que al final me di cuenta de que esperaba encontrar en él lo que ya tenía contigo..., algo que él, además, no esperaba dar.

Y aquella fue la media mentira más gorda que había dicho jamás. No estaba segura de por qué había dicho aquello, pero así era como funcionaba ella. No se sentía orgullosa de ello, pero era experta en decir lo que los demás esperaban escuchar.

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿Qué tal te trata la vida? —le preguntó.

—¿Cómo va a tratarme si dejé a mi novia porque esperaba verla reaccionar y ella se lanzó en los brazos del primero que quiso follársela?

Íñigo no solía hablar así, pero le entendía. Estaba dolido.

—¿Quieres volver? —le preguntó—. ¿Es por eso por lo que has venido?

Y ahí estaba. La puerta abierta. Una puerta blindada de la que sabía la combinación pero que no sabía si quería traspasar. ¿Era realmente la respuesta adecuada? ¿Lo echaba de menos como pareja? ¿Lo amaba? ¿Qué era amar exactamente?

—Sí —respondió—. Te echo mucho de menos. Sé que no tienes por qué perdonar todo lo que vivimos pero...

—¿Sabes qué fue lo que vivimos? ¿Sabes exactamente de lo que estás hablando?

—Hablo de mi inmovilismo, del miedo que siempre tuve a dar un paso más. Retrasar la decisión de vivir juntos, quedarme en casa de mis padres, donde todo era más cómodo, porque sabía que tú nunca permitirías que yo siguiera aferrándome a lo

que tenía, sino que me empujarías a por más. Hablo de tratarte mal porque sabía que tenías razón y yo no.

El pobre Íñigo flaqueó. Llevaba mucho tiempo esperando escuchar aquello. Y la quería mucho. Nunca había visto a una chica más guapa; nunca dejó de sentir en el estómago lo mismo que sintió cuando se dieron el primer beso. Íñigo estaba enamorado de lo mucho que la amaba y ese era el secreto de que la quisiera tan bien a pesar de lo mal que lo quería ella.

No. Volver con él no era la respuesta, si alguien me pregunta a mí. Pero nadie lo hizo y no era mi vida. No puedo juzgarla por sentirse sola e intentar solucionarlo.

—Yo te sigo queriendo —dijo él—. Pero estoy dolido.

—Lo sé.

—No sé qué hacer. No sé qué debería hacer.

—Si quieres... —propuso suavemente—, podríamos hacerlo despacio. Volver a quedar de vez en cuando. Salir por ahí. Con calma. Retomar lo que no dejamos.

Íñigo levantó la mirada hacia ella con una mezcla de miedo y esperanza en los ojos. Lo pensó. El silencio se instaló en el salón y ella necesitó llenarlo.

—Ahora vivo con Martina y Amaia y me está viniendo muy bien para saber, ya sabes, cómo es solucionarse la vida. Y vivir con mis mejores amigas es una experiencia... —Sonrió—. Quiero decir que...

—Claro que sí.

Íñigo y Sandra, queriendo tomárselo con calma, solo se despidieron con un beso en los labios y la promesa de llamarse para verse. Él dijo que llamaría. Y ella supo que lo haría aquella misma noche. Y cuando se fue, puso los dedos sobre su boca y sintió que... algo seguía fallando. ¿Qué sería?

«... ME RESULTE MÁS FÁCIL MORIR...»

MIENTRAS yo vivía en el país del amor recién descubierto, Amaia, con un billete con el mismo destino en el bolsillo, se obligó a pensar que ese tren no era para ella.

Entró a trabajar diez minutos antes, como siempre. Se cambió, se tomó un café y fue a la sala de espera a por el primer paciente. Se cruzó con Javi en el quicio de la puerta y se sonrieron. Él con esperanza y ella con vergüenza. La noche anterior él se había marchado de su casa despidiéndose con un beso. Recordaba haberle mirado mientras se vestía después de pasar horas desnudo junto a ella en la cama. Por más que le pesara, Javi ya no era el Javi que había sido. Ahora era otro. Mejor o peor, no lo sabía.

Estuvo más allá que acá durante toda la mañana y en el descanso odió encontrárselo de cara. Quería evitar hacer frente a la situación, como si fuera una opción. Él sonrió y se acercó a ella con paso decidido. La besó en los labios delante de un par de compañeras y le preguntó cómo estaba. A Amaia le pareció escuchar un rumor pasando de boca a boca por todo el hospital y se sintió incómoda. Se alejó de él.

—No hagas eso —le susurró.

—¿El qué?

—Eso que has hecho.

—¿Besarte?

—Sí.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —dijo él frunciendo el ceño.

—Porque no.

Una voz dentro de su cabeza la llamó ingrata. El mundo le ofrecía lo que siempre quiso. Algo mucho mejor incluso de lo que imaginó. ¿Habría en el mundo alguien que la quisiera mejor que Javi? Él ya conocía todas esas cosas que a otros parecían asustarles. Él la había visto desnuda y desde aquel día parecía incluso más cercano. No lo entendía. Podía arriesgarse, vivir el amor como si fuera una adolescente, como si no tuviera nada malo detrás, una cara oculta. Pero ella ya sabía lo que pasaba cuando se ilusionaba: nunca salía bien. Y arriesgarse a que le pasara con Javi le producía hasta náuseas. Y sobrepasada dio un par de pasos hacia atrás y se marchó. Y por primera vez, prefirió alejarse, salir del recinto y pasear al sol, lejos de él y de todas las cosas que le hacía sentir. Javi no la siguió. Hasta ese punto la conocía.

Mario la encontró cuando recogía su bolso de la taquilla a la hora de la salida y se acercó con las cejas levantadas y una expresión rara.

—Amaia.

—Hola, Mario. —Y de pronto sintió que un fin de semana la había hecho crecer el equivalente a varios años, como si se hubiera sujetado muy fuerte a un poste en mitad de una inundación, todo se hubiera movido y ella hubiera quedado durante un tiempo suspendida en un paisaje que solo era una imaginación suya. Ahora la corriente la había llevado mucho más lejos.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿A casa?

—Sí —respondió con una sonrisa.

—¿Te apetece comer algo?

—Es que... —Se mordió el labio inferior.

—Tomamos algo rápido. Quiero hablar contigo.

La Amaia de antes de Javi aplaudió emocionada, pero la actual se mantuvo alerta. ¿Qué iban a necesitar hablar? «A lo mejor se ha dado cuenta de que te quiere». «A lo mejor eres imbécil». Conversaciones de Amaia con Amaia.

Se sentaron en su restaurante preferido. Él pidió lo de siempre y ella también, aunque estaba segura de que hasta la pasta con salmón ya no le sabría del mismo modo.

—Pensaba que estabas a dieta —murmuró él confuso después de que el camarero se marchara.

Antes Amaia se habría avergonzado, pero ahora aquello le fastidió.

—No. Ya te dije que no lo estoy. Yo no estoy gorda, Mario. Yo soy así.

—Oh, Dios. No dejes de cagarla contigo. —Y se tapó la cara.

Ella arqueó las cejas confusa.

—Perdona, Mario. No sé qué me pasa últimamente.

—Yo sí sé lo que te pasa. Y te comprendo. De eso mismo quería hablar. —Ella no contestó porque no tenía ni idea de por dónde iban los tiros y él siguió—. Cuando llegamos a casa el sábado, Ariadna y yo discutimos y me di cuenta de muchas cosas. Hay que ver lo listas que sois las mujeres... —Se rio sin ganas, sin mirarla—. Y tiene razón. Solo me queda disculparme.

—¿Por qué ibas a disculparte?

—No quiero hacerte daño y espero no equivocarme. —Estrujó entre sus manos la servilleta de tela—. Hace tiempo que me di cuenta de que..., va a sonar fatal.

—Sigue.

—Hace tiempo que me di cuenta de que yo te gustaba. Al principio pensé que solo éramos buenos amigos, pero allí estaba Javi, que también era tu amigo y al que no dedicabas las mismas atenciones que a mí. Es egoísta, pero siempre me sentí muy bien contigo, quizá porque me hacías sentir más seguro de mí mismo. Ariadna dice que eso es horrible...

Amaia puso los ojos en blanco y se tapó la cara. Lo que le faltaba.

—No, a ver, Amaia. Escúchame. Me he prometido ser muy sincero. Dicen que las cosas que escuecen curan, y tú y yo necesitamos curar nuestra relación porque no quiero alejarme de ti.

—Vale. —Se quitó las manos de la cara y suspiró—. Sigue.

—Quizá tenía que haberte dejado claro que yo no quería..., que no quería estar contigo de ese modo. Pero a ratos tampoco lo tenía muy claro, ¿sabes? Dios... —Resopló—. Soy una persona horrible y te voy a hacer daño.

—No me lo vas a hacer. Yo también hace tiempo que sé que a lo mejor no era amor, pero que tú también sentías algo, pero yo no cumplía con ciertas expectativas tuyas sobre la mujer con la que compartir tu vida.

—Me conoces mejor que yo. —Sonrió resignado—. Y eres preciosa. Lo sabes, ¿verdad?

—Bueno. —Otro suspiro—. Sigue.

—El caso es que yo conocí a Ariadna y enseguida lo tuve claro con ella, pero me costaba dejarte ir. Yo te quiero mucho, Amaia, y fui muy egoísta. Y un día apareces diciendo que Javi y tú estáis juntos...

—Mario...

—No, déjame hablar. Me jodió. Me jodió tanto que estaba convencido de que era una mentira con la que protegerte de la situación. Ariadna me decía que tú no tenías ninguna necesidad de mentir sobre eso, pero es que nunca le he contado que tú..., bueno, que yo te gustaba. Y me fastidiaba que te escondieras detrás de Javi, como si él pudiera protegerte de mí. Me sentí... celoso. Pero no porque yo...

—Ya, ya. —Amaia quería morirse de vergüenza—. Ya sé que tú y yo no...

—El sábado lo vi claro, ¿sabes? Los dos hemos tenido mucha suerte. Porque en un momento dado podríamos haber tomado una decisión equivocada y haber acabado juntos. Pero yo encontré a Ariadna y tú a Javi. Solo hay que veros..., eso es amor. Es lo que quiero que los demás vean cuando nos miran a Ariadna y a mí.

Amaia se apartó para que el camarero dejara su plato de pasta humeante delante de ella y... otra vez aquel ardor. Un ardor que siempre significaba no estar haciendo las cosas bien con Javi. No estar siendo sincera consigo misma. Psicomatizar un sentimiento para hacerlo oír.

—He sido un mal amigo y tengo que pedirte perdón, Amaia. Solo quiero que seas feliz y acepto que he sido egoísta al querer, muy en el fondo, que él no te quisiera para así poder tenerte más para mí. Eres buena y quiero compartir mi vida, todo lo que me pase, contigo. Yo te quiero de verdad. En el fondo no soy malo.

Le tocaba hablar. Mario manejaba sus cubiertos con nerviosismo mientras esperaba una reacción por su parte. Era hora de actuar en consonancia con todo lo que había aprendido.

—Estaba muy enamorada de ti. —Después de decirlo necesitó tragar—. Siempre tuve la tonta esperanza de que tú te dieras cuenta de que nadie te querría como yo, pero ahora... casi agradezco que no fuera así porque, sencillamente, no eres para mí.

Ni yo para ti.

—Pero yo...

—Ya, ya lo sé. Eres un buen chico; de otra forma no estarías diciéndome esto. Y dale también las gracias a Ariadna por darte el empujón para hacerlo. Esto me ha servido para ver muchas cosas sobre mí misma que estaba apartando. Tenía mucha ansiedad..., no me encontraba, ¿sabes?

—Sí. Siempre lo noté pero no sabía cómo actuar. Pero ahora está Javi. Y estoy contento y tranquilo de que lo tengas en tu vida; os complementáis a la perfección.

—Bueno...

—¿Por qué «bueno»?

—Es que...

Mario alargó la mano y cogió la de Amaia. Ella levantó la mirada del mantel y lo miró a los ojos.

—Él te quiere como siempre has merecido que te quieran.

Y qué miedo da la promesa de haber conseguido todo lo que siempre quisiste en la vida. Uno se plantea si podrá sostenerlo. Si podrá mantenerlo. Si será capaz de no estropearlo. Si será digna. Pobre Amaia..., con ese miedo tomó una decisión.

El autobús la dejó a una manzana de casa de Javi y anduvo muy despacio, a pesar del calor que hacía, esperando no llegar nunca. Cuando lo hizo, como siempre, perdió el tiempo mirando los artesanados, las balaustradas; se maravilló como siempre con el ascensor antiguo y se preguntó si alguna vez Javi olvidaría que allí se dio cuenta de que era una decepción para sus padres, si alguna vez podría sentir aquella casa como suya y no como un soborno para mantenerse callado y alejado.

Llamó al timbre y oyó un «ya voy» al otro lado. El sonido de las zapatillas de Javi sobre el viejo suelo de madera precedieron el movimiento con el que abrió la puerta. La miró sorprendido.

—Hola, Javi. Tenemos que hablar.

—No. En realidad no hay nada que hablar —respondió él—. Ya está todo dicho. Lo que hay que hacer es...

Amaia entró y él cerró la puerta.

—No estoy preparada para quererte como tú quieres que te quiera. Ni siquiera estoy segura de que me quieras como crees quererme. —Tragó una bola de lágrimas en su garganta—. Porque creo que vamos a estropear lo más bonito que tenemos en nuestras vidas por dos meses de sexo cariñoso. Me dijiste que me querías más de lo que podías permitirte como mejor amigo y yo te digo que no, que lo que no podemos permitirnos es arriesgarnos a que no salga bien y perdernos para siempre. Nunca he conocido a nadie como tú y quiero tenerte en mi vida siempre, pase lo que pase, hasta que me haga vieja y me muera. El amor no nos puede asegurar eso, pero como amiga sí puedo prometértelo.

Javi se apoyó en la pared y suspiró mirando al suelo.

—¿Entonces? —le preguntó él.

—Entonces vamos a dejarlo como está. Yo te quiero, tú me quieres. Hagámoslo bien. Por nosotros.

—Sabes que no estoy de acuerdo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y?

—Un día te darás cuenta de que es la verdad y todo volverá a ser como antes.

—¿Y si no es así?

—Lo será —aseguró Amaia.

—¿Crees que un día se me olvidarán las ganas de besarte? ¿O es que un día me conformaré con no volver a sentir con nadie lo que siento contigo?

—Es más sencillo que todo eso.

—Claro que lo es, Amaia. A mí también me asusta.

—No estoy asustada.

—¡Estás muerta de miedo! ¿Y quieres saber algo más? No eres tú la que habla. Es tu puta inseguridad que te está diciendo que nadie puede quererte y desearte como lo hago yo. ¿Te castigas, Amaia? —Su voz empezó a temblar, cargada de una mezcla entre rabia y emoción—. ¿Te castigas por no ser todo lo buena que crees que debes ser? ¡¡Dime qué es lo que has hecho mal, qué he hecho yo mal para que no podamos merecer esto!! ¿Tampoco soy suficiente para ti? ¿Tampoco puedo darte lo que esperas? ¿O es que no te has parado un puto segundo a verte como te veo yo?

—Javi...

—No, Amaia. No voy a..., no voy a cometer el error de conformarme con menos de lo que quiero. Yo te quiero a ti, entera. No habrá medias tintas.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Que ya sabes lo que hay. Que no quiero ser tu amigo. Que quiero serlo todo. Y estar a tu lado como tú quieres que lo esté me dolerá demasiado. Tú eliges. Yo ya lo he hecho. Sé valiente y consecuente. Yo no puedo..., no puedo ser cobarde. Ni siquiera por ti.

—¿No quieres...?

—No quiero migajas. Ya las he tenido y nunca fue suficiente. No quiero volver a besar a nadie que no seas tú y no quiero sentarme a tu lado y fingir lo contrario. Si no puedes dármelo..., si no quieres arriesgarte, solo puedo pedirte que te vayas, Amaia. Estoy harto de decepciones y deudas morales. Contigo es diferente, pero si no quieres aceptarlo, vete. Porque me harás sufrir y no quiero odiarte por ello.

Todos los fantasmas de su vida se presentaron encerrados en aquella frase. Todos los miedos. El desarraigo y la soledad. La inseguridad de no sentirse suficiente. El miedo a perderse dentro de aquello que siempre la superó. No podía quererlo por encima de sí misma. No podía. Y lo único para lo que encontró fuerzas entonces fue para marcharse y no mirar atrás.

«... QUE OBLIGARME A DECIR LA VERDAD»

SI alguien me hubiera preguntado cómo me sentía aquella mañana cuando Pablo me dejó en casa, habría respondido orgullosa que estaba tremendamente enamorada. Enamorada como nunca pensé que podría estarlo, de ese modo que pensaba que estaba reservado para personas acostumbradas a sentir.

Ahora, pensándolo, con todo lo pasado ya sufrido y meditado, creo que no cambiaría aquella respuesta. Lo estaba, por más que me pese. Lo estaba y mucho. Pablo era una fuerza de la naturaleza que se había cruzado en mi camino para poner mi vida patas arriba, dejarme sin cimientos y obligarme a construirlos de nuevo sin tener que contentarme con el modo en el que estaban asentados con anterioridad. Él cambiaba hasta las reglas que rigen el cosmos y en su vida la casa podía comenzarse por el tejado.

Como todos los días, al llegar a casa me di una ducha un poco a regañadientes, porque por mucho que yo le dijera a Pablo que después del sexo olíamos a choto recién «follao», me costaba dejar que el agua y el jabón se llevaran su olor de mi piel. Yo lo quería más cerca. Siempre un poco más cerca, sin pensar que cuanto más cerca dejas a alguien vivir, más fácil será que te haga daño. Dicen que cuando uno se da por completo, jamás regresa entero...

Le envié un mensaje a Amaia para saber si comería en casa, pero como no me contestó imaginé que estaría con Javi *living* el amor loco a espaldas del mundo. Yo no había estado en casa la noche anterior para escucharla sollozar desde su cama y nadie me llamó para contármelo. Sandra ni siquiera se enteró porque se durmió con los auriculares puestos, llorando a moco tendido con el pestillo puesto, sin saber por qué lloraba. Vaya casa de locos.

Comí un sándwich de pie en la cocina. Me encontraba un poco rara, como muy llena. Cuando estás enamorado, al principio, a ratos piensas que el propio amor te alimentará y solucionará tu vida. Es agradable ser tan inconsciente, al menos durante un rato. Después me arreglé, me puse unos vaqueros negros, una camiseta negra lisa de escote de pico y unas zapatillas oscuras. El pelo en un moño más despreocupado que de costumbre, eso sí, porque pensé que me gustaba que Pablo pudiera deshacerlo con solo tirar un poco de la goma. Todo era Pablo, Pablo, Pablo.

Después cogí el autobús, escuchando en mi móvil las canciones que él había elegido para que fueran nuestra banda sonora en el comienzo. Había creado una lista de Spotify a la que había llamado Pablo Ruiz, en la que había incluido, además, aquellas que habíamos ido descubriendo juntos. Nunca fui demasiado fan del pop

alternativo pero estaba cogiéndole el gusto porque me recordaba a él y a las sensaciones de estar a su lado, bajo el influjo de su continuo magnetismo. Me bajé en la misma parada de siempre y caminé hasta la altura de la Castellana en la que se encontraba El Mar. En realidad estaba en una calle perpendicular. Subía hacia la puerta del servicio escuchando «Viento de cara» cuando me llamó la atención ver a una chica apoyada entre dos coches, a unos cien metros. Era rubia y guapa. Llevaba el pelo suelto, con la raya en medio, ondulado, y un vestido blanco roto *hippy* con unos botines marrones. Recuerdo haber pensado que se estaría cociendo con ese calzado y recuerdo que el cantante de Supersubmarina cantó «que cada vez que te vuelva a mirar me resulte más fácil morir que obligarme a decir la verdad» justo antes de ver que esa chica se dirigía hacia mí, hablando.

—¿Perdona? —pregunté arrancándome los auriculares de las orejas.

—¿Eres Martina?

—Sí.

Nos miramos las dos durante un par de segundos. Tenía los ojos hinchados; había estado llorando con toda seguridad. No recordaba haberla visto nunca, pero ella me miraba como si le sonara de algo a lo que no quisiera enfrentarse. Le costó formular la siguiente frase.

—Perdona que te aborde de esta manera, en plena calle, pero no sabía muy bien cómo contactar contigo.

—Bueno, no pasa nada pero..., esto..., vas a tener que perdonarme, pero creo que no sé quién eres.

—Ah, claro. Es que no me conoces. —Suspiró y me tendió la mano llena de anillos—. Soy Malena.

Abrí los ojos sorprendida. Había escuchado su nombre demasiadas veces, desperdigado entre comentarios sobre el pasado, como para no reconocerlo. Era un nombre original. De los que se quedan en la memoria.

—Veo que sabes quién soy.

—Sí. Creo que sí. —Respondí con timidez.

—Martina..., me gustaría mucho poder hablar contigo sobre un asunto.

—Verás, es que tengo que entrar ahora mismo a trabajar y no quiero llegar tarde.

—Llegas con tiempo. Él te perdonará si te retrasas cinco minutos. No te robaré mucho más.

—Es que... —Cerré los ojos y me froté la frente—. A ver, no quiero ser maleducada ni nada pero es que... no te conozco de nada y no me imagino de qué tendríamos que hablar tú y yo. No es personal es que...

—Martina..., dame cinco minutos. Solo cinco. Créeme..., necesitas esta conversación.

Suspiré. Bueno. Dedicarle cinco minutos en mitad de una calle bastante concurrida no me parecía potencialmente peligroso, así que asentí y ella caminó hacia la sombra, donde se apoyó en la carrocería de un coche y empezó a hablar.

LO SABE

MIRÉ el reloj preocupado. Martina nunca se retrasaba. Formaba parte de su maquinaria mental. Si tenía una obligación, no habría nada en el mundo capaz de alejarla de su cumplimiento. Por eso estaba preocupado.

—Alfonso —le pregunté en voz alta, apoyado en un banco de trabajo—. ¿Te dijo Martina algo de que llegaría hoy tarde?

—No. Pero son solo y cinco.

—Sí, sí.

—Mira, por ahí viene —dijo señalando la puerta.

Martina se paró junto a la entrada, mirándome. Llevaba el bolso colgando inerte de su brazo, como si se hubiera deslizado de su hombro pero no se hubiera preocupado por volver a colocarlo en su sitio. Tenía los ojos brillantes, pero no de ilusión, como los míos. El estómago me dio un vuelco, primero de alegría por saber que estaba bien y después de preocupación, porque la Martina que entraba no era la que yo había dejado con un beso en la puerta de su casa.

—Pequeña... —Acerté a decir.

Iba a preguntarle si todo iba bien, si estaba enferma o... yo qué sé. Pero no me salió nada de la garganta al verla acercarse a mí.

—Me he encontrado con alguien en la calle —dijo con un hilo de voz. Me di cuenta de que se frotaba la muñeca compulsivamente, como tratando de borrar las líneas negras de la ola que llevaba tatuada allí.

—¿Podemos hablar en mi despacho? —respondí, imaginándomelo.

Tenía la mirada como perdida. No tenía color en la cara. La cogí con suavidad del brazo, tratando de llevármela de allí para que ningún ojo curioso pudiera presenciar lo que estaba a punto de pasar, pero ella miró mis dedos alrededor de su piel y se apartó.

—No me toques —me pidió.

—Martina, vamos a mi despacho. Este tema es más complicado de lo que parece. Te lo voy a explicar todo. De verdad.

—¿De verdad? ¿Vas a explicármelo todo? ¿¡Todo!?! —Y lo último lo dijo gritando.

Todo el mundo nos miró con disimulo para después volver a bajar la mirada y dedicarse a su trabajo. Alfonso me hizo una seña hacia mi despacho.

—Martina, aquí no.

—¿Aquí no, por qué? ¿Porque soy la única gilipollas que no lo sabe? ¿O porque

soy la única que sí lo sabe?

—Ya te lo he dicho; me da igual lo que te haya dicho, esto tiene una explicación.
—Traté de tranquilizarla.

—Pues tiene que ser muy buena.

—Pequeña..., vamos a mi despacho —susurré.

—No me llames pequeña. No te atrevas a... —Jadeó—. No..., no me toques, no me hables..., no me...

Se perdió en lo que estaba diciendo. El bolso cayó al suelo. Todos volvieron a levantar su mirada hacia nosotros. Alfonso me miró interrogante, supongo que por si quería que me ayudara a convencerla para ir a un sitio más privado. Negué con la cabeza.

—Dijiste que nunca habías sentido algo como lo que nosotros...

—Vamos al despacho.

—¡¡No quiero ir a tu puto despacho!! ¡¡No quiero!! ¿Me oyes? ¡¡No quiero!!

Cogí aire y lo dejé escapar despacio entre mis labios. Todos nos miraban. Y me daba igual, pero a ella, cuando estuviera más tranquila, no se lo daría. Abrí la puerta a mi espalda y después la agarré del brazo y tiré de ella hacia dentro; se resistió, pero era lo mejor para ella. Cuando conseguí arrastrarla hasta el centro de la habitación, cerré la puerta y me apoyé en ella, esperando que fuera suficiente como para que no se escapara de allí sin escucharme.

—Tiene una explicación. La vida nunca es tan sencilla como para que un punto de vista sea suficiente para saber la verdad —le dije—. Déjame contarte mi versión de las cosas.

—No quiero. No quiero. ¡¡No quiero!!

—Te lo dije, Martina —susurré—. Te dije que había partes de mi vida de las que no estaba orgulloso, que arrastraba errores. Pero estoy solucionándolos, por ti.

—¿Por mí?

Se rio. Una risa se escapó de entre sus labios, pero el aire salió después a trompicones para convertirse en una especie de tos seca que terminó siendo un sollozo. Y no me lo esperaba. Creía que Martina era una de esas chicas que no lloraba y quizá lo era, pero siendo justo he de confesar que yo, único responsable de aquella situación, la había cambiado. El sollozo abrió las compuertas de unas lágrimas redondas y relucientes que cruzaron su cara para terminar cayendo al suelo. Quise acercar mi mano a ella para tratar de consolarla, pero me la apartó de un manotazo.

—¡¡No te acerques!! ¡¡No me toques!! ¡¡No me hagas creer que te importa lo más mínimo!! Estoy así por ti. ¡¡Por ti!! ¡¡Dijiste que me querías!! ¡¡Y dijiste que nunca antes habías sentido nada para siempre antes de mí!!

—Y no mentí. —Respondí con calma, con las palmas de las manos hacia ella.

—¿No mentiste, Pablo? ¿¿¡¡No mentiste!?!? ¿¿Qué clase de hombre eres?? ¿¿Qué tipo de persona no siente eso antes de hacer lo que tú hiciste?? ¡¡Dímelo!!

—Martina...

No esperaba que me empujara, ni que me golpeará el pecho con su pequeño puño cerrado. No esperaba que llorara como lo estaba haciendo, sollozando, rasgando su garganta, sin importarle que no estuviéramos solos allí, que nuestro pequeño drama personal tuviera público detrás de aquella puerta.

—¿De qué tipo de hombre me he enamorado, joder? Tú tienes la culpa. Tú la tienes. —Sollozó y volvió a golpearme sin fuerza—. ¿Quién soy? ¿Quién eres, joder? ¿Quién cojones eres?

—Martina..., Martina... —le susurré despacio intentando cazar sus manos para mantenerlas quietas—. Cálmate, ¿vale?

—¡¡Suéltame!! —Se removió violentamente.

Ella volvió a golpearme y yo sujeté sus puños con mis brazos. Lloraba tanto que creí que me moriría.

—Martina... —susurré manteniéndola muy cerca de mí—. Martina. Escúchame. Te lo puedo explicar. ¿Me oyes? Solo escúchame. Te lo puedo explicar. Te quiero. Te quiero, mi vida.

—¡¡¿Me quieres?!! —gritó hasta que la voz le falló al final—. ¡¡Mentiroso!! ¡¡Eres un puto mentiroso!!

Se tapó la cara con las manos y traté de apoyarla en mi pecho, pero se revolvió, como si notar mi olor y mi calor envolviéndola fuera demasiado. Y me miró, con la cara congestionada y rota por dentro.

—Confíe en ti. Rompí todas mis reglas por ti.

—Te quiero, Martina. —Repetí despacio.

—¿Cómo vas a quererme? ¡¡Estás enfermo!! ¿Cómo vas a quererme, a mirarme a la cara y a decirme que soy la primera persona con la que encuentras sentido al amor? ¿¿Cómo, si no estás loco??

—No estoy loco, Martina...

—No, no estás loco. ¡¡¡Estás casado!!! ¡¡Estás casado, joder!! ¡¡Te casaste con otra persona a la que juraste que querías siempre!! —Sollozó de nuevo, llamándose mentiroso, maldiciéndome—. ¡¡Estás casado y ahora ya no es solo ella la que quiere morir, Pablo!! ¡¡Ahora yo también!! ¿Te despides de ella con un beso? ¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo he podido participar de vuestra puta ruptura sin ni siquiera saberlo? ¡¡Eres un jodido enfermo!! ¡¡Dormiste con ella!! ¡Te acurrucaste en su cama a su lado mientras yo te esperaba en mi casa, como la gilipollas que soy! Y la besaste... —Sollozó—. Intento racionalizar por qué me siento una mierda, por qué me siento usada y engañada, Pablo, pero no encuentro la respuesta. Eres lo peor que me ha pasado en la vida. ¿Estás contento? ¿Es eso lo que querías? ¡¡Aquí estás, el gran Pablo Ruiz, el artista!!

Empezó a respirar rápido, jadeando. Se miró las manos, dando un paso hacia atrás. Le temblaban mucho y a la Martina racional aquello no le pareció bien, así que tomó las riendas de nuevo. Se quitó las lágrimas de la cara a manotazos y se rio con pena.

—Siempre hay una primera vez. Siempre hay una primera vez para todo. Enhorabuena, Pablo; eres el primer hombre que me hace llorar.

No hice nada cuando me apartó y abrió la puerta. No corrí hasta ella. No aproveché el momento en el que se agachó a recuperar su bolso del suelo de la cocina para ir hasta ella y abrazarla, pedirle un minuto para explicarme, para decirle: «Sí, estoy casado, Martina, pero solo te quiero a ti. Ella me besó como despedida. Es una cría y se lo concedí». Y no hice nada porque pensé que me iba a morir. Ahora sí. Ahora sí que se haría realidad la sensación que siempre me había perseguido. Yo no estaba entero. No lo estaba. No lo estuve. No lo estaría.

La vi desaparecer corriendo y vi a todo el mundo seguirla con la mirada para volver los ojos hasta mí. Yo. Yo, de pie, en la puerta de mi despacho, sin explicarme por qué cojones no fui más hombre y le conté cuando debía que me casé a los veinticinco años, loco, inconsciente, con alguien con quien jamás tuve una relación sana. Fuimos dos jodidos locos que se quisieron mucho y muy mal. Yo la quise. A Malena la quise, pero nunca la quise bien. Y ya no podía explicarle a Martina que me casé con Malena porque pensaba que aquello solucionaría nuestros problemas y que nos haría felices. No le conté que ni siquiera fui consciente de la decisión que había tomado hasta dos años después, cuando me di cuenta de que no la quería lo suficiente como para soportar aquello. Se escapó la oportunidad de explicarle que el hombre que fui siempre hacía las cosas sin pensar, sin ni siquiera sentir de verdad; que confundí a menudo la pasión con la devoción y que aprender a hacer las cosas bien no había sido un camino exento de errores. No le conté que Malena era como yo. No le conté que llevaba casi un puto año tratando de que firmara los papeles del divorcio y muchos meses sin vivir bajo el mismo techo que ella, que antes de conocerla me equivocaba a menudo con Malena, volviendo a su regazo para darme cuenta por la mañana de que nada había cambiado, pero que no me veía con fuerzas de zanjar el tema, hasta que apareció. Martina.

Y el Pablo que tomó aquellas decisiones fue el que determinó que lo único que podía hacer era dar puñetazos contra la pared de su despacho hasta que la piel se abrió, manchó la pared y Alfonso tuvo que arrastrarlo hasta la salida.

EPÍLOGO

AMANECIÓ un día radiante de mediados de mayo, pero a estas horas es como si el calor se hubiera condensado en densas nubes gordas y oscuras que amenazan con deshacerse sobre las cabezas de la gente que camina por la capital. Una gota gorda se desprende de una de las nubes y se precipita en caída libre hacia el suelo, que va haciéndose más real conforme avanzan los metros. Por fin se estrella sobre una superficie sedosa. Es el pelo oscuro de una chica que, aunque normalmente se lo recoge, hoy no ha encontrado el ánimo suficiente para hacerlo. Ha estado varios días sin salir de casa y considera que reunir la fuerza necesaria para meterse en la ducha y borrar del todo el olor de él en su piel es un gran paso.

Al notar la gota golpeándole la cabeza mira hacia el cielo y luego acelera el paso. Su destino está a unos cien metros, serpenteando entre las calles repletas de coches aparcados. Se cruza con una madre que riñe a su hijo porque llora y eso le hace estremecerse. Se abraza a sí misma y acelera una vez más. Cuando se da cuenta, está corriendo, sorteando a la gente que pasea por la acera.

Cuando entra, siente náuseas pero se tranquiliza con palabras lógicas dichas hacia dentro con voz queda. Se convence de que tiene que estar tranquila y espera pacientemente a que le toque su turno. Toquetea nerviosa con las manos húmedas de sudor el billete arrugado que guarda en uno de sus bolsillos. Billetes. Dinero. Trabajo. Pasa de un pensamiento a otro a grandes saltos y piensa que debería estar trabajando en ese preciso instante, pero no puede hacerlo. Sencillamente, no puede hacerlo. Ni ir ni llamar y decir que no volverá. Jamás se imaginó a sí misma encontrándose tan paralizada.

—Buenas tardes. —Le saluda llamando su atención la persona que se encuentra tras el mostrador.

—Hola —dice dubitativa.

—¿En qué puedo ayudarla?

¿Puede ayudarla? No. No cree que nadie pueda. Ya lo sabe. Quizá esté equivocada, pero desde ayer por la mañana tiene la horrible certeza de que es verdad, que no son imaginaciones suyas, por poco probable que sea. Y entonces tendrá que volver a verlo y decírselo. O no. Quizá pueda hacerlo todo por su cuenta. No. Sabe que no.

—¿Está bien? —le pregunta de nuevo.

—Sí, sí. Yo... necesito una prueba de embarazo.

Cuando sale de la farmacia, el cielo se desmorona sobre el asfalto. Diluvia.

AGRADECIMIENTOS

RECUERDO perfectamente el momento en el que les hablé a Pablo y a Ana, mis editores, sobre este proyecto. Les dije que estaba escribiendo algo nuevo ambientado en el mundo de la cocina, y aunque me callé la ilusión que sentía al sentarme a escribir, ellos supieron verla. Como siempre. Gracias a que ellos confiaron en mí este libro es una realidad y no un archivo escondido en el fondo de mi ordenador. Por su trabajo bien hecho y el amor que ponen en cada tarea, por las llamadas de teléfono y los *e-mails*, por las reuniones y las risas, por los abrazos... GRACIAS. Tengo la suerte de tener los mejores editores del mundo.

Como siempre, tengo que hacer mención especial a la familia Coqueta, que hace posible cada pequeño paso hacia delante en esta aventura, que sostiene mi sueño y a la que encuentro siempre al otro lado de las redes sociales. Gracias por venir a mis firmas, por escribirme mensajes contándome vuestras historias, por llenarme de regalos y experiencias positivas y por hacer mi vida mucho más divertida a través de Twitter, Instagram, Facebook y el blog.

Gracias a quienes me recomendasteis alguna que otra película para inspirarme; a tod@s l@s que compartisteis canciones conmigo; a quienes me «arrancasteis» algún dato sobre los nuevos personajes, llenasteis de vida las redes, me trajisteis tequila o apoyasteis mis firmas y presentaciones tanto con vuestra presencia como con vuestros mensajes. No tengo palabras para definir la emoción, la esperanza, el cariño..., todo lo que me regaláis. Ojalá algún día pueda alcanzar a devolvéroslo. SOIS L@S MEJORES.

Gracias a mis lectores cero por dedicarme su tiempo y cariño. Y gracias a Sara por las charlas hasta altas horas de la mañana, la fe, las risas y por volar. Ya tú sabes.

A mamá y papá, a Marc, a la pequeña María, la familia, las amigas, las hermanas... por la sinceridad, el amor, esas copas de vino, los cigarrillos a medias, las preocupaciones que pesan menos si se comparten, los silencios y sobre todo el respeto... GRACIAS.

A MI MARIDO. El amor de mi vida. Mi compañero y mejor amigo. La persona que da sentido a mi fe ciega en el amor y que soporta, además, que me enamore de alguno de mis personajes cada equis tiempo. Por las carcajadas, los viajes, tus dedos y los míos entrelazados; por las cenas, las películas, nuestro idioma y los besos; por decirme que estás orgulloso de mí y entender que lleve el ordenador conmigo hasta en vacaciones. GRACIAS. Te quiero.

Por último, me gustaría agradecer al restaurante ABAC y a su chef Jordi Cruz haber abierto las puertas de su cocina para que pudiese conocer de cerca el ambiente en el que se mueven los protagonistas de este libro. Gracias a Jordi por dedicarme

unos minutos de su tiempo y, sobre todo, gracias a Iñaki por su amabilidad y paciencia.

Y a ti, que lees esto, gracias por acompañarme.



Elísabet Benavent (Gandía, 1984), es una escritora española. Licenciada en Comunicación Audiovisual y completó sus estudios con un Máster en Comunicación y Arte en Madrid, ciudad en la que reside desde entonces.

Actualmente trabaja en el departamento de comunicación de una multinacional y dedica su tiempo libre a sus proyectos personales. Comunicadora Audiovisual, amante del arte y entusiasta de la moda que pasa sus ratos libres escribiendo novelas.

La publicación en 2013 de sus novelas *En los zapatos de Valeria*, *Valeria en el espejo*, *Valeria en blanco y negro* y *Valeria al desnudo* se ha convertido en un éxito total de crítica y ventas. Los derechos audiovisuales de la saga *Valeria* se han vendido para televisión.